




se

NOV
ELA
HIS
TÓR
ICA



Ara Antón

La dama de Europa

Leonor de Aquitania

la mujer más poderosa del momento, emprende un viaje a Castilla para preparar la boda de su nieta con Luis de Francia. Nada la detendrá en su empeño de ser la Señora.

Lectulandia

Leonor de Aquitania, la mujer más poderosa del momento, emprende un viaje a Castilla para preparar la boda de su nieta con Luis de Francia. Nada la detendrá en su empeño por ser la Señora de Europa. Leonor de Aquitania, reina de Inglaterra y Francia, viaja a Castilla acompañada de su amigo y confidente, el druida Blédhri, que quiere dejar por escrito los recuerdos de la azarosa vida de la reina. El viaje es largo y pesado, pero nada arredra a la gran reina, quien ha tenido que sortear inconvenientes y peligros de todas clases para cumplir con la misión que su destino y su férrea voluntad le tenían reservado: ser la Señora de Europa. Durante su viaje Leonor rememora su vida: su boda, las difíciles relaciones y divorcio con Luis VII de Francia, su matrimonio con Enrique II Plantagenet, el desarrollo de la Segunda y Tercera Cruzadas, las vidas de sus once hijos y las anécdotas ocurridas durante el camino. Ara Antón nos introduce en la fascinante Edad Media, una época dura, con continuas luchas y conflictos políticos, en una tierra de costumbres muy arraigadas, donde el honor y la búsqueda de la misión personal estaban por encima de la propia vida de Leonor, una mujer adelantada a su tiempo que logró destacar por su gran cultura, belleza y capacidad estratégica.

Lectulandia

Ara Antón

La dama de Europa

Leonor de Aquitania

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Título original: *La dama de Europa*

Ara Antón, 2014

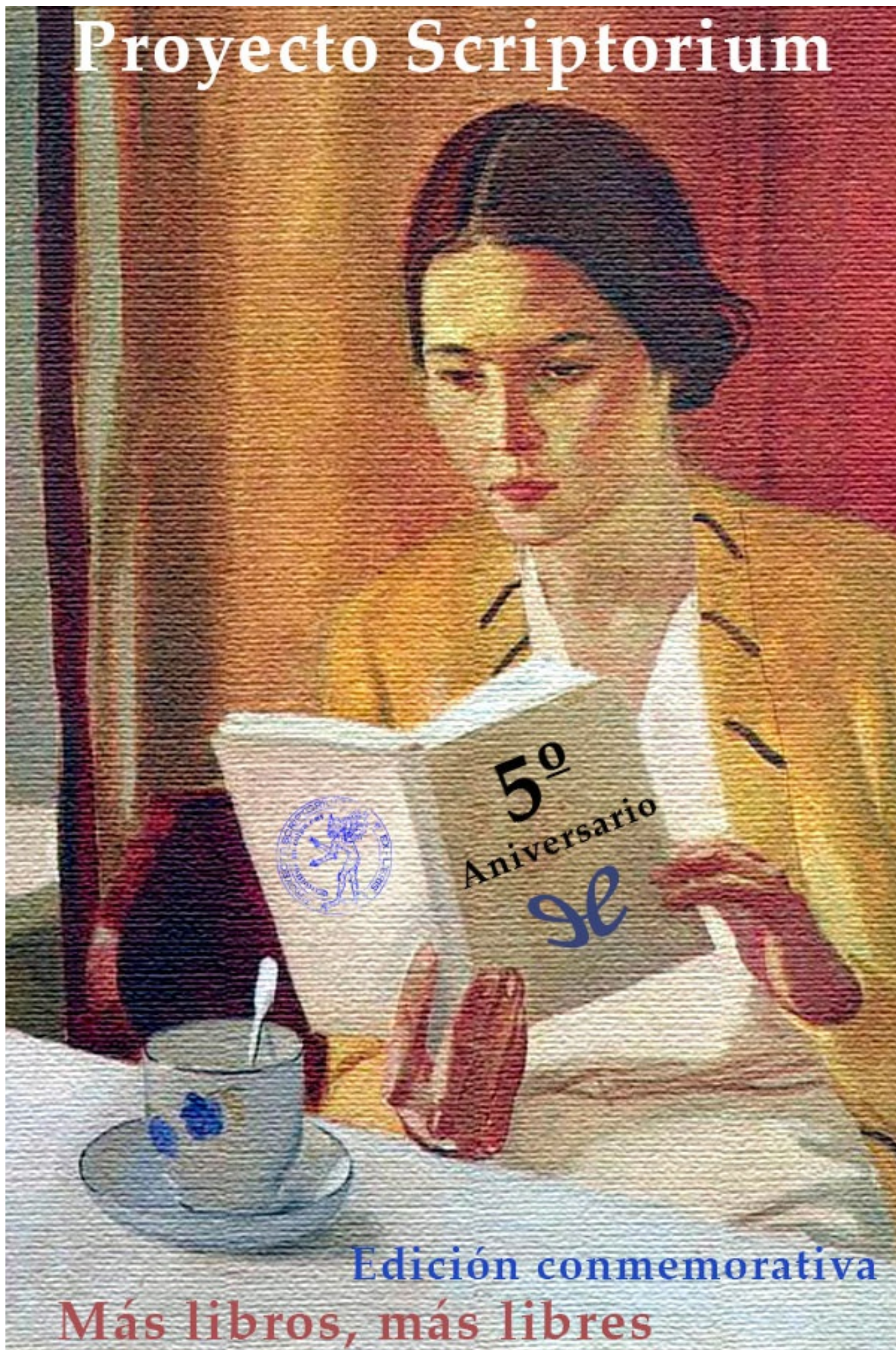
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa
Más libros, más libres

*A las mujeres que no permiten
que nada ni nadie las aparte de su destino.
A dos niñas, un deseo.*

PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

Leonor de Aquitania (1122-1204): hija de Guillermo X, duque de Aquitania, y de Aenor de Châtellerauld. Fue duquesa de Aquitania y Guyena, condesa de Gascuña, reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VII y reina consorte de Inglaterra y Gales por su matrimonio con Enrique II.

Godofredo V Plantagenet (1113-1151): conde de Anjou y de Maine y duque de Normandía. Fundador de la dinastía Plantagenet y padre de Enrique II.

Enrique II Plantagenet (1133-1189): hijo de Godofredo V de Anjou y de Matilde de Inglaterra. Fue duque de Normandía, conde de Anjou, duque de Aquitania por su matrimonio con Leonor y rey de Inglaterra desde 1154.

Guillermo (1153-1156): primer hijo de Enrique y Leonor, conde de Poitiers.

Enrique el Joven (1155-1183): hijo de Enrique y Leonor, heredero al trono a la muerte de su hermano mayor. Se casó con Margarita de Francia.

Matilde Plantagenet (1156-1189): hija de Enrique y Leonor, duquesa de Sajonia. Se casó con Enrique el León, duque de Sajonia, de cuyo matrimonio nació Otto IV de Brunswick, emperador del Sacro Imperio.

Ricardo I, Corazón de León (1157-1199): hijo de Enrique y Leonor, duque de Normandía y rey de Inglaterra desde 1189.

Godofredo (1158-1186): hijo de Enrique y Leonor, duque de Bretaña por su matrimonio con Constanza de Bretaña y padre de Arturo.

Leonor Plantagenet (1160-1214): hija de Enrique y Leonor, reina consorte de Castilla por su matrimonio con Alfonso VIII desde 1170 hasta su muerte.

Juana Plantagenet (1165-1199): hija de Enrique y Leonor, reina consorte de Sicilia por su matrimonio con Guillermo II. A la muerte de su marido se casó con Raimundo VI de Toulouse.

Juan I (1166-1216): conocido como Juan sin Tierra, hijo de Enrique y Leonor. Fue rey de Inglaterra desde 1199, a la muerte de su hermano Ricardo I.

- Godofredo Plantagenet, el Bastardo (1152-1212):** hijo bastardo de Enrique II Plantagenet, fue nombrado arzobispo de York por Ricardo Corazón de León.
- Blanca de Castilla (1188-1252):** hija de Alfonso VIII de Castilla y Leonor Plantagenet, nieta de Enrique II y Leonor de Aquitania. Fue reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VIII.
- Constanza de Bretaña (1161-1201):** hija de Conan IV, duque de Bretaña, y de Margarita, condesa de Herford. Fue duquesa de Bretaña desde la muerte de su padre en 1171. Se casó con Godofredo, hijo de Enrique II y Leonor de Aquitania, y en terceras nupcias con Guy de Thouars.
- Esteban de Blois (1096-1154):** hijo de Esteban II, conde de Blois, y de Adela de Normandía, hija de Guillermo el Conquistador. Fue rey de Inglaterra desde 1135.
- Luis VII de Francia (1120-1180):** hijo de Luis VI de Francia y Adela de Saboya. Subió al trono en 1137. Se casó con Leonor de Aquitania (1137), con Constanza de Castilla (1154) y con Adela de Champaña (1160).
- Felipe II de Francia (1165-1223):** hijo de Luis VII y Adela de Champaña. Fue rey de Francia desde 1179. Se casó con Isabel de Hainaut (1180), con Isambour de Dinamarca (1193) y con Inés de Merán (1196).
- Luis VIII de Francia (1187-1226):** hijo de Felipe II de Francia e Isabel de Hainaut y nieto de Luis VII. Fue rey de Francia desde 1223. Se casó con Blanca de Castilla.
- María de Francia (1145-1198):** hija de Luis VII y Leonor. Se casa con Enrique I, conde de Champaña y de Brie. El primer hijo de su matrimonio fue Enrique I de Jerusalén.
- Alix de Francia (1151-1195):** hija de Luis VII y Leonor. Se casó con Teobaldo V de Blois.
- Margarita de Francia (1158-1197):** hija de Luis VII de Francia y Constanza de Castilla. Se casó con Enrique, hijo de Enrique II Plantagenet y de Leonor. Posteriormente, tras la muerte de Enrique, fue reina de Hungría por su matrimonio con Bela III.
- Conrado III (1093-1152):** emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Con él comienza la dinastía de los Hohenstaufen. Participó en la Segunda Cruzada.
- Federico I Hohenstaufen, llamado Barbarroja (1122-1190):** hijo de Federico II de Suabia, a su muerte fue duque de Suabia como Federico III. Fue emperador del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1155.
- Otto IV de Brunswick (1175-1218):** hijo de Enrique el León, duque de Sajonia y de Baviera, y Matilde Plantagenet. Miembro de la dinastía güelfa. Fue rey de Alemania desde 1198, en lucha con Felipe, duque de Suabia, y emperador del Sacro Imperio desde el 1209.
- Manuel Comneno (1118-1180):** emperador de Bizancio desde 1143 hasta su muerte.
- Bohemundo II (1108-1130):** príncipe de Antioquía desde 1111 hasta su muerte. Estuvo casado con Alicia o Alix.
- Alix de Antioquía (1110-1137?):** hija de Balduino II de Jerusalén y esposa de

Bohemundo II.

Constanza de Antioquía (1127-1163): hija de Bohemundo II, fue princesa de Antioquía desde 1130 hasta su muerte. Con nueve años la casaron con Raimundo de Poitiers.

Raimundo de Poitiers (1105?-1149): hijo de Guillermo IX, duque de Aquitania, y Felipa, condesa de Tolosa. Tío de Leonor. Fue príncipe de Antioquía durante trece años, por su boda con Constanza, hija de Bohemundo II.

Guy de Lusignan (1150-1194): rey de Jerusalén, por su matrimonio con Sibila de Jerusalén en 1186, hasta su ocupación por Saladino en 1187.

Conrado de Montferrato/Conrado I (1140-1192): rey de Jerusalén por su matrimonio con Isabel de Jerusalén desde 1190.

Rogelio II de Hauteville (1095-1154): rey de Sicilia desde 1130 hasta su muerte.

Hugo IX de Lusignan († 1219): apodado Le Brun. Fue señor de Lusignan y conde de La Marche.

Guillermo de Poitiers (1071-1126): duque de Aquitania y conde de Poitiers. Es el primer trovador en lengua provenzal conocido. Abuelo de Leonor.

Raúl de Vermandois (1085-1152): conde de Vermandois y senescal de Luis VII. Se casó con Leonor de Blois, a la que repudió para casarse con Petronila, hermana de Leonor de Aquitania.

Teobaldo V (1130-1191): conde de Blois desde 1151 hasta su muerte. Se casó con Alix, hija de Luis VII y Leonor.

Raimundo V de Toulouse (1134-1194): conde de Toulouse. Debería ser, según estudios recientes, Raimundo VII. Fue hijo de Alfonso I Jordán y de Faidida de Uses. Se casó con Constanza, hija de Luis VI de Francia.

Raimundo VI de Toulouse (1156-1222): hijo de Raimundo V y de Constanza, hermana de Luis VII de Francia. Se casó en terceras nupcias con Juana de Inglaterra, hija de Leonor de Aquitania.

Aymar V de Limoges (1135-1199): vizconde de Limoges. Durante el asedio a su castillo de Châlus por Ricardo Corazón de León, este fue herido por una flecha, a consecuencia de lo cual murió pocos días después.

Guillermo le Maréchal (1145-1219): nació en Inglaterra y fue hijo de Jean le Maréchal y de Sybille de Salisbury. Su sobrenombre se debe a su abuelo, Gilbert, mariscal del rey Enrique I Beauclerc. Sirvió a Enrique II Plantagenet y, a la muerte de este, a su hijo Ricardo Corazón de León.

Godofredo de Rancon: señor de Taillebourg. Fue comandante de la vanguardia del ejército francés en la Segunda Cruzada.

Guillermo Longchamp († 1197): con Enrique II Plantagenet entró al servicio de su hijo Godofredo Plantagenet y con Ricardo Corazón de León se convirtió en canciller de Inglaterra y obispo de Ely.

Thierry Galeran: consejero templario de Luis VII de Francia.

Huberto Gautier: arzobispo de Canterbury.

Elías de Malemort: arzobispo de Burdeos.

Thomas Becket (1118-1170): fue arzobispo de Canterbury y lord canciller de Inglaterra durante el reinado de Enrique II.

García Ferrández: obispo de Pamplona desde 1194 a 1205.

Suger de Saint-Denis (1081?-1151): abad de Saint-Dennis, historiador y consejero de Luis VI y Luis VII de Francia.

Bernardo de Claraval (1090-1153): abad del monasterio cisterciense de Claraval. Expandió la orden del Císter por toda Europa y sentó las bases de la arquitectura de sus monasterios. Redactó la regla de la orden del Temple. Predicó la Segunda Cruzada.

Mercadier († 1200): jefe de mercenarios a las órdenes de Ricardo I y de su hermano Juan I.

Josselin y Ranoul: amanuenses de Leonor de Aquitania.

Ágata: niñera de los hijos de Leonor.

Alfonso VIII de Castilla (1155-1214): hijo de Sancho III de Castilla y Blanca Garcés de Pamplona. Se casó con Leonor Plantagenet, hija de Leonor de Aquitania y de Enrique II de Inglaterra. Su hija Blanca fue reina consorte de Francia por su matrimonio con Luis VIII.

Saladino (1138-1193): sultán de Egipto y Siria, venció a los cruzados en la batalla de Hattin.

PRINCIPALES PERSONAJES DE FICCIÓN

Blédhri/Bléd: personaje del que existen referencias históricas. En la ficción es nieto de un antiguo druida irlandés, compañero de juegos de Leonor durante su infancia y su consejero privado a lo largo de toda su vida.

Brianda de Vouillé: esposa de un vasallo del señor de Barbacieux, se convierte en amante de este. Más tarde es prometida de Pedro y, finalmente, esposa de Amaury.

Señor de Barbacieux: supuesto amante de Brianda.

Pedro: sobrino del arzobispo Elías de Malemort.

Señor de Dax: pretende repudiar a su esposa María y es asesinado por Brianda.

María de Montfort: esposa del señor de Dax.

Felipe de Dax: hijo del señor de Dax y aspirante al trono tras su muerte.

Jean de Luzaide: señor principal del burgo de los francos en Pamplona.

Íñigo de Egües: señor principal de la Navarrería en Pamplona.

Fernando de Aviados: comendador templario de Puente la Reina.

Felicia de Aquitania: personaje de leyenda en el Camino de Santiago.

Roberto de Hossegor: caballero franco, residente en Logroño.

Padre Pelayo: monje benedictino del Monasterio de Santa María la Real, en Nájera.

Michel: soldado de la guardia personal de Blanca de Castilla.

Hugo: padre de Michel que forma parte de la guardia personal de Felipe II de Francia.

Amaury: primo de Guy de Thouars, desposó a Brianda de Vouillé.

CAPÍTULO I

—¡ Calla, Blédhri! —ordenó la reina, colocándose la mano tras la oreja derecha—. Creo que oigo pisadas aproximándose.

Blédhri detuvo su narración y prestó atención. Leonor presumía de oído endurecido, pero quien parecía no oír era él mismo. Efectivamente, fuera de los aposentos se escuchaba el repiqueteo de botas apresuradas. Al llegar frente a la puerta se detuvieron los pasos y una de las monjas, con un leve siseo de faldas, se introdujo en la estancia.

—Señora —se inclinó la novicia, con la voz y la belleza tras los velos—, han llegado enviados del rey. La abadesa Mathilde desea saber si queréis recibirlos.

—Por supuesto que sí —afirmó la reina, levantándose sin ayuda de su sillón—. ¿Cómo ha podido dudarlos? —bufó, apartando a un lado a la monjita, quien retrocedió asustada, ocultándose aún más en las piedras del suelo.

—Es que... como hoy os quejabais de dolor en la espalda, pues la madre pensó que...

—En primer lugar, no necesito que nadie piense por mí, y en segundo lugar, los dolores son secundarios cuando hay que realizar una tarea. ¡Haced entrar a esos hombres!

La muchacha se apresuró hacia la puerta, que abrió sin ruido y con demasiada lentitud para las expectativas de Leonor, quien gruñó exasperada, mirando hacia su compañero de tantos años, el cual susurró apenas:

—No debéis alteraros, señora.

—No me fastidies tú también, Bléd —le contestó entre dientes Leonor, estirando la espalda para tomar de nuevo la soberanía que la había ayudado a controlar a los más levantiscos varones. Sonrió a los recién llegados con su encanto de los mejores días.

—Señor arzobispo —se controló la reina, temiéndose lo peor al ver a Huberto Gautier de Canterbury tan lejos de su iglesia—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita? Y vos, mi querido Guillermo, ¿cómo está vuestra bella esposa la condesa de Striguil?

—Señora —se arrodilló Le Maréchal, asombrado de nuevo de la altiva figura, como aquel día, después de la muerte de Enrique, cuando, enviado por Ricardo, acudió a liberarla y la encontró ya libre, en Winchester, como si los largos años de prisión nunca hubieran existido. Su figura era, como siempre, la de una gran reina, en ningún caso la de una mujer doblegada por dolorosas circunstancias—. Mi esposa se encuentra muy bien, gracias —musitó apenas, impresionado aún por la dama que, para él como para muchos otros, era la reencarnación de aquellas heroínas y reinas celtas que ahora corrían en boca de trovadores y bardos.

—Levantaos, amigo —concedió ella, sin abandonar la amabilidad ni la postura majestuosa que le martirizaba sin piedad la espalda. Sabía que no debía mostrar impaciencia, pero la angustia la superaba. Habían sido demasiadas noticias desagradables en los últimos meses. No obstante, después de saludar a ambos hombres, se dirigió tranquila y derecha hasta su sillón y, con un elegante gesto, invitó a sus visitantes a sentarse también.

Blédhri hizo intención de salir, pero un bufido de la reina lo contuvo. Se colocó a sus espaldas, después de una reverencia de saludo a los recién llegados, y tomó su actitud habitual de respetuosa indiferencia.

—Tal vez os encontréis muy cansados —se obligó Leonor a controlar su impaciencia, haciendo gala de sus refinados modales, que en los años de su reinado había conseguido imponer en todas sus cortes, sacando materialmente de la barbarie a las personas que la rodeaban— y necesitéis comer o beber, o incluso reposar, antes de comunicarme las nuevas que traéis.

—No, gracias, señora —dijo el arzobispo, asentando cómodamente sus amplias posaderas en el sillón, para dejar bien claro que estaba mucho más a gusto que sobre los lomos de su caballo—. El rey nos ha ordenado... —«El rey, luego no le ha ocurrido nada a mi hijo...», pensó Leonor— ...que os informemos lo más pronto posible del pacto al que ha llegado con Felipe.

—¡Ah! ¡Vaya! Me alegro de que hayan conseguido ponerse de acuerdo en algo —ahora la sonrisa de la reina no fue fingida. Realmente venían a traerle buenas noticias. Suspiró, descansada, al tiempo que hacía un pequeño gesto, que fue inmediatamente captado por una de sus mujeres, quien se acercó a los visitantes para ofrecerles vino. Ambos rehusaron la invitación y encararon a Leonor, esperando su venia para hablar.

—Bien, amigos —concedió, con aquella chispa que nunca había perdido y que en su juventud hacía que los hombres cayeran rendidos ante sus más disparatados caprichos—. Os escucho.

—Señora —comenzó el arzobispo—, vuestro hijo se ha encontrado con el rey francés y, como vos le habíais sugerido, ha conseguido el compromiso de su heredero

con vuestra nieta.

Leonor se mantuvo imperturbable; ni un sólo músculo se movió en su cuerpo. Si no hubiera tenido casi ochenta años, tal vez habría gritado de alegría o saltado por la habitación, pero ahora ya sabía que la impavidez de los reyes guarda secretos. Además, con «aquellas malditas rodillas» le habría resultado imposible.

—Me complace que se haya retomado la solución que ya mi querido hijo Ricardo había propuesto y que otros sucesos demoraron. Bien. —Se puso en pie, incapaz de continuar quieta—. Supongo que vos, Guillermo, habréis organizado la partida —por un segundo pareció dudar, aunque se rehízo rápida, indicando con un grácil gesto de su mano derecha, a los hombres que se habían levantado siguiendo su movimiento, que volvieran a sentarse.

—Sí, señora. En cuanto se tomó el acuerdo y vuestro hijo decidió que erais la indicada para negociar con Alfonso de Castilla, comencé a preparar la escolta, que no ha de ser pequeña, pues los inconvenientes del viaje son imprevisibles. Mañana comenzarán a llegar el arzobispo de Burdeos, Elías de Malemort, y sus gentes, junto con Mercadier y los suyos.

—No acaba de gustarme ese hombre —torció el gesto Leonor—. Es demasiado agresivo y altanero.

—Cierto es, mi señora —admitió Le Maréchal—, pero Mercadier ha probado con creces su fidelidad a vuestro hijo Ricardo y ahora a Juan. Su amor por vuestra casa está fuera de toda duda. Sabéis que él se encargó de desollar y colgar luego a Pedro Basile, el culpable de la muerte de nuestro querido Ricardo, que, aunque en su lecho de muerte el rey le había perdonado, todos sabíamos que no era conveniente dejar sin castigo.

—Sí, supongo que los mercenarios son un mal necesario, pero no puedo por menos que sentir una cierta prevención ante él. De todas formas, no son más que manías de vieja. Sea bienvenido si va a facilitarnos el viaje. ¿Habéis enviado mensajeros a Alfonso? —Pasó rápidamente a otro asunto de los muchos que ya le bullían en la cabeza.

—Sí, señora —ahora fue el arzobispo quien se apresuró a tranquilizar la impaciencia de la reina, que ya era difícil ignorar—. Desde el mismo momento de la toma del acuerdo salieron para Castilla.

—Traedme a Josselin —ordenó hacia el corro de mujeres que sentadas junto al ventanal fingían bordar—. Porque me imagino —y ahora se dirigió al arzobispo— que a quien no habréis informado es a mi hija Leonor.

—Pues... —dudó el prelado— creo que no, pero como ya...

—¿Ya qué, señor? ¿Pensáis acaso que mi yerno va a decidir sin contar con mi hija? Necio sería si lo hiciera y, desde luego, hasta el momento, no me ha demostrado tal cosa. Leonor debe percatarse de todas las ventajas que esa unión puede traer para nosotros y para ellos. Aunque debo reconocer que nosotros seremos los principales beneficiarios —reflexionó un instante, viendo ya el provecho que la unión traería

para su casa. Continuó después, como si nunca se hubiera callado—. Aunque ella esté lejos, no ha olvidado su sangre ni mis consejos. Ahora su hija es el futuro de nuestro linaje, ya que no pudo ser la unión que yo había proyectado de nuestro heredero Enrique, que Dios haya, con la hija de Luis. ¡Dios, qué deprisa ha transcurrido el tiempo! —suspiró, pasándose la mano por la frente, como queriendo borrar recuerdos dolorosos que, si cedía a ellos, podrían frenar su actividad y decisiones. La vida seguía a pesar de los muertos y ella estaba allí para ayudarla a continuar.

El amanuense se apresuró a ocupar su espacio frente a una pequeña mesita portátil que acompañaba a la reina en todos sus desplazamientos. Esperó en atento silencio a que Leonor comenzara a dictar.

Su carta fue cariñosa, pero clara sobre las conveniencias. Explicó la difícil situación de Juan, cuyo carácter inestable y casi infantil lo colocaba constantemente en situaciones comprometidas frente a sus señores, e incluso ante la nueva burguesía, dueña ya de riquezas que ella se había apresurado a reconocer y a controlar. El nuevo rey no respetaba siquiera a los caballeros, quienes habían ido ganando un poder que no se podía despreciar y que ya hacía plegarse a la nobleza. Sus disputas habituales con Felipe, mucho más sagaz y decidido que él, ponían constantemente en peligro Normandía, vieja aspiración del francés. Le habló también del impulso de las ciudades, que ella había admitido, cediendo a sus peticiones de autogobierno a cambio de que mantuvieran su propio ejército, consiguiendo así un ahorro importante a las arcas reales. Hechos llevados a cabo con gran trabajo por su parte, pero que su hijo no parecía entender y mucho menos valorar, lo que estaba poniendo en riesgo sus posesiones. El futuro de la familia —aseguró en su misiva— estaba, en parte, en esa decisión que, sin ninguna duda, aconsejaba a su hija tomar. Le anunciaba una fecha aproximada para su llegada, recomendándole que debía tener conseguida para entonces la aquiescencia de su esposo, caso de que él dudara de las ventajas de la unión o que ya tuviera otros proyectos, los cuales habían de ser frenados hasta que ella llegara, para poder, entre todos —y esto lo dictó con una leve sonrisa—, decidir lo más conveniente, dado que ya con alguna de las princesas andaban en tratos matrimoniales.

—Bien —decidió al terminar, frotándose las manos, que se le quedaban heladas—. Saldremos en cuanto pase el día del Señor.

—Pero... —dudó Guillermo— no tendremos tiempo para organizar todo y hasta es posible que alguno de los señores no haya llegado y entonces...

—Estoy segura de que tendréis el suficiente, al menos a eso me habéis acostumbrado a lo largo de todos estos años, y en cuanto a que quizá alguno se retrase, nos alcanzará en el camino. De momento marcharemos por nuestros territorios. Por cierto —detuvo sus intranquilos paseos, que hacían revolverse en sus sillas a los visitantes, tomando incómodas posturas para encararla—, supongo que habréis mandado mensajeros a los señores de las tierras que hayamos de atravesar, para pedirles permiso.

—Sí, señora. Eso ya está hecho —asintió Le Maréchal con una sonrisa de satisfacción—, aunque aún no hemos recibido sus respuestas.

—No importa, no esperaremos por ellas; nadie con sentido común puede oponerse a este proyecto que va a beneficiarnos a todos. ¿Queréis atender el fuego? —Casi gritó a sus mujeres, que se apresuraron a levantarse y a añadir unos troncos a la gigantesca chimenea que caldeaba la habitación—. Sabéis que hace un frío de todos los demonios y os olvidáis de alimentar las llamas.

Ninguna de las jóvenes se atrevió a decir que el calor se hacía casi insoportable. Todas sabían que la reina, en los últimos años, se había vuelto friolera y que además no le gustaba que se lo recordaran.

—Señores —se paró ante los recién llegados—, si no tenéis nada más que decir, podéis retiraros a descansar. Tenéis tiempo hasta la comida, que deseo hagáis conmigo —y, sin más, les volvió la espalda, dirigiéndose a la ventana, al grupo de mujeres, las cuales hicieron intención de levantarse—. No os mováis, pequeñas, sólo deseo comprobar el trabajo que habéis hecho esta mañana.

El lunes siguiente, antes de amanecer, Leonor pateaba intranquila sus habitaciones.

—Dije que quería salir temprano. ¿Es que nadie me ha escuchado?

—Señora —trataba de tranquilizarla Blédhri—, Guillermo ultima los preparativos. Creo que anda nervioso porque no ha llegado Mercadier, aunque sí Elías, el arzobispo de Burdeos.

—Le he dicho que no lo necesitamos. Nos alcanzará en el camino. No podemos esperarlo, es urgente que partamos y dejemos este asunto arreglado.

—Lo arreglaremos, señora; tenemos mucho tiempo.

—No te empeñes en hacerme creer eso. Tanto tú como yo ya no deberíamos estar aquí. Hemos enterrado a demasiada gente.

—Cierto es, señora. Por eso pienso que aún tenemos que hacer algo importante y vos habéis dicho que este nuevo encargo lo es. No temáis, se nos concederá tiempo. Además, nadie ha demostrado aún la obligación de la muerte. Quizá lo que deberíamos hacer es no creer en ella.

—A veces consigues sacarme de quicio con esa confianza tuya en... —dudó, encarando al anciano, de cuyos negros ropajes destacaban, casi brillantes, su cabeza y sus barbas blancas— ... bueno, en lo que sea, que no lo sé.

—Claro que lo sabéis, porque nunca os ha fallado cuando lo habéis buscado. Y por cierto, ya que hablamos de fuerzas incompresibles —cambió de tono el hombre, pareciendo recordar algo—, Guillermo me ha dicho que Felipe ha exigido a vuestro hijo, para cerrar el trato, que le devuelva la Santa Espina.

—Pero... —Leonor detuvo sus pateos impacientes para mirar a su acompañante con la frente fruncida— la Espina quedó en manos de Enrique, el emperador de Alemania, quien nos la exigió para liberar a Ricardo, precisamente porque Felipe le informó de su existencia.

—Así es. Pero el rey sabe que, después de su muerte, su sucesor, Otto de Brunswick, vuestro nieto, al que vos y Ricardo pusisteis en el trono, es quien debe guardarla y, por agradecimiento, no os la negará.

—Creía que Felipe no era precisamente religioso, después de sus enfrentamientos con la Iglesia.

—No sé si se trata de convicciones religiosas o de supersticiones, o simplemente de poner la mente a trabajar por medio de un objeto al que nosotros mismos conferimos poder. El pensamiento puede ser nuestro mayor enemigo o el mejor de los aliados; todo depende del control que seamos capaces de ejercer sobre él. Tal vez el rey no conozca esto pero, con la sabiduría elemental que todos tenemos, lo intuya. De cualquier manera, no es bueno que se crea protegido; eso le hará volverse insolente.

—Lo sé y me preocupa. De todas formas, si eso es parte de las condiciones y Juan lo ha aceptado, no nos queda más remedio que admitirlo y actuar.

—Vuestro hijo no da importancia a nadie ni tiene respeto por nada; no sabe, o no quiere saber, que la mente de las gentes, bien orientada, puede volverse casi todopoderosa, porque las limitaciones son aprendidas. Vos misma lo habéis experimentado en algunas ocasiones.

—Yo sí, pero él no es capaz de parar a escucharse y mucho menos a escuchar a los demás, porque su naturaleza no se lo permite; es tan inconstante, intranquilo e inestable como todos los Plantagenet, con el agravante de que su padre, al menos al principio, tenía un objetivo claro y él carece de expectativas y visión de futuro. Estoy asombrada de que haya sido capaz de entender lo importante que es conseguir este matrimonio.

De repente, un rayo de luz se deslizó desde los ventanales, alcanzando los pies de Leonor, quien se adelantó, friolera, para dejar que la bañara.

—Ha salido el sol y aún no hemos comenzado a andar —reflexionó como para sí, mudando inmediatamente el tono para gritar a un grupo de caballeros que hablaba en una esquina de la estancia—. ¿Es que tendré que descender yo misma al patio para organizar la salida? —Los hombres se apresuraron fuera, cerrando sin ruido a sus espaldas—. Bien —dulcificó la voz para dirigirse ahora a sus mujeres, que esperaban vestidas y dispuestas—, creo que ahora ya podemos bajar; en menos de un suspiro, estaremos en caravana.

La mañana de octubre era fría y neblinosa. Leonor se arrebujó en sus pieles y desde lo alto de la escalera contempló el ajetreo en el patio de la abadía. Hombres y bestias se afanaban en sus tareas. Algunos de los carros salían por las puertas, abiertas hacia el camino por donde ya marchaban. Los pastores conducían sus rebaños, intentando, con sus incomprensibles voces y la ayuda de sus perros, orientarlos en la dirección elegida. Mujeres arremangadas y sudorosas, a pesar del frío reinante, colocaban enseres de todo tipo sobre las carretas que aún esperaban, apartando impacientes a una caterva de chiquillos y animales que correteaban alrededor, metiéndose entre las piernas y dificultando los desplazamientos a todos los

presentes. Algunos caballeros y damas conversaban, sujetando ellos sus monturas, que andaban intranquilas y levantiscas, y ellas sus espesas capas, que apenas eran capaces de aislarlas de la gélida atmósfera. Debían todas cabalgar, porque la reina así lo había ordenado, puesto que ella misma deseaba hacerlo. La mayoría mantenía la inconfesable esperanza de que Leonor se cansara enseguida y pudieran ocupar sus puestos en los carros, donde viajarían más calientes, envueltas en mantas y rodeadas de piedras que se habían enrojecido en los fuegos. Muchos jovencitos, hijos de nobles, que eran criados por los hermanos de sus madres o, en su defecto, por amigos de sus padres, observaban encantados el aparente desorden que iba a proporcionarles una diversión añadida. Todo el mundo gritaba o daba órdenes, que milagrosamente eran oídas por los interesados, quienes se apresuraban a obedecer al señor que organizaba a sus hombres y pertrechos. El aire olía a humo, a estiércol, a sudores de hombres y bestias y a sabrosos guisotes que se habían repartido hacía poco para calentar el estómago antes de salir al camino, pero nadie parecía percibir la potente mezcla y todos, incluidas las damas, reían o se movían excitados por la novedad que iba a sacarles de su rutina, que últimamente, habida cuenta de la edad de la reina, pensaban que iba a instalarse mientras ella viviera.

Leonor contempló el conocido espectáculo, repetido en todos y cada uno de los múltiples viajes acometidos a lo largo de su dilatada existencia. Respiró con placer el aire frío y deseó intensamente estar ya marchando por los caminos. Había decidido ir, como siempre lo había hecho, a caballo. No sabía muy bien si sería capaz de aguantar demasiado, pero quería intentarlo; era una manera de ignorar su edad y la proximidad de la muerte, que cada día que pasaba se volvía más inevitable. Si se sentara en un carro, no podría disfrutar de la misma manera del paisaje; no podría ser una con el entorno, ni estudiar los cambios que ahora se sucedían rápidos en los poblados y en las nuevas ciudades que surgían por doquier. Así, sin detener la marcha, le sería sencillo separarse en cualquier momento, para acercarse a grupos de campesinos o burgueses y escuchar sus quejas o peticiones.

Bajó la escalera, seguida del arzobispo de Canterbury y de la madre Matilde con algunas de sus monjas y monjes. Se apoyó en Le Maréchal; no era la primera vez y esperaba que no fuera la última... Movió la cabeza a un lado y otro, en un signo de negación, enfadada consigo misma. Estaba harta de que la idea de la ineluctable muerte se instalara en todas sus decisiones. Llegaría, sin duda, pero ahora, hoy, estaba viva y tenía que vivir y proceder como siempre lo había hecho. Muchos países dependían de que su misión tuviera éxito, así que no estaba dispuesta a permitir que esa estúpida y por demás realista idea de desaparición se instalara en ella, impidiéndole actuar y conformar a su modo y manera todas las naciones que dependían de su sangre.

Con el último peldaño, la marea que se movía por el patio la engulló. Guillermo la condujo hasta su caballo y la ayudó a montar; más exactamente, la izó en brazos hasta el lomo del animal. Ella le sonrió agradecida y tomó las riendas que un

jovencito sujetaba, mirándola embobado.

—Guillermo —ordenó Leonor—, deseo que partáis inmediatamente para reuniros con mi hijo.

—En cuanto salgáis por la puerta, señora, lo haré. Aunque no puedo por menos que insistir en acompañaros. Temo dejaros sola en este largo y difícil viaje.

—El arzobispo de Burdeos y Mercadier me protegerán. No temáis por mí, sé arreglármelas. Mi hijo os necesita mucho más que yo. Tratad de hacerle entrar en razón cuando le veáis equivocarse. Mi viaje, después de la muerte de Ricardo, logró la fidelidad de nuestros señores, así como la de las ciudades, con la concesión de pequeñas, y en muchos casos engañosas, libertades. Hasta rendí homenaje a Felipe, lo cual me costó una enfermedad, pero conseguí la estabilidad, para ofrecérsela junto con la corona. Esos dolorosos y esforzados empeños han conseguido este tratado, que quiero dejar resuelto lo antes posible. La boda traerá paz a las dos casas y eso es lo que más necesitan nuestras tierras, así que, por favor, tratad de controlar a Juan y disimular ante sus barones sus pataletas de infante. ¡Ah! —Se acordó de repente—. Y si es posible, tratad de alargar la entrega de la Santa Espina. Sabéis que nunca hemos conseguido grandes cosas cuando no la hemos tenido en la familia. Juan parece ignorarlo, como otras muchas cosas, que no sólo no conoce, sino que además no desea conocer.

—Haré todo lo que pueda, señora. Sabéis que vuestro hijo posee la terquedad de los débiles.

—Lo sé, amigo, por eso os lo confío. Y ahora, dejadme partir para que intente salvar lo poco que queda de aquellos sueños, nacidos antes incluso de que vos alentarais. Que el Señor os acompañe, arzobispo —se despidió de Huberto Gautier, alzando un poco la voz. Luego, con afecto, casi susurró a Le Maréchal—: Quedad con Dios, amigo. —Bajó después los ojos, evitando mirar a su fiel vasallo, para que no viera las lágrimas que pugnaban por salir y no estaba dispuesta a consentir que nadie pudiera siquiera sospecharlas. Se volvió hacia el otro lado, sonrió apenas a la abadesa y sus monjas, de quienes ya se había despedido, sugiriendo algunos cambios en el control de la abadía de Fontevraud, para que estuvieran resueltos antes de su vuelta, pateó el vientre de su caballo y se alejó, seguida de sus mujeres, hacia su lugar en la caravana. Guillermo la miró partir, convencido de que no volvería a verla y un angustioso nudo le atenazó la garganta al comparar aquella gran mujer con el hijo débil e inseguro que, contra todo pronóstico, la había sucedido.

CAPÍTULO 2

Elías de Malemort, arzobispo de Burdeos, se había adelantado hasta llegar a la altura de Leonor para anunciar la proximidad a tierras de los Lusignan.

—Tal vez sería mejor, señora, esperar a Mercadier. Ha enviado por delante a un mensajero y está viniendo a marchas forzadas. Es posible que pasado mañana o como mucho en tres días esté con nosotros. No me fío de Hugo le Brun, puede atacarnos con la disculpa de que no hemos esperado el permiso para cruzar sus tierras.

—Debemos arriesgarnos, arzobispo. En el viaje pueden surgir muchos inconvenientes que nos retrasen y no vamos a propiciarlos nosotros. Vamos a continuar; no tengo tiempo que perder.

—Está bien, pero quiero que sepáis que mis hombres solos no serán capaces de enfrentarse a los Lusignan, si deciden atacarnos.

—No temáis por ellos, no presentaremos batalla si esa desgraciada situación se diera.

—Continuemos entonces hasta que deseéis descansar. El sol está bajando y pronto todo estará oscuro.

—Tranquilo, señor, no pienso cabalgar hasta Angoulême. Hemos dejado atrás hace mucho Vivonne y me gustaría llegar a Couhe; los dos días que hemos descansado en Poitiers no me han dado fuerzas suficientes para pasar horas nocturnas al raso. Pero, esperad. ¿Qué es ese revuelo allá delante?

—Envié ojeadores y acaban de regresar. Si me disculpáis, señora, iré a ver qué nuevas traen.

—Id, Elías, pero me temo que su apresuramiento no indica nada bueno.

Los hombres llegaron junto al arzobispo antes de que este tuviera tiempo de moverse.

—Señor —descabalgó el primero, arrodillándose y besando el anillo que

Malemort le tendió—, los Lusignan nos tienen rodeados. Nos doblan en número y vienen bien armados.

—Bien, detened la marcha y ordenad cerrar en círculo los carros. Señora —se dirigió ahora a Leonor con una especie de súplica en la voz—, entrad en el vuestro y no salgáis a no ser que yo mismo os lo pida.

—Sosegaos, arzobispo. Os obedeceré, pero me temo que me necesitaréis para las negociaciones. Si Hugo ha llegado a esto, no se conformará con una pequeña tajada.

Elías se alejó hacia la cabeza de la caravana y las mujeres de la reina se apresuraron a descabalar, ayudadas por pajes y aprendices de caballero, que se hicieron cargo del frágil cuerpo de Leonor, conduciéndola despacio, ya que sus piernas, anquilosadas por el largo tiempo a caballo, se negaban a sostenerla, hasta el carro que siempre la esperaba dispuesto y caliente. Se acostó entre las pieles, que las piedras mantenían tibias, dejando espacio para que sus damas se sentaran alrededor, al tiempo que ordenaba:

—Si me duermo, cosa que dudo, no permitáis que Hugo me vea acostada. Si se acerca, despertadme para que baje a recibirlo. Y ahora, pedidle enseguida a Blédhri su infusión de miel, romero, cola de caballo y melisa. Me duelen todos los huesos del cuerpo.

Levantó apenas la cabeza para sorber el líquido, siempre dispuesto en un pichel que el anciano le ofreció, y luego se tendió, intentando relajar sus músculos.

Blédhri, junto al carro, se afanaba ordenando una fogata, para mantener en lo posible el calor en la proximidad de Leonor. Cuando la vio arder, se sentó junto a las llamas, fijando los ojos en ellas, absorto y olvidado del entorno. No supo el tiempo transcurrido cuando sintió la mano de la reina en su hombro.

—¿Qué has visto, amigo? —dijo, sentándose a su lado en la sedilia que alguien le colocó apresuradamente.

—Me extraña que me hagáis esa pregunta, señora. No paráis de repetir que es una tontería con la que pretendo engañaros.

—¡Déjate de monsergas, Bléd! ¿O acaso debo ordenártelo?

—No, señora, sólo quiero evitar que una vez os haya transmitido mi mensaje, digáis que es una bobería, como hacéis siempre, o peor aún, un juego de brujería para pasar el rato.

—No me enfades más de lo que ya estoy. Este malnacido de Lusignan nos está haciendo perder un tiempo precioso.

—Y más que os hará, si no accedéis a sus pretensiones.

—¿Qué es lo que quiere? Debo estar preparada para decidir. No deseo que consiga alterarme.

—Pues seguramente eso es lo que pretende, porque he creído ver que va a pedirnos el condado de la Marche; de lo contrario no os permitirá seguir viaje, aunque para eso tenga que encarcelaros.

—¡Maldito hijo de perra! Ha sabido jugar sus cartas. Está bien informado. Me

inclino a pensar que ha sido el propio Felipe quien le ha puesto al corriente de mi viaje a Castilla.

—Probablemente así haya sido, aunque si deseáis seguridades, tendré que utilizar algo más de tiempo.

—No es necesario, amigo. El conocer ese punto no va a facilitarme las cosas. Ahí llega Pedro, el sobrino del arzobispo, seguramente su tío lo envía con las nuevas de Hugo.

—Señora —se arrodilló el joven, bajando ante la reina su hermosa cabeza rubia—, el de Lusignan desea veros. Se niega a hablar con nadie que no seáis vos.

—Alzaos, muchacho, y decid a Elías que estoy dispuesta.

—Si es así, tendréis que ir al castillo de Lusignan para pasar la noche y atender las peticiones de Hugo. No obstante, debo añadir que mi tío no cree conveniente que accedáis a entrar en la fortaleza, ya que teme que Le Brun os haga prisionera. Aconseja que le deis largas y esperéis a Mercadier, con lo que nuestras tropas serían equiparables y...

—... Y el conflicto se alargaría meses —cortó la reina al joven, que enrojeció—. Gracias por vuestro interés, Pedro —sonrió ahora al chico, quien enrojeció aún más—. Volved junto al arzobispo y decidle que ordene el giro a la derecha, hacia el castillo de Lusignan. Ya que he de pararme, me gustaría pasar la noche a cubierto.

—Sí, señora, lo haré, pero antes debo advertiros de que Hugo no bromea y es más que posible que os retenga contra vuestra voluntad y...

—Sosegaos, amigo —la confianza casi consiguió que el chico, que aún seguía arrodillado, cayera el suelo cuan largo era. Tragó saliva y apretó los dientes para controlarse, luego alzó la mirada y se atrevió a encarar los dulces ojos que lo contemplaban con una chispa de burla que, lejos de irritarlo, le encantó. ¡Qué bella dama tenía ante él! No le extrañó en absoluto que trovadores y poetas cantaran su hermosura, porque él, en aquel momento, no vio los estragos del tiempo, muy al contrario, le pareció estar contemplando a la mujer más bella que hubiera visto nunca. Parpadeó, como queriendo liberarse del embrujo y obedeció como un autómatas al gesto que le urgía a levantarse. Lo hizo muy despacio y, con la cabeza baja de nuevo, esperó la decisión de la reina.

—Idos ya, Pedro, y haced lo que os he ordenado.

—Sí, señora. Desde luego, señora. Pero antes, si me lo permitís, quisiera pedir os un favor —se atropelló, castañeteando los dientes.

—¿Vos también, como Lusignan, deseáis algo?

—Sí, señora. O no, señora... —Cómo se odió por la impresión negativa que le parecía estar causando. Pero un anhelo lo ahogaba y tenía que ceder a él.

—¿Deseáis algo o no?

—Sí, señora.

—Bien, pues decid. —Ahora la sonrisa de la reina era clara, aunque mantenía, según la costumbre de los últimos años, los labios cerrados.

—Desearía que me permitierais cabalgar junto a vuestro carro. Temo que pueda haber problemas con los hombres de Lusignan y yo... pues...

—¿Me estáis ofreciendo protección, señor? —Leonor a duras penas podía contener la risa, observando al joven de poco más de dieciocho años hinchar el pecho y levantar la cabeza, viendo además de reojo a Blédhri removerse inquieto, tratando, él también, de mantener la seriedad.

—Señora, sé que todos los caballeros que os acompañan estarían dispuestos a protegeros, pero yo puedo morir por vos en cualquier momento y si Hugo quiere rehenes, estoy dispuesto, o incluso...

—Gracias de nuevo, querido Pedro. —Lo de «querido» hizo que el muchacho sintiera vahídos—. Estaría muy honrada y me sentiría muy segura si estuvierais a mi lado, pero es vuestro tío quien se encarga ahora de la logística; es a él a quien debéis pedirselo.

—Sí, señora. Desde luego, señora. Perdonad mi atrevimiento. Con vuestro permiso voy a cumplir vuestras órdenes.

—Id, Pedro, y no os alejéis demasiado de mí.

—Nada logrará que lo haga, señora. —El chico, totalmente rendido, hizo una reverencia y, sin volver la espalda, caminó hasta casi caerse sentado en la hoguera.

Leonor mantuvo la compostura y sólo cuando se había perdido de vista se permitió una risita.

—Otro al que habéis conquistado —intervino Blédhri, divertido—. Algún día comenzaré la lista de los hombres que os he visto manejar y espero que consiga suficiente pergamino para completarla.

—No siempre lo he logrado. Algunas veces, como en este momento, tuve que ceder. Ahora no dispongo de tiempo para doblegar al de Lusignan y, cuando digo tiempo, no sólo me refiero a mi prisa por llegar y volver de Castilla.

Cuando entró en el patio del castillo de Lusignan, Hugo le Brun la esperaba rodeado de sus vasallos. Los había convocado para que la reina viera que su petición era la de todos sus tributarios.

—Señora —se adelantó Hugo, poniendo su rodilla en tierra.

—Levantaos —bufó Leonor, abandonándose a los brazos que la bajaban del caballo—. Ambos sabemos que esta no es una visita de cortesía. Y ya que me habéis hecho venir, no perdamos el tiempo; guiadme junto a un fuego y exponedme vuestros deseos.

—Señora —casi se trabucó Hugo, quien habría deseado dar a la entrevista un cierto tono cortés, conocedor de los gustos de la reina—, permitidme que os ofrezca mi hospitalidad —insistió en su pretensión.

—No me queda más remedio que aceptarla ya que me habéis desviado del camino y que hace una noche de mil demonios. Conducidme junto al fuego, os digo, y luego hablaremos.

—Desde luego, señora —se acercó a Leonor, ofreciendo su brazo para que se

apoyara. Ella lo ignoró, volviéndose. A su espalda se encontraba Pedro, quien interpretó su gesto, más por intuición que por razonamiento. La reina le pedía apoyo. Se apresuró, empujando a los señores que lo rodeaban, entre ellos a su propio tío, el arzobispo, y se ofreció a Leonor quien, graciosamente, sin descargar sus desgastados huesos en el fuerte brazo, caminó erguida y garbosa, sintiendo desleírse su columna a cada paso.

Hugo no tuvo más remedio que seguir a la pareja, contemplando perplejo cómo aquel «niñato» se deshacía en cuidados y atenciones hacia su reina, la cual parecía encantada, ya que reía los comentarios que el chico apenas murmuraba y que el de Lusignan sospechó tenían por protagonista a su persona.

Cuando Leonor estuvo instalada junto al fuego, en el sillón que habitualmente ocupaba el dueño de la casa y que no dudó en elegir, invitó a su séquito a sentarse, pues como explicó enseguida, quería «dejar arreglado aquel enojoso asunto, para poder continuar camino al amanecer». Hugo vio su autoridad menoscabada, por lo que apuntó la conveniencia de cenar y descansar y reunirse al día siguiente para tratar la oportunidad, o no, de que «la reina pueda seguir hollando mis tierras sin permiso».

—El permiso no es más que una disculpa que os habéis inventado para frenar mi viaje. Las cartas en que se os pedía licencia obran ya en vuestro poder, de modo que esa no es una excusa válida. Dejad de querer aparecer como un gran señor cuando no sois más que un rufián aprovechado. Pasad a exponerme vuestras pretensiones y liberadme de vuestra presencia.

Elías de Malemort se adelantó unos pasos, acercándose a Le Brun. Al arzobispo le temblaba ligeramente la voz cuando apuntó:

—Señor de Lusignan, espero que entendáis que la reina está muy fatigada por el viaje y necesita acortar protocolos y descansar.

Una risita, salida de algún rincón oscuro, rubricó las palabras del prelado, quien resopló de forma casi imperceptible. El señor del castillo bajó los ojos a las piedras y movió la punta de un pie como si buscara hacer un camino en ellas. Se demoró unos instantes y luego, comprendiendo que su papel de cortesano no era en absoluto aceptado, levantó la vista, decidido a conseguir su tajada sin florituras.

—Quiero el...

—... condado de la Marche —completó Leonor, sorprendiendo a todos los presentes, incluido al propio Hugo, quien la miró con la boca abierta—. Es eso, ¿no?

—Sí... eso es... sí.

—Bien, como supongo que si os lo niego me encerraréis en una mazmorra, no voy a hacerlo. Preparad el documento, os lo firmaré en cuanto haya salido de vuestras tierras. Podéis acompañarme hasta el linde o encargadme a alguien que lo haga. Y ahora, dadnos de cenar y asignadme un aposento en el que luego pueda descansar. No obstante, creo que no deberíais haber hecho esto, pero aún sois joven. Seguramente os quedará tiempo para arrepentiros por ello.

A medio camino de Angoulême los alcanzó Mercadier. Se apresuró a presentarse

ante Leonor, informado ya y pesaroso por no haber podido estar presente en el asunto de Lusignan.

—Siento mucho, señora, no haber tenido tiempo de llegar para evitaros la afrenta que habéis sufrido. Si puede consolaros, quiero aseguraros que no quedará sin la sanción adecuada. —Inconscientemente, Mercadier se llevó la mano al pomo de la espada—. No he querido hacer una expedición de castigo al pasar por sus tierras, para no perder más tiempo y no dificultar la vuelta, pero os aseguro que esto no será olvidado.

—Gracias, Mercadier, realmente os hemos echado de menos. Ese canalla de Lusignan ha sabido aprovechar muy bien las circunstancias. Pero, en fin, el asunto, de momento, está resuelto, que era lo importante. Espero que vuestra presencia aquí evite nuevos incidentes.

—Podéis estar tranquila, señora. Ningún otro señor se atreverá a molestaros. —Mercadier sonrió, mostrando la dentadura que a Leonor le producía una especie de escalofrío, al tiempo que acariciaba, casi con ternura, la empuñadura de su compañera más querida—. En tres o cuatro días más estaremos en Angoulême, donde nos detendremos hasta que hayáis descansado.

—No sé cómo llegaré hasta allí, pero si estoy como ahora, nos detendremos lo justo. Ya tendré tiempo de descansar cuando me muera.

—Señora... —Quiso hilvanar una frase apropiada Mercadier, pero no pudo evitar una franca carcajada, mientras pensaba en lo parecida que era aquella mujer a su amado Ricardo, al que las dificultades parecían espolear.

Por vez primera la reina sonrió también, perdiendo un poco del recelo que le inspiraba el mercenario. Tal vez su hijo hubiera tenido razón y fuera de fiar. Bien, en todo caso, en aquel momento no había alternativa, por lo que de ninguna manera debía mostrar su aprensión, ya que un vasallo, o sirviente amante, es más fácil de manejar que alguien que alberga rencores. En pocos segundos recordó el odio de Thierry Galeran, el templario consejero de su primer marido, que ella, joven e inexperta, había propiciado con sus burlas y que tan caro hubo de pagar.

—Me gustaría —cambió la reina de conversación, por dejar de encararse a malas evocaciones y cesar asimismo de contemplar aquella chispa de perversidad en los ojos de su capitán— que dictarais los recuerdos que os quedan del tiempo que vivisteis con mi querido Ricardo. Hacédselos llegar luego a Guillermo le Maréchal, pues me ha confiado que está escribiendo sobre este tiempo que nos ha tocado vivir. Creo que vuestra visión de los hechos, ya que fuisteis uno de los protagonistas, le resultará muy interesante.

—Si vos me lo pedís, lo haré —aceptó el hombre, achicando aún más sus ojos y pasándose la mano por los negros cabellos—. Pero os aseguro, señora, que no son cantos complacientes ni poemas de trovador. Me ha tocado siempre, y no me quejo porque de eso vivo, la parte sucia de todos los asuntos y, aunque algunos los he resuelto con gusto, como el caso de Pedro Basile, el matador de vuestro hijo, en la

mayoría he tenido que alejar mi mente de lo que hacía, porque no era precisamente agradable.

Leonor contempló por vez primera al hombre que se escondía tras la ferocidad de Mercadier y llegó a ver una cierta desazón, que nunca habría adivinado debajo de la máscara de poderío implacable. Fueron unos pocos segundos; enseguida, la sonrisa casi feroz resurgió y el mercenario alzó los ojos, encarándola, con su desafío característico.

—Y ahora, si me lo permitís, antes de ponernos de nuevo en marcha, voy a hacer una ronda para comprobar que todo está en orden.

—Desde luego, Mercadier, estamos en vuestras manos, así que mi deseo es que no dejéis nada al azar.

—No temáis, señora. Todo estará controlado para evitaros, dentro de lo posible, inconvenientes. —El soldado se inclinó y luego, con paso elástico y seguro que Leonor envidió, se alejó, seguido de varios de sus hombres.

Blédhri se adelantó hasta el asiento en el que descansaba la reina.

—Pienso, señora, que a Mercadier no le resultaría muy difícil recuperar la Santa Espina cuando esté en manos de Felipe.

—Deja ese problema para cuando llegue; ahora tengo otras cosas en la cabeza. Por cierto, Bléd —cambió Leonor el tono para atraer la atención de su compañero a su nuevo proyecto—. Lo que he pedido a Mercadier se me ocurrió la noche que pasé sin pegar ojo en el castillo de Lusignan, desconociendo si al día siguiente iba a permitirme o no partir. —Calló unos momentos, tratando de olvidar el desgaste producido por el incidente y el miedo, nunca superado, a un nuevo encierro—. El final puede llegar en cualquier momento —continuó, cabeceando como para sí— y de la forma menos esperada... Sí, sí. No me consueles. —Manoteó en dirección a la boca abierta del viejo—. Ya sé que crees que vamos a vivir eternamente, o a regresar enseguida, o... Bueno, esos cuentos que te inventas para hacerme más llevadera la muerte. Déjalos ahora y escúchame. Antes de que la historia hable de nosotros, tomándose las libertades que desee el autor que la componga, tal vez deberíamos escribirla nosotros mismos, o sea tú, bajo mi control.

—¿Cuándo deseáis que lo haga? Porque supongo que sabréis que necesitaré consultar los legajos familiares y escuchar a los ancianos y...

—No quiero un panegírico a la moda. Ya me han contado la importancia de mi estirpe, cosa que puedes verificar a la vuelta, pero lo que deseo es que escribas ahora nuestras vidas, sólo las nuestras y las de aquellos con las que convivimos, y hemos de hacerlo mientras podamos recordar con claridad los hechos.

—¿Debo entender que queréis narrar la verdad? —demandó un tanto asombrado, Blédhri.

—Eso es exactamente. La verdad desnuda, sin adornos ni comportamientos épicos; la vida tal y como la hemos desarrollado, experimentado o sentido, que al fin es lo que importa; nuestras propias pulsiones, emociones y querencias, a través de las

cuales comprendemos el mundo y decidimos.

—Eso que pedís está muy lejos del *Tristán e Isolda* o del *Caballero de la Carreta* o...

—Lo sé, pero cuentos como esos, o parecidos, me sirvieron cuando aún me quedaban ilusiones; con ellos, a través de ellos, soñando un mundo a mi medida, escapaba de realidades poco amables. Excitaba la imaginación, emprendiendo la utopía de la búsqueda. Hasta me parecía que alcanzaba a romper el hilo de seda que guarda la sabiduría, convirtiéndome en niño, caballero o poeta. Ahora, las convicciones heredadas han ganado la partida. Sé que no puedo zafarme, por eso pretendo recordar mi vida tal como fue, para intentar hallar respuestas porque, a pesar de que la objetividad se empeña en cerrarme la puerta de escape, la intuición me dice que hay un mundo invisible que me espera.

—¿Respuestas? ¿Qué respuestas? Nadie puede hallar respuestas, sólo inventárselas. Las interpretaciones pueden ser más o menos verosímiles, pero nunca verdaderas —pontificó tajante el anciano—. Tal vez —bajó el tono hasta convertirlo casi en un susurro— si consiguiéramos penetrar en el lugar que, en mística penumbra, guarda lo misterioso y lo sagrado...

—Quiero intentarlo, Bléd. Si no lo consigo, te aseguro que me inventaré esas respuestas o incluso creeré todo lo que me cuentas y me abandonaré a ello sin reticencias ni reparos.

—Señora —quiso él persuadir—, el hombre lleva mucho tiempo en el mundo. Siempre hemos tenido la misma mente. No debemos pensar que los que nos precedieron, por el hecho de nacer antes, eran idiotas. Algunos, los más brillantes, han llegado lejos con sus preguntas, pero seguramente no han sido las apropiadas, porque, si os paráis a analizarlas, sus pretendidas respuestas sólo tienen fantasía y entretenimiento para el pensamiento porque, al fin, lo que intentaron, una vez que llegaron a entender que nunca serían capaces de saber, fue frenar la imaginación, o mejor, orientarla hacia un pasatiempo; así, estando ocupada, pudieron evitar que los arrastrara al abismo.

—Bien, creo que has definido perfectamente lo que pretendo: encontrar un pasatiempo. Quizá consiga conocer los motivos de la existencia si logro penetrar mis propios motivos, y si no, distraeré la mente del motivo único que me ahoga. ¡Ah! Y no le digas a mi capellán que yo te lo he pedido; no quiero que se sienta desplazado.

—Ya que lo mencionáis, Roger podría hacerlo muy bien. De hecho, en todas las casas se encargan los capellanes de hacer la crónica familiar.

—Si hubiera querido que lo hiciera Roger se lo habría pedido. Su cabeza está demasiado encorsetada por sus creencias; deseo realidades, no ideales.

—Bien, señora. ¿Cuándo queréis que empiece?

—Ahora mismo, amigo, ahora mismo.

La comitiva se detuvo tres días en Angoulême. Excepto a la hora de la comida, en que Leonor aceptaba las cortesías de sus señores, pasaba el tiempo en sus

habitaciones, descansando o llevada de su nueva pasión, corrigiendo o dictando hechos a Blédhri, que había comenzado a componer la narración.

CAPÍTULO 3

— Po, Bléd, no fue un honor para mí casarme con el hijo del rey de Francia. Mis posesiones eran mucho mayores que las suyas. Es más, hasta creo que el viejo Luis, quien las ambicionaba, lo había propuesto hacía ya tiempo a mi padre. —Aquí la reina, y el propio Blédhri callaron; la vida en la corte de Poitiers o Burdeos o cualquiera de los lugares que visitaban se hizo con sus mentes. Leonor recordó, o mejor, sintió la mano, grande y cálida de su abuelo sobre la cabeza, su voz, acariciadora en las canciones e inapelable en las órdenes, sus pasos largos y poderosos, que hasta a la Iglesia hicieron retroceder, su excelente humor, que llevaba al disfrute de la vida a sus acompañantes, sus conocimientos, que a casi todos parecían inagotables, su energía amatoria y sus mujeres...

»Creo que deberías aclarar que mi abuelo no sólo se dejó llevar de caprichos a la hora de elegir a sus mujeres. Por encima de su apetito sexual estaba su interés político. Cuando se divorció de Ermengarda de Anjou para casarse con Felipa de Tolosa, no lo hizo por los encantos de esta última, que además era ya viuda, aunque le gustara presentarlo así. Recuerda sus versos en los que aseguraba adorarla por ser más blanca que el marfil... Buscó el matrimonio con la intención de hacer suyo el territorio tolosano, aprovechando que el conde Raimundo estaba en las Cruzadas. No le salió bien, porque la Iglesia se opuso y lo amenazó con la excomuni3n. Se contuvo mi abuelo entonces, pero no olvidó su deseo y, poco después, en el vacío de poder que se produjo en la infancia del nuevo conde, Alfonso Jordán, volvió a intentarlo y aquí sí que fue excomulgado, durante al menos cuatro años. Se disfrazó el hecho, justificándolo con los desvaríos de Guillermo, quien se había traído a Dangerous, su nueva amante, a vivir a un torre3n del palacio. De esta escribía que le hacía estremecer..., pero eso fue una cortina de humo para distraer al pueblo de las verdaderas razones del asunto. En el fondo, como siempre, sólo motivos políticos y

de poderes enfrentados. Nada lo asustó y hasta obligó a mi padre a casarse con Aenor, mi madre, la hija de su amante. Tomó la vida a grandes bocados. ¿Recuerdas, Bléd, el burdel que hizo construir en Niort, en el que obligó a las chicas a vestirse de monjas? —evocó Leonor la trastada con una carcajada cómplice—. Se rio de las conveniencias y sobre todo de sus propias limitaciones, hasta que se vio obligado a hacer aquella expedición al sur para unirse a Alfonso contra los almorávides. No deseaba hacer aquel viaje... —Rememoró la reina, rebuscando entre las brumas de su niñez—. Consignó en pergamino que partía hacia el destierro con gran temor... De nuevo las obligaciones políticas... Regresó sin gloria, cansado y enfermo. Murió al poco, cuando yo apenas contaba siete años. Era un triste día de invierno; la lluvia oscurecía el valle, tornando las estancias en tétricos agujeros. Aún recuerdo la pena que me ahogaba, anudándome el vientre, al oír el pesaroso tañido de las campanas que latían la muerte.

»Mi padre se apresuró a dejar a mi madre —apuntó con un deje de tristeza—, pero nosotras éramos sus hijas y nos amó... —Calló unos instantes, saboreando la imagen del querido gigante, tan nítida como si no hubieran pasado los años. Guillermo, duque de Aquitania, joven y hermoso, había muerto incomprensiblemente, a los treinta y ocho años, en una peregrinación a la tumba del Apóstol en Compostela, donde no había podido llegar. Leonor se sintió de nuevo pequeña entre sus brazos, cuando, al regresar de sus viajes, la tomaba del suelo y la hacía casi volar, sin esfuerzo aparente. Y luego las fiestas y los banquetes, en que su padre comía la cantidad de varios hombres. Aquellas noches de cuentos, poemas y canciones... Ella iba de un regazo a otro hasta caer rendida. El dolor había llegado siete años antes, cuando murió su hermano mayor. El duque continuó reuniendo a su alrededor a todos aquellos que tuvieran algo que decir o cantar, las comidas siguieron siendo largas y copiosas, pero las atronadoras carcajadas del dueño de la casa, que arrastraban tras de sí el jolgorio de todos, dejaron de oírse. La muerte era compañera habitual de la vida y por eso los clérigos que rodeaban a Guillermo lo amonestaban frecuentemente, porque no aceptaba los designios divinos. Además, no era tan difícil «hacer un nuevo duque», sólo tendría que olvidar y reanudar su vida. Para eso lo más aconsejable era visitar al Apóstol, soltar en el Camino los dolores y regresar renovado para comenzar de nuevo. Él, sabiendo que aquello era un castigo a sus disensiones y queriendo creer que tal vez podría dejar atrás aquella lacerante angustia, cedió a los consejos, o más bien imposiciones de los que, suponía, estaban en contacto con lo sagrado y sabían cómo manejar lo divino y lo humano. Debía quedar claro que, después de haberse atrevido a enfrentar, él también, como su padre, a la Iglesia, por aquel asunto del antipapa Anacleto, al que apoyó en detrimento de Inocencio, e incluso al intocable Bernardo, al que había obligado a huir en un acceso de ira, si quería contar de nuevo con las bendiciones del mayor poder, habría de hacer penitencia pública, para disuadir a otros de medir sus fuerzas con el todopoderoso clero. Y comenzó su peregrinaje. Inexplicablemente murió sin poder alcanzar

Santiago. Una niña de catorce años pasó a ser la señora de los territorios más fértiles y bellos de Francia. Aún tuvo tiempo de ocuparse de ella. En su lecho de muerte pidió que el rey Luis, como su señor natural, la casara porque, aunque confiaba en su preparación y temperamento, sabía que el respeto del que alardeaban los hombres por las damas era sólo una cortina de humo tras la cual seguían haciendo su santa voluntad, llegando a menudo al rapto y a la violación para conseguir sus propósitos.

»Sólo el escudo protector de un esposo detendría las ambiciones de los señores — siguió Leonor, casi monocorde—, y para resguardarme completamente, o al menos eso fue lo que nos contaron los que nos comunicaron su muerte, que aún a día de hoy sigue resultándome inexplicable, pidió que el heredero de Luis, quien para entonces andaba gravemente enfermo, me desposara.

Cuando aquella mañana se pusieron en marcha, Leonor ya no se encontraba bien. No dijo nada de su estado, pensando que quizá su embotamiento se debiera al poco sueño de una noche casi en blanco, pero al poco, el cuerpo y la cabeza le dolían tanto que, a pesar de la infusión de migraña que le había administrado Blédhri al salir, el movimiento del carro parecía que iba a hacerle estallar las sienes. Mandó a Josselin, uno de sus amanuenses, que cabalgaba junto a ella, que buscara a Elías de Malemort o a Mercadier para pedir un descanso. Al poco, el mercenario se apresuraba a su lado, con un pliegue de preocupación en la frente.

—Señora, ¿os encontráis enferma? Josselin dice que queréis buscar alojamiento.

—Probablemente no será nada, Mercadier, pero creo que no me vendría mal un lecho caliente y un sueñecito. ¿Hay algún lugar próximo donde podamos descansar?

—La abadía de Saint Étienne está cercana, pero, como no pensábamos detenernos, no hemos avisado. Ignoro si podrán albergarnos. Claro que vos tenéis derecho a exigirlo y...

—No quiero exigir nada —se apresuró Leonor a cortar el ímpetu de su capitán—. Llegaos allá y explicadles la situación. Seguramente, aunque no puedan darnos acomodo a todos, podrán hacerlo con algunos. Los demás podéis continuar hasta la parada prevista, donde os alcanzaremos en cuanto me recupere.

—No pienso dejaros sola.

—No debéis preocuparos, la abadía me debe muchos favores. Allí estaré segura. Id enseguida, necesito acostarme y dormir.

—Está bien, señora. Iré y me aseguraré de que podéis quedaros, en caso de que no les sea posible albergarnos a todos.

Al poco volvió Mercadier. Como él había pensado, los frailes tenían ocupada la abadía. El señor de Barbecieux acababa de llegar con sus gentes. No obstante, él, al conocer los hechos, se había ofrecido a partir, dejando así espacio para Leonor y los suyos.

—Pero —explicaba el mercenario— como supuse que no lo aceptaríais y conociendo las buenas relaciones que mantenéis con el señor de Barbecieux y los monjes, he dicho que será suficiente con que alberguen unas veinte personas. Yo

mismo me quedaré con vos. Creo que también Pedro, el sobrino del arzobispo desea hacerlo, así que se lo he concedido.

—Habéis hecho bien, Mercadier. Ahora llevadme allí, os aseguro que lo necesito.

—Desde luego, señora. Ya he dado las órdenes oportunas; antes del mediodía estaremos en la abadía.

Cuando llegaron, después de un rápido saludo al abad y al señor de Barbecieux, Leonor, con sus mujeres, se retiró al aposento que le fue cedido por los monjes. Allí, a oscuras, por no desairar al abad, quien se había apresurado tras ella, bebió, muy caliente, una tisana aconsejada por él, a base de migraneta, corteza de sauce, mirto y una planta desconocida, que el monje llamó reina de los prados y que presentó como poseedora de múltiples propiedades. Era, le dijo, mientras con su propia mano la animaba a apurarla, depurativa, antiinflamatoria, antipirética y analgésica.

—Debéis tomar otra infusión al comienzo de la tarde y otra antes de vísperas —aconsejaba, al tiempo que tocaba la frente de la enferma, constatando que estaba afiebrada—. Dormiréis como un infante y mañana os encontraréis mucho mejor. Dadle hoy sólo para comer caldo de ave —mandó con gesto adusto a las mujeres que brujuleaban alrededor— y hacedle beber cada poco nuestra agua de la fuente de la Dama. A media tarde pasaré a visitaros. Ahora descansad.

Durante todo el día Leonor anduvo en un duermevela al que se abandonó sin resistencias. Bebía sin protestas cuando sentía la copa en los labios y tornaba a sumirse en la fiebre y el sopor que la alejaban del mundo, arrastrándola a otro lado mucho más satisfactorio, compensando así sus decepciones. En algún momento de la tarde, sintiéndose casi bien en aquel lugar innominado al que la conducían la calentura y las hierbas, llegó a pensar que la muerte no debía de ser tan terrible y que tal vez el secreto estaba en no resistirse a ella. En un momento de extraña lucidez envidió las almas de los locos o de los niños, porque supo que estaban mucho más cerca de algo antiguo, inmenso, profundo y oscuro, que conectaba a todos, porque era uno, y todos sólo expresiones de él.

La noche, después de varias tomas de infusión, la sorprendió mucho más lúcida y cuando el abad, al terminar el rezo de completas, se acercó a visitarla, la encontró sentada en el lecho, exigiendo la cena a Blédhri y a sus mujeres.

—Me alegro mucho de vuestra mejoría, pero no os confiéis demasiado, tal vez regrese la fiebre y con ella el malestar. Si os fiais de mi humilde opinión, deberíais contentaros con un poco de leche caliente y tal vez una manzana.

—No cabe duda, abad, que no teníais previsto alojarnos. Veo que no queréis que coma, para no ver vacía vuestra despensa —bromeó la reina, haciendo reír por vez primera al santo hombre.

—Os prometo, señora, que mañana os prepararé un fastuoso banquete, pero sólo si estáis en condiciones de hacer los honores.

—Mañana no estaré aquí. Al amanecer partiré —aseguró ella, mirando desafiante a Blédhri, con quien ya había discutido al respecto.

—No deberíais hacerlo. Aunque os encontréis mejor, no sería aconsejable salir al frío tan pronto. Descansad un par de días al menos. Eso hará que el organismo se fortalezca antes de obligarlo al desgaste del camino. Creedme, ahorraréis tiempo si evitáis recaer.

—Bien, os haré caso —se plegó la reina a los requerimientos de ambos hombres, bajando, un tanto enrabiada, la cabeza—. Conozco bien vuestra fama de galeno eficiente y las virtudes salutíferas de vuestra fuente de la Dama.

—Las posibilidades de encontrar a alguien que sepa algo de medicina son importantes para la curación, pero sobre todo hay que evitar la enfermedad, cuidando el cuerpo que, aunque nos empeñemos en pensar que está para servirnos y que sólo es un vehículo sin importancia, es lo único que tenemos en la tierra y es un regalo de Dios, por tanto, estamos obligados a preservarlo, sin someterlo a ningún tipo de abuso —opinó el abad, sorprendiendo gratamente a la reina e incluso a Blédhri, amantes ambos de la vida y acostumbrados a la doctrina imperante de mortificaciones y renunciaciones—. Y, en cuanto a la fuente de la Dama, estáis en lo cierto, posee muchas cualidades que ya han sido observadas desde la antigüedad, en que ya se pensaba que en el lugar donde se produce una enfermedad ha de haber algo que la cure. Incluso hubo quien defendió sus poderes proféticos. No obstante, la fuente no ha sido suficientemente valorada porque hay una oscura leyenda alrededor de ella. —Aquí el abad se detuvo al escuchar el carraspeo del anciano que, desde la cabecera del lecho, lo contemplaba con ojos penetrantes. Una mirada de Leonor hizo que su amigo se separara prudentemente, dejando que el clérigo continuara con su explicación—. Una oscura leyenda —siguió, después de sacudir la cabeza como para librarse de un insecto molesto— que había hecho que anteriores abades prohibieran su uso. Yo siempre he preferido la duda a la certeza, por lo que quise pensar por mí mismo. Llegué a la conclusión que os transmitía antes, refiriéndome al cuerpo: el agua es un don de Dios, por lo que me cuesta creer que sea vehículo del Maligno. —De nuevo el carraspeo, ahora claramente asertivo, aunque distante. La reina volvió a mirar a su amigo y la expresión de satisfacción infantil que vio en su rostro casi la hizo reír—. Ahora todo el pueblo y también la abadía la consumen.

—¿De qué leyenda me habláis? —se interesó Leonor.

—Nada, consejas para las veladas; reminiscencias de tiempos paganos —despreció el clérigo—. Se dice que en la noche del solsticio de verano sale de sus aguas una bella mujer y que si alguien la observa morirá en pocos días. Otros aseguran, por el contrario, que es en la hora de mediodía cuando existe ese peligro... En realidad no se puede decir que nadie la haya visto y por otra parte no sé por qué se empeñan en afirmar que es un demonio; también, si fuera cierto que se aparece, podría ser la Madre de Dios, quien viene a anunciar la muerte, para que el designado esté preparado. —Nuevas toses a su espalda, que derivaron ahora en un franco atasco de las vías respiratorias—. En fin, señora, no escuchéis todo lo que os cuenten los campesinos; su imaginación se alimenta de su escasez. Yo mismo he estado en la

fuelle en esa noche y nunca he visto nada. Descansad ahora y mañana os visitaré para comprobar si podéis levantaros a comer. Y vos —se dirigió ahora a Blédhri, sin atreverse a mirarlo—, cuidaos ese desgarró del pecho. Haced vahos de eucalipto y bebed...

—Sí —le interrumpió el anciano—, infusiones de marrubio.

—Sí, eso también estaría bien, pero yo iba a aconsejaros tomillo, porque esa tos me parece muy seca. En fin, de todas formas, ya veo que sois un experto, así que, si me lo permitís, señora, me retiro.

—Desde luego, abad, y que descanséis bien —deseó Leonor, mirando un tanto amoscada a su amigo.

—¿Cuántas veces he de deciros que debéis callar vuestros conocimientos ante los representantes de la Iglesia? —le increpó en cuanto vio desaparecer por la puerta al clérigo—. Llevo décadas protegiendo vuestras creencias y no me gustaría tener que abandonaros a su poder, para lo poco que nos queda.

—No temáis por mí. A los fervorosos les han aterrado siempre otras formas de conciencia. Quizá su fanatismo sólo esconda su duda y su miedo... —discurrió como para sí, bajando la voz—. Pero aunque saben muy bien quién soy y cómo pienso —siguió luego, encarando a la reina—, no tengo importancia para ellos, porque creen que soy un espécimen a extinguir. Ignoran que la filosofía que defiende está dentro de todos nosotros y sólo espera a que baje la represión impuesta para volver a renacer. En cuanto a la historia de la fuente —cambió el hombre de conversación—, es lo mismo de siempre, como podéis ver: la dama que sale de las aguas. Sabéis que es un hecho repetitivo y que todos los rústicos lo cuentan de igual forma. Y digo rústicos porque parece ser que son ellos los elegidos para verlas. Tal vez porque los grandes señores a esas horas están cómodamente instalados en sus castillos, o puede que su mente esté tan embotada por los placeres mundanos que ya no sean capaces de ver nada más allá de los bienes materiales. De cualquier forma, la experiencia de lo sagrado no es conveniente para los hombres. Nuestra mente no está preparada para semejante confrontación y puede reventar, causando la locura o la muerte.

—Tal vez sólo sea un cuento que alguien inventó una vez y que todos han copiado por lo hermoso que es y el mayor secreto sea que no hay secretos —apuntó Leonor, displicente.

—O tal vez cuentan lo que han visto en realidad.

—¿Y por qué tú y yo nunca hemos visto nada?

—¿Y quién asegura que yo no lo haya visto?

Al día siguiente Leonor se demoró en el lecho, más por pereza que por necesidad, ya que los dolores y la fiebre habían desaparecido. Cerca de la hora sexta se hizo acicalar y, cuando el címbalo terminó su toque cien, ella, como todos los monjes, se encontraba en el refectorio. Ocupó el lugar a la derecha del abad. A la izquierda se encontraba el señor de Barbecieux y luego, por orden de importancia, los demás señores y damas con algunas de sus gentes a la espalda. Enseguida, a Leonor, muy

habituada a observar las personas que la rodeaban, le llamó la atención una joven muy bella que, bastante alejada de los lugares preferentes, miraba constantemente al señor de Barbecieux, aunque simulaba prestar mucha atención, con gestos y sonrisas casi empalagosas, a un hombre viejo y desaliñado que tenía a su lado.

Al terminar la comida, la vio departir —siempre vigilada de cerca por el anciano — con varias personas, entre ellas, y eso sí que le resultó chocante, con Pedro, el sobrino del arzobispo, quien la miraba embobado.

Se retiró pronto la reina a sus habitaciones para descansar, siguiendo los consejos del abad, y pasó la tarde en el lecho, dictando cartas a Josselin y escuchando los escritos de Blédhri, que corregía y puntualizaba constantemente.

—Creo que no dejaste suficientemente claro la importancia de mis posesiones. Debes hacer hincapié en que Luis sólo detentaba el poder sobre una franja de tierras que iban desde el Oise hasta Bourges. Yo era duquesa de Aquitania y Gascuña y condesa de Poitiers; gobernaba desde el Indre a los Pirineos. Mis vasallos eran los más poderosos barones de Francia. Bajo mis órdenes estaban los vizcondes de Thouars y los señores de Lusignan, también los Mauléon, los Châteauroux, los Ventadour, los d'Astarac y otros gascones, y el condado de la Marche, aunque ahora no lo tenga ya, pero no voy a resignarme, desde luego, y Auvernia, Limoges, Angulema, Perigord, Béarn y... Esta enumeración es una tontería —afirmó como para convencerse a sí misma y parar aquella relación que estaba haciendo más por placer que por necesidad—, tú la conoces igual que yo, así que consígнала. Deseo dejar muy claro que mi padre le hizo un favor, nunca he podido saber si forzado o voluntario, a Luis; no él a nosotros. Establece la riqueza de nuestras tierras y puertos. No olvides a la Rochela y a Burdeos exportando vino y sal y Bayona con su fructífera pesca de ballenas y... bien, ya sabes. —La reina se detuvo unos instantes, pensativa. Luego, mirando de nuevo a su compañero de tantos años, añadió—: También quiero que dejes claro que la boda, que celebramos en Burdeos, la pagué yo. Mil invitados acogimos en el palacio de l'Ombrière, más toda la multitud que se arremolinó en los patios y corrales; claro que de esos no me quejo porque eran mis gentes. Bueno, en realidad no me quejé de nada; me limité a disfrutar de mi juventud y belleza y del cariño de mis vasallos.

»¡Ah! El querido Burdeos... —suspiró Leonor, cerrando un instante los ojos—. Ahora sus calles se han extendido mucho alrededor, pero en aquel momento era poco más que el recinto de las murallas que construyeron los romanos entre el Peugue y el Devèze. Mi palacio de l'Ombrière es una gran fortaleza, desde cuyas murallas se puede divisar el Garona, pero mi padre y mi abuelo lo habían dotado de grandes comodidades. Es muy fresco en verano y caliente en invierno, gracias a las múltiples chimeneas que ellos mandaron construir en todas las salas y habitaciones. Para el enlace, ordené engalanarlo con tapices y ramos verdes. Recuerdo los tableros interminables, colocados en el patio, y la cortesía, galanura y elegancia de mis señores, que pasaron de considerarme una niña a respetarme y adorarme como a una

dama. Conmigo estuvo Godofredo de Rancon, Guillermo d'Arsac, Arnaldo de Blanquefort... A estos los recuerdo porque eran muy divertidos y aquel día me hicieron reír. Por supuesto había muchos más. En eso, Luis quiso lucirse. Se trajo con él quinientos caballeros, a los que, por cierto, hube de mantener —reflexionó como si se hubiera dado cuenta por vez primera—. Vinieron los señores de Champaña, Nevers, Perche y Raúl de Vermandois, senescal del reino, y no pocos prelados; recuerdo al obispo de Chartres y a Suger —cabeceó, concediéndole la importancia que en aquel momento no le había dado—. Sobre todo, al abate Suger, quien ya entonces era el amo de la isla de Francia. También se trajo algunos regalos, no tantos como luego contaron, pero en fin, en aquel momento yo tenía todo lo que deseaba, así que me limité a aceptarlos con una sonrisa, sin permitir que mis rasgos se alteraran. Desde el primer momento quería dejar claro que no era una mujer al uso, a la que se compra con un vestido, una copa o una cruz más o menos.

Leonor había ido bajando el tono, a medida que hablaba; al final parecía que los recuerdos los usara para acunarse, tan susurrados y monocordes salían de sus labios. Blédhri quiso distraerla.

—¿El rey Luis ya andaba enfermo cuando le llegaron los enviados de vuestro padre?

—Sí —pareció recuperarse la reina—. Tenía flujo de vientre. Ya hacía dos años lo había padecido, pero se había recuperado. En el momento en que recibió a los mensajeros estaba ya en cama, soportando su desmesurado peso, sus dolores y sudoraciones, que dicen los que lo conocieron le empapaban las ropas hasta parecer que acababa de bañarse con ellas puestas. No obstante, Suger se encargó de los preparativos. Era eficiente el hombrecillo. Creo que no lo valoré en su justa medida —aceptó, ahora en voz alta, deteniendo su perorata—. Pero me fastidiaba que gobernara a Luis como lo hacía, en detrimento de mis órdenes, que, ahora comprendo, se parecían más a caprichos que a mandatos reales. Mas, en aquel momento, con apenas quince años, reina, joven y hermosa, aquellas pequeñeces eran manifestaciones de poder que no estaba dispuesta a dejar en otras manos por el hecho de ser una mujer, como todos, tanto varones como hembras, me recordaban constantemente ante mis empeños de reconocimiento. Desde el primer momento quería que quedara bien claro que yo era la más poderosa y que, por tanto, con razón o sin ella, debían plegarse a mis deseos. Cosa que, por otra parte, en aquel momento e incluso hoy mismo cuando lo pienso, era lo más natural, ya que Luis, aquella especie de frailecito que me adjudicaron por esposo, era descendiente de Hugo Capeto, el duque de los francos que se había erigido rey cuando se destronó al último sucesor de Carlomagno, apenas ciento cincuenta años antes. Yo conocía bien la historia, sabía que Hugo era uno más, al que sus iguales eligieron para representarlos. Sus hijos y nietos se habían pasado todo ese tiempo consiguiendo lazos de vasallaje para continuar en el trono, sabiendo que eran considerados unos advenedizos sin prestigio.

—¿Debo consignar el hecho de que Luis no era el heredero? —preguntó Blédhri.

—Desde luego, amigo —asintió la reina—. Tal vez así se comprendan mejor mis razones para dejarlo. Su hermano Felipe fue el educado para reinar, pero un estúpido accidente acabó con su vida. Él, un segundón, desde muy pequeño vivió en la abadía de Saint-Denis, donde los monjes lo hicieron uno de ellos. De hecho, estudiaba, rezaba y obedecía mucho más que algunos de los hermanos. El padre, después del entierro del primogénito, lo llevó consigo a Reims y el crío, de nueve años, recibió el homenaje de sus vasallos. Luego, vistos sus deseos de vida retirada, lo devolvieron a la abadía para que continuara sus estudios. Allí fue Suger a buscarlo para conducirlo hasta mis tierras con el impresionante séquito que había conseguido reunir. Antes visitó a su padre enfermo, quien le aconsejó que protegiera al clero, a los huérfanos y a los pobres. Lo de los pobres y los huérfanos no estuvo de más —aceptó la reina, cabeceando— pero lo del clero... Como si él no estuviera suficientemente aleccionado por sus educadores. En fin, que se presentó en mis tierras con poco más de dieciséis años, sin haber salido apenas de su abadía, encontrándose con la alegría de vivir de mis gentes, más expresivas y desinhibidas de lo que él habría podido imaginar.

»Ya en la catedral de San Andrés, el día del enlace, me di cuenta de los movimientos patosos e indecisos de Luis, pero no quise prestar atención a su figura más que para conseguir mayor brillo a través de él. En vez de mantenerse erguido se tambaleaba de vez en cuando “por no haber tomado nada”, justificaba, pues acudimos a la ceremonia en ayunas, como era obligado. Cuando llegó el momento del juramento y los testigos nos cubrieron con el velo púrpura, en vez de permanecer inmóvil, cambiaba constantemente de lugar, obligándoles a moverse para que su cabeza estuviera bajo el paño. Escogió la fórmula de “te tomo por esposa”; en cambio yo no lo imité, para que quedara bien clara la importancia de mi casa, y asombrándolos a todos, dije: “Con este anillo me caso con vos y con mi cuerpo os honro”. Salí de la iglesia segura, erguida y graciosa, sonriendo y saludando con movimientos medidos a las gentes, que gritaban mi nombre. Monté mi yegua blanca, enjaezada de verde y oro, y marché a través de las calles de la ciudad, bajo los arcos de ramaje que para mí se habían trenzado, entre el entusiasmo delirante de las gentes y el poderío apenas contenido de mis señores. En ningún momento dejé de sonreír o saludar; mantuve la espalda erguida y el mentón orgulloso, olvidada del numeroso séquito de obispos, clérigos y barones que me acompañaba y que, a pesar de sus esfuerzos en conseguir brillantes atavíos, yo sabía bien, no podían emular con todo su derroche de medios mi juventud ni mi belleza. Mi abuelo y mi padre se habrían sentido orgullosos.

»Y luego, en el palacio, en ningún momento olvidé mi papel de señora, con pequeños gestos que mis mujeres captaban enseguida, no por necesidad, sino por puro placer de ser obedecida y que los invitados lo notaran. Me preocupé de que el servicio de la mesa fuera impecable. Había mandado colocar manteles de hilo con listas de seda, saleros y pimenteros, cuencos, cucharas y cuchillos de plata, una copa

dorada para vino y un vaso para agua, y una servilleta por comensal, con la orden de cambiarse por otra limpia si el invitado lo precisaba. En el medio de las mesas se colocaron varios centros de flores y frutas, cuidando la combinación de colores y formas hasta conseguir un bello y apetitoso cuadro. Los pajes se multiplicaban para atender las necesidades de los invitados. Les ofrecían jofainas con agua perfumada para lavar sus manos, manutergios para secarse, que habían estado plegados entre flores de lavanda, y un desfile interminable de fuentes con los más variados y apetitosos alimentos, de los que aún me acuerdo, pues los anduvimos debatiendo con las cocineras bastante tiempo.

»Servimos una sopa de nabos, berzas, tocino, gallina y cecina de castrón, con costrones de pan nadando en el caldo. Sabíamos que a los señores no les agradaría demasiado, pero a mí me gustaba y pensé que podría satisfacer a las damas. Se sirvieron los cuencos y el arzobispo de Burdeos bendijo los alimentos. Los señores, algo reacios al principio, sorbieron con deleite el caldo y hasta alguno pidió repetir. Luego llegaron las habas frescas, recién desgranadas y cocidas en leche. Estaban muy buenas, pero los invitados, sobre todo los hombres, comenzaron a reservarse para las carnes. Como había muchos clérigos y aunque todos sabíamos que su plato preferido eran los cabritos y lechones, quise hacer que los respetaba y en su honor servimos lamprea con huevos de codorniz en salsa verde y pastel de anguilas, regado con una salsa de nata y menta absolutamente deliciosa. Los santos hombres, asegurando que eso era lo sano y lo que les recomendaban sus reglas, comieron los pescados, disfrutando de ellos de tal forma que los demás señores se hicieron servir “para no ser menos”, no una, sino varias veces. Los vinos desaparecían de las copas con una velocidad que hacía a los pajes andar pendientes, si no querían que algún barón los increpara, dejándolos en ridículo ante sus amos.

»Para gusto de todos, incluso de los perros que esperaban las sobras alrededor de sus dueños, llegaron luego los capones, conejos, ánades, jabalíes, corzos, lechones, cabritos... Bien asados en sus propios jugos, algunos rellenos de setas y queso, recubiertos otros de tocino y sebo con cebollitas y cabezas enteras de ajos dorados y crujientes. Las gentes simulaban atender la conversación de su vecino y las canciones o cuentos de los trovadores, pero su prioridad eran los sabores y la molesta sensación de saciedad que empezaban a notar y que iba a impedirles disfrutar de los postres. Así que sus animales de compañía salieron beneficiados, pues los huesos, apenas roídos, eran arrojados a su espalda y muchas veces tomados al vuelo por las ansiosas mandíbulas.

»Cuando se sirvieron los bizcochos, gordos, hinchados y brillantes, los comensales se removieron en sus sillas, deseosos de hacer un hueco, aunque fuera pequeño, en sus ahítos estómagos, en los que nuestro vino, que por su sabor afrutado invitaba a beber, había ya empezado a producir la pesadez de miembros muy propio de él, pero a lo que la mayoría no estaban acostumbrados y que les hacía ver los dulces de forma aún más apetitosa. Los habían cocinado entre las cenizas de los

fuegos de paja y estaban rellenos, unos de nata batida con frambuesas y otros de higos conservados en miel. Enseguida, por si alguno deseaba mojar en ellas el bizcocho, se sirvieron natillas hechas con leche gorda y amarilla y huevos frescos. También en ese momento se colocaron sobre las mesas, al alcance de todos los comensales, bandejas con dulces pequeños de piñones y pasas, buñuelos rellenos de flores de saúco regados con miel, y pastas de jengibre, comprado muy caro a los comerciantes venecianos. Y, por último, servimos arroz, acarreado desde tierras musulmanas, cocido con leche y almendras y salpicado de la carísima canela que los templarios traían de Oriente. Para entonces las gentes comían ya sin duelo, sin pensar en si tenían o no espacio en sus cuerpos para recibir tanto alimento. Pero nadie quería quedarse sin probar los apetitosos dulces y se movían con frecuencia, estirando el torso y palmeándose la panza, en un intento vano de convencer a sus tripas de la conveniencia de ensanchar o acomodar rincones, para dar cabida a aquellas dulzuras.

—¿Partisteis de Burdeos esa misma tarde —inquirió Blédhri, interesado— o esperasteis algunos días? Porque me parece recordar que salisteis enseguida y que los demás os seguimos después.

—No, no fue en ese momento, aunque Suger lo estaba deseando. Temía la actitud poco tranquilizadora de mis barones, que no andaban muy sosegados con la idea de tener un señor del norte. Durante el banquete, y sin dejar de sonreír u ordenar, hube de intervenir ante uno y otros. A Suger lo asusté, diciendo que los caballeros no iban a permitir que me fuera sin haberme honrado, como era costumbre, con torneos, bailes y banquetes, durante varios días. Y a mis gentes les prometí que de ninguna manera iba a consentir que mi esposo, con derecho o sin él, tomara decisiones sobre mis tierras. No obstante, en cuanto se cumplieron los mínimos dictados del protocolo, Suger, poniendo la disculpa de su preocupación por la salud del rey Luis, a quien había preparado ya sepultura, nos hizo salir de Burdeos, camino de París. —Aquí, la reina se calló, bajando los ojos a las piedras del aposento, viendo en ellas, como aquel amanecer de su partida, mientras la barca la llevaba a la otra orilla del Garona, las torres de las iglesias de su querida ciudad, las abadías diseminadas por las afueras de las murallas, Sainte-Eulalie, Saint-Seurin, Sainte-Croix... Los recuerdos de su familia, sus gentes, sus gestas reales o imaginarias, hoy sabía que más lo segundo que lo primero, los cuentos y leyendas de aquella amada tierra, que tantas veces había escuchado y que habían acunado sus sueños con tanto mimo. Sacudió la cabeza, tratando de borrar la sensación de pérdida, que en este momento era mucho más acusada—. Salimos hacia Saintes —cortó, decidida a no dejarse arrastrar por el pesimismo de la avanzada edad que, por mucho que tratara de engañar, sabía ineluctable.

—¿Os detuvisteis en Taillebourg? —se apresuró Blédhri a distraerla con nuevas cuestiones.

—Sí, allí nos habían dispuesto el lecho nupcial. Una dolorosa noche, la primera de otras muchas en que «el frailecito», una vez satisfecho, se arrepentía con lágrimas

y aspavientos del placer recibido, viéndolo como una especie de maldición en la que juraba no volver a caer, a pesar de los consejos de Suger, quien trataba de borrar esa idea de su cabeza, sustituyéndola por la de la obligación de procrear.

Al día siguiente, Leonor, sintiéndose recuperada, asistió a la misa de los monjes y después, siguiendo los consejos del abad, paseó por el claustro, envuelta en sus pieles, dejándose bañar por el descolorido sol matutino.

—Mañana al amanecer partiremos —le decía a Mercadier, en cuyo brazo se apoyaba—. Espero que tengáis todo dispuesto.

—Así será, señora —asintió el hombre—. Si he de ser sincero, lo estoy deseando. He visto cosas que no me han gustado; es más, me preocupan francamente, aunque espero que no sean más que caprichos de crío.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Sí, claro, señora, pero no merece la pena que os preocupéis también vos. Estoy seguro de que es una chiquillada que se curará con la distancia.

—Me intrigáis, Mercadier —se detuvo la reina, mirándolo a los ojos—. Explicaos —ordenó.

—El señor de Barbecieux había citado aquí a uno de sus vasallos para que la intercesión del abad evitara males mayores. Al parecer, en uno de sus viajes, pernoctó en casa de su feudatario. Allí conoció a la esposa de este, una hermosa joven con quien acababa de casarse. Ella no debía de andar muy contenta con el enlace porque enseguida empezó a ofrecerse al de Barbecieux.

—Y claro —cortó Leonor, cínica—, el pobre hombre no pudo hacer nada más que dejarse querer.

—Pues así debió de ser —siguió el capitán, sin captar, al parecer, la intención de su reina—. Al día siguiente el señor continuó camino, llevándose a la mujer. De eso hace más de un año. En ese tiempo, ha conseguido hacerle la vida imposible. Según se rumorea —el capitán bajó la voz y miró al suelo, para continuar un tanto titubeante— tiene contactos con... Bueno, no lo sé muy bien, pero conoce cosas que intranquilizaban al señor... —El capitán dudó, buscando la expresión correcta. No debió de conseguirlo pues se conformó con algo impreciso—. Magia y eso... —dijo, callándose luego un instante—. Le exigía —continuó rápido, como deseando acabar— el cumplimiento de todas las promesas que, vos sabéis muy bien, se hacen en momentos...

—En momentos de debilidad —concretó Leonor, un tanto amoscada.

—Efectivamente, señora. El de Barbecieux no podía dejar a su esposa, quien como sabéis es mucho más rica que él, y tampoco estar cerca de su amante más que en los pocos ratos que tenía libres que, vos conocéis muy bien, no son muchos cuando se gobierna una tierra por pequeña que sea.

—No creáis, Mercadier —contestó ella, siguiendo con su paseo, con un cierto mal humor que sorprendió al capitán, quien la miró desconcertado y que se apresuró a seguirla—. Si hay algo que después de tantos años no he conseguido saber son los

motivos de un hombre. Pero seguid; aún no acierto a ver por qué andáis preocupado.

—El asunto es, señora, que, como ya os dije, Barbecieux, con la conciliación del abad, decidió hacerse perdonar de su vasallo y devolverle la esposa, a cambio, claro está, de prebendas para uno y otro. La única que no recibirá nada es la mujer, quien, como podéis suponer, anda enrabiada con todo el género humano. Y aquí está el problema.

—¡Vaya! ¡Menos mal! —Casi palmoteó Leonor—. ¡Al fin voy a enterarme de en qué me concierne un vulgar asunto de cuernos!

—La mujer, que os aseguro es muy bella, parece que se ha encaprichado con Pedro.

—¿El sobrino de Elías? —Quiso concretar la reina, un tanto despistada.

—El mismo.

—¡Bah! —despreció ella—. Sólo es un niño.

—Eso es verdad y espero que el asunto se resuelva por sí mismo. Pero lo veo tan empecinado... Ayer saltó a sus aposentos y pasó toda la noche con ella. Cuando le advertí del peligro, me aseguró que estaba enamorado. Y aunque lo amenacé con mandar mensajeros a su tío el arzobispo, que sabéis se ha adelantado hasta la próxima parada con el resto de los hombres, no se inmutó, afirmando que, si no quiere que ame a esa mujer, deberá encerrarlo de por vida.

—No os preocupéis por ese asunto. Se le pasará enseguida, en cuanto continuemos viaje.

—Eso es lo que he querido creer y, si vos lo decís, señora, así será. Tal vez yo he visto aparecidos donde sólo hay árboles.

—La juventud es lo que tiene, las pasiones llegan y se van sin dejar rastro —incidió Leonor para dejar zanjado el tema.

—Esperemos que así sea. No hay duda de que lo mejor para olvidar es la distancia.

El amanecer del día siguiente surgió claro y frío. Los frailes y los señores despidieron a Leonor a las puertas del cenobio, dibujando sus palabras en el aire gélido. Ella decidió, siguiendo los consejos del santo hombre, viajar en su carro, bien abrigada entre las pieles y las piedras calientes. Algunas de sus mujeres, viendo el hermoso día que se anunciaba, solicitaron permiso para cabalgar, ya que el caballo, después de horas de marcha, resultaba casi más cómodo que el traqueteo de las ruedas saltando piedras y baches. Algunas se sentaron alrededor de la reina para atender sus posibles necesidades. Todas vieron, pero nadie comentó nada, a la nueva muchacha que ocupó un rincón, sin hablar y sin apenas moverse. Leonor no se fijó en ella. Era un vestido y una capa más dentro de las volanderas faldas que siempre la rodeaban.

Hacía rato que habían dejado atrás la abadía. El sol tornaba rojizo el cielo y hacía chasquear los hierbajos helados, que se doblaban al paso desprendiendo gotitas brillantes. Un trovador, quien se había añadido a la caravana en algún lugar del

camino, decidido a conseguir protección, cantaba junto al carro de la reina unos versos de su abuelo que a ella le eran particularmente queridos.

Tarareaba Leonor las conocidas estrofas cuando llegaron Mercadier y el arzobispo Elías —a quien terminaban de alcanzar— junto al carro.

—Señora, un pelotón de caballeros se acercan a nuestra espalda —dijo el de Malemort, tratando de sujetar a su inquieto animal—. Os rogamos que no os mostréis hasta saber qué buscan.

—De acuerdo, señores —asintió la reina—. Proceded tranquilos.

Un anillo doble de hombres rodeó el carro y a las mujeres montadas, a las que hizo retroceder hasta pegarse a él. Por delante Mercadier y Elías y a sus espaldas algunos otros caballeros, entre los que se encontraba, tan nervioso e inquieto como el animal que montaba, Pedro, el sobrino del arzobispo.

Esperaron parados a los visitantes, que quedaron algo alejados. Algunos se acercaron a los caballeros de la reina, quien se colocó la mano tras la oreja y aguzó el oído, tratando de entender sus parlamentos.

—No os esforcéis, señora —habló por vez primera la joven que había tomado espacio a sus espaldas—. Vienen a por mí.

Leonor se volvió, haciendo que sus huesos crujiesen y miró a la chica, quien, con la cabeza baja, lloraba silenciosamente.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí? —interrogó, enfadada.

—Señora, perdonadme. Nunca quise causaros problemas. Pedro dijo que nadie se atrevería a buscarme si os acompañaba.

—¿Pedro? ¿Acaso sois...?

—Sí, señora, soy Brianda de Vouillé. Y huyo de mi esposo y del señor de Barbecieux. Pero no deseo causaros contratiempos, permitidme salir y me iré con ellos. Es lo único que quieren. Así podréis continuar viaje.

Leonor observó durante unos instantes a la chiquilla. Era muy joven, casi una niña, lloraba y retorció sus manos, sin levantar los ojos, ennegrecidos por largas pestañas.

—Sabía que huíais de vuestro esposo, pero no del señor de Barbecieux, con el que creo que os fuisteis no hace mucho.

—Era el único que podía sacarme del antro donde me encerró mi marido, viejo celoso, que lloriqueaba día y noche, por temor a que no lo amara.

—Y así era.

—Sí, señora, así era. Es sucio y borracho y me tomaba en cualquier parte, delante de sus hombres y criados, haciéndome rodar por los establos o los corrales para, así decía, «desgraciar la belleza que nos atormenta». Me fui con Barbecieux porque él me prometió divorciarse y hacerme su esposa, librándome así de mi marido, pero no lo hizo y yo sabía que mi esposo rondaba el castillo y temía que en cualquier momento me tomara de nuevo. Cuando me trajeron a la abadía supe que ya no había remedio, y entonces conocí a Pedro. Él entendió mi situación y, por vez primera, me

sentí amada y respetada. Cuando me propuso esta locura, decidí intentarlo porque si salía mal estaba, y estoy, decidida a acabar con todo. No quiero regresar a aquel infierno. De nuevo os pido perdón, señora. Nunca quise causaros retrasos ni contratiempos. También os suplico perdonéis a Pedro. Él sólo me ama.

Leonor había escuchado en silencio a la joven. La vio delicada y hermosa e imaginó su calvario soportando groserías y torpezas. Por unos instantes, recordó el tiempo de su primer matrimonio, cuando se sentía un objeto en las manos inexpertas y patosas de Luis, que sólo la buscaba «para procrear...».

—Espera —ordenó a la joven—. No te muevas de ahí y si alguien se acerca no levantes los ojos y, sobre todo, no hables.

Los hombres departieron durante algunos minutos, luego Mercadier se acercó al carro.

—Buscan a la chica de quien os hablé ayer. Aseguran que alguien la vio esta mañana junto con Pedro y piensan que tal vez se haya venido con nosotros. Piden permiso para inspeccionar los carros.

—¿Y qué dice Pedro a eso?

—No hemos querido interrogarlo ante esos hombres. Os aseguro que parecen muy enfadados.

—Haced llegar a su capitán o señor al mando hasta mí.

—Señora... —dudó el mercenario.

—¡Hacedlo! —Mandó Leonor con urgencia.

—Sí, señora —aceptó Mercadier, separándose del carro para tornar junto al grupo que esperaba. Unas pocas palabras y regresó con uno de los recién llegados.

—Señora —desmontó enseguida el hombre, arrodillándose ante la reina, quien lo miraba malhumorada—. En primer lugar, deseo pedir os perdón por el retraso. El señor de Barbecieux sabrá compensaros. En segundo lugar, haceros saber que estamos hablando de una mala mujer, una bruja, que primero doblegó a su esposo hasta convertirlo en un muñeco y luego sedujo a mi señor, el cual ha necesitado todas sus oraciones y las de sus clérigos, durante un año, para poder sacudirse su hechizo. Y, por último, quiero que sepáis que allá donde vaya esta mujer llevará consigo el mal. Por todo lo expuesto, os ruego, en nombre del señor de Barbecieux, nos permitáis inspeccionar vuestra caravana, por si la susodicha se ha mezclado entre vuestras gentes.

—Señor —comenzó la reina, sin invitar al hombre a levantarse—. Me estáis ofendiendo.

—Señora, yo...

—¡Callaos! Ya que habéis enumerado vuestras razones yo lo haré con las mías. Primero, no me importan nada los motivos de un cornudo que no ha sabido satisfacer a su mujer. Dos, no temo a nadie por muy sabio o brujo que sea. Y tres, el señor de Barbecieux, mi vasallo, no tiene que compensarme de ninguna manera, pues todas sus tierras me pertenecen. Creo que con lo dicho hasta ahora habréis comprendido

que no voy a consentir nuevos retrasos por los caprichos sexuales de nadie. Idos y no estorbéis nuestra marcha. —Con un pequeño gesto de su cabeza, el tapiz que sostenía una de las damas cayó, aislando el interior del carro de los ojos de fuera.

A los pocos minutos el carretón volvía a marchar por el enfangado camino entre un espeso bosque.

Al mediodía la caravana se detuvo. El sol brillaba, disfrazando el otoño. Las damas, mariposas intranquilas, se apresuraron a bajar del carro y ayudar a Leonor, primero a levantarse y luego a descender.

—¡Maldita sea! —murmuraba ella, poniendo toda su voluntad en mover sus blandos músculos y anquilosados huesos—. Traedme a Pedro —ordenó, entre dientes apretados de dolor y tesón—. Y tú, Brianda —conminó, desabrida—, quédate conmigo.

Apenas había conseguido sentarse en su sillón, al sol, junto a la hoguera, cuando ya el joven se arrodillaba ante ella.

—Señora, perdón —musitó apenas el chico.

—¿Perdón? ¿Me pides perdón? ¿Eres consciente del problema que puede derivarse de esta chiquillada? ¿Sabes acaso cómo va a tomárselo el señor de Barbecieux?

—Señora, castigadme si creéis que el amor merece castigo.

—No me vengas con mandangas de trovador. Has puesto en peligro nuestra misión, que aún no sabemos si va a verse afectada. No me hables de amor. Es muy difícil poner tal nombre al capricho de un día.

—Señora, creedme si os digo que lo es, o al menos así lo siento en este momento. Sabéis que daría mi vida por vos, pero soy incapaz de controlar este sentimiento. Todo lo que vos podáis pensar de mi actitud, ya lo he hecho yo, pero hay algo que me supera y me empuja. —Una lágrima rebelde se deslizó por su rostro hasta perderse en el cuello de su camisa—. Estoy dispuesto a aceptar el castigo que decidáis, pero que sepáis que no estoy arrepentido y que si volviera atrás no me quedaría más remedio que repetir lo que he hecho.

Leonor sintió compasión al darse cuenta de que realmente el chico se había enamorado y en aquel estado irracional poco o nada se podía comprender. Allá, entre brumas, reconoció y recordó la emoción que ahora embargaba al muchacho; supo que era exigente e inapelable. No obstante, su gesto airado no cambió. Tenía que hacer valer su autoridad, aunque comprendiera las razones.

—Brianda permanecerá junto a mí, pero tú no podrás acercarte a ella hasta que yo lo consienta, y desde luego, no quiero volver a verte.

—Señora —la cabeza del joven bajó aún más entre sus hombros—, me castigáis duramente, porque amar a Brianda y serviros son mis únicos objetivos en la vida, pero soy consciente de mi gran falta y os doy las gracias por vuestra bondad.

—¡Vamos! —urgió la reina—. ¡Desapareced de nuestra vista!

—Como ordenéis, señora.

Un gran suspiro de alivio pareció extenderse por los presentes. Todos, excepto Brianda, que lloraba, mostraban una media sonrisa. Elías de Malemort se acercó a Leonor y con una mirada cómplice, murmuró:

—Gracias por vuestra benevolencia, señora.

—Todos hemos sido jóvenes, arzobispo, y sabemos que el estado de estupidez que el enamoramiento produce llega a pasarse; y menos mal, porque si no la vida sería imposible; si continuara no haríamos más que una tontería tras otra. Mantenedlo vigilado. No me gustaría que, llevado por su pasión, no me obedeciera.

—No temáis, señora, mi castigo va a ser mucho más riguroso que el vuestro. Ahora, si lo permitís, voy a ordenarlo.

—Id, Elías, pero no olvidéis que es un niño.

—Los niños crecen, señora, y deben aprender por medio de la experiencia, porque si no, se pueden olvidar de lo que se debe o no se debe hacer.

A las pocas horas Blédhri le contó a Leonor que Pedro, al que le habían retirado su espada y caballo, viajaba en el carro donde iban las mujeres que tenían niños pequeños. Allí debería pasar el tiempo de castigo, saliendo y entrenándose en las armas sólo en los momentos de parada y descanso de la caravana.

La reina se permitió una media sonrisa, imaginándose al joven, con sus largas piernas encogidas, entre críos gritones y mujeres parlanchinas. No cabía duda de que iba a salir de esa experiencia mucho más formado.

—En la catedral de San Pedro de Poitiers se hizo la ceremonia de la coronación ducal —afirmó, más que preguntó Blédhri.

—Sí, allí recibimos el vasallaje de mis barones. Recuerdo —sonrió Leonor, entornando los ojos— que en los más solemnes momentos de la ceremonia, recordé el sucedido, protagonizado por mi abuelo en aquel mismo lugar, con el obispo Pedro cuando iba a excomulgarlo, y me dio por reír. Lo pasé realmente mal tratando de controlarme. De tanto en tanto, se me escapaban risitas que incomodaban terriblemente a mi esposo, quien me miraba de reojo, algo que aún me producía mayor hilaridad, viendo la cara de palo que ponía.

—¿Os referís al momento en que Guillermo amenazó con su espada al prelado para conseguir que detuviera sus maldiciones?

—A eso precisamente, aunque en mi recuerdo lo mezclé con aquella otra situación en que, para ridiculizarlo, aconsejó al obispo calvo, Girard de Angulema, que se peinara. Y la dramática escena de la excomunió quedó caricaturizada de tal forma que, cuando Pedro le mostró el cuello, después de excomulgarle, incitándole a herirlo, la contestación de mi abuelo, en mi imaginación, no era la que le dio en su momento, aquello de «no te aprecio lo suficiente para mandarte al paraíso», que le hizo salvar el honor ante un desafío, sino la de «péinate». Y no sé por qué, esa tontería me hizo reír hasta el extremo de casi perder la compostura.

—La juventud, señora, que si no tiene motivos de risa se los inventa —aseveró Blédhri, cabeceando.

—Sí, esa alegría de vivir se me reprochó en París, cuando se quiso justificar el divorcio, cargándome con todas las responsabilidades. Cierto es que me gustaba y me gusta disfrutar, pero también a ellos, los secos norteños, quienes rápidamente se apuntaron a mis costumbres. Mis vestidos, más ceñidos y escotados, fueron adoptados inmediatamente por las damas, y mis comidas, en las que procuraba que no faltaran golosinas de mis tierras y algunas de otras lejanas, eran celebradas y copiadas por señores que rivalizaban entre ellos por ofrecer los más exóticos condimentos. Y luego, las veladas en que los trovadores nos entretenían con sus versos y canciones. Yo no obligaba a nadie a estar presente —pareció querer justificarse—. Las damas lo hacían encantadas y los hombres hallaban siempre disculpas para excusar que debieran quedarse, en vez de acudir a una cita de caza o de entrenamiento de guerra. Todos disfrutaban y copiaban nuestras costumbres porque entendieron que eran más aconsejables que las suyas, que sólo les permitían sacrificios.

»Allá, a Poitiers, llegó un mensajero con la noticia de la muerte del rey Luis. Acabábamos de comenzar el banquete y Suger, muy comedido, se abstuvo de comunicárnoslo hasta que terminamos de comer. Permitted que las gentes disfrutaran y hasta pareció hacerlo él mismo. Lo que ya no consintió fue que saliéramos al palenque donde estaban preparados los juegos de guerra. En cuanto la concurrencia, ahíta, comenzó a moverse en sus asientos, se levantó y, dirigiéndose con ceremonia hasta el trono que ocupaba Luis, dobló su rodilla ante él, notificándole la noticia de la muerte de su padre, el rey.

»En un primer momento, lo que pensé fue que aquel asunto iba a privarnos de las fiestas preparadas. No se me ocurrió siquiera la idea de que ya era una reina. En realidad, para mí, en importancia, París no era más que Burdeos o Poitiers, con la diferencia de que iba a vivir en tierras y con gentes extrañas. No me hacía feliz la idea de un palacio frío, entre señores de gesto adusto, que me considerarían sólo la esposa de Luis. Pero enseguida fui consciente de que no estaba dispuesta a consentir semejante cosa. En aquel mismo instante, mientras contemplaba el homenaje de Suger a Luis, me prometí no olvidar que era la señora de Aquitania y, por matrimonio, reina de los francos.

—He consignado —puntualizó Blédhri— que el rey Luis, sintiendo su inminente muerte quiso ser llevado a la abadía de Saint-Denis.

—Sí, al parecer así fue —confirmó Leonor—, pero Esteban, el obispo de París, lo hizo entrar en razón. El sofocante calor y su excesivo peso hacían muy difícil el traslado. Lo comprendió el rey y pidió que se colocara un tapiz en el suelo, en el que se hizo una cruz de cenizas. Sobre ellas se acostó a Luis, quien murió al poco. Entonces, en plena noche, para evitar que el pueblo viera su estado, se lo llevó a Saint-Denis, donde el prior Hervé, que había sustituido a Suger, se encargó de colocarlo en el lugar previamente designado por este, junto al retablo de la Santísima Trinidad, a la derecha del altar. Lo rodearon de cestos de manzanas y de ramos de lavanda, todo cubierto de una gran tela de seda, para tratar de sofocar el hedor que,

incluso antes de morir, ya era insoportable.

»Nos pusimos en marcha enseguida hacia París. Durante el camino, el canijo Suger, que no dejaba de observarme con sus ojillos de halcón, me enaltecía constantemente la tierra, las costumbres austeras e incluso de mortificación de las gentes de la ciudad, que “ni siquiera la reina Constanza, también venida del sur, pudo cambiar”. Yo conocía muy bien la historia de aquella reina, a la que se acusó de todos los males, por el único pecado de saber vivir mejor que sus cortesanos. Callé entonces por inseguridad; aún no conocía qué terreno pisaba y no deseaba dar motivos al monje para indisponer a mi esposo en mi contra. Pensaba yo entonces que tenía un poder inmenso sobre él, y así era en aquel momento; lo que ignoraba es que ese dominio, nacido de la novedad de la relación y del morbo de las prohibiciones en las que Luis había sido educado, no iba a durar para siempre.

»Ponderaba Suger sus abadías: Sainte-Croix, Saint-Victor, Saint-Médard, Saint-Michel, Sainte-Geneviève, Saint-Vincent, y la más antigua de todas, Saint-Germain-des-Prés, llenas, según su entusiasmo, de santidad y milagros. También me habló del ambiente de estudio que se daba en algunas de ellas y, conociendo mi afición a las letras y el conocimiento, me hizo partícipe de un proyecto que le rondaba por la cabeza y que, si conseguía ver respaldado por la casa real, quería poner en práctica: deseaba crear una gran escuela donde se estudiaran todas las ramas del saber, concentrando en ella a los grandes maestros del mundo, como por ejemplo, el gran Abelardo, quien, aun pareciéndole insoportablemente pedante y ya casi anciano, reconocía como un gran pensador, e incluso a su amante, Eloísa, “ahora abadesa de Paraclet”, casi tan sabia como su amor, del que llevaba ya muchos años separada, después de la mutilación ordenada por su tío, furioso, al ver burlada su confianza por Abelardo, a quien había contratado como maestro de su sobrina. Aunque esta última idea no la tenía demasiado clara, pues no acababa de ver con buenos ojos que las mujeres aprendieran fuera de los claustros. Se extendió sobre los deseos de cultivarse de muchos de los segundones de las casas nobles, a los que se quería orientar por ese camino, tratando de apartarlos de los juegos de guerra, que, a veces, se convertían en verdaderas batallas y actos de rapiña. Deseaba que los conocimientos que se les impartieran fueran los mejores, porque, aseguraba, “donde hay sabiduría, no queda tiempo para perder en chiquilladas”.

»Entramos en un espeso bosque, en el que tropezábamos constantemente con leñadores, recogedores de miel y cera, recolectores de setas, fresas y frutos silvestres, que eran aprovechados para comer y conservar en vino; también se llenaban sacos de bellotas y de piñas, de las que se sacarían uno a uno los piñones y luego servirían para el fuego. No era conveniente salirse del camino, pues por todas partes había colocadas trampas para cazar animales. Y hasta un harapiento eremita, vestido con una piel de cabra, a quien Suger identificó con un santo hombre, al que se acercaban las gentes en busca de oraciones y consejo, atravesó el camino, haciendo como que no había visto siquiera la gran caravana, la cual, a instancias del monje, se detuvo un

momento para “no interferir en sus meditaciones”. Comenté entonces que aquel bosque parecía tan poblado como una ciudad, y recuerdo que me contestó que aquellas gentes eran los habitantes de París, a donde estábamos a punto de llegar.

»Y así fue. En poco tiempo nos encontramos sobre una suave loma que, se me informó, llevaba el nombre de Santa Genoveva. Desde allí pude ver el Sena y sus islas. “Allí —me señaló Suger—, tenéis la *Cité*. Veis sus imponentes murallas, construidas por miedo a los normandos”. Enseguida pasó a hacerme notar, muy orgulloso, los dos magníficos puentes, defendidos por fortalezas. Quería marcar la diferencia, ya que en Burdeos carecíamos de ellos. Recuerdo que también me mostró la tumba de Isoré, el gigante. Una gran roca enhiesta, colocada en la antigua vía romana que cruzaba en línea recta las colinas de la orilla izquierda del río, bajaba luego hasta la orilla derecha y se perdía en una gran llanura pantanosa, que imaginé en otros tiempos saneada y fructífera, como más tarde, efectivamente, se encargaron de hacer los templarios. También contemplé inmensos viñedos, que “nos dan buenos vinos”. No quise contestar al fraile, pero yo sabía muy bien que no podían compararse a los nuestros. “Veis —me dijo, señalando la orilla izquierda, en la que se diseminaban casuchas y tabernas—, allí están concentrándose los estudiantes. Cada día hay más. Eso es lo que deseo ampliar y sobre todo controlar. Pueden aparecer ideas o creencias inoportunas, las cuales será necesario ocultar en bien del orden establecido. El conocimiento, según quien lo imparta y quien lo reciba, puede ser peligroso y no es eso lo que queremos, ¿verdad?”, me sonrió, ladino.

»Llegamos al palacio y, tras rechazar el tronco de olivo sobre el que la mayoría se apoyaba para descabargar, porque me pareció un desprecio para mis tierras, entré en el palacio de la *Cité*, apoyada en el brazo de mi entregado Luis, quien llevaba varios días sin venir a mi lecho y que por tanto se deshacía en atenciones.

CAPÍTULO 4

Las últimas etapas hasta Burdeos, quizá por la proximidad de las comodidades, se hicieron muy pesadas, sobre todo a las mujeres, quienes constantemente cambiaban de los carros a las monturas, en un intento vano de conseguir algún confort. Para que todo fuera más complicado, llovía de forma intermitente pero copiosa, enfangando los caminos y haciendo las ropas pesadas y las lorigas más frías e inhóspitas. En varias ocasiones fue necesario detenerse porque las ruedas de un carro, resbalando sobre el barro, se negaban a avanzar. Se paraba entonces la caravana y los hombres, con hachas y machetes, cortaban ramas de los árboles para colocarlas debajo, de forma que las ruedas pudieran apoyarse en ellas para salir del atolladero. En el caso de que no hubiera vegetación a mano, era necesario acercarse a la carreta que llevaba la leña. Elegir allí algunos palos no muy gruesos y hacer uso de ellos. La maniobra se hacía interminable, soportando el frío y el agua, sin querer prestar atención al cuerpo, que protestaba con estornudos, toses y tiriteras. Pero a medida que se acercaban, Leonor comenzó a ignorar los inconvenientes. Percibía claramente los olores y los colores de su tierra. Hasta las gentes con las que se cruzaba le parecían conocidas. Atravesó el Garona llena de una alegría casi juvenil. Allí, tras las pardas murallas, cobijada por las torres de nueve iglesias y de su catedral, dormía su niñez, sus ilusiones y esperanzas de joven bella y poderosa. Ahora todo era frío y barro, pero tal vez, dentro de los muros del palacio de l'Ombrière...

Se hizo acicalar para entrar en la ciudad. Montó su caballo y, sonriente y graciosa a pesar de la necia y pertinaz lluvia que hacía burbujear los charcos, se acercó a las puertas de la fortaleza, que se abrieron al toque de campanas para su señora. Allí, arropadas por sus gentes, que ignoraban el barrizal y la humedad que los penetraba, estaban la calle de la Torre, la plazuela de Rohan y la ancha plaza del palacio. Sin dejar de sonreír y saludar, erguida sobre el lomo de la bestia, contempló el formidable

torreón, construido con gruesos muros y soportado por contrafuertes, l'Arbalesteyre, como lo nombraban su abuelo y su padre, orgullosos de su poderío, y del que presumían asegurando que era inexpugnable, y las otras dos torres, una en semicírculo y la otra en hexágono. Por unos instantes dejó de oír las voces del gentío que la rodeaba y su mente se llenó de ruidos, olores y sabores de la niñez; los tonos tranquilizadores de su madre, su abuela, sus tías, los estentóreos de su abuelo, que a ella parecían no afectarla, y aquellos queridos compañeros de juegos: su hermana Petronila, su tío, el hermoso y valiente Raimundo, y Blédhri, el niño irlandés que una tarde llegó al palacio de la mano de su abuelo, un nostálgico sacerdote de los antiguos ritos, que podía ver el futuro y mandar a los elementos y contar historias antiguas...

Alguien, hablándole muy cerca, la sacó de su evocado edén. Parpadeó, maldiciendo aquella voz, pero escuchándola sin querer hacerlo.

—Os piden justicia, señora —repetía Elías de Malemort, acercándose a su reina, quien a pesar de su sonrisa y sus gestos de saludo parecía hallarse muy lejos de allí.

—Mañana, arzobispo —respondió ella, mirándolo de forma extraña—. Mañana los recibiré.

El tiempo se cerró en una lluvia espesa y fría que enfangó aún más los caminos, haciendo muy difíciles los desplazamientos. Además, Leonor necesitaba tiempo para atender las demandas de sus vasallos, de modo que decidió alargar unos días su descanso en aquellas estancias que tan queridas le eran. El palacio se llenó de vida y las chimeneas volvieron a brillar con las fogatas que confortaban a los maltrechos viajeros. Los vasallos, cumpliendo, casi con gusto al parecer, su obligación de mantener a su señora en sus viajes, se acercaban a la fortaleza, ofreciendo sus mejores viandas, y hasta los villanos traían huevos, leña, leche y queso, que Leonor se apresuraba a recompensar, sabiendo muy bien lo imprescindibles que eran esas vituallas para la supervivencia de aquellas pobres gentes.

Durante las mañanas atendía los pequeños o grandes problemas de campesinos o señores que se empecinaban en asuntos incomprensiblemente enrevesados, bien por las obcecaciones de sus protagonistas o por la bruma del tiempo, que los hacía casi irreconciliables con la realidad que los había suscitado.

Atendió a los villanos de Castelnau, con cachavas inquietas y ropas demasiado holgadas, que se quejaban de que su señor les impedía utilizar los bosques, landas y pastos. Los escuchó en respetuoso silencio y luego pidió que algún representante del castillo explicara sus razones. Se presentó el capellán, de sonrisa untuosa y oquedades en los dientes, quien enumeró las obligaciones incumplidas de los campesinos. Estos debían entregar anualmente rentas sobre el trigo, avena, mijo, lino y carneros que poseyeran, además de una gallina, y ocuparse del acarreo del vino, el trigo y la paja del castillo. El señor les negaba los derechos de uso porque ellos no le pagaban hacía tres años.

Mandó intervenir entonces al representante de los villanos, quien se limitó a bajar la cabeza, admitiendo la realidad de los hechos, pero asegurando que mientras no

podieran utilizar la riqueza de los bosques les iba a resultar imposible cancelar sus deudas.

Así las cosas, Leonor pidió al capellán —a quien, con una cierta náusea, imaginó con las palmas de las manos calientes y húmedas— que, durante un año, el castillo permitiera a los campesinos recoger los productos del bosque, comprometiéndose estos a cumplir, en plazos que se establecerían previamente, sus obligaciones.

Las discusiones, intervenciones y compromisos mutuos se alargaron toda la mañana. Leonor demoró los siguientes pleitos para próximos amaneceres, retirándose a descansar. Mientras se dirigía a sus habitaciones, seguida de Blédhri y sus mujeres, se dejaba arrastrar por el placer morboso que le producía compadecerse de sí misma, recordando aquellos otros días en que en una mañana resolvía todos los litigios que se le presentaban. Cansada, parecía haber olvidado la máxima que repetía a todo el que lo necesitara y sobre todo a sí misma: «Hay que vivir como si la vida tuviera sentido». Caminaba erguida, por pura costumbre y obstinación, procurando que sus pasos fueran firmes y armónicos, pero su mente andaba lejos, demasiado lejos ya de la tierra que pisaba, y lo peor era que la idea de su decadencia y posible desaparición empezaba a no parecerle tan terrible.

—No fueron fáciles los comienzos en París —aseguraba más que preguntar Blédhri, aquella tarde fría y lluviosa en que Leonor descansaba en su lecho, después de una mañana agitada y una copiosa comida.

—No, no lo fueron, pero para mí estuvieron llenos de éxitos, porque era la dueña absoluta de la corte. Luis era apocado y tímido y todos sus acompañantes tenían más voz que él. Enseguida me di cuenta y decidí ser yo quien gobernara. El abate Suger, que ya había sido el consejero de mi suegro, quería ser ahora el verdadero rey. Así que lo aparté, porque si alguien debía reinar en nombre de Luis, ese sería mi papel. Enseguida hube de ocuparme de mi suegra, quien conocía muy bien al pusilánime de su hijo y que con la muerte de su esposo había creído llegado su momento para, a través de su vástago, conseguir el poder que siempre le fue negado. Me deshice de ella mandándola de regreso a sus tierras, donde, por cierto, se casó con un inútil pero apuesto joven. Había puesto en marcha todos sus recursos en mi contra; hasta recordó, ella también, a Constanza de Provenza, la mujer de Roberto, el hijo de Hugo Capeto, quien había escandalizado con sus costumbres y su lengua imparable a toda la corte. Aseguraba que yo era mucho peor que ella y que su hijo acabaría arrepintiéndose de su debilidad para conmigo.

»Lo cierto es que los problemas se sucedían sin pausa. A poco más de un año de mi boda, los burgueses de mi querida Poitiers osaron ligarse en juramento para rechazar mi autoridad sin siquiera comunicármelo. Aquello me hizo montar en cólera; decidí la guerra. Pero que nadie se engañe; yo sola quizá no habría podido llevarla a cabo. Luis estuvo de acuerdo. Decía que, al igual que ya habíamos hecho en Orleans, era necesario un escarmiento. Sabía muy bien que aquellas reacciones iban dirigidas más contra él que contra mí.

»Llegamos ante la ciudad con grandes máquinas de asedio que nos permitieron tomarla enseguida sin pérdidas importantes. El municipio formado fue disuelto y como garantía hablamos de llevarnos a los hijos e hijas de los principales burgueses —la reina se detuvo un momento en su narración, para murmurar como para sí, con una cierta perplejidad—. Que no sé yo por qué demonios se armó tanto alboroto; sin duda habrían vivido mucho mejor entre nosotros que con ellos. Suger, quien aún no se había ido por entonces, convenció a Luis para que no lo hiciera. Cuando este cedió, el monje, desde una ventana, proclamó lo clemente, justo y misericordioso que era el rey, el cual perdonaba a todos los integrantes del municipio y renunciaba a llevarse a los rehenes. Los habitantes de Poitiers pasaron de odiarlo a adorarlo. Suger había conseguido, con alguna artimaña que nunca fui capaz de captar, hacerles ver que todo el conflicto había venido por mi parte y toda la generosidad y perdón era del rey. Luis andaba eufórico. Había quedado como un gran señor, un valiente que, desde luego, no tolera insurgencias, pero que perdona y que cuida de los intereses de su dama. Claro que en este caso eran sus propios intereses, pero no me importó que presumiera de protegerme, aquello era parte de mi plan de mujer débil que necesita apoyarse en el brazo poderoso de un hombre. Y tan bien lo hice que Suger no pudo volver más a palacio.

»Pero llegó el desgraciado asunto de Vitry-le-François, al que nadie habría dado importancia, ya que fue simplemente un acto de guerra como otros muchos, si Luis no lo hubiera hecho. Pero ya habían pasado seis años de nuestro matrimonio. Yo empezaba a notar que su pasión por mí se enfriaba. Ese fue el motivo de su tan cacareado arrepentimiento; ese y la idea de estar enfrentado a sus queridos maestros.

»El ejército había entrado en la ciudad y los fuegos comenzaron a propagarse por sus callejuelas. La multitud, haciendo uso de la ley de invulnerabilidad de la Iglesia, se encerró dentro del templo. Después, nadie supo explicar si algún combatiente enloquecido había prendido una hoguera junto al edificio o simplemente las llamas que ardían por doquier habían llegado a él, el caso fue que se incendió con todo el pueblo en su interior. Luis contemplaba la batalla desde el monte de la Fourche. Algún clérigo presente debió de reprocharle la quema de la iglesia, que era tierra sagrada e inviolable, a la que ni siquiera los reyes tenían acceso sin permiso. En él volvieron a hacerse presentes las enseñanzas de la abadía y consideró terrible el pecado cometido, tanto que hubo de ser retirado del lugar, enfermo.

»Durante el tiempo de pasión había olvidado y rechazado el control de la Iglesia, hasta el punto de que el papa había prohibido el toque de campanas en sus dominios. Se enfrentó con algunos de sus señores, como Guillermo de Lezay, quien se había negado a prestarle homenaje. También lo había hecho con el conde de Tolosa, pues yo deseaba la ciudad, que ya había sido objetivo de mi abuelo. Pero, aunque yo lo quisiera, si él no la hubiera ansiado también, no se habría intentado. Tolosa era un territorio muy apetecible para añadir a los pequeños dominios de su reino. La expedición fue un completo fracaso, por eso inmediatamente se procuró salvar el

honor de Luis. No había sido él quien lo había querido, decían, la instigadora había sido yo, que con mis caprichos obligaba a tomar decisiones equivocadas al rey. Le hice entonces un costoso regalo: un vaso de cristal tallado, con el pie de oro y guarnecido de piedras preciosas. “Para agradecerte la ayuda que me has prestado, ya que a mí no me importa si lo has conseguido o no, como a esos parlanchines señores que ahora te critican, lo que realmente me importa es el hecho de que te hayas esforzado por mí”. Me guardé muy mucho de recordarle que él era el primer interesado en conseguir añadir tierras a sus escuálidas posesiones y mucho menos le hablé de mis intenciones al traerme conmigo a mi hermana Petronila, con quien me había puesto de acuerdo para, entre las dos, dominar la corte. Lo justifiqué simplemente diciéndole que yo me encontraba muy sola y que ella estaba ya en edad de buscar esposo y que, tal vez, podría ser una buena baza para la política del reino.

—Se dijo entonces que vuestra hermana se había enamorado de Raúl de Vermandois —comentó Blédhri con una media sonrisa.

—Tú, al igual que yo, sabes que eso no fue cierto. Pero mi hermana era muy consciente de la necesidad de afianzar mi poder en Francia. Las dos sabíamos que estábamos rodeadas de enemigos que sólo pretendían utilizarnos para gobernar nuestras tierras. Teníamos que intentar defendernos y a nuestro alcance sólo estaba la triste solución que todas las mujeres hemos usado: la conquista de un hombre, para aprovechar el tiempo que dure su sometimiento y actuar según nuestros intereses.

—Desde luego era un poco raro, viéndoles juntos —aceptó Blédhri—, pensar que era el amor el que empujaba a vuestra bella hermana a los brazos de un cincuentón tuerto y además casado.

—Sí, pero la vanidad de los hombres no tiene límites. No fue difícil para Petronila dejar ver su blanca piel o sus delicados pechos de niña. La primera vez se fingió sorprendida. Imagínate la escena que, desde tu punto de vista masculino y además de viejo, entenderás enseguida. Miró al «intruso» con ojos asombrados temerosos y cándidos, en tanto trataba desmañadamente de cubrirse. La segunda vez fue bañándose en el río. Extrañamente, ni yo ni mis mujeres estábamos junto a ella. Sabíamos que Raúl pasaría por el camino, llamado aquella mañana por el rey, y mi hermana se separó de todas nosotras, acercándose al sendero. Cuando sintió los cascos del caballo, comenzó a salir del agua, con la camisa pegada a la piel. El caballero se detuvo entre la maleza, haciendo retroceder previamente a sus hombres, y ella, inocente, ingenua y casi infantil, puesto que en aquel momento contaba dieciséis años, se despojó de la camisa para retorcer el agua que la empapaba. Luego volvió a colocársela y correteó hasta el lugar donde el resto de las féminas la esperábamos. A partir de ese momento sus encuentros con el de Vermandois fueron constantes y desde luego «casuales». Siempre había una sonrisa tímida o un aleteo de pestañas o un entuerto que el hombre hubiera de arreglar porque la «pequeña» no era capaz. Petronila, quizá con la sabiduría para el amor de nuestra familia y también con mis consejos de todo lo aprendido en aquellos años, volvió loco a Raúl, quien se

creyó de verdad que eran sus encantos los que arrastraban a Petronila a su lecho, y Luis, con todo su puritanismo y beatería, tampoco fue capaz de poner en duda que una hermosa niña cayera rendida a los pies de su viejo senescal, es más, yo diría que miraba el ayuntamiento con una cierta envidia.

—Intervino cerca de los obispos de Laon, Senli y Noyon —recordó Blédhri, apuntando estos datos en su pergamino.

—Hasta ahí llegó mi dominio sobre él. Los tres obispos, complacientes con su rey, buscaron y por supuesto encontraron en antiguos legajos, sólo por ellos conocidos, que la esposa de Raúl, por desgracia sobrina de Teobaldo de Blois, conde de Champaña, era pariente de su esposo, con lo cual su matrimonio era nulo. Una vez cumplido este requisito, se celebró la boda en la que el novio andaba casi babeante alrededor de Petronila, la cual contaría por entonces unos diecisiete años.

—Y ahí empezaron los problemas con la Iglesia.

—Sí, ahí empezaron, porque yo, que había atado muy bien todos los hilos, desconocía que el de Champaña y la casa de Vermandois habían sido enemigos irreconciliables hasta hacía muy poco. El padre de Luis había conseguido apaciguarlos antes de morir, pero sus rencores aún seguían latentes, de modo que Teobaldo se quejó al papa y este le dio la razón. Accedió incluso a celebrar un concilio en sus tierras. En Lagny se reunieron los obispos e Yves de Saint-Laurent, el legado del papa, excomulgó a los recién casados y a los obispos que habían consentido su unión.

—A este enrevesado asunto hay que añadir los problemas del arzobispado de Bourges —abundó Blédhri en los conflictos.

—Sí, también ahí fui yo quien aconsejó a Luis, pero debo decir, como siempre en mi defensa, que era él quien quería nombrar obispo a Caduc, su canciller. Yo le dije entonces que tanto mi padre como mi abuelo habían nombrado prelados sin tener ningún miedo a las reacciones de la Iglesia, bastante sensibilizada en aquel momento con el asunto de los nombramientos, ya que deseaba tener en puestos importantes a personas afines, que no se atrevieran a colocar al rey por encima del papado.

Cuando el elegido por la Santa Sede llegó para tomar posesión de su nuevo cargo, se encontró con las puertas de la ciudad y de la catedral cerradas.

—Así las cosas, se produjo el desgraciado asunto de Vitry —apuntó el anciano para reconducir la historia, levantándose a continuación. Se estiró, llevando las manos a la espalda.

—Sí —aceptó Leonor—. Luis andaba en un sinvivir, sabiendo que su querida Iglesia estaba en su contra. Suspiraba constantemente, doliéndose de su situación, de que el entredicho mantuviera silenciosas sus campanas y que sus amados monjes no quisieran ni verlo. Fue entonces cuando el enfrentamiento con el conde de Champaña nos condujo ante las murallas de Vitry. No era, estoy segura, la intención de Luis acabar con las gentes de la ciudad, ya que ninguna conquista sirve para nada sin vasallos que trabajen la tierra. El hecho sólo se justifica por un tremendo error, o tal

vez, y eso ya lo pensé en su momento, aunque me guardé de insinuarlo, que alguno de los seguidores del conde Tolosa, por orden suya, realizara semejante carnicería con el único fin de desacreditar, de una vez por todas, a Luis. Si así fue, desde luego lo consiguió.

—Fue amonestado por Bernardo, ¿verdad? —inquirió Blédhri, tornando a sentarse.

—Sí. Ya lo había hecho otras veces, pero la diferencia fue que ahora mi frailecito andaba quejumbroso por los rincones, arrepentido de sus desvíos para con aquellos que lo habían educado, así que sus palabras encontraron terreno abonado.

»Le habló el de Claraval asegurando que hasta ese momento había culpado de sus extravíos a la juventud, pero que de ahora en adelante proclamaría que multiplicaba los incendios y las destrucciones de iglesias y, sobre todo, y eso fue lo que acabó con las pocas resistencias que a Luis le quedaban, lo amenazó diciendo que esperaba para él un castigo severo. No fue capaz de terminar la campaña, dejó a su hermano Roberto al frente del ejército y se retiró a la Cité para ayunar y rezar a todas horas, despreciando todo tipo de diversiones.

Leonor había comenzado pronto aquel amanecer a escuchar a sus vasallos y sus problemas. Se había dado bien la resolución de los asuntos y ya iba por el tercero, cuando Elías de Malemort se le acercó para susurrarle:

—He pedido a Mercadier que se lleve lejos a Brianda. Sólo espera vuestra venia para hacerlo.

—Aguardad a que termine este caso, arzobispo. Luego decidiremos.

El asunto tratado era muy del gusto de la reina y estaba dispuesta a hacer un escarmiento. Era una anciana, pero no había olvidado su juventud, siempre sujeta a los caprichos masculinos, en que el único escape eran aquellas insulsas cortes de amor donde las mujeres jugaban a ser señoras. La dama de Saint-Médard denuncia a su senescal por los perjuicios que le ha ocasionado en sus tierras. En venganza contra su señora, había destrozado los cercados de algunas de sus posesiones.

El capellán de la casa explicaba los motivos que habían llevado al senescal a semejante despropósito. Al parecer, el hombre se había enamorado de una sobrina de su ama, que formaba parte de sus acompañantes. La muchacha estaba destinada desde su nacimiento a un señor cercano y además era casi una niña a la que el senescal desagradaba profundamente. Su tía protegió a la chica de las intenciones del individuo, quien en una ocasión, empujado por su irrefrenable pasión, llegó a querer tomar por la fuerza a la doncella, cuando jugueteaba con otras muchachas junto al río, ofreciendo así los hechos consumados, para que no hubiera remedio. La rápida intervención de la guardia personal de la señora, que paseaba cerca, impidió el desafuero, dejando al hombre con las calzas a la altura de las rodillas, zozobrando entre la rabia, la insatisfacción y los ecos de las risas de las jóvenes y los soldados a los que al día siguiente debía mandar. Se fue de allí encorajinado y, quizá por no matar o matarse, se había dedicado durante toda esa noche al destrozo sistemático de

las cercas.

—¿Cómo sabéis que fue el senescal el causante del estropicio? —interrogó la reina al enviado, estudiando la expresión del acusado, quien la miraba ceñudo.

—Señora, muchos de los lugareños lo vieron; incluso hubo uno que se acercó a preguntarle por qué lo hacía, creyendo que tal vez deberían construir otras nuevas y el senescal lo golpeó con el mazo, rompiéndole un brazo.

—¿Qué tenéis que decir a eso, señor senescal? —demandó Leonor la opinión del hombre, antes de emitir el juicio.

—Yo no tengo que justificarme ante villanos, señora. Han inventado esa historia porque me odian. Vos mejor que nadie sabéis que los rústicos, con tal de no trabajar, y yo los obligaba a ello, son capaces de cualquier cosa.

—¿Hasta de romperse un brazo para poder acreditar algo? —Casi sonrió Leonor, sin dejar los ojos del acusado, quien los bajó para balbucear.

—No se lo rompí por eso, lo hice porque no quería terminar su tarea, que además era imperfecta.

—¿Desde cuándo sustituís al capataz en los campos? Me temo señor que no me queda más remedio que creer la otra versión y, por tanto, os condeno a restituir todas las cercas derruidas a su primitivo estado y a no acercaros a la susodicha damita, a menos que queráis acabar encerrado en mi torre, y podéis felicitaros de que no os imponga una multa, ya que no conseguisteis llevar a cabo la violación que intentasteis. Os aconsejo por vuestro bien que os mantengáis apartado de la chiquilla. Y dejo en manos de vuestra señora la decisión de que continuéis, o no, desempeñando el puesto en que os había colocado. Si quisiera ella sustituiros, deberéis alejaros de sus tierras tanto como ella desee que lo hagáis —esperó unos segundos, sin dejar de mirar con severidad al acusado. Luego, acompañando sus palabras con un gesto displicente, concedió—: Podéis iros.

Rodeado de risitas contenidas a duras penas, el senescal, después de hacer una reverencia a la reina, abandonó el salón, seguido del resto de los asistentes al juicio que, a prudente distancia, comentaban en susurros la sentencia, deseando por su propio bien que la dama alejara lo más posible al vengativo conquistador.

Cuando el salón se vació de extraños, Leonor encaró a Elías.

—¿Me decías, señor?

—Os pedía permiso para enviar lejos a Brianda.

—¿Y eso? —se interesó inmediatamente la reina, mirando con atención al arzobispo.

—Anoche se presentó en el cuarto de Pedro. Nadie sabe cómo consiguió burlar la guardia de vuestra puerta y la de mi sobrino, pero cuando él se despertó, ella estaba junto a su lecho.

—Debo recordaros, señor, que la prohibición de salir de sus habitaciones era para Pedro, no para Brianda.

—Desde luego, señora, pero además de que las circunstancias, como ya os he

dicho, son inexplicables, es aún más incompresible su actitud ante la negativa de mi sobrino a cohabitar con ella, recordándole vuestra prohibición.

—¿Sí? —El interés de Leonor crecía por momentos.

—Primero se encolerizó terriblemente, hasta el extremo de amedrentar a Pedro...

—Quien no tuvo más remedio que tomarla... —Quiso adivinar Leonor, soltando una risita.

—No, señora. Mi sobrino no quiso desacatar vuestras órdenes y trató de convencerla de que debía desistir y regresar a vuestras habitaciones, antes de que fuera notada su ausencia.

—¿Y?

—Entonces la chica comenzó a llorar y a gritar, abofeteando, mordiendo y arañando al pobre Pedro, que sólo pudo acabar metiéndose bajo el lecho, llamando a gritos a la guardia de la puerta, que a pesar de los bramidos de la mujer, no había oído nada.

—Me parece ver que lo que menos os importa es el hecho de que la chica haya querido acostarse con Pedro —apuntó la reina, desplazando suavemente el trasero sobre el cojín, que más que estar relleno de plumas, parecía tener clavos en su interior, tal era el dolor que le producía la larga sentada sobre sus delicados huesos.

—Veo que lo habéis entendido bien, señora. Lo que más me ha asustado ha sido el hecho de la invisibilidad de Brianda.

—Exageráis, Elías. ¿No es más sencillo pensar que la guardia estuviera dormida?

—¿En las dos puertas, señora? ¿Cuatro hombres? Los dos sabemos que se turnan para dormir, pero por la cuenta que les tiene, siempre hay uno despierto, pues saben que si algo ocurre en la noche serán duramente castigados.

—¿Y un soborno, tal vez? ¿Habéis pensado en ello?

—Desde luego, señora, Mercadier se ha encargado de interrogarlos. Conocéis de sobra sus métodos. Todos, por separado, han asegurado que ninguno vio nada y que a esa hora se mantenían en sus puestos. Además, el propio Pedro, una vez que hubimos conseguido tranquilizarlo, explicó que, a pesar de los bramidos terroríficos de Brianda, la guardia sólo oyó sus propios gritos de alerta y en ningún caso los de ella.

—Debo convenir con vos que es un caso chocante. Dejadme que estire un poco el cuerpo y tome alguna infusión y luego hablaré con ella.

—¿Qué decís, señora? No creo conveniente en absoluto que volváis a acercaros a esa mujer. Empiezo a pensar que lo que nos dijeron de ella tiene su punto de verdad.

—¿Pretendéis acaso privarme de una diversión? —interrogó Leonor, juguetona, al tiempo que se apoyaba en los brazos de su sillón para levantarse—. ¿Creéis que voy a dejar sin estudiar un caso extraño que está sucediendo ante mí? —Encaró a Blédhri, que esperaba a sus espaldas—. Creo, amigo, que mis vasallos, a pesar de los muchos años transcurridos, aún no me conocen. Acompañadme ambos a caminar al sol; y vosotras —se dirigió a sus mujeres, quienes esperaban en un rincón de la estancia—, traedme la infusión, la tomaré mientras paseo.

Salió al patio porticado, donde un enorme pozo en el centro era el único adorno. Caminó lentamente por el lado oeste, tratando de captar para su delicado armazón todo el sol que, abrigado por las gruesas paredes, producía un engañoso efecto de calidez. Una de sus mujeres le acercó una copa con un líquido caliente que ella se apresuró a beber.

—¡Dios! ¡Qué amargo está esto! ¿Es que debo poner yo misma la cantidad justa de miel que deseo? ¡Dejad, dejad! —Apartó a un lado a una de las jóvenes que se ofrecía para poner más dulce—. La próxima vez no me molestaré en pedíroslo. Así estaréis más libres para vuestros cotilleos y amoríos. Por cierto, Margarita —tomó por la manga a la chica que se alejaba—, ¿quieres decirme por dónde salió Brianda de nuestras estancias para que nadie la sintiera?

—No lo sé, señora —se aturulló la chica con las faldas y los nervios—. Ninguna de nosotras la vio salir y os aseguro que las puertas no se abrieron, porque si no vuestros mastines habrían ladrado.

—Cierto es, Elías —admitió la reina, soltando a la joven, quien se alejó rauda—. En ningún momento oí ni tan siquiera moverse a los dos mastines leoneses que mi hija me regaló hace algunos años, y os aseguro que su corpulencia no permite demasiados sigilos. Además, puedo afirmar que son los mejores pastores que he visto; cuidan como nadie de su territorio.

—Esa es la mejor prueba, señora. Yo no había ni siquiera pensado en ellos, pero ahora que lo decís, estoy aún más seguro de que Brianda se valió de malas artes para llegar al cuarto de Pedro sin ser vista.

—¿Qué pensáis, Bléd? ¿Eso sería posible?

—Nada es imposible si conocemos la forma de llevarlo a cabo, señora —el anciano pareció ensimismarse un instante, para luego explicar—: Conocí a un viejo, que murió enseguida, un pobre andrajoso al que no parecían escuchar. Yo sí lo hice, pero, a pesar de mis cuidados, la muerte se lo llevó sin que consiguiera aprender de él. Decía que la palabra tiene capacidades de realización que ignoramos. Indudablemente ha de tratarse de determinados sonidos, emitidos en algunos contextos. Por lo que he escuchado, parece ser que la joven sabe algunas cosas que otros ignoramos o, para nuestra desgracia, no llegamos a creer, porque para ello deberíamos olvidar lo aprendido y eso es casi imposible para nuestras mentes, donde la niñez graba a fuego los conocimientos, veraces o no.

—¿Desgracia, decís? —intervino rápido el de Malemort—. Estamos hablando de poderes demoníacos, señor —pronunció las últimas palabras con un ligero tartamudeo, al tiempo que se persignaba apresuradamente.

—¿Por qué soléis atribuir al Maligno todo aquello que os resulta incomprensible? Por comodidad tal vez —se contestó Blédhri a sí mismo, sin dejar que la boca abierta de su oponente articulara palabra—. Todo aquello que puede ser imaginado existe. En este caso puede tratarse, simplemente, de una conciencia capaz de percibir revelaciones de lo sagrado, lo cual se manifiesta según sus leyes, que en algunos

casos, sin saber cómo, son descubiertas por alguien. —El anciano detuvo su apasionada perorata, perdiendo los ojos en la jofaina que una de las jóvenes presentaba a la reina, donde un rayo de sol se partía, convirtiendo el líquido en una bella joya. Con trabajo, apartó su mirada del recipiente y continuó—: Desde luego es mucho más cómodo alejar de nosotros, en forma de maldición, lo que se sale de las normas establecidas, en vez de tratar de estudiarlo y conocerlo.

—¿Sagrado, decís? ¿Qué significa sagrado para vos? —Se acaloró el arzobispo. Y luego, sin esperar respuesta, se removió inquieto, para afirmar—: Hay asuntos de los que es preferible separarse. La Santa Madre Iglesia...

—La Santa Madre Iglesia está encantada con estar rodeada de ignorantes que acaten sin preguntar porque las cuestiones suelen ser siempre molestas; es preferible aferrarse a lo conocido, o a lo que nos han contado; es mucho más cómodo para el que dicta y para el que escribe. Os empeñáis en rechazar que el poder está alrededor y que sólo tenemos que encauzarlo para poder utilizarlo.

—Señor Blédhri...

—Señor arzobispo...

—Señores —intervino la reina, entre divertida y amoscada, tendiendo las manos hacia una de las mujeres, con la copa vacía, para sumergirlas luego en el líquido hialino, que se descompuso en chispazos deslumbrantes—, dejad vuestras eternas disputas para otro momento. Creo que tenemos un asunto importante en el que debemos centrarnos. El sol se está escondiendo y el frío se intensifica. Entremos dentro. Llamad a Mercadier y a Pedro.

—¿Y Brianda? ¿No queréis hablar con ella? Hacéis bien desde luego, porque los endemoniados...

—Tal vez luego, señor arzobispo. Tal vez luego, cuando conozca todo lo demás, la haga llamar.

Mercadier se apresuró a presentarse ante la reina; traía consigo a uno de los guardias nocturnos. Hincó su rodilla en tierra, evitando mirar a su señora, un tanto avergonzado por haber sido derrotado por una mujer.

—Señora —saludó el capitán, empujando al soldado, quien miraba a la reina, sabiendo que de su decisión dependía su vida. Cayó arrodillado a sus pies sin poder valerse de las manos que llevaba atadas a la espalda.

—Contadme qué habéis averiguado —urgió Leonor al mercenario, después de corresponder con una leve inclinación de cabeza.

—Siento deciros que poca cosa, señora. He interrogado a los cuatro hombres y por separado me han dicho lo mismo. Por eso he traído sólo a uno, porque sus declaraciones son idénticas. Todos aseveran no haber visto ni sentido nada y después de estar con ellos una hora, puedo aseguraros que lo declarado es cierto.

Leonor se fijó en los moretones y rastros sangrientos que adornaban la piel del guardián y se convenció de que lo afirmado por Mercadier era exacto. No obstante, después de hacer un gesto para mandar que se soltaran los brazos del muchacho, que

se mantenían en una forzada y dolorosa postura, preguntó:

—¿Es cierto, hijo, que permanecías en tu puesto completamente despierto?

—Señora, yo podría jurar, Dios me perdone, que estaba completamente lúcido, pero ahora, después de saber que la señora Brianda salió de vuestros aposentos sin ser sentida por nosotros, ya no me veo capaz de confirmar nada. —El muchacho, que había levantado la cabeza para contestar, mostrando sus labios y ojos hinchados y negruzcos, tornó a bajarla, deseando que aquel martirio terminara cuanto antes y se le ajusticiara sin más, ya que no podía defenderse de ningún modo.

—¿Alguien os ofreció, o tal vez vosotros mismos bebisteis o comisteis algo antes o durante el tiempo que duró la guardia?

—Yo no lo hice. Recuerdo que tenía un hambre feroz y que estaba deseando que pasara mi turno para poder echarme algo al colete. No sé si mis compañeros lo harían, pero, en todo caso, sí que comentamos Riquelme y yo que podríamos zamparnos un jabalí entero, así que deduzco que él tampoco había comido.

—Mercadier —ordenó la reina—, haced que curen y den de comer a los muchachos. Está claro que no ha sido responsabilidad suya. Lleváoslo y traedme a Brianda antes que a Pedro.

Al poco, el mercenario se presentaba ante la reina con el rostro demudado y los dientes apretados.

—No está, señora. Ha huido; ha escapado de la estancia donde la había metido. Estaba bien cerrada y custodiada y no se encuentra allí, la habitación está vacía —el hombre aclaraba la situación, más que para informar a Leonor, para convencerse a sí mismo de lo sucedido y de la magnitud de su derrota—. Os aseguro que es imposible, pero... no está. Se ha ido sin que nadie la haya visto en ningún lugar. Ni siquiera la guardia de las murallas, que vos sabéis controla exhaustivamente todo lo que entra o sale, ha notado ningún movimiento. Si me lo permitís —el desconcierto inicial dio paso inmediatamente al hombre de acción— tomaré unos pocos hombres y saldré tras ella.

—¿Y a dónde os dirigiréis? ¿Al norte o al sur? Si nadie es capaz de verla, si no deja ningún rastro, ¿cómo os orientaréis? —Mercadier escuchaba a la reina, pateando intranquilo y nervioso las piedras del suelo—. Os necesito a mi lado, no quiero que perdáis el tiempo persiguiendo a una... bueno, lo que sea. Se ha ido, ¿no? Pues dejémosla.

—Pero, señora —adujo, intentado controlar su ira—, eso no es ejemplarizante. Nada punible debe quedar sin castigo o las gentes pensarán que somos blandos y entonces...

—Entonces vos os encargaréis de hacerles entrar en razón como siempre habéis hecho. Este asunto no es importante. No afecta para nada a nuestro viaje ni a ninguna de nuestras gentes. Limitaos a no olvidarlo, tal vez en el transcurso del tiempo tengáis ocasión de resarciros.

—Eso ni lo dudéis siquiera, señora. —Enrojeció violentamente el mercenario al

imaginar su venganza. Nadie se burlaba de Mercadier y esa maldita bruja iba a saberlo si caía en sus manos.

—En cuanto a vuestro sobrino, arzobispo, creo que deberíamos revisar su castigo, ya que, dadas las circunstancias, empiezo a pensar que el pobre muchacho fue una víctima de las malas artes de Brianda.

—No me gustaría tener que admitirlo, señora. No es bueno que los subordinados vean una debilidad o un error en sus superiores —dudó Elías, aunque en el fondo estaba deseoso de levantar la sanción al hijo de su hermana, al que amaba tiernamente, pero no quería mostrar flojera de ánimo, pues sabía que eso era el principio de la falta de autoridad, de la que podían derivar todos los males.

—No os preocupéis, Elías, traédmelo a mí y yo lo haré. A mis años, la autoridad o se tiene o hace mucho que se ha perdido. Además, tampoco importa demasiado, queda tan poco tiempo... —Leonor sacudió la cabeza, enfadada consigo misma, acababa de mostrar una debilidad y, como decía el arzobispo, eso no era buena política. Rio forzosamente para simular una broma e insistió—: Vamos, amigo, enviádmelo y dejadme a mí.

Mientras Mercadier y Elías salían en busca de Pedro, Leonor hizo una seña a Blédhri para que se acercara.

—Bléd, ¿qué crees que ha sucedido?

—Esa chica sabe, señora. Ignoro quién ha sido su maestro o si ha nacido con esos dones; aunque también, siendo tan joven, ha podido desarrollarlos involuntariamente debido a los sufrimientos que parece haber tenido que padecer en los últimos meses. Lo que está claro es que puede mandar a los elementos y manipular la mente de los hombres.

—Me encantaría tenerla cerca. Siento muchísimo que se haya ido —apuntó Leonor con una nota de pesar en la voz.

—No creo que fuera conveniente. Parece que no está usando sus poderes debidamente. Se siente muy dolida y sus emociones la arrastran. Cada vez que uno de sus caprichos le sea negado, su parte oscura estallará con imprevisibles consecuencias. Si pudiera permanecer junto a ella unos pocos días, tal vez lograra hacerle entender y orientar sus energías. Si continúa haciendo uso de ellas de esa forma negativa, llegarán a dominarla y entonces sí que podremos hablar de malignidad. Además, todo lo que expresa una modalidad de lo sagrado debe estudiarse en profundidad. —El anciano tornó a separarse hasta su lugar a espaldas de Leonor al ver llegar a Elías con su sobrino, quien caminaba tras el arzobispo y junto a Mercadier, de forma vacilante y cansada.

—Señora. —Se apresuró a doblar su rodilla ante la reina.

—Me han contado, Pedro, que esta mañana no habéis tenido una agradable experiencia —comenzó Leonor, dulcificando la voz al notar el abatimiento del joven.

—No, señora, no ha sido en absoluto placentera, pero, no obstante, debo confesar que no me comporté como vos habríais esperado de mí. Al poco estaba escondido

bajo el lecho como una rata asustada. De modo que os suplico que busquéis para mí el castigo más severo que se os ocurra, porque no he recordado siquiera los juramentos de servicio y entrega que acabo de hacer al recibir mi investidura. Estoy tan avergonzado que si mis creencias no me lo impidieran, ya me habría quitado la vida, ya que para tan poco sirve.

—Alzaos, hijo. Es cierto que se espera de un caballero que esté dispuesto a entregarlo todo por una causa o una persona, pero esa exigencia sólo puede hacerse cuando ese hombre se enfrenta a algo conocido o esperado. Nadie, oídllo bien, nadie, por importante, valiente o santo que sea, puede, ni podrá nunca, pedir un enfrentamiento a aquello que escapa a las entendederas sin temor. Lo incompresible es siempre peligroso y todos lo sabemos. Este ha sido vuestro caso. Y estad seguro, cualquiera habría reaccionado como vos lo hicisteis. Habéis sido víctima de algo inexplicable, que ninguno de nosotros fue capaz de ver hasta hoy. Por tanto quiero que vuestro castigo sea suspendido y en las próximas horas departáis con Blédhri. Espero que él sepa haceros entender algunas cosas.

—Señora —se apresuró el de Malemort—, yo podría...

—Sé que lo haríais muy bien, Elías, pero tengo el capricho de oír lo que Blédhri tiene que decir al respecto y además, así, vuestro sobrino irá, poco a poco, en los tiempos que él desee y elija, informándome de los detalles de su experiencia, así que si no os importa...

—Desde luego, señora —aceptó Elías, apretando los labios, al tiempo que retrocedía hasta las puertas de entrada del salón, acompañado de Mercadier.

—La situación de Luis era complicada —apuntó Blédhri, señalando con su dedo algunos renglones ya escritos.

—Desde luego —captó Leonor enseguida el momento al que se refería—. Desde el malhadado día de Vitry el rey había cambiado completamente. Bueno, en realidad había recuperado su forma de ser, que en los primeros años de nuestro matrimonio, llevado de su pasión por mí, había dejado de lado. Prohibió todas las fiestas, banquetes, torneos... Expulsó a algunos de nuestros mejores trovadores porque además se volvió celoso; no podía tolerar que mi belleza inspirara algunos de sus mejores versos. Sin duda recordáis a Marcabru, quien constantemente me ensalzaba en sus cantos. Aseguró que lo único que pretendía el poeta era acostarse conmigo, así que lo echó de la corte y a otros muchos más, los mejores diría yo. Sólo tú, amigo, te salvaste porque habías estado conmigo desde que ambos éramos casi bebés y porque le aseguré que si te alejaba de mí, partiría a mis tierras y no me vería nunca más. Y no es que le importara demasiado perderme de vista, ya que apenas visitaba mi lecho, pero no quería, de ninguna manera, disgustar a su abate Suger, a quien había vuelto a llamar a la corte y seguía empeñado en conseguir descendencia legítima.

—Recuerdo perfectamente aquella época —evocó Blédhri—. Sólo podíamos reunirnos en vuestros aposentos y preferiblemente cuando Luis, arrodillado en las piedras de la capilla y con los pies descalzos, rezaba interminables padrenuestros.

—Sí, fueron unos meses lóbregos, de constantes misas, limosnas, sacrificios y ayunos. Bien es cierto que yo evitaba todo lo que podía aquellas historias, aduciendo que debía cuidar mi cuerpo para propiciar los embarazos, por lo que mi plato siempre era distinto de los otros en la mesa, y mis vestidos, para desesperación de Luis, que ya me veía ardiendo en los infiernos, siguieron siendo hermosos, porque «mi obligación es aparecer deseable a los ojos de mi esposo, para incentivar, siempre dentro de la decencia, su necesidad de acudir al lecho para hacer un príncipe». — Leonor rio francamente, sin controlar sus labios, puesto que estaba sola con Blédhri y él sabía de sobra que su dentadura ya no era lo que había sido hacía años.

—Pero como siempre, o casi siempre habéis hecho, supisteis capear el temporal, al menos por un tiempo.

—Sí, lo hice, pero te aseguro que con muchísimo trabajo y poniendo en movimiento toda clase de artimañas, ya que pretendía utilizar a uno de los más altos representantes de la Iglesia, que incluso en aquel momento en que aún caminaba sobre la tierra se le tildaba ya de santo. Y tú, mejor que nadie, sabes que yo no me he dejado impresionar nunca por nadie, pero aquel hombre tan alto, hermoso y espiritual, ya que sus frecuentes ayunos lo habían despojado de las abundantes carnes que suelen arrastrar los hombres de más de cincuenta años, haciéndole parecer mucho más joven, me conmovía; quizá por mi amor a lo bello, y desde luego no puedo dejar de admitir que Bernardo lo era. Pero no sólo hablo de su físico; se creía sin ninguna clase de duda aquello de lo que hablaba y por lo que vivía, lo que convertía su presencia o su discurso en algo absolutamente convincente e inapelable. Los ritos en los que intervenía hacían que las gentes conectaran con un tiempo y un espacio originarios y misteriosos, logrando que sus movimientos y palabras fueran decisivos e inexorables. Recuerdo que hasta mi padre, harto de sus censuras, irrumpió en la iglesia donde celebraba misa, armado y belicoso. Bernardo se limitó a encararlo, llevando en sus manos la hostia sagrada y su mirada de fuego, en la que ardía su convencimiento de estar en posesión de la verdad. Mi padre hubo de abandonar sus armas sobre el suelo de la capilla y arrodillarse, vencido por el poder de aquellos ojos que mandaban desde sus inamovibles certezas.

—Acudisteis al de Claraval para pedir su intercesión para dar un heredero al trono.

—Eso fue lo que se contó a quien deseó escucharlo, incluido mi esposo, y en parte en esa historia me apoyé para poder llegar a Bernardo, pero lo que yo pretendía era que su influencia actuara en Roma para arreglar el asunto de la excomuni3n de mi hermana, que ni siquiera a ella importaba, pero sí a Luis, y que también lo hiciera cerca del rey, para acabar con aquel estado de funeral constante en que se desenvolvían nuestras vidas.

»Mi hermana había estado en mis aposentos para quejarse de la situaci3n con su boda, que tan bien habíamos planeado.

»Aseguró, como yo ya sabía, que, aparte del enfrentamiento con el de Champaña,

no habíamos conseguido nada provechoso. Suger había vuelto a palacio y Luis hacía sólo lo que le ordenaban sus capellanes y frailes. El rey no me escuchaba. Si la situación no cambiaba ni ella ni yo tendríamos futuro en la corte.

»Pedí que me ofreciera alguna sugerencia y me dijo rotunda que deberíamos reconciliarnos con él y que, para lograrlo, el primer paso era hacerlo con su Iglesia, valedora entonces de Teobaldo de Blois. Además, creía que debía quedar embarazada, en la seguridad de que eso me daría poder y prestigio.

»Me parecieron imposibles aquellos objetivos. No tanto conseguir la reconciliación con la Iglesia, que ya de por sí lo era; lo más difícil sería lograr un embarazo, puesto que Luis, desde el episodio de Vitry, rechazaba cualquier satisfacción física, sobre todo las relaciones conmigo, pues estaba convencido de que sus males habían venido por mi causa.

»Ella insistió en que precisamente ese era el cambio más importante. Si no lograba arreglarlo estaríamos perdidas.

»Cuando me dejó, no pude por menos que disfrutar de la libertad que me daba no tener que soportar las pegajosas caricias de Luis. Pero supe que sus babosos envites eran la única salida para la situación creada y tenía que conseguirlos a través de los mismos que ahora criticaban el «doloroso control» que había ejercido sobre él. Ellos, capellanes y frailes, eran los únicos a los que el rey respetaba y obedecía y, por tanto, sólo a ellos escucharía.

»Recuerdo que aquella fue una hermosa mañana de primavera. Las semanas anteriores había llovido en abundancia, por lo que las tierras, húmedas y calientes por el sol de mayo, dejaban salir la vida que habían mantenido oculta y protegida durante el invierno. Era el momento perfecto: la primavera, la renovación, la fecundidad... — Leonor se ensimismó en aquellas dulces ideas de renacimiento y por unos instantes le pareció notar los movimientos de sus hijos en un vientre fértil, que nada tenía que ver con el que ahora sentía seco y yermo. Enseguida sacudió la cabeza y continuó—: Yo siempre me demoraba en el lecho hasta bastante más tarde del desayuno, algo que molestaba especialmente a mi esposo, acostumbrado a levantarse antes del alba, como era lo habitual en sus amados cenobios. Bien, pues la noche anterior había tomado la decisión de reconquistarlo desde su propio bando, ya que desde el mío parecía ya imposible. Mucho antes de que la luz entrara por los ventanales, me levanté y me hice asear y vestir, eligiendo uno de mis ropajes más discretos y de tonos más apagados y anodinos. Mandé que mis cabellos quedaran completamente cubiertos tras los velos, pues sabía que los mechones que, a veces, como si de un descuido casual se tratara, dejaba escapar de las tocas, eran motivo de escándalo para el rey y sus clérigos, sobre todo cuando antes de hacerlo mandaba que los rizaran con unas tenacillas de hierro que calentábamos al fuego. En fin, que aquel amanecer conseguí acicalarme en unos pocos minutos y, muy seria y circunspecta, me dirigí a la capilla para la primera misa a la que solía acudir Luis y en la que yo nunca lo acompañaba. Cuando llegué, seguida por mis damas, con aspecto de pobretona,

humilde, pálida y triste, los clérigos, después del asombro consiguiente, tomaron su expresión más altiva y severa, ya que, sospechando que esa actitud era indicativo de pecados o problemas que ellos tendrían que resolver, debían mostrarse rigurosos para conseguir mayor provecho en sus intereses. Tomé mi lugar junto al altar y después de arrodillarme con gestos de piedad y entrega, que fueron observados al detalle, me senté, paciente, a esperar la llegada de mi esposo.

»Las puertas se abrieron de par en par, dejando entrar la luz rosácea del amanecer y la larga silueta de Luis, quien avanzaba por el pasillo central con los pies descalzos, sin hacer ruido, casi levitando de pura santidad. Me apresuré a arrodillarme y tomar el gesto más devoto, de forma que cuando él se colocó a mi lado, apenas lo miré un instante, en un silencioso saludo, para apresurarme a seguir con mis rezos.

»La celebración transcurrió de la misma forma pesada y aburrida en que solían desarrollarse los rezos del rey. Pero yo, decidida a conseguir lo que me había propuesto, la soporté sin perder un ápice de devoción y entrega. Al terminar, mi esposo se puso en pie y yo me demoré, esperando a que él hiciera el primer gesto de acercamiento. Me tendió efectivamente su mano para ayudarme a alzar, pero esto no quería decir demasiado, porque el rey ante todo era un caballero. Me apoyé en él y al levantarme, le sonreí tiernamente durante unos segundos, que no alargué, porque mi expresión no fuera mal interpretada. Apoyada en su brazo salí de la capilla. Allí, a la misma puerta, sin esperar su despedida, me solté de su brazo, le hice una reverencia y me alejé hacia mis aposentos, seguida de mis mujeres. Yo no volví los ojos, pero alguna de las jóvenes que lo hicieron con disimulo me hablaron de su cara de palo, asombrado por mi falta de alegría y buen humor habituales.

»A la hora del almuerzo, uno de sus señores se acercó a mis habitaciones para invitarme expresamente a la “mesa del rey”. Con cara triste le aseguré que nada me haría más feliz que “acompañar a mi señor en su refrigerio”, pero que sintiéndolo mucho tenía que declinar su invitación porque me sentía indispuesta. Pasé la tarde sin pisar siquiera el patio, y aunque tú y algún otro que ahora no recuerdo me acompañabais con vuestros versos y carocas, el cuerpo me pedía ejercicio y aire libre en un día tan brillante de sol y con todos los olores de la tierra convertidos en flor. Pero me mantuve en la línea que me había trazado y hasta el siguiente amanecer no torné a salir para repetir la escenita de la capilla. Así anduve más de una semana y, cuando ya sólo me faltaba morder las paredes de mi voluntario encierro, una tarde, Luis se presentó en mis aposentos sin ni siquiera hacerse anunciar.

»Le saludé inclinándome, pero manteniéndome a prudente distancia para no asustarlo.

»Él, sin moverse del sitio, tan cercano a la puerta como había podido colocarse para permitir cerrar los batientes a su espalda, me dijo que había venido a visitarme porque estaba preocupado por mí.

»Afirmé que sentía mucho ser motivo de pesadumbre para él y le aseguré que me encontraba muy bien, tal vez un poco cansada y abatida. Enseguida le pedí permiso

para sentarme por tener poca resistencia física. Le habían contado que yo no salía de mis aposentos, a pesar de los hermosos días que estábamos disfrutando. También estaba informado de que apenas comía y de que rezaba constantemente.

»Le dije que no debía prestar demasiada atención al servicio porque siempre desorbitaba los hechos. Desde luego que mi personal no había exagerado en absoluto, simplemente se había limitado a repetir en distintos lugares y momentos la lección dictada por mí.

»Pidió conocer lo que me alteraba, diciendo que fuera esperaban sus médicos para examinarme.

»Insistí en que me encontraba algo abatida y que se me pasaría pronto. Él, a su vez, quería conocer el motivo de tal languidez, ya que no era normal en mí, lo que le hacía temer que pudiera estar enferma.

»Fingiendo una cierta duda, respondí que no necesitaba medicinas y que prefería no hablar por no inquietarle. Pero, francamente desazonado, me urgió para que contara mis cuitas.

»Le conté lo inútil y vacía que me encontraba, ya que llevábamos seis años conviviendo y no había cumplido mi obligación como esposa. Bajando la cabeza, admití que a veces me comportaba de forma algo irresponsable, pero que, en el fondo, sólo pretendía generar ruido alrededor para no pensar. En los pasados meses, en que él había apreciado tanto el silencio, yo había llegado a identificarme de tal forma con la situación, que ya no deseaba nada; simplemente estar en soledad hasta que el Señor decidiera llamarme.

»El rey se alarmó, lo cual me encantó. Me aseguró que era muy necesaria para él y para el reino. Aceptó el hecho de llevar semanas apartado y de que, posiblemente, continuaría así hasta que se considerara libre de pecado; luego acudiría a mi lecho y, si la Santísima Madre de Dios nos ayudaba, procrearíamos.

»Me apresuré a decir que ese era el primer paso a dar. Me refería a procrear, aunque a él debí aclararle que no era a rezar a lo que me refería, como entendió en un principio.

»En pocos días debíamos acudir a Saint-Denis para la consagración del coro y allí encontraríamos al bendito Bernardo. Le sugerí buscar el consejo del fraile, si le parecía bien, para saber qué debía hacer para mejor servir al reino y a él mismo. Además, estaba segura de que su intercesión sería definitiva para que pudiéramos concebir un hijo.

»Luis me miró, primero con suspicacia, luego, viendo la limpidez de mi mirada, con una cierta lástima. Se asombró de que algo que hacía muy poco me movía a risa, en aquel momento me interesara tan profundamente.

»Me di por ofendida y quise despedirle a él y a sus médicos, pero se apresuró a mudar el continente, asegurando que mi cambio le hacía feliz, que no ponía en duda mis intenciones y que, desde luego, hablaríamos a Bernardo de nuestros problemas.

»Aprovechando su debilidad, con delicadeza, le aseguré que deseaba pedirle algo

más. Accedió con prontitud. Puse por delante mi pudor femenino y le hice saber que deseaba hablar a solas con el fraile.

»Con una cierta reticencia transigió, y yo, suspirando cansada, se lo agradecí, pidiéndole que me dejara porque la tensión me había agotado. Se levantó enseguida, volvió a sugerir la posibilidad de ser atendida por sus médicos y, al suspirar yo apenas, salió.

Leonor se sintió cansada e interrumpió su conversación con Blédhri sobre sus recuerdos del pasado. Apenas había disfrutado de ellos, porque anteriormente había asistido a la reunión del anciano con Pedro y poco o nada había conseguido extraer de ella. El chico respondía casi con monosílabos a las preguntas del anciano y de la propia reina. Sus ojos andaban perdidos por la estancia y cualquier ruido lo sobresaltaba, haciendo que se encogiera sobre sí mismo como si esperara un golpe.

—No era una persona, señora —aseguraba temeroso—. Lo que yo vi era un demonio.

—¿Es que habéis visto con anterioridad un demonio?

—No, señor, nunca, pero he visto los murales de las iglesias y era un ser parecido a los que hay pintados.

—¿Con cuernos y cola? —se burló delicadamente Blédhri.

—No, en realidad —reflexionó como para sí—; era una hermosa mujer.

—¿En qué quedamos, Pedro? —intervino Leonor, un tanto incomodada por la contradicción—. ¿Era un diablo o un ángel?

—¡Oh, no, señora! De ningún modo se le podía confundir con un ángel. Sus ojos despedían rayos de fuego y sus dientes eran largos y puntiagudos como puñales. Pero aun así —se adelantó a la nueva objeción— era hermosa... terriblemente hermosa.

—Entonces, ¿qué os hizo temerla? —quiso concretar Blédhri, asintiendo en dirección a Leonor de forma casi imperceptible.

—No podría decirlo, quizá la energía que se desprendía de ella y que sabía podría controlarme en cualquier momento, y yo no quería, de ninguna forma, faltar a la promesa que os hice, señora, aceptando vuestra sanción por haberla traído conmigo sin pedir permiso. El calor de su cuerpo quemaba como fuego y su mirada me arrastraba hacia ella sin que yo pudiera evitarlo, así que, dándome cuenta de que no podría resistir mucho más, me tapé el rostro con las manos y me escondí bajo el lecho, llamando a gritos a la guardia.

—Y cuando entraron, ¿qué ocurrió? —indagó, interesada la reina.

—Nada, señora. Se hizo el silencio, desapareció el calor y, cuando asomé por debajo de las pieles, me encontré con una niña débil e indefensa en manos de los dos guardias, que me miraban asombrados mientras salía de mi escondite. Nunca podré olvidar la chispa de burla de su mirada.

—No temáis por eso —quitó importancia al asunto Leonor—. A estas alturas saben muy bien de qué misterios hablamos. Seguro que a ninguno de ellos se le ocurre bromear con lo vivido. Me gustaría que a medida que vayáis recordando algún

detalle que ahora no conseguís traer a la memoria, aunque os parezca trivial, nos lo hagáis saber a Blédhri o a mí. Este asunto me resulta incompresible y eso no me gusta nada.

Había despedido a Pedro, un tanto desilusionada con los datos conseguidos. No obstante, Blédhri había cabeceado durante toda la conversación como si a él sí que le hubieran resultado los hechos esclarecedores.

—¿Qué has sacado de todo esto, Bléd? —inquirió la reina en cuanto Pedro hubo salido, olvidando el protocolo del trato, como a veces hacía con algunos de sus amigos o sirvientes.

—Poca cosa nueva, señora. Lo único que he hecho ha sido afirmarme en lo ya expuesto. La muchacha posee unos poderes que la sobrepasan y si no aprende a usarlos van a hacer mucho daño a los demás, o a sí misma, en cuanto sean de dominio público y las gentes la consideren un engendro maligno.

—Bien, dejemos este asunto, mañana quiero salir al amanecer hacia el sur y deseo retirarme a descansar temprano.

Durante casi dos horas, Leonor había rememorado los hechos que rodearon su decisión de entrevistarse con Bernardo. Al llegar a ese punto, había decidido dejarlo para el día siguiente.

—Estoy agotada, Bléd. Haz que nos traigan algún alimento aquí y después nos retiraremos.

—Como deseáis, señora, pero debo deciros que me habéis dejado en ascuas. Habría deseado conocer ahora mismo los detalles de vuestra entrevista.

—Sabes casi palabra por palabra lo que hablé aquel día. No obstante, aprovecharé la noche para tratar de recordar cualquier cosa que pueda resultar interesante para nuestra historia. Y ahora, ordena la cena y preparémonos para el viaje de mañana.

Leonor comió, un tanto desganada, una sopa de coles con torreznos y huevos de pato cocinados en la propia grasa del animal. Apartó de sí el siguiente plato de cabrito asado con miel, observando con un cierto asco el apetito voraz de Blédhri, quien dio buena cuenta de su ración. Rechazó también la masa de harina y huevo que, formando hermosas flores, había sido frita en mantequilla y rociada luego con miel. Bebió, eso sí, su copa de vino, aunque rehusó una segunda. Pidió, en cambio, una infusión de valeriana y amapola, que tomó con un cierto asco, pero con la confianza de que la ayudaría a conciliar el sueño.

Blédhri eructó satisfecho y se levantó, ofreciéndose a masajear los hombros de su señora, como solía hacer cada noche.

—Hoy no, Bléd —negó ella, levantándose a su vez—. Estoy demasiado cansada; ya no es sólo mi cuerpo el que se niega a seguir; noto que mi mente se aburre y, por el contrario, en cuanto algo inusual le hace cavilar en asuntos poco o nada ordinarios se agota, como en el caso de Brianda, que ignoro por qué me desasosiega más de lo que debería ser normal.

—Tal vez percibís alguna alteración que ella haya producido y que a los demás

nos pasa inadvertida.

—Si eso es así, no desearía percatarme de nada, al menos hasta mañana al amanecer. Ahora estoy molida y lo único que me gustaría sería dormir y olvidar.

—No podréis olvidar, aunque durmáis. Alguna parte de vos seguirá trabajando con lo vivido hoy.

—Mientras no sea consciente, no me importará. Pero de verdad que deseo distanciarme del peso del vivir y sólo consigo hacerlo cuando duermo. Eso, Bléd, ¿querrá decir que la muerte es un descanso, o simplemente volver a la matriz primigenia?

—Creo, señora, que la fuerza que regenera las estaciones y la vegetación hace lo propio con los hombres que ya han muerto y que son atraídos por la fecundidad, que ha de devolverlos a la vida. ¿Acaso no tenéis vos la sensación de haber vivido siempre? —indagó el anciano, deseando tranquilizar a su señora, para que el sueño acudiera a relajar su mente. Sin esperar respuesta continuó—: Nada que no exista puede ser imaginado. Si lo sentís es porque no habéis olvidado la sensación de la existencia eterna, que es lo que habéis hecho y haréis por siempre. De todas formas, no creo que sea buen momento para comenzar una charla que tan onerosa suele resultaros habitualmente.

—Tenéis razón, amigo, idos para que pueda acostarme. Tal vez mañana, durante el camino, sigamos hablado de este asunto.

Blédhri se inclinó ante su reina y retrocedió hasta casi la puerta, allí se volvió y dejó que una de las mujeres le abriera, saliendo tan derecho, elegante y acompasado que Leonor no pudo evitar una leve sonrisa, al darse cuenta de lo difícil que le iba a resultar a la muerte acabar con aquellos dos viejos.

Dejó que sus mujeres la desprendieran de sus pesados vestidos. En camisa, sentada junto a la chimenea, permitió que le lavaran el cuerpo, mojando pequeños trozos para evitar tiritar. Últimamente, sobre todo en los días fríos del invierno, prefería aquella forma de higiene a los largos baños que gustaba tomar en su juventud. Ahora la dejaban agotada y además, incluso en pleno verano, pasaba mucho frío. Alguna de las mujeres deshizo su complicado peinado, el cual, a pesar de mantener oculto bajo los velos, se empeñaba en realizar cada día. El peine de plata con incrustaciones de oro, grabado con extrañas letras árabes, se deslizaba por sus largos cabellos con suavidad y cuidado. Había sido un regalo de su tío Raimundo de Poitiers, cuando llegó, con su primer marido, a Antioquía. Jamás había permitido que nadie la peinara con cualquiera de los otros muchos peines, algunos hasta con piedras preciosas engastadas, que había en su tocador. Cada mañana y cada noche, la muchacha encargada del arreglo de sus cabellos sabía que aquel y sólo aquel peine debía desenredar el pelo de su ama.

Una vez lavada y perfumada con flores de lavanda, vistió una nueva camisa de seda con los puños y el cuello bordados con las armas de los Plantagenet, casi perdidas entre hojas de olivo. Apoyada en dos de sus jovencitas se acercó al lecho y

se dejó acostar y arropar. Sus damas descansaban alrededor, en pequeños catres que se colocaban cada noche rodeando la cama principal y que eran retirados al amanecer para no entorpecer el deambular por el cuarto. Al cabo de un rato, todas las mujeres descansaban plácidamente, acunando con su suave respiración la voluntad de Leonor de abandonarse a una dulce somnolencia.

Poco tiempo después, ella también dormía, pero su sueño fue corto e inquieto. «Maldita sopa de coles —discurría su cabeza, sintiendo retortijones en sus tripas—. Soy una idiota; no es la primera vez que esto me ocurre y sigo insistiendo en comerla. No volveré a hacerlo».

—No deberíais, no, señora. Si sabéis que os sientan mal, es un poco estúpido que las ingiráis.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Acaso no sabes que nadie, sin permiso, puede entrar en mis aposentos?

—Lo sé muy bien, señora, pero convendréis conmigo que, en mi situación, no sería lo más oportuno solicitar vuestra venia.

—Creo que llamaré a la guardia para que os detengan.

—No lo hagáis, puesto que ahora duermen profundamente y no podrían escuchar vuestra voz; en cuanto a vuestras damas, vos misma podéis verlas, les ocurre exactamente lo mismo.

—Bien, veo que no me queda más alternativa que atender a lo que tengáis que decirme, así que procurad ser breve.

—He venido para reconocer vuestras atenciones. Hube de marcharme sin hacerlo y no me encuentro a gusto. Aunque no puedo dejar de pensar que tal vez os mostrasteis demasiado severa en el castigo elegido. Creo que fue excesivo e innecesario. Aunque sois una reina y eso obliga a... En fin, es algo en lo que tengo que pensar, porque a veces dudo si ser agradecida o vengativa; reflexionaré sobre ello y tomaré la decisión que me convenga según el caso. En un momento aventurado me protegisteis y eso creo que no estaría bien que lo olvidara, de modo que cuando necesitéis algo, no tenéis más que llamarme y entonces decidiré cómo actuar.

—¿Llamaros? ¿A vos? Habéis traicionado mi confianza y eso es imperdonable.

—Señora, sé que no he obrado como habría sido debido después de vuestra amable protección; os suplico perdón por ello, pero sólo y exclusivamente por eso. En lo demás, algo más fuerte que yo me impulsó esa noche a buscar a Pedro. Tal vez quería medir si su amor por mí era más fuerte que su lealtad a vos. Me falló, como todos; os ama y os respeta y ni siquiera mi pasión fue capaz de cambiar eso. Se negó a tomarme sin vuestro permiso y huyó de mí. Por eso os odio, a pesar del amor que me inspiráis porque gracias a vos estoy libre. Después, las cosas ocurrieron muy deprisa, tanto que no sabría contaros cómo se desarrollaron los hechos. De repente me encontré encerrada, sin conocer el castigo que se me iba a imponer y desee ardientemente salir de aquellos muros. Al instante me encontré en el bosque y allí estoy. Os lo digo porque no vais a traicionarme; no sé por qué estoy tan segura de

vos, pero así es. —La muchacha se calló unos instantes reflexionando, luego concluyó—: Quizá porque mi padre sirvió a vuestro abuelo y sé que vuestra familia no se deja intimidar fácilmente, ni siquiera por los poderes eclesiásticos. De cualquier forma, procuraré estar siempre cerca por si me necesitáis.

—No os molestéis —negó firmemente con la cabeza la reina, tratando así de ocultar su miedo por aquella joven que la miraba desde detrás de sus largas pestañas, tan pronto con adoración entregada, como con hondo rencor—. Haced vuestra vida, yo soy muy vieja y en el poco tiempo que me queda creo que mis necesidades serán más bien pocas.

—Se me ocurren algunas cosas que podríais precisar —apuntó Brianda con una media sonrisa.

—¿Por ejemplo?

—La Santa Espina.

Leonor abrió los ojos sobresaltada. El fuego se había apagado. La estancia estaba sólo alumbrada por la luz de la luna, la cual se colaba por entre los tapices que cubrían los ventanales. «Aún es de noche», pensó, castañeteando los dientes de puro terror. A su alrededor las mujeres dormían plácidamente y la habitación, al menos en las zonas iluminadas, estaba vacía. Forzó sus ojos cegatos, tratando de ver en los rincones umbrosos. Cejó en su empeño, porque su falta de visión, unida a las tinieblas de algunas partes de la estancia, llenó su mente de quimerinas figuras, que cuanto más miraba más vida cobraban. Suspiró quejumbrosa. Acababa de estar junto a Brianda, había hablado con ella y resulta que todo parecía haber sido un sueño. Estuvo a punto de llamar y pedir velas y fuego en la chimenea. Tal vez con la disculpa de que tenía frío, nadie se daría cuenta de que lo que ocurría en realidad era que su señora no era más que la rapaza que en la noche grita en las cuerdas porque ha visto un aparecido, moviendo a risa a todo el mocerío del castillo, el cual, al día siguiente, chirigotea con el asunto, haciendo guasa en canciones y chascarrillos del sucedido.

Apretó los labios y se envolvió en las pieles, dejando fuera sólo la nariz. Intentó dormir, repitiéndose que ella era una reina, vieja y sabia, que ya había pasado por todas las pruebas que cualquier mortal podía esperar en este mundo. ¿Es que iba a tener ahora miedo de un sueño? Sí, se contestó a sí misma, por la sencilla razón de que lo vivido no había sido un sueño. Brianda había estado allí, hablando con ella de... ¡Santísima Virgen! Había hablado de la Santa Espina... De la Santa Espina. ¿Quién la había informado de la existencia y los problemas que parecían ir a derivarse de su posesión? Desde luego que nadie. Aquello era un secreto de Estado. Las personas que lo conocían sabían que un tratado es algo absolutamente confidencial del que sólo los participantes pueden hablar. Ahora sí que sus dientes castañetearon sin pudor. Ella había estado allí y además era capaz de leer su mente... Había dicho que se escondía en el bosque próximo, mandaría a buscarla y... No, no podía hacerlo. No sabía muy bien por qué, pero no podía y no sólo no enviaría a

detenerla, sino que evitaría hablar de ella y de aquella noche porque algo le decía que esa actitud era la correcta y la conveniente. Cerró los ojos, súbitamente tranquilizada y, sin darse cuenta, se durmió.

CAPÍTULO 5

La siguiente etapa del viaje continuó tan pesada y aburrida como casi todas. Los días de noviembre eran fríos pero soleados, lo que ayudaba a disfrazar las duras condiciones de los caminos. Habían celebrado el día de los difuntos con misas y banquetes en que, aunque no eran bien vistos por los clérigos, ya que tenían indudables reminiscencias paganas, nadie dudó en atiborrarse de alimentos, unos porque creían saber que los excesos rompen barreras y hacen circular las energías que devuelven los difuntos a la vida y otros por el simple placer de ingerirlos. No obstante, no se detuvieron más de lo necesario. Leonor quería llegar al sur cuanto antes. Discutía constantemente con Elías y Mercadier, asegurando que para Navidades estaría en Castilla. Al principio, ellos le explicaban la gran distancia que aún quedaba hasta Burgos, lo que hacía materialmente imposible llegar antes de enero, y eso si no se cruzaba algún problema que los demorase, luego callaban y asentían ante la cabezonería de su reina, a la que estaban muy acostumbrados.

Aquella noche se habían detenido en Langon, un pueblo formado por dos pequeños burgos a los que daban nombre sus dos iglesias, Notre-Dame y Saint-Gervais. Los hombres habían montado las tiendas, pero para Leonor y sus mujeres se había hallado asilo en la casona con pretensiones de castillo de un potentado de la aldea. Tenía este varón una reata de vacas y un buen hato de patos, gallinas, conejos y palomas, que la reina se apresuró a comprar para dar de comer a sus acompañantes. El hombre, de nombre Mugerón, se frotaba las manos, al tiempo que se quejaba por el poco precio conseguido, cuando la reina era consciente de que en toda su vida jamás sería capaz de ver tanto dinero junto. Asqueada por sus lamentos, le gritó desde el banco donde se había sentado.

—¿Ignoráis acaso que vuestra obligación es mantener a vuestro señor cuando viaja? Sabed que puedo tomar vuestros alimentos sin pagar nada en absoluto, así que

dejad de fastidiarme y, antes de desaparecer de mi vista, ordenad a vuestras mujeres que barran y pongan paja limpia en el suelo, pues temo que la que hay sea nido, no sólo de chinches, pulgas y cucarachas, sino también de culebras. ¡Y sacad esos animales de aquí! —Alzó aún más la voz, señalando gallinas y conejos que correteaban de un lado a otro, evitando los movimientos de los presentes.

—¡Oh! ¡Sí, señora! —se apresuró el hombre a tomar los cuartos que le ofrecía el arzobispo. Enseguida mandaré que limpien todo y os preparen el ágape. También —añadió como haciendo una gracia— prenderé la chimenea, además de la hornilla para guisar, así no pasaréis frío, pues aquí las noches son gélidas. Retiraré la hierba seca de los lechos y colocaré otra nueva, es cierto que a veces los bichos... Bueno, ya sabéis. Si me lo permitís, señora...

—Desde luego que os lo permito. Y procurad hacerlo rápidamente o me temo que mis soldados no van a tener paciencia con vos y mucho menos con vuestras mujeres.

—Sí, claro, señora, desde luego, señora. —Retrocedía el hombre, tropezando con sus propios pies, mirando asustado las armas de Mercadier que, alto e imponente, no le quitaba ojo.

Varias féminas se pusieron enseguida a la faena y, al poco, el olor a hierba seca y aireada cubría casi por completo el apestoso ambiente de madriguera que, integrado ya en paredes y suelos, sólo esperaba hacer suyos la paja y heno limpios, para que todo volviera a estar como debía.

Cuando los capitanes, después de cenar, se retiraron a sus tiendas, Leonor, con sus mujeres y Blédhri, quedaron junto a la chimenea, oyendo de tanto en tanto las voces y las risas que les llegaban de fuera. Los soldados y las escasas jóvenes del lugar parecían haber encontrado maneras de relación muy satisfactorias, pues sonaba la música, haciendo de la parada una fiesta para los aldeanos, cuya única diversión era asistir el domingo a la misa y luego pasear por el camino hasta el alto de un montejo cercano, desde el que se divisaba el valle y el bosque.

—Señora, estabais a punto de relatarme vuestra visita a Saint-Denis —apuntó Blédhri, montando la mesita que servía de escritorio en los viajes.

—¡Oh, Saint-Denis! —Rememoró la reina, entornando los ojos para volver a ver la iglesia, obra del abad Suger—. Su belleza me deslumbró; diría más, me sobrecogió. Era necesario un gran templo, porque en aquel momento ya empezaban las gentes a reproducirse como conejos. Todos los oratorios se quedaban pequeños. Suger quiso hacer algo grande y desde luego lo consiguió, no sólo por sus dimensiones. Su diseño fue pensado para asombrar y empequeñecer al devoto, marcando su insignificancia ante la magnitud de lo divino. La contemplación de las altísimas bóvedas hacía que una se sintiera como una pecadora y despreciable hormiga. La luz, hasta entonces tan escasa en las iglesias, se derramaba aquí por todas partes, consiguiendo que los colores de los vitrales convirtieran el espacio en algo irreal y mágico. Y luego, en el altar, aquella inmensa cruz de oro, tan alta como tres o cuatro hombres, dominando por completo el conjunto, atrayendo a sus gemas la

maravillosa luminosidad que la hacía brillar como si su fulgor fuera interno. Sugería conociendo muy bien a las gentes; cuidó al máximo los detalles. Los pebeteros estaban colocados en todos los rincones, desenredando perezosamente sus aromas, que trepaban apoyándose en la nada hasta alcanzar las ojivas y luego las bóvedas, creando una falsa idea de mañana primaveral, en un ambiente en el que, a pesar de los vestidos de fiesta, la concentración de sudores se habría hecho insostenible. Los cantos de los frailes ambientaban el recinto, elevando aún más, si eso fuera posible, las pobres y desgraciadas almas de los asistentes, que dentro de aquella belleza eran más conscientes que nunca de que, como siempre les habían enseñado, el único motivo de sus múltiples calamidades eran sus muchos pecados. Aquel día vi lágrimas en los ojos de aguerridos señores, los cuales, responsables de repente de sus vidas pecadoras, ofrecían limosnas para que el cielo, si no los contaba entre los bienaventurados, al menos hiciera como que no veía sus desmanes. Y qué decir de mi esposo... —Aún ofuscada por la tontería, la reina apretó los labios y cabeceó, turbada—. Comenzó por presentarse disfrazado de peregrino.

—No quisiera yo corregiros, señora, pero creo que si Luis estuviera presente no le gustaría nada que utilizarais la palabra «disfrazado» para describir su atuendo —apuntó Blédhri con cierta timidez.

—¿Y cómo entonces debería llamar a su sayal gris y sus sandalias? Era grotesco verlo, rodeado de sus señores, que para la ocasión habían escogido sus ropajes más lujosos, empeñándose muchos para comprar las mejores telas, pieles y joyas... Pero buscaba, una vez más, dejarme mal ante Bernardo, quien todos sabían era enemigo de la ostentación, y no sólo de la ostentación, de la dignidad, diría yo, porque un rey ha de mantener su preeminencia ante sus súbditos, que no lo van a querer más por verlo a su altura; muy al contrario, el pueblo respeta lo que teme o envidia. En fin, que él parecía un campesino y yo lo que era, una reina hermosa y joven, con mis vestidos de brocado y mi capa de armiño. Así, como él pretendía, todos los que me vieran sabrían que los gastos excesivos a mí eran debidos, pues las guerras yo las había inspirado y los trovadores, los bailes y los banquetes eran buscados y queridos por mí. Por tanto, los impuestos debían cobrarse por causa de la caprichosa extranjera —aquí Leonor detuvo su perorata y sonrió, murmurando casi—, como si antes de llegar yo no los hubieran tenido que pagar igualmente; pero es sencillo engañar a los siervos, sólo hay que decirles aquello que desean oír. —Tornó a callarse unos momentos, para luego alzar la cabeza y continuar, llena de orgullo—: No obstante, sobre mi yegua blanca, a sabiendas de todos aquellos contubernios, no dejé de sonreír dulcemente y saludar con una cierta intención, de forma que todos y cada uno de los presentes se considerara especial. En el camino a la iglesia las gentes se apretujaban a nuestro paso y yo, muy observadora habitualmente, vi que sus ojos se elevaban hacia mí, olvidando el sayal de su rey, que caminaba delante.

»Fue difícil acercarse a las puertas del templo, porque parecía que todos los francos estuvieran concentrados aquel día en Saint-Denis. Habían llegado peregrinos

de todas partes y con ellos comerciantes que vendían hasta el agua para beber. Se había montado un gran mercado y bestias y personas se disputaban el escaso espacio del pueblo que estaba surgiendo alrededor de la abadía. Luis caminaba con la cabeza baja, con cara de responsable, o de pecador, o de sufriente, o simplemente de un ser aburrido, fastidioso y cansón, cuya única misión en la vida es amargar a todos los que lo rodean. Me había pedido que yo marchara a su lado, pero me negué. “Un rey debe estar siempre por encima de sus vasallos”, le dije. “Si vos deseáis hacer penitencia, permitid que al menos yo mantenga la dignidad de la corona”. De ninguna manera estaba dispuesta a llenar de polvo, orines y excrementos mis hermosos vestidos, que además, sin estar subida al caballo, apenas podrían verse. De modo que, cuando insistió, le dije que mi escasa salud de las últimas semanas desaconsejaba semejante esfuerzo. Temía caer desmayada y estropear así el festejo. Asintió de mala gana, porque ante todo estaba la brillantez del día, que nada podía ni debía enturbiar, así que monté mi yegua y conmigo mis damas y los demás señores y prelados, que lo convencieron aduciendo el peligro que podía representar el que las gentes, en su entusiasmo, pudieran echársenos encima. En fin que sólo Luis, con un par de obispos, a los que no quedó más remedio, caminaban encabezando el cortejo cuando llegamos ante las puertas de la iglesia, donde esperaban Suger y otros prelados, además de Bernardo y algunos de sus frailes, tan austeros en su vestimenta como el propio Luis.

»La celebración se alargó durante toda la mañana. He de reconocer que no me aburrí. Suger, como ya dije, había estudiado todo al detalle y los movimientos y actos de los clérigos resultaban tan majestuosos, arcanos y herméticos que las gentes colgaban el labio de pura atención y entrega. El abad, quien, siguiendo los consejos de Bernardo, vivía con gran austeridad, no escatimó en cambio medios “para mayor gloria de Dios” y, entre otros regalos, se apresuró a aceptar el vaso de oro que yo había regalado a Luis cuando el desgraciado asunto de Vitry. Yo misma se lo sugerí, asegurando que sería un buen medio para impetrar perdón por lo acaecido. Se apresuró a darme la razón; no le costó demasiado trabajo desprenderse de él, pues jamás se lo había visto usar, ni tan siquiera el día que se lo entregué, por simple caballerosidad. Poco a poco, y a pesar de mis esfuerzos, se iban desatando los endebles lazos que nos habían mantenido unidos.

—Olvidáis el asunto de la procesión, que tanto os irritó —recordó Blédhri, al tiempo que hacía algunas anotaciones.

—No, querido, no me olvido; ya me gustaría, ya. Me pareció tan grotesco que hube de apretar los puños para no acercarme a impedir semejante despropósito. Tú no te encontrabas cerca y no puedes imaginarte la escena. Iba a comenzar la procesión y las gentes se apretujaban a las puertas, impidiendo la salida de sacerdotes y obispos. Y Luis, en vez de ordenar a los guardias que abrieran paso, lo hizo él mismo, quizá para ver si su sola presencia bastaba para hacer camino, o quizá por llegar al colmo de la entrega de sí mismo, para que quedara bien claro su arrepentimiento. Cuando consiguió abrir una vía, después de algún codazo y empujón, que me hicieron

enrojecer de pura vergüenza, suplicó a los clérigos que cargaban con las reliquias de san Dionisio, que le permitieran acarrear a él también los relicarios. Como dijo Suger después, nunca se había visto una procesión más emocionante. Y seguramente fue verdad, porque las gentes, desbordadas por la actitud de su rey, no se atrevían ni a hablar. Igualito que yo, que para evitar gritar improperios, hube de apretar los dientes, en tanto profería insultos, haciendo que rezaba con rápidos movimientos de labios.

—¿Deseáis que comente el banquete que siguió, las limosnas a los pobres y los perdones que se repartieron ese día con generosidad? —inquirió Blédhri, cabeceando dubitativo—. Porque yo, desde luego, apenas recuerdo detalles.

—Tampoco yo, amigo, tampoco yo. Estaba demasiado preocupada por la pugna que me esperaba en cuanto las gentes comenzaran a retirarse. Al terminar el oficio religioso, repartí limosnas, panes templados y crujientes, cuencos de carnes cocidas con verduras, jarros de vino y leche, vestidos, mantas, botas, hasta algún apero de labranza, que sabes muy bien lo valorados que son, pero que se regaló a algún siervo que había destacado por no sé qué historias de obediencia y entrega. En ningún momento dejé de sonreír ni de agradecer las bendiciones de las gentes, pero mi cabeza andaba trabajando en las palabras y actitudes que serían convenientes para convencer a Bernardo, de quien yo sabía dependía que se levantara la excomunión, y que los hipos, lloriqueos y gemidos de mi penitente esposo pasaran a ser los actos de un hombre y caballero normal, pero al menos que se considerara perdonado y con él todos nosotros, para que pudiéramos disfrutar de la vida, aunque fuera un poquito, sin estridencias ni exageraciones, pero sin plañimientos y rezos a todas horas, como estábamos haciendo en los últimos meses.

—Os vi dirigiros al interior del monasterio, caminando un paso detrás del de Claraval —apuntó Blédhri, sabiendo que aquella situación no habría sido del agrado de la reina.

—Sí, decidí comenzar desde el primer momento con mi papel de pecadora arrepentida. Él tampoco hizo ningún amago de esperarme. Creo que disfrutaba con la situación, que le colocaba aún más alto de lo que estaba.

»Me hicieron entrar en una celda en la que sólo había una silla junto a un camastro; probablemente el dormitorio de Suger o alguno de sus ayudantes, ya que el resto de los monjes dormían en enormes habitaciones, en las que ardía una vela toda la noche para evitar tentaciones, no supe si con el fin de ahuyentar al demonio, o rehuir movimientos inadecuados de alguno de los pobres muchachos que vivían negando su cuerpo. El caso fue que Bernardo, alto, enjuto e imponente, se quedó parado en medio del cuarto, con las manos dentro de las mangas de su hábito y los ardientes ojos fijos en los míos que, y esto sí que te aseguro no era teatro, aleteaban asustados.

»Me invitó a hablar, dándose cuenta probablemente de que se me había secado la lengua. Tartamudeando, lo que me encorajinó al no ser capaz de mantener un continente digno, ante un fulano que yo sabía no era más que un hombre, reconocí

haber pecado e imploré humildemente perdón.

»Dulcificó su voz de trueno, satisfecho al parecer de mi actitud, aceptó el hecho de mis faltas y afirmó, lo que era aún más grave, que había inducido a otros a pecar.

»Entonces empecé a notar un extraño calor en el pecho, presagio de una explosión a todas luces inadecuada, dadas las circunstancias. Respiré hondo y traté de controlarme bajando los ojos para que Bernardo no pudiera leer en ellos la rabia que empezaba a quemarme el vientre.

»Me justifiqué, asegurando que había sido el amor hacia mi hermana lo que me había llevado a lograr la anulación del anterior matrimonio de su galán Raúl de Vermandois. Insistí en mi equivocación y pedí su mediación, así como la del abate Suger, para detener la guerra con el de Champaña y, si posible fuera, obtener el perdón de su santidad.

»El monje, agrandando los ojos en un fingido asombro, indicó que debía de haber un error, ya que había sido convocado para interceder con sus oraciones en la consecución de un heredero.

»Le aclaré entonces que ese era el motivo final y principal de todo, pero que mi esposo, comido por los remordimientos, no era capaz de ver sus obligaciones para con su pueblo.

»Cabeceó, plegando los labios en un gesto de obviedad, que cargaba sobre mis espaldas la obligación de lograr un heredero.

»Interrumpí su perorata sobre mis deberes, para insistir en que mientras Luis no se sintiera liberado de su pecado no acudiría a mí ni se ocuparía de los asuntos de Estado. Había dejado incluso la guerra en manos de su hermano Roberto... Bajando las pestañas, en una infinita entrega, le adulé al decir que sólo él podría liberar a mi esposo y lograr que volviera a vivir.

»Sin alterar su gesto, asintió, permitiendo que sus rizos rojos, que ya empezaban a clarear, bailaran alrededor de su rostro. El tema era peliagudo, afirmó, ya que debía conseguir el perdón del santo padre, asunto complicadísimo, según dijo. Luego tendría que convencer al rey de que ya había penado lo suficiente, para que regresara a la vida y, por último, interceder por mí, cosa que al parecer era lo más difícil, para que me quedara encinta.

»Como respondiendo a un arrebató, me arrodillé ante él porque me pareció que era lo que esperaba y deseaba, ya que en ningún momento me había mandado sentar. Le aseguré que había acudido a visitarle porque sabía que estaba más cerca de Dios que ningún otro hombre y que nadie podría ayudarme si él no lo hacía.

»Enseguida rechazó la posibilidad de abandonarme, ni a mí ni a cualquier otro que lo necesitara, pero, bajó un tanto la voz para seguir, ahora tenía un problema importante que le mantenía la cabeza ocupada. Calló, esperando probablemente a que le preguntara, pero no me dio la gana hacerlo; quise que pusiera también su precio sin facilidades.

»Al ver que no le daba la ocasión para lucirse, explicó, con un ligero malhumor,

que el santo padre valoraba la posibilidad de una nueva Cruzada, ya que le llegaban constantemente noticias de que los turcos pensaban sitiar Odessa. Era una de las primeras ciudades conquistadas y, además, se conservaban unas cartas que el mismísimo Jesús había dirigido a Abgar el Negro, rey de la urbe. La posesión de la plaza tenía, por tanto, un gran valor simbólico, pues se había convertido en la representación del empuje cristiano en Tierra Santa. También, continuó imparable mientras yo sentía las rodillas martirizadas por las piedras del suelo, estaba el asunto de los segundones de las grandes casas, quienes, ávidos de posesiones, no se detenían ante la extorsión y el saqueo, ni siquiera de abadías o cenobios; era necesario orientar su agresividad hacia otros lugares.

»Me apresuré a mostrar acuerdo, sin cuestionar el asunto de las divinas cartas, ignoro si por saber que no sería conveniente en absoluto o por las ganas que tenía de abandonar la humillante postura que me laceraba. A pesar de que imaginaba cuál sería el siguiente paso, afirmé, y eso lo hice convencida, que los Santos Lugares no debían ser hollados por herejes.

»Sin moverse del sitio, Bernardo apuntó la gran dificultad de involucrar a los reyes cristianos en el proyecto.

»Le aseguré que Luis lo aceptaría encantado, pues eso significaría para él la redención total. Alcé los ojos para mirarlo, deseosa de que me indicara que podía alzarme. En vez de eso, me contempló a su vez, mientras me preguntaba si yo también estaría dispuesta a involucrar a mis señores de Aquitania, sabedor de que sólo de mí dependían.

»Bajé la cabeza, evitando que leyera mis ojos, o que tal vez mis dientes se dispararan para morderlo sin piedad. Me estaba cobrando el favor a un alto precio. El papa nos perdonaría, Luis acudiría a mi lecho, la vida en la corte se normalizaría, pero yo habría de poner mis dineros y mis gentes a disposición de la Iglesia.

»Contemporicé, indicándole que mis vasallos pertenecían ahora a mi esposo, pero presionó sin piedad. Conocía, dijo, que los aquitanos toleraban a Luis, pero sólo a mí respetaban y obedecían. Directamente me preguntó si estaría dispuesta a ayudar a la Santa Iglesia. No daba lugar a dilaciones ni evasivas. Aquel era su precio por dulcificar mi vida; no iba a admitir regateos. Por unos instantes quise tener la esperanza de que tal vez nunca se pusiera sitio a Odessa o de que la ciudad resistiera o de que el papa no quisiera la Cruzada, o de que... Bien, el asunto era claro: o transigía o me resignaba a vivir en un convento los años que me quedaran de vida.

»Asentí, mirándolo desde el suelo, con convencimiento y entrega, asegurándole que mis tierras, mis hombres y yo misma estábamos y estaríamos siempre al servicio de la Iglesia de Jesucristo y de él, su digno representante. Las últimas palabras las añadí con rabia, queriendo dañar la falsa humildad de Bernardo, pero debí de conseguir el efecto contrario, porque alzó la cabeza, que hasta entonces había mantenido ladeada, y sonriendo abiertamente por vez primera, me tomó de los codos para ayudarme a levantar y, con absoluta seguridad, sentenció: “Buscad la paz del

reino, que Dios, en su misericordia, os dará lo que le pedís. Os lo prometo”.

»Debo admitir que me impresionó aquello de “os lo prometo”, dicho con tal infalibilidad. Me pregunté si aquel hombre era un gran comediante o realmente creía lo que decía y en esa creencia estaban su fuerza y su poder, capaces de fascinar a sus oyentes hasta el extremo de lograr cualquier cosa que se propusiera, no sólo para sí, también para los demás. —Aquí la reina se detuvo un instante y luego, encarando a Blédhri, con un tono completamente diferente del empleado hasta entonces, inquirió —: ¿De verdad crees, amigo, que algunos son capaces de influir de tal manera en el universo que pueden cambiar sus leyes?

—No creo que se puedan cambiar las normas básicas que marcan la vida, o al menos de momento no sabemos cómo, pero ya os he dicho en más de una ocasión que nuestra voluntad puede modificar el entorno de forma inexplicable. Este tema ha sido motivo de otros debates y sabéis que es largo e intrincado; dejadlo, si os parece, para que podamos acabar con el asunto de Bernardo, que tanto iba a influir en vuestra vida.

—Tenéis razón. No sé por qué, siempre acabo en el mismo debate. Se trata, en el fondo, de la muerte y la desaparición, o por el contrario, de la esperanza. Dejémoslo pues y sigamos con el pasado, que, os confieso, parece rejuvenecerme, haciéndome vivir de nuevo. Bien —quiso centrarse, cerrando los ojos y entrelazando las manos sobre el regazo, sin preocuparse de esconderlas en las mangas, como hacía habitualmente ante extraños que no debían ver sus venas hinchadas o sus arrugas, las cuales, por mucho que tratara con clara de huevo batida con mantequilla, vino y tomillo, no conseguía disimular—. Sigamos, pues.

—Al salir de allí, muy cerca, como por casualidad, me encontré a Suger. Estaba exultante, no parecía acordarse de mi entrevista, porque ni siquiera la mencionó; tal vez la expresión de mi rostro le habló de la victoria de su Iglesia. Lo que no podía imaginar entonces era que Luis también acudiría a las Cruzadas, cosa con la que él nunca estuvo de acuerdo.

CAPÍTULO 6

El viaje y los días continuaban tranquilos. El frío arreciaba y los berridos de los cerdos anunciaban la proximidad a las aldeas, ya que era la época de los sacrificios. Eso hacía que no faltaran provisiones para la caravana; el momento era de abundancia y las gentes vendían e incluso, recordando sus obligaciones, a veces regalaban el aprovisionamiento sin reticencias. Leonor aceptaba sus dones, pero se apresuraba a compensarlos de alguna forma, pues sabía que el invierno era largo y en todos los hogares había demasiadas bocas que alimentar.

—Señora —aquella noche Mercadier y el de Malemort mostraban a la reina el camino que restaba por recorrer hasta cruzar las montañas del sur—. Creo —apuntaba el mercenario, coreado por los asentimientos del arzobispo— que deberíamos detenernos en Dax unos días, para que repongáis fuerzas antes de viajar hasta Pamplona. Es un buen lugar de reposo. Está bien aprovisionado, porque tiene un lucrativo comercio y sus aguas serían beneficiosas para los cansados huesos de todos nosotros.

—Aquae Tarbellicae. —Entrecerró los ojos Leonor, recordando el antiguo nombre de la ciudad, cuando el propio Augusto y su hija Julia descansaron en el lugar. Con una leve sonrisa, agradeció a Mercadier aquello de «los cansados huesos de todos nosotros». A ver si resultaba que, además de un valiente estratega, su capitán era un delicado caballero...—. Sí, me gusta el lugar. Allí vivieron los tarbelles, antepasados de los aquitanos y de los que sólo algunos tenemos noticia. El apelativo de su clan dio nombre al lugar cuando los romanos llegaron. En fin. —Sacudió la cabeza la reina, queriendo dejar de lado aquellos recuerdos que sus maestros le hicieron un día aprender y que, creyéndolos ya olvidados, volvían a su mente con todo el frescor de la juventud—. Me parece muy bien parar en Dax, pero antes me gustaría pasar por Saint-Sever. Su abad se hace llamar Grégoire, aunque dudo que ese

sea su verdadero nombre. Alguien me dijo que quería recordar a Grégoire de Montaner, el gran hombre que gobernó la abadía en sus comienzos, durante más de treinta años, llenándola de construcciones hermosas y que extendió sus dominios hasta Pamplona. El abad actual no es gran cosa, pero se cubre, o pretende cubrirse, con el nombre de aquel otro, como el niño que, tapándose los ojos con sus manos, cree que nadie lo ve. Bien, en cualquier caso, hace unos años me prometió una reproducción de un libro que alguien trajo prestado de Liébana, y que fue escrito en el siglo octavo por uno de sus monjes, de nombre Béat. Es un bellissimo comentario sobre el Apocalipsis, que en aquel momento, antes de devolverlo, el abad Grégoire de Montaner quiso incorporar a su biblioteca y lo hizo transcribir. Cuando me lo enseñaron, ante mi admiración, el Grégoire actual, o como demonios se llame, en plan de gran señor, me hizo la promesa de ordenar una copia en su escritorio, para enviármela en cuanto estuviera lista. Desde luego no la ha hecho. Probablemente pensó que me distraería de mi capricho, ya que como todos comentan, o lo comentaban, soy una reina antojadiza y veleidosa. Yo olvidaría su ofrecimiento y, como además era más que probable que no regresara a su monasterio... —Leonor calló unos instantes. Sí, era tan vieja, que nadie contaba con ella más allá del momento presente. Alzó el mentón y dejó de lado su obsesión—. Pero, ya veis, la vida es imprevisible —quiso sonreír, para parecer contenta— y el tener buena memoria es importante. —Movi6 su dedo índice de forma admonitoria—. En fin, que deseo detenerme en Saint-Sever.

—Supongo que sabréis, señora, que eso nos retrasará al menos tres días —apuntó el arzobispo, quien no simpatizaba con los aires de grandeza y mucho menos con las enormes rentas del abad de Saint-Sever.

—Lo sé, Elías, pero a mi edad uno debe concederse los pocos caprichos que le queden, porque desgraciadamente ya no desea nada, o muy pocas cosas. Quiero ese libro y voy a ir a por él.

—Está bien, como deseáis. En un par de días estaremos en la abadía, así que enviaré por delante para que estén preparados —decidió el pragmatismo de Mercadier, arrancando una media sonrisa a la reina, quien cada vez apreciaba más su carácter resolutivo y carente de reparos cuando había que cumplir una orden.

La llegada a Saint-Sever fue tan protocolaria e impecable que Leonor llegó a pensar que el abad había evolucionado, «tal vez los años nos hagan mudar a todos...». Pero enseguida apartó la idea de su mente, su experiencia era que nadie cambiaba, en todo caso para peor, enconando sus defectos, defendiéndolos de críticas y detractores, hasta encontrar justificaciones imposibles a sus actos y creérselas realmente.

Todos los señores y damas de su séquito tuvieron estancias y lechos cómodos y hasta baños con cántaros de agua caliente que desentumecieron los músculos agarrotados. Las tiendas se montaron en la explanada próxima, ya que «así, las gentes podrán acercarse a las cocinas en cualquier momento que necesiten alimento o calor».

En la cena, el refectorio, barrido y fregado, sin restos de pajas o hierbas por el suelo, parecía iluminado por el sol, tal era el número de velas repartidas por doquier. Se habían colocado incluso manteles sobre los tablones que hacían las veces de mesas y por cada comensal había una copa, un cuenco y un cuchillo, además de la media hogaza de pan, que debía de haber sido horneada aquel mismo día, por el delicioso olor que emanaba.

Después de la oración del abad, comenzaron a servirse los alimentos, sabrosos y bien condimentados. Grégoire atendía solícito a Leonor, quien demoraba el instante de recordarle su promesa.

—He colocado a vuestro lado a María de Montfort. Es la esposa del señor de Dax y está bajo mi protección junto con su nuera —le explicaba el clérigo, con murmullos que obligaban a Leonor a prestarle toda su atención, si quería entender sus palabras—. Su hijo y heredero ha muerto y, aunque su nuera espera un vástago, el señor de Dax quiere descendencia propia, por lo que desea anular su matrimonio con María. Por eso está sentada a vuestro lado, sé que vos podéis ayudarla con vuestra experiencia, porque yo... —El abad calló un instante para luego continuar con la cabeza baja— a veces temo por su vida.

Leonor olvidó momentáneamente su libro y dedicó su atención a la dama que tenía a su derecha. Desde luego que la conocía pero, cuando al llegar se acercó a saludarla, apenas le prestó atención, convencida de que pasaba un tiempo de descanso y retiro en la abadía. Ahora la vio con otros ojos. Era una hermosa mujer de unos cuarenta años, edad excesiva para atraer las atenciones de cualquier hombre y mucho menos del padre de sus hijos. Su heredero había muerto y todo su poder en la casa de su esposo se había ido con él. Ahora, junto con su nuera, no era más que una vieja gruñona que conocía demasiado los vicios y defectos de su marido y, aunque su nieto estaba en camino, era una probabilidad lejana, ya que las muertes de los infantes eran tan corrientes, que no podía, de ninguna manera, fiarse una casa al vientre de una joven. El señor de Dax sabía que todo eso era cierto y había decidido aprovecharlo para librarse de María, metiendo en su lecho carne lozana que le diera nuevos hijos, los cuales traerían consigo el espejismo de una renovada juventud. Había solicitado de sus obispos un estudio de su árbol genealógico, para que hallaran un motivo que permitiera la anulación del matrimonio, pero parecía ser que no gozaba de muchas simpatías entre ellos, por lo que las protestas de su esposa habían llegado al papa, quien se había opuesto al divorcio.

Todos aquellos detalles los explicaba María a Leonor, después de la cena, cuando las dos mujeres, a invitación de la reina, se reunieron en los aposentos de esta última.

—Hube de salir del castillo de noche, disfrazada de paje, junto con Margarita, mi nuera, gracias a algunos hombres de mi hermano, el señor de Montfort, quien se enteró de la negativa del papa antes de que mi esposo la recibiera. Temió por nuestra vida y nos trajo aquí, porque le pareció que en casa no estaríamos seguras. Al parecer el capricho de volver a casarse es tan grande en mi marido que no le bastan las

mujeres que diariamente mete en su cama, quiere a todo trance nuevos hijos legítimos y eso sólo puede conseguirlo deshaciéndose de mí y desde luego de mi nuera.

Leonor escuchaba con aparente tranquilidad las cuitas de María, pero, en su interior, cada palabra de la mujer removía un dolor de los muchos que creía olvidados.

—Tal vez vos podáis hacer algo por mí, señora —suplicaba ahora la dama, arrodillándose ante ella.

Leonor, si la situación no hubiera sido tan dolorosa, tal vez habría reído. Sabía muy bien que, a pesar de sus cortes de amor y sus relatos de perfectos caballeros andantes, nadie, a no ser que sea en un juego, como en aquellas tardes de invierno en que se le presentaban juicios de amor que debía dirimir y que obligaban a los caballeros o damas a cumplir sus sentencias, nadie, ni siquiera una reina, puede hacer nada frente a los caprichos o decisiones de un hombre.

—Levantaos, señora —ordenó, llena de conmiseración—. Tal vez, si vuestro hermano entra en guerra, o el papa continúa defendiendo la causa, consigáis que el señor de Dax vuelva a recibirnos; si no es así, desengañaos, amiga, nadie podrá ayudaros. Aunque pase mucho tiempo, acabará librándose de vos, si no es de una manera legal, buscará otras. De todas formas, pienso detenerme en Dax, allí intentaré hablarle y tal vez, como señora suya que soy, me escuche, pero será algo temporal. No os fieis demasiado y antes de regresar al castillo, conseguid garantías que aseguren vuestro futuro y el de vuestro nieto. Pensad que de ahora en adelante siempre estaréis en peligro.

—Eso pensaba, pero conocí aquí a una dama que me hizo concebir esperanzas. Se fue poco antes de llegar vos. Creo que está haciendo el Camino de Santiago, o al menos eso dijo cuando llegó a la abadía.

—¿Una mujer sola en el Camino? —se extrañó la reina.

—Sí, a mí también me pareció muy raro, sobre todo porque era hermosa y muy joven, pero me explicó que sus acompañantes habían quedado en una casa del pueblo, porque tenían allí parientes. Ella no quiso crear problemas y se había llegado a la abadía. Era muy cortés y culta, aunque sus ojos estaban cargados de dolores contenidos; yo diría que se había criado en una gran casa. Quizá no debería haberla hecho partícipe de mis problemas, pero cuando uno siente un gran pesar, no puede por menos que echarlo fuera.

—Lo sé, querida, lo sé. A veces las emociones nos vencen. Tened cuidado con eso, no todos los oyentes, por buenos que parezcan, merecen serlo. Y ahora, si me lo permitís, quisiera retirarme a descansar. El día ha sido muy largo.

—Perdonadme, señora. —Se apresuró a levantarse la dama, inclinándose ante la reina—. He vuelto a dejarme arrastrar por mis emociones y no he pensado en vos, ni en lo fatigada que estaréis de un viaje tan pesado.

—No tiene importancia, María, y sabed que haré por vos todo cuanto esté en mi mano y si las cosas no se arreglan, siempre tendréis un lugar junto a mí, si así lo

decidís.

—¡Gracias! ¡Oh! ¡Gracias, señora! Vuestra generosa oferta me tranquiliza. Si no consigo defender mis derechos, viajaré a buscaros donde quiera que estéis.

—Tened cuidado con lo que decís, María —rio Leonor, para limpiar de presagios su pensamiento—. Tal vez, cuando vos os deis por vencida yo esté tan lejos que no podáis alcanzarme.

—Siempre podré alcanzaros, señora; ese lugar que invocáis es el único que me pertenece por entero y en el que ningún hombre, por importante que sea, puede mandar.

El amanecer sorprendió a Leonor dispuesta para el viaje. Antes se reunió con el abad y con María para tomar algún alimento.

—Deberíais descansar al menos un día más, señora —apuntaba el clérigo, casi untuoso, cuando Leonor se disponía a partir, haciendo que Mercadier lo mirara con un cierto asco.

—No puedo hacerlo, buen padre, asuntos importantes me esperan en Castilla. Me he detenido en vuestro monasterio con el único fin de recordaros vuestra promesa de hace algún tiempo.

—No la he olvidado, señora, y podéis estar segura de que en cuanto esté dispuesto os lo enviaré, porque estoy seguro de que os referís a la copia del código.

—Desde luego, señor, que a eso me refiero y debo deciros que me extrañan las largas horas de trabajo que han sido necesarias para su finalización y, ya que no puedo llevármelo, espero que, para mi placer, si no os importa, antes de partir, me gustaría ver cuánto ha sido realizado y cuánto falta. Porque, sabéis, padre, que no me sobra precisamente el tiempo.

—Querida señora, siento no poder complaceros, ya que en nuestro escriptorio nadie, y menos una mujer, puede entrar. Si anoche me hubierais comunicado vuestro deseo, habría ordenado el traslado del código para que pudierais contemplarlo, pero ahora sería imposible, puesto que los amanuenses están ya trabajando y no se les puede interrumpir.

—Sí que es de admirar, señor abad —se adelantó Mercadier, dominando con su estatura al clérigo, quien lo miró un tanto amoscado—, que respetéis de esa manera a los hermanos dentro de vuestro monasterio. Nunca, de no estarlo viendo, habría creído tanto miramiento hacia personas que son vuestros subordinados y que sólo esperan una indicación vuestra para obedecer.

—Cierto es eso que decís, pero si yo empiezo por no respetar las normas, ¿qué puedo pedir a los demás? —respondió, sonriendo beatíficamente Grégoire, desviando la vista hacia el arzobispo, quien bajó sus ojos, sin argumentos con que refutar al abad.

—Bien —cortó la reina, sin perder la compostura—. Entonces, para que el acto de entrega sea todo lo solemne que promete, dejaré hasta ese momento la donación que quería hacer al monasterio, así lo revestiremos de fiesta y rituales, que, ya sabéis,

encantan al pueblo. Gracias por vuestra hospitalidad. En cuanto tenga noticias vuestras, os diré en qué consistirá la ofrenda que tengo pensada.

—Como deseáis, señora —se inclinó el abad, con un ligero suspiro, indicando así que, aun en posesión de la verdad, había de plegarse a los caprichos del poder—. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto, pues bien sabéis que los gastos de la abadía son enormes. Las limosnas que hacemos...

—Lo sé muy bien, padre, así que, tal vez, para el momento de mi vuelta de Castilla, el códice esté dispuesto y podamos celebrar una gran fiesta, de la cual, por distintos motivos, nos beneficiaremos nosotros y las pobres gentes a las que vos debéis atender cada día. Hasta pronto —se despidió Leonor, sentándose ya en su carro—. No olvidéis que pienso estar de vuelta en primavera. Lo digo por si tuvierais que apremiar, siempre desde el respeto, por supuesto, a vuestros monjes, para que den por terminado su trabajo antes del buen tiempo.

—No os quepa duda, señora, de que estará acabado.

—Estoy segura, abad, estoy segura —cabeceó Leonor, mirando a una de sus mujeres, que dejó caer el tapiz, aislado el interior del carro del frío matinal.

Con los bosques de las Landas siempre a su derecha, siguiendo a tramos el curso del Adur, fueron acercándose hasta Dax, después de una parada en Montfort-en-Chalosse. Cuando avistaron las murallas de la ciudad, el ocaso se hacía con la tierra, avanzando rápidamente. Aún tuvieron tiempo de contemplar la caída del sol tras los muros del castillo, buscando las suaves ondulaciones cubiertas de bosques de pinos que se extendían hacia el sudoeste. No hacía demasiado frío aunque, en cuanto el astro desapareció tras los árboles, la temperatura descendió drásticamente, haciendo que los viajeros se arrebujaran en sus pieles.

Dax era un rico reducto que vivía de un activo comercio y de sus aguas termales, que atraían a enfermos del contorno, convencidos, desde hacía cientos de años, de que el líquido elemento de aquel lugar curaba casi todo.

En cuanto estuvieron dentro del castillo, junto a chimeneas crepitantes y copas de vino caliente, Leonor, después de los asuntos políticos, siempre presentes en sus viajes con los señores de sus tierras, se dejó conducir al comedor, apoyándose en el fuerte brazo de su vasallo, quien parecía encantado de su presencia en sus tierras. La reina, viendo sus arrumacos, dejó que fuera él mismo quien sacara el tema de su nuevo matrimonio, pues estaba segura de que pretendía conseguir su aquiescencia.

—Señora —decía el hombre—, si mañana estáis aún con nosotros me gustaría que presidierais una corte de amor, porque os aseguro que tenemos asuntos más que suficientes para someterlos a vuestro justo criterio.

—Siento no poder complaceros, amigo. Aunque necesite descansar un par de días en vuestra casa, no podré dedicar tiempo a juegos; estoy demasiado fatigada. Si me quedo será para reposar exclusivamente; de todas maneras, si hay algún problema en que pueda ayudaros, no es necesario montar toda la agotadora parafernalia de las cortes; puedo hacerlo en privado, en unos momentos, con la persona indicada o

necesitada.

—El necesitado soy yo mismo, señora —concretó, ayudándola a sentarse en el sillón principal, cediéndole su puesto en la mesa, evitando a Pedro, quien caminaba detrás, dispuesto a apoyar a su señora. Quedó el chico relegado y mohíno, al no poder demostrar su dedicación, que parecía ser su única razón de vivir en los últimos tiempos.

—Pues decid, señor. —Se inclinó hacia su anfitrión la reina, en un gesto que parecía ser de interés, pero que lo único que expresaba era su deficiencia auditiva.

—Sabéis que mi hijo murió hace unos meses —informó con la cabeza baja, al tiempo que hacía un gesto a su mayordomo para que empezara el ágape.

—Lo supe y lo sentí mucho. De todas formas, dentro del dolor, también sé que su esposa espera un hijo, lo cual asegura vuestro linaje y espero sea para vos un consuelo.

—No puedo engañaros, señora —negó él, categórico—. Que mi nuera espere un hijo me hace feliz, pero al igual que yo, vos sabéis lo difícil que es conseguir hacer crecer a un infante. Yo no puedo apoyar el futuro de mi casa en un nonato. Necesito volver a engendrar y mi esposa es una mujer mayor y...

—Estoy de acuerdo en que es bastante improbable que un solo vástago dé seguridad a una casa, pero lo que no me parece problema es que vuestra esposa, que creo recordar aún es joven, pueda daros otros hijos.

—Os aseguro que lo he intentado y ha sido imposible —aseguró el hombre, desviando los ojos hacia uno de los rincones de la estancia, donde varias jovencitas reían—. María se ha secado y yo necesito un heredero.

—En ese caso, yo os aconsejaría aguardar al nacimiento de vuestro nieto. Sabéis que, en muchos casos, ese momento es decisivo para la vida de los pequeños. Si ocurriera alguna desgracia, Dios no lo quiera, tendríais argumentos a vuestro favor y además durante ese tiempo podríais volver a intentar preñar a vuestra esposa; puedo afirmar que a veces se producen sorpresas muy agradables, aunque la edad ya no sea la más apropiada.

—El tiempo corre en contra mía. —Se removió inquieto en su sillón—. Por las cuentas que lleva mi madre, debo de tener más de cincuenta años. Quiero un hijo ahora y no dentro de un año, que, a lo peor, no estoy ni siquiera en este mundo...

—No veo motivos de peso para que consigáis el divorcio, amigo —decidió Leonor, cambiando su tono persuasivo de momentos antes por el autoritario con el que siempre se dirigía a sus subordinados—. Es más, si de mí dependiera, no os lo concedería sin haber dado un plazo conveniente al asunto. Pensadlo y esperad; no os obcequéis, la cabeza caliente da malos consejos y no digamos si la calentura se centra en otra parte del cuerpo —quiso suavizar su mal humor de momentos antes con una broma, pero apenas consiguió una sonrisa de compromiso en su anfitrión, quien bajó los ojos a su pedazo de jabalí, apartándolo de sí con un cierto asco. Alzó luego la cabeza, buscando el rincón de las jóvenes. Leonor siguió su mirada y sus ojos cegatos

le mostraron entre el hermoso grupo una sonrisa que le resultó familiar pero que no supo situar. Pensó que quizá se trataba de la hija de alguno de sus señores, que le habría sido presentada y que ya habría olvidado. A su lado, el arzobispo se dedicaba a su pedazo de carne, bromeando con el clérigo que tenía a la izquierda, empeñado en mostrar que no había oído en absoluto las cuitas del señor del castillo, enterado como estaba ya de la oposición de sus obispos y del propio papa. Tampoco él daba señales de haber reconocido a nadie de los presentes y mucho menos en el grupo de muchachas que, Leonor estaba segura, habría inspeccionado a fondo nada más entrar. Incluso Mercadier, que, aunque fingiera comer, siempre estaba alerta, parecía tranquilo, y Pedro, aún taciturno, no perdonaba su ración, la cual desaparecía sistemáticamente entre sus dientes, siguiendo el ritmo de sus mordiscos.

La cena transcurrió lenta y pesada. El señor de Dax apenas habló y Leonor dedicó su atención a Elías, quien parecía haberse evadido por completo del asunto de la nueva boda. Bromeaba constantemente con el clérigo, haciendo reír a la reina, la cual apenas comía, deseando intensamente que aquella sentada acabara para poder acostarse.

Cuando llegó el momento de retirarse, mientras salía de la estancia, apoyada ahora en Pedro, ya que el señor del castillo se limitó a despedirla con una reverencia, dirigiéndose enseguida hacia las muchachas del rincón, volvió a desviar su mirada a las jóvenes. Y de nuevo aquella sonrisa tan familiar...

—¿Conoces a alguna de las damas? —preguntó a Pedro, quien las miró interesado.

—No, señora, a ninguna.

—Bien, llévame al cuarto.

Leonor se dejó acostar, abandonándose a su cansancio, con la esperanza de conseguir un sueño reparador, pero las horas fueron pasando y el deseado olvido no llegaba.

—¡Ágata! —llamó, susurrando casi para no despertar al resto de las mujeres. Pero la niñera de sus hijos, quien después de la muerte de Ricardo, a pesar de la casa con que la había obsequiado en Devonshire, no se separaba de su señora en ningún momento, dormía pesadamente. Por un instante la reina envidió aquella respiración profunda, que indicaba que la mujer estaba muy lejos de allí, a salvo de preocupaciones, inmersa en un completo olvido—. ¡Ágata! —llamó de nuevo, alzando el tono. Ahora sí que consiguió que el sueño se alterara, pero sólo durante unos segundos; enseguida volvió a hacerse con la mente, y el rostro, que se había perturbado, se relajó de nuevo—. ¡Ágata! —chilló ahora Leonor, realmente enfadada, sin poder comprender por qué algunas gentes dormían de forma casi ofensiva y a otras les resultaba imposible.

—Sí, señora. —Se levantó instantáneamente la mujer, golpeándose en la tibia contra el lecho de la reina, lo que le hizo lanzar entre dientes reniegos sin cuento—. ¿Qué deseáis? ¿Una tisana, tal vez? ¿O preferís levantaros y rezar o leer o...?

—Tráeme una infusión de espino albar; ese maldito mujeriego ha conseguido ponerme tan nerviosa que hasta me ha alterado el corazón. Porque —razonó casi para sí— si es cierto que su esposa ya no puede concebir, tiene toda la razón para querer asegurar su descendencia, pero ella no me dijo nada de eso, y a mí, viéndola tan lozana, no se me ocurrió preguntarlo. Casi estoy segura de que lo que le ocurre es lo mismo que a todos, que está harto de ella y desea carne nueva.

—No deberíais preocuparos tanto por la gente —rezongó Ágata—. No es vuestro problema; dejad que lo resuelvan ellos.

—¡Claro que es mi problema! —saltó Leonor, enfadada—. Todo lo que ocurre en mis tierras es mi problema. ¿Te imaginas que la muchacha elegida no convenga a mis planes? Que no es que los tenga en este momento —hesitó, descolocada; le extrañó carecer de proyectos, cuando antes siempre tenía alguno—, pero podría tenerlos en el futuro y entonces... —Calló, dándose cuenta de que el rey era su hijo, a pesar del convenio en que a la muerte de Ricardo le aseguraba la posesión del Poitou y en el que Juan le prometía ser la dama de todas las tierras y también de su propia persona. Ella conocía muy bien su inestabilidad. No negaría que, en su momento, cuando oyó de sus propios labios aquellas palabras que el escribano Ranoul se apresuró a escribir, tan dolida como estaba por la muerte de su querido Ricardo, sintió llenarse sus ojos de lágrimas y hasta llegó a pensar que tal vez Juan la amaba, pero aquello había pasado y no quería engañarse; sus decisiones, si es que tomaba alguna, cosa que empezaba a dudar, deberían pasar por la criba del rey. Bebió la copa que la mujer le tendía, devolviéndosela, brusca—. Está visto que tendré yo misma que ponerme la miel; cada vez echáis menos y todo sabe más amargo.

—La próxima vez lo endulzaré más, señora —aceptó Ágata, sin explicar que el brebaje estaba casi espeso de la cantidad de miel que llevaba. Sabía muy bien que a la reina no le gustaba que nadie le recordara que sus sentidos decaían.

Las dos mujeres tornaron al lecho y, primero Ágata y luego Leonor, se entregaron al descanso. La primera, sin resistencias, la segunda con miedos indefinidos, confusos, pero profundamente oscuros.

—¡Señora, señora! —Alguien conocido la llamaba, pero Leonor, inmersa en su sueño, se negaba a salir, consciente de la dificultad que tendría para volver a dormirse. Pero la voz insistía. Desde luego, como el asunto no fuera muy, pero que muy serio, mandaría azotar a aquella pesada que insistía en despertarla.

—Señora, escuchad sólo un momento. Lo que tengo que deciros os alegrará y luego descansaréis mejor.

Leonor abrió los ojos, decidida a gritar a la intrusa, pero la voz se le atascó en la garganta. Ante ella, más hermosa que nunca y, como siempre, rodeada de mujeres profundamente dormidas, estaba Brianda.

—¿Qué hacéis aquí?

—Justicia, señora. He venido para hacer justicia.

—¿Justicia, decís?

—Eso he dicho, sí. He venido a matar al señor de Dax.

—¡Estáis loca o yo sigo soñando! —dudó la reina, frotándose los ojos.

—De las dos cosas algo hay. Pero dejadme que os explique. María de Montfort, en la abadía de Saint-Sever, me contó sus cuitas. Vos, al igual que yo, sabéis muy bien que su vida y la de su nuera peligran, o mejor dicho peligraban. Por lo visto su esposo andaba contando que deseaba un hijo propio. No eran esas sus razones, como vos habéis intuido. Su esposa podía darle otros hijos, pues aún era joven, lo que él quería era la libertad para elegir de nuevo e imaginar que, a través de otra esposa, una niña, estoy casi segura, recuperaría la juventud perdida. Es lo de siempre, señora, y vos lo conocéis, e incluso lo habéis experimentado en vuestras propias carnes, como todas las mujeres. No me fue difícil conseguir que el castellano me invitara a su cama. Dos noches pasé con él, ganándome su confianza y enseñándole a retozar y disfrutar de algunos juegos prohibidos, en los que, extrañamente, nadie lo había iniciado; claro que, considerando que su gran afición eran las vírgenes, poco o nada podían haberle enseñado. Descubrió, entre otras cosas, que a él, quien se ha pasado la vida matando y torturando, le encantaba que lo ataran y lo azotaran. En fin. —Se calló un momento, como dudando; luego se decidió—: No quiero entrar en más detalles que los relevantes para aclarar el caso que nos ocupa. He de decir a su favor que al principio no aceptó los juegos con demasiada alegría. Aseguraba que si estaban proscritos por la Iglesia, debía de ser porque tenían algo que ver con el Maligno. Pero claro, eso sólo fue hasta que me dejó hacer. Cuando el grado de placer fue tan alto que le nubló el cerebro, se olvidó enseguida de las condenas y disfrutó como nunca lo había hecho, según él mismo aseguró. El asunto es que no le bastaba la noche, andaba buscándome por todo el recinto, incluso durante el día. Claro está que yo no me dejaba ver y procuraba reservarme para que el jueguito no perdiera interés, y puedo aseguraros que lo conseguí plenamente. La primera noche había en su cama tres jovencitas, a las que poco a poco fue haciendo salir, y anoche él mismo dijo a sus chicas que deseaba dormir y que no lo molestaran hasta el amanecer. Nadie me vio entrar en sus aposentos. Ya sabéis que maña tengo para eso... En fin que disfrutó lo suyo, hasta que, en lugar de una suave mano pringada de sebo, le penetró las entrañas un atizador al rojo que lo sorprendió de tal manera que, cuando quiso moverse, ya le era imposible. Era largo y procuré que entrara muy profundamente, por lo que la muerte se produjo casi al instante. Podéis estar segura de que apenas sufrió, pues aproveché el momento en que su placer estaba estallando. No hay cicatriz externa porque separé muy bien las carnes, antes de introducir el hierro al rojo. Fue rápido y limpio. No os asombréis tanto —casi riñó a Leonor, quien la miraba con los ojos dilatados de aterrada fascinación—. Sabéis que este método ya se ha empleado alguna vez y os aseguro que tampoco esta será la última. Nadie lo notará y su esposa y su nieto podrán regresar al señorío que les pertenece por derecho. Y ahora, perdonad que me vaya; el amanecer está a punto de llegar y para entonces debo estar lejos de aquí. Adiós, señora, seguid durmiendo, ya tenéis un problema menos.

Leonor, despavorida, se sentó en el lecho. Nadie estaba junto a ella y sus mujeres respiraban con placidez. Tomó su cabeza entre las manos y pensó que tenía alucinaciones y, cosa extraña y casi demoníaca, con la misma persona. Había visto ancianos ignorar su nombre o desconocer a sus hijos, pero no tenía noticia de que vieran personas que no estaban realmente a su lado, aunque, si a veces departían solos, era más que probable que lo hicieran con alguien invisible para los demás. Decidió no hablar del asunto, al menos de momento; los que la rodeaban estaban más que informados de lo anciana que era y no entendía muy bien por qué, últimamente, los jóvenes parecían no respetar a sus mayores como siempre habían hecho; se callaría, o dejaría de ser la reina. Si su cabeza comenzaba a desvariar sería mejor que nadie lo supiera hasta que no hubiera otro remedio. Por otra parte, discurrió, mucho había influido en ella aquella extraña joven. Quizá debería mandarla buscar y enterarse de los poderes que parecía tener; o tal vez hacer todo lo contrario, intentar olvidarse de ella, pues estaba claro que su recuerdo no era precisamente placentero. «¡Dios, qué espantoso sueño!», pensaba mientras se dejaba deslizar de nuevo entre las calientes pieles. Procuraría dormir de nuevo o al día siguiente no estaría dispuesta para viajar.

Cuando, antes de amanecer, Ágata despertó a Leonor, contrariamente a lo habitual, le costó trabajo conseguirlo. Como ella había ordenado la noche anterior, las mujeres ya se habían levantado. Fuera se oía una extraña bulla y desorden, nada habitual a aquellas horas por las estancias y pasillos cercanos a los aposentos. Sí que a todas les extrañó, pero nadie comentó nada, ya que aquella mansión no les pertenecía y era muy posible que sus formas de organización fueran diferentes a las suyas, o tal vez el señor tuviera prevista una cacería y eso siempre alteraba la vida desde muy temprano. Vestidas y preparadas ya para la marcha estaban cuando el capitán solicitó permiso para hablar con la reina.

—Buenos días, Mercadier. —Casi sonrió ella, que empezaba a apreciar a aquel hombre, tan despiadado como eficiente—. Si tenéis todo dispuesto, nosotras también lo estamos; podemos partir.

—Me temo, señora, que hoy no va a ser posible. —Se inclinó el hombre, sin contestar a su saludo.

—¿Qué ocurre tan importante para que nos retrase?

—El señor de Dax ha muerto —lanzó el hombre, sin alterar su tono, frío y distante.

—¿Qué decís? —dudó Leonor de haber oído bien.

—Que ha muerto, señora. Alguna de sus muchachas lo ha encontrado cadáver, cuando acudieron a su lecho al amanecer.

—Entonces sucedió al acostarnos. Tal vez la cena... —dudó ella—. Pero no, me fijé en que apenas comía y... ¿Lo han asesinado? —dedujo, acordándose de los hombres de su cuñado, que no era la primera vez que entraban en el castillo sin que sus guardias se enterasen.

—No parece ser así, señora. Al menos, el cuerpo no presenta ninguna herida, ni manchas de veneno, ni rojeces, ni ningún tipo de excoiación, y os aseguro que sus médicos lo han inspeccionado a fondo. Parece ser una muerte natural. Su madre asegura que el padre murió de igual manera mientras dormía. Su hermano os espera para hablar con vos. Me temo que, a falta de herederos vivos, pretende hacerse con el mando, apoyado desde luego por la madre, que apenas se sostiene en pie, pero que tiene una cabeza rauda, dinámica y eficiente.

—Pero eso no es posible, mientras la nuera del difunto esté embarazada —adujo Leonor, empezando a notar que se enojaba innecesariamente, porque, mirándolo bien, ¿qué le importaba a ella que mandaran unos u otros, siempre que no dejaran de pagarle sus impuestos? Sería hasta cómodo que fuera un adulto el que se encargara del feudo, porque en las minorías siempre había conflictos, a no ser...—. Bien —decidió, enérgica—. Enviad a buscar a María y a su nuera. Avisad al señor de Montfort; decidle que venga inmediatamente con sus hombres, dispuesto para un enfrentamiento armado, si fuera necesario, y mientras traedme al hermano y a la madre del difunto.

Al poco, Mercadier y Elías, con Pedro sosteniendo a una vieja encorvada, seguidos de un hombre de poco más de cuarenta años, alto y bien parecido, y varios clérigos, entraron en los aposentos de la reina, quien los recibió, apoyada en Blédhri, con su cara de funerales. Los abrazó y consoló, aunque sabía muy bien que, excepto a su madre, quien podía ver peligrar su situación en el castillo, a nadie interesaba la muerte del señor, más que en tanto en cuanto podía significar un cambio de vida, que en algunos casos podía ser positivo y en otros, como en el caso de la anciana, si su segundo hijo no tomaba el mando, sería nefasto.

—Sé que este es un difícil momento para todos nosotros —afirmó Leonor con los ojos bajos y la voz contrita—, pero también sé que todos queremos lo mejor para las tierras y los hombres que gobernamos. Antes de que yo os transmita mis decisiones al respecto, me gustaría que vosotros me hicierais llegar inquietudes o ideas que tengan que ver con el asunto que nos ocupa. Decid, señora —invitó, alzando los ojos para encarar los afilados rasgos de la anciana.

«¡Dios! —Se dolió la reina, sin oír el protocolario saludo con el que la vieja comenzó su discurso—. ¿Será ese horrible aspecto el que todos ven en mí?».

—... es por eso que creo que mi segundo hijo debe ocuparse de la heredad...

«Parece una bruja, encorvada y sucia —pensaba Leonor, entrecerrando los ojos para percibir los detalles—. Pobre Pedro, tener que soportar su olor mientras la ayudaba a caminar, porque estoy segura de que huele a orines y excrementos, no hay más que ver sus párpados llenos de legañas para imaginar cómo estará el resto de su cuerpo... ¿O eso que tiene alrededor de las pestañas no son legañas? ¿Son tal vez verrugas? ¿Y los pelos del bigote? ¿Es que ninguna de sus mujeres tendrá unas pinzas para arrancárselos? ¿Cómo estarán sus cabellos bajo las tocas? Llenos de piojos, claro; no hace más que rascarse».

—Creo, señora, que como ya habéis dado vuestra opinión, será mucho mejor que os retiréis a descansar. Hoy es un día terrible para vos y vuestra edad no aconseja que os sometáis a desgastes innecesarios.

—¡Oh! No os preocupéis por mí —aseguró la anciana—. Me encuentro perfectamente.

—Me alegro muchísimo de que así sea, pero creo que en estos momentos las mujeres de la casa se han hecho cargo del cadáver de vuestro hijo y las normas dicen que deberíais estar presente, así que deseo... Vos no, Pedro, os necesito aquí —ordenó al sufrido muchacho, quien ya se levantaba para ayudar—. Alguno de vuestros clérigos puede conducirnos y también confortaros en este difícil momento. Lleváosla de aquí —conminó, tajante, dirigiéndose al grupo de monjes que se amontonaban en una esquina de la estancia. Hubo entre ellos miradas y ligeros empujones hasta que la voz de la reina volvió a oírse, ahora sin tono de apremio, sólo rasposa—: Ahora.

Varios monjes se apresuraron a tomar a su ama, quien obsequió a Leonor con una torva mirada, y a sacarla, casi en volandas, de la estancia.

—¿Y bien, señor? —Se dirigió ahora la reina al hermano pequeño del señor de Dax—. Os agradecería que comenzara por recordarme vuestro nombre, mi memoria ya no es lo que era. —Quiso disculparse con una suave sonrisa, que escondía la falsedad de sus palabras. Nunca había sabido el nombre de los segundones porque no tenía ningún interés para el cobro de sus impuestos.

—Mi nombre es Felipe, señora —contestó el hombre, poniendo su rodilla en tierra.

—Alzaos, amigo —concedió ella—. Tenéis nombre de rey. Es una pena que os hayáis equivocado de familia. —El aludido no sonrió; Leonor no supo si fue incapaz de captar la broma, o si no la entendió como tal. En todo caso pensó que debía andarse con cautela; quizá fuera más listo de lo que imaginaba o mucho más interesado—. Bien, aguardo vuestros motivos, si es que los tenéis.

—Señora, mi hermano esperaba licencia para divorciarse de su esposa y poder dar herederos legítimos a nuestra casa. Yo ya tengo esos herederos. Creo que lo lógico, dado lo intangible de la solución actual, sería que yo tomara el mando y mis hijos fueran la continuación de la heredad, como, por otra parte, vos misma habéis hecho con el rey Juan.

—En primer lugar, Felipe —contestó Leonor, obviando el comentario del segundón, quien no fue consciente de hasta qué punto se había equivocado al hacerlo—, vuestro hermano tenía una esposa en edad de procrear, por lo cual sus razones de repudio no eran válidas. En segundo lugar, su nuera está embarazada y esa no es una solución intangible, como acabáis de apuntar; yo he tocado su vientre y os aseguro que es muy tangible y además se mueve con brío, por lo tanto, el heredero legítimo está vivo y dentro de unas pocas semanas lo tendréis en vuestra casa, que es la suya.

—¿Debo entender, señora, que apoyáis al nieto de mi hermano y apartáis a mis

hijos?

—Esa es mi idea, sí —cabeceó suavemente Leonor, rubricando sus palabras y su venganza de un advenedizo que se atrevía a compararse con ella.

—Bien, en ese caso, debo deciros que mis hombres tomarán las tierras y el castillo por la fuerza.

—Sabéis que no voy a cruzarme de brazos; mi escolta, que está acampada fuera de las murallas sólo aguarda una orden para intervenir.

—Lo esperaba, señora, por eso he distribuido mis tropas en dos secciones: una, la que ayer llegó conmigo, dentro del castillo, y la otra, fuera, rodeando vuestro campamento. Y no culpéis a vuestros capitanes —disculpó, captando la rápida mirada de Leonor hacia Mercadier—. Mis hombres acaban de llegar desde mi casona de Soustons, y ni siquiera se han mostrado. Esperan mis órdenes apostados cerca de vuestras tiendas, pero su perfecto conocimiento del terreno les ha permitido no ser avistados. Sé también que habéis hecho llamar al señor de Montfort, quien acudirá, sin duda, para apoyar a su hermana, de modo que, me temo, esta será una buena batalla.

—¿Qué queréis, Felipe? —quiso concretar la reina, quien no estaba dispuesta a perder un mes en un asunto que no le importaba demasiado; es más, si decidía permitir a Felipe tomar el mando, le exigiría a cambio impuestos mucho más altos que a su hermano, por lo que saldría claramente beneficiada. De todos modos no podía ponérselo fácil; lo importante era mantener la autoridad.

—Ya os lo he dicho, señora.

—Sí, lo habéis hecho, pero convendréis conmigo que gobernar unas tierras y a unos campesinos con la oposición de la Iglesia y de vuestro señor natural va a ser una tarea poco menos que imposible. Yo os ofrezco una alternativa. Tendrías todo el poder durante la minoría de edad de vuestro sobrino nieto, pero si llega a vivir él será el futuro heredero.

—Esa solución no lleva consigo «todo el poder», puesto que dejáis fuera a mis hijos.

—El tiempo del desarrollo de una persona es largo y pueden ocurrir muchas cosas —musitó Leonor, mirando directamente a los ojos de su oponente.

—Pero —dudó él, sopesando la proposición que iba a ahorrarle gastos y esfuerzos — he hecho promesas a mis hombres; perderé credibilidad si cedo inmediatamente.

—No lo hagáis. Proponed un torneo con uno de mis caballeros. Si ganáis, vuestro será el predio, si perdéis lo gobernaréis durante la minoría de edad del heredero. Y si en ese tiempo ocurriera alguna desgracia, Dios no lo quiera, vuestros hijos serían los herederos. Pero, creedme, aunque ahora os parezca que conseguir el título y la herencia para vuestros descendientes es lo mejor que os puede pasar, os aseguro que en el futuro lo único que os dará serán problemas; pero, en fin, eso tendréis que experimentarlo en propia carne, ahora no creo que alcancéis a entenderlo.

»Bien. ¿Qué os parece la solución del torneo? Eso os salvaría el honor y tendríais

el respeto de vuestras gentes, ocurriera lo que ocurriera. Pero, si aceptáis, la lucha deberá hacerse lo más tarde mañana al mediodía. Así, al ocaso, firmaremos los documentos pertinentes y pasado mañana, al amanecer, partiré. Este asunto ya me está demorando demasiado.

—Está bien, señora. Acepto. Pero yo mismo elegiré al caballero con el que mediré armas.

—De acuerdo, pero no ha de ser ni menor de dieciocho años, ni mayor de cincuenta, y siempre que el elegido esté de acuerdo.

—Bien, pues creo que ya lo tengo —declaró casi con triunfalismo Felipe, mirando con intensidad a Pedro, quien apoyado en su lanza, ajeno a la conversación, perdía sus ojos en las losas del suelo—. Quiero a ese joven de ahí; lo he visto comportarse muy noblemente con mi madre, de modo que espero que su forma de lucha sea igual de magnánima.

Leonor y Elías se volvieron al tiempo con la alarma en los ojos. Allí, sin ser aún consciente de haber sido elegido para la pelea, Pedro, dentro de su nube de melancolía, soñaba.

—No —negó, rotunda la reina—. Pedro, no. Es demasiado joven.

El aludido, al escuchar su nombre de labios de Leonor, volvió a la realidad y su mente, en un instante, le informó de todo lo hablado y que, llevado por su tristeza, había pasado por alto.

—Señora —se adelantó el joven—, habéis dicho que el elegido habría de tener dieciocho años; yo estoy a punto de cumplir diecinueve. Os suplico que me permitáis luchar. Quizá sea esto lo que estoy necesitando para hacerme perdonar por vos y para perdonarme yo mismo de esas cosas que me atormentan.

Leonor volvió la mirada al arzobispo. Lo vio ansioso, pero al encontrarse con sus ojos, su cabeza asintió imperceptiblemente.

—Está bien, que así sea. Comenzad ahora mismo con los preparativos —ordenó—. El encuentro será mañana al mediodía.

Desde ese momento, el castillo fue, todo él, una vía para desplazamientos veloces. Cada persona tenía una tarea que desempeñar y se ajustaba a ella sin demora, pues sabía muy bien que de su trabajo dependían muchos otros. El montaje de un torneo debía anunciarse con semanas e incluso meses de antelación, enviando heraldos con invitaciones a señores que acudían a lucir sus habilidades, o para que los segundones de las casas, cuyo entretenimiento e ingresos dependían en parte de los premios conseguidos en las justas, tuvieran tiempo de acercarse al lugar. Pero en este caso el enfrentamiento sería entre dos caballeros, aunque Leonor sabía que, una vez montada la palestra, muchos de los hombres presentes no iban a resignarse a ser meros espectadores.

A pesar de la rapidez con que hubo de organizarse, el castillo se engalanó con gallardetes y colgaduras e incluso la ciudad lucía los mejores mantos, ramos y enseñas que fueron capaces de encontrar en tan pocas horas. Enseguida se cercó el

óvalo de la liza, se colocó la valla central y las tribunas para los espectadores. En el centro, cubierta por pieles para evitar en lo posible los vientos, y con los asientos forrados de almohadones, se situó el espacio que ocuparían la reina y sus damas, además de algunos miembros del clero, quienes, a pesar de estar en contra de los torneos, hasta el extremo de negar en muchos casos sepultura en tierra sagrada a los muertos en la liza, acudían, disimulando su entusiasmo, a la gran fiesta de las armas.

Los escudos de los contrincantes se colocaron apoyados en soportes levantados al efecto, para que todos pudieran conocerlos y saber de la importancia de sus casas. Como la reina había supuesto, muchos de los caballeros presentes se apresuraron a presentarse para el juego de armas que les daba ocasión de lucirse ante sus damas y medir fuerzas con sus rivales.

Aquella tarde, cuando Leonor se retiró a descansar a sus aposentos seguida de Blédhri y sus mujeres, ya estaban elegidos incluso los jueces que examinarían las armas, tomarían los juramentos y adjudicarían el lugar a cada caballero, y también el rey de armas, el cual era el encargado de anunciar a cada contrincante.

—Señora —demandó Blédhri, en tanto ayudaba a su reina a sentarse en un sillón mullido con espesos cojines—. ¿Deseáis continuar con los recuerdos para que podamos seguir escribiéndolos o preferís descansar? Hoy ha sido un día pesado y supongo que estaréis agotada.

—Cierto es que me siento fatigada, pero cuando hablo del pasado me ocurre algo extraño, parece que olvido mis achaques actuales y vuelvo a ser la mujer que evoco para vuestros escritos. —Se calló un momento, en tanto hacía un gesto vago, señalando la mesa donde Josselin y Blédhri ponían orden—. Además, mi experiencia actual me hace comprender decisiones que tomé y que en aquel momento ni yo misma entendí.

»Efectivamente, como Bernardo había prometido —continuó como si nunca se hubiera detenido—, quedé encinta y nació mi hija María. No fue el heredero que Luis deseaba, pero al menos demostraba que yo no era estéril, como ya rumoreaba toda la corte.

»En las fiestas de la Pascua subimos a la colina de Vézelay, entrando por su parte oeste, que es la única accesible. Seguimos el sendero del alcor, ahora convertido en amplio camino, hasta alcanzar, en lo alto, la abadía que guarda los restos de María Magdalena, traídos, dicen, por Badilon. Hube de prometer a Bernardo que acudiríamos acompañados de todos los señores. Quería convencerlos, como ya había hecho en privado con Luis, de la conveniencia de la Cruzada, pues ya sabíamos de la caída de Odessa. Las colinas estaban plagadas de gentes que habían acudido a oír al de Claraval. Eligió para situarse la parte noreste del monte, donde sus palabras debieron de santificar hasta el suelo, ya que se habló de construir allí mismo una iglesia. Su sermón fue tan apasionado e intenso que en algunos momentos llegué a temer por su vida. Bueno, esto es una manera de hablar, porque el monje no me importaba nada en absoluto —aclaró, riéndose entre sus escasos dientes—. No

recuerdo cuáles fueron sus palabras, lo que sí te digo es que logró encandilar a muchos de los presentes, sobre todo a “la plebe y a las masas”, como luego escribió Guillermo de Tiro, y también a muchos de los barones y, según se dijo después, su discurso acabó de convencer al propio papa, quien andaba dudoso de que la empresa fuera necesaria o siquiera conveniente. Pero, desde luego, Bernardo sabía hablar y seducir. Tantos fueron los que abrazaron la cruz aquel día que no hubo distintivos para todos y hubo de improvisarse cruces con pedazos de tela de vestidos y enaguas.

—Sí —cabeceó Blédhri, perdiendo los ojos más allá de los muros que los rodeaban—. Yo sí que recuerdo algunas de sus palabras, pintando los sufrimientos y las hambres de los cristianos que penaban en manos de los turcos, asegurando además que no faltaría ayuda de lo Alto y eternas recompensas y perdón de los pecados, fueran los que fuesen, para los que se alistaran. También, yo entonces, al igual que vos en Saint-Denis, me asombré de la seguridad de aquel hombre que pretendía hablar por boca de su Dios. «Como piensa en su corazón, así es él», dijo Salomón y aquella mañana sentí que el fraile tenía enorme poder sobre el universo, y no este sobre él. Esa es la facultad de los sabios. Lo envidié, os lo confieso, porque supe que ese poder dimanaba del convencimiento, y yo dudaba, y dudo, de casi todo.

—¿Incluso de las redes que, me aseguráis, mantienen el cosmos, haciendo que todo tenga un objetivo siempre renovado?

—Incluso de eso, señora, incluso de eso. Lo único que tengo seguro es que el mundo que nos rodea es imaginación nuestra y que lo real, si es que lo hay, escapa a nuestras mentes. El pensamiento humano es impotente ante una resistencia inaprensible, huidiza, evanescente... Hay momentos en que parece que estamos a punto de asirla e interpretarla, pero ese instante pasa, dejándonos sólo un regusto amargo y un nuevo chispazo de inútil esperanza.

—Bien. Me niego a haberte oído. Como tú dices, la seguridad y el convencimiento son el poder, así que inventémoslos, si es que no los tenemos.

—Estáis aprendiendo, por fin —sonrió Blédhri—. Eso es lo que hay que hacer, fantasear con lo que nos resulta agradable o tranquilizador. La imaginación es un modo de percepción superior. Todos, en mayor o menor grado, disponemos de ella, pero sólo unos pocos saben de su poder. Pero, sigamos. Estábamos reclutando cruzados en Vézelay.

—Sí, se hicieron muchos aquel día pero luego llegó la realidad. Suger quiso disuadir a Luis. Francia lo necesitaba mucho más que Tierra Santa. Pero cuando Conrado de Alemania se unió a la Cruzada, ya no hubo otro remedio. Y entonces Suger empezó a sufrir de verdad, temiendo que yo quedara al frente del Estado mientras mi esposo guerreaba. Conocía mis dotes para hacerme con las voluntades y sabía también de las antipatías con las que contaba su rey. Ese era su verdadero problema, aunque lo disfrazara susurrando sibilinamente que «una mujer joven y bella no debe quedar sin esposo». La inseguridad de Luis se acrecentaba con esas insinuaciones y comenzó a proponerme, suavemente al principio y luego con

autoridad un tanto esperpéntica, que lo acompañara en el viaje. No es que yo lo deseara expresamente, pero tampoco quería que mis señores se acostumbraran a obedecer sus órdenes, pues ya sabes que no hay nada que una más a los hombres que un campamento de batalla. Además, en Antioquía estaba mi tío Raimundo y la idea de verlo y pasar con él algunas semanas me hacía feliz. Él había sido un buen compañero para mí y eso tú lo sabes muy bien porque compartiste muchos de nuestros juegos y travesuras. Siempre nos quisimos mucho. Él estuvo a mi lado mucho más que mi padre y, cuando este murió, se ocupó de todo y arropó mis inseguridades de adolescente con su carácter afable y alegre, capaz de borrar penas y dudas. Aunque no fuera esa, ni remotamente, la razón primera de mi deseo de viajar. Sólo era una más, y no de las más importantes. La causa última habremos de buscarla, si es que deseas escribirla, en la política y el poder, como siempre.

»Suger no me quería en Francia, gobernando en el lugar del rey, así que dejé a mi hija María e intenté hallar motivos que hicieran el viaje más soportable, porque, aunque jamás lo había hecho, sí que había oído de las calamidades, desastres y desdichas sin cuento que ocasionaba con frecuencia.

»En cuanto supe que viajaría, después de comunicárselo a mis barones, que acogieron la noticia con alegría, me dediqué a convencer a aquellas damas con las que tenía mejor relación y ellas persuadieron a sus esposos para que las llevaran también. Recuerdo con agrado a Florinda de Borgoña, a la condesa de Blois, a Faidide de Toulouse... Decidimos pasarlo bien, en tanto en cuanto las circunstancias nos lo permitieran. Nos llevamos tapices y tiendas para nuestro uso exclusivo, con sus sillas, catres, tinas para los baños, vestidos, pieles, velos, joyas y afeites como para poder celebrar una fiesta diaria. No queríamos, de ninguna manera, carecer de algo durante el viaje y mucho menos hacer quedar mal a nuestros esposos en la visita a las cortes que se cruzaran en nuestro camino. Nunca supe por qué se nos criticó tantísimo por el exceso de equipaje. No sé qué habrían hecho los hombres sin nosotras en Constantinopla o en Antioquía, donde, te aseguro, no estuvimos por debajo de las magnificencias de sus cortes.

—Vuestros señores respondieron a vuestra llamada con generosidad.

—Mi trabajo me costó. Viajé personalmente para convencerlos y, sí, junto a mí estuvieron casi todos ellos: Hugo de Lusignan, Saldebreuil de Sangay, Guy de Thouars y mi querido Godofredo de Rancon, quien enjugó mis lágrimas la mañana siguiente a mi noche de bodas, la cual, como ya has escrito, se celebró en su castillo de Taillebourg. Pusieron sus dineros en mis manos, ellos y las abadías a las que hube de hacer donaciones para conseguir efectivo. Recuerdo ahora que aseguré a Fontevraud una renta de quinientos sueldos sobre las ferias de Poitiers.

—¿Conocisteis personalmente al poeta Jaufré Rudel? —demandó Blédhri.

—¿Aquel que hablaba constantemente de un amor lejano? ¡Oh, sí! E incluso lo traté y me hizo creer que había tomado la cruz por la pasión que sentía por la princesa de Trípoli. Entonces lo admití ciegamente, pero cuando después he pensado en ello,

me he preguntado muchas veces cuándo conoció él a la tal princesa, si nunca había salido de Francia. Hoy creo más bien que, como tú y como yo, simplemente imaginaba, para poder continuar. —La reina se detuvo un instante y volvió los ojos al rayo de luna que avanzaba por las losas de piedra hasta casi alcanzar el ruedo de su vestido—. Imaginar un mundo —murmuró sin apartar la vista de la luz argentada, a la que, de tanto en tanto, las chispas de la chimenea hacían centellear—. Una tierra, siempre lejana, que fuera completamente distinta de la que pisamos cada día; una tierra a nuestra medida o, tal vez, a la medida de esas redes de las que me hablas, donde todo tiene un fin y un principio. Un recuerdo de algo mejor que hemos vivido y que no hemos conseguido olvidar. —Tornó a callar, sin dejar la luz, y luego, sacudiendo la cabeza, se volvió para mirar al fuego—. Esa idea absurda que muchos tenemos de que lo maravilloso debe de estar fuera y lejos. Y en aquel momento yo quería pensar que aquella tierra lejana era la buscada, porque estaba segura de que había objetos, entidades o elementos mejores fuera de Francia; y el Oriente, sin duda, era lo más distante a lo que yo podía llegar. Veía las riquezas de las que había oído hablar, las exóticas costumbres, las sedas, los perfumes, el misterio... Después de haber pasado meses de oraciones y abstinencias de todo tipo, el viaje llegó a ser para mí una liberación.

—Se hizo entonces la reunión de Étampes, a mediados de febrero —apuntó Blédhri, para centrar los ojos de la reina, que habían regresado al rayo de luna—. El rey llevó allí a los cruzados para decidir, todos de acuerdo, el camino por el que conducir al ejército.

—Sí, y lo recuerdo muy bien porque había caído una tremenda nevada y el frío era casi insoportable. No estaba muy lejos de París, pero el viaje fue realmente infernal.

—Imagino que serían sesiones tormentosas, dado el gran número de barones asistentes. Sobre todo teniendo, como tenían todos, voz y voto.

—Sí, eso fue lo que se dijo, pero la ruta estaba decidida mucho antes de la reunión. Las órdenes papales estaban claras. Eugenio deseaba que el viaje se hiciera por tierra para congratularse definitivamente con el emperador de Bizancio. Quería ver a los griegos unidos de nuevo a Roma, por tanto, buscaba cualquier situación o hecho que lo acercara a sus pretensiones. Mi tío Raimundo había rendido homenaje al emperador, cosa a la que se habían negado los anteriores príncipes de Antioquía, por tanto, él era una de las bazas del papa y, como consecuencia, sabiendo de mi amor por él, los obispos me habían pedido que yo y, por supuesto, mis señores, apoyáramos dicha propuesta.

»Teníamos en contra a los embajadores que Roger, el rey de Sicilia, había enviado a la reunión. Estaba en guerra con el Imperio bizantino y nuestras tropas en su isla habrían levantado su prestigio e incluso fortalecido su ejército. Fueron unas reuniones tumultuosas, ya que los sicilianos venían decididos a conseguir sus fines. Pintaban la situación con los peores tintes, asegurando que nadie podía fiarse de la palabra de un

griego y que, con seguridad, acabarían traicionándonos, pero los obispos, sin alterarse, con la voz suave del que se sabe obedecido sin réplica, desbarataron todas sus protestas y mis señores y yo misma votamos a favor de la propuesta.

»Se decidió el viaje por tierra, lo que obligó a los embajadores de Sicilia a partir, dejándonos sus peores augurios y maldiciones, hasta el extremo de que, al acabar la última sesión, mi esposo pidió una misa que nos librara de sus endemoniados vaticinios.

—¿Recordáis los días pasados en Saint-Denis en primavera?

—¿Cómo no, amigo? Creo que en mi vida había rezado de tal manera. La espalda me dolía de tanto doblarla y las rodillas me crujían como las de una vieja, cada vez que me alzaba, después de horas de preces y monsergas interminables, que a mi esposo parecían siempre demasiado cortas. Llovía de forma persistente e incansable, de manera que las únicas diversiones en la abadía eran las comidas, pero como estábamos en período de penitencia, y aunque yo aduje desde el primer momento que tal vez sería conveniente que mi vientre no adelgazara, por aquello de un nuevo embarazo, no hubo disculpa, ya que mi marido se apresuró a decir que si estábamos en tiempo de penitencia no deberíamos ni siquiera tocarnos, para lo cual medía un paso entre ambos, siempre que, por motivos de representación, tuviéramos que estar codo con codo.

»Comí legumbres, pan, huevos y leche cada día, durante las jornadas que permanecimos allí. Y los únicos tiempos libres de que dispusimos, fuera de los escasos momentos en que se interrumpían los rezos, como toda diversión, caminaba con mis damas por el claustro o me reunía con mis señores en el refectorio o en la sala capitular, siempre vigilados de cerca por Suger, quien imaginaba secretos o conjuras entre nosotros.

»Era el día doce de mayo y, después de lluvias sin fin, amaneció un sol brillante, que Luis enseguida atribuyó a la bendición divina. Aquella mañana, después de que Suger lo autorizara, sí que vestimos nuestras mejores galas, ya que se trataba de “halagar al Altísimo” y deslumbrar de paso a la plebe, la cual rodeaba la basílica y, ebria de devoción y entrega, dejaba sus dádivas para tan alta empresa.

»Luis veneró las reliquias de san Dionisio, rezó interminables retahílas y luego tomó del altar la enseña de Francia, el estandarte rojo y oro, la oriflama que arrancó vítores y lágrimas de los asistentes. Pero el colmo del fervor y la veneración llegaron cuando el propio papa, venido para el evento, después de movimientos y ritos sin cuento, puso en manos de mi esposo la alforja y el bordón de peregrino.

»Cuando al fin intentamos salir al sol, la muchedumbre nos lo impidió. Nos resignamos y dedicamos nuestras atenciones al banquete, que aquel día sí que se realizó con todos los ingredientes y delicados manjares que yo misma había elegido. Desde luego, hube de reconocer entonces que Suger aprendía deprisa.

»Pocos días más tarde nos reunimos en Metz. Allí nos esperaban junto con mis caballeros, a los que yo me preocupé de honrar especialmente, como a Rancon, quien

ostentaba el cargo de comandante de la vanguardia del ejército, muy honorífico pero también peligroso. Él lo aceptó con orgullo, porque sabía que era mi forma de decirle que sólo en él confiaba realmente. Allí estaban también los condes de Flandes y el Gran Maestre del Temple, Everardo de Barre.

—Las gentes os rodeaban fascinadas y devotas —apuntó Blédhri—. Recuerdo muy bien una mujer que tenía fama de practicar los antiguos cultos y que, aquel día, a la vista de tan hermoso y formidable ejército, organizado para proteger los Santos Lugares, allí mismo se hizo cortar el cabello, en castigo por sus viejas ideas y, dejando a su familia, se unió a la marcha.

—Muchos fueron seducidos por el despliegue de medios y voluntades. Los estudiados ritos los llevaron a trascender el tiempo y el espacio. Puedo confesarte que hasta yo misma, que ya conocía muy bien, por mi abuelo Guillermo, lo que daba de sí una Cruzada, estaba exultante. Aunque ahora que lo veo con otros ojos, creo que mi entusiasmo era debido al hermoso espectáculo de caballeros y damas engalanados, los estandartes flameantes y la aventura que se abría ante mí, aburrida y hastiada como estaba de mi esposo, sus señores y sus sombríos castillos.

»Partimos, al fin, un alegre amanecer. Íbamos a atravesar tierras de cristianos hasta llegar a Constantinopla, así que, tanto mis damas como yo misma decidimos aprovechar aquellas jornadas para divertirnos, ya que no contábamos con ningún peligro. Luego sí que hubo alguno, puesto que surgieron enfrentamientos, nada más cruzar el Rhin, con los germanos, borrachos impenitentes, que provocaban al parecer a nuestros hombres, o al menos eso decían ellos. Luego surgieron dificultades de avituallamiento, ya que Conrado de Hohenstaufen había salido por delante y había agotado las reservas de los comerciantes del camino.

—Se criticó esa falta de previsión a vuestro esposo —quiso advertir Blédhri, por si su reina lo hubiera olvidado.

—Sí, ese fue uno de sus muchos errores. Pero te aseguro que no fue por desconocimiento, porque Rancon le advirtió que en la Primera Cruzada Godofredo de Bouillon había tomado la precaución de elegir distintas rutas, para no esquilmar las tierras por las que pasaran, pero Luis aseguró que «aquellos eran otros tiempos, y que ahora lo que sobraban eran alimentos, puesto que las gentes sabían muy bien labrar sus tierras y cuidar sus cosechas, no como en el pasado...». ¿O acaso Rancon no había visto crecer las ciudades y multiplicarse a sus habitantes? Eso se debía, sin duda, a la abundancia.

»El caballero calló y bajó los ojos, para que el rey no leyera en ellos la burla. ¿Es que era tan difícil imaginar la diferencia del abastecimiento de una ciudad al de un ejército? Pero yo les había advertido que evitaran enfrentamientos, no sólo con los señores franceses, también, y sobre todo, con el rey, quien se sabía tolerado por ellos, pero no admitido y desde luego poco respetado. Así que mi buen señor calló y con él todos los míos, y por supuesto los franceses que, aunque supieran que la advertencia estaba cargada de fundamentos, no iban a dar la razón a los risueños y jaraneros del

sur.

»El viaje fue largo y, aunque buscábamos todos los divertimentos posibles, los inconvenientes de dormir en una tienda, por muy cómodo que sea el catre, son múltiples. Además, los alimentos comprados, ya que mi esposo había prohibido expresamente los saqueos, no sólo eran carísimos, lo que mermaba constantemente el presupuesto, sino de muy baja calidad y sobre todo, y eso era lo peor, de tan poca variedad que había días que comíamos y cenábamos lo mismo. El calor era sofocante y aunque cada noche nos bañábamos en nuestras criticadas tinas, que luego muchos nos pidieron prestadas, andábamos siempre sudados e incómodos dentro de nuestros vestidos, y eso que las señoras nos librábamos de todo lo que no fuera imprescindible. A veces vestíamos exclusivamente una túnica liviana que dejaba que el cuerpo se aireara con las escasas ráfagas que en los bochornosos días de aquel verano nos envolvían. Eso volvía loco a mi esposo, quien aseguraba que nuestra indumentaria no era debida al calor, sino al deseo de llamar la atención y alterar a los hombres.

»Con estos y otros incidentes sin importancia, llegamos a Constantinopla a primeros de octubre.

Pedro decidió pasar la noche orando en la capilla. Sabía que sus errores habían sido grandes y ahora estaba dispuesto a repararlos, venciendo, sin ningún lugar a dudas o componendas, a su oponente, ya que le había parecido entender que ese era el deseo de la reina.

Después de la cena, sin comunicar a nadie su intención y evitando ser visto, por no dar explicaciones, se acercó a la iglesia. La helada se hacía con la noche, consiguiendo que las estrellas, gélidas y brillantes, se instalaran, con soberana indiferencia, en los charcos del suelo. El joven caminó, evitando los espacios abiertos. Iba pegado a las paredes, sigiloso y huidizo, atento a los movimientos de la guardia y a los escasos criados que, cumpliendo sus tareas, atravesaban el patio corriendo para evitar el frío. Cuando llegó a la puerta de la iglesia, preocupado porque quizá iba a encontrarla atrancada, se sorprendió agradablemente al hallarla entornada. Penetró por el estrecho espacio, para no hacer que el portón chirriara y se encontró dentro de la capilla, con una única vela en el altar alumbrando el amplio recinto. Un poco asustado de las sombras que habitaban el templo, trató de ver los rincones achicando los ojos, pero, cuanto más era su interés, más impenetrables eran las tinieblas. Convencido de que su intención era buena, pensó que nada podría dañarlo en la Casa del Señor. Caminó silente por uno de los laterales; quería acercarse lo más posible al débil cerco de luz, que se le antojaba hospitalario y caliente, aunque manteniéndose fuera de él, por si alguien entraba, pues deseaba pasar inadvertido. Se arrodilló para hacer su saludo al Señor y murmuró una oración de reconocimiento de pecados y de perdón. Al alzar la mirada hasta el Cristo crucificado, quien sufría sus múltiples llagas sin quejarse, le pareció ver el ruedo de un vestido moverse en las sombras. Sacudió la cabeza, riñéndose a sí mismo por su cobardía. ¿Cómo iba a ser el

paladín de la reina al día siguiente si era un niño asustado por la penumbra de una iglesia? Continuó su oración, reconociendo ahora su debilidad como hombre, la cual le había llevado a los brazos de Brianda, poniendo en peligro el importante viaje de su señora. Aunque —dudó— él actuó de buena fe. En todo caso ella debía ser la... Un siseo de faldas tras el altar. Un despiste de atención. Nada. Estaba claro que quería liberarse de la culpa, cargándola sobre los débiles hombros de una mujer. No se reconoció a sí mismo en las leyes de la caballería que había jurado guardar. Estaba mal para un caballero y además sabía que no era exactamente cierto. Él había sido quien trepó por la parra hasta los aposentos de la joven y él quien la despojó de sus ropas y quien... Ahora un suspiro, dulce y suave, como de un niño. Quizá la Madre de Dios quería así hacerle ver que lo comprendía y que era bueno que admitiera... Miró hacia la imagen de la Virgen, la cual, desde su altura, lo contemplaba a su vez, hierática y distante, cargando a su Hijo sobre la rodilla, mientras en la mano libre sostenía el mundo. Su expresión le habló de resignación y lejanía de los pequeños problemas. El bien y el mal son relativos para una mirada universal. Ella sabía de los grandes dolores humanos, comprendía su angustia, pero le hacía ver que no era importante, que tenía arreglo, porque estaba el perdón y la comprensión y Leonor solía ser «magnánima» en asuntos de parejas. Acabaría permitiendo aquel amor, nacido con tantos inconvenientes, porque eso eran sólo, nimias contrariedades originadas en malos entendidos. Se sintió reconfortado; la mirada de la Señora le hablaba de ilimitadas distancias en el tiempo y en el espacio y él se agobiaba por unos pocos días. Ahora más que nunca estaba seguro de poder arreglar aquel contratiempo. Vencería al de Dax y pediría a la reina que...

—¡Señora! —dijo en voz alta, dirigiéndose a la imagen—. Ved que estoy aquí para solicitar vuestra comprensión y ayuda y sobre todo vuestro perdón por haber actuado como un niño caprichoso, olvidando que, hace meses ya, fui investido caballero.

—Al fin lo habéis dicho.

Pedro miró a la imagen y a la mujer que, a sus pies, le tendía los brazos. Su cabeza comenzó a estallar en chispitas diminutas. Allí, frente a él, casi tocándole con sus vestidos estaba la Madre de Dios. Se alzó con prudencia, no fuera asustarla y hacer que desapareciera. Dio un paso para acercarse y luego pensó que no debería estar de pie ante la Virgen así que intentó arrodillarse de nuevo, pero la mujer se acercó y se lo impidió, tomándolo por los codos; y entonces la vio.

Ante él, hermosa y sonriente, estaba Brianda. Dio un paso atrás, desasiéndose de sus manos tendidas. No estaba seguro de que su oración hubiera tenido tiempo de hacer efecto y tembló, pensando de nuevo en algún efecto maligno.

—¿Qué hacéis vos aquí? —preguntó, completamente alterado, conteniendo su deseo de abrazarla y de, olvidado ya del lugar, tomarla allí mismo.

—Lo mismo que vos, rezar —contestó ella dulcemente.

—Pero vos...

—Yo soy tan buena cristiana como la que más. No hagáis caso de las habladurías, que sólo son calumnias inventadas para justificar los atropellos de los que he sido víctima y que ya os he explicado.

—¿Cómo sabíais que me encontraríais aquí?

—No lo sabía. En realidad me escondía de las gentes y me protegía del frío de la noche. Cuando llegasteis me asusté terriblemente; creí que alguien me había visto entrar y venían a por mí. Pero la Gran Madre me ha protegido y os ha enviado para que os pida perdón por la noche que entré en vuestros aposentos. Nunca debí hacer semejante cosa, pero mi amor por vos es tal que me impidió pensar. Si hubiera respetado los deseos de la reina, habría llegado el día en que habríamos podido amarnos en libertad, con su consentimiento y el de todos. Así, mi pasión me ha convertido en una proscrita que huye constantemente, escondiéndose, siempre cerca de vos, para poder veros aunque sea de lejos. —Brianda bajó los ojos a las pulidas piedras que reflejaban la luz de la luna que entraba por uno de los arcos de la ventana; entrelazó las manos ante su regazo para que Pedro estuviera tranquilo. No iba a acercársele, ni atreverse a tocarlo—. No quiero incomodaros y mucho menos estorbar vuestros rezos —continuó sin mirarlo—. Me retiraré al lugar que ocupaba cuando entrasteis, detrás del altar, donde tengo mi capa para protegerme algo del frío, así podréis olvidaros de mí y dedicaros a vuestras devociones, las cuales, imagino, tendrán que ver con la prueba de mañana. Estad tranquilo —aseguró, mirándole a los ojos—. Nunca volveré a molestaros, pero sabed también que tampoco dejaré de amaros ni me alejaré demasiado de vos.

—Esperad —quiso tomarla por la larga manga para evitar que se fuera, pero el tacto de sus vestidos encendió su pasión de tal manera que se apresuró a soltarla, estremecido y torpe—. Quiero deciros —casi tartamudeó, cuando ella se volvió a medias a mirarlo— que, aunque he cometido errores, mañana podré redimirme a ojos de la reina y le pediré que me permita unirme a vos.

—¿Y vuestro tío, el arzobispo? —demandó ella, entornando las pestañas con dulzura—. Él se imagina cosas extrañas, incluso malignas, por lo que ha oído de mí, y no consentirá la unión.

—No temáis, él obedecerá lo que la reina ordene, la ama y respeta y si ella os acepta él también lo hará.

—Mucho habréis de esforzaros por lograr que Leonor os escuche y conceda vuestros deseos.

—Os prometo que lidiaré como nunca lo he hecho. Mi brazo y mi cabeza estarán con vos en todo momento.

—Entonces venceréis. Pero cuidado de que nada ni nadie os distraiga, eso sería peligroso. Las dudas y los sentimientos de indefensión socavan la fe y provocan la derrota. Estaré allí, miradme.

—No podréis, la reina...

—No temáis, ella no me verá, sólo vos lo haréis porque lo deseáis.

—¿Queréis decir que os soñaré?

—Así podría explicarse, sí —cabeceó ella—. O —dudó la joven, bajando los ojos— tal vez no sea exactamente eso. Las propiedades del alma son difíciles de definir. Yo sólo sé cómo usarlas, no cómo elucidarlas y, desde luego, tampoco logro explicar por qué se muestran en mí y no en otros. Lo único que puedo decir es que hubo un día tan doloroso que, en mi desesperación, quise salir, liberarme y me sentí volar, o tal vez flotar, o... No lo sé; sólo experimenté un tiempo eterno y un lugar sagrado... Cuando quise explicar lo ocurrido, nadie me escuchó porque para ello habían de dejar de lado la razón. —Calló un instante, tratando de encontrar nuevas palabras; al no lograrlo, decidió dejarlo; lo que realmente importaba era que Pedro se preparara, que adquiriera la seguridad que le faltaba para que, al amanecer siguiente, fuera el vencedor—. Pensadme —ordenó— y estaré con vos durante todo el torneo. Mañana os veré en las gradas; ahora rezad.

No tuvo tiempo el caballero de decir o hacer nada, la mujer desapareció tras el altar y, cuando la siguió, decidido a continuar aquella extraña conversación, no consiguió ver nada más que el manto en el suelo, al pie de la escalera que bajaba a la cripta. Tomó la capa en sus manos y la acercó a su rostro, sintiendo todo el perfume amado y gustado aquella noche, lejana ya. Pensó en precipitarse escaleras abajo para buscarla entre los enterramientos de la abadía, pero un escalofrío le recorrió la espalda y tuvo que admitir que la mujer, si es que estaba allá abajo, era más valiente que él. Para disculpar ante sus propios ojos su flojera, buscó la excusa de los rezos nocturnos que había venido a hacer. No estaba nada seguro de que si volvía a encontrarse con Brianda fuera capaz de contenerse y no quería manchar su pureza para la prueba que le esperaba. Así que dejó con cuidado el manto en el lugar donde lo había encontrado y tornó junto a la Madre, que enseguida lo envolvió en su mirada preñada de infinitos.

No supo si rezó o soñó, pero, casi al instante, una débil luz rosada comenzó a entrar por los arcos, tornando los rincones lúgubres en espacios hospitalarios. Se puso en pie y estiró todo su cuerpo, sin recordar su experiencia nocturna. Se sintió luego mal, porque su expresión vital le pareció una falta de respeto al Cristo doliente y a la Madre que lo acunaba, adivinando. Se arrodilló y rezó un apresurado acto de contrición y, cuando estaba pensando en que debía salir al patio para prepararse, porque tal vez ya lo estuvieran buscando, recordó.

Toda la secuencia del incidente de la noche anterior se desarrolló en su cabeza. Olvidando el rezo a media oración, se precipitó tras el altar, iluminado ahora por la luz rosácea. La capa ya no estaba donde la recordaba y la pesada puerta que cerraba el paso a la cripta se encontraba encajada en su lugar, con una gruesa cadena protegiendo su apertura. Un tanto aturdido, dio un paso atrás, echando mano a su espada y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba desarmado. Se creyó objeto de un robo, cosa bastante frecuente, pues las buenas armas eran muy caras y no todos los caballeros se las podían permitir. Precipitado, volvió sobre sus pasos y entonces

contempló con asombro como su espada y escudo, el cual no recordaba haber llevado consigo la noche anterior, estaban colocados sobre el altar, a los pies de la Señora, que ahora, con la luz solar, parecía sonreírle.

Sin hacerse preguntas, desbordado de amor por lo divino y lo humano, cayó de rodillas y pidió con fervor por su misión, su vida y su amor. Liviano y casi alegre se alzó, tomó sus armas y salió al patio.

Allí fuera el aparente desorden se convertía en torbellino. Los criados y señores se mezclaban, atentos cada uno a sus objetivos, que cada cual juzgaba prioritarios, ya que encadenados entre sí harían que un fallo fuera el de toda la fiesta.

Los pajes de Pedro se le echaron encima cuando salió de la capilla. Andaban nerviosos y excitados por su desaparición. Al verlo, sus suspiros y sonrisas de alivio se extendieron por todo el patio. Lo condujeron a los aposentos de los hombres, donde ya tenían preparada para él una tina de agua caliente y las ropas que iba a vestir extendidas sobre el lecho que no había utilizado en toda la noche. El joven se dejó hacer y, una vez vestido, bajó con ellos y sus amigos hasta las tiendas que se habían montado en una de las cabeceras del espacio de contienda, para que los participantes guardaran en ellas armas e incluso ropajes de repuesto, por si los que llevaban puestos sufrían algún desgarró. Entraron en la suya y allí estaban sus cosas ordenadas ya, esperando.

Pedro se paseó por el palenque con algunos de sus compañeros, observando si todo estaba organizado. El muchacho fingía contemplar con atención todo aquello que los demás comentaban, pero en realidad miraba a hurtadillas hacia el estrado en que iban a sentarse las damas, para ver si, entre las pocas que se movían por él, casi todas doncellas de la reina que cuidaban de su futura comodidad, estuviera Brianda; pero no la vio, ni allí ni en ninguno de los lugares que alcanzaban sus ojos. Quedó formando parte de un grupo de caballeros que comentaban, excitados y alegres, el enfrentamiento que iba a tener lugar.

—Venceréis sin duda, Pedro —decía Raimundo de Barbotan, uno de sus íntimos, que también pensaba participar y que durante años había medido sus armas con el joven en sus múltiples entrenamientos y juegos—. Sin duda sois mucho mejor, más rápido y más listo que el de Dax, aparte de más joven, y aunque él piense que eso es un inconveniente porque tiene más experiencia, la fuerza y las respuestas automáticas son más nuestras que de ellos, los viejos, quiero decir —aclaró el muchacho, crecido y seguro de su belleza, juventud y poder.

Hubo una llamada a los participantes, que se reunieron alrededor de los elegidos como mariscal y jueces de campo. Ya habían supervisado el correcto estado de las armas y partido la tierra y el sol, informando a cada contrincante del lugar que debería ocupar en la liza; ahora, en presencia del obispo de Dax, les iban a tomar juramento.

Primero recordaron las reglas: no herir de punta al contrario, no pelear fuera de las filas; no dañar al caballo del rival, dirigir los golpes al rostro o pecho

exclusivamente, y no atacar al caballero que alzara la visera. Luego, el clérigo les tomó juramento uno a uno. Recibieron sus bendiciones con la rodilla en tierra y, una vez cumplido el rito, todos se retiraron a sus tiendas. Era el momento de que las gentes tomaran los lugares asignados en las gradas y la mayoría del pueblo se situara alrededor de las vallas. Entonces llegarían las damas, con Leonor a la cabeza, sonrientes y coquetas, exhibiendo sus mejores galas, para ocupar sus cómodos asientos en el palco engalanado y protegido de los vientos con gruesas pieles y piedras calientes que se colocaban a los pies de las mujeres, para evitar, en lo posible, el frío de la mañana de noviembre.

Una vez situado cada cual en su lugar, las trompetas, timbales y tambores sonaban, los caballeros montaban y, acompañados de sus escuderos, varios infantes, un cirujano y un clérigo, desfilaban sus colores y gallardía alrededor del palenque, para su propio regodeo, el placer de sus damas y el desenfreno baboso de la plebe, extasiada por el colorido de los estandartes, el brillo de las armaduras y los elegantes movimientos de los integrantes del cortejo que, aunque en su interior dudaran o temieran el encuentro, sonreían con altanería, mostrando en todo su poder su juventud y fuerza.

Tras el gesto de asentimiento de Leonor al mariscal, este ordena a los heraldos que avisen del comienzo. El encuentro entre Pedro y el de Dax sería el último, así que los caballeros, que ya conocían el orden y su situación, después del saludo a la reina y a su dama, quien ata a la punta de su lanza un pañuelo o simplemente una cinta, se colocan en sus puestos y la liza comienza.

Los combates se suceden a caballo y a pie, sin mayores incidentes, hasta el momento en que Pedro, quien se había pasado todo el tiempo mirando a las gradas, buscando en ellas el rostro de Brianda sin conseguir verla, hubo de montar y dirigirse a las damas para su saludo. Iba pensando que, tal vez, puesto que iba a justar en nombre de Leonor, a ella tendría que ofrecer su lanza, ya que Brianda no estaba presente. Su sorpresa estuvo a punto de hacerle perder la compostura cuando, muy cerca de la reina, en primera fila, su amor le sonreía con dulzura y entrega. Su aturdimiento se reflejó en su caballo el cual dio un trastabillón, que su pericia de jinete salvó sin consecuencias, obligándolo a prestar atención a lo que estaba sucediendo, dejando por unos instantes los ojos de su amada. Dominó su montura, saludó a Leonor e inclinó su lanza ante la joven, quien se apresuró a atar en ella la cinta con sus colores. Aunque Pedro estaba seguro de que todo el palenque iba a rugir a la vista de su acto, a nadie, incluida la reina, pareció extrañarle la presencia de Brianda, quien, sin dejar de sonreírle, se atrevió incluso a lanzarle un beso con la punta de los dedos. Pedro creyó recibirlo sobre su piel y, después de inclinarse de nuevo, salió para ocupar su lugar, con el pecho tan henchido que pensó no tener espacio dentro del peto. Tenía prisa por acabar; estaba deseando finalizar la lidia para poder abrazar a su amor, así que se colocó en su lugar y aún tuvo que esperar a que Felipe lo hiciera. Bajaron las viseras de sus yelmos y se miraron ambos desde lejos,

esperando la orden de ataque. Tal vez, en los ojos del de Dax pudiera haber odio, pero en los de Pedro sólo había amor e impaciencia por terminar.

Cuando sonó el aviso, los caballos se lanzaron al galope con la rabia de sus jinetes. Por unos instantes las respiraciones se contuvieron, luego todo sucedió muy deprisa. Se oye un tremendo golpe y Felipe, derribado, después de una pequeña vacilación, se levanta del suelo y torna a montar sin alzar su visera. Pedro lo maldice entre dientes por su terquedad. «Este necio me va a hacer perder toda la mañana». Vuelve a su lugar y toma la nueva lanza que su escudero le tiende. «No pretenderá este imbécil aguantar las seis caídas reglamentarias antes de rendirse... Creo que le golpearé con más fuerza».

Una nueva embestida con el rugido de la plebe, que enmudece unos instantes antes y después del golpe. Esta vez el arma resbala por el escudo hasta la cabeza de Felipe, que cae y se mantiene unos momentos aturdido, sin apenas movimiento. Pero se alza de nuevo y, consciente de la falta de equilibrio que le impide montar, arroja lejos de sí la lanza, la cual se apresura a tomar un paje, dejando en su mano la espada y una terrorífica maza.

«Será estúpido —piensa Pedro—. Está medio alorado y no se rinde. Bueno —decide mientras descabalga—, tendré que darle una lección...». Toma sus nuevas armas y camina, acercándose a Felipe, quien, ciego de rabia, no le permite llegar. Se abalanza sobre él, que no lo esperaba, y con la maza busca su cabeza. El joven tiene apenas tiempo de ladearse y el pesado artilugio cae sobre su hombro izquierdo, abollando la armadura e hiriendo la carne. Los gritos se intensificaron cuando Pedro vacila y retrocede, buscando el equilibrio. Consigue estabilizarse, sintiendo un lacerante dolor en el hombro que le hace soltar la maza. Su mano derecha se cierra alrededor del pomo de la espada y una furia densa, casi material lo rodea, haciéndole rechinar los dientes de pura cólera. Aquel hombre es el obstáculo que se interpone entre él y Brianda. Hasta aquel momento, no había sido para él más que una misión encargada por su reina y que pensaba cumplir lo mejor posible, pero ahora, después de aquel traicionero golpe, todos los días pasados entre los lloriqueos de los críos en la carreta, sirviendo de chufra a todos sus amigos y compañeros, la falta de Brianda que, como una proscrita, se escondía siguiendo a la caravana, la absurda idea que llegaron a meterle en la cabeza de que la muchacha tenía tratos con el demonio, además del insoportable ardor de su piel, eran obra exclusiva de aquel hombre que tenía enfrente. Sin pensar siquiera que está en inferioridad de condiciones al carecer de maza, se lanza contra su oponente y, sólo en el último instante, tuerce unas pulgadas su brazo para desviar la punta de su espada que buscaba el corazón de Felipe. El golpe, dado lateralmente, es suficiente para tumbar de nuevo al de Dax, hiriéndole además en el brazo derecho. Suelta la espada y cuando ya Pedro suspira aliviado, pensando que su oponente está a punto de levantar su visera, ha de ponerse de nuevo en guardia porque el herido aparta de sí con un gesto airado al médico y se lanza de nuevo contra él. Ahora sí que tuvo tiempo de prepararse y, aunque la maza

vuelve a golpearle en el mismo hombro que, herido ya, le parece estallar en puntos de dolor, aún tiene tiempo de buscar la cara de Felipe y, con saña verdadera, machacar con el pomo de la espada la frente de su adversario que oye crujir bajo el abollado yelmo. El caballero cae y no tiene tiempo ni ganas de alzarse la visera, cosa imposible por otra parte, debido a la deformación sufrida por el metal. Enseguida acuden los ayudantes de ambos contendientes, que se hacen cargo de ellos mientras la masa aúlla de puro placer, viendo borrarse los brillos de las armaduras con la sangre que se derrama.

Pedro fue atendido por uno de los médicos y por el propio Blédhri, quien acudió presuroso a la tienda. Aunque la herida era dolorosa, debido a que la deformación de la armadura había cortado la carne en algunos puntos, las heridas no eran graves porque no había roturas de huesos. Lavaron y vendaron su hombro, intercalando entre capa y capa de tela las hierbas que el anciano había sacado de la pequeña bolsa que siempre colgaba de su cintura. Luego, le dio a beber un líquido verde y amargo, que casi enseguida le hizo sentir mejor, más fuerte y casi sin dolor. Pidió ropa limpia, se cambió y, erguido, ignorando sus molestias, se dirigió al castillo para recibir los parabienes de los presentes y hacer su petición a la reina, en cuanto terminara el banquete.

Era el héroe de la jornada. Felipe no pudo asistir a la comida, pero, según las normas, ofreció al vencedor, por boca de su senescal, sus armas y su caballo, además de algunas joyas familiares y varios libros. Desde luego no se había quedado corto el vencido, opinaba la gente a la vista de los presentes que mantenían algunos criados. Pedro aceptó los plácemes del anciano senescal, se interesó por la salud del herido y sólo tomó los libros, dejando las joyas y demás ofrendas, asegurando, para que su oponente no se sintiera ofendido, que al no haber justado por placer, sino por servicio, se consideraba más que pagado con aquel presente.

Se llegó luego hasta el sillón que ocupaba la reina, arrodillándose ante ella con la cabeza baja.

—Mi querido muchacho —casi suspiró Leonor, disfrutando la belleza de la juventud a sus pies.

—Señora, espero haber interpretado vuestros deseos.

—Lo habéis hecho a la perfección, amigo. Felipe tendrá que ocuparse del predio durante la infancia de su sobrino y luego dejar que el legítimo heredero tome las riendas, en cuanto llegue su mayoría de edad, si Dios lo permite. ¿Os hace sufrir la herida? —se interesó ella, realmente preocupada—. Levantaos y tomad la postura en que os encontréis más cómodo. Tal vez necesitéis sentaros...

—No, señora. Me encuentro bien y el dolor, después de la pócima que Blédhri me ha hecho beber, ha descendido mucho.

—Me satisfizo ver que ya hay una dama a la que dedicáis vuestros éxitos. Intenté verla cuando le rendisteis la lanza, pero me fue imposible.

—La hay, señora, y vos la conocéis bien.

—Me alegro de que sea una de mis mujeres. Si lo deseáis, haré que os preparen una bella boda en cuanto lleguemos a Castilla.

—Eso es precisamente lo que deseo, pero antes he de pedir algo.

—Contad con ello, Pedro. Hoy es vuestro día y os concederé lo que deseáis.

—No quiero tomaros la palabra antes de informaros de cuáles son mis pretensiones.

—Me asustáis —quiso bromear Leonor—. Supongo que no deseáis mi reino.

—No, mi señora, sólo quiero a la mujer que siempre he querido y que vos conocéis bien.

—Creo que ese asunto quedó terminado con la marcha voluntaria de Brianda, quien no tuvo el valor de esperar para darnos explicaciones de sus irreflexivos actos —el tono de Leonor se había alterado ligeramente, recordando, a su pesar, sus inexplicables pesadillas. En cuanto a Elías de Malemort, que hasta ese momento sonreía satisfecho, entrecerró los ojos, haciendo que sus pobladas cejas formaran una raya ininterrumpida.

—Probablemente —aceptó Pedro, bajando las pestañas para huir de la inquisitiva mirada de la reina y del malhumor de su tío—. Pero ¿no habéis pensado, señora, que tal vez sólo se fue asustada de las repercusiones de su irreflexivo acto? Creo poder aseguraros que no hay en ella nada maligno, sólo una absoluta indefensión que pretendo, si vos lo permitís, proteger.

—Me pedís algo que me violenta —argumentó Leonor, moviéndose inquieta en su sillón. No estaba segura de querer cerca a Brianda. Por otra parte la joven la fascinaba; quizá ella tuviera respuestas...—. Además, vuestro tío —e hizo un ademán, indicando a Elías que se aproximara— no estará de acuerdo con que os conceda lo que deseáis. ¿No es así, arzobispo?

—Desde luego que sí, señora. Quiero para mi sobrino una dama que no desaparezca de los ojos de los mortales cuando la buscan —ironizó el arzobispo, con sus cejas más juntas que nunca.

—Creo, señor, que fuimos engañados por los guardias. Lo que contaron es imposible y todos lo sabemos. Simplemente Brianda supo esconderse muy bien y huir antes de ser descubierta. Os suplico, querido tío, que al menos le concedáis un tiempo de prueba. Si la reina lo autoriza, podría, como ya lo hizo, viajar entre sus mujeres. Así, vos y la reina misma vigilaríais sus actos, que, estoy seguro, serían los de una mujer normal, si como tal fuera tratada.

—Señor —la curiosidad y el placer de lo desconocido atraieron a Leonor por encima de cualquier otra consideración. Ahora fue ella quien buscó los ojos del de Malemort—, hoy vuestro sobrino nos ha hecho un gran favor. Creo que se merece nuestro reconocimiento. No me gustaría tomar una decisión que fuera en contra de vuestros deseos o los de vuestra familia, así que yo también os pido que consideréis la posibilidad de permitir el regreso de Brianda y, durante un tiempo, estudiar sus reacciones y formas de actuar. Si, a la postre, la joven se ha mostrado natural y

corriente como cualquier chica, a vuestra decisión queda permitir o no el enlace. — La reina miró ahora a Pedro, haciendo un gesto para que se alzara—. ¿Estaríais de acuerdo con esta solución, si vuestro tío la acepta?

—Desde luego que sí. Gracias, señora —se entusiasmó el joven.

—No tan de prisa, muchacho —intervino Malemort, airado—. Aún no he dicho que sí.

Pedro bajó la cabeza e incluso sus hombros parecieron descender bajo un gran peso. Esperó en silencio. Ya no tenía más qué decir. En el fondo no le extrañaban las reticencias de su tío. Él mismo llegó a creer aquella absurda historia de la invisibilidad y, partiendo de esa idea, no había más explicación que una intervención maligna.

—¿Me permitís, señora —intervino Blédhri, quien como siempre guardaba las espaldas de su reina—, que hable un instante con el señor de Malemort?

—Desde luego que sí, amigo, si él lo concede.

—¿Señor? —interrogó Blédhri, mirando al arzobispo.

—Por supuesto —aceptó este enseguida—. Pero, si no os molesta, me gustaría terminar este asunto primero.

—Es que lo que tengo que deciros tiene mucho que ver con vuestra decisión.

—En ese caso... —Cabeceó, asintiendo Elías, al tiempo que daba unos pasos atrás, seguido de Blédhri.

Todo pareció quedar en suspenso en los pocos instantes en que los dos hombres hablaron, separados del grupo. Luego, el compañero de la reina tornó a su lugar y el arzobispo, tras unos instantes de duda, volvió a reunirse con el grupo.

—¿Y bien, Elías? —urgió la reina.

—Acepto la propuesta, pero sólo con una condición, que la pareja no se encuentre a solas en ningún momento hasta que se decida su futuro.

—Ya habéis oído a vuestro tío —encaró Leonor al joven—. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, señora, lo estoy —admitió Pedro, sufriendo ya los ardores de la prohibición y la espera.

—Bien, en ese caso —se levantó la reina para dirigirse a su lugar en la larga mesa, dispuesta ya para el banquete—, puesto que todo ha quedado resuelto, al menos de momento —y al decirlo miró con intención hacia el joven—, podemos comer de una vez, que estoy deseando descansar para partir mañana, si no surge un nuevo enredo. —Las últimas palabras salieron con un cierto enfado, que aún hizo estremecer a Pedro, temeroso de una reacción negativa de último momento, pero enseguida notó el cambio en su tono, cuando se volvió hacia él para decir—: Y ya puestos, si sabéis dónde se esconde vuestro amor, podéis invitarla a disfrutar del banquete.

—Gracias, señora —se aturulló el chico, mirando de soslayo a su tío, quien evitó sus ojos, dirigiéndose, al parecer muy presuroso, a ocupar su lugar en la mesa. Leonor le sonrió cómplice, en tanto se sentaba en su sillón e indicaba graciosamente a

los demás que hicieran lo propio.

Pedro salió disparado, para dirigirse a la capilla, pero no llegó demasiado lejos. Allí, a las puertas del salón, esperaba Brianda, más hermosa, si es que eso fuera posible, que la noche anterior. Le sonrió dulce y le tendió la mano, que él se apresuró a apoyar, para hacer la entrada en el comedor.

Leonor pasó la tarde descansando en sus aposentos y, salvo alguna interrupción, debida a asuntos que hubo de resolver, disfrutó de sus recuerdos de Constantinopla, añadiéndolos a los ya compilados por Blédhri.

—La impresionante visión de la ciudad no podré olvidarla nunca —rememoraba, con los ojos perdidos en su juventud—. Aquel formidable triángulo que encerraban las murallas más imponentes que había visto jamás, dejando asomar por encima torres y más torres de todas formas e incluso colores. Era el momento del ocaso y los rayos rojizos arrancaban destellos de cada piedra, convirtiendo el lugar en un joyel fantástico.

»Luego, en los días que pasamos con el emperador, tuve ocasión de visitar algunos de sus edificios. Recuerdo muy bien la impresionante estancia del trono del Gran Palacio donde fuimos recibidos. En el Salón de los Diecinueve Lechos, de tamaña hermosura que era utilizado para las coronaciones, se celebraron algunos de los banquetes con que nos agasajaron. La familia imperial tenía sus aposentos privados en el palacio de Dafne y como curiosidad te diré que las emperatrices daban a luz en otro edificio, la Porfídea, que tenía por función acoger los primeros gritos de los hijos del emperador, ya que era dedicado exclusivamente a ese fin. Había otros próximos como el palacio de Justiniano, el Crisotriclinio, o el llamado Sala de Oro, puedes imaginarte el porqué. La residencia imperial estaba unida con interminables pórticos, por un lado al puerto privado de Comneno y por el otro al Hipódromo, donde se hacían fiestas y reuniones populares.

»Las calles principales de la ciudad dibujaban una Y, en uno de cuyos brazos estaba la Puerta de Oro, y en el otro la iglesia de San Jorge. Fui informada de que había más de cuatro mil villas y, para mi asombro, cada una de ellas contaba con un aljibe privado. Cierto es que algunos de nuestros hombres se refirieron a la existencia de barrios miserables donde las gentes se hacinaban entre montones de basura, como algunos de la zona portuaria, pero eso lo hay en todas partes y en nuestras ciudades por doquier.

»Reduciendo gastos, el emperador seguía viviendo en el palacio de las Blanquernas. Hacía muchos años que sus antecesores habían dejado el fasto del Gran Palacio. Su residencia actual estaba al norte de la ciudad y desde sus murallas podía verse el puerto y el llamado Cuerno de Oro.

—Recuerdo la gran muchedumbre que acudió a recibirnos —apuntó Blédhri, disfrutando, él también, de aquellos días de poder y gloria, en que la juventud hacía que el mundo fuera pequeño y sus leyes casi manejables.

—¡Oh, sí! —confirmó Leonor—. Se llegaban a nosotros, siempre con cara de

asombro, pues nunca dejamos de ser para ellos los «bárbaros celtas». Pensaban que la cultura era de su propiedad y les costaba admitir que nos presentáramos correctamente vestidos y con buenos modales.

»Dignatarios muy escogidos nos recibieron a un día de marcha de la ciudad. Sus carantoñas eran tan excesivas que no pude por menos de pensar que eran algo falsas. Me guardé de comentarlo con mi esposo, pero sí lo hice con Rancon, quien los miraba a su vez, desconfiado.

—Escogisteis una escolta de muy pocas personas —le recordó su fiel compañero.

—Tú entre ellos.

—Sí, señora, y aunque en aquel momento ya os lo agradecí, debo volver a hacerlo, pues por nada del mundo habría querido perderme aquella experiencia.

—No me lo agradezcas, amigo. Te llevé conmigo, así como a Rancon y a mis doncellas, porque deseaba tener a mi lado gentes de fiar pues, como ya dije, aquellas zalamerías me ponían nerviosa e intranquila. Desde luego que me negué, más tarde —confirmó de nuevo, volviendo a sentir la ira que le produjeron en su momento las pretensiones de los lacayos—, cuando fuimos recibidos por Manuel Comneno, a que dos de sus acólitos me sostuvieran los brazos, como era la costumbre, hasta que, una vez ante el trono, los visitantes se arrodillaban, totalmente abrumados por los brillos del mármol, el oro y los mosaicos en los que estaban representadas batallas importantes del imperio. En el suelo permanecían, con el rostro en tierra, hasta que una seña del emperador los liberaba y los ayudantes los izaban casi en volandas. Las piedras preciosas del trono que ocupaba Manuel y sus regias vestiduras me hicieron mirar de reajo las de mi esposo, el cual, advertido del fasto de la corte que visitábamos, se había adecentado algo más de lo habitual en él, pero que, aun así, parecía el criado del emperador. No ocurrió eso conmigo y con mis mujeres. Nosotras dimos empaque y señorío a los francos. Se vio entonces la razón de nuestro voluminoso equipaje, aunque nadie nos lo reconoció —admitió, cabeceando, decepcionada aún—, pero todos andaban orgullosos aquel día de sus esposas, las cuales habían conseguido que nuestra delegación no pareciera un grupo de mendigos ante aquel despliegue de lujo.

—El palacio Filopation que nos asignaron como residencia no desmerecía en absoluto de lo que llevábamos visto hasta entonces. También en él resplandecían los mármoles y los oros por todas partes y, cuando menos lo esperabas —rio Blédhri, encantado por las sensaciones recobradas— tenías un criado a tus espaldas, al que no habías sentido acercarse, debido a los espesos tapices que cubrían los suelos. Recuerdo que salimos en varias ocasiones a ver las fieras salvajes que el emperador había traído de tierras lejanas y que guardaba en los bosques que rodeaban el palacio. ¿Y la sorpresa del rey Luis al ver llegarse hasta él, en una de las cacerías, al emperador con un par de leopardos, que caminaban a su lado como dos gatitos? —volvió a reír, rememorando la imagen de los ojos asombrados del rey—. Tampoco puedo olvidar su mal gesto ante los pomposos tratamientos que había que dar a los

dignatarios del reino y, sobre todo, cuando os veía disfrutar de aquellos refinamientos que a él le sacaban de quicio.

—Sí, Luis fue poniéndose cada vez más nervioso e irascible a medida que veía mi integración absoluta en aquella corte, que desde el primer momento me pareció el lugar ideal para vivir. Y sobre todo, no podía soportar las atenciones de Manuel, un verdadero caballero y, para más complicación, un bello ejemplar humano. Era hermoso, sí —evocó la reina con una placentera sonrisa—, y un conquistador perfecto. Sobresalía en toda clase de juegos o ejercicios en los que participaba, dejando a mi enclenque esposo muy por detrás, a pesar de que en muchas ocasiones se mantuvo en segunda fila para permitir que Luis no hiciera el ridículo de manera tan ostentosa. Pero no sólo lo sobrepasaba con mucho en las demostraciones físicas. En las culturales, que era de lo que más presumía Luis, de sus conocimientos de teología, geografía y, cosa curiosa, astrología, dejaba a mi rey y a sus maestros de la clerecía muy por detrás y, sobre todo, por una capacidad de crítica y curiosidad que ponía en cuestión todo, lo cual escandalizaba absolutamente a Luis, acostumbrado a aceptar sin hacerse preguntas todo lo que olera a creencias religiosas.

—La ceremonia de Santa Sofía sí que agradó a vuestro esposo.

—Desde luego que sí, por lo pesada y compleja que fue. Copió algunos de sus ritos, que luego pretendió establecer en las misas que oíamos a la vuelta.

—No obstante, debéis admitir que, aunque larga, fue realmente esplendorosa. Muy bien pensada para influir en las mentes de los devotos, que acababan dándose golpes de pecho, arrepentidos de sus pecados, los cuales habían de exculpar con rezos interminables y cuantiosas limosnas. Vuestro esposo incluso hizo una gran ofrenda.

—¡Oh, Luis! Él nunca necesitó excesivas persuasiones para entregar hasta su camisa a la Iglesia. El reino les habría dado si lo hubieran querido... Pero dejemos los rezos. Yo disfruté mucho más en el Palacio Sacro donde se nos ofreció el banquete, aunque hube de soportar la conversación de la emperatriz, Berta de Sulzbach, hermana de Conrado, enamorada hasta los tuétanos de su marido y que no hacía más que hablar de sus hazañas y atenciones y, debo confesarlo, yo, un tanto envidiosa, no acertaba a explicarme cómo aquel hermoso varón era capaz de soportar a una gordita insulsa que ni siquiera sabía vestirse. Aunque ya entonces me fijé en que las miradas de Manuel no iban dirigidas a su esposa, ni siquiera a mí, como te confieso habría deseado; su sobrina Teodora, una joven tan hermosa como su tío, respondía a sus ojos con una sonrisa llena de intención.

—Fue la primera vez en mi vida que probé el caviar —apuntó Blédhri, poniendo los ojos en blanco— y los tenedores; eso sí que fue un descubrimiento, a pesar de que nuestros hombres se resistieran a usarlos, pensando que era casi femenino.

—Sí, hasta que experimentaron su funcionalidad; luego apostaban entre ellos para premiar al que mejor supiera utilizarlos. Luis, patoso, trataba de copiar a Manuel, hasta que un pedazo de cabrito relleno salió disparado de su plato al mantel de seda. Se volvió cárdeno, pero el emperador fingió estar muy entretenido con su esposa,

hasta que un criado retiró el trozo de carne de encima de la mesa. Ahora me río recordándolo, pero te aseguro que en aquel momento habría deseado que la tierra se abriera para poder desaparecer. Menos mal que enseguida se separaron las cortinas que ocultaban a los músicos, para mostrar unos mimos que hicieron su trabajo rodeados de bailarinas apenas vestidas, las cuales semejaban flotar, consiguiendo que sus lascivos movimientos parecieran elegantes; pero, como recordarás, no pasaron desapercibidos para los hombres y tampoco para las mujeres, que mirábamos asombradas el partido que puede sacarse de un cuerpo femenino.

—El primer día en que entramos en el Hipódromo quedamos deslumbrados, no sólo por sus dimensiones, pues me dijeron que podían entrar en él treinta mil personas, sino por la riqueza de sus adornos, de los que podía disfrutar el pueblo, ya que la entrada era libre. Bellísimas obras de arte ornaban cada rincón al que se dirigieran los ojos.

—Era muy hermoso aquel grupo de caballos que el imperio había arrebatado a Alejandría —asentía Blédhri, tornando a ver los brillos del bronce, reflejando el sol de la tarde—, así como la columna que se habían traído de Delfos, con tres serpientes enroscadas, que me llamó la atención enseguida; y el obelisco, el cual, sólo con verlo, supe que muchos hombres lo habían contemplado dejando en él parte de su esencia. Me informaron de que era antiquísimo y que procedía de Heliópolis. Y la loba que amamantaba a Rómulo y que se habían traído de Roma...

—Sí —lo interrumpió la reina con un manoteo que quiso frenar la enumeración de esplendores que ella estaba ya contemplando en sus recuerdos—. La belleza se podía disfrutar por doquier, aunque también podíamos notar la inquina y el casi desprecio de aquellas gentes por nosotros. Los hombres se quejaban de los altísimos precios que les pedían por todo. Recordarás el incidente del flamenco que enloqueció en el mercado del oro y comenzó a llenarse los bolsillos con las joyas que se mostraban para su venta... ¡Pobre diablo! Luis hubo de pedir al conde de Flandes que se lo entregara para ajusticiarlo... —La reina calló un momento, sintiendo el desagrado de algunos de sus barones que, viéndola disfrutar, le advertían de posibles traiciones—. Cuando el rey me comunicó el deseo de irse, no opuse ninguna resistencia, como él tal vez temía. Rancon me tenía informada de rumores que no me gustaban nada. Es más, cuando al partir, Manuel, sonriente, nos anunció la victoria de Conrado sobre los turcos, un cierto empalago en sus palabras me hizo dudar de la veracidad de la información. Como pudimos verificar enseguida, no había habido tal victoria. Muy al contrario, cuando en los alrededores de Nicea nos topamos con la vanguardia de los alemanes, nos comunicaron su gran derrota. Estaban agotados y hambrientos. El emperador estaba informado y trató de engañarnos. Entonces aún no sabíamos por qué, pero enseguida conocimos que los guías facilitados por él habían conducido al ejército por desfiladeros en los que quedaron expuestos a las flechas de los turcos, al hambre y la sed, ya que les habían asegurado que sólo tardarían ocho días en llegar a su destino, cuando en realidad hicieron falta tres semanas. Estuvo

claro que sus atenciones para con nosotros sólo eran un entretenimiento para que no llegáramos a tiempo de socorrer a Conrado... —Leonor calló unos momentos, entrecerrando los ojos, un tanto asombrada de sí misma, al darse cuenta de que no sólo no odiaba a Manuel, sino que lo admiraba. Enseguida continuó, para admitirlo ante su cronista—: Te aseguro que la figura de Comneno no sólo no perdió para mí valor a la vista de su traición, muy al contrario, creció, porque vi en sus manejos a un político que trataba de sobrevivir en un espacio que se le hacía cada vez más difícil. Tenía conflictos con Sicilia y la amenaza del islam por el este. Sobrevivía manejando las rencillas entre los musulmanes de Anatolia y Siria. Veía que un enemigo común, como éramos los cruzados, no haría sino unirlos y eso a él no le convenía en absoluto, ya que los francos o los alemanes volverían a sus tierras cuando se cansaran de las guerras y lo dejarían solo con sus dificultades. Por otra parte, acababa de firmar una tregua con los turcos de Anatolia, por lo que, después de nuestra primera batalla en el río Meandro, hubo de admitir que no podría socorrernos, cuando le reprochamos que los turcos se retiraran tras las murallas de Antioquía, una plaza Bizantina. Él me hizo entender entonces que para gobernar hay que tener una memoria selectiva que olvide lo honesto y tome lo conveniente.

—Entonces el rey eligió un itinerario más largo, pero más seguro que el de los alemanes. Evitó los desiertos y los peligrosos desfiladeros y dirigió la expedición por Pérgamo hacia el golfo de Esmirna, para llegar a Éfeso, Laodicea y el puerto de Adalia. Y ahí llega otro momento que las crónicas os critican.

—Sí, por eso quiero aclarar los sucesos, como te dije al principio, cuando te pedí que escribieras nuestras memorias. Si alguien en el futuro las lee, al menos le harán dudar. Ese debe ser el objetivo de todo escrito —reflexionó como para sí misma—, hacer tambalearse las certezas del lector.

—Tenéis razón —asintió Blédhri, cambiando de expresión para indagar—. Y, decidme, ¿qué fue lo que realmente ocurrió? Porque todos aseguran que Rancon, cuando se adelantó con la vanguardia, sólo obedecía vuestras órdenes.

—¿Pero tú crees que soy idiota? —inquirió la reina, furiosa, cambiando enseguida su expresión, al recordar que su compañero sólo hablaba por otras bocas—. Cuando se decidió el itinerario más largo, todos los señores, incluido Godofredo, estuvieron de acuerdo. Creo recordar que cuando el conde de Maurienne apuntó la posibilidad de mantener la columna lo más compacta posible, fue el propio Rancon el que aseguró que esa era la única forma de evitar ataques, ya que nos sabíamos observados constantemente por los turcos, que sólo esperaban la ocasión propicia.

—Entonces es casi imposible entender su decisión de seguir avanzando.

—Pues fue algo sencillo y un tanto infantil, pero es la verdad, porque él mismo me dio explicaciones, cuando el resto de los señores franceses querían ajusticiarlo. Al llegar al monte donde había decidido acampar era mediodía, ya que el cálculo del tiempo del desplazamiento no había sido exacto. Se encontraron con una pequeña meseta en que difícilmente entraría todo el ejército, batida por vientos inmisericordes

y recalentada por el sol de oriente, el cual no parece ser el mismo que el de nuestras tierras. Viendo que aún restaba mucho día, que los hombres estaban frescos y que pensaba que el resto del ejército estaba a punto de alcanzarlos, decidió seguir, bajando la falda del monte hasta una gran llanura, la cual se extendía al pie de la elevación. Una cortadura que les pareció un regato la atravesaba y en sus laderas habían prendido algunos árboles que prometían cobijo. Dejó unos pocos hombres arriba para indicar el camino a los que habían de llegar y continuó bajando para alcanzar el arroyo.

—Ahora me explico que cometiera tal estupidez. El engaño del agua, en un terreno desértico, embota la cabeza de los hombres.

—Y así fue, porque realmente no la había; sólo una quebrada, que quizá hacía muchos siglos llevó agua, o probablemente ni siquiera eso; sólo una cicatriz en la tierra. Cuando la alcanzó, su desilusión no tuvo límites; aun así, el hecho de que algunos de sus hombres encontraran un sombrero bajo el que tenderse lo consoló de su error y, sólo cuando vio que la tarde avanzaba y que el grueso del ejército no llegaba, pensó en que quizá habrían sido atacados y volvió sobre sus pasos hasta encontrarse con el descalabro.

—Se dice que vuestro esposo se comportó como un gran líder y un verdadero héroe.

—No digo que no luchara, porque sería un pazguato si ante un ataque no se defendiera, pero él nunca tuvo madera de guerrero. La suerte le hizo retroceder hasta poder subir por una ladera donde encontró unas peñas que lo protegieron, por lo que pudo defenderse bien de los que trepaban por el estrecho camino. Yo no lo vi, pero me lo contaron con detalle algunos de los hombres que lo siguieron. Además, su dejadez en el atuendo fue una suerte, porque ninguna insignia lo distinguía de sus soldados y cuando los turcos se cansaron de atacar su posición, abandonaron, sin saber que habían tenido en sus manos al rey de Francia.

—Fue un duro momento, sobre todo para las mujeres, quienes, guardadas en el centro de la columna, hubieron de meterse bajo los carros, esperando y rezando para que los hombres que las protegían no cayeran, dejándolas solas.

—Sin duda la situación fue terrible, pero os aseguro, porque estaba entre ellas, que si los soldados hubieran caído, los turcos no lo habrían tenido fácil, ya que todas estábamos armadas con espadas y puñales. Probablemente habrían acabado venciéndonos, porque ninguna estábamos preparadas para la lucha, pero eso se aprende con la necesidad y, desde luego, más de un disgusto les habríamos dado.

—Los jornadas que siguieron a la batalla del monte Cadmos fueron tristes —cabeceó Blédhri, colocando los pliegues de la túnica que siempre vestía, excepto en casos en que hubiera que luchar—. Recuerdo días y noches sin parar, curando heridos.

—Sí, y ahí también fueron preciosos los conocimientos y atenciones que las mujeres tuvieron con los dolientes. Nos multiplicábamos para tratar de atender a

todos los que requerían nuestros cuidados y puedo asegurarte que, en muchos casos, nuestras palabras y caricias fueron un bálsamo, sobre todo para aquellos a los que no se podía ayudar de otra forma y para los que fuimos madres, hermanas o esposas.

—Caminamos después hasta el puerto de Attalia, mucho más despacio porque llevábamos heridos, y allí fue donde vuestro esposo, al fin, se dejó convencer para viajar por mar hasta Antioquía.

—No le quedó más remedio porque, a pesar de los buenos oficios de su gobernante, Landolfo, las provisiones escaseaban y, además, los capitanes nos hicieron observar la precariedad de la plaza, que no resistiría un ataque turco. Su decisión fue un descanso para todos, pero otra vez nos falló Manuel Comneno. Nos prometió los bajeles que le pedimos pero apenas nos envió la mitad. No obstante, Luis, impaciente por continuar y fiado de sus nuevas promesas, se embarcó junto con las damas y los más importantes caballeros hacia Siria. Cuando los detenidos en Attalia vieron que los bajeles no llegaban, hubieron de continuar por tierra hasta Antioquía, donde llegaron muy debilitados.

CAPÍTULO 7

El camino a Pamplona, ya en tierras hispanas, se realizó sin mayores contratiempos, excepto por el frío y la nieve, que caía a intervalos entorpeciendo el camino. Cuando avistaron las murallas de los tres burgos que formaban la ciudad, Leonor suspiró aliviada. Era una parada cómoda para ella pues los francos habitaban en uno de ellos y ahora empezaban ya a instalarse en otro, mezclándose con los autóctonos, lo que sin duda sería una ventaja pues, hasta el momento, los enfrentamientos y rencillas entre ellos eran lo habitual.

El obispo García Ferrández, verdadero amo del lugar, ya que hasta el rey evitaba asentarse en la ciudad por no crear conflictos, salió en persona a recibirla, ofreciéndole su palacio para descansar.

—Agradezco vuestra hospitalidad, pero desde hace semanas, uno de mis señores, del barrio de San Cernin, me ofreció su casa y ya la he aceptado. No me parece buena idea ofenderlo ahora yéndome con vos.

—Siento mucho, señora, que no vengáis a mi humilde morada, pero entiendo, porque lo estoy viviendo cada día, hasta dónde puede llegar la susceptibilidad e incluso las exigencias de los que dependen de nosotros. Realmente somos más vasallos nosotros que ellos mismos —el obispo cabeceaba con un cierto cansancio—. En fin, permitidme entonces que os acompañe hasta vuestra residencia y luego, durante los días que penséis quedaros, espero que podamos reunirnos para hablar del gran problema que se está creando en la ciudad por los intereses enfrentados de francos y navarros.

—¿Tenéis dificultades con los francos? —preguntó la reina con su mejor expresión de inocencia.

—¿Acaso no estáis enterada? —se asombró el clérigo—. Vuestro anfitrión sin duda conocerá la situación tan bien como yo mismo. No obstante, os diré, a grandes

rasgos, que los francos desean integrarse en vuestro país y los navarros en Castilla. Además, los privilegios que Alfonso, llamado ya el Batallador, les concedió, hace aproximadamente cien años, les han hecho crecerse. Y aunque Sancho, el recordado como el Sabio, trató de compensar después, concediendo nuevos fueros al burgo de Navarrería, no ha hecho más que empeorar las cosas, porque los enfrentamientos entre unos y otros han aumentado. Como vos misma habéis podido ver, tienen murallas independientes y veneran a sus santos predilectos en parroquias autónomas.

—Desde luego, no lo dudéis, obispo, que trataré de mediar a favor de la paz, porque esas rencillas lo único que consiguen es detener el proceso de crecimiento.

El camino hasta la mansión que le había sido ofrecida para su estancia en la ciudad estuvo salpicado de promesas de intercesión y de peticiones por parte del obispo, quien parecía desbordado por la situación que le tocaba gobernar. Después de despedirse, asegurando que al día siguiente se acercaría a la sede episcopal para un banquete, la reina suspiró descansada al dejarse caer en el lecho. No vio el gesto de Blédhri, dirigido a Brianda, quien lo siguió fuera de la estancia.

—No quisiera que —se apresuró la joven una vez fuera— la falta de tiempo oportuno durante el viaje para daros las gracias por vuestra intercesión ante el arzobispo haya sido interpretada como falta de agradecimiento. Soy consciente de que, a no ser por vos, ahora no estaría aquí, así que perdonad la tardanza en mostraros mi gratitud, pero sabed que me considero en deuda con vos.

—No me agradezcáis nada —casi la interrumpió el anciano—. Sabed también vos que estáis aquí por una posible necesidad de la reina en un futuro no muy lejano. Quizá tengáis que ayudarla a recuperar un objeto muy valioso.

—¿La Santa Espina, tal vez?

—¿Cómo sabéis eso? —se asombró Blédhri.

—Lo sé, simplemente —respondió la muchacha, bajando los ojos un tanto confundida.

—¿Podéis conocer los pensamientos de otras personas?

—Creo que sí —admitió ella sin mirarlo.

—¿Incluso a distancia? ¿Podrías saber qué se está hablando en el ala norte de la casa, por ejemplo?

—Sí, podría.

—Demostrádmelo —ordenó Blédhri, mucho más interesado de lo que habría podido soñar. Él también era capaz de conocer, a veces y después de muchos ejercicios, el pensamiento de otras personas, pero siempre mirando sus ojos, y además, últimamente, cada vez le resultaba más difícil.

—¿Queréis saber lo que está platicando el señor de la casa, Jean de Luzaide, con otros dos hombres que lo han visitado?

—Desde luego —afirmó él, sin dudar.

—Yo no estaría tan segura. El conocimiento, a veces, trae consigo la intranquilidad.

—No me sermoneéis, pequeña, y demostradme que sois capaz.

—Nuestro anfitrión acaba de recibir la noticia de la muerte del dirigente del barrio de Navarrería, de nombre Íñigo de Egües. Acaban de despedazarlo y han repartido sus pedazos por el campo. A través del pensamiento de esos hombres, puedo ver los lugares donde lo han dejado. Pretenden que las alimañas den cuenta de él. Así podrán decir que ha abandonado a los suyos, lo cual les dejará confusos e inoperantes durante un tiempo. Tiempo que aprovecharán ellos para hacerse con el poder sobre el barrio de Navarrería.

—¿Os estáis riendo de mí?

—Os aseguro que es cierto. Y hay más, la hija de Jean tenía amores con Íñigo, por lo que su padre, quien no estaba de acuerdo con la unión, ha conseguido alcanzar varias metas en un mismo día. Acaba de pagar generosamente a los hombres, y les dará aún más si han escondido tan bien el cadáver que nadie sea capaz de encontrarlo. Así conseguirá que tanto su hija como los habitantes del otro barrio se sientan traicionados por el difunto.

—No hay duda, os estáis inventando una historia y...

—Si no me creéis, acercaos a aquella ventana. Desde allí se ve la puerta de entrada, en unos momentos, los dos hombres aparecerán por ella, porque ya se han despedido de nuestro anfitrión, quien, por cierto, se ha sentido molesto porque estos hechos se hayan dado con la reina en su casa.

Apresurado, Blédhri se aproximó a los ventanales que, tras un tapiz, se encontraban al fondo del salón. Con asombro infinito, vio como dos hombres salían de la mansión y montaban dos caballos que les sujetaba un chiquillo. Se volvió a Brianda, quien lo contemplaba tranquila.

—Entonces es cierto —balbuceó como para sí, caminando de vuelta al lado de la mujer—. Creo que pasaremos muchos momentos juntos de ahora en adelante. Podéis volver al aposento de la reina para dormir. Mañana hablaremos de esto.

—Cuando vos lo deseéis —aceptó ella—, pero ya puedo deciros que ignoro por qué se producen estos fenómenos. En cuanto a retirarme, esperaré un poco. No tengo sueño, así que pasearé por el patio. Me vendrá bien para estirar el cuerpo; son demasiadas horas de viaje.

Blédhri habría deseado pasar la noche interrogando a la muchacha, pero su cuerpo ya no era lo que había sido hacía años, cuando el día lo sorprendía estudiando pergaminos antiguos o haciendo ejercicios aprendidos hacía poco o realizando hechizos y ritos para medir sus conocimientos y fuerzas. Se prometió observarla constantemente para aprender de ella y, si acaso, corregir la mala orientación que pudiera hacer de sus poderes. La vio salir al patio y perderse en sus sombras, arrebujándose en su capa, friolera. Lentamente, volvió la espalda y se dirigió a la estancia reservada para los hombres, con la duda y la perplejidad pintadas en su rostro.

Brianda esperó a que sus pasos se perdieran y regresó al abrigo de la estancia.

Durante un tiempo permaneció quieta, y después, decidida, comenzó a moverse sigilosa por la casa.

Margarita, la hija de Jean de Luzaide, se removía intranquila en su lecho. Acababa de abrir los ojos y, sin saber por qué, deseaba levantarse y respirar aire fresco. Se sentía angustiada y nerviosa. Muy despacio, para no despertar a sus acompañantes, se deslizó de entre las pieles. A la luz de los rayos de luna que se colaban por el ventanal, buscó sus botas y se calzó; tomó luego la capa y, silente, se acercó a la puerta, que hizo girar muy despacio para salir. Allí, frente a ella, mirándola con tristeza había una mujer.

—Ven, querida Margarita, esta noche vamos a dormir muy poco.

Sin cuestionarse siquiera la conveniencia de seguir o no a la joven que le tomaba la mano, Margarita echó a andar, buscando la puerta de entrada de la casa.

Enseguida se encontró en las sombras de la calle sin saber cómo había conseguido pasar junto a la guardia sin dar explicaciones. Entonces miró a su acompañante, con una ligera interrogación en los ojos.

—Han matado a Íñigo —le dijo la mujer en un susurro dulce, al tiempo que acariciaba su frente, como queriendo que la idea penetrara en su cabeza sin dañarla. Y así fue; Margarita fue consciente de la gran tragedia, pero no sintió dolor, simplemente supo que debía hacer algo importante para vengarse y, sin preguntas ni llantos, se acercó más a su informadora, esperando sus órdenes.

—Lo han desmembrado y han repartido sus pedazos por el bosque para que sea pasto de alimañas, pero nosotras no lo vamos a permitir. Recogeremos su cuerpo, lo volveremos a unir, lo lavaremos y vestiremos y, cuando amanezca, los responsables de este asesinato se encontrarán con que sus planes han fallado, al menos en lo que respecta a hacerse con el poder, ya que no a la muerte. Ven, vamos a viajar. — Brianda, sin dudarle, tomó la mano de Margarita, que lo permitió dócilmente y, sintiendo un fuerte viento en el rostro, se encontró en el bosque, junto a una parte del cuerpo del joven asesinado. Entre las dos la tomaron con respeto para volver con ella a la cocina de la casa, vacía ahora de gentes y luz. Colocaron su hallazgo y se volvieron hacia la puerta para repetir su viaje; así hasta reunir los pedazos, sangrantes y sucios. Cuando lo hubieron completado, Brianda ordenó—: Vamos a unir el cuerpo. Tráete la cesta de tus labores y también un traje para vestirlo. Si te es posible, elige algo hermoso. Quiero que mañana la sorpresa sea completa, para que tu triunfo te consuele del dolor.

Pasaron el resto de la noche cosiendo, lavando y vistiendo al cadáver. Cuando terminaron, Íñigo, engalanado como para una fiesta, descansaba sobre el tablero de la cocina a la espera de su venganza.

—Ve a acostarte —conminó Brianda a Margarita, quien, como una muñeca sin voluntad, había hecho todo lo que se le había ordenado. Ahora, una vez terminado su trabajo, miraba hipnotizada el rostro de su amado con pena infinita. La joven se volvió hacia la salida, buscando sus aposentos, donde se metió en el lecho, dejando,

ahora sí, escapar silenciosas lágrimas, que le trajeron inmediatamente un sueño agitado, plagado de imágenes en que los momentos de amor con Íñigo se interrumpían para dar paso a la visión de su cuerpo desmembrado.

Cuando Leonor, despierta hacía rato, comenzó a oír voces y ruidos desacostumbrados por toda la mansión, llamó a Ágata, quien según su costumbre dormía roncando plácidamente.

—Despierta de una vez, mujer —gritó la reina, después de intentar espabilarla con suaves susurros. Todas sus mujeres, incluida Brianda, se desperezaron, mirándola intranquilas.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó Ágata, levantándose rauda.

—¿Cómo es posible que durmáis tantísimo? ¿Es que ninguna habéis oído el alboroto que hay fuera? Ponte algo de ropa y sal a enterarte de lo que ocurre.

—Sí, señora —aceptó la mujer, calzándose ya sus botas.

—Y vosotras no os quedéis ahí como bobas. Vestíos también, pues me temo que el asunto no debe de ser precisamente trivial —ordenó al resto de las féminas, quienes inmediatamente se pusieron en movimiento, embutiéndose en sus propios vestidos, al tiempo que buscaban en el arcón de la reina, eligiendo y combinando complementos para ella.

Al poco regresó la vieja niñera, con el rostro demudado.

—Me temo, señora, que el asunto es serio y que, de alguna manera, va a crearnos problemas.

—¿Y eso? —se interesó Leonor, al tiempo que encogía la tripa para que una de las jóvenes pudiera atar las cintas de su vestido—. ¿Qué ha ocurrido que tenga que ver con nosotros en este lugar?

—Pues que el jefe de los navarros ha aparecido muerto en la cocina de esta casa y la noticia se ha extendido por todos los barrios, de forma que los representantes de los tres, y aún de sus iglesias, han llegado ya. No os imagináis el movimiento y las voces que hay fuera.

—Pues sí que va a ser un inconveniente; no directo, pero sí incómodo... Llama a Blédhri, a Mercadier y al arzobispo. Tenemos que mantenernos al margen de este asunto, pues involucrarnos nos llevaría a perder tiempo y aún nos quedan unos cuantos días de viaje. Me gustaría pasar la Navidad con mi hija y mis nietos en Castilla. Y, vosotras —se dirigió a las muchachas, quienes la miraban expectantes—, recoged inmediatamente los lechos, es imposible andar por aquí entre tantos bártulos.

En poco tiempo los catres estaban plegados tras una pesada cortina, las mujeres vestidas y peinadas e incluso la reina parecía una jovencita, con su esbelta cintura y su tocado, que disimulaba las pieles de su cuello y tiraba hacia atrás de las arrugas del rostro. Sentada en un sillón, esperaba a los hombres de su escolta, mientras mordisqueaba un pedazo de pastel y una manzana.

Cuando entraron, Blédhri hubo de contenerse por no acercarse a Brianda a pedir explicaciones, pero la presencia de la reina y la dulce sonrisa de bienvenida de la

chica lo frenaron.

—Señores —decía ya Leonor, separando de sí los recipientes con las viandas—, espero que hayáis descansado, porque voy a necesitaros muy despiertos. ¿Sabéis cómo está la situación?

—Me temo que muy mal, señora —intervino el arzobispo—. Incomprensiblemente ha aparecido Íñigo de Egües muerto en la cocina de esta casa y...

—Eso ya lo sé, Elías. Quiero enterarme de si, de algún modo, el asunto nos involucra a nosotros.

—Pensamos que no, señora —terció Mercadier—. He hablado con algunos de los navarros que han llegado para llevarse el cadáver. A pesar de las protestas de inocencia de nuestro anfitrión, están seguros de que ha sido el autor de tamaño despropósito. Nadie se explica por qué lo ha hecho, ya que lo lógico es que hubiera cometido la fechoría lejos de su casa y no a un paso de su hija, que al parecer tenía amores con el difunto.

—Bien, dentro de poco nos llegaremos al palacio del obispo para la comida que le prometí, allí nos informaremos de las consecuencias de este hecho, que, me temo, no serán precisamente cómodas para nadie. Si las cosas se ponen feas, en vez de los cuatro días que pensábamos descansar aquí, partiremos inmediatamente; no deseo verme involucrada.

—Señora, si me lo permitís...

—Dime, Bléd.

—Yo veo aquí algo misterioso. No creo tan estúpido a Jean como para matar a un individuo y luego dejarlo en su propia casa, vestido incluso con algunas de sus ropas; además, me han dicho que al ir a coger el cadáver, se dieron cuenta de que había sido desmembrado y luego vuelto a coser para que presentara el aspecto descansado y casi feliz con el que se le veía.

—Probablemente haya mucho más de lo que está a la vista —aceptó la reina—, pero créeme, amigo, lo único que me importa es poner tierra por medio en cuanto me sea posible. Para una vez que no debo tomar decisiones, porque no son mis tierras, no voy a complicarme sola. Mercadier —decidió, ordenando al capitán—, decid a los hombres acampados fuera de las murallas que se abstengan de entrar en los burgos.

—Se quejarán, señora, lo único que hace que soporten el frío y las incomodidades son las escapadas a las ciudades para emborracharse o buscar mujeres —cabeceó dubitativo el mercenario.

—Son vuestros hombres, señor, y por tanto vuestro problema. Si alguno entra en la ciudad y es descubierto será ejecutado. Y ahora, idos a cumplir lo que os he pedido; y vos, arzobispo, mandadme a Pedro, los jóvenes oyen mucho más que nosotros. ¿Qué demonios te ocurre, Bléd? —Casi gritó, mirando al anciano—. Pareces ausente.

—Perdón, señora; este asunto me trae de cabeza.

—¿Has visto algo? —preguntó Leonor, después de que los otros dos hombres salieran de la estancia.

—Poca cosa, señora, pero puedo aseguraros que no es nada tranquilizador. Muchas personas van a morir, eso es lo único que he visto.

—Estoy segura. Los barrios llevan enfrentándose décadas por los asuntos más nimios, así que ahora que tienen motivos reales, no sé dónde llegarán las hostilidades. Por eso deseo marcharme cuanto antes. No son mis muertos ni mis intereses, por tanto, no me importan nada. Si las cosas se ponen mal no quiero estar en medio. — Calló durante unos instantes, valorando las implicaciones de su intervención. Cabeceó, negando, y mudó el tono de voz para decir—: Aún falta tiempo para el mediodía, saca tus útiles de escribir y sigamos con nuestros recuerdos.

—Ya he descrito la entrada en el puerto de San Simeón de Antioquía —apuntó Blédhri a su señora para recordarle lo que habían de tratar aquella mañana.

—¡Oh, Antioquía! Aquella fue la etapa más feliz de todo el viaje, al menos para mí. Luis, como siempre, sufrió lo suyo. —Se detuvo pensativa, para añadir luego en un susurro—: A veces pienso que su felicidad estaba en mostrar padecimientos de cualquier clase, para que todos vieran lo sacrificado que era. —Se detuvo unos instantes para morderse los labios; luego continuó con una sonrisa, cambiando el tema que le resultaba tan doloroso, por los muchos años de amarguras innecesarias—: Sí, la entrada en el puerto de San Simeón fue muy vistosa. Puedo ver aún aquellas barcas que enseguida nos rodearon, tan engalanadas y llenas de flores que arrojaban a los bajeles que nos traían. Y luego aquel fresco verdor que el río Orontes traía de las montañas del Djebel Akra por desfiladeros imposibles. Y, ya en el interior, a la vista de las imponentes murallas de la ciudad con ¿cuántas torres, Bléd?

—Trescientas sesenta, señora, una cada treinta metros —apuntó el anciano, paciente.

—Eso, trescientas sesenta... Podíamos ver los barrios altos, con villas rodeadas de jardines escalonados, con viejos olivos de formas casi fantásticas. Luego, ya en el recinto, el hermoso edificio de la catedral de San Pedro y las iglesias de Santa María la Latina, San Juan Crisóstomo, o San Cosme y San Damián. La ciudad era muy hermosa y en ella viví días inolvidables. Lo mejor era que parecía que nos encontráramos en mis tierras, ya que por todas partes oía hablar la lengua de oc y además los caballeros que me rodeaban eran antiguos vasallos míos o de mi padre; todo eran refinamientos, cantos, poesía y agudeza de talentos puestos al servicio del goce de vivir. Mi tío había creado una corte como yo habría deseado tener.

—Sí. Se trajo compañeros fieles para protegerse cuando aceptó hacerse cargo de Antioquía. ¿Recordáis el disgusto que os llevasteis cuando os escribió contándoos la aventura que iba a emprender?

—Desde luego. Entonces vi toda la operación como una de sus ocurrencias para divertirse. Sólo que en este caso se jugaba la vida si eran descubiertos sus planes. Temí que el asunto se le fuera de las manos, porque era muy complejo y muchos los

factores que tener en cuenta, pero he de admitir que lo supo llevar con inteligencia. ¿Te imaginas la cara que se le debió de quedar a Alix cuando supo que Raimundo había llegado al país para casarse con su hija Constanza y no con ella?

—Lo cierto es que se arriesgó cuando aceptó la propuesta de Gerardo Jéberron, el caballero hospitalario que le hizo llegar las cartas de Foulques de Jerusalén.

—Ciertamente la propuesta era golosa. Raimundo acababa de ser armado caballero por el rey Enrique de Inglaterra, pero todo su futuro era servir. Por eso, cuando supo que Bohemundo de Antioquía había muerto y que su esposa Alix se había aliado con los turcos, decidió jugárselo todo y emprendió el viaje con alguno de nuestros caballeros. Disfrazado. ¿Lo recuerdas, Bléd?

—Desde luego, señora. Se vistieron de mercaderes, para poder viajar sin ser reconocidos. Y luego, para ganarse voluntades, cortejó a Alix hasta hacerle creer que la amaba y deseaba casarse con ella.

—Como sabes, a mi tío no le faltan encantos y la reina cayó rendida a sus pies. Le permitió moverse por la corte, pensaba que para conocer a sus nuevos súbditos, y en parte así era, pero no para los fines que ella imaginaba, sino para hacerse con apoyos que secundaran su gran golpe.

—Cuando quiso darse cuenta, Raimundo y Constanza se casaban en la catedral y, llena de rabia y despecho, hubo de abandonar, desapareciendo en algún lugar de la provincia. —El anciano se detuvo un instante para luego apuntar, cabeceando tristemente—: Fue un dolor la prematura muerte de vuestro tío.

—Sí, otra cosa que no puedo por menos de imputar a Luis, por su testarudez y sus malditos celos. Por ellos se negó a seguir los planes de Raimundo de recuperar Odessa. Aseguró que mi tío buscaba sólo sus intereses. Eso era cierto, porque Hama y Alepo, en manos de los musulmanes, ofrecían al sultán Nur ad-Din una buena plataforma para atacar Antioquía. No obstante, mis hombres, e incluso alguno de los suyos, eran partidarios de seguir a mi tío, porque pensaban que habían de consolidarse posiciones, eliminando las plazas turcas más peligrosas. Si el sultán conseguía hacerse con Damasco y Alepo, estaría a las puertas de Siria. Además, ¿no habíamos venido a liberar Odessa? Pero Luis, a falta de razones de peso, mojigato y gazmoño, se escondió tras su voto de liberar Jerusalén, asegurando que no podía faltar a su promesa. Detrás de su beatería estaban sólo sus celos, su incapacidad para gozar de la vida, buscando siempre la queja. Al parecer no entendía cómo se podía disfrutar de un baile o de los cantos de los trovadores cuando estábamos allí por un deber religioso. Envidiaba la prestancia de Raimundo, un bello ejemplar humano, su valentía y su brazo, que no tenía rival en ningún enfrentamiento, y sobre todo la buena relación que manteníamos. Verme reír o simplemente caminar junto a él lo enfurecía. Alguien comentó que hacíamos una pareja perfecta y se apresuró a mandarlo por delante con algunos exploradores, yo creo que por no matarlo allí mismo.

—Melisenda —intervino Blédhri, desviando la rabia—, la reina de Jerusalén, lo

apremiaba para que se reuniera con Conrado y el conde de Toulouse, que hacia allá se dirigían.

—Esa fue otra de las razones que adujo, pero en el fondo sólo había una, fastidiar a Raimundo. Se hizo eco de las llamadas de Melisenda, hermana de Alix, como si ella fuera más importante que las necesidades que mi tío y muchos de los señores le exponían. —Leonor pareció recapacitar, para después admitir—: Desde luego he de reconocer que motivos no le faltaban. En los días que permanecemos en Antioquía no me separé de Raimundo ni un momento. Aunque él siempre trató de forma exquisita a Luis. ¡Por la cuenta que le tenía! Deseaba a toda costa convencerlo de que no tomara el camino de Jerusalén. Pero el rey sólo tenía ojos para nuestras risas y jugueteos, que lo enfurecían. Él, que no era capaz de reír porque consideraba que era un insulto a... En realidad, no sé muy bien a quién —confesó, después de unos instantes dubitativos—. Pero desde su punto de vista era algo reprobable, al igual que bailar o divertirse, cosa que en mi familia hacíamos constantemente.

—Creo recordar que vuestra entrevista tras la reunión con los barones fue tormentosa.

—¡Y tanto! Después de la segunda asamblea, cuando ya vimos que era imposible cambiar las intenciones de Luis, lo amenacé con no seguirlo junto con mis caballeros. Luego supe que en ese momento había querido repudiarme.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Desde luego no por amor, porque creo que ya entonces me odiaba; los consejos de sus clérigos, más inteligentes y prácticos que él, lo detuvieron. Si yo me hubiera retirado, los mejores hombres de su ejército me habrían seguido, con lo que su voto de liberar Jerusalén se habría derrumbado en aquel mismo instante. Así que eché mano de los religiosos, entre ellos Thierry Galerán, el odioso templario al que yo detestaba y al que él obedecía ciegamente, para recordarme mis deberes de esposa.

—Pero, aun así, os negasteis a seguirlo, amenazándole con el divorcio, basándoos en vuestro parentesco. Entonces hubo de intervenir vuestro tío.

—Así fue. Le dije que no me importaban nada mis deberes, ni las imposiciones de la Iglesia; no sería la primera vez que mi familia se enfrentaba con ella... —Perdió un instante los ojos, recordando a su abuelo y a su padre, tan hartos de frailes que estuvieron a punto de mandar alguno al otro mundo—. Pero entonces intervino Raimundo. Me llevó a sus aposentos privados y, como hacía cuando era niña, me rodeó con sus brazos, meciéndome, al tiempo que enumeraba mis deberes. Me hizo ver que no era el momento idóneo para decisión tan drástica. Me habló entonces de Enrique, el hijo de Godofredo Plantagenet, al que él conocía muy bien y que nos acompañaba en la Cruzada. El muchacho era entonces demasiado joven, pero ya dejaba ver su ambición y capacidades para gobernar; ese podía ser el futuro. Si yo lo deseaba, él hablaría con su padre... Me apresuré a asentir y mi tío urdió el asunto que, en el momento oportuno, llevaría a París a los dos Plantagenet, padre e hijo, para que nos conociéramos y sopesáramos las posibilidades de nuestra unión. No obstante,

al ver mi aflicción ante los próximos años llenos de aburrimiento y rezos a todas horas como única diversión, me entregó la Santa Espina.

—Eso os consoló mucho, ¿verdad?

—Me sentí protegida desde el mismo momento en que la tuve en mis manos. Entonces supe que podría hacer mi vida a pesar del yugo que me habían echado sobre los hombros. Ella y las caricias de Raimundo me dieron fortaleza y me hicieron crecer. Salí de sus aposentos sabiendo qué quería hacer con mi futuro. La idea de un posible enlace con aquel muchacho desconocido me trajo una débil esperanza que me ayudó a continuar. Accedí a seguir a Luis, sabiendo que aquella etapa de mi existencia estaba concluida.

Pedro se apresuraba hacia los aposentos de Leonor cuando se topó con Brianda.

—Buenos días, Pedro —saludó ella, dulce, bajando los ojos a las piedras del suelo.

—Buenos nos dé Dios —contestó el chico, sintiendo que sus ropas, de repente, le resultaban estrechas—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, no tan interesado en conocer el estado de su amada, como por despistar su fascinación por la muchacha, que lo llevaba a querer olvidarse de su promesa—. ¿La reina te aprecia?

—Desde luego que sí, aunque me hace de vez en cuando preguntas a las que no puedo contestar.

—¿Como qué?

—Pues cree que conozco arcanos de los que apenas he oído hablar.

—Según mi tío —quiso tranquilizarla—, es muy propio de ella. Tiene una gran curiosidad por todo. No se resigna fácilmente a no entender algo y, como tú sabes, hay muchos misterios a los que nuestra mente no puede llegar más que a través de la fe; o al menos eso es lo que dice Elías.

—Tiene mucha razón el arzobispo. Realmente hay enigmas que nunca seremos capaces de explicar a pesar de presentirlos. Aunque, a veces, a algunos la realidad pactada nos incomode.

—He de irme —apuntó Pedro, cada vez más desasosegado—. La reina me espera. Creo que está muy preocupada por los sucesos de esta mañana.

—Desde luego tiene motivos más que suficientes. Lo ocurrido y lo que ha de venir es algo serio. Me temo que habrá un gran baño de sangre. Los hombres, siempre más poderosos, no deberían hacer daño a los inocentes, porque el más débil puede encontrar fuerzas para vengarse —musitó casi, entrecerrando los ojos—. En este caso, la más afectada es Margarita, la hija de Jean —aclaró, al ver el estupor de Pedro—, cuyos sentimientos nadie ha tenido en cuenta a la hora de decidir intereses políticos o económicos. Al parecer estaba enamorada de Íñigo. A ese sí lo conocerás, ¿verdad? —interrogó con una cierta rabia contenida, al constatar que las mujeres no parecían tener ninguna importancia en un mundo de hombres—. En cuanto a la reina, no te preocupes, está entretenida con Blédhri, recordando tiempos pasados; creo que esa ocupación tiene mucho que ver con su aburrimiento. Me parece que echa de

menos el gobierno. Ella también, a pesar de su poder —reflexionó como para sí, dulcificando el gesto—, hubo y ha de plegarse a los deseos de un varón; primero sus maridos y ahora su hijo. No le quedó, ni le queda, más remedio que actuar siempre en segundo plano, aunque tenga las ideas más claras que ninguno de los señores que han estado a su lado. El solo hecho de nacer fémina ya implica aceptar la tutela de uno, o varios, o cualquiera, o de, quizá, todos los hombres...

—Así habrá sido en su caso —asintió el joven, queriendo focalizar el asunto sobre la persona de la reina exclusivamente—, pero debería estar tranquila con el trabajo hecho. Casi todos los reinos conocidos de Occidente están en manos de sus hijos, nietos o sobrinos, ya me gustaría a mí llegar a sus años habiendo influido tanto en mi tiempo.

—Sí —cabeceó, soñadora, Brianda—. El destino le ha puesto en las manos un continente. Cuando llegue su hora podrá morir tranquila; su vida ha sido plena y activa.

—Bueno, todos no nacemos reyes —apuntó Pedro—, pero dentro de nuestras posibilidades debemos actuar y...

—¿Verdad que sí? Creo que todos tenemos derecho a cambiar las cosas que no nos gustan. Estoy convencida de que para eso nos han dado los medios de que cada uno disponemos. Nuestra única realidad es la ejecución de un acto.

—Debo irme o la reina me regañará y no nos conviene provocar su ira. —Se acercó un paso a la chica y susurró—: Sabes que te quiero y que, en cuanto pase este tiempo, nos casaremos.

—Sí, querido, lo sé muy bien. Sólo podrás casarte conmigo si quieres vivir —la sonrisa quitaba hierro a la amenaza; tanto que el joven la recibió con intenso placer, que amenazó con empujarle a los brazos de la mujer allí mismo, con las gentes moviéndose apresuradas alrededor.

—Bueno, me voy —insistió, parpadeando y sacudiendo la cabeza, al tiempo que retrocedía, para salir de la peligrosa proximidad de Brianda.

—Bien, yo iré enseguida; tengo algo que hacer —se despidió, alejándose y permitiendo que el joven caminara un tanto indeciso hacia su destino, limpiándose el sudor de la frente.

—¡Vaya, Pedro! —saludó la reina indicándole con un gesto que se levantara—. Creí que no conseguiría verte.

—Perdonadme, señora, andaba por los campamentos, tranquilizando a los hombres.

—¿Están alterados?

—Algo están, sí. Pero les hemos asegurado que partiremos enseguida y que si penetran en los burgos se exponen a entrar en rencillas que pueden costarles la vida.

—¿Y qué comentarios has oído fuera?

—El asunto es complicado, señora. En la Navarrería se están reuniendo para intentar dilucidar la coyuntura; de todas formas, en caso de enfrentamientos, que

según el sentir de la calle serán inevitables, por respeto al difunto no se tomarán represalias hasta que no se le haya enterrado con todos los honores, lo cual nos da un par de días para descansar y partir. Si no consiguen llegar a un acuerdo, cosa que todo el mundo duda, habrá verdaderas batallas.

—Bien, entonces partiremos mañana al amanecer.

—¿No deseáis quedaros para el entierro? —interrogó Blédhri.

—No. No pretendo decantarme por uno u otro bando. Los francos no nos perdonarían que estuviéramos junto a los navarros en un acto oficial. Por eso quiero irme; aduciremos ante el obispo que nos han llegado avisos de Castilla para que nos presentemos allá enseguida porque nuestra presencia urge en aquellas tierras. Además, creo que en todo este embrollo hay algún motivo oculto. Alguien desea hundir la ciudad en un baño de sangre, pues los acontecimientos no tienen explicación lógica.

»Y ahora, preparémonos para acudir al palacio del obispo. No nos queda más remedio que aguantar sus peticiones. Hasta el final del banquete no le anunciaré mi partida, así sus quejas no se producirán y prefiero comer con esperanzas que con llantos.

Brianda, valiéndose de los poderes que usaba sin conocer, penetró en la estancia de Margarita, pasando por entre los dos guardias que el padre había puesto a su puerta para impedir que nadie entrara y, sobre todo, para evitar que la muchacha abandonara el aposento. Alguien le había dado a beber melisa y amapola y la chica permanecía en un duermevela, alterado por frecuentes estremecimientos y hondos suspiros. Se había hecho salir a las mujeres que la acompañaban habitualmente y sólo su aya permanecía sentada junto al lecho, mirándola con dolor.

—He venido para cuidarla —le dijo Brianda a la mujer—. Puedes irte a tomar algún alimento —se le ocurrió el argumento viendo sus generosas caderas desbordar la sedilia donde estaba sentada.

—¿Te envía el amo? —quiso saber la anciana.

—Desde luego —aseguró la extraña, sonriendo dulcemente—. Sabe que hoy no has comido nada y no desea que enfermes. Ve a tomar algo a las cocinas y no tengas prisa. Yo la cuidaré.

—Bien —asintió, levantándose la mujer—. Lo cierto es que estoy a punto de desmayarme. Creí que me harían pasar el día en el cuarto sin poder salir. Volveré en cuanto coma.

—De acuerdo —susurró casi Brianda, ocupando con un cierto asco el asiento caliente que la otra había abandonado.

En cuanto la mujer salió, acarició la frente de Margarita, cantando una extraña canción. La muchacha abrió los ojos, extraviados y tristes, y trató de enfocarla, al tiempo que le tendía las manos.

—Has vuelto. ¿Es que nuestra venganza está consumada?

—Aún no. Los hombres son tardos para decidir. Pero lo harán, no te preocupes;

yo me encargaré. Y, tú, ¿qué piensas hacer a partir de hoy?

—No tengo nada que hacer y además tampoco lo deseo. Tal vez pida que me permitan entrar en un convento.

—Eso será muy difícil de conseguir. Seguramente, cuando ambos bandos se harten de sangre y cuando vean que todo sigue igual, firmarán unas paces que tampoco servirán para nada, pero que los tranquilizarán por un tiempo y me temo que tú serás la prenda del intercambio.

—¿Qué quieres decir? —se interesó la joven, hasta el punto de aclarar la mirada.

—Pues que, seguramente, tu padre te ofrecerá a algún navarro para resarcir el daño causado, porque a estas alturas nadie se cree que él no haya sido el causante de la muerte de Íñigo y a medida que pasen los días irán encontrando pruebas que no le permitirán seguir negando. Además, créeme, y en estos momentos tú lo sabes ya muy bien, si la vida no va a ser lo que hemos soñado, no merece la pena vivirla. El pasado construye el futuro y tu ayer ha sido tremendamente doloroso. ¿Qué harías tú en un convento, soportando rezos y mortificaciones a todas horas o, por el contrario, en brazos de un navarro que odia a tu familia y que no te permitiría ni siquiera ver a tus gentes?

Margarita bajó los ojos y se sentó en el lecho. Se llevó las manos a su cabeza y apretó los parpados, abrumada. Brianda salió, silenciosa, de la estancia.

Leonor y sus acompañantes se dirigieron al palacio episcopal, siguiendo a los altos cargos que el obispo había mandado en su busca. Era el edificio más fortaleza que mansión, pero en cuanto entraron se dieron cuenta de que el clérigo había conseguido hacer un cómodo alojamiento de lo que, visto desde fuera, no eran más que murallas anchas y altas. Ya en el amplio recibidor, el fuego ardía en dos enormes chimeneas, situadas a ambos lados de la entrada. Allí estaba García Fernández, tendiendo su anillo a la reina, ataviado con brillantes vestiduras en las que hilos de oro recamaban la seda, dibujando extraños signos, que enseguida llamaron la atención de Leonor y de Blédhri.

—Bienvenida a mi humilde morada, señora —saludó el obispo—. Siento que mis tierras os ofrezcan un espectáculo tan lamentable. Cierto es que los enfrentamientos son casi constantes, pero me temo que en esta ocasión van a ser terribles, a no ser...

—A no ser ¿qué? ¿Qué esperáis, García?

—Vuestra intercesión, señora. A vos los francos os escucharán.

—¿Y los navarros? ¿Creéis que van a tomar en cuenta las palabras o exhortaciones de una extrajera? ¿No me habíais dicho que desean unirse a Castilla?

—Sólo tendríais que hacer algunas promesas —apuntó, bajando la voz el obispo, para no ser oído por el séquito, al tiempo que conducía a la reina al comedor.

—¿Promesas? ¿Qué podría yo ofrecer? Sabéis que es mi hijo quien gobierna.

—Sí, pero también sabemos que os respeta y admira y que una indicación vuestra sería tomada muy en cuenta por él. El hecho de que una de vuestras nietas vaya a ser reina de Francia... —El hombre se detuvo como cogido en falta; supo que no debía

haber hecho mención al asunto que sus espías le habían comunicado, pero al ver que la reina no se dignaba mirarlo, continuó— ...indica que las relaciones entre los dos reyes son buenas y que, tal vez, Juan consiguiera de Felipe... Pero permitidme conducirlos hasta la mesa. Más tarde, después del ágape, hablaremos.

Pedro, quien había servido de apoyo a la reina desde su litera, se apartó para dejar su sitio a García. Leonor, graciosa y elegante, colocó su mano en el brazo del obispo, estirando el cuello, que crujió protestando, así como sus rodillas y su zona lumbar, la cual, a pesar de las friegas de romero macerado en vino que le daba cada noche Ágata, le hacía tener que soportar a cada paso un puñal insertado en los riñones.

El comedor estaba limpio y hasta dispuesto con un cierto gusto. La reina adivinó en sus detalles la mano de una mujer, probablemente alguien más capaz que una criada. Miró de reojo a García y vio a un hombre fuerte aún, al que no imaginó durmiendo solo. Además, sus atenciones para con ella no eran improvisadas, se veía con claridad que estaba acostumbrado a tratar y conquistar a las féminas.

El banquete resultó agradable; la mesa estaba bien provista y había algunas golosinas que fueron muy del agrado de la reina, quien así se lo hizo notar a su anfitrión.

—Me alegro, señora, de que los alimentos os hayan gustado. Como podréis imaginar esta no es la comida que se sirve habitualmente en mi casa. Intento seguir, en lo posible, los pasos del Maestro.

—Estoy segura, amigo. Por eso agradezco doblemente vuestro sacrificio, ya que no sólo habéis tenido que gastar vuestros dineros, sino que, además, por hacerme la gracia, habéis comido golosinas a las que no estáis acostumbrado y que alterarán, sin duda, vuestro vientre.

—¡Oh! ¡No digáis eso, señora! —Quiso quitar hierro al asunto el obispo, mirando de reojo a Leonor, para tratar de dilucidar si su aserto había sido dicho con verdad o simplemente era una burla a su pretendida humildad—. Os aseguro que me siento muy honrado y muy a gusto, tanto en la mesa como con el disfrute de vuestra compañía. Y ahora, si me lo permitís, me gustaría hacer os las peticiones que tengo pensadas y que nos ayudarán, si Dios quiere, a salir de esta difícil situación.

—Antes de que continuéis, señor, debo deciros que anoche he recibido cartas de Castilla. Al parecer mi hija me necesita allá cuanto antes, así que mañana al amanecer habré de partir. No obstante, si en las horas que me quedan de estar en vuestras tierras pudiera hacer algo por vos o por vuestros vasallos, pensad que estaré dispuesta. De momento, deseo retirarme. Mi cuerpo y voluntades ya no son lo que eran, así que permitidme descansar unas horas. Luego, el tiempo restante hasta la caída del sol, en que me acuesto, podré echaros una mano, si es que en algo puedo servirlos.

—Ya —trató de controlarse el obispo por no mandar a paseo a la reina. ¿Qué podía hacer en un par de horas que le había ofrecido? Para detener el enfrentamiento que se avecinaba se necesitarían días de entrevistas y acuerdos. No obstante, apretó los dientes para controlarse y luego aceptó, pensando que mejor sería algo que nada

—. En ese caso, os pediría que hablarais con vuestro anfitrión, Jean de Luzaide, quien seguramente, según las pruebas que se van acumulando, es el responsable de la situación creada, para que se disponga a ceder ante las exigencias de los navarros, que sin duda serán de lo más rigurosas.

—No dudéis que así lo haré en cuanto descanse un poco de esta opípara comida que me habéis ofrecido y por la cual os doy las gracias. Me habéis tratado tan bien que, de no ser por las cartas de que os hablo, me gustaría disfrutar unos días de vuestras tierras. Quizá lo haga a la vuelta —decidió con una media sonrisa, al tiempo que palmeaba cariñosamente la mano del obispo y hacía un gesto a Pedro, quien se apresuró a acercarse para ayudarla a levantarse—. He de irme, señor; la edad no perdona.

—Lo sé, señora, lo sé —quiso sonreír también el obispo, levantándose a su vez, decepcionado por aquella mujer de la que tanto había oído hablar y que, a pesar de presumir de anciana, le miraba con unos profundos ojos llenos de inteligencia y burla.

—Ven conmigo, Bléd —ordenó Leonor, apenas separada unos pasos del obispo—. Malditas las ganas que tengo de descansar en unas circunstancias como estas. Aunque no me atañen directamente, se activan en mí una serie de resortes que, al no tener salida, me obligan a mantenerme excitada y nerviosa. Seguiremos recordando realizaciones pasadas, ya que no podemos hacer nada en el presente.

—Podéis intervenir, señora, ya veis que el obispo os lo ha pedido —apuntó el anciano, caminando un paso por detrás de ella, quien se apoyaba en Pedro.

—¿Acaso me imaginas estúpida, amigo? —murmuró entre dientes, al tiempo que sonreía y saludaba a los invitados al banquete, quienes se habían levantado para despedirla—. ¿Cómo crees que interpretarían mi intervención Felipe de Francia o mi yerno, Alfonso? Ambos tienen intereses en estas tierras; ellos son quienes deben arreglar sus problemas. Sería una intromisión, aunque consiguiera impedir el baño de sangre que se avecina. Las relaciones políticas son tan delicadas como la sensibilidad de una dama enamorada; las susceptibilidades andan a flor de piel y lo último que desearía ahora sería desbaratar la boda de mi nieta con el delfín. Esa alianza facilitará mucho las cosas a Juan.

—Pero podríais evitar muchas muertes.

—¿Y eso a quién le importa, querido? Morirán los menos capaces y el resto volverán a reproducirse como ratas. Lo primordial es el equilibrio entre los Estados y, sobre todo, mantener el poder. Nacimos para mandar y eso es un deber sagrado que no podemos olvidar —concluyó, volviéndose sonriente hacia el obispo, quien la había seguido hasta su litera, platicando con Elías, esperanzado tal vez en convencer al arzobispo de intervenir en su favor. Tornó a repetirle sus parabienes y promesas para su vuelta y, ayudada siempre por Pedro, se sentó, aguardando a que los hombres que la portaban se pusieran en marcha.

Blédhri calló, bajando la cabeza. Indudablemente eran los dioses los que daban o quitaban. Las palabras de la reina, como siempre, eran claras y podían parecer duras,

pero eran producto de la experiencia de muchísimos años gobernando nobles levantiscos y plebe amorfa que se entusiasma o llora con palabras o hechos grandilocuentes, aunque estén vacíos de contenido. Indudablemente algunos nacen para mandar y otros para rellenar la escena. Leonor era un personaje surgido de la necesidad de su tiempo para realizar los cambios debidos. Con el transcurso de los años, ella sería el centro de la historia de aquel momento.

CAPÍTULO 8

— Llegamos a Jerusalén —empezó enseguida la reina, en cuanto estuvo sentada en sus aposentos—. Allí nos recibió el patriarca y Balduino, y empezaron una serie de interminables reuniones para saber cuál iba a ser el objetivo hacia el que dirigir nuestras tropas, porque se suponía que una expedición de tan alto coste no quedaría cumplida sin un objetivo, a no ser que su fin fuera únicamente la peregrinación a la Ciudad Santa, que, ahora puedo decírtelo, en mí no hizo mella alguna. Esperaba que aquel lugar sagrado fuera una fuente inagotable de fuerza que iba a permitirme participar de ella. Paseé por sus callejuelas llenas de polvo y visité sus iglesias. Me dejé conducir a los lugares que me dijeron habían hollado los pies del Salvador y he de confesar, amigo, que no sentí nada especial; quizá porque me habían hecho concebir grandes expectativas. Como la prueba del primer parto —quiso concretar con un ejemplo muy conocido—. Todas las madres, con voz campanuda y altisonante, te aseguran que es la experiencia más maravillosa que puede tener una fémica. Los clérigos y los hombres nos manipulan hasta en nuestros sentimientos más íntimos. Para ambos no somos más que máquinas reproductoras e intentan, y lo chocante es que lo consiguen, convencernos de que esos dolorosos momentos son maravillosos y lo más grande que una mujer puede percibir en este mundo. Aunque, por otra parte —se asombró al constatar el hecho—, es cierto, puesto que es ese acto el único en el que ellos no son los protagonistas. Cuando, después de terribles dolores y suciedades sin cuento, te presentan aquel trozo de carne rojizo y llorón, no sientes nada más que cansancio infinito y ganas de dormir. —Entrecerró los ojos, rememorando quizá sus muchos partos, el dolor que soportó como una promesa y que ahora no eran más que cenizas. Llegó a olvidar por unos momentos su descubrimiento de la polvorienta Tierra Santa. Luego sacudió la cabeza y continuó—: Bueno, pues algo parecido me ocurrió en Jerusalén; no así a Luis, que andaba como

iluminado, levitando casi de un lugar a otro, dejando sus rezos sólo por la insistencia de sus barones, que le urgían una decisión.

—Decisión que él tenía clara desde hacía mucho —terció Blédhri.

—Desde luego. Estaba enfrentado con Conrado de Alemania, quien seguía defendiendo las actuaciones de Manuel Comneno, el cual a nosotros nos había fallado estrepitosamente. Por eso mi esposo buscó alianzas con los sicilianos, enemigos del emperador y sobre todo de Raimundo de Poitiers, que era de lo que se trataba. Su determinación era ir en contra de mi tío, aunque para eso hubiera de fracasar la Cruzada.

—Y, al fin, después de múltiples asambleas, se tomó la peor decisión que podía haberse encontrado.

—Imagínate. Decidieron marchar contra Damasco, que era la única ciudad de Siria que mantenía buenas relaciones con los cristianos; el resto se habían unido a Nur ad-Din. La determinación era tan descabellada que me negué a acompañar a las tropas y permanecí en Jerusalén, tratando de encontrar emociones espirituales entre polvo y sudores, bajo un sol inmisericorde que, como creo ya he dicho, nada tiene que ver con el nuestro.

—Como era de esperar —suspiró Blédhri con un cierto cansancio—, la expedición fue un fracaso. Los santones comenzaron a llamar a la Guerra Santa, lo que encendió la sangre de los ciudadanos, quienes no dudaban en buscar la muerte haciendo salidas suicidas fuera de las murallas para atacar a los cristianos. —El hombre se calló unos instantes al recordar sus deducciones de hacía poco con respecto a los sentimientos básicos de las gentes, tan fácilmente manipulables, incluso ante la pérdida de la propia vida. Luego continuó—: Recuerdo que llegaron a cegar los pozos y cortaron los suministros de alimentos. Desde Mosul y Alepo se acercaban dos ejércitos afines al sultán, con el fin de dejar a los cruzados entre dos fuegos. Fue entonces cuando Damasco presentó un ultimátum: si no nos retirábamos, pactarían con Nur ad-Din. Sabíamos que ya lo habían hecho, así que el gran ejército cristiano hubo de replegarse, luchando por su vida. Tras cinco días de combates, en el mes de julio, con escasez de agua y alimentos, retrocedimos buscando Jerusalén, dejándonos el honor entre el polvo, por el empecinamiento de vuestro esposo, quien no quiso oír las advertencias de Raimundo. Un buen estadista habría dejado de lado sus sentimientos, para escucharlo, ya que, al estar entre los turcos, debía de conocer a la perfección la situación estratégica y política de la zona y su posible solución.

—He de confesar que, a pesar de los dineros que me costó la fallida expedición, en aquel momento me alegré de su fracaso. Me burlé de Luis y de su empecinamiento estúpido, lo que propició otra gran trifulca que hizo que embarcáramos a la vuelta en naves distintas.

—Sí, aunque antes —quiso puntualizar Blédhri, por si la reina lo había olvidado— hubimos de permanecer aún unos cuantos meses más en Tierra Santa, al contrario que Conrado de Alemania, quien en cuanto vio el desastre izó velas de vuelta a

Occidente en septiembre.

—Luis se obsesionó entonces con la espera de una señal, porque no acababa de entender que los poderes divinos le volvieran la espalda. Creía que cualquiera de sus decisiones, por estúpidas que parecieran, estaría refrendada y aun inspirada desde lo Alto y rezaba y esperaba, disfrazando su demora de altos proyectos que nadie conocía. Deseaba celebrar en Jerusalén la Pascua de Resurrección, queriendo que el triunfo de Jesús sobre la muerte se reflejara en él, consiguiendo una salida airosa para su completa derrota.

—Ignoró incluso las llamadas de Suger, quien le urgía a regresar —apuntó Blédhri.

—Andaba lleno de gracias infusas, sin escuchar a nadie, encerrado en sí mismo y en la idea que se había formado de una intervención divina, la cual iba a resolver sus errores. Supongo que esperaba que la sacralidad de la tierra que pisábamos fuera a concederle el paraíso de sus nostalgias y a terminar con la desgraciada situación que estábamos viviendo.

»Pero pasó la Pascua y, aparte de intensificar los rezos hasta el paroxismo, no hubo cambios, ni fue capaz de solventar ninguno de sus problemas; entre ellos el de nuestro matrimonio, que cada día era lo más parecido a un campo de batalla.

»Al fin, en el verano, nos hicimos a la mar en un convoy siciliano, buscando los puertos de Roger de Sicilia, del que tan amigo se había vuelto mi esposo, por el único motivo de estar enfrentado a Conrado de Alemania y sobre todo a mi tío Raimundo.

—Fue un viaje muy accidentado —recordó Blédhri—. A punto estuvimos de regresar a Constantinopla, ahora como rehenes de Comneno.

—Las naves de Luis escaparon a las bizantinas, izando la enseña francesa y alejándose de los sicilianos. Como ves, no le importó dejar en la estacada a sus nuevos amigos —intercaló Leonor, abundando innecesariamente en el desprestigio de su marido—. Se alejó y consiguió huir; en cambio nuestras naves cayeron en manos de los bizantinos, que decidieron conducirnos ante Manuel como botín de guerra. No obstante, Roger de Sicilia no nos abandonó y envió en mi busca. Ahora debería confesar que habría preferido que no lo hubiera hecho. La idea de regresar junto al emperador de Bizancio no me parecía precisamente horrible. El lujo y la cultura de su corte me fascinaron y no me habría importado pasar allí unos cuantos años, evitando la sombría vida que me esperaba en París.

—Nos condujeron hasta Palermo, mientras que vuestro esposo os aguardaba en Calabria.

—¡Oh, sí! Él como siempre, dentro de su papel inoperante, esperando a que otros le resolvieran los problemas. Nos reunimos de nuevo en Potenza, donde nos recibió Roger.

—Allí nos enteramos de la muerte de Raimundo —rememoró el anciano, mirando con tristeza a su reina.

—Se había enfrentado en solitario —quiso volver a explicar ella, bajando la

mirada y entrelazando con fuerza sus delicados dedos— a Nur ad-Din, el cual, como era más que previsible, lo derrotó. Su hermosa cabeza rubia viajó hasta Bagdad, para regocijo del califa... —Calló unos instantes para controlar las lágrimas, que aun después de tanto tiempo acudían a sus ojos, recordando la radiante sonrisa de Raimundo, sus juguetes, sus historias, que ella creía como si fueran relatos de la Biblia, y su protector cariño que siempre la había acompañado. Blédhri respetó su silencio, al haber sido en su momento testigo de la rabia desesperada de la reina cuando se enteró del descalabro del conde de Antioquía. Tanto había sido su dolor que la noticia la hizo caer enferma. Todo el entusiasmo que había puesto en aquella empresa se había derrumbado definitivamente, y ante ella, como le había confesado entre lágrimas, sólo quedaba el regreso a un reino que la rechazaba, junto a un esposo indeciso, gobernado por clérigos, y que ya no la amaba. En aquel momento, con la lucidez del dolor, supo, y así se lo había confiado a Blédhri, que sólo tenía dos caminos: o aceptar su destino y pasear su silencio por patios y claustros, siendo la esposa obediente que sólo espera a su señor cuando este desee intentar fecundarla, o el divorcio—. Suger conocía de primera mano —continuó al rehacerse—, ya que mi esposo se apresuraba a comunicarle todas nuestras disputas y enfrentamientos, cuál era la situación. Él aconsejó a Luis que impidiera la separación porque en aquel momento no sería conveniente desde un punto de vista político. Si yo permanecía como reina, los desastres de la Cruzada podían serme imputados, en cambio, si abandonaba a mi esposo, quedarían claras nuestras diferencias y se podría pensar que me iba porque él no había escuchado mis consejos, que, por los resultados obtenidos, estaba claro que habían sido los acertados.

—Por eso intervino el papa Eugenio. Sus relaciones en aquel momento no eran muy buenas con el emperador Conrado. Le interesaba entonces una Francia fuerte, ya que contaba con la entrega absoluta de vuestro esposo.

—Mis tierras se habrían ido conmigo, debilitando al país y eso no lo querían ni el papa ni Suger, ni siquiera el propio Luis, a quien le habían hecho entender al fin cuál sería la magnitud del problema de nuestra separación. Así que, en Italia, con regalos y veladas amenazas, entre las que llegó a estar el anatema, Eugenio nos prohibió volver a hablar siquiera de nuestra consanguinidad y de un posible divorcio. Nos había recibido en Túsculo y allí mandó preparar una estancia especial y un lecho con gran ornamentación para reunirnos una noche, con el fin de que dejáramos de lado nuestras diferencias, de la única forma que a un hombre se le puede ocurrir acabar con un problema conyugal: creyendo que al hacer a su esposa la concesión de su esperma la favorece tanto que ella olvidará sus dificultades o enfrentamientos y caerá rendida ante sus desmañadas y aburridas caricias, olvidando sus otras pretensiones que, a la larga, los varones suponen no son más que caprichos de una mente un tanto fantasiosa e incluso idiota. Todos conocemos que el poder y la sabiduría son patrimonio del hombre, sólo hay que dejarlo claro, y qué mejor lugar que el lecho conyugal, donde la postura del ayuntamiento evidencia, sin lugar a dudas, la posición

de cada cual.

Leonor pasó la tarde entre recuerdos, junto a la chimenea, viendo cómo, fuera del ventanal, la nieve enfangaba el patio de la mansión. Pidió pronto la cena y se retiró temprano.

—Quiero descansar —dijo a sus mujeres—. Si no consigo dormir, al menos estiraré el cuerpo. Si aún no tenéis sueño podéis quedaros bordando en el otro cuarto, pero, por favor, no hagáis demasiado ruido.

Algunas montaron sus catres y se acostaron junto a la reina, otras, entre las que se encontraba Brianda, se dirigieron a la estancia contigua, sentándose junto al fuego, cuchicheando sus experiencias del día.

Había dejado de nevar y las estrellas, rutilantes e incompresibles, comenzaron a hacerse con la noche. Cuando las nubes se despejaron por completo, la luna iluminó unos campos blanquecinos que aumentaban su luz, empequeñeciendo y, por el contrario, espesando las sombras. Las mujeres se apretujaban frioleras alrededor del fuego y del semicírculo de luz que creaba. Enseguida habían surgido las consejas y los cuentos de aparecidos y almas en pena, las historias de brujas y lobos, de damas raptadas y dragones imbatibles. Brianda apenas hablaba, a pesar de que alguna de las chicas la había empujado a ello, recordando otros momentos en que se habían deleitado con sus narraciones. Miraba las llamas, concentrada en sus movimientos de falsa caricia a los anchos pedazos de roble que las alimentaban. Ni las llamadas de las otras mujeres, ni sus historias, siempre terroríficas e inexplicables, consiguieron que apartara sus ojos del fuego. Ni siquiera cuando desde fuera llegó el terrible golpe y los alaridos que lo siguieron se movió. Fue necesario que una de las chicas la zarandeara por los hombros, gritando.

—Es la hija del señor de la casa. Dicen que se ha arrojado desde el tejado al patio. Está muerta.

—¿Es cierto eso? —Se obligó a preguntar, mirando con ojos vidriosos a su informante—. Pobre chica; no tenía futuro —cabeceó, negando—. Creo que voy a acostarme, estoy agotada. Informaré de paso a la reina. Supongo que querrá saberlo. —Sin más, se apartó de la chimenea, dejando a sus compañeras empeñadas en alcanzar algún hueco en el ventanal desde el que observar la confusión que reinaba en el patio.

—Señora —llamó enseguida, acercándose al lecho de Leonor, sin que el estorbo que suponía siempre la cama de Ágata haciendo barrera para imposibilitar el paso fuera impedimento—. Pienso que deberíais saber que la hija de Jean acaba de arrojarse por la ventana. Creo que ha muerto.

Leonor se incorporó, apoyándose en un codo, miró a Brianda y luego al catre de Ágata, quien continuaba durmiendo plácidamente. No preguntó nada, ni siquiera se permitió sorprenderse a la vista de la muchacha pegada a su lecho, en un imposible espacio entre este y el del aya de sus hijos. La miró curiosa y simplemente agradeció.

—Gracias por tu información. Los débiles empiezan a caer —murmuró luego

como para sí—. Nada podemos hacer, ¿verdad? —afirmó, más que interrogar a la mujer—. Entonces vamos a intentar dormir. Di a todas las mujeres que aún velan que se acuesten. No deseo que permanezcan entretenidas toda la noche con el ajetreo de la casa. No es nuestro problema y no vamos a intervenir. Mañana, antes de partir, veré a Jean y le transmitiré mis condolencias, aunque ha actuado de forma tan chapucera que bien se merece esta y todas las demás desgracias que le esperan. —Tornó a reclinar la cabeza sobre la almohada que siempre la acompañaba en sus desplazamientos y cerró los ojos, obligándose a salir del influjo de la joven, quien la observaba con una cierta admiración.

El amanecer fue desapacible y neblinoso. Una humedad difusa y espesa se colaba por los rincones y las ropas, volviendo todo frío e inhóspito. Después de la ajetreada noche, la mansión permanecía en un pesado silencio. Cuando Leonor y sus mujeres detuvieron sus revoloteos apresurados y estuvieron listas para partir, Pedro fue en busca del dueño de la casa para comunicárselo. Jean lo acompañó hasta las estancias de la reina, arrastrando los pies por las piedras, como si de un anciano decrepito se tratara.

—La paz del Señor sea contigo —saludó Leonor cuando el hombre apareció ante ella—. Siento muchísimo la nueva desgracia que ha caído sobre ti.

—Gracias, señora. Ignoro el motivo por el cual todo parece haberse vuelto en mi contra, pero os aseguro que me vengaré. Los francos somos mayoría; destrozaré a esos malditos navarros y borraré su barrio para siempre de la faz de estas tierras.

—No me compete intervenir en vuestras determinaciones, ni siquiera daros consejos —apuntó ella— pero, por nuestro común origen preferiría que fuerais vos el vencedor de esta difícil tesitura. Antes de tomar decisiones que os hagan arrepentir, escuchad a vuestros antagonistas y tratad de llegar a un acuerdo. No olvidéis que estos luctuosos hechos se han desencadenado por vuestra causa.

—Señora, no creí tener que oír semejante cosa de vuestros labios —lanzó con rabia el francés, alzando la cabeza, que había mantenido humillada.

—Señor de Luzaide, no penséis que por ser vieja me he vuelto idiota. Sabed que si parto hoy, sin esperar a más, es por no causaros más daño, porque si me veo obligada a intervenir tendría que admitir ante vuestros enemigos vuestra culpa y, por ello, negociar concesiones a los navarros.

—Pero yo no... —Intentó disculparse Jean.

—¡Basta! —cortó la reina con un enérgico movimiento de su mano derecha—. No voy a permanecer ni un minuto más bajo vuestro techo. Desconozco los motivos que os han empujado a cometer semejante estupidez; tampoco quiero saberlos, pero deseo suponer que los teníais y seguramente serían importantes para llevaros a actuar, pero vuestra actitud presente os resta toda credibilidad. No puedo deciros que agradezco vuestra hospitalidad pues me avergüenzo de haberla aceptado. Adiós, señor. —Y, sin más, se levantó de su sillón y le volvió la espalda, urgiendo a sus mujeres a organizar la salida de los equipajes.

El arzobispo se adelantó unos pasos, tomó por el codo al franco, quien se había quedado aturdido mirando a la reina, y lo acompañó hacia la puerta, en tanto le susurraba palabras de consuelo por la terrible pérdida que acababa de sufrir.

Apenas ido el dueño de la casa, Leonor dejó sus aposentos, ligera y rápida, sin buscar el apoyo de Pedro, ansiando el frío del amanecer, como si el aire fresco pudiera limpiar tamaña estupidez.

—Nunca conseguirá nada —comentaba a Elías, quien se apresuraba a su lado, enfadada con Jean, que se creía dirigente sin saber que el gobierno es ardua tarea que hay que encarar con grandes dosis de sentido común, además de con dureza—. Todos hemos cometido errores, sobre todo de juventud, lo cual no es el caso, pero de cualquier modo hay que saber reconocerlos a tiempo; lo contrario no hace más que agravarlos. Eso, en el gobierno de un reino o simplemente de una casa, siempre conduce a problemas mayores. Dime, Pedro —cambió de tono para dirigirse al joven, una vez la hubo ayudado a sentarse en su carro, ya que había decidido viajar en él por el frío reinante—, ¿dónde está Brianda? No la veo entre mis mujeres. Búscala y tráemela. Hay un par de cosas que me gustaría tratar con ella.

—Lo haré enseguida, señora; aunque —quiso justificarse el chico, para que quedara claro que no se había acercado a su amor, según las órdenes recibidas— no tengo la menor idea de dónde se encuentra.

—La hallarás enseguida —casi rio la reina, al constatar el rubor que el solo nombre de la mujer provocaba en el enamorado—. No sé por qué pienso que ella sabe mucho más que nosotros de esta historia.

Pedro se apresuró a inclinarse ante Leonor y retroceder, pensando mientras salía en qué lugar podría encontrarse Brianda. Recorrió la caravana, ya formada en el patio y que empezaba a salir para unirse a los acampados de las afueras, y al no hallarla tornó a entrar en la casa. Inspeccionó los aposentos que les habían asignado para su estancia, encontrándolos vacíos de ruidos, palabras y risas que hasta hacía poco los habían ocupado; la casa parecía dormir, con el silencio como único morador. Caminó por algunas de sus estancias e incluso abrió puertas, llamando con susurros, asustado del extraño sosiego que parecía dominar la mansión. Se preguntó dónde estaría todo el mundo, ya que no se había topado con nadie en todo su recorrido. Se dirigió a las cocinas, pues aquel era el lugar que siempre estaba habitado en cualquier hogar; no se equivocó. Silentes pero atareados, varios fámulos trabajaban manipulando alimentos. Sin alzar demasiado la voz, preguntó en qué lugar se encontraba el resto de la gente. Una vieja de carnes colgantes y pesadas guedejas blancas, sin mirarlo, informó con unas pocas palabras.

—Están en la capilla.

«Claro. ¡Qué estúpido!», se flagelaba Pedro, mientras a grandes zancadas se dirigía al oratorio. ¿Dónde iban a estar si había un difunto en la familia?

Antes de llegar al edificio ya comenzó a encontrarse con gentes que caminaban en dirección opuesta. Lo hacían entre llantos, exclamaciones de queja por la gran

desgracia que parecía envolver la casa y maldiciones y planes de venganza para con los —según ellos— causantes de aquel aciago día. Al ver acercarse al dueño de la casa rodeado de clérigos y señores, se detuvo, prudente, junto a una vieja higuera, que protegía del frío sus desnudos brazos pegándose a la pared de la iglesia. Los dejó pasar sin hacerse notar, en tanto observaba al grupo, tratando de distinguir en él a su amada. Los siguió con la vista y los vio entrar en las cocinas que él acababa de abandonar. «A llenarse el buche —pensó— para paliar el duelo». Siguió hasta la puerta de la capilla; la niebla, lenta pero imparable, se colaba dentro, explorando el recinto con dedos largos, deformes y fantasmales, emborronando las sombras. Dio unos pasos rápidos pero silenciosos hacia los laterales de la nave, para cobijarse en la zona, casi negra, que creaban las temblorosas velas y la escasa luz que entraba del exterior. En la cabecera, próximo al altar, rodeado de hachones de resplandores vacilantes, un catafalco recubierto de terciopelos y sedas parecía flotar en la oscuridad y la niebla. Sobre él, una bella mujer, durmiente al parecer, lucía bellísimos vestidos, en los que las bordaduras doradas destacaban del rojo bermellón del fondo casi tanto como la blancura de las manos —las cuales descansaban sobre la cintura sosteniendo un libro— y el resplandor del rostro, de gesto gozoso y relajado, sin el estupor ligeramente estúpido de la mayoría de los difuntos. A Pedro le costó trabajo entender que aquella joven no dormía y que, sin duda alguna, se trataba de la suicida que se había lanzado desde el tejado. A su lado, de espaldas a la entrada, otra mujer, que el joven imaginó un familiar, tal vez su madre, quien no habría querido dejar el cadáver solo en tanto los vivos se hartaban de comida. Muy despacio, evitando hacer el menor ruido, sin abandonar las sombras, fue acercándose, embrujado por el blanco rostro de la difunta. La muerte no había conseguido aún marchitar su hermosura. Pedro la contempló fascinado. Todo permanecía tal y como había sido hacía unas pocas horas. El arco alto de sus cejas, el dibujo abultado de su boca reidora, con un ligero puchero de mimos anhelantes, las curvadas pestañas, tan espesas que lograban sombrear las mejillas en un engañoso aspecto de vida y que parecían a punto de elevarse para contemplarlo... El muchacho sintió el desconcierto y la pena de la belleza desperdiciada, al tiempo que el vértigo del abismo se abría junto a sus pies, al constatar que el óbito también llega a los jóvenes. Retrocedió, tratando de escapar a aquella viscosa atmósfera de muerte, que se le antojó envolvente y pegajosa. Entonces oyó hablar a la dama que permanecía de espaldas.

—Mi querida niña —decía la voz dulce que Pedro reconoció inmediatamente—. Has querido mantener tu libertad por encima de conveniencias o acatamientos. Tú sí que has sabido ser dueña de tu vida, escamoteándote al destino que habían pensado por ti. No se lo has permitido porque tu voluntad debía, como te dije, estar por encima de hombres y dioses. Nada te puede alcanzar ahora. Déjalos que se embarren en sangre; esa será siempre nuestra venganza contra su fuerza prepotente. Sepárate de la tierra para que el fango no te manche y busca el principio. Ve tranquila. Has hecho lo que debías.

La mano blanca, de movimientos lentos, acarició el rostro inmóvil, que Pedro habría jurado ver sonreír. Luego, la mujer volvió la espalda y, sosteniendo sus vestidos, salió de la iglesia. El hombre la siguió de lejos, la vio montar en una yegua que mantenía atada cerca de la entrada y, sin prisa, dirigirse a la salida del patio para alcanzar, supuso su enamorado, la comitiva que se alejaba.

Montó a su vez, dejándola ir cuando emprendió el galope separándose de la casa. Al estar a punto de alcanzar los últimos carros, la sobrepasó, obligándola a detenerse.

—La reina te buscaba.

—Y tú también, supongo.

—Sí, por orden suya; así que apresúrate, porque te espera.

—¡Vaya, qué desilusión! Por un momento llegué a imaginar que deseabas verme... —dijo, dibujando un pucherito que a Pedro le recordó con un escalofrío la boca de Margarita—. Pero ya veo que obedeces a tu señora simplemente. Bien, bien, bien —cortó con un gesto impaciente de su mano libre el impulso del joven, que quiso explicar que la amaba con locura y que sólo flagelándose a diario conseguía mantenerse separado de ella—. Iré a ver a tu señora, sospecho que desea enterarse de cosas que ignora.

—Mi señora y la tuya —recordó el joven con una cierta impaciencia, temeroso de las palabras que había oído en la iglesia y que hablaban de rebelión. Si Brianda no acataba las órdenes de Leonor, Pedro sabía que ya no habría más tolerancia y que nunca podría tener a aquella mujer, porque la reina no lo consentiría.

—Vamos, querido —jugueteó la joven con los cordones de su vestido, que, con vida propia, se aflojaron sobre su pecho—; sólo bromeaba. —Y sin más, dejándolo con la incertidumbre de si las cintas seguirían abriéndose o no, espoleó su montura y se alejó bordeando la caravana.

Pedro la siguió, sintiendo arder sus mejillas y, en rápida sucesión, todo su cuerpo. Desmontó cuando ella se detuvo junto al carro de la reina, para ayudarla a introducirse con las demás mujeres, que le hicieron espacio al lado de Leonor. Cuando el tapiz que defendía el interior del frío del bosque cayó, tembloroso y dolorido, se dirigió a montar de nuevo, para marchar tras el carro de las mujeres como era su obligación. Quiso distraerse llevando la mente de nuevo junto a la difunta de la capilla. Al poco, un escalofrío le ascendió por la espalda, al verla sonreír desde detrás de un roble, medio tapada por un espino en el que se enganchaban sus vestidos. Cerró los ojos y apretó los dientes, frenando un tanto su montura para dejar que lo alcanzara el grupo de hombres que cabalgaba detrás, y consultarles las veces que estaba programado detenerse antes de llegar a Estella. Mientras fingía escucharlos, tornó a mirar hacia el roble, que empezaba a perderse a sus espaldas. Desde luego no había nadie junto a él, constató más tranquilo, riéndose casi de su miedo; pero enseguida algo le hizo estremecerse. ¿Por qué los vestidos se enganchaban en las espinas?

Leonor, consciente de estar hollando el Camino hecho desde siglos por millares

de peregrinos en busca del sentido de la vida, decidió separarse un poco de la ruta trazada por Mercadier para orar en la ermita de Eunat, una pequeña aldea situada junto al riachuelo Robo, cercana a Obanos y a Puente la Reina. En medio de praderíos verdes y casi ocultos por la niebla la encontraron. Era de reciente construcción templaria y, como muchas de sus iglesias, de forma octogonal. El claustro, exento de la capilla, presentaba en los capiteles y archivoltas una serie de inquietantes figuras de mitos atlánticos, cobijados por el turbador espacio circundante, denominado, enigmáticamente, de Las Cien Puertas. Algunos caballeros instalados ya en Puente la Reina, o Puente de Arga, como también se conoce el lugar, comandados por su máximo responsable, acudieron enseguida hasta el emplazamiento para saludar a la reina y ofrecerle su encomienda para descansar.

—Señora —se arrodillaron ante ella los templarios, ofreciendo una bella estampa de juventud sublimada por las cruces rojas de sus pechos—. Sabíamos que vendrías, pero no os esperábamos hasta dentro de un par de días —dijo el comendador, utilizando el latín como lengua madre y conocida en todo el continente y alzándose con el gesto permisivo de Leonor—. Soy Fernando de Aviados, comendador de Puente la Reina y estoy aquí para servirlos.

—Gracias, señor. He querido desviarme de la ruta para visitar esta capilla de la que ya había oído hablar, y he de decirles que me ha sorprendido su belleza, pero sobre todo esas extrañas figuras y los símbolos que no llego a comprender. Y me gustaría saber por qué elegisteis este lugar para su construcción. ¿Tal vez por su nombre?

—No exactamente, señora, no es el nombre lo interesante de las praderas que veis. Pensad que primero fue la tierra y luego la denominación que sus habitantes le dieron.

—Me tenéis expectante, señor, y os aseguro que estoy haciendo un gran esfuerzo para mantenerme de pie, soportando la extrema humedad que nos rodea.

—Cuentan los lugareños que desde este emplazamiento, sin que se conozca la razón o el momento, se abren puertas a otros espacios.

—¿Espacios? —Se adelantó Blédhri, seguido del obispo e incluso de Mercadier, quien solía asegurar que no había experimentado otra cosa en la vida que la fuerza de la espada, pero que ahora mostraba un gesto de ligera curiosidad en el rostro—. ¿Qué queréis decir con espacios?

—¿Infernales, tal vez? —terció Elías, al tiempo que se santiguaba, apresurado.

—No puedo decirlos, señores. Para estudiar esos fenómenos es por lo que hemos construido la capilla y en breve levantaremos un edificio que nos permita habitar aquí, para tratar de darles explicación, si es que existen y no son más que un cuento de los villanos. Aunque no lo creemos porque hay demasiadas noticias de personas desaparecidas en estos parajes que nunca han regresado o, si lo han hecho, ha sido después de mucho tiempo, olvidados de su experiencia e incluso de su pasado. Pero, si me permitís una sugerencia, señora, creo que deberíamos acercarnos a nuestra

encomienda para que podáis calentar los huesos y descansar.

—Tenéis razón, comendador —aceptó Leonor, dirigiéndose ya a su carro—. Junto al fuego podremos hablar con mayor comodidad de este y otros asuntos.

El comendador inclinó la cabeza; ella creyó que, en señal de asentimiento, pero en realidad el templario prefirió esconder sus pupilas oscuras y misteriosas a la mirada de aquellos intrusos que querían saber, sin dedicar la vida, como él y muchos de sus hermanos, a la búsqueda del conocimiento.

Cuando llegaron a la encomienda era ya oscurecido; el frío y la niebla de una noche sin luna dificultaban los caminos e incluso la entrada de los carros en el patio. El edificio era pobre y pequeño —según dijeron, pensaban ampliarlo en breve—, pero consiguieron ofrecer a la reina y su séquito algunas estancias calientes, ya que no demasiado cómodas. Habían construido la iglesia que los lugareños denominaban de Nuestra Señora de los Huertos, por la imagen de una virgen negra que presidía el templo y que era la encargada de la fertilidad de la zona.

Después de la cena, no muy abundante, pero sí sabrosa y reconfortante, mientras los legos retiraban los tableros para convertir el refectorio en un lugar de estancia, Leonor, más curiosa que cansada, se dejó llevar hasta un sillón colocado junto a la gran chimenea, situada en la cabecera del salón.

—Decidme, señor —se apresuró la reina, deseosa de conocimientos, sabiendo que los templarios habían investigado muchos de los lugares en los que se instalaban y que no sólo influía en su decisión su emplazamiento estratégico, sino también el estudio, como ya había adelantado el comendador, de los espacios que, desde muy antiguo, eran considerados sagrados, aunque su sacralidad fuera anterior a la religión cristiana—. ¿Por qué elegisteis un lugar de nombre tan sugerente?

—¿Las Cien Puertas? ¿Os referís a ese? —interrogó Fernando con una cierta burla en la voz.

—En este momento me refiero a ese, sí —confirmó Leonor, dando a entender que sabía que había muchos otros.

—Pues de ese, en concreto, no sé mucho más allá de lo que os he explicado, ya que acabamos de instalarnos. Pero os aseguro que yo mismo me encargaré de haceros llegar, donde quiera que estéis, noticias del sitio, a medida que las vayamos descubriendo. Por el contrario —añadió enseguida el templario, viendo la desilusión en el rostro que antes lo contemplaba ansioso—, sí que puedo hablaros de una antepasada vuestra, Felicia de Aquitania, que consiguió encontrarse a sí misma y su misión en el mundo, andando el Camino.

»A su vuelta de Santiago, decidió quedarse en el vecino pueblo de Obanos, ayudando a los pobres y compartiendo su vida con ellos, renunciando a su condición de noble. Su hermano Guillermo, que ya había concertado una boda de mucho interés para el ducado, al conocer su decisión, vino en su busca. No hubo razones ni amenazas que consiguieran hacer regresar a la dama, por lo que el hombre, ciego de rabia, la apuñaló hasta matarla.

Brianda, que escuchaba desde un banco cercano la relación del monje, se removió inquieta en su asiento, lo que hizo que la reina volviera los ojos hacia ella, con un cierto desasosiego.

—Tal vez os intranquiliza mi narración —apuntó Fernando, notando su turbación.

—¡Oh!, no. Seguid, por favor. Estoy segura de que mi antepasado, del que, por cierto, no tengo noticia, encontraría su castigo.

—Desde luego que sí —confirmó el templario—. Los remordimientos le amargaban la vida. Creía ver a Felicia por los rincones de su palacio y aun en los bosques, cuando salía de caza. Al final, desesperado, decidió hacer una peregrinación para ser recibido por el papa, al que confesó sus cuitas. El santo padre lo perdonó, pero le impuso como penitencia hacer otra peregrinación a Santiago y, a la vuelta, detenerse unos días en el lugar donde había cometido el crimen, para rezar en cualquier ermita o iglesia que hubiera cerca y hacer allí alguna limosna.

—Ya —asintió la reina un poco fastidiada. Aquella historia no era la que ella pretendía escuchar y, aunque no la había oído nunca, ya conocía el final. Una buena limosna y todo resuelto. Oyó resoplar a Brianda y suspiró a su vez, cansada.

—Guillermo, una vez asegurado el gobierno de sus tierras, cumplió su penitencia y viajó a Compostela, siguiendo el Camino que, hasta Finisterre, habían realizado ya las gentes, incluso antes del descubrimiento de la tumba del apóstol, no sé si presintiendo ya el milagro o por esas raras intuiciones que a veces se dan en los humanos, por medio de las cuales vislumbran lo sagrado. Marchando por la ruta tantos siglos hollada, siempre en busca del sentido de la vida, Guillermo fue cambiando sus intereses. Su ducado estaba bien gobernado por otro de sus hermanos, por tanto, lo que hasta ese momento había creído su misión, empezó a perder importancia. Cuando a su vuelta se detuvo en Obanos y preguntó por algún oratorio próximo, la pobreza del lugar era tal que sólo se conservaba una vieja ermita, allá arriba, en el monte Arnotegui, aprovechando las piedras de una antigua construcción que nadie recordaba para qué había servido. A medida que Guillermo ascendía, buscando el oratorio, comprendió que aquel lugar lo llamaba y que lo quería para sí. Al llegar a la cima, en el minúsculo templo, cayó de rodillas ante una pequeña imagen de la Virgen y descargó sus dolores como nunca hasta aquel momento había hecho. Lloró y oró durante toda la noche y, por vez primera, entre las sombras que lo rodeaban, en una noche de niebla y frío como esta, sintió un olor a rosas y vio a su hermana, que lo miraba sonriente, rodeada de luz. Cuando amaneció, salió para decir a su séquito que podían regresar a Aquitania; él iba a quedarse a vivir en aquel lugar para siempre. Regaló todas las posesiones que llevaba consigo a los pobres del pueblo y desde aquel momento dedicó su vida a orar, enseñar y ayudar a aquellas míseras gentes, que lo acogieron como uno más y que, cuando murió, enterraron su cuerpo y nunca lo olvidaron, acudiendo a su tumba a rezar y a relatar sus cuitas.

—Me habéis enternecido, comendador —aceptó Leonor, casi a su pesar—, pero soy vieja y mis huesos ya no me sostienen. He de dejaros, con pena porque tenía

muchas preguntas que haceros, pero ya veo que, como siempre, los templarios callan y yo no tengo toda la noche para conseguir que me confiéis algunos de vuestros secretos.

—¡Oh! No creáis esas historias, señora. No tenemos secretos, sino preguntas a las que tratamos de dar respuestas; pero, creedme, pocas veces lo conseguimos. No obstante, si mañana os encontráis más descansada, podremos seguir hablando.

—Mañana al amanecer partiré, amigo. Deseo encontrarme en Burgos para la fiesta de la Natividad del Señor.

—Pues entonces no os sobra tiempo precisamente. Hacéis muy bien. La corte de Castilla es la más culta y refinada, aparte de las orientales que yo he conocido, y os aseguro que he viajado mucho por el continente. Vuestra hija la ha llenado de trovadores y de vida. Disfrutaréis en ella, os lo aseguro.

CAPÍTULO 9

—¡Malditos templarios! No hay forma de hablar con ellos —murmuraba Leonor a Blédhri cuando la puerta de sus aposentos estuvo cerrada.

—Esperáis demasiado, señora. ¿No os habéis cuestionado nunca que, quizá, como Fernando mismo os ha dicho, no es que no quieran hablar, es que tienen poco que decir?

—Entonces, ¿de dónde ha surgido esa idea que hay por doquier de que son poseedores de grandes secretos?

—La necesidad de los hombres de encontrar respuestas hace que imaginen que alguien las tiene. Eso los tranquiliza.

—Bien. Apartemos pues ese asunto. Aún no tengo sueño; deberíamos repasar algunos acontecimientos de nuestra vida. También eso me tranquiliza a veces.

—Habíamos dejado la narración en el momento de vuestra reconciliación, debida a la intervención del papa —recordó Blédhri.

—Yo no lo llamaría reconciliación; fue, una vez más, una cuestión de Estado. Supe que en aquel momento debía contemporalizar, como mi tío me había aconsejado en Antioquía. Nunca, durante mi estancia en Tierra Santa, llegué a saber cuál había sido el plan urdido por Raimundo. Ya en París y después de dar a luz a mi segunda hija, Aélis, cuando los hechos comenzaron a precipitarse, detrás de los acontecimientos vi su mano que, aun después de muerto, seguía ayudándome. Pero junto al papa nada de eso había ocurrido. Todo el continente parecía depender de mi persona y carecía de apoyos para tomar tan complicada decisión; decidí esperar y buscarme otros poderes además de mis señores de Aquitania. Necesitaba colocarme enfrente de mi esposo, pero sin desestabilizar el frágil equilibrio de Occidente.

—La muerte de Suger facilitó mucho las cosas —apuntó Blédhri.

—Sí, nunca lo aprecié en su verdadera valía. Para mí no era más que un clérigo

que gobernaba a Luis, impidiendo mis caprichos o decisiones. Ahora comprendo que fue un gran político que sólo pretendía mantener unidos los dominios del rey y que sabía que mi divorcio traería consigo muchos problemas a la corona. Recuerdo muy claramente su funeral, una mañana gélida, con el ampo silencio de la nieve rodeando la basílica. Por las esbeltas bóvedas de Saint-Denis, su obra más hermosa, los cánticos y rezos parecían ascender más poderosos y más arriba, y con ellos las almas de los allí congregados, que llegamos a creer incluso que estábamos enterrando a un santo. Para mí, encerrada en el viejo y sencillo palacio de la Cité, sin diversiones ni entretenimientos, fue un gran día. La belleza del templo, los salmos, los ropajes de los presentes que, aun austeros en cuanto a adornos, siguiendo las manías de mi esposo, eran de preciosas telas y pesadas pieles. En el banquete que se sirvió más tarde estuve rodeada de mis señores, los cuales, conservando la cara de circunstancias que el momento exigía, me transmitieron los proyectos y aun los chismes de mis tierras; y sus opiniones sobre alguno de los presentes casi me hacen olvidar la situación y romper en carcajadas.

»Desde nuestro regreso de la Cruzada, como toda diversión, habíamos hecho un viaje a la ciudad de Vitry, que ya llamaban la Quemada, para pedir perdón por aquel incendio de hacía años. Después de múltiples rezos y genuflexiones, mi esposo, personalmente, plantó unos cedros que había traído de Tierra Santa como desagravio al pueblo. Creo que ya entonces le sugerí que tal vez le agradecerían más un buen ágape y unas monedas, pero me miró incrédulo y se volvió sin dignarse contestar. Si acaso había tenido dudas, quedaba muy claro que yo ya no era parte del gobierno del reino porque, además de mi cabezonería y desobediencia, no era capaz de darle el varón que tanto ansiaba. Suger había contenido la situación, pero a su muerte, el resto de los consejeros de Luis no opinaron lo mismo. Yo era una intrusa, que si se empeñaba podía tener mucho poder y, en el fondo, todos estaban deseosos de deshacerse de mí.

—Y ese fue el momento en que, casualmente, se enconó el asunto de Giraud Berlai.

—Sí, una vez muerto Suger, la actitud del rey y de muchos de sus señores cambió por completo, tanto hacia mí, como frente a muchos de los asuntos que el abad mantenía, luchando a cada segundo por la paz.

—Godofredo Plantagenet se había enemistado, sospechosamente, sin que los motivos quedaran demasiado claros, con el senescal del Poitou, Giraud Berlai, nada más llegar de la Cruzada, hasta el punto de atacar su castillo de Montreuil-Bellay. Lo roció con aceite hirviendo y luego le prendió fuego, obligando a salir al oficial, al que apresó inmediatamente junto con todos los suyos.

—Sí, incluso el papa lo excomulgó, ya que el ataque se produjo antes de que el rey regresara de la Cruzada y, según la costumbre, sus posesiones estaban garantizadas y protegidas por la Iglesia, pero al bello Godofredo no pareció importarle demasiado el anatema porque continuó cargando de cadenas al de Bellay.

—Lo cierto es que el asunto se enredó bastante debido a las pretensiones de la esposa de Godofredo, Matilde, que, al ser hija de Enrique de Inglaterra, aspiraba al trono, disputándosele a Esteban, conde de Blois, quien era nieto de Guillermo el Conquistador y que ya le había tomado la delantera, instalándose en Inglaterra, dividiendo a los señores ingleses, los cuales andaban enfrentados en una interminable guerra civil.

—Sí, cuando Luis decidió atacar Normandía, Eustaquio, el hijo de Esteban, se apresuró a cruzar el canal para ofrecer su ayuda a mi esposo, por lo que un pequeño problema de intereses internos de Francia pasó a ser mucho más importante, al posicionarse el rey junto al aspirante Esteban. No obstante, Godofredo sabía muy bien lo que quería. Después de la muerte de Suger, enfangó aún más el asunto, para precipitarlo de una vez, cediendo el ducado de Normandía, herencia de su esposa, a su hijo Enrique, de diecisiete años entonces, quien, en contra de todo lo establecido, dejaba pasar los meses sin rendir pleitesía a Luis, su señor natural.

—Fue en ese momento cuando el rey, sintiéndose vejado, atacó la fortaleza de Arques, en Normandía, conquistándola enseguida, lo que enmarañaba aún más el tema, como vos aseguráis que pretendía Plantagenet, hasta el extremo de pedir a Bernardo de Claraval que interviniera.

—No, no se le pidió nada, pero él, convencido de estar siempre en posesión de la verdad, se ofreció para mediar. Esa reunión en París era la que andaba buscando Godofredo. Necesitaba estar cerca de mí para tratar del futuro sin despertar sospechas. Y, sí, allí aparecieron todos, a la sombra del de Claraval, más delgado y espiritual que nunca. Pero su ascética presencia, observada por cientos de personas que lo seguían a todas partes, sirvió de muy poco frente a la obstinación, inexplicable para muchos, de Godofredo. —La reina calló unos momentos, dibujando en sus facciones el placer que le habían producido los tratos con el hermoso y audaz Godofredo—. Tuvo el valor —continuó luego, acariciando, sin notarlo, su vientre— de presentarse ante la asamblea con Giraud Berlai cargado de cadenas. Para aquel entonces, él y yo nos habíamos reunido varias veces en secreto y nuestro pacto estaba consensuado. Así que, al llegarse hasta el trono, me guiñó un ojo y me dirigió una pícaro sonrisa, que enfureció a mi esposo hasta el punto de dirigirse a él, gritando. ¡Ah, los estúpidos celos de los hombres! —suspiró la reina, encogiéndose de hombros—. ¿Acaso yo le pregunté alguna vez con quién se acostaba? Siempre que el asunto transcurra en la intimidad, sin lesionar el honor de nadie, no tiene mayor importancia. Pero los varones no lo entienden así, mientras no sean ellos los protagonistas de la posible infidelidad. Creo que lo que Luis sentía era inseguridad y lo cierto es que en el caso del Plantagenet, como en el de algunos otros, tenía muchos motivos para sentirse inferior.

—Pero el bello duque no se inmutó —intervino Blédhri, dejando de lado el comentario de Leonor y centrándose, divertido, en la escena de la reunión—. Mantuvo su postura de reto y su estatura pareció agrandarse aquella mañana de

verano ante el trono, con el sol a su espalda, entrando por las puertas del salón y con su hijo a su derecha, sonriente, desafiante e inquieto, como si estuviera deseando pasar a la acción.

—No, no se alteró ni siquiera cuando Bernardo, acostumbrado a que su palabra fuera ley, le conminó a dejar libre a Giraud, ofreciéndole a cambio levantarle la excomuni3n.

—Su respuesta impidi3 a muchos alentar —rememor3 el anciano, con una sonrisa de burla, en la que a3n pod3a leerse un cierto desconcierto—. Se neg3 a dar la libertad al cautivo si no recib3a algo a cambio, asegurando que si eso era pecado no quer3a ser absuelto. Su potente voz, sus piernas separadas que equilibraban a la perfecci3n su imponente figura, junto con los brazos cruzados con obstinaci3n sobre el pecho, nos dej3 a todos suspensos.

—A todos no —neg3 la reina con la cabeza, lo que le hizo llevarse la mano derecha al cuello—. Yo luchaba por contener la risa, sabiendo, como sab3a ya, sus intenciones. Pretend3a que toda la importancia de su estancia en Par3s recayera sobre el hecho que se trataba y que nadie pudiera pensar que era otra la raz3n que le reten3a en la ciudad.

—Pero Bernardo no ten3a ganas de risas, precisamente. Puedo recordar claramente el enrojecimiento de su rostro y su voz tonante cuando, apunt3ndolo con un 3ndice huesudo y torcido, lo maldijo diciendo que, as3 como juzgara ser3a juzgado.

—Que como puedes ver no dec3a nada concreto. As3, cualquier cosa que le sucediera a Godofredo pod3a ser interpretada, como as3 fue, como la confirmaci3n de la execraci3n de Bernardo.

—A los pocos d3as, sorprendentemente, sin que hubiera habido nuevas entrevistas o negociaciones, el Plantagenet puso en libertad a Giraud y a los suyos y pidi3 al rey concertar un encuentro para que su hijo Enrique le rindiera el homenaje que le deb3a por Normand3a. Fue aquella una gran fiesta. —Entorn3 los ojos Bl3dhri, recordando los cabritos asados, el buen vino y las variadas golosinas que el se3or de Poitou se empe3n3 en regalar a la mesa del rey.

—Se trajo trovadores, que Luis toler3 con buen talante por no ofender a su vasallo, a quien tan bien dispuesto ve3a. Todos disfrutabais del banquete, de los bailes y los espect3culos menos yo que, por vez primera en mi vida, apenas ve3a lo que ocurr3a alrededor, preocupada por los d3as que hab3an de venir.

—El rey, no obstante, parec3a meditabundo tambi3n, sobre todo cuando vio la larga despedida que os dedic3 Godofredo, apart3ndoos de los presentes y paseando por la huerta, en aquella calurosa noche de verano.

—Ultim3bamos detalles. No pod3amos adivinar en aquel instante que ser3a la 3ltima vez que nos ver3amos. Nunca he podido explicarme como un hombre de treinta y ocho a3os, fuerte, musculoso, con aquella risa contagiosa que tanto me recordaba a mi t3o Raimundo, llegara a morir por darse un ba3o en un r3o, en un d3a caluroso.

—El calor debía de ser sofocante cuando se detuvieron, de vuelta a sus tierras, junto a Château-du-Loir para comer y descansar. Fue entonces, mientras se asaban las carnes, cuando el Plantagenet decidió refrescarse, o al menos así nos lo contaron luego. Aunque quizá, su sofoco excesivo fuera ya fiebre que lo atormentara desde París.

—¿Qué insinúas, Blédhri? —preguntó interesada la reina.

—Lo mismo que cientos de francos y vos misma pensasteis en aquel momento y ahora, al recordar su muerte.

—Cierto es, amigo, pero entonces preferí callar y...

—Ahora ya es muy tarde, pero no obstante creo que deberíamos dejar constancia de ello en nuestro escrito.

—Está bien, hazlo; el Occidente ya no depende de mí.

—En cuanto a vuestra separación, pocos supimos que iba a producirse no tardando.

—Cuando los Plantagenet se fueron, el rey me mandó llamar y, en presencia de la admonitoria mirada de Thierry Galerán, el templario responsable de que tenga aversión hacia la orden, me reprochó las confianzas que me había tomado con Godofredo y su hijo, asegurando que había puesto en vergüenza no sólo al rey, sino a toda la corte de Francia.

—Le recordasteis de nuevo vuestra consanguinidad, desafiándolo a pensar en la separación si no era capaz de confiar en su esposa más que en las venenosas insinuaciones de sus acólitos.

—Así fue exactamente, tan firmes y letales fueron mis palabras que Luis me miró sorprendido y alterado, al comprender que mi determinación había encontrado apoyos y que su intento de control sobre mí estaba acabado.

—Para tranquilidad y regocijo de Thierry, quien se apresuró a afirmarse en sus anteriores insinuaciones que, como «el señor puede ver, están absolutamente fundamentadas», según me dijisteis entonces que aseguró, frotándose inconscientemente las manos, que sacó sin pensar del hábito.

—Te aseguro que Luis, en aquel momento, cuando comprendió que el divorcio era inevitable, si hubiera podido, habría cambiado el futuro. A pesar de saber que sus señores lo apoyarían, sus enseñanzas clericales lo atenazaban y, sobre todo, la idea de tener que aceptar que una mujer lo hubiera derrotado. Esa debilidad había de sumarla a las muchas que ya tenía y que, aun sabiéndolas, era incapaz de superarlas. Pero allí estaba el templario para ofrecer apoyo y justificación a todas sus objeciones, de modo que cuando salí de aquel salón ya habíamos decidido la separación, que había de hacerse, de momento, en absoluto secreto.

—Aceptasteis casi todo para poder partir.

—Sí, lo que más me dolió fue el hecho de no poder ver a mis hijas más que en momentos determinados y siempre en presencia de alguno de sus señores, pero comprendí que era inevitable si quería seguir viviendo, de modo que negocié la

devolución de mis tierras, que en aquel momento estaban tomadas por los afines al rey, y corrí hacia mis habitaciones para enviar mensajeros a mis señores.

—No obstante, el rey se empeñó en viajar con vos por vuestras posesiones para ir retirando personalmente a los suyos.

—Pensaba que iba a encontrar algo oculto, inexplicable o sucio, que le permitiría conseguir mayores ventajas en el divorcio, pero mis gentes supieron actuar con diligencia, de forma que cuando llegábamos a cualquiera de los lugares que visitamos, las cuentas ofrecidas a Luis eran limpias, sin nada reprochable o digno de represión. Pasamos la Navidad en Limoges y la Candelaria en Saint-Jean-d'Angély.

—De todas formas, aún quedaba el mal trago del concilio de Beaugency. Todos vuestros problemas e intimidades salieron a la luz ante aquellos señores y clérigos.

—No me incomodó en absoluto. Como le dije a Luis, quien se empeñaba en basar su deseo de separación no sólo en la consanguinidad, sino en supuestas infidelidades que le justificaran ante sus señores de no ser capaz de tener un varón, que, si a él no le importaba pasar por cornudo, a mí tampoco por puta.

—Desde luego la idea de presentar vuestras infidelidades ante el concilio era buena, basándose en las ideas con las que, sabéis, nunca he estado de acuerdo. Defienden que una mujer que mantiene relaciones extramatrimoniales queda impura por el semen extraño y puede contaminar, al unirse con su esposo de nuevo, la descendencia de ambos, por lo que el hecho de no haber tenido varones era imputable claramente a vos.

—Admití todo lo que ellos quisieron, aunque mi arzobispo de Burdeos, Godofredo de Loroux, basó exclusivamente su defensa del asunto en nuestra consanguinidad, que por la rama de Roberto el Piadoso era en quinto grado y por la de Guillermo Cabeza de Estopa era en sexto, cuando la Iglesia no consentía matrimonios hasta el séptimo.

—No obstante, conseguisteis que vuestras hijas no fueran consideradas bastardas.

—Esa fue mi primera condición y por la que hube de ceder en no tenerlas conmigo. La Iglesia lo admitió enseguida, aceptando que nuestro matrimonio no era válido pero que, «al haber sido hecho por desconocimiento, las hijas eran legítimas».

—Lo que nunca llegué a entender es que el rey, por lograr el divorcio, aceptara perder todas vuestras posesiones.

—Nuestro matrimonio nunca fue del agrado de muchos de sus señores, que se sentían vejados por mis gentes del sur, según ellos, ruidosas e inconstantes y amigas de juergas y gastos. La realidad era que sabíamos vivir mucho mejor que ellos, aparte de que nuestras tierras nos lo permitían, por ser mucho más ricas que las suyas. Todos los problemas del reino, originados casi siempre por la ineptitud de su rey, a mí habían sido imputados. Además, estaba el inconveniente de la falta de un heredero, algo que para mí fue la libertad, pero que se había convertido en la comidilla de la corte, en la que se aseguraba, sin lugar a dudas y debido seguramente a mis escarceos amorosos que nadie ponía en duda, que jamás podría gestar un varón. Suger, mucho

más inteligente y pragmático que todos ellos, contenía los celos exacerbados de Luis y las insidias de los suyos, en bien de la unión de las dos tierras, que sólo ventajas podría traer para ellos, pero una vez muerto el abad, las cicaterías y las ambiciones personales de sus barones, mermadas por la valía de algunos de los míos, dieron alas a los enfermizos celos del rey, para librarse así de mí y de mis señores, aunque para ello hubieran de pagar el alto precio de la pérdida de mis posesiones.

—Sus arzobispos se basaron preferentemente en el asunto del adulterio para conseguir el divorcio, asegurando que no sólo habíais traicionado el juramento de fidelidad y obediencia que toda mujer debe a su esposo, sino también el debido a vuestro rey y señor natural.

—Y, bla, bla, bla... Puedo asegurarte, Blédhri, que apenas los escuchaba; sólo deseaba que aquella mascarada terminase y partir para siempre de aquellas tierras lluviosas y frías, buscando el sol y la alegría de las mías del sur.

—Y así lo hicisteis inmediatamente, en cuanto terminó el concilio de Beaugency, poniendo en peligro vuestra seguridad y la de los pocos que os acompañamos, por no querer esperar a que algunos más de vuestros señores vinieran a buscaros.

—Quería dejar cuanto antes resuelto el asunto. Sabía que una mujer sola en un mundo de hombres tenía poco que hacer, a pesar de contar con el apoyo de la mayoría de mis barones. Decidí emprender el viaje, a sabiendas de que en cualquier momento podía ser raptada y obligada a casarme con cualquiera de los varios nobles cuyos territorios habíamos de atravesar.

—Es curioso el funcionamiento de la sociedad —filosofó Blédhri—. La hipocresía es la norma y lo chocante es que es aceptada por todos y, aunque sabemos de sus múltiples mentiras, construimos nuestras vidas sobre ellas y continuamos marchando.

—Esa reflexión la haces pensando en nuestros cuentos caballerescos, ¿no?

—Exactamente, señora. Se supone que nuestros caballeros protegen a los débiles y a las damas, y son capaces de entregar su vida por ellos.

—Sí, todo muy tierno y hermoso, pero en cuanto median sus intereses, se olvidan de sus juramentos de pantomima y utilizan a las féminas como piezas en su juego de poder. No obstante, yo conocía de sobra los peligros a los que me enfrentaba y mandé por delante de nuestra comitiva a unos pocos hombres, disfrazados de mercaderes, para que pudieran llegar a las gentes de toda clase y conocer intenciones.

—Así nos enteramos de los proyectos de Teobaldo de Blois, aquel Domingo de Ramos en que habíamos decidido descansar en su ciudad. Recuerdo que vos teníais deseos de visitar el mercado, que se había instalado en las afueras, para comprar algunas telas que os permitieran remozar el vestuario, bastante olvidado en los últimos tiempos.

—Fue imposible, pues apenas entramos aquella tarde en el burgo, por medio de nuestros espías conocimos las intenciones de Teobaldo. Angustiados, esperamos la llegada de la noche y, como ladrones, partimos en silencio, sin siquiera encender una

antorcha; menos mal que la luna volvía blancos los caminos, porque cabalgamos sin detenernos hasta la aparición de la aurora, para separarnos lo más posible del conde.

—Y otra vez nos avisaron los exploradores de una nueva conjura, y ahora se trataba del hijo de Godofredo de Anjou, el segundón, quien, enfadado por las prerrogativas que su padre había concedido a su hermano Enrique, trataba de resolver su vida del mejor modo posible, casándose con una mujer rica.

—Nos esperaba junto a Port-de-Piles, el vado más tranquilo del río Creuse, por donde, necesariamente habríamos de cruzar. Pero una vez sabidas sus intenciones, seguimos el cauce y vadeamos el Vienne, para buscar luego, desde la otra orilla, el punto que habíamos tenido que dejar y que era el más próximo y sencillo para llegar a Poitiers. Al galope, burlamos así las pretensiones del joven, quien vio como el futuro se le escapaba una vez más de entre las manos.

—Pudimos llegar a la ciudad sin mayores problemas y en ella pasamos el mes de abril, celebrando fiestas y banquetes y organizando el gobierno del ducado. Fue una alegre primavera.

—Para los que ignoraban mis planes desde luego, pero para los pocos que estaban al corriente fue más bien angustiosa. Hubimos de preparar una boda sin que nadie se enterase. Y eso es muy difícil de conseguir cuando hay varias personas involucradas. Tengo que decir que tanto tú como Rancon supisteis moveros con absoluta discreción. Incluso pudimos celebrar un banquete al que asistieron los barones más destacados de mis tierras y las campanas de la catedral de San Pedro, el día dieciocho de mayo, sonaron a fiesta para anunciar que la unión había sido consumada.

—Cada vez que me imagino la cara que se le quedaría a Luis cuando le llegó la noticia, no puedo por menos que reír —apuntó Blédhri, resoplando para intentar hablar al tiempo que reía—. No sólo no le pedisteis permiso, como era vuestra obligación, al ser vuestro señor natural, sino que sus más negros celos y sus sospechas de infidelidades se veían confirmadas. Al haber desaparecido el padre, Godofredo Plantagenet, os habíais casado con Enrique, su joven hijo de diecinueve años.

—Sí —rio también la reina—. Pero lo que él no sabía era que el trato siempre había sido ese. En ningún momento Godofredo pensó en dejar a su esposa Matilde, porque ella era el puente que necesitaba para conseguir Inglaterra. Desgraciadamente, la muerte cortó sus planes, pero ya se encargó su vástago, tan ambicioso y capaz como él mismo, de realizarlos. Mi pretensión con ese matrimonio era unir Anjou y Normandía con mis tierras, lo que conseguiría aislar los territorios francos. Eso era lo que había temido el buen Suger, y Luis, incapaz e inseguro, no supo darse cuenta del alcance del problema, cegado por los celos y consejeros poco escrupulosos, o tal vez algo idiotas.

—Creo que ese fue el momento más creativo de vuestra vida.

—Yo diría que uno de los más creativos y, sobre todo, el que viví con mayor intensidad, empujada por la audacia de Enrique, quien no veía fronteras ni

inconvenientes a la consecución de sus deseos. —La reina detuvo la relación de sus recuerdos, para plegar cuidadosamente uno de los lazos de su corpiño. Luego, satisfecha al parecer con el resultado, afirmó—: Sí. Entonces pensé que, por fin, había acertado.

Antes de la salida del sol ya estaba dispuesta la comitiva para seguir viaje hasta Lizarra. La noche, clara y gélida, había dejado carámbanos colgados de los aleros y la vegetación vestida con llorosas marañas de hielo. Los planes de Mercadier y Elías eran cruzar Puente la Reina. Respondiendo a la pregunta de Leonor, Blédhri informó que el nombre se debía a la soberana que había mandado construir un puente de seis arcos, con una capilla en medio, dedicada a la Virgen del Puy, y una gran puerta, ya en las murallas, donde se pagaba el peaje. Al parecer no estaba muy claro si los honores debían llevárselos una tal doña Mayor o su nuera Estefanía. «Probablemente —opinó Mercadier, siempre tan pragmático—, una lo comenzaría y la otra lo acabó», comentario que cortó el asunto de la maternidad del puente y dio pie a las estrategias pensadas para la etapa.

Tenían intención de hacer allí una corta parada para entrevistarse con los numerosos francos que habitaban la ciudad y para rezar una oración en la iglesia de Santiago, ya que el arzobispo opinaba que, ya de estar en el Camino, aunque no pudieran llegar hasta el final de la peregrinación, no deberían despreciar la protección del apóstol. Así se hizo y continuaron la marcha hasta llegar, ya entrada la noche, a Lizarra.

Los francos que desde hacía décadas habitaban la ciudad no habían olvidado sus orígenes y recibieron a la reina con todos los honores. Consiguieron habitaciones para ella en el mismo Palacio Real, donde le ofrecieron un gran banquete, que Leonor hubo de soportar sonriente, cuando su espalda pedía a gritos descanso en posición horizontal. Agradeció que la corte anduviera en uno de sus frecuentes viajes, porque el pesado protocolo habría conseguido fatigarla aún más. Decidieron descansar un día. A la mañana siguiente asistió a la celebración de una misa en San Pedro de la Rúa, visitó las obras de la nueva iglesia de San Miguel Arcángel, y de nuevo una comida, que acortó todo lo posible aduciendo grandes tareas que había de realizar aquella tarde, antes de la salida del próximo amanecer.

—Podéis iros —concedió a Josselin y a Ranoul, sus amanuenses, quienes la habían seguido, convencidos de que sus trabajos iban a ser requeridos aquella tarde—. Acabo de decir una mentira —se encaró ahora con Roger, su capellán, sonriendo con picardía—, pero no pienso confesarme de momento, así que también podéis iros. Y vosotras —se dirigió a sus mujeres, que esperaban sin saber qué hacer—, si deseáis salir a pasear o hacer compras en la ciudad, tenéis mi permiso. Yo voy a estar ocupada.

—Señora —los tres hombres se inclinaron y salieron de la estancia, seguidos de las carreritas de las rientes jóvenes, que se ajustaban las capas, sabedoras del intenso frío reinante, pero que de momento parecía no importarles demasiado ante unas horas

de libertad. Sólo Ágata, la vieja niñera, buscó acomodo junto a uno de los ventanales con el cesto de los hilos en el regazo. Cuando todos se hubieron ido, la reina pareció rejuvenecer para decir:

—A lo nuestro, Blédhri, que aún queda mucha vida que contar y no sé si habrá tiempo.

CAPÍTULO 10

— La gente no entendió muy bien vuestra elección en aquel momento —cogió el hilo inmediatamente Blédhri—. Incluso algunos de vuestros señores os criticaron, aunque no dejaran de apoyaros.

—Tontos habrían sido de no hacerlo. Además, yo los propicié con regalos y prebendas inmediatamente después de la boda. Pero no habría sido necesario; Enrique era un hombre muy atractivo, culto, apuesto y audaz; ambicioso, sobre todo. Todos conocíamos sus pretensiones a la corona inglesa y en un principio parecía respetar nuestras tierras, aunque no me gustara su deseo de separarme de mis gentes, instalándose en Normandía. Eso debió advertirme del peligro, pero estaba ya embarazada y él proyectaba desplazarse a Inglaterra. Quise pensar que lo hacía por protegerme, ya que no había puesto ningún inconveniente cuando, inmediatamente después del enlace, emprendí el viaje por mis dominios, concediendo mercedes a mis barones, a los monasterios y algunas de las ciudades.

—Sí. He de reconocer que Enrique sabía ser muy atrayente cuando lo deseaba. Era un hombre encantador, aunque sus ataques de bilis negra eran temibles.

—Desde luego, era preferible no hacerlo enfadar. Pero por mucho que sus ojos pasaran de un gris inocente y casi infantil al rojo de la sangre, en la vesania más exacerbada yo nunca le temí; cuando las cosas empezaron a ir mal, lo desafiaba constantemente. Quizá hoy no habría obrado así; la juventud es demasiado impulsiva y rebelde —quiso justificar la reina, aunque en su fuero interno no lo consiguió, porque ahora ya sabía que, para gobernar un reino, o a un hombre, hay que saber callar a tiempo, para no penetrar en lo que él considera su espacio, marcado por una sociedad creada por y para ellos, o al menos no hacerlo de cara—. Aunque desde el principio preferí controlarlo desde el afecto. Eso funcionó muy bien en los comienzos de nuestra relación; luego... —suspiró la reina con un cierto cansancio. Continuó con

un nuevo tema, sacudiendo la cabeza para borrar recuerdos indeseables—: Luis nos llamó a París, para pedir explicaciones por mi falta de información ante la boda. ¿Te has acordado de eso? —interrogó al anciano, quien tomaba notas de vez en cuando.

—Desde luego que sí. Je, je —rio, pícaro—. Y también he escrito ya los planes para invadir Normandía, al tiempo que Godofredo de Blois, el hermano resentido de Enrique, se encargaría de fomentar revueltas en Anjou. He de reconocer que ese plan sí que era inquietante. Sobre todo porque ya Enrique se encontraba en Barfleur para embarcar hacia Inglaterra cuando le llegaron los rumores. Pero reaccionó inmediatamente, como de costumbre, sin inseguridades ni dudas. Reunió a sus nobles de Normandía y, en unas seis semanas, recuperó Neufmarché, Pacy, Brezolles, Marcouville y Bonmoulins. —Respiró profundamente Blédhri, después de lanzar los nombres de las villas de corrido—. Como veis —presumió, con un cierto orgullo—, aún me acuerdo de todas las plazas que arrebató a Luis. Se dirigió luego al condado de Anjou y allí se enfrentó a Godofredo. Lo venció en Montsoreau, lo que persuadió definitivamente al franco de su derrota; y no sólo en su matrimonio, sino también en sus elaboradas venganzas, las cuales carecían de operatividad, aunque les sobrara inquina.

—No recordaba yo tanto detalle —admitió Leonor, asintiendo—, aunque es normal, soy al menos —se burló, exagerando su seriedad— dos o tres años mayor que tú. —Entornó los ojos y volvió a ver a aquel niño de vestidos extraños que llegó un día al palacio en compañía de su abuelo, un anciano de largas melenas blancas, quien la miraba con tristes y amables ojos azules, ya casi descoloridos por la vejez. Se guardó de poner en voz alta sus recuerdos, pues sabía que eran dolorosos para su amigo, así que los dejó de lado y volvió a tomar el hilo de su discurso—: Luis se encontraba muy solo. Sus principales consejeros habían muerto. Perdió a Teobaldo de Champaña, a Raúl de Vermandois y, sobre todo a Suger, quien había sido el verdadero sostén del reino. Aquel plan para deshacer nuestra reciente avenencia, que lo había reducido a reinar sólo de nombre, porque sus territorios, sin mis posesiones, apenas tenían entidad, fue la expresión de su última rabieta y quiso ser una dolorosa represalia contra la mujer que lo había derrotado. Pero nuevamente hubo de retirarse y aceptar que no tenía nada que hacer porque, aunque yo fuera sólo una fémina y no debía empuñar la espada, me había buscado un gran guerrero, el cual no estaba dispuesto a permitir que nadie se opusiera a sus ambiciones.

Al año siguiente, en enero, Enrique se embarcó para Inglaterra y yo quedé en Normandía a la espera, no sólo de nuestro hijo, también de que sus gestiones fueran por los derroteros que nos habíamos marcado.

—¡Señora! —Evaporando frío y humedades, tres o cuatro de sus mujeres, entre las que se encontraba Brianda, irrumpieron en la estancia; parecían agitadas y temerosas.

—¿Qué os ocurre? —preguntó la reina, dándose cuenta de que su entrada había sido demasiado precipitada y de que afuera ya era de noche—. Brianda. ¿Dónde están

las demás? —llamó con tono enérgico a la muchacha, quien permanecía detrás del grupo, queriendo pasar desapercibida—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, al tiempo que se levantaba, apoyándose en los brazos del sillón, ya completamente alarmada.

—Señora —habló la joven, bajando la cabeza—. Esta mañana, durante la comida, alguien nos contó que en el monte cercano habitaba una mujer que podía adivinar el porvenir, y mientras algunas visitábamos las iglesias y las tiendas otras preguntaron por el sendero para llegarse a ver a la anciana, y ha transcurrido ya demasiado tiempo y aún no han vuelto, cuando aseguraron que lo harían antes del anochecer.

—¡Estúpidas chiquillas! ¿Acaso creen que en el Camino todo es santidad? ¡Llamad inmediatamente a Mercadier!

El capitán se presentó enseguida en los aposentos de la reina. Durante el camino ya le habían advertido de lo que pasaba y ya había enviado por delante, hacia el sendero de que le hablaron, a algunos de sus hombres.

—No temáis, señora —tranquilizó a Leonor, quien pateaba la estancia, olvidada de sus rodillas y de su espalda—. Las encontrarán y las traerán de vuelta. Seguramente se habrán perdido en el bosque. Yo mismo iré a buscarlas.

—Yo puedo ayudar —se ofreció Brianda, adelantando un paso hacia los hombres, entre los que se encontraba Pedro.

—Tú quédate aquí —ordenó el mercenario—. Ya tenemos bastantes problemas. No quiero más féminas alrededor esta noche.

—Llévala, Mercadier —casi susurró Leonor—, y hacedle caso.

El hombre miró a la reina primero y luego a la mujer, se encogió de hombros y, dirigiéndose a Pedro, mandó:

—Encárgate de ella; para protegerla, claro —se vio en la necesidad de puntualizar con una media sonrisa—. Regresaremos enseguida, señora —se inclinó y retrocedió hasta la puerta, imitado por Brianda y los demás.

—Menos mal que no hace mucho leí que el nombrado «Tributo de las cien doncellas», que los cristianos hispanos debían pagar a los musulmanes para que los dejaran en paz, era sólo una leyenda —suspiró Leonor, volviendo a sentarse—, si no, estaría aún más nerviosa, pensando que tal vez habrían sido raptadas.

—Más de una vez hemos hablado de que detrás de las leyendas siempre hay verdades ocultas. Quizá no existiera un tributo con ese nombre y con exactas circunstancias, pero está documentado que el conde Borrell de Barcelona debía pagar treinta cautivos entre hombres, mujeres y niños, por ejemplo. Se cree también que Aurelio o Mauregato entregaron mujeres a la morisma. En cambio, cuando se las pidieron a Ramiro, concretamente cincuenta muchachas nobles para casarse con ellas y cincuenta del pueblo «para sus solaces», todas vírgenes, el rey se negó y emprendió batalla contra ellos. Sin demasiada fortuna, por otra parte, hasta que el mismísimo Santiago —Blédhri sonrió casi inocente— tomó partido por sus tropas y dio muerte a más de setenta mil musulmanes, por lo que, debido a la victoria, se instauró un voto de «una medida de grano y vino por cada yugada de tierra» que deberían pagar los

habitantes «desde el río Pisuerga hasta la costa del Océano».

—Menos mal que existen los tributos —sonrió a su vez Leonor—, en caso contrario, no sé qué harían los santos y las vírgenes en el cielo sin tener de qué comer. Y, por cierto, Bléd, ¿cómo sabes tanto de la historia de estas tierras?

—El abuelo de mi abuelo, antes de viajar a las tierras de Eire, vivió entre los astures, un pueblo bravo e indómito, que se había resistido a la conquista de Roma mucho más que nuestros admirados galos. Además...

—Sí, ya sé —lo interrumpió la reina, manoteando—. Te has pasado la vida consultando viejos textos de todas partes del mundo. Recuerdo muchos días de niñez, cuando te buscaba para jugar y tú rechazabas la diversión, por hurgar, junto con tu abuelo, entre los pergaminos de nuestras casas.

—El mayor placer que un hombre puede experimentar es el de la búsqueda. Ni siquiera el hallazgo puede ser tan estimulante. Sólo en las experiencias vividas ya por los antepasados se pueden encontrar orientaciones y respuestas, si es que hay alguna o están, que no lo creo, al alcance de nuestras pobres entendederas.

—Recuerdo un momento de especial relevancia en que me asegurasteis que llegaría a ser reina de Inglaterra, cuando apenas contaba doce años.

—Sí, yo también lo recuerdo; fue una tarde lluviosa y desapacible en que acompañaba a mi abuelo, ordenando y clasificando algunos de los pergaminos de vuestro palacio de Burdeos. —Blédhri perdió la mirada en aquella estancia, fría y oscura, llena de escritos, algunos en lenguas desconocidas, que atestaban los maderos colocados alrededor de las paredes, a modo de soportes, y aun se amontonaban en el gran tablero central y hasta en los rincones, desparramados por el suelo—. A la luz incierta de las velas, que temblaban por las corrientes de aire que se colaban por todas partes, apareció una copia de un escrito del clérigo galés Geoffrey de Monmouth. Aseguraba el autor haberlo encontrado en el lugar secreto en que Merlín mismo lo había escondido. Mi abuelo lo leyó sin demasiado interés porque desde el primer momento supo que había sido escrito para justificar la invasión normanda, pero cuando cayó en la cuenta de que algunos de los hechos que relataba aún no habían sucedido en el momento de su redacción, se detuvo en su interpretación y, sobre todo, llamó su atención aquella frase «... su águila anidará sobre el monte Aravio^[1]...».

—Tu abuelo me miró con aquella tristeza suya, que parecía no esperar nada porque ya había vivido demasiado, y, aunque me comunicó sus deducciones, lo hizo sin ningún entusiasmo, influenciado probablemente por su primera idea.

—Es que, sobre todo en la parte inicial de la profecía, los hechos aparecían demasiado claros. Aseguraba que «una raza vendrá con madera y túnicas de hierro... la semilla del dragón blanco será arrancada... seguirán luego dos dragones...». Después continuaba, y eso fue lo más sorprendente «... vendrá un león de justicia, cuyo rugido hará temblar las torres de la Galia y los dragones... los cachorros del león se transformarán en peces y su águila anidará sobre el monte...». Bueno, ya sabéis... Parecía referirse en el comienzo a Guillermo el Conquistador que llegó en

barco; los dos dragones a los que alude son sus dos hijos. Enrique Beauclerc, el tercero, sería el «león de justicia» y que, a su vez, ve perecer a sus vástagos en el mar, en el trágico naufragio del *Blanche Nef*. De esa fatalidad y, más tarde, tratos políticos y escaramuzas, vuestro esposo se hace con la corona de Inglaterra y vos, el «águila de Aquitania», os convertís en reina, como aquella tarde mi abuelo y yo acabamos deduciendo y, con una cierta inseguridad, os predijimos. Digno de estudio sería el hecho, que ya entonces nos inquietó, de que muchos de los sucesos aún no hubieran ocurrido en la fecha en que se redactó el documento, fuera o no profecía de Merlín o simplemente un apaño de Geoffrey... Debería detenerme más en esas teorías —casi murmuró para sí el anciano, cabeceando a un lado y otro, al tiempo que apretaba los labios—, que aseguran que todo está escrito o programado o pensado en alguna parte. Si fuera capaz de encontrarlo, sólo tendríamos que acceder a ese depósito, o lo que sea, para saber con claridad el desarrollo del tiempo. —Blédhri calló, dejándose arrastrar por el placer del misterio, halando a Leonor, inconscientemente, a su estado.

—Lo más curioso es que, años después —dijo la reina al cabo de unos momentos, sin recuperar la mirada que había perdido más allá de las paredes de la estancia—, cuando se celebraba el concilio de Sens, Jean d'Etampes, aquel anciano estudioso que rodaba de castillo en castillo, pidiendo solamente que le permitieran leer sus pergaminos, se me aproximó para decirme casi lo mismo.

—Sí, él también había interpretado lo escrito en el mismo sentido. Creo recordar que os dijo que tendríais un ala sobre Francia y otra sobre Inglaterra.

—Concretó aún más cuando le dije que no me imaginaba a Luis repitiendo las hazañas de Guillermo; me dijo entonces que la profecía de Merlín no se refería a Luis, cosa por otra parte bastante lógica, sino a mí.

En ese momento se abrió la puerta con violencia y varios hombres entraron, portando en brazos a tres muchachas, sucias, desmayadas y sangrantes.

—¡Santo Dios! —Se levantó la reina, parpadeando, como recién salida de un sueño, al tiempo que se acercaba a los recién llegados—. ¿Qué demonios les ha ocurrido a estas chicas?

—Han sido violadas y golpeadas hasta dejarlas por muertas —se adelantó Mercadier, quien apretaba los puños y se mesaba los cabellos a intervalos regulares.

—Pero no están... muertas, ¿verdad? —quiso tranquilizarse Leonor, pensando en las consecuencias políticas y en las reacciones de los nobles que le habían confiado sus hijas para su educación.

—No. No lo están, señora —se adelantó el arzobispo, abandonando su espada en manos de su sobrino Pedro—. Con vuestros cuidados y un par de días de descanso estarán bien. Aunque pienso que sería conveniente que este hecho no saliera de aquí, por el futuro de las jóvenes y por los inconvenientes que podrían derivarse de las relaciones con sus familias.

—Tenéis razón, Elías —aceptó Leonor, indicando con un gesto a Ágata que preparara lechos.

—Pero, señora —intervino Mercadier un tanto rojo y alterado—. El secreto nos obligaría a dejar el caso impune y no creo que debamos transmitir la idea de que nuestras mujeres no tienen quién las defienda.

—Haced todo lo que esté en vuestras manos para castigar al responsable o responsables —ordenó la reina, mirando al mercenario—, pero disfrazadlo de una riña callejera o de un ajuste de cuentas que nada tenga que ver con nosotros. De hecho, mañana, si la vida de las jóvenes no corre peligro, las dejaremos aquí al cuidado de Ágata y algunos de vuestros hombres, y nosotros continuaremos camino como si nada hubiera ocurrido. El arzobispo tiene razón. Hemos de preservar el honor de las mujeres, puesto que se trata de su futuro y, en muchos casos, del de su familia. Nadie debe enterarse de esto. ¿Me habéis oído Mercadier?

—Desde luego, señora —aceptó el hombre, retrocediendo un paso, al tiempo que resoplaba ligeramente—. Ahora, si me lo permitís, recorreré las tabernas y los albergues a ver si consigo enterarme de algún chismorre que me permita saber quién lo hizo, aunque —titubeó, inseguro—, sin poder emplear medios «persuasivos», va a ser casi imposible y tendremos que partir mañana sin haber hecho justicia.

—Podéis iros —cabeceó Leonor, dirigiéndose hacia los lechos donde habían sido acostadas las muchachas, alrededor de las cuales se removían inquietas las otras mujeres, que ya habían comenzado a desprender los destrozados vestidos.

Salieron apresurados los hombres y, un poco más tarde, buscando el descuido de las demás, Brianda, quien cerró cuidadosamente a su espalda. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y, arrimada a las paredes en sombra del palacio, traspasó el umbral de una pequeña puerta que, en el jardín, detrás de unos espinos, permitía dejar la mansión sin pasar por delante de la guardia.

Con pasos apresurados y sigilosos se orientó por las callejuelas hacia el sendero que subía al montejo, por donde habían marchado las muchachas. Enseguida se vio envuelta en una espesa vegetación que oscurecía aún más la noche. Sin dudarlo, caminó por una veredita hasta llegar al claro donde habían estado poco antes, y desde el cual pudo decir dónde se encontraban las chicas a los desorientados hombres que las buscaban. Ahora se detuvo, mirando alrededor, tratando de penetrar la niebla y la humedad que lo envolvía todo.

—Sé que estás ahí, observándome —dijo en voz alta, dirigiéndose a la zona más espesa, cerrada casi por los desnudos espinos—. Necesito hablar contigo. Por favor, muéstrate. —Aguardó unos instantes, sintiendo extraños ruidos que parecían venir de todas y de ninguna parte—. No tengo miedo y no me iré hasta que me permitas verte. Hoy se ha cometido aquí un atropello y quiero venganza.

—¿Venganza, dices? —Unos tonos roncós, de extraños ecos, salieron de entre los espinos—. Cuídate del ajuste de cuentas. Al parecer no es a nosotros, o mejor, a vosotros, los mortales, a quienes corresponde vengarse —aclaró la voz con una cierta insatisfacción.

—No he venido aquí para que me sermonees. Te he visto mirando cuando

buscábamos a las jóvenes; por eso he vuelto. Estoy segura de que has podido ver a los responsables del ultraje; quiero que me digas quién o quiénes han sido.

—Llevo décadas en este bosque. Puedo contemplar todo lo que ocurre.

—Entonces acércate y dime lo que has visto y cómo se produjo. No tengo toda la eternidad para resolverlo.

—Ya, esa es la gran diferencia. Yo sí que la tengo, porque desde que supe que había muerto, busco la salida de este bosque y, a pesar de las muchas estaciones pasadas nunca la encuentro, de modo que he aprendido, si es que en este estado se puede aprender, que no debo precipitarme, que nada tiene importancia y que lo que me sobra es tiempo —al acabar su perorata, un hombre alto y ancho, vestido de sucios harapos, con los pies descalzos y el cabello y la barba llenos de hojas y desperdicios, salió de entre las zarzas sin parecer notar sus pinchazos. Su rostro cadavérico, de ojos inyectados en sangre y labios purulentos, hizo dar un paso atrás a Brianda, quien enseguida se repuso al notar la malvada sonrisa que esbozó el hombre, percibiendo su miedo—. Acabas de decir que no me temías —se convulsionó con una risita malvada—. Llegué a creerte, fíjate qué bobada. —Y soltó unas carcajadas que erizaron los vellos del cuerpo de la mujer, quien hubo de hacer un acto de voluntad para continuar en su sitio y no echar a correr monte abajo, olvidándose de la misión que se había impuesto.

—Me has sorprendido, eso es todo —justificó, avanzando incluso en la dirección del aparecido—. No tengo tiempo que perder con esas tonterías tuyas. ¿Acaso te sientes mejor sabiendo que las gentes te temen?

—Pues mira, sí. Es la única satisfacción que me queda, asustar a los que atraviesan el bosque con ruidos y lamentos, porque, desgraciadamente, no pueden verme. Y, por cierto, ¿por qué tú sí puedes hacerlo?

—No tengo ni idea ni me interesa en absoluto en este momento. Lo único que deseo saber es si conoces a los autores de la fechoría.

—Pues no es que los conozca bien, eran unos más de los muchos que atraviesan las breñas. Cuando pasaron ululé y moví alguna rama, pero no me prestaron ninguna atención —suspiró desencantado, para luego encandilarse al continuar—. No así las chicas; ellas sí que pasaron miedo, je, je, je. En el fondo me fastidió que las alcanzaran y las golpearan y... eso; después ya no me hicieron ningún caso. Tienes que ponerte en mi lugar —quiso justificar el aparecido—. El tiempo aquí, sin ninguna diversión, se hace eterno... je, je, je... —Se calló, mirando a Brianda con una cierta expectación, y luego, frustrado, puntualizó—: He hecho una gracia; no entiendo por qué no te ríes.

—Porque tengo problemas mucho más grandes que no me permiten reír. Deseo que me digas de una vez quién ha sido el canalla que ha hecho esto.

—¿Problemas? Los mortales no sabéis lo que es un problema. Yo tengo un problema. Te dije antes que llevo décadas en este bosque, desde que morí, después de castigar a un leñador que mató un conejo en mis tierras sin permiso. Tenía derecho;

yo era su señor. Así que, cuando me lo encontré cantando por el sendero, camino de su casa, con el conejo en la mano, lo atropellé con el caballo y luego, ya en el suelo, lo golpeé hasta matarlo. Tan entretenido estaba que no vi que su hijo pequeño, quien durante todo el tiempo había estado gritando no sé qué zarandajas de que era la primera comida que comían en una semana y que tenían hambre y que su padre era un buen hombre y... total, que me machacó el cráneo con una piedra. Cuando me di cuenta de que me había matado, quise salir del bosque para dirigirme a mi castillo, para un entierro digno y eso... Pero no soy capaz de encontrar la salida y aquí ando, dando tumbos desde hace... no sé cuánto tiempo. Esos son problemas y no unas cuantas bofetadas a unas crías que no se dejaban fornicar —se detuvo unos momentos, un tanto despistado, para concluir—, como si eso fuera algo tan terrible...

—Tal vez si me dices quién lo hizo —apuntó, ladina, Brianda—, yo pueda ayudarte a salir del bosque.

—¿Podrías? —se interesó inmediatamente el hombre, dejando que una baba vercosa le escurriera por la comisura de la boca.

—Creo que no sería difícil. Yo puedo verte. ¿Con cuántas personas te has encontrado que pudieran hacerlo?

—En el tiempo que llevo aquí con ninguna —admitió el aparecido, cabeceando a un lado y otro—. ¿Acaso eres una hechicera o algo así?

—Algo así.

—Entonces tú misma podrías ver a los hombres que lo hicieron. Temo que pretendes engañarme —dudó el fantasma, apartándose del sendero.

—¡Espera! —Lo detuvo la mujer—. Efectivamente los veo, pero sólo de espaldas, cuando estaban sobre las chicas, golpeándolas. Veo que uno de ellos tiene el pelo rojo.

El aparecido se detuvo, volviéndose a mirar a Brianda con sus globos oculares casi fuera de las órbitas.

—Realmente eres una hechicera. Entonces sí que podrías ayudarme. Pues demuéstramelo; condúceme a la salida.

—Antes dime lo que deseo saber.

—¿No te fías de Hernán de Lizarra? —Se molestó el ánima.

—No me fío de un hombre. De modo que si no me dices quién fue el responsable, no te mostraré el camino.

—Está bien. Fueron tres, y supongo que son hermanos o... —dudó, rascándose la pelambreira, que se desprendió de su cráneo en un puñado mugriento— primos, quizá. Los conozco porque son igualitos que su abuelo, con quien compartí cacerías, comidas y borracheras. Pertenecen a la casa de Eunáte, así que, aunque los denuncies, nadie te hará caso.

—Pero el rey...

—El rey depende de sus señores, no seas tonta. No les hará nada. Aunque se me ocurre algo. Si pudieras traerlos aquí y, por un casual, murieran —y acompañó sus

palabras con un supuesto corte en la garganta—, a lo peor tendrían que quedarse como guardianes del bosque, lo cual podría facilitar mi marcha.

—Puedo traerlos. Si me dices dónde están los llamaré y los haré venir.

—Pues a estas horas durmiendo en sus piltras. Mira, allí, sobre aquel cerro. — Señaló hacia el ocaso con su dedo mugriento, de uñas largas, sucias y azulinas, la silueta de una oscura fortaleza de piedra, cuyo contorno apenas se distinguía entre la oscuridad y la niebla—. Aunque —dudó—, también puede que estén divirtiéndose en la taberna.

Brianda visualizó a los tres hombres que ya había visto golpeando a las muchachas, pero ahora con el nombre de su familia, y trató de encontrarlos en su castillo. Su espíritu exploró las distintas salas de una fortaleza no demasiado grande pero, por lo que notó enseguida en la forma de comportarse de los criados, vacía de señores en aquel momento. Buscó entonces en una taberna que había visto al pasear por la tarde la ciudad y allí sí que contempló a tres hombres que bebían y sobaban a unas mujeres. Uno de ellos tenía el pelo rojo. Los llamó por el apelativo de su clan y, como autómatas, dejaron la cantina para dirigirse al monte.

—Ya vienen —anunció al fantasma, quien la observaba con una cierta curiosidad en sus verdosos rasgos.

—¡Estupendo! —exclamó él con una risita de burla—. Ahora sólo tienes que matarlos.

—Se matarán solos —aseguró ella, buscando un rincón entre los matojos.

Al poco, los tres hombres aparecían en el claro, con una expresión ausente, como si estuvieran dormidos. Hernán los observaba, un tanto despistado. Les pasó incluso la mano grisácea, de la que faltaban algunos pedazos de carne, ante los ojos, pero no se movieron. De repente, todos sacaron sus espadas y empezaron a pelear, sin que una mínima palabra mediara entre ellos. La sangre comenzó a correr, ya que sus golpes no eran de juego ni de práctica, eran a muerte. Al poco, los tres cadáveres se desangraban sobre la humedad del sendero ante los ojos desorbitados de Hernán, quien se volvió a Brianda, la cual salía ya de su escondite.

—Realmente eras una poderosa hechicera —admitió convencido—. Si yo estuviera vivo te haría quemar, porque eres un gran peligro para los que aún respiran.

—Y para los muertos... creo —dudó—. Pero no temas —se apresuró, al ver retroceder a Hernán—. He hecho un trato contigo y deseo cumplirlo. Sígueme y te conduciré a la salida del bosque. Puedo, si lo deseas, guiarte hasta tu mansión.

—No, gracias —correspondió muy fino el aparecido, separándose unos pasos de ella—. Con que me lleves hasta el final del sendero será suficiente; a casa llegaré solo.

—Bien. Sígueme entonces. —Y la muchacha comenzó a andar, con el muerto unos pasos detrás de ella. Al llegar al final del bosque se volvió y vio como Hernán la buscaba, con los ojos perdidos, llamándola, sin poder verla.

—¡No te vayas! Prometiste sacarme del bosque. No me dejes aquí otra vez.

—No me he ido —gritó ella, volviendo sobre sus pasos y acercándose al hombre—. Estoy aquí, sólo tienes que seguirme para salir. Ven conmigo —e incluso intentó tomarle la mano, que se escurrió entre las suyas, como si de agua se tratara. Después de varios intentos de comunicarse con el difunto, comprendió que no estaba a su alcance sacarlo de su infierno particular, así que, envolviéndose en su capa, tomó el camino de regreso, oyendo a sus espaldas los ayes desconsolados de Hernán.

Cuando llegó a las estancias del castillo ocupadas por la reina, escuchó junto a las puertas por saber si las mujeres dormían. Dentro se oían voces y ruidos de los que dedujo que el cuidado de las heridas estaba siendo laborioso. Se quitó la capa y la envolvió, colocándola bajo el brazo, y, despacio al principio y luego con normalidad, al ver los ojos de Leonor clavados en la puerta, penetró en la estancia. Se arrodilló ante la reina y, en un susurro, informó:

—Señora, los canallas que dañaron a nuestras muchachas no volverán a hacerlo.

—Bien —acertó a modular Leonor, mirándola con temor—. Acuéstate; vendrás cansada.

Ágata y uno de los médicos de la reina, junto con algunas de las mujeres y varios hombres, cuidarían de las jóvenes hasta que estuvieran en condiciones de viajar. Las condujeron al monasterio de Irache. En su hospital pasarían más desapercibidas que en el palacio real, si es que el rey regresaba. Al llegar se detuvieron lo justo para dejar bien instaladas a sus gentes, asegurando con una pequeña donación las atenciones de los monjes negros y, después de admirar la construcción benedictina, siguieron camino hacia Torres del Río, donde se detuvieron para pasar la noche. Todos agradecieron el calor de las chimeneas del monasterio que los Caballeros del Santo Sepulcro habían levantado, con una bella iglesia de planta octogonal. A las preguntas de Leonor respondieron de forma bastante indecisa y vaga que habían copiado un antiguo templo, sin aclarar, lo mismo que hicieran los templarios, las ventajas de ese diseño en particular.

CAPÍTULO II

— Enrique me había dejado en enero para irse a Inglaterra. Ese verano, cuando los campesinos celebraban las fiestas de las cosechas, yo pasaba horas con la Santa Espina en mi oratorio —rememoraba Leonor, enseguida que estuvieron en sus aposentos, sin apenas dar tiempo a Blédhri para instalarse a su lado— y entonces nació mi hijo. El primer chico que venía para borrar las leyendas de la maldición que pesaba sobre mí y que los partidarios de Luis se habían encargado de difundir por todo el país. Aseguraban que jamás sería capaz de gestar un varón. Lo cual era casi absurdo, ya que, según ellos, a pesar de las dos hijas que ya había dado a Luis, era estéril.

—Ese fue un momento tenso para vuestro reciente matrimonio —quiso apuntar el anciano.

—Sí. Puse nombre al niño sin contar con su padre. Siguiendo las costumbres de mis gentes, se llamó Guillermo, lo mismo que sus abuelos.

—Enrique montó en cólera cuando lo supo, pero vos supisteis aplacarlo, recordándole que Guillermo era también el nombre de su bisabuelo, el primer normando que gobernó Inglaterra.

—Así fue, efectivamente —rio con placer Leonor, rememorando su primera victoria sobre aquel nuevo marido, a quien ya entonces empezaba a ver como un rival—. De todas formas, en aquel momento no resultó demasiado difícil. En la primavera, cuando regresó para pasar la Pascua en Normandía, venía exultante; todo se había concatenado para cumplir sus deseos. Había desembarcado en la isla el día de Reyes del año anterior. En cuanto puso pie en aquellas tierras, buscó una iglesia donde orar, para agradecer que la travesía se hubiera dado sin problemas, en un tiempo tan poco propicio para los viajes. Entró en el templo justo cuando el sacerdote entonaba la antífona del día: «He aquí que llega el rey vencedor...».

—He de reconocer que el momento fue de lo más oportuno; es más, yo diría que fue un claro presagio.

—Así lo entendieron sus hombres, y Enrique, inteligente y oportunista, lo hizo propalar por toda la isla. Las gentes acogieron la noticia como un verdadero milagro y como estaban hartos de los flamencos que el rey Esteban había contratado para su ejército, porque los esquilaban sin piedad, se colocaron automáticamente del lado de mi esposo.

—Quien enseguida se hizo con Malmesbury y llegó hasta el Támesis.

—Esteban, enterado de su desembarco, reunió a su ejército de flamencos y fue a su encuentro. No obstante, el río, que bajaba imponentemente crecido, impidió de momento el encuentro, con lo que el rey, cansado y enfermo, regresó a Londres, dejando libre a Enrique para tomar el castillo de Wallingford.

—La situación se hizo insostenible entonces —apuntó Blédhri al notar el silencio de Leonor, creyendo tal vez que su memoria fallaba—. El arzobispo de Canterbury y el obispo de Winchester, hermano del propio Esteban, aconsejaron pactar.

—No les quedaba otra alternativa —se rehízo la reina, alzando la cabeza, que había bajado un instante—. Eustaquio, el heredero de Esteban era un sandio mezquino a quien odiaba todo el reino. Para muestra, baste decir que, al enterarse de que el de Canterbury aconsejaba llegar a un acuerdo, la tomó con sus tierras y gentes, devastando sus dominios, quemando las casas de sus campesinos, sus iglesias, sus abadías, sus campos... Como si imponiendo su fuerza a pobres vasallos fuera a conseguir hacerse respetar por los señores que le despreciaban.

—Estorbaba a todo el mundo. Y, probablemente, aquella pataleta inmadura y estéril le costó la vida —casi susurró el anciano.

—Siempre, aunque nadie dijo nada en aquel momento, estuve segura de que ese fue el motivo de su repentina enfermedad, la cual, en unos pocos días, lo condujo al sepulcro. En cuanto a su hermanastro, era bastardo y un inútil sin ninguna ambición ni capacidad destacable; de forma que el propio Esteban, el día seis de noviembre, reconoció a Enrique como su sucesor. Mi esposo debería limitarse a aguardar a que aquel hombre, enfermo y derrotado por la vida, sucumbiera, después de que una asamblea de señores ingleses y normandos ratificara en Winchester el acta del fin de las hostilidades y de entrar en Londres junto a Esteban en el mes de diciembre, permitiendo que el pueblo conociera la concordia. Al ver a aquel hombre joven, de ojos claros, sonriente y atento, quien estaba a punto de tomar las riendas del país y que detenía su montura para escuchar con gesto de interés profundo sus cuitas, imaginaban que su reinado les cambiaría la vida. Él, con mirada dulce y una infinita paciencia, potenció la impresión cuanto pudo; luego regresó al continente, a conocer a su hijo y a hacer otro, pues escasamente al mes o poco más de estar conmigo ya estaba de nuevo embarazada.

—Pasamos aquellos meses junto con Matilde, vuestra poderosa suegra, quien, después de reinar en el Sacro Imperio, se dedicó con todas sus energías a reivindicar

su derecho, como nieta de Guillermo el Conquistador, a la corona de Inglaterra.

—Esa, sin duda, fue la razón de su vida: colocar a Enrique en el trono. Era enérgica y no admitía desacatos o negativas. La convivencia con ella no era sencilla. No obstante, yo entendía perfectamente su manera de actuar. Era una mujer muy capaz, que no estaba dispuesta a que, por el mero hecho de ser una fémina, hubiera de retirarse a sus aposentos a bordar o hilar. Nuestras discusiones fueron frecuentes, pero ambas sabíamos que debíamos soportarnos porque nuestra ambición tenía una meta común, de forma que enseguida olvidábamos nuestras diferencias para estudiar el siguiente paso a dar.

—A primeros de noviembre llegaron los mensajeros —dejó caer Blédhri para conducir a su señora a los hechos importantes.

—Esteban murió el veinticinco de octubre. Inmediatamente que tuvimos noticia de la defunción, Enrique llamó a su madre y a mí para decirnos que viajaría junto con nuestro pequeño a Inglaterra. Matilde se encargaría del gobierno de Normandía en su ausencia, y yo, aunque ya tenía un vientre nada despreciable por mi nuevo embarazo, habría de acompañarlo también, porque mi deber era estar junto a mi esposo en su coronación. Ni que decir tiene que no puse ninguna objeción. Estaba encantada con las circunstancias que me llevaban a la acción. Iba a ser coronada de nuevo reina y ahora junto a un hombre viril y ambicioso, que no se detendría ante la primera dificultad que se le presentase, como había sido el caso de Luis.

—Inmediatamente, Enrique convocó a los principales señores y obispos de Normandía para que formaran parte de su séquito y se dirigió a Barfleur, donde nos hizo pasar a todos los días más desazonados de nuestra vida. Lo recuerdo pateando incansable los aposentos donde estábamos alojados, arriba y abajo, saliendo y entrando hasta el puerto, que, envuelto en niebla, rezumaba humedad y malos olores. Allí conversaba con pescadores, marineros y armadores, quienes, forzosamente inactivos, se emborrachaban, peleaban o berreaban en pendencias constantes, para aturdir su ansiedad por hacerse a la mar, la cual, desde hacía días, se mostraba tempestuosa y nada propicia para la navegación. Elegía a unos cuantos hombres y los hacía trotar tras él, fantasmas de la boira, de una esquina a otra del muelle, empapándolos de lluvia y de espuma, amenazando con el puño en alto a las aguas unas veces y otras rogando a San Nicolás, patrón de navegantes y viajeros, e incluso a antiguos dioses y diosas del mar para que amainara la tempestad y el piélagos le permitiera surcarlo.

—Y fue la tarde de la festividad de San Nicolás cuando, de repente, dio la orden de aparejar para el amanecer siguiente, desoyendo los consejos de los marineros que le advertían del peligro. A grandes voces, y con los ojos inyectados en sangre, los tildó de impíos e irreverentes. «¿Cómo os atrevéis a imaginar siquiera que en un día como este el santo va a permitir que naufraguemos? Vuestras palabras suenan a herejía», les dijo. Por supuesto, nadie volvió a apostillar ni siquiera con el gesto. Todo el mundo hizo su trabajo sin quejarse de la humedad que les traspasaba los

huesos y hasta mostraban rostros sonrientes y confiados, que les reconciliaran con San Nicolás, pero sobre todo con el señor del cual dependía su vida.

—Fue una travesía infernal. Los barcos se deslizaban por la panza de enormes olas hasta simas sin fondo de donde pensábamos que no volveríamos a salir. — Blédhri entrecerró los ojos, reviviendo por unos instantes aquellas horas de angustia —. La niebla nos rodeaba, impidiéndonos ver, lo cual en parte era bueno porque si hubiéramos sido conscientes del terror que nos rodeaba, tal vez no habríamos podido soportarlo. Los gritos de los hombres y las órdenes de los capitanes se perdían en el fragor de la tempestad, haciendo de los gesticulantes rostros bocas vacías y ojos furiosos o asustados.

—Incluso las mujeres, guardadas en las camaretas, estábamos empapadas, aunque —dudó la reina— no sé muy bien si de agua o de vómitos. Gritábamos y rezábamos al tiempo. Mis oraciones iban hacia el zurrón que presidía el pequeño recinto, colgado de un clavo. Allí, a mi lado, estaba la Espina. Al amanecer del ocho de diciembre los navíos se encontraron dispersos por los puertos del sur de la isla, pero todos intactos. Algún obispo apuntó que el primer paso que dar debería ser la organización de un acto religioso para dar gracias, pero Enrique, muy suave, eso sí, mirándolo con un cierto desamparo, e incluso indecisión, como consultándolo, le dijo que la celebración debería posponerse hasta llegar a Winchester, porque le parecía que otro lugar no sería el adecuado para mostrar el enorme agradecimiento que sentía. El obispo asintió complacido, nunca supe si por considerar que bien valía esperar para darle grandiosidad al acto o porque comprendiera que tras la mirada casi infantil de mi esposo estaba el brillo del tesoro de la corona de Inglaterra que se guardaba en aquel lugar y que, por tanto, lo prioritario era llegar hasta allá para hacerse con el objetivo más importante de la difícil travesía que acabábamos de realizar.

—Luego cabalgamos hacia Londres, con un tiempo endemoniado, frío y húmedo, que hizo que muchos de los hombres y mujeres tosieran constantemente, por lo que hube de multiplicarme, ayudando con mis pócimas a los médicos, que no hacían más que atender a unos y otros. Me admiré entonces de que vos, a pesar de vuestro avanzado estado de gestación, no enfermasteis en ningún momento.

—Estaba eufórica, amigo. Además, no podía permitirme semejante debilidad; habría decepcionado a mi esposo y a mis nuevos súbditos. Lo que me resultó difícil fue encontrar un vestido que no desmereciera para la ocasión y en el que entrara mi ya abultada barriga. Había traído conmigo muchísimos, pero todos marcando un talle fino, en los que era imposible embutir aquella deformidad, así que decidí hacer todo lo contrario, elegí uno de los más hermosos y mandé que se añadieran ricas telas de distinto color en los laterales, para que marcara bien el vientre. De esa forma presumía de fertilidad, riéndome de los francos y mostrando a mis nuevos súbditos que la sucesión estaba asegurada, porque su reina les daría los príncipes que necesitaran para conducir sus destinos.

—Súbditos que, por otra parte, además de haberse quitado de encima a los flamencos de Esteban y a sus inútiles descendientes, estaban encantados con la idea de un rey marinero como ellos mismos, quien, desafiando la tempestad, había arribado a sus costas para resolver todos sus problemas.

—¡Oh, sí! Esa fue otra leyenda que Enrique se encargó de difundir por todos los rincones de la isla. San Nicolás lo había protegido para que pudiera llegar cuanto antes a hacerse cargo de la corona y poner orden en el reino.

—Cosa que, por otra parte, después del día de la coronación, el dieciocho de diciembre, se encargó realmente de hacer, viajando constantemente. Conseguía así, además de gastar las rentas en el mismo lugar que las habían producido, impartir justicia junto con los propios protagonistas e instaurar una administración efectiva, ya que el gobierno de Esteban la había sumido en la anarquía.

—Aquellos fueron años de intenso trabajo porque Enrique era imprevisible; tomaba la decisión de partir en el momento más inesperado, de manera que sus visitas eran casi siempre sorpresivas, lo que le permitía un mayor control de los señores y del pueblo. Llegaron a llamarle «capa corta» porque siempre iba vestido para montar. Pero puedo decirte, sin temor a equivocarme, que fueron los más felices de mi vida. Enrique y yo nos turnábamos para viajar y gobernar uno y otro territorio. Si en el continente había alguna revuelta, mi esposo iba allá para acabar con ella y, mientras, yo quedaba en la isla ocupándome de todos los asuntos que pudieran surgir y aun de aquellos que se me ocurriera cambiar, imponer o abolir. No estábamos demasiado tiempo juntos, pero nos entendíamos muy bien, ya que ambos, en aquel momento, teníamos los mismos fines, aunque en un difícil equilibrio que las largas ausencias contribuían a atemperar.

—Realmente no perdisteis el tiempo en ningún sentido ya que vos, sin dejar de gobernar ni de acudir a donde se os necesitaba, paríais incesantemente.

—Durante esos años siempre estuve encinta. Los niños llegaban como un regalo que me reafirmaba como mujer y como reina, aunque ya empezaba a darme cuenta de que Enrique, más que integrarme en el gobierno, me utilizaba para resolver problemas surgidos en mis tierras, donde mis barones se rebelaban contra sus métodos, o para cubrir sus ausencias de Inglaterra. Pero yo prefería no creerme lo que cada día tenía ante mis ojos. Procuraba disfrutar de mis poderes, sin preguntarme qué iba a ocurrir mañana.

—Recuerdo muy bien el enfrentamiento que tuvisteis con el vizconde de Londres a favor de los monjes de Reading, quienes os pidieron justicia al ser despojados injustamente de algunas de sus tierras.

—Jean Fitz Ralph les había cedido unas tierras al hacerse monje. Dicté al maestro Mateo mis deseos. Ordené averiguar la verdad y en el caso de que la protesta de los monjes fuera cierta, devolverles sus bienes sin tardanza.

—Amenazabais incluso cuando había algún rebelde, asegurando que la justicia del rey y la vuestra propia les perseguirían hasta hacerles pagar su desobediencia.

—Me sentaba junto a él —asintió la reina, afirmando las palabras de Blédhri— en Navidad para los juicios importantes y pedía cuentas, por Pascua y San Miguel, de los molinos, las ferias, las minas... Y todo eso ordenaba consignarlo en rollos, que guardaba cuidadosamente, junto con mis propios gastos, en los que no omitía ninguno de los caprichos que me concedía, como las telas de lino para manteles, cojines, tapicerías, vajillas... Hube de equipar las casas en las que pasábamos algún tiempo —justificó—, pues carecían de casi todo. También importaba vino, harina para hacer pan o incluso el aceite para mis lámparas, ya que no soportaba el mal olor de las bujías de sebo y la poca luz de los cirios con que se alumbraban los isleños. También algunas golosinas, como especias o almendras para pastelería o incluso como cosmético. Y desde luego inciensos, que, con la disculpa de las iglesias, usaba constantemente en mis aposentos, pues la humedad les daba un desagradable tufo al que yo no estaba acostumbrada.

—La adaptación a aquella tierra fue dura al principio. Las eternas nieblas y las lluvias de aquel largo invierno que pasamos en Bermondsey, esperando el nacimiento de Enrique...

—Indudablemente habría preferido mis cálidos campos del sur, pero me dediqué a gobernar y a estudiar las posibilidades de comercio, el tráfico del Támesis con sus barcas cargadas de estaño, o los grandes navíos flamencos con sus sedosas lanas. Las mercancías que llegaban a mi puerto de Burdeos eran mucho más hermosas, pero en aquel momento me interesaba el potencial económico, y a eso dediqué aquellos meses.

—De los que salieron muchos de los encargos de los vinateros de Guyena, que conocieron una época de oro, exportando sus vinos a la isla. Y además, enseguida —cambió el tono el anciano— llegó la suave primavera en que las praderas se cubrieron de hierba y los árboles de aves. Entonces se intensificaron las fiestas y os propusisteis enseñar a aquellos bárbaros señores ingleses el goce del amor cortés.

—Todos disfrutaron con los cantos, los bailes y los poemas, pero más tarde, como siempre, lo volvieron en mi contra, atribuyéndome amoríos con trovadores o incluso con el bueno de Guillermo el Mariscal, quien siempre me fue fiel, no sólo a mí, también a mi esposo y a mis hijos. Creo que nunca entendieron el espíritu real del amor cortés —concluyó la reina, plegando despectivamente los labios—. Al igual que los francos, se tomaban las cosas demasiado en serio en cuanto faltaba el vino o la cerveza en sus mesas. No fueron capaces de comprender que aquello, por serio que pareciera, sólo era un juego para entretener a los caballeros y hacer soñar a sus aburridas esposas.

—Lo cierto es que algunos de vuestros poetas se pasaron mostrando la adoración que sentían por vos, como es el caso de Bernard de Ventadorn. Su protagonista, Aziman, la Amante, parecía un verdadero retrato vuestro. Recuerdo uno de sus poemas en que aseguraba desear que le permitierais penetrar en vuestros aposentos en el momento en que os desprendierais de vuestros vestidos...

—Para descalzarme —cortó Leonor— «de rodillas y humillándose». ¡Por Dios, Bléd! —exclamó luego, enfadada—. No me digas que tú también te creíste que tenía amores con el hijo de una panadera...

—Señora —quiso explicarse el hombre, bajando la cabeza, un tanto avergonzado—, creo que son retazos de los celos rabiosos que sentí entonces escuchando sus versos, o aquellos otros que compuso en uno de vuestros frecuentes viajes. Me parecieron hermosos y temí que lo eligierais a él como compañero. Y aún hoy temo que aparezca algún otro que os cause placer y lo preferáis a mí...

—No seas tonto... Ya hay pocas cosas que me emocionen; además, tanto hoy como hace cuarenta años, tengo muy claro que mis ambiciones están por encima de mis pasiones. ¿Crees que iba a poner en peligro mi estatus de reina por un escarceo que, te aseguro, la mayoría de las veces, para una mujer es algo decepcionante?

—Perdonadme, señora. Mi amor por vos siempre ha ofuscado mis sentidos. De todas formas, tanto vos, como vuestro esposo, supisteis colocaros muy bien en el espacio creado por trovadores y clérigos, que hicieron renacer las leyendas bretonas y célticas, dorándolas siempre de una pátina de cristianismo, para no ser tachados de herejes.

—Enrique era un gran gobernante, al menos en la primera etapa de nuestra vida juntos, después, los excesos y el alejamiento al que me forzó lo dejaron abandonado a su suerte y lo desquiciaron totalmente, pero en ese momento intuyó que debía dejar, e incluso incentivar, como así hicimos, que las gentes lo idealizaran como al nuevo Arturo, que había de venir, según los antiguos, a salvar a Inglaterra. Era, por otra parte, un enamorado de la historia. Ordenó hacer excavaciones en la región de Glastonbury, donde se alza la abadía que algunos identifican con el palacio de Ávalon. Se descubrieron sepulturas de muchísimos años atrás, pero mi esposo se encargó de difundir que se había encontrado en una de ellas la espada Excalibur, por tanto, aquel enterramiento debía de ser el del rey Arturo y, desde luego, junto a él se encontraría la reina Ginebra.

—Fuimos a visitarlos —rememoró Blédhri, sonriendo un poco de lado.

—Efectivamente, y sólo vimos unos pocos huesos, con alguna piedra tallada en forma de flecha en manos de los casi deshechos esqueletos, pero ni rastro de la espada y mucho menos nada que hiciera pensar que aquel enterramiento fuera el de un personaje importante. Pero, aun así, yo salí de allí sonriendo enigmáticamente y en un estudiado silencio, aparentando conocer un gran secreto, para que las gentes presentes, a las que no se permitía ver los sepulcros, hicieran el resto.

»No sólo hice mi política, a él lo apoyé en casi todo —evocó la reina, perdiendo los ojos en la oscuridad de la pequeña ventana—. Cada vez que alguna de sus ideas me llegaba y yo comprendía su alcance, era su primera seguidora. Después, ya en el embarazo de Juana, se empezó a rumorear que sus frecuentes escarceos amorosos se habían convertido en algo más serio. Hasta entonces nunca me había importado en absoluto lo que hiciera cuando se encontraba lejos, siempre que no causara problemas

al reino o me postergara en mi posición y derechos, pero ahora se decía que había una amante a la que mantenía en el castillo de Woodstock, donde, según las gentes, al estar tan enamorado, había hecho construir un laberinto para que nadie que no lo conociera pudiera llegar hasta los aposentos de la hermosa. Entonces me preocupé, sobre todo cuando comencé a verle tomar decisiones importantes sin consultarme, ni siquiera para utilizarme, como hasta entonces había hecho.

»Pero creo que nos estamos adelantando. Antes del asunto de la Rosamunda — casi escupió Leonor con desdén— ocurrieron algunas otras cosas muy importantes. Entre ellas, la muerte de mi pequeño Guillermo que apenas contaba tres años. —Se detuvo un instante, suspirando cansada; luego continuó—: Nacieron después mis otros hijos, hasta Juan, que fue el último y que marcó el definitivo alejamiento de su padre de mí.

—Tampoco hemos hablado de Thomas Becket.

—¡Oh, Dios! Los clérigos oportunistas me perseguían... Después de enterrar a Suger me topé con un nuevo consejero, cuyo fin principal parecía ser apartarme del poder, o al menos así lo quise ver en aquel momento.

—Pero Thomas ni siquiera pertenecía a la Iglesia, hasta que vuestro esposo, en nada de tiempo, lo convirtió en arzobispo de Canterbury.

La reina ignoró el comentario. Perdida en sus reflexiones, plegó los labios y, balanceando el cuerpo como para enfatizar el pensamiento que le rondaba por la cabeza, teorizó:

—Los humanos respondemos al esquema que Alguien tuvo al crearnos. Apenas somos capaces de aprender pequeñas cosas útiles para desempeñar el día a día. Los sentimientos y, sobre todo, las emociones básicas con las que nacemos permanecen para siempre. Después de mi experiencia con Suger, a quien yo creí mi mayor enemigo, cuando en realidad lo único que pretendía era mantener unido el reino, no fui capaz de entender los motivos de Thomas y atraérmelo. Me enfrenté con él abiertamente en muchas ocasiones, lo que hizo que mi esposo, quien empezaba a no soportar que una mujer, por muy poderosa que fuera, tratara de hacerse valer, sobre todo cuando ya no servía como reproductora, llevado de la amistad apasionada que sentía por Becket, me relegara aún más.

—Desde luego, hemos de reconocer que Thomas era un gran político. Recordad la parafernalia de su viaje a Francia para establecer una alianza con Luis.

—Sí —admitió la reina, sacudiendo sus faldas, arrugadas por el largo tiempo que llevaban sentados—. Sabía fascinar a sus presas con sus exquisitos modales y sus elegantes atuendos. Luis había disfrazado sus proyectos de pacto con el rey castellano con el deseo de hacer el Camino de Santiago, algo que a nadie le llamó la atención, habida cuenta de sus inclinaciones casi monásticas. Volvió de allí con una esposa, Constanza de Castilla. En cuanto supe que ella estaba embarazada, acaricié la idea de que naciera otra niña y se lo hice saber a mi esposo y por tanto a Thomas. Si eso ocurría antes de que Luis tuviera tiempo de pensar en otras alianzas, deberíamos

conseguir que aceptara su matrimonio con nuestro Enrique, ya que habíamos perdido a Guillermo, el primogénito. De ese modo, todo el Occidente estaría en nuestras manos y mi hijo sería el monarca más poderoso de la cristiandad.

—Vuestro esposo aprobó enseguida el plan y encargó a Becket de su ejecución.

—Thomas era irreductible cuando quería o estaba convencido de algo. Ideó una estrategia que, debo admitirlo, fue costosa pero imponente. Se presentó en París con el cortejo más impresionante que se recordaba desde los tiempos de los césares. Reunió doscientos cincuenta pajes y escuderos, cuya única misión sería marchar a la cabeza de la procesión cantando para marcar el compás de sus pasos. A poca distancia, una muestra de la montería del rey con perros y aves de caza en el puño de los halconeros, exhibiendo su buen adiestramiento; luego un carro pesado y enorme soportando una capilla portátil en la que no faltaban costosos vasos sagrados y cruces de oro y piedras preciosas; tras él, varios carros más con todos los aparejos necesarios para un viaje: alimentos, agua, vino, cerveza, leña, lechos, mantas, tiendas y, sobre todo, ropas coloristas y nuevas para todos los integrantes del cortejo, que debían pagar sus compras en los pueblos del camino, sin regatear el precio que sus habitantes quisieran poner por sus mercancías, para extender la idea de que el señor de Inglaterra nadaba en oro. Cada carro era arrastrado por cinco caballos conducidos por palafreneros, quienes, lo mismo que los escuderos y los mozos de cuadra, los cuales llevaban las riendas de los mulos que venían detrás, vestían la librea del rey de Inglaterra, confeccionada con buenas telas de brillantes colores. Un poco más atrás, para que el polvo no ensuciara sus deslumbrantes vestimentas, iban los clérigos y caballeros y, cerrando la marcha, rodeado de unos pocos escogidos, brillando con luz propia, Thomas, quien para la ocasión se había hecho coser un completo vestuario, de forma que en cada momento tuviera el atuendo perfecto que dejara al rey francés convertido en un mendigo, cosa que, como ya le advertí, no sería muy difícil.

—El asunto fue que, aunque de forma muy costosa, el fin buscado con el viaje se consiguió.

—Desde luego, Becket era insuperable a la hora de organizar y deslumbrar. Por su insistencia hubimos de realizar una segunda coronación en Worcester, en la Pascua de ese mismo año, antes del viaje. Le parecía que la ceremonia de años atrás había sido poco brillante. Quería que las noticias del sometimiento de los aquitanos, siempre tan levantiscos, el de Malcolm de Escocia, la determinación del conde de Flandes, quien nos había confiado la custodia de sus tierras y de su propio hijo cuando decidió partir hacia Tierra Santa, y nuestra decisión de acuñar moneda, todo ello, con motivo de la coronación y de los comentarios que suscitaría, se supiera en Francia.

»Indudablemente era un buen político, pero también muy estricto. Frenaba demasiadas veces mis deseos de actividad, poniendo pegas que Enrique aceptaba inmediatamente. Aunque yo me entendiera mal con él, he de reconocer su valía. ¿Recuerdas que cuando Enrique le encargó arreglar el palacio de Westminster, una

tarea que a otro le habría llevado años, él consiguió realizarla en cincuenta días?

—Desde luego. Logró que aquel establo grande, húmedo y lleno de ratas se convirtiera en un verdadero palacio. Era muy capaz y su tenacidad no admitía una negativa.

—Eso le costó la vida. Nunca he sabido exactamente si fue esa tenacidad o la soberbia del hijo de un mediocre burgués, que por sus medios y valores había llegado a lo más alto, lo que le hizo enfrentarse a Enrique, fiado, tal vez, del amor que creía tener por su parte. Pero no supo ver que mi esposo no era capaz de amar a nadie. Todos éramos peones que movía a su antojo para conseguir sus fines.

Los dos callaron durante unos instantes, sintiendo aún la pesada mano del rey muerto sobre sus frágiles cuellos. Luego, Blédhri, moviendo los hombros, quizá para comprobar que seguían en su sitio o por aliviar el anquilosamiento que sentía, continuó:

—Todo parecía salir bien en aquellos momentos. Hasta Godofredo, el levantisco hermano de vuestro esposo, consiguió su propio predio, cuando los bretones lo llamaron para hacerse cargo del ducado.

—El pobre lo disfrutó muy poco; murió a los pocos meses de viajar a aquellas tierras. Pero ahí estábamos nosotros para reclamarlas. A Luis no le quedó más remedio que cedérnoslas, y así el oeste pasó a pertenecernos. Había dos inconvenientes que el franco supo colocar en nuestro camino para evitar que toda Francia llegara a estar en nuestras manos. Prometió a mi hija María con Enrique de Champaña y a Alix con su hermano Teobaldo de Blois, nuestros enemigos de siempre. Esa fue una de las razones por las que busqué el matrimonio con la recién nacida Margarita, la cual, según la costumbre, debía sernos entregada para su educación en nuestra casa. Enrique fue en persona a recogerla, apenas tenía seis meses y Luis puso como condición que no estuviera bajo mi tutela. Eso no fue ningún problema; le buscamos un tutor intachable y profundo creyente, tanto que había organizado ya su entrada en una orden religiosa. Aceptó dilatar su proyecto el tiempo justo para que Luis, que quiso peregrinar a Mont Saint-Michel cruzando nuestras tierras, pudiera ver las inmejorables condiciones en las que se criaba su pequeña. Además, ya que mis hijas, le dijimos, estaban por medio, aceptábamos la reconciliación con las casas de Blois y Champaña.

—Así, ese año, cuando os reunisteis para las Navidades en Cherburgo, pudisteis mostrar un completo panorama de paz. Y vos conseguisteis que, de nuevo, el rey mirara hacia Toulouse, la herencia de vuestra abuela Felipa.

—Habíamos conseguido la alianza con la casa de Blois y Champaña y también el sometimiento de Guy de Thouars, del Limousin, de modo que consideré que sin esos enemigos ya podríamos emprender la empresa.

—No obstante, creo que no valorasteis demasiado el hecho de que la hermana de Luis, Constanza, era la esposa del conde de Toulouse.

—Ya lo creo que lo hice, pero de todos es sabido que Raimundo era un animal

que hacía muy desgraciada a su esposa, sin privarse de humillarla en público, así que pensé que Luis, harto como estaba de su cuñado, haría la vista gorda.

—Olvidasteis que Luis era ante todo un caballero y se negó a olvidar que Raimundo era su vasallo y tenía por tanto derecho a su protección.

—Eso fue lo que contó a todo el que le quiso escuchar y puede que también algo de principios y esas zarandajas hubiera de por medio, pero sobre todo quería impedir que el condado pasara a engrosar nuestras posesiones. No obstante, cuando nosotros comenzamos a acariciar el proyecto, nadie sabía nuestras pretensiones. Empezamos por buscar aliados viajando en enero por Aquitania. Conseguimos también el apoyo del conde de Barcelona y del vizconde de Carcasona.

—Lo que hizo que se sospecharan vuestras intenciones fueron los impuestos.

—Desde luego hacía falta financiación, así que Enrique impuso sesenta sueldos por caballero en Normandía y dos marcos en Inglaterra.

—Y ahí aparece Luis para decir que no abandonará a su vasallo, desplazándose con un pequeño ejército hasta Toulouse.

—Tan pequeño que nos hizo pensar que era algo testimonial. Enrique siguió con sus preparativos y citó a todos sus partidarios para el día de San Juan. Thomas había equipado setecientos caballeros y Malcolm de Escocia estaba de camino con cuarenta navíos; incluso Guillermo el Bastardo, el hijo de Esteban de Blois, llegaba para la batalla.

—Vuestro esposo trató de convencer a Luis de que desistiera y se retirara, pero el franco, con su tozudez característica, se negó.

—Y entonces llegamos ante Toulouse y ocurrió algo que aún hoy no soy capaz de explicarme, porque yo conocía muy bien a Enrique y sabía que para él no había principios inamovibles. Nunca creí que aquello que dijo de que no podía atacar una plaza donde estuviera su soberano, fuera una razón de peso para impedir el asalto.

—Realmente su juramento feudal lo obligaba.

—A Enrique no lo obligaba nada que no fuera práctico o que se pudiera contar en monedas. Probablemente vio que el ataque ponía en peligro nuestra reciente alianza y el deseo de ver a su hijo con la corona, junto a Margarita de Francia. Además, ¿te imaginas los problemas que habríamos tenido si nos hubiéramos encontrado con Luis prisionero en nuestras manos? No sólo las leyes de la caballería y de vasallaje habrían quedado ultrajadas; la humillación a la persona de Luis nos habría traído problemas con la Iglesia y el papado y probablemente con el emperador. Esas reflexiones contuvieron a Enrique y, siguiendo su política de señor y caballero, se inventó la historia del juramento para darle un tinte de nobleza a un acto que realmente, hoy lo comprendo, no debimos emprender sin saber previamente cuál sería la reacción de Luis. Ahí debo admitir mi culpa, puesto que yo lo conocía bien, o creía conocerlo. Ciertamente su temperamento era pusilánime y tardo, pero debí recordar que sus principios eran firmes y su cabezonería proverbial.

—Así que nos vimos levantando el campo, perdiendo mucho del dinero

recaudado, pero aumentando la leyenda del nuevo Arturo redivivo. Se dirigió inmediatamente a Limoges y después a Normandía, donde descargó toda su furia contra el hermano de Luis, Roberto de Dreux, que había efectuado una incursión en sus tierras. Llegó a Beauvais y destruyó la fortaleza de Gerberoy, obligó a Roberto a rendirle homenaje, por lo que Luis hubo de pedir una tregua, que él, caballero, dentro del papel que había adoptado últimamente, le concedió. —Blédhri, calló un instante viendo a Leonor apoyar la cabeza en el respaldo del sillón—. Quizá deberíamos retirarnos a descansar, señora —insinuó—. Mañana hemos de seguir viaje.

—Sí, amigo, las noches en blanco han quedado ya muy atrás —aceptó ella, apoyándose en los brazos de su asiento para levantarse—. Espero que en este pesado viaje —pronunció con un tono arrastrado y largo la última palabra, mirando con intención al anciano, quien sonrió cómplice— aún nos quede tiempo para reseñar todos nuestros recuerdos.

Apenas amanecido ya estaban camino de Logroño. La etapa no era muy larga; Mercadier había sugerido llegar hasta Nájera, pero para eso tendrían que marchar incluso durante parte de la noche, y además la reina empezaba a acusar las fatigas del largo camino, por lo que decidió detenerse en Logroño, en la casona de Roberto de Hossegor, un franco segundón que compensó la falta de tierras con su apuesta presencia y su arrojo en los torneos. Desde las tierras de su padre se desplazaba, junto con su escudero, a todos los encuentros de armas de los que tenía noticia y, gracias a su audacia y libertad absolutas, nacidas de su falta de posesiones y por tanto de obligaciones y ataduras, era invencible. Había conseguido hacerse con una modesta fortuna y, sobre todo, con el renombre de caballero hermoso e invicto que encandilaba siempre a las damas. Él aprovechaba cualquier circunstancia que le permitiera un galanteo, pero cuando las cosas se ponían serias, contrito y derrotado, exponía a la joven, después de unos laboriosos preliminares y antes de la culminación del placer, para que ella admitiera todo lo que quisiera contarle y él estuviera inspirado, su arrepentimiento por haber caído en el pecado de amarla, arrastrado sin duda por su «sin par hermosura»... —Lo cual era cierto, ya que la muchacha solía ser hija de un noble de segunda fila o de un burgués sin demasiados posibles—. Pero... —Se condolía, sin dejar de acariciarla— él ya estaba comprometido con una alta señora, de corazón, eso sí, porque ella, aunque lo amaba, estaba casada y... En fin, que sus principios de caballero no le permitían seguir hablando, pero que no podía continuar con aquella relación porque la dama en cuestión era terriblemente poderosa y temía que, de enterarse, pudiera causar daño a su adorada actual. Con lo cual, la joven, medio agónica de deseo, una vez conseguido su orgasmo, que aumentaba progresivamente según los inconvenientes que él iba exponiendo, se apresuraba a alejarse de él por propia decisión, porque «creí entender que era una reina, aunque no sabría decir de qué reino». Así pasaba sus días esperando el momento oportuno de olvidarse de «su señora». Y el momento se presentó, precisamente en Logroño, donde una hermosa y rica dama, madre de un bebé, había enviudado hacía poco. Cuando

conoció a Roberto, se olvidó de los velos de reciente viudez y, con la excusa, cierta por otra parte, de necesitar un paladín que defendiera los derechos de su hijo de parientes y oportunistas, se lanzó a sus brazos, ofreciéndole la administración de su predio, excepto de aquella parte que, por herencia de su esposo, correspondía a su hijo y de la que ella era sólo tutora hasta la mayoría de edad del chico. El caballero se apresuró a aceptar, asegurando muy digno que él «no necesitaba las herencias de nadie para medrar en la vida». Se celebró la boda y Roberto se mostró tan buen administrador como guerrero, y las posesiones de su esposa no hacían más que crecer y crecer hasta que se metió en un «negocio que no puede fallar».

Pero Leonor, la última noticia que había tenido, a través del padre de Roberto, era su buena suerte al encontrar esposa rica en Logroño, y nada más sabía, aparte de sus logros y buen hacer en cuestión administrativa. Así que ordenó a Mercadier que enviara mensajeros por delante para anunciar su llegada, fiada de la buena relación que había mantenido siempre con el progenitor del nuevo potentado.

Cuando llegaron a la ciudad, sus enviados, junto a algunos representantes de la casa, estaban a las puertas, esperándolos, para conducirlos hasta un inmenso caserón situado junto a la iglesia de Santiago. La reina se extrañó de que su antiguo vasallo no saliera a recibirla, pero pensó que tal vez se hallara de viaje, resolviendo alguno de sus frecuentes y productivos negocios. No obstante, sus ojos, que todo lo veían, tomaron nota de los cuchicheos de alguno de los mensajeros con Mercadier, quien cabeceaba preocupado, y la mirada atenta de Brianda, quien contemplaba a la joven ama con tristeza, a medida que uno de sus acompañantes desgranaba en sus oídos murmullos ahogados.

A las puertas de la mansión, la bella dama, rodeada de clérigos y algún señor de poca importancia, recibió a Leonor, brindándole su casa para «todo el tiempo que deseéis».

—Os agradezco, Teresa, vuestra hospitalidad, pues os aseguro que, después de tantas jornadas de viaje, el cuerpo se me resiste a pasar una noche en el catre de una tienda.

—He mandado preparar los mejores aposentos y desde que llegaron vuestros enviados están ya caldeados con un buen fuego. También he ordenado subir la tina que yo misma uso para el baño, por si desearais desentumeceros en agua caliente, y más tarde, cuando estéis lista, cenaremos, pues los espetones ya están puestos al fuego y las hogazas y los dulces en los hornos.

—Os habéis tomado demasiadas molestias, Teresa, pero os agradezco todo lo que habéis hecho que, puedo aseguraros, es lo que más necesito en este momento. Pero, decidme. ¿Dónde está vuestro esposo? ¿Acaso en un viaje para cuidar de vuestras posesiones?

—No, señora —bajó los ojos la mujer—. Mi esposo, gracias al cielo, se encuentra fuera de la mansión, porque si estuviera en ella, yo no podría estar hablando con vos, ya que sus celos infundados y despóticos no me permiten salir de mis habitaciones.

Supongo que ahora estará revisando los vertederos de la ciudad para comprobar que se respetan los límites. Aunque también puede que esté controlando las tumbas del cementerio de la ermita, para que los muertos no salgan al ponerse el sol para asustar a los caminantes que se dirijan a Santiago, o pasando y volviendo a pasar ante la guardia de las puertas de la muralla, para que le presenten armas, ignorando sus risas y comentarios jocosos ante su locura.

—¿Loco, decís? —se asombró la reina, dejándose llevar por Elías, quien seguido de Teresa la introducía en la casa, para dejar fuera el frío de la tarde de otoño.

—Completamente, señora —asintió la joven, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero os veo agotada; si lo deseáis, después de que hayáis descansado, mientras cenamos, os lo contaré todo.

—Está bien, querida, y creedme que lo siento muchísimo; he visto nacer a Roberto y siempre he admirado sus hazañas.

—Gracias, señora, pero el Roberto que conocíais ya no existe. Ruego a Dios que haga un milagro o, como continúe así, no me quedará más remedio que encerrarlo en los sótanos, para que deje de ser la risión de las gentes e incluso pueda hacerse daño a sí mismo o a otros... Sobre todo, a mí, ya que, asegura, soy la causa de sus desgracias por querer preservar las posesiones de mi hijo.

Leonor entró en las estancias a ella dedicadas y encontró todo lo que Teresa le había anunciado en perfecto orden; hasta había paja fresca en los suelos y, aunque ese precisamente no era uno de sus preferidos métodos de limpieza, apenas se dio cuenta, preocupada como estaba por la situación del apuesto Roberto, con quien había coincidido en más de una ocasión en los torneos que ella o sus hijos habían organizado en los últimos años. Era un hombre hermoso, fuerte y valiente, y Leonor, mujer por encima de sus muchos años, sabía apreciar la belleza y disfrutar de ella. Apresuró a sus acompañantes —entre las que echó en falta a la bella e inquieta Brianda— con su arreglo, y mandó recado para pasar al comedor.

Cuando lo hizo, se sorprendió de la perfección y blancura de los manteles de hilo, de las copas de cristal y los cubiertos de plata que aguardaban a los invitados, entre los que seguía ausente Brianda, como se percató la reina, aunque no quiso preguntar por no llamar la atención sobre ella. A la puerta esperaba Teresa junto con su pequeña corte, que fue presentando a Leonor, antes de invitarla, gentilmente, a ocupar el lugar de señora de la casa, presidiendo la mesa. Ella tomó su derecha y el resto, conscientes de su posición social, dependiendo de su categoría, fueron instalándose, con sus gentes a la espalda y sus perros bajo la mesa, esperando las sobras.

Se sirvieron unos extraños peces conservados en aceite y aceitunas, almendras tostadas con sal, avellanas verdes y tartaletas de harina de trigo recién horneadas, rellenas con carne de jabalí y cebolla frita en la grasa del propio animal. Luego una sabrosa sopa de nabos y col, con pedacitos de tocino frito y carne de ave desmigada. En ese momento, al terminar su ración de sabroso caldo, Leonor no pudo más e interrogó a Teresa.

—Habéis escogido manjares deliciosos para la cena. ¿Son acaso adquisiciones hechas por Roberto fuera de vuestras tierras?

—Así es, señora. Mi esposo viajaba constantemente para intervenir en torneos, que, vos conocéis muy bien, son su pasión, pero al tiempo aprovechaba para traerse de lejanos lugares golosinas y objetos foráneos, que vendía aquí, a través de mercaderes y buhoneros, a los señores y damas que carecían de ellos. Así consiguió aumentar nuestra fortuna y prestigio... —La mujer se detuvo un instante, para lanzar luego como en una descarga— hasta que llegó el año del hambre. Acaeció hace dos inviernos. Las cosechas habían sido tan malas que las gentes se morían de inanición y cualquier alimento tomó unos precios desorbitados. Mi esposo, por medio de los conocidos que había hecho en sus múltiples viajes, consiguió un gran cargamento de cereales, con los que llenó a rebosar nuestros desvanes, pensando en vender mucho más caro. Demoró un tiempo la negociación, fiado de que la necesidad no haría más que aumentar el precio, el cual seguiría subiendo hasta que la fortuna conseguida con la venta sobrepasara con mucho los posibles de su padre y de su hermano primogénito juntos. Pero alguien más pensó lo mismo y se le adelantó en las ventas, por lo que el grano bajó por debajo del costo que nosotros habíamos pagado, llevándose casi todo nuestro patrimonio. Sólo conseguí salvar la herencia de mi hijo, que, como siempre, me había negado a utilizar en su comercio.

—Pero... —dudó Leonor— me hablasteis de que estaba enfermo.

—Loco, señora —puntualizó Teresa—. Al ver que nuestras pérdidas lo habían colocado en el estado del que salió de la casa de su padre, enloqueció completamente y anda pregonando por las calles a grandes voces que es el rey. Por eso inspecciona los lugares públicos, por ver si las gentes obedecen mandamientos, decretos o edictos, e incluso les obliga a hacerle reverencias o muestras de acatamiento, que todos realizan por burla y porque recuerdan el tiempo en que, siendo un gran señor, tuvo con ellos alguna merced. Aparece por casa de vez en cuando y, cuando lo hace, es para traernos disgustos. Se niega a bañarse o a cambiarse las ropas; «por no gastar», dice; su aspecto es triste y deplorable. Ruego a Dios que hoy no se presente; no me gustaría que lo vierais en el estado en que se encuentra.

—Traigo conmigo médicos —ofreció enseguida la reina, condoliéndose con Teresa de la situación de Roberto—, incluso un practicante de los antiguos ritos —comprometió, señalando a Blédhri, quien asintió, solícito— que, tal vez, si vos lo permitís, podrían intentar curarlo.

—Agradezco vuestro interés, señora, pero os aseguro que en el primer momento, porque ahora es casi imposible, acudí a todos los médicos, andalusíes incluso, de los que me hablaron, y los hice venir para cuidarlo; ninguno consiguió nada. Ahora que desaparece durante días, habría que atarlo para lograr palparlo.

Leonor picoteó el asado de cordero, para no desairar a su anfitriona, pero su apetito había desaparecido por completo. La imagen triunfante de Roberto se confundía en su mente con la de su querido Ricardo, interponiéndose entre ella y la

olorosa carne, llenándole los ojos de lágrimas al constatar, una vez más, lo efímero y fútil de la existencia.

Estaban entrando olorosos bizcochos, rellenos de castañas hervidas en leche y bañadas en miel cuando la puerta se abrió con violencia y apareció en ella Roberto de Hossengor, o lo que quedaba de él. Seguía siendo alto, pero caminaba encorvado y sus cabellos, antes rubios y ondulados, caían ahora, mezclados con sus barbas, sobre su pecho, llenos de hojarasca, palitos, pedazos de telas o restos de comida. Sus vestidos hechos harapos colgaban de su huesudo cuerpo, del que habían desaparecido los músculos y que en muchas partes mostraba heridas purulentas, excoriaciones, laceraciones y escrófulas en el cuello, que se le adivinaban en alguno de los movimientos espasmódicos de su cabeza, apartando temporalmente las guedejas y las barbas hacia uno u otro lado. Se hizo un completo silencio entre las gentes que cenaban, alguna de las cuales interrumpió la masticación por no alterar el momento o llamar sobre sí la atención del espantajo que acababa de entrar. Miró este, uno a uno, a los presentes, hasta detenerse en la figura de Leonor, quien, muy quieta, lo observaba con una mezcla de pena y repulsión.

—Estás en mi sitio, zorra —escupió, apretando los puños, que pingaron algunas gotas sanguinolentas hasta las piedras del suelo—. Yo soy el rey y por tanto el lugar que ocupas es mío.

Mercadier echó mano a la empuñadura de su espada al tiempo que Pedro, y ambos se colocaron a la espalda de la reina, quien los contuvo con un gesto.

—Sé muy bien que es vuestro lugar, señor —habló con suavidad Leonor—. Os ruego me perdonéis; lo he ocupado porque no os encontrabais en casa. Pero puedo dejarlo libre ahora mismo para vos —y mientras hablaba se apoyaba en los brazos del sillón para levantarse. Pero no tuvo tiempo; Roberto, corría ya hacia ella, con un puñal en la mano, gritando.

—Todos decís lo mismo, pero me mentís, yo sólo soy el segundón...

No pudo acabar su frase, Pedro detuvo su carrera con la punta de la espada que, sin muchos impedimentos, penetró el pecho del hombre, que se detuvo en seco y que, antes de caer, sonrió a la reina, murmurando:

—Señora..., bienvenida a mi humilde mansión.

—¡Dios, Bléd! ¿Qué demonios nos acechan constantemente, para convertir nuestra vida en un verdadero infierno? —Casi gritaba Leonor, después de condolerse con Teresa que, más que afligida, le había parecido extrañamente descansada; casi tanto como ella misma cuando había recibido la noticia de la muerte de Enrique... «Claro —pensó— que aquellas eran otras circunstancias», aunque estas tampoco eran para hacer fiesta.

Contempló un instante a la viuda y pudo ver que aún era muy bella. Realmente, el pobre Roberto se había convertido en un serio obstáculo para seguir viviendo. No obstante, se ofreció para todo lo que necesitara, ya que por su causa había muerto su esposo. Ella se lo había agradecido, pero, aseguró, la herencia de su hijo era más que

suficiente para un buen pasar. Luego había rogado a Leonor que se retirara a descansar, ya que debía seguir viaje al día siguiente, aunque aceptó enseguida la compañía de Mercadier para «soportar una noche tan difícil». Sus clérigos, quienes con demasiada frecuencia sacaban las manos de sus hábitos para frotárselas —«por el frío», quiso pensar Leonor— se encargarían de todo.

La reina había entrado en sus aposentos, seguida de cerca por Brianda, quien había aparecido a su lado, dulce y sonriente, sin ser sentida. Leonor se encontraba un tanto despistada, no sabiendo si debería encontrarse culpable por dejar a una mujer viuda, o contenta por poner en el mercado matrimonial a una joven hermosa. No obstante, la triste figura de Roberto de Hossegor y su última sonrisa le trajeron dolores de un destino cruel que parecía cebarse en algunas personas hasta conseguir su acabamiento, por mucho que lucharan, pensarán u organizaran.

CAPÍTULO 12

— En fin —sacudió la reina la cabeza, como queriendo ahuyentar fantasmas—. Habíamos dejado nuestros recuerdos en un momento aparentemente dulce, y digo aparentemente, porque enseguida, empujados por los mismos demonios de los que te hablaba hace un instante, los hechos que hasta aquel momento habíamos realizado en común y que se habían desarrollado conforme a nuestros deseos iban a comenzar a torcerse apenas nuestros caminos se separaron.

—Constanza, la esposa de Luis, murió al dar a luz otra niña —recondujo Blédhri—, y él, apurado seguramente por la edad y por conseguir frenar de alguna forma vuestros éxitos, volvió a casarse, apenas dos semanas después de su muerte, y eligió nada menos que a Adela de Champaña.

—Esa fue sin duda una inteligente decisión para sus intereses. Adela, con su familia detrás, iba a ser una pared contra la que se podían estrellar nuestras pretensiones. No obstante, de momento aún teníamos en nuestras manos a la pequeña Margarita, así que, en cuanto supimos del enlace del franco, celebramos en Rouen el matrimonio de nuestro Enrique, que para entonces tendría unos cinco años, con Margarita, que tenía dos, y que se estuvo chupando el pulgar durante toda la ceremonia. Pasábamos así a poder tomar la dote de la niña: el Vexin, defendido por la fortaleza de Gisors y que había sido fuente de discordia entre Francia y Normandía desde siempre. Se le había dejado en custodia a la orden del Temple cuando se acordó la boda de los dos niños. De modo que, una vez realizada, ya no había motivo para que ellos la gobernarán. He de confesar que cuando nos la entregaron disfruté, viéndoles salir del castillo, con la cabeza baja, a la caída del sol. Sus siluetas blancas destacaban en el rojizo horizonte, hacia el que enseguida cabalgaron, hasta perderse en él. Quise verlo como un particular e íntimo triunfo sobre Thierry Galeran, el templario amigo de Luis que tantos quebraderos de cabeza me dio. Pobre victoria me

parece hoy, pero aquellos eran tiempos de empuje y aturdimiento, en que la fuerza del cuerpo cubría, e incluso anulaba, la reflexión.

—Casi os sentíais dueños de Francia —cabeceó Blédhri, volviendo a vivir lo que había sido un efímero sueño y, pocos años después, la realidad.

—Tan es así que volvimos nuestros ojos fuera de sus fronteras y en la primavera de mil ciento sesenta y cinco conseguimos que Matilde, nuestra hija mayor, fuera la prometida de Enrique, el llamado León, duque de Sajonia.

—Vos estabais entonces exultante; yo diría, si me lo permitís ahora que ya casi nada importa, pedante.

—Arrogante, matizaría yo. Llegué a olvidarme hasta de mi comunicación diaria con la Santa Espina, que rodaba en su estuche, junto a todas mis posesiones, cada vez que me ponía en viaje, sin que yo me ocupara de ella. Y ese mismo verano todo comenzó a desmoronarse, aunque yo no fuera entonces consciente. En agosto nació Felipe de Francia; nuestros sueños de ver al pequeño Enrique rey de aquellas tierras se evaporaron. En septiembre di a luz a la tercera de mis hijas, Juana; la segunda llevaba mi nombre. Y al año siguiente nació Juan, el último. Con él, desapareció la relación con su padre y mi fertilidad, con lo cual, ni siquiera para cumplir un deber Enrique volvió a acercarse a mí.

—Y ahí surgió la leyenda de vuestro rencor hacia Rosamunda. Se llegó a decir que la habíais matado, después de comprar a sus guardianes para lograr penetrar en el famoso laberinto, que nunca existió, dentro de las paredes del castillo, aunque sí que había uno muy extenso y hermoso en sus jardines.

—Sí. Las gentes, siempre deseosas de truculencias y fantasías, convirtieron en piedra los setos del jardín y los metieron en el interior del palacio. Pobre muchacha —reflexionó en voz muy baja, refiriéndose a Rosamunda—, fue otra víctima de Enrique. Ni siquiera llegué a odiarla. Sabía que era muy hermosa y muy joven, pero, aunque ella no lo pensara en su momento de gloria, el que el rey la deseara fue el fin de su vida. La recluyó en Woodstock y luego, casi enseguida, cuando se cansó de ella, en un convento, donde murió al poco. No me molesté siquiera en verla. No tenía más interés para mí que otras muchas. Lo que realmente me preocupaba entonces era la actitud prepotente y despectiva de mi esposo en lo referente al gobierno. Así como la falta de relaciones había sido un descanso, ya que desde hacía años nuestras uniones parecían un ayuntamiento de animales, rápido e insulso, con el único fin de cumplir un deber, lo realmente preocupante era que Enrique quisiera prescindir de mí totalmente, incluso para servir a sus fines, que, ahora me doy cuenta, fue mi papel en su vida.

—Vuestro esposo estaba muy acostumbrado a ejercer su autoridad, por eso le molestabais vos y le molestó Thomas cuando, consciente de su poder como arzobispo, empezó a crearle problemas, negándose a sus constantes caprichos, que pretendían desgastar a la Iglesia.

—Nunca fui capaz de entender la transformación de Becket —especuló la reina,

entrelazando los nudosos y frágiles dedos sobre el regazo—. De un gran señor, yo diría que ostentoso en demasía, pasó a vestirse con un ajado hábito agustino, y su mesa, en la que se degustaban los más exóticos y caros manjares, quedó reducida a poco más de una sopa y un pedazo de pan, que compartía con mendigos y menesterosos, quienes llenaban constantemente su mansión y su templo. Sus enfrentamientos con Enrique, quien, efectivamente, había pensado utilizarlo a su capricho en contra de la Iglesia, se hicieron tempestuosos porque, inexplicablemente, Thomas, quien nunca había tenido empacho en atacar a los clérigos, se convirtió en su más acérrimo defensor. Por ello, el motivo por el cual mi esposo le había hecho arzobispo se volvió en su contra. Sus disputas llegaron a tal punto que alguien le aconsejó que se alejara de Inglaterra, y el clérigo, convencido de que su vida corría peligro, se embarcó en Sandwich para ponerse bajo la protección del rey de Francia.

—Tanto vuestra suegra Matilde como vos intercedisteis por Becket.

—Ignoro los motivos que tendría Matilde para hacerlo, pero yo era consciente de que Enrique andaba caminos equivocados, llevado de su empacho de poder, que ahora ya no compartiría con nadie, pues mi suegra, la cual siempre lo aconsejó, murió enseguida. Seguramente ella, quien conocía a su hijo mejor que nadie, también fue consciente del problema y quiso, ya que yo estaba apartada, que Thomas estuviera a su lado para atenuar sus despóticas órdenes, las cuales se sucedían ya sin ninguna reflexión. No sólo se había enfrentado a Luis, también al papa, porque, además de sus problemas con Becket, había mantenido conversaciones con Reinaldo de Dassel, el obispo de Colonia, enemigo del papado.

—Y una vez más, Luis de Francia demostró estar muy por encima, moralmente, de vuestro esposo.

—Efectivamente, cuanto más bajo caía él, más brillaba el franco en su mansa sencillez. Llegó a decir, con absoluto sosiego e indiferencia, que Enrique lo tenía todo, y en Francia apenas tenemos nada, pero no nos falta la alegría —aceptó Leonor, bajando la cabeza—. Enrique envió mensajeros, pidiendo a los señores conocidos que negaran asilo a su arzobispo. Cuando Luis los recibió y supo sus motivos mostró su asombro de que un rey se hubiera atrevido a juzgar a un obispo ya que, aseguró, él jamás habría osado destituir al más humilde de sus clérigos.

—Vos regresasteis a Poitiers, decidida a no volver a Inglaterra.

—En la Navidad de mil ciento sesenta y ocho, la corte se reunió en Argentan. Las revueltas en contra de Enrique se habían sucedido en Aquitania. Llegó a la cita muy suave y zalamero, con grandes regalos para mí y mis hijos, y en ningún momento levantó la voz ni dio ninguna de las espantadas a que nos tenía acostumbrados y que hacía que los niños huyeran de la estancia si estaban presentes. Incluso intentó hacerme el amor. Me negué, por supuesto; ya eran de dominio público sus relaciones con Rosamunda. No obstante, me hizo ver, con razones de peso, que si permitíamos rebeliones, el patrimonio de nuestros hijos estaría en peligro. Ante eso, acepté viajar por Aquitania, tratando de contentar a mis señores.

—Dejó junto a vos al conde de Salisbury. Para vuestra protección —dijo.

—Así fue, aunque su intención no era esa, pues nunca pensó, y si lo hizo no le habría importado, ya que estaba sopesando la posibilidad del divorcio, nunca pensó, digo, que mi vida fuera a correr peligro. Lo que realmente le interesaba era que el conde controlara mis pasos entre mis gentes.

—Y ahí aparece en vuestra vida el fidelísimo Guillermo le Maréchal.

—En realidad ya estaba junto a mí, pero tras la sombra de su tío, el conde de Salisbury. Apenas me había fijado en él más que en los juegos de guerra, en los que destacaba por su arrojo y, por qué no decirlo, también por su apostura. Pero yo entonces tenía, como casi siempre, demasiados problemas para perder el tiempo en galanterías.

—Aquella mañana salimos camino de Poitiers, donde ya se habían enviado los caballos y armas de guerra por si fueran necesarios. El conde de Salisbury había dejado una pequeña escolta para acompañaros, porque la proximidad a la ciudad no hacía temer ningún encuentro no deseado. Únicamente, y eso fue lo que nos salvó, mandó algunos ojeadores por delante. Cuando estos volvieron a avisar de que los Lusignan se acercaban con una considerable tropa, apenas hubo tiempo de elegir el caballo más rápido y unos pocos acompañantes, entre los que me encontraba, para que huyerais, mientras el de Salisbury y sus otros hombres los entretenían, haciéndoles frente.

—Fue una extenuante cabalgada hasta Poitiers. Llegamos agotados pero vivos. Lo que no ocurrió con el conde, al que un venablo atravesó por entre los omóplatos. Luego supimos que su sobrino, mi querido Guillermo, había tomado el mando y, aunque mataron a su caballo, protegiéndose la espalda con un espino, luchó y mato a muchos de los enemigos hasta que uno de ellos logró atravesar el matorral y le hirió en un muslo. Cayó prisionero y, de pie en una carreta, para que su vergüenza fuera total, lo llevaron con ellos, sin curarle la herida, que él mismo hubo de vendar con jirones de su ropa. Su apostura le salvó la vida. Cuando la tropa acampó en uno de sus castillos, una joven dama que lo conocía por haberle visto justar le hizo llegar un pan, en cuyo interior había disimulado útiles para curar su herida. Entretanto yo buscaba el medio de liberar a los que habían caído prisioneros. Hube de pagar un alto rescate, pero al fin el muchacho regresó a mi lado y, después de vestirlo, armarlo y darle un nuevo caballo, quedó para siempre junto a mí y mis hijos. Nos ha seguido con entrega y dedicación.

—Vos regresasteis a Inglaterra para acompañar a vuestra hija Matilde en los preparativos de su boda —cortó Blédhri los dolorosos recuerdos, con un nuevo tema que distrajera a su señora.

—Llené cuatro naves con el ajuar de mi hija. No deseaba que comenzara su vida con las estrecheces que yo hube de soportar en la corte de Francia. Hasta veintiocho libras de oro le di para que dorara sus vajillas. Los enviados de su esposo vinieron a buscarla a Normandía; allí me despedí de ella y, entre llorosa e ilusionada, la dejé ir

hasta la distante Sajonia, creyendo que una página de mi vida se había cerrado. Satisfecha de lo conseguido con el destino de mi pequeña, regresé al Poitou, junto a mi querido hijo Ricardo, a quien esperaba pasar el poder en cuanto fuera posible. Envié mensajeros y cartas a Enrique durante meses, asegurando que la entrega de las tierras y títulos a nuestros hijos sería beneficiosa para todos. Le daría una buena disculpa para complacer a Luis, ya que tendrían que rendirle homenaje, y al propio tiempo para conseguir restablecer la relación con Becket, atrayéndose así a la Iglesia. Pareció sopesar mis indicaciones y, como sabía que los dos pasos eran necesarios para rehabilitar su imagen, que ahora ya no era precisamente la del Arturo redivivo, sino la de un despótico reyezuelo, a quien se obedece por miedo, no por respeto, su imagen, digo, cambiaría y quizá volviera a recuperar el brillo que tuvo cuando ambos gobernábamos unidos, presentando a las gentes la apariencia de un ideal que las elevaba, conectándolas con un sueño inconsciente, el cual las alejaba de la penuria de su sucia, dolorosa y estricta supervivencia.

»Decidió organizar una asamblea en el castillo de Montmirail, el día de la Epifanía, por aquello de la reunión de reyes... Trataba de explotar lo milagroso y lo mágico; sabía que era lo más intuitivo, lo más visceral y lo que mejor entenderían las masas. Por supuesto yo no fui invitada. Temía mis intervenciones, las cuales solían dejarlo en ridículo, ya que era la única que se atrevía a decirle lo que pensaban todos de sus pataletas de adolescente, las cuales llegaban a oscurecer, e incluso a anular, lo poco de buen político que aún quedaba en él.

—En cambio yo sí que estuve presente dentro del grupo de los acompañantes de Ricardo. Nos reunimos en la gran sala del castillo, donde dos chimeneas ardían con enormes troncos que apenas conseguían evitar que los ateridos alientos desaparecieran antes de salir de nuestros descoloridos labios. Los señores asistentes se arrebujaban, frioleros, en sus capas, que, dependiendo de su categoría, eran de pieles de conejo, oso, zorro y hasta de armiño. Aquí debo decir que, a vuestro esposo, en cuanto a su arreglo personal, ya se le echaba en falta vuestra compañía, que le aconsejaba vestuarios dependiendo del acto al que debía acudir. Su aspecto general era descuidado; tanto que hasta el mismo Luis, con sus ropajes casi monacales, aparentaba más importancia y cuidado que el rey inglés. No obstante, aún seguía mostrando fuerza y empuje a la hora de hablar. Después de hacer público el reparto de tierras entre sus hijos, dejando a Enrique Normandía, Maine y Anjou; a Ricardo Aquitania y Poitou, y a Godofredo, señor de Bretaña, ya que hacía poco lo había comprometido con Constanza, dentro del papel que había decidido representar esa mañana de hombre culto y contenido, encomendó a Luis, en el día en que los tres Reyes ofrecieron sus presentes, a sus tres hijos, a lo que este le respondió deseando que pudieran hacerlo bajo la mirada de Dios, recordándole sutilmente su desviada situación.

»Y, aunque Thomas se plegó a su “regio juicio”, cometió el error de “dejar a salvo el honor de Dios”, por lo que su reconciliación quedó en suspenso de nuevo.

Mientras, vos no perdíais el tiempo. Enseguida comenzasteis a organizar, con todo secreto, el traspaso de poderes a Ricardo en Aquitania.

—Aproveché el estado de debilidad de Enrique, ya que hasta algunos de sus propios señores normandos, y varios sajones, hartos de su prepotencia y autoritarismo, se habían levantado contra él. Organicé una serie de fastuosos actos que convirtieran a mi hijo en señor de Aquitania antes de que su padre pudiera impedirlo.

—Vos también echasteis mano del milagro y las antiguas creencias —sonrió Blédhri, con una cierta sorna.

—Sabía, al igual que mi esposo, que hay una parte de nosotros que parece conectar con el misterio y hallarse a gusto en él, de modo que, después de la Pascua presenté a mis vasallos su nuevo duque y ellos le prestaron juramento; hicimos un viaje por las posesiones para que las gentes conocieran y disfrutaran de la refinada educación que le había dado, y como, además, se parecía muchísimo a mi padre y a mi abuelo en su encanto personal y en su forma distendida y amable de tratar a todo el mundo, pocos de los que se le acercaron escaparon a su embrujo. Y después, como tú dices, aprovechando la magia, o la religiosidad, que tanto da, organicé una gran fiesta en Limoges.

—Lo cierto es que el acontecimiento que acababa de darse, y en el que participamos propiciándolo con extrema sutileza, facilitó mucho las cosas, pero debo reconocer que supisteis utilizarlo muy bien.

—Con tu ayuda, Bléd; con tu valoración de la conexión entre todo lo creado me enseñaste a manipular a los hombres, tocando esa parte espiritual, mágica y misteriosa que nos ensambla en la totalidad y que escapa a nuestro control consciente. Los monjes de Santa Valeria, guiados por nosotros, acababan de descubrir un antiquísimo documento en que se narraba la vida de la mártir, y las gentes se apiñaban, más devotas que nunca, alrededor de su santa protectora. Hacía muchos años que había decaído un ritual en el que se colocaba al duque un anillo que contenía, se aseguraba desde tiempo inmemorial, reliquias de Valeria. Yo lo mandé incluir en las celebraciones, aprovechando la devoción y la piedad que el susodicho pergamino había despertado en señores y vasallos. La imposición del anillo sacralizó la investidura de mi hijo.

—Aún puedo ver el desfile interminable de clérigos, revestidos de las capas pluviales de seda con las que los obsequiasteis, recibiendo a Ricardo a las puertas de San Esteban. El obispo, con la mano izquierda sosteniendo la cruz de oro que le habíais regalado, lo bendijo con la derecha, tomando la luz que entraba por los ventanales sobre el gran anillo, en el que mandasteis colocar una amatista, sostenida por dos serpientes anilladas. Lo revistió luego con una túnica de seda y, con el canto de los monjes de fondo y los rezos y la entrega de los asistentes, le colocó en el dedo el anillo de Santa Valeria, que, aunque bastante menos valioso que el suyo propio, arrancó verdaderas lágrimas a muchos de los presentes, quienes en aquel momento se

habrían dejado matar por él, no sólo al estar influenciados por el rito, sino porque también recordaban las arbitrariedades de su padre, a causa de los enfrentamientos con el abad de San Marcial, que lo llevaron a imponer multas a todos los habitantes.

—Por eso, además de por el asunto de Santa Valeria, elegí Limoges para la ceremonia —aclaró Leonor—. Le entregaron luego la espada y yo misma le calcé las espuelas. Cuando, después de prestar juramento sobre los Evangelios, lo vi en el altar, con el estandarte en la mano y su resplandeciente corona, empecé a imaginar que tenía esperanzas de derrotar a su padre.

—Hicisteis partícipe a Ricardo de algunas de las donaciones que realizasteis en aquel momento.

—De todas; quería que mis vasallos empezaran a verlo como el verdadero señor.

—Siempre he creído que vuestro esposo sospechó que tras vuestra decisión había mucho más que una simple ceremonia.

—Seguramente, porque se apresuró a coronar a Enrique, nuestro heredero, en Londres, en junio. Pretendiendo con esa maniobra eclipsar mis actos y atraerse a nuestros hijos, a los que yo había advertido de que jamás los dejaría gobernar mientras estuviera vivo, y, de paso, para ofender a Becket, quien debería haber sido el encargado de realizar la coronación.

—Mandó a su orfebre fabricarle una corona al príncipe, que le costó más de treinta y ocho libras.

—Sí. Estaba claro que deseaba seducir a su hijo de la única forma en que era capaz, comprándolo. Y luego, durante el banquete, para honrarlo, se empeñó en hacer la mascarada de servirlo.

—Pero no valieron de mucho sus esfuerzos. Enrique le contestó a su empeño en demostrar su deseo de honrarle, con aquella famosa frase, que bien parece inspirada por esos demonios que vos decís nos acompañan a veces.

—No podría decir si fueron los demonios o los ángeles los encargados de sugerírsela, pero, desde luego, fue dicha oportunamente para cortar las payasadas del rey, quien ya empezaba a ponerse en ridículo, en su empeño de aparente servilismo.

—Me gusta recordarla. Si no os molesta —pidió Blédhri—, quisiera repetirla, antes de consignarla por escrito.

—Desde luego. Es una de las pocas satisfacciones que me quedan de los recuerdos de mis pequeños.

—Cuando vuestro esposo, ofreciendo una bandeja de capones rellenos, en tanto inclinaba la espalda ante vuestro hijo, dijo: «Es extraño ver a un rey servir la mesa^[2] ...».

—A lo que Enrique, el Joven —interrumpió Leonor, con una risita perversa y complacida—, contestó: «Pero no es imposible ver al hijo de un conde servir al hijo de un rey».

—Con la coronación —quiso volver al hilo de la historia, Blédhri—, vuestro esposo no sólo había ofendido a Thomas y desobedecido al papa, sino también a

Luis, ya que su hija Margarita tenía que haber sido coronada al mismo tiempo que su esposo, Enrique el Joven.

—Verdaderamente el rey parecía haberse vuelto un patoso estadista. Todos sus movimientos estaban marcados por la visceralidad y así poco o nada se puede hacer en política.

—El veintidós de julio hubo de acudir a otra entrevista con el franco para tratar de arreglar sus despropósitos.

—Sí. Se hizo en Fréteval, el día de la festividad de María Magdalena; ignoro si con el deseo de perdón que tuvo la santa ante el Señor, o simplemente por casualidad o por su infantilismo, disfrazado de oportunismo, que parecía ser la constante en las acciones de mi esposo en los últimos tiempos. Se mostró amable y hasta dulce, tanto con Luis como con Thomas, que estaba presente, con el fin de conseguir una posible reconciliación. Prometió todo lo que le pidieron: una nueva coronación que contentaría a Becket, quien sería el encargado de realizarla, y a Luis, ya que en ella su hija estaría presente; renovarían su antigua amistad con Thomas, en los mismos términos que había tenido en el pasado y hasta sostuvo el estribo del arzobispo para que montara; en fin, una de las mascaradas a las que ya tenía acostumbrados a todos sus acompañantes. Pero cuando llegó el momento de dar el beso de paz, imprescindible en un acuerdo, se negó a hacerlo. Entonces todos supieron que sus promesas habían sido falacias. Tan convencidos estuvieron todos de su mendacidad que hasta el arzobispo se despidió de él con infinita tristeza, quejándose del pesar que le producía saber que no volverían a verse.

—Thomas lo conocía muy bien y supo en aquel mismo momento que jamás lo perdonaría; no he conseguido entender cómo, partiendo de esa base, regresó a Inglaterra.

—Quizá todos pensamos ser más poderosos de lo que realmente somos, o más invulnerables o más protegidos por poderes amables y desconocidos. Becket había conseguido llegar a lo más alto, partiendo de casi nada, aparte de su gran inteligencia y capacidad. Se sabía querido por el pueblo y probablemente deseó pensar que también por Dios. Viendo la tranquila fluidez con que se había desarrollado su ascensión, no quiso entender que nadie es más que nadie cuando se enfrenta a la muerte.

Camino de Nájera, Leonor ordenó a sus mujeres que viajaran en carromatos distintos para que Blédhri la acompañara. De repente parecía tener prisa por continuar con sus recuerdos, o tal vez eran para ella más gratificantes que la insulsa charla de las muchachas.

Se despidió de la viuda Teresa, quien parecía haber rejuvenecido y que sonreía con una especie de satisfacción, que a Leonor le recordó la expresión estúpida que se les queda a las madres primerizas cuando contemplan a su recién nacido, como si fuera el único espécimen que ha pisado la tierra. Prometió detenerse en su casa a la vuelta y ordenó a Elías que se pusiera a la cabeza de la caravana, para permitir a

Mercadier unos momentos más junto a la «inconsolable» viuda, tan «alterada y contrita», que aún no había tenido tiempo de elegir vestidos más apropiados para el duelo en que se encontraba.

—Te he mandado viajar conmigo porque anoche me di cuenta de que la política está llenando nuestros escritos y apenas tocamos el modo de vida. En este tiempo, a pesar de haber sentido ya la derrota en dos ocasiones con dos hombres distintos, en Poitiers, tras sus protectoras murallas, junto a mis hijos, logré reunir una alegre corte que me permitió olvidar mi situación y disfrutar del arrojo y la belleza de la juventud que me rodeaba. Teníamos varias iglesias, como la de San Juan, San Hilaire y Santa Redegunda, además de la catedral de San Pedro, desde la que en uno de sus vitrales contemplaré el pasar de la vida, cuando ya no esté en ella, pero quise mejorar el palacio ducal, donde construí una gran sala.

»Tenía conmigo a Enrique el Joven y a Ricardo, y además mis hijas mayores estuvieron también largas temporadas en mi compañía. María y Alix amaban, como yo, la poesía, las danzas, los torneos y las cortes de amor, donde jugábamos, rayando la perversidad barnizada de una aparente inocencia, a mantener e incentivar la sensualidad y el deseo insatisfecho de los caballeros, como una sencilla forma de control sobre su agresividad y afán de gobierno y dominio. Cuando su insatisfacción sexual llegaba a límites casi insostenibles, estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que su dama pidiera o simplemente deseara. En fin, un método de supervivencia en un mundo de hombres. Todos competíamos por mantener alto nuestro ingenio, nuestra belleza y cualquiera de las capacidades que poseyéramos, además de crear una atmósfera de erotismo contenido, que respirábamos a cada momento, engañando lo ordinario, lo común, lo corriente, lo habitual, lo inamovible... La insoportable carencia de finalidad de la existencia.

—Vuestros hijos eran hermosos y poseían el encanto de sus abuelos aquitanos — quiso cambiar el tema Blédhri, por impedir que la reina se sumergiera en su gran obsesión que, sobre todo desde que se había retirado a Fontevraud y sus ocupaciones habían disminuido, rondaba su cabeza con una persistencia enfermiza.

—Sí. Sobre todo, mi querido Ricardo —aceptó enseguida ella, olvidándose momentáneamente del gran enigma que ninguna de sus lecturas o conversaciones conseguían aclarar—. Sus ojos claros y su pelo rojizo me tenían hechizada; pero también su continente majestuoso y distante, que se hacía próximo en cuanto sus labios sonreían.

—No os olvidéis de Enrique el Joven —recordó Blédhri, quien siempre había sentido una especial debilidad por aquel príncipe.

—No, no me olvido de él, aunque ya me gustaría. —Bajó los ojos consternada la reina—. De él y de todos mis hijos a los que he tenido que enterrar. Nunca he podido entender por qué se han ido antes que yo, dejando aquí a una vieja que sólo tiene recuerdos, la mayor parte de ellos dolorosos —soltó con un cierto enfado. Luego dulcificó el tono para añadir—: Era también muy hermoso —admitió, pensativa,

colocándose una cansada mano en la frente— y además terriblemente generoso; demasiado bueno para ser rey, quizá por eso no llegó a serlo nunca más que de nombre.

—Cuando ambos caminaban juntos —recordó el anciano, entrecerrando los ojos, como si pudiera ver aún las altas siluetas de los dos hermanos en los dibujos del tapiz que les protegía del frío exterior—, no sólo los seguían los ojos de todas las jóvenes presentes, también los hombres, y hasta los perros y los caballos, quedaban hechizados por sus figuras... —Calló, por miedo a que un inoportuno sollozo le borrara la vida y le trajera la dolorosa visión de la muerte de los dos muchachos. Se frotó las manos, que se le quedaban heladas al escribir, no sólo deseando calentarlas, sino queriendo borrar aquella hermosa imagen de energía y vigor desperdiciados—. Habíamos dejado a Becket regresando a Sandwich —apuntó, deseando, él también, entretener su mente.

—Supe que había sido una entrada triunfal. Los campesinos lo acompañaron en procesión hasta su iglesia. Allí toda la población lo esperaba con la ciudad engalanada. Eso ocurría el día uno de diciembre. No sabía, o no quería saber Thomas, que ese recibimiento estaba firmando su sentencia de muerte. El día veintinueve del mismo mes, recibimos la noticia de su asesinato, en el altar de su templo, mientras celebraba la misa. Estábamos todos pasando las Navidades en Bures cuando llegaron los mensajeros.

—Enseguida vuestro esposo se encerró en sus aposentos, negándose a comer, llevado del disgusto que la nueva le había producido.

—Sí. Esa fue la imagen que quiso transmitir, pero no consiguió engañar a nadie, y mucho menos a mí, que estaba al corriente de que, en la noche, sus criados subían a su cuarto platos y platos de comida, que el rey engullía entre risotadas, al tiempo que competía con alguno de sus íntimos en los juegos de tablas. Cuando le pareció que su fingido dolor había sido suficiente, llamó a su escribiente y empezó a dictar cartas y a mandar embajadas, con las que pretendía librarse de la culpa que sabía iban a atribuirle. Una vez cumplido este requisito, desapareció camino de Irlanda, poniendo tierra por medio entre los milagros de Thomas, que inmediatamente, según aseguraban clérigos y campesinos, se realizaban ante su tumba, y su culpabilidad, la cual, a tenor de la situación, podría pasarle cuentas, pues las gentes estaban realmente enojadas por la muerte de su querido arzobispo. Los peregrinos comenzaron a afluir hacia la catedral y el papa Alejandro excomulgó a los asesinos y a sus cómplices y lanzó el entredicho sobre las tierras inglesas. La situación para Enrique se estaba volviendo realmente muy peligrosa.

—Pero él, con su capacidad de reacción característica, cuando vio que la cosa no tenía remedio y que era culpable a los ojos de todos, montó otra de sus mascaradas.

—La penitencia de Arranches —confirmó la reina—. Y para que fuera más dramática, quiso realizarla en presencia de Enrique el Joven, además de clérigos y señores, e incluso vasallos y campesinos.

—No le importó jurar sobre los Evangelios que no sólo no había mandado matar a Thomas, sino que ni siquiera lo había deseado.

—Juró eso y todo lo que los monjes le pidieron entonces. Renunció a las Constituciones de Clarendon y se dejó flagelar, «flojito», eso sí, ante todos los presentes.

—Eso ocurría en mayo. En Navidad se presentó en Chinon, donde, después de casi tres años en que no os había molestado, comprobó la felicidad de vuestra corte y el respeto de vuestros vasallos; impresión que, por mucho que deseó disimular, no le gustó en absoluto.

—Sobre todo porque ya empezaba a crecerse de nuevo, pues sus asuntos con la Iglesia habían quedado zanjados, no sólo por su penitencia pública, sino por las dos fundaciones religiosas que había prometido y que ya estaba costeando. También había suavizado el enfado de Luis, que ya había visto a su hija Margarita coronada el septiembre anterior, en Winchester. Su despotismo estaba aflorando de nuevo.

—Dos meses más tarde se entrevista con Humberto de Maurienne para concertar el matrimonio de vuestro pequeño Juan, de siete años, con Alix, la hija y heredera de las tierras del lago de Ginebra y la Saboya.

—Su apuesta por encontrar salida hacia Italia, junto con una cierta ambición imperial, le costaron cinco mil marcos de plata, que hubo de entregar a Humberto, más la promesa de dotar a Juan con Irlanda, varios castillos en Inglaterra y, sobre todo, tres plazas de gran importancia en el límite de sus posesiones en el Poitou: Chinon, Loudun y Mirebeau.

—Estaba dispuesto a pagar muy alto su deseo de poder.

—Tanto que no valoró, porque ni siquiera se le pasó por la cabeza, que sus otros hijos no estuvieran de acuerdo. Hasta que en Limoges, donde había convocado una segunda asamblea para informar a sus señores de la boda de nuestra Juana con el rey de Sicilia y de sus decisiones respecto a Juan, se encontró con la oposición abierta de Enrique el Joven.

—Debió de ser para él un gran golpe, ya que en ese momento parecía volver a disfrutar de la buena suerte y la imagen de gran señor que había desaparecido con vos.

—Sus trapicheos le valieron, incluso, el homenaje del traidor Raimundo de Toulouse, quien, después de haber conseguido salvar su ciudad, gracias a la protección de Luis, le volvió la espalda. Primero repudió a la pobre Constanza de Francia, a la que había maltratado desde el comienzo de su matrimonio y luego se puso bajo la protección de mi esposo. De todas formas, tú debes de saber mucho mejor que yo lo ocurrido aquel día, ya que no me encontraba presente.

—Efectivamente, vuestro hijo, delante de toda la asamblea reunida, reprobó a su padre las concesiones hechas a Juan, por las cuales sus otros hermanos perdían parte de sus posesiones, y, ya puesto, le reprochó que no le hubiera concedido sus tierras, sin las cuales la doble coronación de la que le había hecho protagonista no era más

que una de sus habituales bufonadas. El rey salvó la incómoda situación, tomando a risa el temperamento angevino de su hijo y, para contentarlo, dijo —aunque todos supimos que era para controlarlo— que lo llevaría consigo.

—Fue también ese día cuando el traidor Raimundo de Toulouse le previno de nuestras maniobras para desgastar su poder —quiso apuntar la reina, alterada aún, pues esa entrevista había sido el principio de sus desgracias.

—Sí, señora. Esa misma tarde, cuando vuestro hijo, aparentemente libre, se movía por los alrededores del castillo, siempre «protegido» por la guardia del rey, Enrique recibió en privado a Raimundo. A mí me pareció ver en el fuego que en su reunión había hablado mal de vos y de vuestros hijos y así se lo hice saber a Enrique el Joven. Por medio de sobornos, el príncipe pudo conocer al detalle su conversación. En ella se dijo abiertamente que vos estabais levantando contra él al Poitou y a sus propios hijos.

—Aquella misma noche salisteis de viaje —cabeceó Leonor, asintiendo, mientras sentía moverse en su estómago la incertidumbre que entonces le había tocado vivir— y tanto tú como Guillermo le Maréchal no os apartasteis de mi hijo ni un momento, pues llegasteis a temer por su vida.

—No sólo hicimos eso, también nos dedicamos a planificar su huida, pues como vos decís, temíamos que su padre acabara con él. Lo llevaba constantemente de caza e incluso le obligaba a dormir en su propia cama, lo que hizo muy difícil programar los pasos que dar para hacer que el príncipe pudiera huir sin ser apresado de nuevo. La noche que pasamos en el castillo de Chinon nos pareció el momento más oportuno. Yo preparé un brebaje, concentrando amapola, melisa y algunas otras cosas, y se lo entregué a Enrique el Joven, para que en un descuido de su padre lo volcara en su copa; eso lo haría dormir profundamente, de forma que vuestro hijo pudiera salir del cuarto. Mientras, Guillermo había comprado con largueza a varios de los capitanes de la guardia y, milagrosamente, el puente de la entrada principal no se levantó aquella noche. Cuando amaneció y vuestro esposo despertó, nosotros ya llevábamos horas de cabalgada. Nos persiguió, no obstante, sañudamente. A no ser por la previsión de Guillermo, quien había concertado monturas de repuesto cada pocas millas, nos habría alcanzado antes de llegar a las tierras de Roberto de Dreux, el hermano de Luis, el cual ya nos esperaba y nos acogió con afecto. Guardaba un mal recuerdo de vuestro esposo por aquel enfrentamiento que sostuvieron después del absurdo sitio de Toulouse.

—Y de nuevo Luis protegiendo mis intereses, ahora en la persona de mi hijo.

—Y de nuevo —remarcó Blédhri—, con fina ironía, dejó atónitos a los enviados de Enrique, los cuales le pedían que les entregara al príncipe, asegurándoles que no era el rey de Inglaterra quien le hacía aquella petición, pues estaba con él.

—Cuando sus enviados le llevaron aquella respuesta —aclaró la reina con un cierto orgullo— también le informaron de que Ricardo y Godofredo se encontraban también en París y de que la rebelión se había extendido por toda Aquitania.

—Fue ese un mal momento para vuestro esposo. Llegó a escribir al papa, quejándose de la maldad de sus hijos.

—Le encantaba hacerse la víctima, sobre todo si sospechaba que sus llantinas podían proporcionarle algún provecho. En esa carta incluyó frases quejumbrosas en las que casi se podían adivinar sus lágrimas y en las que se dolía de que sus amigos lo hubieran abandonado y le guardaran rencor.

—Realmente tenía motivos para quejarse —aceptó Blédhri—. Sus hijos estaban en París bajo la protección de Luis y la rebelión se extendía por Aquitania, donde los señores expulsaban a todos sus acólitos. Los Rancon, los Larchevêque, incluso los Lusignan, rechazaban su autoridad, y los condes de Saint-Maure se declararon sin ambages a favor de Enrique el Joven.

—Ocasión que aprovecharon los señores ingleses, hartos de sus impuestos, para protestar, adhiriéndose a la rebelión; incluso el rey de Escocia se posiciona del lado del joven rey. Desde luego, la mayoría de estos señores buscaban sus propios intereses, ya que mi hijo, después de recibir un nuevo sello, regalo de Luis, se hartó de hacer concesiones. Pero consiguió que todos afirmaran que quien había sido rey de Inglaterra ya no lo era.

—Es en ese momento cuando los acontecimientos empiezan a desbordarse.

—En junio, Felipe de Flandes ataca Aumale, mientras que Luis y mi hijo cercan Verneuil. Al propio tiempo, muchos castillos ingleses caen y, en Bretaña, algunos barones de entre los sublevados toman la fortaleza de Dol.

—Pero de nuevo Enrique reacciona prestamente. Sabe que los vasallos que aún le son fieles son inferiores en número a los rebelados, así que empeña castillos, joyas y tierras para pagar mercenarios, sin importarle el menoscabo que iba a sufrir su imagen adoptando una decisión tan mal vista. Es en ese momento cuando comienza a pensar que estáis protegida por la Santa Espina y maquina un plan para hacerse con ella.

—Llegó a empeñar hasta su espada ceremonial, enriquecida con hermosos diamantes. Consiguió reunir un ejército de más de veinte mil hombres, obligándolos a cubrir etapas mucho más largas de lo habitual para llegar cuanto antes a los puntos conflictivos. Y nunca supe si por el robo de la Santa Espina o por el inmejorable estrategia que era, comenzó a recuperar las plazas perdidas.

—Entonces empezó nuestro verdadero calvario. Recibisteis, por medio de Pedro de Blois, su secretario particular, la carta de Rotrou de Warwick, el arzobispo de Rouen. En realidad, su verdadera misión, además de entregaros la misiva, que él mismo había escrito, era conseguir hacerse con la Santa Espina y llevársela a su señor, quien había empezado a obsesionarse con la idea de que todo le salía mal desde que os habíais ido llevándola con vos. En ningún momento se le ocurrió pensar que sus acciones no habían sido las convenientes; atribuyó sus conflictos a la falta de la reliquia. Mientras vos leíais la orden del clérigo, que os instaba a regresar con vuestro esposo, Pedro se las arregló para hacerse con el regalo de vuestro tío

Raimundo, que tanto poder dio a vuestra mente desde aquellas otras difíciles circunstancias en que la recibisteis.

—Lo cierto es que no le costó demasiado trabajo conseguirla porque yo hacía tiempo que la había olvidado en su pequeña arquita, sobre el reclinatorio donde oraba cada noche. Y, en cuanto a la misiva, me ordenaba el regreso, después de pedir perdón, asegurando que, si no lo hacía, yo sería la causa de la ruina general, amenazándome además con el anatema de la Iglesia. Y todo eso, después de que mi reacción había venido dada por el desprecio y postergación a la que había sido sometida por mi señor. Pero a nadie parecía importar ese hecho; yo sólo era una malvada mujer que había osado levantarse contra su esposo, fuera injusto, despótico o infiel.

—Una vez recuperada Normandía —concretó el anciano, sintiendo toda la amargura que las palabras de Leonor reflejaban y que él había vivido y compartido en su momento con la reina—, el rey se dirigió hacia el Poitou y devastó las tierras entre Tours y Poitiers y puso sitio a las posesiones del leal Raúl de Faye quien había ya partido hacia París para pedir a Luis asilo para vos. Enseguida se hizo con Faye-la-Vineuse. Entonces...

—Entonces comprendimos que todo estaba perdido y, en la noche, como ladrones, salimos de Poitiers camino de París. —Leonor bajó la cabeza y apretó sus manos, asustada aún del momento en el cual, vestida de hombre, hubo de hacer frente al grupo de mercenarios que, por orden de Enrique, patrullaban los alrededores de la ciudad—. Éramos un pequeño destacamento de caballeros. No quisimos llevar más guardia por no llamar la atención, pero aquellos canallas tenían la promesa de mi esposo de que, si eran capaces de encontrarme, ya que estaba seguro de que intentaría huir, les entregaría tierras y posesiones para que pudieran vivir con comodidad el resto de sus vidas; después se limitó a darles unas pocas monedas —aclaró con un gesto de obviedad—, pero en aquel momento ellos no lo sabían, de modo que su dedicación e interés eran extremos. En cuanto vi sus negras siluetas destacando sobre la ancha luna, vislumbré el futuro que me esperaba. Sabía que no se atrevería a matarme porque había demasiados intereses de por medio, pero mi vida, desde aquel momento en sus manos, estaba acabada.

—Señora —interrumpía sus recuerdos Mercadier—, estamos llegando a Nájera. ¿Deseáis caminar un poco antes de entrar en la ciudad?

—Sí, gracias —afirmó la reina, haciendo intención de estirar sus anquilosadas piernas. No le gustaba que las gentes extrañas la vieran bajar del carro haciendo esfuerzos inútiles, que solían terminar en brazos de Pedro o del propio Mercadier—. Traedme una montura —ordenó cuando logró poner los pies en el suelo, ayudada por el mercenario—. Ahora caminaré un poco para conseguir estirarme. ¡Dios! ¡Qué frío hace! —Tiritó, arrebujándose en su capa, que Brianda se apresuró a cubrir con otra forrada de piel de zorro—. Gracias, querida. Me alegra verte cerca de mí. Ayer te eché de menos la mayor parte del día.

—Estuve ocupada, señora —se disculpó la joven, con los ojos en la nieve endurecida que pisaban.

—Espero que esas «ocupaciones» hayan sido para bien de alguien.

—Estoy segura, señora, de que «alguien» ha podido rehacer su vida sin las ataduras de una situación sin solución posible.

—No tengo claro que cualquiera puede intervenir en los designios divinos, aunque su intención sea buena —dudó la reina, sin dejar de contemplar a la muchacha, quien no osaba mirarla.

—Yo tampoco, señora. Pero hay momentos en que no parezco ser yo misma. Necesito hacer algo y no puedo elegir.

La conversación se interrumpió con la llegada de Elías. El arzobispo se había adelantado y ya había conseguido asilo para la reina y sus allegados en el monasterio de Santa María la Real. El resto de los hombres deberían pasar una noche más junto a los fuegos que no dejaban apagar nunca, y dentro de las tiendas, las cuales conservaban algo menos frías que las tierras que los rodeaban, cambiando frecuentemente piedras que calentaban junto a las hogueras y ayudados también de las espesas mantas que Leonor compraba personalmente, para poder estar segura de que su calidad mantendría a sus hombres medianamente confortables.

Caminó unos momentos alrededor de los detenidos carros y luego, con la ayuda de Pedro, montó su caballo. Brianda volvió a acercarse con una piedra de las del interior del carronato, que aún guardaba algo de calor, envuelta en una espesa tela. Alzó un poco las capas de su señora y la colocó cerca de su vientre.

—Os ayudará en el camino que falta —justificó, sonriendo con dulzura.

—Gracias, querida —quiso ignorar Leonor las extrañas luces que de tanto en tanto parecían surgir de la tierna mirada de la chica—. En cuanto lleguemos a Castilla, si así seguís deseándolo ambos —dijo, volviéndose ligeramente hacia su derecha, donde aguardaba Pedro por si fuera necesario—, os organizaré una boda que se recordará en estas tierras y en las nuestras y que cantarán los trovadores y los poetas.

Pedro sonrió, bajando los ojos al pomo de su espada. Brianda contempló a su señora, ahora con una mirada completamente pura, y aceptó casi con lágrimas:

—Es lo que más deseo en este momento. Mi agradecimiento será eterno.

—No necesitarás tanto, muchacha —rio la reina, tomando las riendas y taloneando a su montura—. Lo bueno que tiene deber favores a un viejo es que enseguida quedas libre de obligaciones. Y ahora, vamos. La noche nos envuelve y ya sabéis que detesto viajar a oscuras.

Enseguida comenzaron a verse a lo lejos los hachones que iluminaban las puertas de la ciudad. Sus primeros hospitaleros fueron cinco forajidos que se balanceaban en sus cuerdas, sin temer ya la oscuridad que los envolvía, ni el cierzo que los hacía oscilar como si no fueran más que harapos vacíos. Seguramente llevaban varios días colgados, porque el hedor que el viento traía era insoportable. No obstante, nadie

pareció darse cuenta y apenas los que hubieron de pasar cerca alzaron los ojos hasta los rostros deformados, para bajarlos enseguida con una mueca entre indiferente y asqueada; algunas damas, en un movimiento maquinal, se llevaron las manos enguantadas al rostro, pero nadie hizo el más mínimo comentario.

Entraron cruzando el puente sobre el río Najerilla. Alguien, probablemente el arzobispo, comentó que un tal Juan de Ortega lo había reconstruido hacía ya muchos años. Dejaron a su izquierda el hospital de Santiago, cuyas puertas bullían de gentes, esperando pacientemente su turno para entrar, cenar y calentarse. Se oían quejidos. Había algunos enfermos, lacerados por el dolor y ateridos de frío, que deseaban imaginar que, una vez traspasadas las puertas, sus pesadumbres cesarían. El resto de la ciudad parecía deshabitada. Nadie caminaba ya por sus callejuelas; las gentes, empujadas por las sombras y la nevisca, la cual comenzaba a arremolinarse en las esquinas, se amontonaban junto a los fuegos, cenando, si el día había sido propicio, o tratando de conciliar el sueño, ignorando los rugidos de sus tripas vacías, si la suerte no les había acompañado.

Cuando llegaron frente al monasterio, nuevamente Elías explicó que el gran rey Alfonso, el que había conseguido extender sus fronteras hasta la ciudad de Toledo y que fue el sexto de su nombre en León, Castilla y Galicia, lo había entregado al control de los monjes negros, enfadando tanto al obispo de aquel momento que se había ido de la ciudad, trasladando su residencia a Calahorra.

Los monjes los esperaban fuera de las cercas, encabezados por su prior. Aguantaban el frío reinante con sus livianos hábitos y sus pies calzados con sandalias que, sólo con su vista, hicieron tiritar a la reina. Pusieron su «humilde residencia» a disposición de tan alta dama y sus acompañantes.

—Agradezco vuestras muestras de acatamiento, prior, pero creo que por el bien de vuestros hermanos, mis hombres, vos y yo misma, deberíamos hacer nuestros parabienes a cubierto.

—Desde luego, señora —aceptó con alegría el superior, quien se había sentido en la obligación de presentar sus respetos en la puerta, cuando en realidad, mientras lo hacía, le castañeteaban tanto los dientes que hubo de morderse la lengua para, con el dolor, distraer su tembladera—. Entrad, entrad, que ya tenemos encendidas las chimeneas y presta la cena. Sólo tenéis que decirnos cuándo deseáis comer o si necesitáis alguna otra cosa que esté a nuestro alcance.

Sus últimas palabras quedaron casi cubiertas por unos desgarradores gritos que llegaban desde uno de los interminables pasillos laterales. El prior miró a uno de sus monjes con furia contenida y luego a la reina, dulcificando su gesto, para disculpar.

—Señora, os ruego que no prestéis atención a esos destemplados aullidos. Es uno de nuestros monjes, a quien, desgraciadamente, parecen haber colonizado los demonios. Antes de vuestra llegada ordené que fuera llevado a las bodegas, pero —se interrumpió unos instantes para mirar de nuevo a sus hermanos, iracundo—, por lo visto, no basta una orden para que se obedezca; habré de repetirla de nuevo.

—Esperad, señor —le detuvo con un gesto la reina, inmediatamente interesada—. ¿Por qué decís que los demonios lo han habitado?

—Veréis, señora, hace semanas que se empeña en decir que su pierna derecha no le pertenece, de hecho, no puede moverla, por lo que pretende arrancársela, para poder volver a caminar, aunque sea apoyado en una muleta. Asegura que pertenece a un ladrón, el cual penetró en la iglesia del monasterio para robar y que, después de detenido, fue torturado para obtener su confesión y más tarde ahorcado. El hermano Pelayo, el que ahora grita, fue el encargado de administrarle los sacramentos antes de la ejecución y, al parecer, quedó muy impresionado por lo que el joven le contó. Se empeñó en decir que el chico era inocente y quiso detener a los soldados cuando se lo llevaban para ejecutarlo. Probablemente, el bandido estaba poseído por los demonios, que serían los que le empujaron a cometer el sacrilegio y cuando el hermano Pelayo se acercó a él se pasaron a su cuerpo. De todas formas no os preocupéis, señora, ahora mismo se lo llevarán a las bodegas y durante vuestra estancia no volveréis a oír sus lamentos.

—¿Habéis tratado ya de exorcizarlo? —intervino el arzobispo, cruzando las manos sobre el estómago, haciendo girar rápidamente, uno sobre otro, los pulgares, probablemente por la prisa que tenía en llegar a sus aposentos, descansar y cenar hasta llenar su tripa, que se quejaba hacía rato, tanto que por momentos llegó a temer que los aullidos no fueran del monje endemoniado sino de sus vacías entrañas.

—Desde luego —alzó algo la barbilla el abad, mirando con cierto desdén al recién llegado—. Pero no ha dado resultado. Así que he decidido mantenerlo atado hasta que Dios decida llevárselo.

—¿Con los demonios dentro, Padre? —se asombró Mercadier—. Eso sería condenarlo por toda la eternidad y, por lo que decís, él no parece culpable de nada.

—Hay una persona conmigo —apuntó la reina, tendiendo la mano hacia atrás para tocar a Blédhri— que me gustaría que viera al monje enfermo.

—No está enfermo, señora —puntualizó el prior—. No tiene dolores ni fiebres. Sólo grita y pretende arrancarse la pierna. Imagino —quiso remarcar, buscando la aprobación del arzobispo— que coincidiréis conmigo en que no estamos hablando de males normales. No obstante, señora, si vos lo deseáis, vuestro acompañante puede ver al hermano Pelayo, pero, como supongo que estaréis fatigada, os sugeriría que reposarais y comierais algo antes.

—Me parece buena idea, señora —intervino, rápido, Elías—. El día ha sido largo y cansado; no conviene que os agotéis demasiado porque aún queda bastante camino.

—Está bien —aceptó Leonor, conteniendo su curiosidad, al comprender que todos estaban extenuados y hambrientos. Después de cenar se acercaría, junto con Blédhri, a ver al endemoniado.

Procuró abreviar en lo posible y, en cuanto terminó el ágape, pidió ver al padre Pelayo. Dirigidos por el prior, caminaron por interminables pasillos, alumbrados precariamente por teas sujetas a las paredes con aros de hierro, hasta llegar a la celda

común, donde los hermanos dormían. Allí estaba su catre, en un rincón separado del resto de los lechos. En aquel momento descansaba plácidamente, con una media sonrisa en su rostro barbudo, que enmarcaban largos y descuidados cabellos. Alguien había arropado con una manta su escuálido cuerpo, cubriéndolo hasta la altura de los hombros.

Blédhri se acercó despacio al enfermo y apartó la frazada, dejando al descubierto sus manos y pies atados al catre. Aunque las ligaduras eran de tela, los esfuerzos por librarse, según se apresuró a aclarar enseguida el prior, habían hecho profundas heridas en sus muñecas y en sus tobillos.

—Nadie puede curárselas —seguía el santo hombre, abrumado por el preocupante aspecto de las magulladuras—. Es imposible acercarse a él sin que esté atado.

Blédhri tomó del cinto su daga de plata, con forma de media luna y, limpiamente, cortó las ataduras. Lo que hizo retroceder instintivamente a todos los presentes, excepto a Leonor, quien se mantuvo en su puesto, sin perder detalle de los manejos de su amigo. Puso esta una mano sobre la frente y la otra sobre el vientre del enfermo, en tanto cerraba sus ojos y bajaba la cabeza hasta tocar la barbilla con el pecho. Parecía murmurar algo, pero ninguno de los presentes fue capaz de entender sus palabras. Cuando terminó su cantinela, abrió los ojos, al tiempo que lo hacía también el enfermo. Todos los que miraban volvieron a retroceder varios pasos. Pelayo contempló tranquilo al hombre que acariciaba su cuerpo con movimientos ligeros, que parecían llevar algo hacia lo alto de su cabeza, más allá de la almohada. Se dejó hacer, sin moverse, con la mirada ingenua y mansa que siempre tuvo y que algunos ya no recordaban.

—¿Podrías sentarte, hijo? —preguntó Blédhri suavemente, con una cierta dulzura.

—Claro —contestó enseguida el enfermo, intentando apoyarse en sus manos, lo que le arrancó un gemido de dolor e hizo que unas gotas de sangre mancharan aún más su lecho.

—Traed una jofaina no demasiado grande con agua y preparad luego un baño bien caliente, donde pondréis un puñado de sal —ordenó Blédhri, en tanto lo ayudaba a incorporarse y a desprenderse de lo que quedaba de su hábito, el cual, cuando lo arrojó al suelo, quedó por unos instantes tieso sobre la piedra hasta que cedió y cayó, doblándose sobre un lado.

Mientras, en cuanto llegó la palangana, la colocó sobre el regazo del enfermo y le ordenó mirar el agua, sin apartar la vista de ella. En ningún momento dejó de masajear el vientre de Pelayo, aunque sí llevó la otra mano desde la frente a la pierna enferma. El monje se dejaba hacer sin separar los ojos del recipiente que sostenía en su regazo. Por un momento su mirada se dirigió al semblante del prior y un gesto de miedo encogió todo su cuerpo. Blédhri, sin abandonar sus rítmicas caricias, indicó la puerta con un gesto a todos los que contemplaban la escena.

—¿Puedo quedarme? —susurró Leonor, esperanzada.

—Aguardad a que Pelayo os mire —contestó el anciano—, él dirá si podéis o no.

Pelayo parecía ahora muy preocupado, contemplado la salida de las personas que habían seguido a la reina hasta su lecho. Cuando el prior, quien había quedado rezagado, cruzó el umbral, cerrando la puerta a sus espaldas, ojeó unos instantes el semblante de la mujer y, olvidándose de ella, tornó su mirada a Blédhri, con un ligero suspiro de descanso.

—Podéis quedaros —aceptó el anciano, indicando una sedilia apartada a Leonor; él tomó otra para sentarse junto al catre.

—Pelayo, mira al agua y cuéntale cuál es tu mal —ordenó el anciano, sin dejar de acariciar el vientre del hombre. Su voz, aunque cálida, era extraña y lejana.

—La pierna de Berengario no me deja huir —respondió enseguida el monje, extrañado de que en una jofaina de agua pudiera ver tantos reflejos y colores, que se entrelazaban formando una especie de red, hermosa y brillante, cuya sola vista lo tranquilizaba, expandiendo su alma mucho más allá del recipiente.

—¿Por qué deseas hacerlo?

—Porque no he encontrado a Dios.

—Dios no está al alcance de sus criaturas.

—No, pero si está en sus obras y aquí no lo siento.

—¿Quieres decir que no encontraste en el monasterio la piedad que buscabas?

—Quiero decir que no me rodean hombres de Dios.

—Entonces, ¿cuál es exactamente el problema que hace que desees partir?

—Vine buscando a Dios y en este lugar no está.

—¿Deseas regresar con los tuyos?

—No. Yo quiero pertenecer a un monasterio, pero sólo si sus hombres son reflejo divino.

—¿Has visto, tal vez, algo que te haga sospechar que aquí no se honra como sería debido al Señor?

—Eso es.

—Y te sientes atrapado porque ya has hecho los votos y no puedes marcharte.

—Sí.

—Berengario tampoco pudo huir.

—No, aunque yo grité a todo el que me quiso oír que no era culpable. Cuando hube de llevarle los sacramentos, me contó que, por una gallina que le habían prometido, le obligaron a robar el oro del altar, amenazándolo, si se negaba, con llevarse a su mujer al prostíbulo de la ciudad. Cuando lo pillaron, lo ejecutaron al día siguiente de su detención, sin permitirle hablar con nadie ni defenderse y mucho menos acusar a su inductor. Yo no pude evitarlo; entonces deseé más que nunca salir de aquí, para buscar otro cenobio donde la corrupción no haga olvidar al Señor y sus mandatos.

—¿Conoces ahora cuál es tu problema? —preguntó Blédhri, después de una breve pausa, en la que detuvo sus movimientos, bajando los párpados, él también, al

agua, que ahora había perdido su belleza, convirtiéndose en lo que parecía, un oscuro agujero sin fondo.

—Sí, lo sé —afirmó, sin dudarlo.

—¿Sigues deseando partir?

—Sí.

—Hazlo, entonces.

—He hecho votos perpetuos. Además, en cuanto vos os vayáis, la pierna tornará a ser la de Berengario.

—¿Eres capaz de saber en este momento que tu pierna es realmente tuya?

—Sí, lo sé.

—¿Comprendes que tu mente se rebela contra ti, por no poder hacer lo que realmente deseas?

—No entiendo por qué ocurre semejante cosa, pero ahora sé que es así, como vos decís. No obstante, también sé que no podré controlarlo cuando la idea vuelva a mi cabeza.

—No volverá.

Blédhri tomó la palangana y, se acercó a uno de los ventanales; apartando el paño que lo cubría, arrojó el agua por la ventana. Entraron entonces unos monjes con una tina y varios cántaros del agua que siempre se mantenía caliente en los potes de hierro que hundían sus abultados vientres en las cenizas de los hogares.

—Ayudadme a sumergirlo en el baño —ordenó el anciano. Pero cuando los hombres se aproximaron denegó, indicándoles la puerta—. No, vosotros podéis ir, la reina lo hará.

Leonor se levantó y con una mezcla de asco y conmiseración se acercó al catre, tomando uno de los escuálidos brazos del enfermo.

—No es necesario que hagáis esfuerzos —aclaró Blédhri—. Limitaos a impedir que se ladee. Él buscará el agua.

Efectivamente, Pelayo, apoyándose en sus débiles piernas y en los brazos de los dos ancianos, entró en la tina, sumergiendo todo su cuerpo, tobillos y muñecas incluidos, lo que le arrancó un débil gruñido de dolor. Su cuidador masajeó ahora sus cabellos y sienes; él, abandonado a un bienestar que creía olvidado, insistió en su cantinela, pero ya con una voz débil, como de niño mimado.

—Volverá en cuanto os marchéis —dijo, buscando de nuevo la mirada del anciano—, porque no puedo partir.

—¿Ese es ahora todo vuestro problema? ¿El que no podáis partir? —Tocó el anciano el pecho del enfermo, para mover expertamente sus manos sobre la reseca piel—. Podríais, si alguien más alto lo pidiera.

—Sí, ese es ahora mi problema. Habéis hecho que el agua se lleve mi obsesión; pero sé que volverá si continúo aquí. Y nadie va interceder por el hijo de un leñador que, aunque sea el más listo de toda su caterva, nació, como su padre, para hacer la leña del señor.

—¿Os gustaría formar parte del séquito de la reina Leonor?

—¿Podría celebrar misa cada amanecer y rezar a todas las horas en que debo hacerlo?

—Desde luego. Pero antes de seguir, creo que deberíamos consultar a la propia reina, quien está aquí presente.

El monje la buscó con los ojos y, al verla, suplicó:

—Señora, ¿permitís que os acompañe? Tan sólo sería una disculpa para salir de aquí. Luego, si os resulto gravoso, podéis dejarme en cualquier otro cenobio de la orden.

—Le diré a vuestro prior que necesitáis un tratamiento más largo y que os llevaremos para curaros —explicó Leonor, al tiempo que asentía a la súplica—. Y ahora, como veo que no tenéis más demonios dentro que los terrenales, y eso me resulta muy aburrido, voy a retirarme. Dejad que Blédhri os dirija; él sabrá muy bien lo que debéis hacer. Mañana hablaré con vuestro prior. Pero voy a daros un consejo, que si decidís pertenecer a mi séquito es una orden. Mantened la boca cerrada. En el mundo hay cosas que ni siquiera se deben pensar y mucho menos ponerlas en palabras. No me extraña que vuestra cabeza haya saltado por los aires, lo que, por otra parte —concluyó, dirigiendo una media sonrisa a Blédhri— os ha salvado la vida.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, la comitiva partió con un miembro más, cosa nada reseñable, pues durante el camino había ido acrecentándose con un buen número de peregrinos, comerciantes, trovadores y viajeros de toda clase y condición, que buscaban la protección o la compañía. Leonor había ordenado a Blédhri que viajara con ella, ya que la noche anterior no habían podido seguir con sus recuerdos, y ahora que tenía tan cerca el final de su camino, parecía apresurada por acabar de recordarlos y ponerlos por escrito. La etapa hasta Santo Domingo de la Calzada no era muy larga, no obstante, el movimiento constante y el frío empezaban a hacer mella en todo el cortejo, y sobre todo en los débiles huesos de la reina.

—Nos llevaron a la torre de Chinon —dijo muy seria, en cuanto tomó asiento en el carro.

—Sí, señora, y allí permanecimos durante casi seis meses, hasta que en el mismo puerto de Barfleur, donde veinte años antes habíamos partido alegres por vuestra coronación, ahora salimos hacia el destierro. Y también, como en aquel momento, los cielos bramaban con una terrible tempestad. Todos parecíamos caminar más despacio y, a no ser que fuera imprescindible, nadie se aventuraba fuera del techado. Todos menos Enrique, quien ordenó aparejar y embarcar bajo una lluvia torrencial. ¿Recordáis sus bramidos, que pretendían ser rezos, sobre el puente de la nave capitana?

—No exactamente, pero desde luego no puedo olvidar un acto tan teatral, que más que una oración simuló un desafío.

—Yo podría repetirlo casi palabra por palabra, porque realmente, en aquel momento, me hizo temblar, por lo provocador que me pareció.

—Sí, estaba preparando un nuevo milagro.

—Que realmente se dio —confirmó la reina con una especie de estupefacción—.

Esa misma tarde desembarcábamos en Southampton y, contrariamente a lo que todos pensaban, en vez de hacer frente inmediatamente al rey de Escocia o a Hugo Bigot, quien acababa de tomar partido por mi hijo Enrique, montó la pantomima de Canterbury ante la tumba de Thomas, como un peregrino más.

—Al parecer lo hizo aconsejado por el arzobispo de Rouen, quien lo acompañaba entonces en todos sus movimientos.

—Simuló seguir su exhortación, pero tú, tan bien como yo misma, sabemos que Enrique no hacía caso de nadie, a no ser que comprendiera el beneficio que el asunto podía reportarle. En este caso, las gentes no habían olvidado la muerte de Becket y, para conseguir sus fines, viendo que muchos de los barones se le escapaban, tenía que reconciliarse con el pueblo, porque, si bien era cierto que había vencido a Ricardo en algunos lugares, también lo era que Rancon seguía resistiéndosele y en Inglaterra, el rey de Escocia, el obispo de Dirham, Hugo Bigot y algunos otros señores estaban abiertamente en su contra.

—Al llegar a tierra se negó a comer.

—Lo hizo para que lo vieran. Luego ingirió bastante más que el agua y el pan, que mascó con humilde gesto a la vista de todos. En sus aposentos le fue servida una buena cena, regada con algunos vinos, llevados desde nuestras tierras aquitanas. Pero eso sólo lo vieron sus criados más allegados, aunque siempre hay alguno que habla y unos pocos lo supimos.

—Pero las buenas gentes se sintieron comprendidas, viéndole ingerir, como ellos mismos, un mendrugo de pan mojado en la copa de agua. Y, al amanecer, cuando se dirigió a Canterbury, les mostró su arrepentimiento, pero, sobre todo, su cercanía a las costumbres y los intereses de la masa. Llegó a caminar descalzo, vestido de estameña, hasta la tumba, como los múltiples peregrinos que llenaban la catedral desde la muerte de Thomas y mucho más desde su reconocimiento como santo de la Iglesia de Roma.

—Me pregunto si —cabeceó lentamente la reina, perdiendo la mirada en los ramos rojos y verdes del tapiz que pisaba y que la aislaban de las maderas del carro —, durante la noche que pasó junto a la tumba, fue capaz de recordar siquiera el asesinato del arzobispo, el momento en que el clérigo quedó solo frente a los hombres armados que lo atravesaron ante el altar, acusándolo de traidor. No, seguramente no —se contestó a sí misma Leonor—. Él estaba siempre seguro de que las decisiones que tomaba eran las justas y que no había ninguna clase de alternativa a ellas. Aquella madrugada, cuando se durmió apoyado en el túmulo, se reafirmaría en las resoluciones pasadas y proyectaría las futuras, convencido de lo acertado de todas y cada una de ellas.

—Al alba oyó misa y se dejó azotar —puntualizó Blédhri, queriendo equilibrar la balanza.

—Flojito, como de costumbre —aceptó la reina, plegando los labios con desdén—. Compadezco al pobre fraile que lo hizo; estoy segura de que habría preferido que

le ordenaran cavar el huerto entero, por miedo de hacer demasiado daño a Enrique. Además, no se encontraría muy mal cuando a continuación se llegó hasta el hospital de leprosos de Harbledown. Donde, por cierto, se quedó a la puerta, ocupado al parecer en atender a las gentes que lo habían seguido hasta allí y metido entre ellos, escuchando muy atento sus quejas, se le hizo tarde para entrar, por lo que, sin dejar su círculo defensivo, hizo una donación de veinte marcos de renta. Todos los interesados comprendieron entonces sus prisas y quedaron muy contentos, tanto los cuidadores como los leprosos, a los que no vio en ningún momento.

—No obstante, la suerte parecía estar de su parte. Aquella misma noche llegó un mensajero para anunciarle la derrota del rey de Escocia y apenas un par de meses después vuestros hijos parecieron someterse.

—Esas noticias fueron terribles. Comprendí, al conocerlas, que la esperanza se había terminado para mí. Sólo quedó de mi parte la Iglesia, que se negó a conceder el divorcio a Enrique, a pesar de sus arrumacos al cardenal de Saint-Ange. Fueron años duros, pero enseguida comencé a aprovechar el tiempo.

—Sí, conseguisteis préstamos de legajos de todos los monasterios de Inglaterra. Algunos incluso los hicisteis copiar.

—Evitaba, leyendo y estudiando escritos, ver las espesas nieblas de los días de invierno que, al igual que mi existencia, parecían cerrarse y ennegrecerse, para ahogar en pegajosas humedades mis deseos de vivir. Pasaba la jornada a la luz de las candelas, cerca de una chimenea, rodeada de monjes y poetas, que me entretenían con sus conocimientos, cuentos, leyendas y música. Evitaba mirar por los ventanales, por no ver la lluvia rasgando incesante las tardes frías y desapacibles.

—Esa era la versión que se ofrecía a vuestro esposo, cuando, más temeroso que compasivo, preguntaba por vuestra vida en la torre de Salisbury. Lo que nadie decía es que permanecíais en contacto con vuestros hijos y señores, esperando la oportunidad que, desgraciadamente, no iba a darse, aunque nunca os permitisteis perder la esperanza.

—En secreto, y a veces con dilación, las noticias me llegaban. Conocí así la defunción de Rosamunda. ¡Pobre niña! Otro juguete roto de Enrique, a quien no pareció afectar en absoluto su muerte porque enseguida se consoló con la triste Adelaida, o Alaïs, como muchos la nombraban, la hija del rey Luis, quien se criaba en la corte para desposarla con Ricardo. A pesar de que su padre apeló a Roma, pidiendo que se celebraran las nupcias apalabradas, el asunto se fue alargando y el futuro de Adelaida se rompió en la cama del rey. Creo que al final la casaron con un noble de segunda fila, ya que su unión con Ricardo era ya imposible.

—Por esa época se celebraron también las nupcias de vuestra hija Juana con Guillermo de Sicilia.

—Desde mi encierro, pedí a mi esposo que nuestra pequeña acudiera a sus bodas como la princesita que era. Supe que se reunió un vistoso cortejo y que mis dos hijos mayores, por turnos, acompañaron a su hermana.

—Su esposo era un gran hombre. Además de muy culto y cortés, un completo caballero. ¿Recordáis el episodio de la hija del rey de Marruecos?

—Pues no mucho... ¡Ah, sí! —se corrigió enseguida—. El asunto fue que el navío en que viajaba la joven naufragó en las costas de la isla y Guillermo, en vez de pedir rescate por ella, la agasajó hasta entregársela a su padre sana y salva. Eso le valió la devolución de dos ciudades que la morisma le había tomado, aunque no quiero pensar que en sus motivaciones estuvieran esos objetivos... —aclaró la reina, con una media sonrisa—. Pero si no fue así, su caballerosidad tuvo un buen pago. No sé por qué —se regañó a sí misma, al tiempo que se envolvía, friolera, en su capa—, sobre todo cuando recuerdo las artimañas de Enrique, tiendo a pensar mal de todo el mundo... Bueno, quizá porque he vivido demasiado y he visto tantas cosas...

—Llegasteis a ver a vuestros dos esposos peregrinar juntos ante la tumba de Becket.

—Desde luego. Cuando me enteré de eso, no sabía si llorar de pura rabia o reírme. Opté por lo segundo. No es bueno entristecerse por nada ni por nadie y mucho menos por semejante astracanada. Al parecer fue el propio Enrique quien aconsejó a Luis, el cual por entonces ya estaba muy enfermo, la posibilidad de viajar a Inglaterra para suplicar al buen Thomas, que era el santo más milagrero del momento, por la salud de Felipe. El heredero de Francia se había perdido en la negra soledad de un bosque. Vagó desorientado durante toda una noche, en que los terrores vividos o inventados lo dejaron enfermo y casi idiota. Sabía muy bien mi esposo tocar los puntos débiles de las personas —constató después de unos instantes de silencio—. Consiguió así una entrevista con Luis, el cual andaba de morros por la faena hecha a su hija Adelaida. Además, por consejo de Pedro de Blois, quien veía que nunca se ocupaba de la Santa Espina, ni siquiera para llevársela de un lugar a otro, lo contentó ofreciéndole la reliquia, obsequioso y compasivo. Le aseguró muy serio, quizá hasta creyéndoselo, aunque —dudó la reina— probablemente no lo hiciera, porque, en ese caso, no se la habría regalado, que ella le sacaría los demonios que la noche del bosque hubieran podido entrar en su cuerpo. Pedro había pensado que, ya de no usarla para sus rezos y consuelo, mejor sería convertirla en un regalo político que suavizara las tensiones del momento; idea que Enrique aceptó enseguida, conociendo la beatería de Luis y olvidado ya del empeño que había tenido en poseerla.

—Nos contaron los desvelos del rey por complacer al franco. Lo recibió en Dover y lo escoltó hasta Canterbury, donde se recogieron ante la tumba del asesinado Becket, como si ninguno de los dos supiera de qué había muerto el arzobispo. Luis donó su copa de oro y cien arrobas anuales de vino de Francia a los monjes, quienes nunca estuvieron tan seguros de la santidad de su hermano muerto.

—Bien fuera por intercesión del santo, por el poder de la reliquia o por la juventud del príncipe, Felipe se restableció y pudo ser coronado en noviembre. Mi hijo Enrique me hizo llegar una larga misiva en la que me describió muy bien los

actos de aquella coronación. Apenas los recuerdo; sé que a él correspondió portar la corona en la comitiva, en pago de lo cual se le concedió el título honorífico de senescal de Francia. Y que también hizo regalos tan generosos que hasta los trovadores los cantaron.

—El septiembre siguiente murió cristianamente Luis, dejando a su joven pero ambicioso hijo Felipe al frente de sus tierras.

—No obstante, su juventud, el nuevo rey no fue capaz de convertirlas en el lugar alegre que se podría esperar de sus pocos años. Nunca me ha resultado agradable ese hombre; cuida muy poco su aspecto. Su cabello hirsuto y espeso está siempre mal peinado, y además, asunto incompresible en un muchacho, en los comienzos de su reinado no le gustaban los trovadores ni los poetas. Llegó a expulsarlos de su corte, aduciendo que el dinero que le costaban se lo entregaría a los pobres. Nunca lo hizo, pero quedó muy bien ante las masas. Su delicada esposa, a la que apenas prestaba atención, Isabel de Hainaut, se paseaba por los lóbregos pasillos del palacio, que yo conocía tan bien, o hacía peinar constantemente sus rubios cabellos en complicados moños que luego había de ocultar tras los velos. Su propia madre, Adela de Champaña, hubo de dejar la corte y volverse a sus tierras, porque la convivencia con su hijo se le hizo imposible. Fueron las cortes de Champaña y de Flandes las que recogieron el regocijo que yo había sabido imprimir a la mía de Poitiers. Mi querido Bernard de Ventadour se retiró a una abadía y así la mayoría de los poetas y trovadores a los que alimenté y que hicieron de mi corte un lugar alegre y culto. Recuerdo ahora unos de los varios versos de Bertrand de Born, que cuando, en mi encierro, me llegaron me hicieron soñar con los torneos y juegos que presidí en el pasado, pero también me produjeron satisfacción al pensar que mis hijos vivían la alegría de mi familia y de mis tierras y no el desorden y la inquietud de su padre.

—Bertrand era un gran señor al que agradaba la guerra, como él mismo afirma en uno de sus poemas —Blédhri entrecerró los ojos y citó:

Me gusta que los batidores
hagan huir con su ganado a las gentes
y me gusta seguir tras ellos
hombres de armas todos juntos,
y place a mi corazón
ver castillos fuertes asediados,
muros derruidos y rotos
y las huestes en la orilla^[3]...

—Si alguien —asintió Leonor, plegando los exiguos labios, que ahora no mordisqueaba para enrojecerlos porque nadie la contemplaba— se hubiera detenido a leer esos versos, que, por cierto, eran mucho más largos y detallados, habría entendido que mi responsabilidad en la rebelión del Poitou no fue tan decisiva como quisieron hacer creer. Todos mis señores estaban hartos de los caprichos y abusos de Enrique y, como tú mismo has dicho, los hombres aman la guerra y sólo necesitan

una buena disculpa...

... Y ya entrado en batalla, todo noble buscará con esfuerzo cortar cabezas y brazos, pues vale más muerto que vivo y vencido.

Leonor calló, bajando los ojos, arrastrada ella también por el frenesí de las batallas que había contemplado y que tan bien reflejaba Bertrand en sus versos, los cuales, al leerlos una lejana noche, le hicieron soñar algo grandioso y terrible.

—Alcancé a ver, gracias a un poema parecido al que hemos recordado, al retirarme a descansar, a mi hijo mayor.

—Soñasteis con Enrique el Joven, tocado con una corona de oro y otra de luz. Recuerdo que desde el primer momento os empeñasteis en decir que iba a morir.

—Tú, aunque quisiste ocultármelo, lo sabías también —acusó, mirando de frente al hombre, quien bajó los ojos—. No hacía falta conocer «lo oculto» para interpretar correctamente aquel bellissimo sueño. Su simbología borró mis límites y fue capaz de integrarme en una realidad sagrada, donde todo ha sucedido ya. Cuando el archidiácono de Wells llegó con la mala noticia, no lo dejé hablar, adelantándome a sus palabras. Apenas escuché luego los detalles: que había muerto peleando bravamente y que sus heridas se infectaron y que...

—Aquella premonición, extrañamente, os ayudó a soportar con entereza el golpe.

—Sí, el ver a mi hijo coronado de luz me hizo pensar en que había ya un lugar reservado para él, en alguna parte mejor que este mundo. Además, su generoso corazón y su arrepentimiento al darse cuenta de que se había enfrentado a su padre, aunque tuviera motivos, limpió su vida de los errores que todos cometemos, por bien que deseemos vivirla.

—Cuando hizo llegar a su padre la súplica de perdón, Enrique, desconfiado, no quería creer lo que el obispo de Agen le estaba trasmitiendo. Hubo de insistir el santo hombre para que le concediera una prueba y poder presentarla ante el herido.

—Sí, cuando mi esposo se convenció de la veracidad del asunto, le entregó un anillo adornado con un gran zafiro, haciendo votos por el restablecimiento de nuestro hijo.

—No pudo el joven con el mal que se extendió por su sangre y, sabiéndose herido de muerte, dictó su testamento y, vestido con una sencilla túnica y con una cuerda al cuello por sus pecados, se acostó en las cenizas que había mandado colocar en el suelo, sin dejar de besar el anillo. Repartió todos sus bienes y encargó a Guillermo le Maréchal, su fiel amigo y compañero, que tomase la cruz y acudiese en su nombre a los Santos Lugares y también que todos los señores que lo acompañaban suplicaran a su padre vuestra libertad. Falleció al atardecer y, cuando ya muerto quisieron quitarle el anillo, no fue posible, así que todos los presentes interpretaron que era un signo de que el Señor había perdonado sus culpas.

—Ni siquiera en esos tristes momentos mi esposo se sintió débil —murmuró

Leonor con los ojos reseco, fijos en sus manos, que como pájaros enfermos descansaban sobre el regazo—. Lleno de soberbia, se empeñó en ignorar que la sangre derramada vuelve estériles los campos, las mujeres, los proyectos... Muy al contrario, muerto el rey coronado, decidió no volver a reconocer a ninguno de sus otros hijos el derecho y comenzó a crear discordias entre ellos e incluso conmigo. Ahora comprendo que no deseaba a Ricardo como heredero porque no estaba seguro de que fuera capaz de engendrar, estando informado de sus inclinaciones sexuales. Lo que desconocía su padre, porque nunca se preocupó de sus vástagos más que como posibles rivales o herederos, era que la sexualidad de Ricardo era muy acomodaticia. Pero se empeñó en que quedara clara su pretensión de coronar a Juan, un niño nervioso y díscolo, porque, además de que era el que más se le parecía, era retraído y temeroso y creía que no iba a crearle problemas, y... —Se interrumpió unos instantes la reina, mirando con un cierto asombro a su amigo—. ¿Te das cuenta, Bléd, de que, hasta después de muerto, ha logrado imponer su voluntad?

—Sí, así ha sido, señora. Pero aunque continuó viviendo y, a la vista de sus actos, sin mucho dolor ni amor por sus hijos, sus últimos años fueron, al decir de los que permanecieron en su compañía, desordenados, confusos, intranquilos y muy poco productivos. Dejó de imaginar lo maravilloso y se perdió en la oscuridad.

—Se volvió de barro. Olvidó todas sus fabulaciones de juventud, cuando quería que lo vieran como la reencarnación de Arturo y para ello actuaba y a veces hasta pensaba como él. Llegó un momento en que dentro de su sucia y abandonada apariencia no quedaba más que sombra.

—Sus hombres se quejaban de que hasta el pan lo comían a menudo lleno de moho y bebían los vinos avinagrados y nunca había un día de paz a su lado. Mataba, mutilaba o golpeaba indiscriminadamente. Sus castigos por las escasas piezas de caza de Inglaterra se hicieron famosos...

—Debieron de ser años terribles para sus fieles. Y en cuanto a los deseos de mi hijo moribundo de suplicar mi libertad, no se hicieron realidad más que en conceder un permiso para que mi hija Matilde me visitara, acompañada de su esposo Enrique, el duque de Sajonia. Parece ser que este hombre andaba algo encelado porque Bertrand de Born, que había sido su huésped en Argentan, piroteo demasiado, según sus palabras, a su esposa. No sabía entender el caballero a los trovadores y poetas —afirmó, con un gesto desdeñoso— y, por lo que dijo el mismo Bertrand, su corte era de lo más aburrida. También me concedió permiso mi esposo para devolver la visita a mi hija, cuando, al poco, dio a luz a su pequeño Guillermo, en Winchester.

—Y os regaló un bello vestido escarlata y una silla dorada.

—Sí, y también consintió en que me desplazara a otras residencias que reunían mejores condiciones que mi torre. Al año siguiente de la muerte de mi hijo, por San Andrés, nos congregó a todos en Westminster y por Navidad en Windsor.

—Pretendía dejar claro que se había ablandado —sonrió Blédhri.

—Pero no engañó a nadie, a pesar de sus donaciones y las que me permitió hacer

a mí. Enseguida comprendimos que sus intenciones eran conseguir que Ricardo cediera algunos de sus derechos a su hermano Juan, quien ahora pasó a ser su favorito, quizá porque era tan inestable, desaliñado y marrullero como él mismo.

—Creo que en aquellos días pudo ver que no era fácil rendiros y, sobre todo, no le gustó comprobar que, a pesar de vuestros sesenta y dos años, os conservabais hermosa y activa. Mucho más atractiva que él, quien apenas contaba cincuenta.

—Desde luego su aspecto era deplorable. Había engordado demasiado y aquella pierna que arrastraba desde que recibió la coza de uno de sus caballos le hacía parecer un viejo decrépito. Pero, sobre todo, dejaba traslucir su alteración interna y su falta de ilusiones. Demasiada materia en su vida; no había lugar ya para el alma.

—El desorden en la existencia acaba por pasar cargos. El rey no había respetado ninguna norma, todo estaba a su disposición y hacía uso de ello sin tasa. Es bueno, como os he dicho en más de una ocasión, disfrutar, pero todo con medida, y él nunca la tuvo. Las orgías son regresiones al caos primordial. Pueden traer la renovación si es eso lo que se busca en un rito, pero vuestro esposo sólo quería enfangarse en el olvido. No fue capaz de someterse al orden y a los ritmos que tranquilizan. Entrar en el fárrago lo alteró de tal forma que llegó un momento en que ni siquiera era capaz de permanecer sentado. Recordad a Pedro de Blois cuando aseguraba que ni en las comidas, ni en las cabalgadas, ni en las veladas había control de ningún tipo.

—Se rodeó, además, de una clase de gentes que no le aportaban más diversión que la excitación de sus bajos instintos, como ramera, truhanes, bufones... ¡Qué lejanas debían de parecerle aquellas cortes de nuestra juventud —suspiró, modulando apenas la reina—, donde los caballeros pugnaban por ser la imagen rediviva de Arturo y las damas reencarnaban a las reinas o las hadas que dormían en el tiempo y que todas deseábamos volver a despertar! Probablemente ni siquiera recordara los poemas o las narraciones que tanto placer nos habían dado —concluyó, pensando que si hubiera sido de otra manera, no habría podido prescindir de aquellos refinamientos hasta llegar a convertir sus castillos en los lugares mugrientos y chabacanos en los que vivió en sus últimos años.

—Vuestros hijos, Ricardo y Godofredo, estuvieron en permanente enfrentamiento con él...

—Hábilmente manejados por Felipe de Francia, quien enseguida se mostró como un político mucho más capaz de lo que había sido su padre. Ricardo llegó a creerse su amigo, sobre todo después de que, en un raptó de afecto apasionado, le regalara la Santa Espina «por devolverla a su legítimo dueño, el rey de Inglaterra», le dijo. Y en su corte murió Godofredo, en un torneo... en un estúpido accidente —rememoró la reina, retorciendo los frágiles huesos de sus dedos—. Y, según me dijeron, le hizo un bello funeral en el coro nuevo de la catedral de París. No escatimó medios; las campanas entenebraron la noche, recordando la ubicua e ineludible muerte, verdadero lazarillo y única certeza en la vida de todos y cada uno, incluso de los nobles; hecho que, en vez de alegrar al populacho, el cual podría ver que en alguna faceta de la

existencia prima la igualdad, lo aterra aún más, pues deduce que si los grandes, con todo su poder, no son capaces de escapar o al menos suavizar el óbito, su propio sino vital de perro apaleado será, con mucho, peor que el reservado a sus amos; además, son tan estúpidos que realmente sienten la desaparición de los señores, porque parecen encontrarse desorientados sin la guía que los conduce y el espejo brillante, hermoso y bien alimentado en el que pueden mirarse cuando, mientras trabajan con los lomos doblados, los ven pasar de reajo, sin levantar la cabeza, camino de sus cacerías, torneos o bailes. Nunca podrá ser eliminada la estructura aristocrática porque la masa desea ser guiada; para eso es necesaria la jerarquía natural. —Leonor, con la mirada perdida, trataba de distraer con sus comentarios el verdadero y doloroso hecho que trataban. Se centró luego con un largo suspiro y siguió con sus recuerdos—: Felipe regaló al clero ornamentos nuevos y, agradecidos, elevaron sus tristes cantos, que treparon por los muros, recordando a los presentes que sólo ellos tenían la llave de la esperanza, la palabra que liberaba de la angustia, el poder de acabar con el terror del infierno, más doloroso y largo aún que la fatigosa vida terrena... Consiguieron crear un ámbito de dolor sublimado, que arrancaba lágrimas a todos los presentes, incluidos los señores, quienes, con sus mejores galas, arrojaron a mi hija, María de Champaña, la cual presidió el cortejo, a falta de otro familiar más directo que pudiera hacerlo. Poetas y trovadores pusieron en pergamino y música la corta vida y las hazañas de mi pequeño... Su esposa, Constanza de Bretaña, le había dado ya una hija y estaba encinta. Pronto dio a luz un niño, al que puso por nombre Arturo y, llevada por el odio hacia nuestra familia, no sé si por algún nefasto comentario sobre la conveniencia de la muerte de Godofredo, lo entregó a Felipe de Francia, para que se criara en su corte, multiplicando así problemas y dolores.

—Felipe —quiso cortar Blédhri la tristeza de la reina con asuntos más pragmáticos— buscaba que vuestros hijos estuvieran en pugna constante con su padre, porque tenía muchos asuntos pendientes con él y Enrique dejaba correr el tiempo sin darles ninguna solución.

—Sí, andaba en litigio la herencia de Margarita, el Vexin y la fortaleza de Gisors, que deberían haber vuelto a la corona francesa a la muerte de Enrique el Joven. Pero, en teoría, esa dote había pasado a Adelaida, quien estaba comprometida con Ricardo. No obstante, los caprichos de Enrique, como ya hemos visto, hicieron inviable ese desposorio, por lo que las relaciones entre los dos reyes eran terriblemente tensas. Hasta el punto de que en la reunión que celebraron junto al célebre árbol de Gisors, las presiones llevaron a los hombres a enfrentarse y las conversaciones se suspendieron.

—Volvieron a reunirse luego en Bonmoulins, donde acudió también Ricardo acompañando a Felipe.

—Quería el francés exigir que el matrimonio de Adelaida y Ricardo se llevara a cabo, pidiendo también que a mi hijo se le reconociera como rey de Inglaterra. Pero mi esposo, sin el temor de mi poder, que en su momento le había impulsado a coronar

a Enrique el Joven, estaba más que decidido a no permitir que, otra vez, uno de sus vástagos pudiera eclipsarlo, de modo que se negó a aceptar la proposición. Entonces Ricardo rindió homenaje al francés y le pidió protección, como señor natural, para sus Estados. Esto era un desafío público y una declaración de guerra a su padre. Partió luego con Felipe y pasó las Navidades en su compañía, dando a los ojos de todos la imagen de la más íntima amistad.

—En cambio, en Saumur, Enrique las celebró abandonado de casi todos sus señores, enfermo ya, junto a Juan, al que seguía empeñado en hacer rey a su muerte, y del fiel Guillermo le Maréchal.

—En primavera, Felipe y Ricardo reanudaron las hostilidades, tratando de forzar un arreglo.

—Fue en la reunión de Colombiers cuando el franco, queriendo dejar claro su poder juvenil frente al caduco Enrique, le ofreció su capa para que se sentara.

—Pero mi esposo, aun enfermo y acabado, con la poca dignidad que le quedaba, se negó a aceptarla. No obstante, ese desaire disfrazado de compasión, y puesto que Tours y Le Mans acababan de caer en manos francas, se acordó una tregua.

—Debió de ser un duro momento para vuestro esposo el camino de vuelta a Chinon.

—Esa fortaleza siempre había sido su preferida y he de reconocer que su ubicación sobre el monte que lame el río Vienne es muy hermosa. Los meses que pasamos allí después de convertirme en su prisionera fueron incluso agradables. ¿Recuerdas nuestros paseos sobre la muralla? Desde ella se contemplaban idílicas vistas sobre el río, con las casitas, colgadas del monte o dispersas por la llanura y los campos circundantes. Nadie podía moverse en los alrededores sin ser visto desde las almenas. Además, Enrique había embellecido las estancias del castillo y construido varias chimeneas que las hacían confortables. Incluso restauró las murallas, rellenando huecos y levantando muros que el tiempo y las batallas había derrumbado. Llegó a tender un puente para unir las dos orillas, lo que propició que la población se extendiera más allá de las cercas... —Leonor calló unos instantes con los ojos perdidos en la ciudad de Chinon, que contempló aquellos meses en que sus esperanzas de conseguir el perdón de Enrique le hicieron aún disfrutar de las bellezas del lugar. Luego, suspiró ante la dura realidad y los hermosos paisajes se borraron ante la dureza del castigo. Una nueva idea se hizo con su mente. Alzó una ceja y discurrió un tanto desorientada—: A veces he tratado de entender los sentimientos de mi esposo en el tiempo de enfermedad y aislamiento, una vez de vuelta en Chinon. Pero su prepotencia era tan grande que he sido incapaz de ponerme en su lugar. Tal vez, cuando se negó a aceptar la capa de Felipe, entendió que su tiempo estaba acabado o, por el contrario, a pesar de la pérdida de Le Mans, ciudad muy querida para él porque allí estaba enterrado su padre, aceptó la tregua, esperando recuperarse y machacar a aquel jovencito que había osado despreciar su poder haciendo, con su escenita falsamente compasiva, mofa de sus muchos años y de su enfermedad.

—De todas formas, si acaso no entendió en aquel momento su derrota, sí que pareció comprenderla en toda su magnitud cuando le fueron leídos por el fiel Le Maréchal los nombres de los señores desleales.

—No llegó, según me dijeron, ni a escuchar la lista entera. Al oír el primero, con el dolor que le produjo saber que Juan le estaba traicionando, hizo un gesto que impidió la relación del resto. «¡Ya basta!», interrumpió, con estas o parecidas palabras, y creo que en aquel mismo momento se abandonó a la muerte.

—Al tercer día vieron que un reguerito de sangre salía por su boca y su nariz.

—Sí, entonces comprobaron que había fallecido.

—Señora. —El rostro de Elías apareció por entre el tapiz del carro—. Tenemos a la vista el pueblo de Domingo, el santo hombre que desbrozó los bosques del lugar y construyó el puente para cruzar el río Oja, la iglesia y el hospital que atiende a los peregrinos. ¿Deseáis bajaros y caminar? Antes de que lo hagáis debo deciros que el frío es muy intenso. Tal vez preferiréis llegaros hasta el hospital sin descender a tierra.

—No, gracias por vuestra preocupación, arzobispo. Bajaré y estiraré el cuerpo. Decid que acerquen mi yegua y una capa de pieles.

Pedro apareció como por ensalmo junto al carro para sostener a la reina, o mejor para alzarla y depositarla luego, suavemente, en tierra. Ella se apoyó en él para dar los primeros pasos y después tensó el cuerpo, queriendo alcanzar la estatura perdida, pero, aunque las pulgadas mermadas no regresaron, sí consiguió su prestancia habitual, la cual, ni sus muchos años ni las largas horas sentada conseguían quebrar.

Con rapidez, Brianda y alguna otra de sus mujeres se acercaron a cubrirla con la capa de piel, y Ágata —que, una vez cumplida su misión con las jóvenes violadas, se había apresurado a alcanzar la caravana— le presentó un vaso de tisana humeante, cuya tibieza había conseguido mantener colocando el recipiente entre las piedras calientes de su carro. Leonor bebió sin preguntar, plegando los labios en un gesto de asco. Todos bajaron la cabeza, esperando su habitual comentario de falta de miel, pero en ese momento no se produjo; preguntó en cambio, dirigiéndose al de Malemort:

—Y, decidme, Elías. Ese Domingo, ¿dirigió las obras o se apoyó en alguien para conseguir hacerlas?

—Comenzó solo, señora, ayudándose de algún caminante que, por asilo y comida, compartía durante algunas jornadas sus trabajos. Taló árboles y desbrozó el Camino para facilitar el paso de peregrinos. Luego, como era de esperar, algunos señores y reyes lo apoyaron con sus donaciones. Al morir fue enterrado en el mismo Camino. Más tarde, cuando se construyó la catedral sobre su tumba, se desvió el paso que, si os fijáis cuando lleguemos al pueblo, traza una pequeña curva. Mercadier se ha adelantado hasta el hospital para comprobar que vuestros aposentos se encuentran en condiciones, aunque los monjes estaban avisados desde hace semanas. Espero que nos hayan reservado espacio bajo techo. La noche se presagia fría y desapacible; creo que incluso podría nevar.

—Bien —cortó Leonor, una vez satisfecha su curiosidad con los sucintos datos del arzobispo—. Ayudadme a montar, quiero llegar al pueblo cuanto antes.

—Está muy cerca, señora. En nada llegaremos al rollo, que, hoy, según dijeron los ojeadores, está vacío. Cosa rara en un camino tan transitado, por el que discurren toda clase de gentes y no todas piadosas y honradas.

Efectivamente, enseguida vieron la picota y a continuación la ermita de San Lázaro con su anexo dedicado a los leprosos. Al pasar cerca de la catedral, de nuevo Elías informó a la reina de que había sido construida en su momento para dar cobijo a los restos del santo, quien había querido ser enterrado en el propio Camino y que ahora no se encontraría muy a gusto, pues por la situación del propio edificio este se había desviado.

—En fin, todo sea por el bien de la Iglesia y sus santos —suspiró el arzobispo, comprensivamente.

—¿Sus santos decís, señor? —interrogó Blédhri con una cierta sorna—. Si vuestras informaciones son fiables y estoy seguro de que lo son, Domingo pidió ser enterrado en el Camino para ser él mismo tierra hollada hacia Compostela y, por lo que veo, su deseo no ha sido respetado.

—Creo, señor —defendió enseguida el de Malemort, ignorando sus propias palabras de poco antes—, que la intención del santo sería estar siempre junto a los peregrinos, no exactamente ser pisado por ellos. Por tanto, aunque parezca que no se haya respetado su deseo, en el fondo así ha sido, puesto que tanto la catedral como su tumba están siempre rodeadas de caminantes que, según me han dicho, llegan a esperar largas colas para orar ante el túmulo.

—Ya —aceptó Blédhri—. Siempre encontraréis una justificación a todo y hasta conseguís que parezca santa y conveniente.

—¡Vamos, señores! —interrumpió la reina—. Dejad vuestras eternas discusiones. Ahí está el hospital.

Hicieron un gran esfuerzo los monjes y la cena que ofrecieron a Leonor y sus acompañantes, que se sentaron junto a ellos en el refectorio, consistió en una suculenta sopa de coles con tocino, carne de cerdo guisada con setas y castañas hervidas en leche y endulzadas con miel. La conversación giró indefectiblemente alrededor de la vida y milagros de su santo fundador, y Leonor, utilizando hábilmente los recién adquiridos datos proporcionados por Elías, consiguió ganarse el respeto del abad, quien aquella noche se acostó rezando por la alta dama que albergaba y que, ahora estaba seguro, había sido criticada y vilipendiada sin ningún motivo real.

—¡Dios! —exclamó la reina, desprendiéndose de los velos, apenas cerrada la puerta de los aposentos a sus espaldas. Se dejó caer en un sillón, extendiendo los pies para que alguna de sus mujeres la liberara de sus botas de flexible piel de cabra, pero que, aun así, al final del día, martirizaban sus pies presionando los marcados huesos. Antes de que nadie hubiera captado su gesto, ya Brianda se arrodillaba para descalzarla, colocando a continuación un cojín bajo sus plantas para aislarlas del

suelo.

—Gracias, querida —aceptó sus cuidados la reina, ignorando aquella inquietante mirada, que por instantes parecía desprender chispas de un extraño fuego interior—. Puedes peinarme. Y tú, Bléd, acércate, hoy tengo más ganas de hablar de mis recuerdos que ningún otro día. Hoy trataremos de mi liberación.

CAPÍTULO 14

—Aquí deberíamos reseñar lo que ya ha escrito Guillermo el Mariscal en sus memorias —apuntó Blédhri, acercando su mesita—. Su asombro cuando, después de viajar sin detenerse más que para cambiar de montura, siguiendo las órdenes de Ricardo, al llegar a liberaros se encontró con vos ya libre en Winchester y más gran dama que nunca.

—Sí —rememoró Leonor con una risita—. Recuerdo su asombro cuando lo recibí, flanqueada además por Ralph Fitz-Stephen, Enrique de Berneval y Renouf de Glanville, quienes hasta ese momento habían sido mis carceleros. He de decir que siempre fueron corteses, comprensivos, magnánimos e incluso permisivos con mis necesidades o deseos.

—Desde luego, señora. Pero en cuanto llegó la noticia de la muerte de vuestro esposo los mandasteis llamar y les recordasteis quién era ahora su única señora hasta que se produjera una nueva coronación.

—Llegaron un tanto indecisos. Ellos sabían muy bien cuáles eran los deseos de mi esposo y dudaban de que existiera un testamento en el que hubiera reconocido como rey a mi hijo Juan. Conocían también mis intenciones de coronar a Ricardo, por lo que andaban dudosos sobre a qué bando habrían de arrimarse para no salir chamuscados del espinoso asunto. Los recibí vestida con uno de mis mejores trajes, rodeada de mi séquito, aderezado, como les ordené, para la ocasión. No les permití sentarse. Los mantuve en pie mientras les hacía una sucinta exposición de la situación, que distaba mucho de ser tan segura como yo quise aparentar.

»Comencé anunciando la muerte de mi esposo y aclarando que, en tanto mi hijo fuera coronado, y aquí evité dar el nombre de a cuál me refería, para que su duda

persistiera, yo era su única señora. Haciendo uso de ese legítimo poder les ordené que retiraran los hombres que me guardaban porque había de preparar la coronación del futuro rey.

»El señor de Glanville se atrevió a preguntar a quién de mis hijos me estaba refiriendo. Con gran cólera, ocultando mi ignorancia sobre el testamento de mi esposo, le respondí que ese no era asunto suyo. En aquel momento yo era la única reina y su vasallaje le obligaba a facilitarme los viajes que ya tenía pensados para poner orden en el reino. No obstante, y para que quedara claro para él y todos los demás, afirmé que si no estaba dispuesto a obedecerme lo apartaría de la corte, confinándolo en sus tierras.

»Reaccionó rápido, justificando que su misión de carcelero le había sido impuesta por mi esposo, lo mismo que a sus otros compañeros, y que en todo momento habían buscado mi bienestar, respetando en lo posible las órdenes recibidas.

»Suavicé el tono, admitiendo la corrección de su comportamiento y asegurando que no iba a tomar ninguna represalia, pues era consciente de que cumplían órdenes; otra cosa sería, añadí, que a partir del momento presente su actitud no me agradara.

»Inmediatamente, Enrique de Berneval se ofreció a servirme, en su nombre y en el de los demás, como siempre lo habían hecho.

»Queriendo relajar la situación, bromeé diciendo que esperaba que hubiera algún cambio respecto al pasado.

»El de Berneval se apresuró a arrodillarse, pidiendo perdón por su poco oportuna expresión, gesto que imitaron los otros dos, un tanto apurados.

»Pedí que se alzarán, indicando que le había entendido muy bien y comencé a impartir órdenes. Quería viajar a Winchester, por lo que habrían de enviar gentes por delante para anunciar mi llegada y enterarse de las quejas, tanto de señores como de villanos, sin olvidar a los monasterios. Los despedí para que cumplieran mis deseos a la mayor brevedad posible.

—Cuando los tres hombres salieron, suspirasteis cansada —recordó Blédhri, con una media sonrisa.

—Sentí todo el peso de la nueva misión que me esperaba. Ricardo no se había criado en Inglaterra. Era un perfecto desconocido para los ingleses y ni siquiera hablaba su lengua. Además, estaba por medio la envidia de Juan, quien había llegado a creerse que su padre lo haría rey. Con unas buenas promesas de dádivas, podría buscarse apoyos, los cuales dificultarían sin duda la coronación de Ricardo. De modo que, con mis sesenta y siete años, supe que tendría que empezar a pelear de nuevo para cumplir mis propósitos. Y es cierto, como tú dices, que suspiré cansada, pero en el fondo de mi corazón, un ímpetu casi juvenil y un impulso de vivir, crear y configurar las tierras y el futuro a mi modo y manera se abrieron camino enseguida. Volví a sentirme moza y deseé que todo hubiera estado ya dispuesto para ponerme en marcha.

—Las siguientes jornadas fueron agotadoras. Entrabais en las cárceles, liberando

los presos que vuestro esposo había hecho de forma injusta muchas veces...

—Sí, en algunas ocasiones la detención había sido arbitraria, otras no tanto, pero yo no me detenía en esas pequeñeces, lo que deseaba era conseguir agradecimientos que pudiera utilizar más tarde. Anuncié por doquier un nuevo reinado de justicia y equidad. Suavicé las penas que Enrique había impuesto sobre la escasa caza de la isla, asunto que a todas luces era desafortunado e incluso brutal.

—También liberasteis a los monasterios de la pesada carga de la manutención de los caballos del rey.

—Desde luego; sabía que todos los monjes andaban enrabiados con esa obligación y, para contentarlos, me hice cargo de los animales.

—Algo realmente importante para la economía de la isla —evocó el anciano, asintiendo convencido— y que nunca entendí cómo a vuestro esposo no se le había ocurrido, fue unificar las medidas de longitud y pesos e instaurar una moneda única para todo el país.

—Enrique, en sus últimos tiempos, estaba demasiado ocupado consigo mismo para descender a las necesidades del pueblo. Todas sus capacidades y proyectos, que fueron muchos, parecían haberse embotado en el único empeño de demostrar su poder. En cuanto se encontró solo, sin los sabios consejos de su madre Matilde y el freno de la autoridad que me otorgaban mis tierras y barones, se desbordaron su veleidad y despotismo, frenando la reflexión y la prudencia, tan necesarias en un gobernante.

—Vuestro viaje fue rápido pero productivo —centró de nuevo el tema Blédhri—. Fundasteis y mantuvisteis a partir de ese momento un hospital en Surrey, uno de los lugares de vuestro encierro.

—Sí, quería demostrar a todos que no les guardaba rencor, dejando así muy claro que, como ellos mismos en muchos casos, yo había sido una víctima más de los atropellos de mi esposo.

—Conseguisteis que el pueblo, los clérigos y hasta los señores esperaran con ilusión la nueva coronación, pensando que iba a traerles la justicia y la paz de la que hasta entonces habían carecido.

—Sí, no es difícil crear ilusiones, porque las gentes, sobre todo las apaleadas y abrumadas por las obligaciones y las dificultades, están deseosas de escuchar palabras de consuelo y esperanza. Eso hice yo en aquel momento y, llevada del entusiasmo que ponía en mis actos y pláticas, he de admitir que yo misma llegué a creer lo que decía. De todas formas, Ricardo no contaría con demasiadas alianzas de príncipes o reyes. Aunque él se creía amigo de Felipe, enseguida tendría que darme la razón, cuando ya en distintas ocasiones yo le había advertido en su contra. Tenía sólo de su lado al duque de Sajonia, esposo de mi querida hija Matilde, quien había muerto también ese verano. Guillermo de Sicilia, casado con Juana, estaba entusiasmado con Ricardo; después supe que ya conocía los proyectos de Cruzada y eso era muy bueno para sus tierras. Y también le apoyaba Alfonso de Castilla, el

marido de mi hija Leonor, que ahora es nuestra única esperanza.

—La Cruzada otra vez —suspiró Blédhri entre cansado y nostálgico—. Hacía casi dos años que se había perdido Jerusalén y la Iglesia trataba por todos los medios de conseguir una nueva alianza de reyes que tornaran a los Santos Lugares a detener a Saladino. Sólo las órdenes militares defendían tenazmente las tierras que quedaban en manos occidentales. Guy de Lusignan, el ex rey de Jerusalén, había emprendido a la desesperada la reconquista de Acre.

—Hacía tiempo que los clérigos predicaban una nueva Cruzada; de hecho, uno de los temas que siempre se trataba en las reuniones de Enrique con Felipe de Francia era la organización de otra expedición, que mi esposo siempre lograba retrasar, gastándose incluso en sus batallas particulares, con absoluta impiedad y falta de decoro, el diezmo que se impuso en las tierras cristianas para subvencionar el proyecto. En aquellos días yo no pensaba en la Cruzada, sólo deseaba ofrecer a mi hijo, junto con la corona, unas tierras pacificadas, donde los edificios religiosos crecieran cada vez más altos, las ferias fueran las mejor abastecidas, los sabios los más estudiosos y los trovadores los más delicados y soñadores; así que dejemos la Cruzada para mañana —interrumpió la reina su discurso—. Empiezo a encontrarme demasiado cansada. Voy a intentar dormir.

Apenas amanecido ya salía la comitiva del monasterio, dejando donaciones y regalos para los monjes y los peregrinos que se acogían a sus muros. El destino era Belorado.

La noche había debido de ser muy fría porque los árboles, escondiendo sus ramas tras los cristales de la helada, parecían adornos del paisaje en una antigua leyenda. Su gélido esplendor apenas duró el tiempo de verlo y disfrutarlo; enseguida, el sol, aún débil y descolorido, les hizo llorar su belleza sobre la tierra cuarteada y dura. Pronto llegaron al poblado de Grañón y desde allí, entre campos suaves en que la hierba aparecía salpicada de brillos de agua que se fundía también rápidamente, descendieron con lentitud pero con comodidad hasta Redecilla, donde habían proyectado detenerse para comer y hacer una visita a su pequeña iglesia, que guardaba, como había apuntado Elías hinchado los mofletes, «la Nueva Jerusalén».

—Poco espacio me parece para contener algo tan grande —apuntó sarcástico Blédhri, con una risita, viendo de lejos el templo del pueblo.

—Está claro que la imaginación y la sutileza no son lo vuestro —despreció el de Malemort, plegando los labios y embuchándose luego un largo trago de vino, como si pretendiera tragar y digerir la estupidez de su oponente.

—Explicadnos qué es o dónde está esa Nueva Jerusalén que decís, arzobispo —intervino Leonor, quien, sentada junto al fuego a la vista del villorrio, mordisqueaba un pedazo de queso, dando tiempo a que el resto de la caravana comiera el tocino y las hogazas que se habían amasado y cocido para ellos en Santo Domingo. Todo el pueblo había hecho un buen negocio, aunque sus reservas de cereales hubieran quedado muy mermadas, pero las tierras llanas estaban muy cerca y con monedas no

es difícil adquirir cualquier cosa a precio mucho más bajo que el conseguido vendiendo en momentos de necesidad.

—Pues, señora —empezó Elías a hablar, utilizando su voz de los sermones, alta y llena de matices—, se trata de una pila bautismal. —Se detuvo un momento para mirar desdeñoso a Blédhri, quien había tornado a soltar su molesta risita. Luego, alzando una ceja, le volvió claramente la espalda y dedicó sus explicaciones a la reina —: A diferencia de las habituales, que vos sabéis muy bien suelen estar ornadas con simples arquerías o gallones o zigzagueados que simulan las aguas, en la copa de esta pila se han tallado, con gran maestría, las edificaciones de una bella ciudad, con torreones y edificios en los que se dibujan puertas y ventanas. El maestro cantero sin duda era un gran artista y seguramente, al tallar tan hermoso lugar, quiso representar...

—El paraíso al que sólo, según defiende vuestra Iglesia —interrumpió Blédhri—, pueden entrar los bautizados. ¿Pero decidme, señor —interrogó, mostrando un interés a todas luces esperpéntico—, a los responsables y altos dignatarios del clero no se os ha planteado nunca la idea de que puede haber buenas gentes también fuera y que, sin duda, no deberían arder eternamente en vuestro infierno? Que, ya puestos —discurrió, tornando a reírse—, si no son dignos del cielo que sólo a vos pertenece, ¿por qué les cedéis tan generosamente plaza en el averno?

—Desde luego que hemos debatido sobre esos desgraciados. ¿Para qué pensáis entonces que se hacen las Cruzadas? Los cristianos tenemos la obligación de anunciar y convertir...

—Sí, además de poseer.

—No quiero entender, señor, lo que habéis querido decir con eso de poseer.

—Mejor —cortó Blédhri, captando la mirada de reproche de Leonor, quien se apresuró a levantarse, ordenando:

—Traedme la yegua. Quiero ver esa ciudad antes de morir. Así podré hacerme idea de cómo va a ser el lugar que habitaré no tardando mucho.

Después de la visita a la iglesia, la caravana se puso de nuevo en marcha, a excepción del padre Pelayo, quien, algo más recuperado, se empeñó en quedarse para celebrar una misa. Leonor encargó a unos pocos hombres que lo guardaran. También Ágata pidió acompañarlo para asistir al rezo. Según planeaban, alcanzarían la caravana antes de su próxima parada en Belorado.

Los dejaron preparando lo necesario para la celebración y se pusieron en marcha por entre un espeso bosque de negrillos, dejando poco a poco tras de sí las fértiles tierras de la Rioja y preparándose para atravesar los Montes de Oca, con la gran dificultad de sus empinados ascensos, entre espesas arboledas, guaridas de bandidos, iluminados y desheredados de la fortuna que se acogían a las dificultades del terreno para estar, por uno u otro motivo, lejos de los lugares habitados y de las gentes resignadas, dóciles y manejables que no creaban problemas.

El sol, ya en su cénit, calentaba, colándose tímidamente entre las ramas, a los

viajeros que se abrían a su caricia, ansiosos de luz y calor. Leonor había decidido montar su yegua durante algún tiempo para gozar, ella también, de la claridad que, al disfrutarla, le hacía casi imposible creer que aquella brillante tibieza fuera para ella sólo un destello en una eterna oscuridad. No se mantuvo demasiado tiempo en la montura y pronto pidió entrar en su carro, buscando la calidez de las piedras y la relativa comodidad de los tapices y los almohadones. Mandó llamar a Blédhri, quien, después de la visita al templo, se había retrasado un poco, acompañando, sin dejar de interrogarla, a Brianda, la cual, con los ojos bajos, hurtando su interior, respondía a sus preguntas con la indecisión del desconocimiento más absoluto.

—Señora —saludó el anciano, sentándose junto a la reina.

—¿Has conseguido alguna información?

—No, señora. Ignoro si realmente ella misma desconoce de dónde vienen sus extrañas dotes, o por el contrario, sabiéndolo, desea mantenerlo en secreto. De cualquier forma, le he advertido de la necesidad de controlarlos, orientándolos hacia el bien.

—Acabaremos enterándonos —aseguró Leonor, afirmando con los labios plegados en completa decisión—. Sólo hemos de darle tiempo. Y ahora, sigamos con nuestros recuerdos. Llega un momento especialmente brillante en mi vida. De hecho, creo que ha sido el más feliz; más, incluso, que el de mi propia coronación.

—Ricardo había embarcado en Barfleur el día trece de agosto.

—Sí, llegó inmediatamente a Winchester, donde yo lo esperaba. Fueron días de intenso trabajo en que le puse al corriente de la situación y de los pasos a dar inmediatamente para conseguir las voluntades de algunos que aún se retraían a dar su beneplácito. Le aconsejé el perdón para aquellos que se habían mantenido junto a su padre. Lo cierto es —reflexionó un instante— que no habría sido necesario, pues Ricardo era de natural generoso, aunque sus cóleras eran temidas, pero pronto se evaporaban dejando el talante simpático y seductor, cariñoso incluso, que hacía que las gentes lo adoraran.

—Castigó, no obstante, con grandes sumas para evitar la prisión, a Ranulfo de Glanville y a Esteban de Marzai.

—Sí —rio Leonor, encantada al parecer con el recuerdo—. Al primero lo despreciaba porque espiaba para Enrique y hubo de pagar mil quinientas libras de plata. Del segundo no soportaba su avaricia, que lo llevó, después de la muerte del rey, a no hacer las tradicionales limosnas a los pobres. Ese necesitó desprenderse de tres mil libras para poder salir de la prisión.

—En cambio Roberto de Leicester, David de Huntingdon y vuestro otro hijo, Juan, portaron las espadas en sus fundas de oro en el cortejo y además fueron colmados de bienes; sobre todo Juan, a quien su hermano quiso contentar, cediéndole múltiples posesiones y concertando su matrimonio con Havise de Gloucester, la cual aportó uno de los más ricos ducados de la isla. Y su encuentro con Guillermo el Mariscal, que todos temíamos —enfaticó Blédhri, después de unos instantes de

evocación—, porque no hacía mucho se habían enfrentado personalmente en una batalla, fue digno de los cantos de los trovadores.

—Fue hermoso, sí —aceptó la reina con una media sonrisa—. Pocos días antes, mi querido Guillermo protegía la retirada de Enrique frente a Ricardo. En un momento dado los dos hombres quedaron frente a frente. Ricardo montado, pero desarmado; Le Maréchal apuntándole al pecho con su lanza. El príncipe, viéndose perdido gritó: «No me matéis; estoy desarmado^[4]». «¡Que el diablo os mate; yo no lo haré!», contestó Guillermo, hiriendo solamente al caballo, que derribó a Ricardo, dando tiempo así a la retirada de Enrique.

—Por eso todos temíamos el encuentro de los dos, que al parecer se produjo en Fontevraud.

—Cuando Ricardo vio a Guillermo le reprochó: «Maréchal, el otro día quisisteis matarme». «Señor», respondió Guillermo, «yo no quise mataros. Dirigí mi lanza al sitio exacto en que deseé impactar. Maté a vuestro caballo, porque esa era mi intención y no siento pena alguna». Después de unos instantes en que nadie sabía si el príncipe iba a estallar en cólera, Ricardo, con su mirada dulce, chispeando de risa contenida, lo abrazó, diciendo: «Os perdono y no os guardo rencor». De hecho, él fue el encargado de portar en la ceremonia de coronación el cetro con la cruz y, a partir de ese momento, sirvió a mi hijo con la misma fidelidad que había servido a su hermano Enrique el Joven y después a su padre.

—Aún puedo oír las campanas repicando a rebato ese día tan feliz. —Entrecerró los ojos Blédhri, negándose a contemplar el entorno presente para poder disfrutar de las emociones sentidas en el pasado—. Su tañido parecía estar estudiado para armonizar con las trompetas que precedían a la comitiva y con los suaves movimientos de los estandartes, a los que el viento ayudaba a mostrar los poderes que representaban. Hasta las fachadas se cubrieron por completo de tapices. Algunas casas lo hicieron para lucir sus riquezas, otras para cubrir los desconchones de las paredes y en vez de tapices usaron capas que guardaban de sus antepasados, o frazadas que habían tejido con especial cuidado, o incluso camisas de bodas que nadie se había vuelto a poner y que quedaban preservadas en las arcas para la próxima novia de la familia... Los suelos se tapizaron con una espesa alfombra de verdor, que se extendía por todo el trayecto por el que habían de pasar el esplendor y la belleza que vuestro hijo, con su generosidad habitual, había contribuido a crear, gastando, casi sin medida, para sí y para todos sus señores, las monedas que vuestro esposo había atesorado con avaricia, sobre todo en la última parte de su vida. Cuando regresemos —afirmó Blédhri, tirando de su mirada hasta el presente y modificando su tono soñador por otro pragmático— he de repasar esas cuentas porque ahora apenas recuerdo algunos datos que en su momento me llamaron la atención. Por ejemplo las treinta y cinco libras que se dedicaron a la compra de telas. Las siete libras que costaron vuestros vestidos y los de vuestras damas.

—Sólo mi capa de cinco anas y media de tejido de seda, adornada con petigrís y

cibelinas, costó cuatro libras y diecinueve sueldos. Pero también hubo vestidos para Adelaida, la desgraciada hermana de Felipe de Francia, para Havise, la prometida de Juan y para mi nieto, Guillermo de Sajonia, e incluso para la prometida de Le Maréchal, la hija del conde de Striguil...

—Se renovaron también los arneses de los caballos reales y los estandartes con ricas telas de seda... Y los campesinos, contagiados del fasto al que ellos no podían alcanzar, se dedicaron a trenzar, con ramas de árboles de los bosques aledaños, imponentes arcos de triunfo, que Ricardo agradeció pasando por debajo de todos y cada uno de ellos.

—La catedral de Westminster parecía arder con el resplandor de miles de velas, que mostraban rincones o tallas casi desconocidos hasta entonces. La guardia hubo de contener a la muchedumbre a todo lo largo del camino. Se empujaban para ver a los señores y las joyas y aderezos que portaban. Algunos, fieles seguidores de Enrique, estaban ahora tan entregados a Ricardo que llevaban en sus manos los emblemas de su poder. Así, tras una interminable fila de clérigos, a los que se avió para la ocasión, Godofredo de Lucé, revestido de blanco y plata, portaba el capirote real, luego, Juan le Maréchal las espuelas de oro, detrás su hijo Guillermo con el cetro de la cruz, y enseguida el conde de Salisbury con el de la paloma. A continuación, seis condes y seis barones sostenían un soporte forrado de terciopelo en que se mostraban las vestiduras del rey: el velo de lino, las calzas tejidas con oro, la túnica de púrpura, la dalmática y el manto forrado de armiño. Yo me había encargado personalmente de controlar la confección de sus vestidos.

—Después marchaba el conde de Aumale con la corona de oro y piedras preciosas.

—Que también yo elegí, e incluso dispuse la colocación de las gemas, cuidando su tamaño y color... Y, por fin, bajo el palio que mantenían cuatro de sus barones, caminaba mi querido Ricardo, flanqueado por dos obispos: Reinaldo y Hugo.

—Vos esperabais en un sitial al lado del Evangelio, junto a todos los prelados y abades de Inglaterra y Normandía que iban a presenciar y dar fe del juramento.

—Sí, esperaba y controlaba al maestro de ceremonias, que no me quitaba ojo, ya que ambos habíamos estudiado y elegido los rituales propios del evento. Todo fue perfecto. Con la cadencia y fluidez que habíamos pensado. El juramento, con Ricardo arrodillado y con las manos sobre el Evangelio, enumerando sus obligaciones y deberes, fue especialmente emocionante. Luego, despojado de sus vestidos, le ungieron el pecho, la cabeza y los brazos, para darle la gloria, la ciencia y la fuerza necesarias para su alto cargo. El velo de lino que colocaron sobre su cabeza era el símbolo de sus puras intenciones, y luego lo vistieron con las prendas reales, que tenían también, cada una, un claro significado. Una vez que se le hizo entrega de la espada y se le fijaron las espuelas de oro, Ricardo, erguido y esbelto, destacando sobre sus acompañantes por estatura y gallardía, con sus rubios cabellos esperando el enmarque de la corona, tal y como yo siempre lo había soñado, avanza hacia el altar,

de donde toma la centelleante joya, después de escuchar y aceptar el último aviso del arzobispo Balduino, y se la tiende al prelado; luego se arrodilla para que él la coloque sobre sus sienes. En la mano derecha sostiene el cetro con la cruz. A continuación, precedido por los señores que portan sus otras tres espadas, llega al trono, donde se sienta para escuchar la solemne celebración de la misa.

»Como ves, Bléd —se detuvo un momento la reina, tragando saliva y recuperando su mirada, que se había perdido mucho más allá de los tapices que recubrían el carro en el que viajaban—, recuerdo cada paso perfectamente y ahora, al evocarlos, revivo las emociones de aquel día tan perfecto que, creí entonces, era la culminación y la justificación de mi existencia.

—Yo sería capaz de repetir, letra por letra, el canto que compuse para uno de los momentos de la ceremonia. Podría cantarlo entero, pero se ensombrece mi memoria con el único incidente que alteró la armonía, ya que hasta el sol quiso lucir esa mágica mañana.

—¿Te refieres al asunto de los judíos? —interrogó enseguida Leonor, plegando los labios en un gesto de fastidio—. Sí —se respondió a sí misma—, eso fue desagradable. Hubo algunos muertos. La multitud estaba demasiado enardecida con el despliegue del fasto y con los ritos que, te aseguro, Bléd, hasta a mí misma, que los había estudiado y programado junto con algunos clérigos, llegaron a emocionarme — reflexionó un tanto asombrada la reina—. No fue buen momento para que los judíos aparecieran, aunque su intención fuera de lo más inocente. Querían hacer algunos presentes al rey, pero su comparecencia no era querida. Muchos dijeron que porque eran los asesinos de Cristo y no merecían asistir a los festejos de un día tan señalado... —Leonor se calló un instante, sonriendo de medio lado; luego continuó, al tiempo que se encogía de hombros—: Los dos sabemos que, con esa disculpa, se libraron de las deudas que tenían con ellos, matándolos en nombre del Salvador. Fue desagradable, sí, pero a la mesa del banquete apenas llegaba el tumulto de fuera y Ricardo se encargó de que los alborotadores fueran castigados a los pocos días.

Después de vadear varios arroyos, que tras las lluvias eran verdaderos ríos, llegaron a Belorado. Allí estaba el límite entre el reino de Navarra y el reciente de Castilla. Poco antes de entrar en el poblado, a la izquierda, se detuvieron ante el hospital de Santa María de Belén, donde ya los esperaban para ofrecerles hospedaje.

Una vez cumplimentados los saludos y agradecimientos consabidos, Leonor se encontró en sus aposentos, dejándose lavar con paños calientes, junto a una gran chimenea que conseguía crear una atmósfera agradable a su alrededor. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de la falta de Ágata.

—¿Es que aún no han regresado? —preguntó un tanto inquieta—. Fuera ya es de noche. Deberían habernos alcanzado hace mucho. Daos prisa con el lavado y vestidme enseguida, necesito hablar con Mercadier.

—No temáis, señora —musitó Brianda junto a su oído, en tanto peinaba sus cabellos—. Creo que se encuentran bien y no tardarán en regresar.

—¿Crees? —Mascó Leonor, conteniendo su voz y ademanes—. ¿Qué significa eso exactamente? Sabes que estamos rodeados de bandidos. Temo que al ver los pocos hombres que los guardaban se hayan atrevido a atacarlos.

—Nadie les ha hecho daño —volvió a susurrar la muchacha, evitando ser oída por las demás mujeres.

—¿Entonces por qué no están ya con nosotros? —se preguntó la reina, ya completamente asustada—. ¡Vamos! —ordenó, al tiempo que metía sus brazos por las estrechas mangas, que marcaban la delicadeza de las muñecas femeninas, aunque luego fueran envueltas en otras anchas y largas, que, en muchos casos, y en vestidos de ceremonia, llegaban hasta el suelo—. Llamad a Mercadier.

—No os inquietéis, señora —insistió Brianda, entretejiendo los largos mechones en una artística trenza, con la que rodeó la cabeza de la reina, logrando que sus rasgos se levantaran en un aire de lozanía y juventud—. Están bien y no tardarán en regresar.

—¿Están bien? ¿Dónde?

—Eso no lo sé, señora, pero puedo aseguraros que nadie les ha hecho daño y...

—No puedo fiarme, muchacha, ya que no eres capaz de decirme en qué lugar se encuentran. ¡Vamos, traedme a Mercadier y al arzobispo y a Pedro y a Blédhri...! — El tono había ido subiendo y precipitándose, a medida que daba nombres.

Escasos minutos después, los hombres se inclinaban ante su reina.

—Ágata y Pelayo no han regresado aún —les informó en cuanto entraron—. Creo que deberíais —ordenó, encarando a Mercadier— enviar a alguien a buscarlos.

—Desde luego, señora —aceptó el mercenario enseguida—. No es lógico que no nos alcanzaran hace rato.

—Me temo —intervino Elías— que ya tenemos otro problema a la vista. Desde luego ya han tenido tiempo más que de sobra para llegar.

—Quizá no debería haber cedido a su petición de quedarse para celebrar misa —dudó Leonor—, pero pensé que en realidad sólo iban a retrasarse lo que durara el rezo y casi podrían ver el final de la caravana cuando acabaran.

Apenas había terminado de hablar cuando una de sus mujeres se acercó, entrando desde el patio central del edificio.

—Señora —se inclinó, hablando rápida—. Afuera está uno de los soldados que dejasteis junto a Ágata. Dice que fueron asaltados.

Inmediatamente Mercadier tomó a algunos de sus hombres, montando apresurados para desandar el camino, en un intento de encontrar a los perdidos. Brianda se había acercado al caballo de Pedro, antes de que saliera del patio y, agarrándose a los arreos, indicó:

—No les ha ocurrido nada. Están bien y tornarán pronto.

—¿Cómo dices eso, mujer? —interrogó el joven, un tanto airado—. Acaban de comunicarnos que los atacaron cuando salían de la iglesia y que, después de golpear a algunos soldados, se marcharon, llevándose al monje y a la niñera. ¿Para qué crees que lo han hecho? Seguramente sabrán de quién se trata y exigirán un rescate por

Ágata. Hemos de apresurarnos, no vaya a ser que se pongan nerviosos y los maten.

—No lo harán —insistía la mujer, arrastrada ya por el movimiento del caballo.

—Vuelve con la reina —urgió Pedro—. Aquí fuera hace demasiado frío.

Brianda los vio partir y, cuando los portones se cerraron, tornó a los aposentos reales con la cabeza baja.

Pelayo había celebrado su misa con unción y entrega absolutas. Agradeció a la Virgen Santísima la aparición de Leonor en su triste vida. Ella lo había liberado de sus obsesiones y lo había arropado bajo su manto como una madre. Agradeció también los cuidados de Blédhri, un hombre extraño que, a pesar de no llevar hábitos, se comportaba como un monje. En realidad, era un verdadero hombre de Dios, aunque ni él mismo lo supiera. Oró por que algún día llegara a darse cuenta y pidió también por la misión de la reina. Suplicó a la Madre que guiará sus pasos, para que la princesa que eligiera fuera la más conveniente para las tierras limítrofes, ya que, si un reino se conduce por los debidos caminos, sus vecinos siempre se encuentran más seguros. Pidió también por la vieja Ágata, que, de rodillas junto al altar, seguía sus rezos con devoción y entrega y, cuando lleno de paz, terminó su celebración y ya se disponía a montar el caballo cedido por la reina, una turbamulta lo rodeó y, sin darse apenas cuenta de lo que sucedía, se encontró con la cabeza dentro de un saco, atado de pies y manos, atravesado en una montura que cabalgaba machacándole el vientre.

No duró demasiado el traslado y enseguida notó que lo bajaban de la cabalgadura y lo conducían cuidadosamente hacia alguna parte. «No hay duda —sudó Pelayo, lagrimeando a su pesar—, no desean que me haga daño porque van a pedir un rescate por mí. Están listos, o mejor, quien está listo soy yo. La reina no va a dar un sueldo por un monje loco que ni siquiera pertenece a su séquito».

Con miramientos extremos le soltaron manos y pies y luego, cuidando de no lastimarlo con el rasposo saco, se lo apartaron de la cara. Se encontró en una covacha maloliente, llena de mugre y objetos de toda clase, amontonados junto a las paredes. En una de ellas, casi pegado a un fuego que ardía en el mismo suelo, había un catre, donde un bulto, que sin duda era una persona, jadeaba, cubierto por una piel de lobo, en la que la grasa había pegado tanto los pelos que más bien parecía un paño liso. «Así acabaré yo, y eso con suerte; lo más probable es que me metan una daga en las tripas», pensó Pelayo sin dejar de sudar, aunque el motivo no era el calor pegajoso del agujero, sino el miedo que le retorció las entrañas. «Es curioso —pensó, un tanto asombrado—, tengo miedo de morir. ¿Acaso temo enfrentarme con mi Creador por los pecados cometidos o simplemente soy una rata que se resiste a desaparecer, aferrándose a la vida al precio que sea? ¡Señor —oró—, perdona a este miserable siervo, que se ha pasado la vida predicando las maravillas de tu presencia y que ahora preferiría quedarse, aunque fuera para siempre, en este inmundo chamizo!».

—Padre —una voz humilde, de las que estaba acostumbrado a oír en su monasterio cuando algún rústico se le acercaba, habló a sus espaldas.

A punto estuvo de volverse, tomando su expresión habitual de «tranquilo, hijo,

que yo lo sé todo y lo puedo todo». Pero, en el último instante, pensó que soñaba y que el tono percibido había sido una ilusión y que cuando se volviera iba a encontrarse con la espada asesina que se abriría camino en su vientre. Así que, ignorando la llamada, se quedó quieto, disfrutando unos segundos más de la vida que siempre había creído despreciar.

—Padre —se repitió la llamada en idéntico tono. Pelayo aún aguardó, porque supuso que alguien iba a empujarle o tal vez a atravesarle sin necesidad de que se volviera, con lo que se evitaría la visión anticipada de su propia muerte—. Padre, necesito que nos ayude.

«Eso sí que es imposible», se dijo a sí mismo. Aunque sabía, porque había auxiliado a muchos agonizantes, que poco antes de morir algunos tenían visiones, en muchos casos lenitivas. Pero él no estaba ni enfermo ni herido, ¿por qué iba a tener esas visiones? Tal vez Dios se había apiadado de su plegaria y le enviaba una alucinación que mitigara su ansiedad. Pero no. ¿Quién era él para que el Señor se ocupara de su humilde persona? Sólo un monje. Eso, un monje que había decidido ofrecer su vida a Dios y a sus hermanos en Cristo. Se sintió avergonzado y decidió encarar su destino con la hombría y aceptación que le exigían sus votos. Levantando su capucha, para que su matador no viera el pánico en sus rasgos y metiendo las manos en las mangas de su hábito, se volvió.

—Padre —el hombre que le hablaba le sobrepasaba con mucho en estatura y complexión. Vestía de andrajos y viejos trozos de pieles cosidos entre sí, para tratar de cubrir a medias su poderoso pecho. Un yelmo, lleno de óxido y abolladuras, ocultaba su cara y su cabeza—. Ante todo quiero pedirlos perdón por haberlos traído aquí en semejantes condiciones, pero no podía acudir a ningún otro hombre de Dios, pues los de estos lugares me conocen y, una vez cumplido el favor que ahora voy a pedirlos, tendría que matarlos.

Pelayo, que ya había empezado a tranquilizarse viendo la actitud serena y casi sumisa del hombre, sintió de nuevo temblores en las piernas y una molesta sensación en el vientre, que le hizo temer la necesidad de descargar sus tripas sin demasiada dilación.

—Padre, lo he traído porque mi madre —y al hablar señaló el catre— se muere y necesita un monje que la ponga a bien con Dios.

—Te he dicho que no es eso lo que necesito —casi gritó, desabrida, la enferma—. Lo que debes traerme es alguna pócima que me quite los dolores. Entonces estaré bien y todo habrá terminado.

El hombre del yelmo se llevó el dedo índice al lugar donde debería estar su sien, debajo del metal.

—Por favor, padre —suplicó, hablando muy bajo—. Sé que no va a ser sencillo, pero le suplico que perdone a mi madre, para que pueda enfrentarse con Dios.

Entonces era eso. No iba a morir de momento, o... tal vez sí. Cuando le diera la absolución a la vieja, aquel hombretón que ocultaba su rostro podría acabar con él

con un simple manotazo... De repente, la imagen entrevista de Ágata, atravesada también sobre un caballo, le vino a la mente y, olvidándose de sí mismo, quiso interceder por la anciana.

—¿Y Ágata? ¿Dónde está la vieja que me acompañaba? ¿Y los soldados que nos guardaban?

—Los soldados recibieron algunos golpes; nada importante —frivolizó su interlocutor, con un movimiento de su mano derecha que obviaba el asunto—. Era la única forma de que nos dejaran actuar, ya que decidí tomaros en el momento que os vi. En cuanto a la anciana, la trajimos por obligaros, en caso de que os negarais a ejercer vuestro ministerio. Está aquí al lado, junto al fuego, bebiendo un poco de leche caliente, que es lo único que hemos podido ofrecerle. Tal vez vos, antes de ayudarnos, deseéis beber asimismo un cuenco. Podemos daros también algo de pan, si estáis hambriento...

—¿Podría ver a Ágata antes de...?

—¡Oh! ¡Desde luego! Pero casi sería mejor que me acompañarais, por no hacer salir a la pobre vieja —puntualizó enseguida el del yelmo, al notar el gesto desconfiado del monje—. Fuera ha empezado a nevar.

—Está bien —aceptó él, disponiéndose a seguirlo.

Salieron ambos a un claro del bosque, alrededor del cual, unas pocas cabañas, construidas con troncos y ramaje, rodeaban una gran hoguera central, donde se afanaban unas cuantas mujeres de largos cabellos despeinados y harapos mugrientos que apenas las cubrían. Movían potes que colocaban alrededor de las llamas. En uno de los chamizos un poco más grande que los demás, después de apartar las pieles de zorro, manoseadas y malolientes, que cubrían su puerta, entraron. Allí, sentada junto a un pequeño fuego rodeado de piedras, tranquila y apacible, con un cuenco entre las manos, Ágata los recibió sonriente.

—¿Ya está, padre? ¿Ya habéis perdonado los pecados a la anciana?

—No —se avergonzó un tanto Pelayo de sus anteriores miedos, viendo la paz que parecía inspirar la vieja—. Aún no lo he hecho; quería saber antes si vos estabais a salvo.

—Pues ya veis que lo estoy; así que abreviad o la reina va a inquietarse.

—Bien —cabeceó el monje, asintiendo, al tiempo que se volvía para salir, chocando en su movimiento con el pecho del hombre que estaba a sus espaldas—. Podemos, si queréis, empezar... —titubeó de nuevo, notando su inferioridad.

—Bien, padre. Os llevaré con mi madre y os dejaré para que la concienciéis de la conveniencia de saldar sus cuentas.

Pelayo entró en la covacha y se acercó con precaución al catre. El hedor a muerte, tan conocido ya por él, se hizo insoportable en cuanto movió un poco la piel para ver el rostro de la enferma.

—¿Qué buscas aquí, monje? —bramó la mujer, mientras apretaba con sus escuálidos brazos un vientre hinchado y deforme.

—La bondad que hay en ti, hermana.

—Yo no soy ni he sido nunca buena; así que no voy a simularlo ahora. Para criar a mi pequeño he tenido que prostituirme cuando aún era hermosa y robar cuando los años me convirtieron en un fante. Conseguí alimentar a mi hijo, pero lo único que pude enseñarle es aquello que yo sabía hacer: robar. Como ves, monje, no sólo he de responder de mis actos ante Dios, también he de cargar con los desmanes que mi chico ha cometido y de los cuales yo soy única responsable, por no haber sabido buscar un mejor camino para mí y luego para él.

—Tu vida no ha sido fácil, mujer —asintió Pelayo, mirándola con verdadera compasión—. Pero puedo asegurarte que no lo es para nadie. Dios lo sabe y no va a exigirte algo que nunca has podido tener.

La mujer pareció abandonar unos momentos la tensión de sus brazos para mirar con una chispa de vida en sus ojos mortecinos.

—¡Bah! —Tornó a apartar su mirada y a presionar de nuevo su vientre—. Cuentos para tontos. Sé lo que he hecho y sé que para mí no puede haber perdón, así que déjame morir en paz, si es que no has traído contigo alguna pócima que me quite el dolor.

—No puedo darte nada para tus males, puesto que ya no tienen curación. El único consuelo que puedo ofrecerte es el amor de Dios, que te conoce y te quiere para sí, a pesar de que no hayas cumplido sus preceptos. Acepta que tu fin ha llegado y abandónate a su amor. Arrepiéntete de tus pecados y Él hará el resto.

—¿Él me ama? ¿A mí? —se interesó la mujer francamente, mirando a Pelayo—. Entonces, ¿por qué no ha tenido compasión durante el tiempo de mi vida, ni ahora en el de mi muerte?

Pelayo bajó los ojos, huyendo del dolor, de la desorientación y del desamparo. Carecía de palabras que los justificaran. Esperaba una nueva rebelión de la anciana, pero no se produjo; en vez de eso, la oyó gimotear, pero no de dolor, sino de infinita tristeza y, a pesar de todo, con una cierta esperanza.

—No te preguntes por tu vida ni por tu muerte —se apresuró a aprovechar aquella aparente debilidad—. Aunque tú no lo sepas, has cumplido una misión; ahora vas a dejar de sufrir; no te resistas, acéptalo y descansa en Dios.

—¿Me engañas por compasión, monje? —preguntó entre hipos como de niña pequeña que habla a un padre sabio y todopoderoso.

—Si en mis palabras hay engaño, te aseguro que yo también estoy engañado. Te ofrezco lo que sé y en lo que creo. ¿Te arrepientes de tus pecados?

—Nunca quise cometerlos; la necesidad me obligó. Cuando infringía la ley, algunos días lloraba por tener que hacerlo. Sí, estoy arrepentida; siempre lo he estado; siempre he deseado poder vivir otra vida sin pecado ni daños a inocentes. Pero no fue posible. Pido perdón y, si es posible, suplico a ese Dios de amor del que me hablas que me lleve junto a Él para que pueda dejar de sufrir.

—Reza conmigo si es factible, si no, yo lo haré por ti y nuestra súplica de perdón

llegará al Señor, que te buscará. Padre nuestro...

No consiguió Mercadier ninguna información en el pueblo. Al parecer, nadie había visto nada; ni siquiera a los maltrechos soldados a los que habían ayudado a montar e incluso dado de beber. Pero parecía que todos lo habían olvidado y, desde luego, jamás habían oído que en sus tierras hubiera bandidos. De todas formas, estudiando el lugar de la refriega y con las informaciones de los guardianes, no fue difícil seguir el rastro a través del bosque, hasta avistar a lo lejos el humo de una hoguera.

En tanto ellos, abiertos en círculo y silenciosos, se acercaban al claro desde el pueblo de Redecilla, por el otro extremo salían Pelayo y Ágata, escoltados por el hombre del yelmo que, junto a algunos de sus secuaces, se había ofrecido a acompañarlos hasta Belorado para evitar que fueran asaltados. La anciana enferma acababa de morir y su hijo, a la cabeza de la pequeña expedición, moqueaba e hipaba a intervalos, con los hombros caídos y su inseparable yelmo casi desaparecido entre ellos. Pelayo sintió compasión por él y quiso consolarlo.

—No llores por tu madre. Dios sabe que fue una gran mujer que luchó por tu vida y la suya. Cierto es que debió buscar otros medios, pero a veces la existencia puede llegar a ser muy difícil.

—¿Creéis, padre, que Dios comprende nuestras razones?

—Estoy seguro, hijo. Pero nuestra obligación es tratar de vivir como sabemos que Él desearía; no dejar que las circunstancias, por duras que sean, nos arrastren; buscar cada día algo mejor, hasta llegar a hacer aquello que sabemos que es agradable a sus ojos.

—Me gustaría vivir en santidad, padre —lagrimeó el hombre, dibujando churretes en la piel que el yelmo dejaba ver—. Pero si volviera al pueblo sin mis hombres, sería ajusticiado y ellos también, e incluso algunas de nuestras mujeres. No tenemos alternativa, hemos de seguir.

—Tal vez en otro lugar... —sugirió Pelayo—. O en un monasterio o alistándote en un ejército de los que van a Tierra Santa o...

—Pensaré en ello, padre —aseveró el joven, limpiándose las lágrimas que se habían deslizado por su cuello de un manotazo. Se detuvo a la vista de Belorado—. Allá tenéis la aldea —señaló con la mano aún húmeda—. No podemos acercarnos más, pero no temáis, no está lejos; permaneceremos aquí hasta que entréis en el poblado. Gracias por lo que habéis hecho por nosotros y de nuevo os pido perdón.

—No olvides, hijo, lo que te he dicho. Siempre estamos a tiempo; Dios nos espera paciente.

—A algunos, padre, a algunos...

Pelayo alzó su mano para bendecir a los hombres y pidió fervientemente al Señor que los perdonara y los apartara de la vida que llevaban. Luego volvió grupas y siguió a Ágata, quien se apresuraba ya hacia el pueblo.

Mercadier y sus soldados habían rodeado el claro. Observaban entre los árboles

los movimientos de las mujeres que cuidaban los potes en los que cocían el pan para las sopas de la cena. Un poco adelantados, un par de los guardianes que habían dejado junto a Pelayo y que habían traído consigo como informadores observaban atentamente a las gentes. En un momento dado, cuando unos hombres se acercaron al fuego, los mercenarios miraron a su jefe, asintiendo. Esa era la señal. Todos habían esperado a que los heridos reconocieran a alguno de sus atacantes y, efectivamente, allí estaban dos de ellos.

Mercadier hizo un gesto apenas visible y todos sus hombres entraron en tromba en el claro, dejando fuera de combate, a golpe de pomo, a varios de los varones que merodeaban alrededor. Luego todos fueron saliendo empujados por la punta de las espadas. En poco tiempo, los habitantes del poblado, incluidos mujeres y niños, formaban un grupo asustado en uno de los extremos del círculo. El capitán comenzó su interrogatorio, sirviéndose como intérprete de un navarro que había decidido acompañarlos desde Pamplona. Y, sí era cierto que habían tomado al monje y a la anciana, pero ya los habían soltado sin hacerles ningún daño. Seguramente a estas alturas estarían ya llegando a Beldorado y... Las cabañas empezaron a arder. Encontraron el cadáver de una anciana en una de ellas, pero no se molestaron en sacarlo; total para qué si nadie iba a poder encargarse de enterrarlo... Los hombres fueron muriendo en el interrogatorio por su empeñamiento en asegurar que no habían hecho daño a los secuestrados. Mercadier estaba seguro de que los habían matado por alguna razón que se le escapaba, pero que, desde luego, era evidente. Luego les tocó el turno a algunas mujeres; aquellas que más habían gritado su inocencia. Cuando se cansaron y tomaron la dirección de Belorado, dejaron tras de sí un bosque en llamas, unas pocas féminas aterradas y una caterva de críos llorones...

A medio camino del pueblo se toparon con unos hombres de muy mala catadura, entre los que había uno tocado con un viejo yelmo de torneo, y que al verlos se asustaron y tomaron sus armas, de lo cual dedujeron que ellos habían sido los encargados de dar muerte a Pelayo y Ágata. Se defendieron bien los extraños, pero el número y preparación de los mercenarios los aplastó; quedaron muertos entre los árboles del sendero. Los copos de nieve que caían se amontonaron sobre ellos como un piadoso sudario.

—Señora —cantó una de las jovencitas—, ya está aquí Ágata.

—Gracias a Dios —suspiró Leonor, mirando de reojo a Brianda, quien esquivó sus ojos. La niñera atrajo entonces su atención, entrando en el salón—. Creímos que os habían secuestrado —le dijo con el entrecejo aún fruncido por la preocupación; y luego, sin dilación, le gritó—: ¿Sabes el mal rato que me has hecho pasar? ¿Dónde demonios te has detenido?

—Señora —se arrodilló la niñera ante ella, con múltiples crujidos de todos sus huesos—, os pido perdón, pero os aseguro que no ha sido un retraso voluntario. Aquí entra el padre Pelayo, él os lo podrá explicar mejor que yo.

Poco después todos los presentes reían, tranquilizados con la relación de las

angustias del monje, y se apenaban con la situación de aquellas gentes, que no eran las únicas que poblaban los bosques en busca de refugio, a falta de otros lugares más hospitalarios donde poder vivir. De todas formas, todos estuvieron de acuerdo en que no se podía consentir su presencia y que, desgraciadamente, la única solución para acabar con ellos era la soga.

En esas estaban cuando Pedro y Mercadier penetraron en el aposento. Sabían ya, por los guardianes de la puerta, que los secuestrados habían vuelto sanos y salvos y el mercenario, lleno de ira, buscaba en quien descargar su frustración.

—Señora —se inclinó ante la reina, junto con Pedro. Luego se volvió a Pelayo y apretando la empuñadura de su espada hasta volver blancos los nudillos, increpó—: ¿Qué diablos fuisteis a hacer al bosque con los bandidos? ¿No pretenderíais convertirlos con uno de vuestros sermones? Porque lo que está claro es que lo hicisteis voluntariamente, sino no estaríais aquí ahora.

—Calmaos, Mercadier —pidió la reina—. Todo está aclarado. Efectivamente Pelayo y Ágata fueron secuestrados, pero con el único fin de que el monje administrara los sacramentos a una moribunda. En cuanto lo hizo, los acompañaron hasta las proximidades del poblado. Todo ha pasado ya y ha salido bien, así que vamos a cenar y a descansar luego, que mañana debemos continuar camino.

La reina se puso en pie y salió de la estancia, seguida del arzobispo y sus mujeres. Mercadier tardó unos instantes en reaccionar y luego hizo lo propio; en cuanto a Pedro, se enfrentó con los ojos de Brianda y, avergonzado, bajó los suyos.

Cuando, después de dejar atrás Belorado, atravesaron el río Tirón, empezaba a amanecer. La nieve caída durante la noche formaba una ligera capa que el frío hacía resbaladiza. El cielo se mantenía gris, con algunos toques rojizos y una espesura que hacía prever más precipitaciones durante el día. La jornada iba a ser muy difícil, ya que habrían de atravesar las rojizas peñas de los Montes de Oca, con sus subidas y bajadas, bosques y despeñaderos. Los omnipresentes negrillos de brazos vacíos, abrigados sólo a trozos por la nieve, se hicieron ahora gruesos y altos y el sotobosque apenas dejaba avanzar a los carros.

En el monasterio de San Félix de Oca se detuvieron para, arrimados a las grandes chimeneas, beber, según sus preferencias, caldo, leche o vino caliente que los monjes les ofrecieron. También gozaron del pan recién cocido para ellos y de generosos pedazos de queso y tocino. Escucharon, más por el gusto de los hermanos que por el suyo propio, la historia de Diego Porcelos, el fundador de la ciudad de Burgos, que allí estaba enterrado y al que la comunidad veneraba por las donaciones que había hecho en vida e incluso después de muerto. Con renuencia de tener que enfrentarse de nuevo al frío, pero con la esperanza de finalizar de una vez su camino, nada más dar por terminado el ágape, se despidieron de los monjes y su calor y regresaron al sendero.

Pronto llegaron a Villafranca, donde sólo Elías y Pelayo se detuvieron para orar ante la imagen de la Virgen de la Oca que, como apuntó Blédhri con su risita molesta,

se encontraba junto a una fuente en que, casualmente, se había realizado un sacrificio humano.

—Fue el martirio de San Indalecio —aclaró el arzobispo—. Un atropello, no un sacrificio en el sentido que vos queréis dar a entender.

—Os comprendemos muy bien, Malemort —aceptó la reina sin moverse del carro—. Pero estoy segura de que la Virgen entenderá que prefiera no salir, debido al intenso frío reinante. Id vos, llevaos a Pelayo y rezad por todos nosotros.

—De acuerdo, señora, pero quiero que quede claro que...

—Sí, arzobispo, lo he entendido —cabeceó Leonor, un tanto cansada—. Lo sucedido aquí es un asunto puramente cristiano; nada tiene que ver con antiguos ritos.

—Eso es, señora. Y ahora, si me lo permitís, me detendré un momento para orar por todos.

—No sólo os lo permito, amigo, os lo ruego. Y, tú, Bléd, sube conmigo al carro, tengo algo que recordar.

—Vamos a empezar a ascender, señora —informó Mercadier—. Agarraos bien y no temáis; el camino hasta San Juan de Ortega es difícil pero no demasiado largo. Antes de que caiga el sol estaremos a cubierto.

CAPÍTULO 15

—« Señora, he de partir para la Cruzada», me dijo mi hijo, apenas terminados los festejos de la coronación. —Leonor, en su carro, junto a Blédhri, parecía de repente cansada.

—Nunca entendí muy bien esa expedición, ya que Ricardo acababa de hacerse con un reino que aún era inestable y estaba rodeado de enemigos esperando una debilidad por su parte.

—Esa fue mi primera protesta ante su deseo. Pero me explicó sus razones, aunque la más importante de todas se la calló. Me dijo que debía contentar a la Iglesia, la cual no andaba muy convencida de apoyar a alguien acusado de sodomía. La historia, propagada por Felipe de Francia, se había extendido por todo el mundo y era casi imposible borrar. El francés había logrado que mi hijo apareciera a los ojos del papa como un pervertido poco fiable. Conseguía así dos fines: uno, alejar a Ricardo de sus tierras, y dos, aparecer como el gran héroe y perfecto caballero, defensor de la causa del Señor. ¡Como si no supiéramos todos que cuando mi hijo estuvo en su corte compartió con él toda clase de diversiones! Porque eso eran sus desviaciones, ganas de buscar nuevas sensaciones...

—También tenía en su contra la forma un tanto desquiciada de actuar de su padre y vuestros enfrentamientos y los de vuestra propia familia con la Iglesia.

—Desde luego, yo nunca fui muy amada por Roma, pero, sobre todo, el deseo de batalla y de brillo estaban por encima de todas las demás consideraciones. Ricardo era un guerrero, no un político, y la idea de pasear los adarves de sus castillos mirando al horizonte, recibir embajadores o enfrentarse a las torticeras intenciones de barones, clérigos o reyes le aburría terriblemente. Yo lo conocía bien. El día en que me exponía sus proyectos, sus ojos brillaban ya con la excitación de las batallas y los triunfos que imaginaba conseguir en Tierra Santa. Felipe partiría con él y el

emperador de Alemania ya aprestaba sus efectivos. Acepté. ¿Qué remedio me quedaba? Además, en el fondo, yo no estaba preparada aún para el retiro. La idea de volver a gobernar me estimulaba.

—Todo se puso en movimiento en Inglaterra —recordó Blédhri, entornando los ojos. De repente, allí estaban los leñadores cortando inmensos árboles que enseguida serían naves, los forjadores, los trabajadores del cuero, los campesinos criando hermosos cerdos que luego se ahumarían para poder ser transportados...

—La economía se reactivó considerablemente. Me viene un dato a la cabeza que seguramente tú recordarás mejor que yo misma. En el bosque de Dean se forjaron más de cincuenta mil herraduras...

—Además de las armaduras, cotas de malla y armas... El proyecto de las Cruzadas siempre tuvo algo de mágico. Tanto los grandes señores como los campesinos o los pobres habitantes de las ciudades se contagiaron enseguida del entusiasmo y buscaron la forma de costearse el viaje, empeñándose o vendiendo sus tierras para seguir al rey. ¿Os acordáis, señora, de aquel Adam de Tolwarth, ciudadano de Londres que, entre otros muchos, estuvo junto a Ricardo en el sitio de Acre, comportándose como un consumado guerrero, cuando su oficio era el de curtidor... o no, tal vez picapedrero, o...? Bueno —cabeceó, borrando su interés por el compañero de Ricardo, al que apenas recordaba—, da igual, el hecho es que el proyecto arrastró a gentes de todos los estamentos sociales. También es cierto que la situación era comprometida. La propia Jerusalén había caído en manos de Saladino y el papa urgía a sus señores para que la liberaran.

—No sólo nos preocupaba, o al menos a mí, el hecho de que la ciudad no estuviera ya en manos cristianas, lo más duro era que los francos eran convertidos en esclavos por miles.

—Bueno, Saladino fue generoso...

—No te engañes, Bléd, no hay dirigente generoso; sólo disfraza sus actos de generosidad. En este caso, el sultán vio que los habitantes de la ciudad, después del desastre de Hattin, dirigidos por Balian de Ibelin, estaban decididos a morir defendiendo sus posesiones y lo que no deseaba Saladino era encontrarse con un montón de cadáveres y una ciudad en ruinas. Y, después de fijar precio por su libertad, él mismo pagó la de mil hombres, y su hermano Malik al Adil, el que después estuvo a punto de ser mi yerno, otros mil.

—Ya. Fue una pena que vuestra hija Juana se negara a casarse con él; esa habría sido una buena solución que hubiera evitado mucha sangre. Pero sus creencias religiosas...

—¡Qué ingenuo eres, Bléd! Mi hija puso la excusa de que jamás se casaría con el musulmán a no ser que se hiciera cristiano. Sabía de sobra que en el caso del hermano del sultán eso era imposible. Lo que realmente ocurrió fue que el pretendiente no era de su agrado, por razones que nunca llegué a conocer, y, claro, necesitaba una disculpa de peso para negarse. Mis hijos, excepto Juan, siempre han sabido estar a la

altura de lo que se esperaba de ellos. En cuanto se conocieron sus motivos en los países cristianos, a nadie se le ocurrió pensar en que ponía su egoísmo particular por delante de su deber; muy al contrario, todos la admiraron por su acendrada religiosidad.

—Lo que estaba claro era que la situación en Tierra Santa se había puesto muy difícil: beduinos, turcos e incluso bizantinos explotaban a los peregrinos. Y además del motivo religioso estaba el económico.

—Ese era el principal —aceptó la reina con un cabezazo de asentimiento—, aunque no se quisiera hablar de él. Recuerda cómo Conrado de Montferrato repartió la ciudad de Trípoli entre los comerciantes genoveses, pisanos, barceloneses y francos. La obtención de las especias era un gran negocio que nadie estaba dispuesto a perder.

—El emperador parte el mes de mayo de mil ciento ochenta y nueve.

—Sí, su intención era socorrer a Guy de Lusignan, quien después de la muerte del esforzado y joven rey leproso de Jerusalén ostentaba su título y se disponía a poner sitio a San Juan de Acre. Una gran desgracia la desaparición de Federico, quien, apenas un año después, muere ahogado en el río Selef. Sólo unos pocos alemanes quedaban allá, junto a mi yerno Enrique de Champaña, pero esos efectivos eran a todas luces insuficientes.

—Ricardo deja pronto Inglaterra para viajar a Francia y vos lo seguisteis algo más tarde.

—Sí, esperé a ver la reacción que su marcha podía ocasionar entre los señores ingleses, pero el espíritu de la Cruzada había arraigado en todos y nadie pareció ofendido porque su recién coronado rey se marchara a miles de millas de sus posesiones. Habíamos contentado a Juan con nuevos castillos, tratando de evitar que su traicionero temperamento se aprovechara de la ausencia de su hermano para hacerse con la corona. En cuanto a Godofredo, el bastardo de mi esposo, le ofrecimos el arzobispado de York. A ambos Ricardo les exigió el juramento de no pisar tierra inglesa en tres años. Ellos aceptaron todo en el momento, para gozar sus prebendas. Luego, yo misma en el caso de Juan, pedí a Ricardo que lo liberara del juramento.

—Lo que evitasteis fue darles a ambos ningún tipo de responsabilidad o mando.

—Eso desde luego. En Inglaterra elegimos para llevar el gobierno al clérigo Guillermo Longchamp. Un tipo curioso ese Guillermo —reflexionó como para sí la reina—. Era contrahecho y tartamudo, pero un excelente político, aunque en ocasiones demasiado autoritario. De todas formas, él sería el gran canciller e, inmediatamente después de la coronación de mi hijo, se le concedió el obispado de Ely.

—Y, por supuesto, vos seríais la reina hasta el regreso de vuestro hijo.

—Sí y puedo decirte, Bléd, que ese era el único incentivo que me mantenía. Es más, por entonces empecé ya a pactar el compromiso con Sancho de Navarra, para que su hija Berenguela fuera la esposa de Ricardo.

—No estabais dispuesta a que la triste Adelaida se convirtiera en reina de Inglaterra, después de haber sido la amante de vuestro esposo.

—Esa fue la disculpa que pusimos, ya que era una prohibición expresa de la Iglesia que alguien que hubiera cohabitado con un familiar lo hiciera luego con otro. Pero ese impedimento se habría obviado si lo hubiéramos querido. Pero yo no estaba dispuesta a emparentar con el sibilino Felipe. No lo quería cerca de mi corte, ni siquiera por medio de su hermana. Así que, en absoluto secreto, empecé los trámites.

—¿Por qué elegisteis a Berenguela?

—Quería darle a mi hijo una bella esposa; alguien que fuera capaz de contener sus desatadas pasiones. Él mismo me había hablado de la hermosura y prudencia de la dama, a la que había conocido en uno de sus viajes para participar en un torneo. Tan bonita le pareció, me dijo, que le había compuesto unos versos.

—De modo que cuando Ricardo se reunió con Felipe en Gisors, sabía ya de vuestros proyectos, por lo que entretuvo al francés, asegurándole que, a la vuelta de las Cruzadas, lo negociarían de nuevo.

—Así fue. El franco, renuente, aceptó la dilación porque los asuntos a tratar aquel día eran realmente muy importantes. Además, andaba preocupado al haber perdido hacía poco a su esposa, quien murió al dar a luz dos gemelos, los cuales hubo de enterrar junto a su madre en el nuevo coro de la catedral de París. Lo cierto era que nunca la había amado y que la trató con dureza y despego, pero no dejaba de ser un problema su muerte en un momento tan conflictivo, aunque la pobre Hainaut le hubiera dado ya un heredero... —Leonor detuvo su perorata unos instantes y luego, cabeceando, aseveró—: Fueron unas jornadas verdaderamente fatigosas. Hubimos de hacer pactos políticos, controlar la intendencia que habrían de cargar las naves y contentar a la Iglesia con múltiples donaciones. Teníamos que propiciarlos, puesto que eran los únicos con poder para frenar las intenciones de cualquier adversario que quisiera aprovecharse de la ausencia del rey. Sus excomuniones eran realmente temidas...

—Bueno, sólo a veces...

—Efectivamente, más por la gente del pueblo que por los señores, los cuales las ignoraban en muchas ocasiones; todo dependía del interés que tuvieran por algún castillo o lugar, pero era una baza nada despreciable, así que no podíamos dejar de servirnos de ella.

—Ricardo se despidió de vos en junio, en Chinon, y se dirigió a Vézelay, lugar de concentración de los ejércitos. Y vos, contra todo pronóstico, en vez de viajar a Inglaterra como todos esperaban, os pusisteis en camino buscando los Pirineos.

—Nadie supo de aquel viaje. Aparentemente me dirigía a Burdeos y allí pasé algún tiempo hasta que las naves partieron de los puertos, navegando hacia Sicilia, donde los vientos las retuvieron cerca de seis meses, aunque en un principio habían decidido pasar sólo el invierno.

—Desde luego no fue sencilla aquella misión. Como en esta, nos desplazamos

durante el invierno, primero hasta Navarra y, más tarde, atravesamos los Alpes y Lombardía. Buscamos barcos que nos trasladaran hasta Sicilia, primero en Pisa y luego en Nápoles. Los conseguimos al fin en Brindisi y arribamos a la isla al comienzo de la primavera, con la princesa navarra.

—Así fue. ¿Sabes, Bléd, que me admira que evoques mi vida casi tan bien como yo misma?

—Mi vida ha sido casi la vuestra, señora. Apenas recuerdo otros lugares que vuestros castillos, ni otros desplazamientos que vuestros viajes. Sólo mis estudios y mis versos a mí han sido reservados. Y, en el caso de los segundos, la mayoría os los he cantado o recitado en fiestas o en algunas duras tardes de lluvia, niebla y olvido, cuando vuestras libertades estaban recortadas o cuando algún dolor, de los muchos que os han afligido, aparecía de repente.

—Siempre has sido un consuelo para mí, amigo. Incluso ahora, que el desengaño y la desilusión quieren cerrar mi vida, me estás haciendo revivir, recordando conmigo intensas escenas de mi existencia, que me distraen del vértigo de la oscuridad absoluta. Bien. —Sacudió la reina sus tocas, levantando la barbilla como si estuviera recibiendo a embajadores o a extraños—. Sigamos.

—Estábamos entrando en Sicilia... —quiso recordar Blédhri.

—Lo hicimos el treinta de marzo y ese mismo día Felipe salió de sus puertos por no tener que verme.

—A vos y a Berenguela. Entonces comprendió por fin que su hermana jamás sería reina de Inglaterra, y a vos exclusivamente culpaba de la decisión.

—Me informaron de que su última entrevista con Ricardo fue tormentosa, pero se supo derrotado y no le quedó más remedio que aceptarlo, aunque, como más tarde íbamos a experimentar, nunca nos lo perdonó y sus ambiciones sobre algunas de nuestras tierras se convirtieron en sañudos rencores que nos trajeron dolores sin cuento.

—Mientras vos batallabais por su futuro, vuestro hijo parecía divertirse.

—Ricardo se divertía siempre. Su insaciable curiosidad buscaba novedades en cualquier lugar o persona que conocía. Allá, en aquellas viejas tierras, pateó caminos y montes, buscando las ruinas de las que le hablaban sus habitantes; subió incluso al Vesubio, en Nápoles, y cuando supo de un monje que hacía interpretaciones del Apocalipsis, en las que decía poder ver el futuro, lo visitó. Y en las largas travesías por mar, a las que no estaba acostumbrado, aprendió a manejar un barco como un consumado marino... Y todos esos esparcimientos, sin abandonar sus entrenamientos y torneos, que organizaba en cualquier momento y lugar.

—Su fortaleza física había llegado a hacerse legendaria. Sé que, después de elegir en los bosques árboles para sus máquinas de guerra, él mismo los arrastraba hasta el lugar donde eran requeridos. Era capaz de caminar días enteros o de batir a numerosos caballeros en una misma jornada... Y además, escribía delicados versos o discutía de los más enrevesados temas con cualquier clérigo o experto que se

encontrara.

—Era terriblemente apasionado —asintió, cabeceando Leonor—, por eso quise llevarle una esposa a la que admirara, para que ella pudiera frenarlo y atemperar sus excesos, que le llevaban a entregarse a las más locas diversiones y a los más exagerados arrepentimientos.

—Nos encontramos allí con vuestra hija Juana, a la que llegó a tiempo de salvar Ricardo.

—Sí, su esposo Guillermo, a quien ya se denominaba el Bueno, había muerto hacía un año y las guerras de sucesión se desataron inmediatamente. El emperador de Alemania quería la isla, apoyándose en los derechos de su esposa Constanza. Tancredo, un miembro de la familia de Guillermo, deseaba también suceder a mi yerno. Mi hija no estaba de parte de uno ni de otro, pero Tancredo se apresuró a encerrarla, para tratar de utilizarla como rehén contra Ricardo, por si acaso este se mostraba partidario del emperador. Cuando mi hijo arribó a Messina y se enteró de que su hermana estaba prisionera, montó en cólera con tal violencia que Tancredo se apresuró a liberar a Juana, quien se reunió con Ricardo en su campamento. Él consiguió inmediatamente que se le abonara su dote, y además hubo de protegerla de los libidinosos deseos de Felipe de Francia, quien, al ver su juventud y hermosura, la deseó para sí instantáneamente. Mi hijo envió a Juana a mi encuentro, separándola así del franco que, al ver que sus intenciones no eran de nuestro agrado y que además su hermana Adelaida, a quien habíamos dejado a buen recaudo en Rouen, no sería nunca reina de Inglaterra, levó anclas y partió lleno de ira.

—Nos reunimos con la princesa en Reggio.

—¡Qué bella la encontré! Hacía mucho tiempo que no la veía, pero la habría reconocido en cualquier parte. Contaba entonces unos veinticinco años y era tan parecida a mí a su edad que me trajo a la memoria la seguridad que da la hermosura a una mujer... —Los ojos de la reina se entristecieron, perdiéndose en la nada. Se recuperó enseguida, afirmando, cansada—: Y que se pierde muy pronto, sin casi haber sido consciente de poseerla. Entre las dos —continuó enseguida con la parte práctica— elegimos los ornamentos que me había preocupado de llevar conmigo para el enlace de su hermano. El día de la boda montaría sobre una silla dorada, cuyo arzón hice adornar con dos leones enfrentados; vestiría una túnica de seda rosa, en la que mandé bordar medias lunas de plata; un sombrero granate con costosas plumas de aves exóticas, sujetas con un hermoso broche de oro, cuyas tallas yo misma había diseñado; un tahalí de seda bordado con leones granates, del que pendía la vaina de oro para su espada, con parecidos motivos al broche de su sombrero... Sentí mucho perderme la ceremonia, porque estaba segura de que, sin mi control, alguien iba a equivocarse, pero antes de partir repasé junto con mi hija y los clérigos encargados del evento todos los ritos que se llevarían a cabo ese gran día. Apenas pude descansar porque los asuntos de Inglaterra me preocupaban, de modo que a los cuatro días hube de partir, dejando a Juana al frente de todos aquellos detalles de los que sólo una

mujer es capaz de ocuparse. A su custodia quedaba Berenguela y, en parte, el apasionamiento de su hermano, al que temía más que a nada dejar solo. Pero era imposible estar en todas partes, así que partí, acompañada de Gautier de Coutances, el arzobispo de Rouen y de Gilberto Vascoeuil, un divertido y culto caballero que me hizo la travesía mucho más agradable de lo que yo esperaba.

—Ricardo embarcó a su hermana y a su prometida en una nave que debía recalar en Chipre, en cuya catedral tendría lugar el enlace.

—Sí, pero a pesar de mis advertencias en contra de los bizantinos, nunca pensó que su alevosía llegara al extremo que lo hizo. El dromón que llevaba a mi hija y a Berenguela con todas sus posesiones arribó a la costa, empujado por la tormenta, mucho antes que las naves del rey. Y al emperador Isaac no se le ocurrió otra cosa que apoderarse de él, junto con las dos mujeres y sus riquezas, para extorsionar a mi hijo.

—Los hombres, a veces, somos tan soberbios que cerramos los ojos a la realidad —reflexionó Blédhri—. Estoy seguro de que Isaac en ese momento ya conocía de sobra las hazañas de vuestro hijo. ¿Acaso pensó que, rodeado de un poderoso ejército como estaba, iba a consentir que lo derrotara?

—En cuanto se enteró del secuestro, su ira se extendió por toda la isla; apenas tres semanas después, Chipre estaba en sus manos y el emperador prisionero en una de sus fortalezas.

—Según os contaron, la ceremonia del enlace en la catedral de Limassol resultó perfecta.

—Eso me escribió mi hija y estoy segura de que ella hizo todo lo posible para que así fuera. Sabía muy bien que el rito y el fasto son dos formas de controlar a los pueblos. Hay que ponerse muy por encima de sus posibilidades, para que respeten a aquellos que los gobiernan o los dirigen. Después de la pobre experiencia que tuve con mi primer marido, me encargué de aleccionar a mis hijos en ese sentido, que yo había ya experimentado en muchas ocasiones y que fui incapaz de hacer entender a Luis, quien pensaba todo lo contrario. Él creía que los villanos, si veían que alguien se ponía voluntariamente casi a su altura, lo respetarían y obedecerían con más agrado. Ni con el paso de los años llegó a entender a sus propias gentes... —Cabeceó, plegando la boca con desdén.

—Enseguida se embarcaron y en junio estaban a la vista de San Juan de Acre. Ricardo hizo en aquel sitio verdaderas demostraciones de un valor casi suicida.

—Esa era la vida que él amaba y que daba salida a su impetuoso temperamento. Sí, después de su llegada poco pudo resistir la ciudad y apenas un mes más tarde entró en ella como vencedor absoluto, dejando en la sombra a Felipe; otra afrenta que al francés le hizo rechinar los dientes, sintiéndose absolutamente desplazado por el brillo de mi hijo. Esa situación se repitió constantemente, hasta el extremo de que el franco, al poco, con la excusa de una enfermedad, se hizo liberar de su voto y emprendió el regreso a Francia, asegurando a quien le quería escuchar que Ricardo se

encontraba tan a sus anchas en Tierra Santa que seguramente jamás regresaría.

—Desde luego esos eran sus planes, como pudimos ver más tarde. No obstante, creo que volvió a equivocarse. Al parecer, aunque pudiera controlar al díscolo Juan, no contaba con vos.

—Su mano ya podía verse en la forma de actuar de Juan. En ausencia de su hermano y por mi causa, que le había liberado de su juramento de no pisar tierra inglesa, viajaba por toda la isla, haciéndose conocer, repartiendo prebendas y sonrisas, para conseguir así el amor de un pueblo que ya conocía de oídas sus torticeras intenciones y, sobre todo, su cambiante temperamento, que podía pasar de la entrega absoluta a la ira o el capricho más inexplicable y dañino.

—Apenas os detuvisteis en Roma, deseando llegar cuanto antes a vuestro destino.

—Sí. Visité al nuevo papa. Iba a coronar en aquellos días a Enrique, emperador de Alemania y, por supuesto, no fui invitada, así que me apresuré a conseguir préstamos para la vuelta, unos ochocientos marcos, y embarcarme rápidamente.

—El día de San Juan estabais ya en Rouen.

—Y me había traído conmigo la aprobación del papado para la consagración de Godofredo como arzobispo de York. Consagración que se realizó inmediatamente y que dio pie a nuevos conflictos.

—El bastardo de Enrique quiso presentarse en su diócesis, a pesar de la palabra dada a Ricardo. Pero vuestro canciller, Guillermo Longchamp, recto y autoritario, recordándole su juramento, lo hizo arrestar en Dover.

—Circunstancia que aprovechó Juan, en una demostración de inteligencia que siempre supuse apoyada por las maniobras de Felipe. Quería el francés deshacerse de Ricardo, ya que mi hijo pequeño le parecía mucho más manejable.

—De cualquier forma, Guillermo no gozaba de muchos afectos. Era demasiado autoritario e incluso muchos lo acusaban de querer hacerse con la sede de Canterbury, ya que su arzobispo acababa de morir en Tierra Santa. Su situación era tan mala que hubo de recluirse en la Torre de Londres.

—No obstante, fue citado ante una asamblea reunida en la catedral de San Pablo y, valientemente, se presentó y, aunque se defendió muy bien, llegando a acusar en público a Juan de querer suplantar a su hermano, fue destituido. Su vida peligraba, así que hubo de disfrazarse de vieja y salir de Inglaterra, camino de París, donde supo interesar en sus desgracias a dos cardenales, Jourdain y Octaviano, quienes se dirigieron a Normandía sin solicitar el derecho de paso. Cuando llegaron ante Gisors, el senescal se negó a bajar el puente levadizo.

—A partir de ese momento se produjeron una serie de confusas excomuniones, lanzadas por los cardenales, el obispo de Ely y por los prelados de Inglaterra, dirigidos por Godofredo el Bastardo.

—Fue en esa difícil situación cuando, en las Navidades de mil ciento noventa y uno, recibí la noticia de que Felipe de Francia acababa de llegar a Fontainebleau. Comprendí entonces con absoluta claridad que los problemas suscitados hasta

entonces a él eran debidos. De modo que envié órdenes a todos mis senescales para que se aprestaran a defender las fortalezas.

—No era vana vuestra precipitación porque, apenas pasadas las celebraciones, el franco se presentaba ante Gisors, pidiendo que le fuera entregada la plaza. Argüía unos confusos acuerdos alcanzados con Ricardo en la Cruzada.

—Pero ignoraba que yo me había adelantado a sus intenciones y mis barones estaban advertidos. El senescal se negó y él no se atrevió a tomar el castillo por las armas, ya que todos los bienes de un cruzado estaban protegidos por la Iglesia que, como ves, Bléd, en este caso fue muy efectiva —sonrió con intención Leonor.

—Supisteis entonces que Juan aprestaba una flota en Southampton —cambió de tema Blédhri, sin contestar a la reina—. Al parecer quería presentarse ante Felipe para rendirle homenaje y recibir la investidura del ducado de Normandía a cambio de la fortaleza de Gisors deseada por el rey. Inmediatamente nos hicimos a la mar, camino de Inglaterra.

—Desde primeros de febrero, en que llegué a la isla, los días se sucedían en agotadoras reuniones y viajes. Conseguí que los barones entendieran que aquellas noticias que les habían hecho llegar, de que mi hijo quería hacerse proclamar rey de Jerusalén para quedarse en Tierra Santa, no eran más que maquinaciones de Felipe de Francia, que pretendía gobernarlos a través de Juan, quien en ningún caso tendría la fuerte personalidad de Ricardo. Repetí mi alegato en Windsor, en Oxford, en Londres, en Winchester... En todas partes conseguí que los nobles juraran fidelidad al rey. Luego, no hace mucho —reflexionó—, hube de convencerlos de casi todo lo contrario, cuando quise que aceptaran a Juan. Pero en aquel momento yo no lo sabía y mis razones, al creérmelas yo misma, fueron de lo más convincentes. Me resultó mucho más difícil después, pero dejemos que el tiempo discurra cronológicamente. —Manoteó la reina, como queriendo borrar sus anteriores palabras.

—Lograsteis también que Juan fuera incapaz de conseguir víveres para sus naves.

—Desde luego; aborté su pretendido viaje para ponerse al servicio del franco a cambio de sus limosnas. Y mientras me desplazaba por la isla, buscando el acatamiento de los señores, enviaba, una tras otra, cartas a Ricardo, advirtiéndole de la situación.

—Pero él apenas parecía enterarse de las noticias que le prevenían del peligro que corría su reino. Solía contestaros narrando sus proezas y sus planes de conquista.

—Lo que yo estaba haciendo para consolidar su mandato eran manejos políticos. Eso a él le aburría terriblemente, así que los ignoraba, seguro de que yo estaba en condiciones de resolverlos mucho mejor que él mismo.

—Saladino había empezado a negociar, después de la derrota de Acre.

—Sí y hasta creo que ambos líderes, según las noticias que me llegaban de mi hijo, consiguieron entenderse muy bien a nivel personal, al punto de querer, como ya comentamos, arreglar todo el problema con una boda. Pero como eso no fue posible, los enfrentamientos continuaron y la gloria de mi hijo se extendió por toda la

cristiandad. En muchas ocasiones peligró su vida y en otras estuvo a punto de ser hecho prisionero, pero consiguió derrotar nuevamente a Saladino en Escalón.

—Y en Jaffa —evocó Blédhri, tratando de ver a Ricardo joven y triunfante de nuevo y no humillado por el dolor y la enfermedad—, donde pretendieron sorprenderlo y, aun sin tiempo de vestirse para la batalla, derrotó a los musulmanes, que eran diez veces más numerosos que sus hombres. Al poco supimos que vuestro nieto Enrique, el hijo de María de Champaña, había sido elegido por los barones presentes en la Cruzada para ser el nuevo rey de Jerusalén.

—Sí, aquello fue conmovedor. Mi estirpe empezaba a gobernar el mundo. Pero el espejismo duró poco; enseguida entendimos todos que no se podría recuperar la Ciudad Santa. A los comerciantes les interesaban los enclaves de la costa y esos ya habían sido tomados. Redujeron los recursos que mantenían a mi hijo y él comprendió que, con los hombres de que disponía, jamás podría emprender la conquista. Maldijo la partida de Felipe de Francia, que le había dejado solo, después de haberlo casi obligado a emprender la empresa. Sin ejércitos ni dinero no se puede mantener una guerra. Después de la victoria de Jaffa negoció con Saladino. Consiguió de este que respetara la franja costera, que quedaría en manos de los comerciantes, y que los cristianos pudieran viajar a Tierra Santa sin ningún tipo de trabas. El sultán llegó a ofrecerle un salvoconducto para que pudiera visitar Jerusalén, pero Ricardo lo rechazó, porque no se consideró digno, ya que no había sido capaz de liberar la ciudad.

—Supimos entonces que el día de San Miguel el rey había embarcado a Berenguela y a Juana para que regresaran, y que él mismo pensaba hacerlo pocos días más tarde. Tenía intención de pasar la Navidad en Inglaterra. Fue también en ese momento, como supimos después, cuando confió la Santa Espina a su hermana. Recuerdo vuestra alegría al recibir la misiva.

—Desde luego, mi última experiencia como reina había sido agotadora. Estaba deseando que mi hijo regresara para que se encargara de todo. Empezaba a estar cansada de tanta cavilación y ajeteo. Pero, sobre todo, temía que mis actos, si no eran suficientemente inteligentes u oportunos, pudieran ser la causa de que Ricardo perdiera su corona. No sabía en aquel día de júbilo que era el último que iba a tener en mucho tiempo.

—Señora —se acercó Elías al carro—, tenemos a la vista el valle donde se encuentra San Juan de Ortega. Nuestros exploradores han regresado, advirtiéndome de que en el monasterio os aguarda vuestra hija y vuestras nietas, Berenguela, Urraca y Blanca. Os lo anuncio, por si quisierais acicalaros y tal vez cabalgar, aunque os advierto que el frío es muy intenso.

—Gracias, arzobispo. Y sí; quiero arreglarme un poco. Bléd, déjame ahora y ordena a las mujeres que vengan.

Poco después, la reina montaba su yegua, sonriente y rejuvenecida, habiendo borrado los signos de cansancio de su rostro por un esfuerzo de voluntad y dominio

de sí misma.

Dejaron atrás los espesos bosques de pinos y abetos y, orillando el arroyo de Valdefuentes, bajaron hasta el vallecito donde se encontraba el monasterio.

En el camino, el arzobispo informaba a la reina, quien deseaba siempre estar enterada de los detalles que pudieran servirle a la hora de conversar con los habitantes de los lugares que visitaba, de la vida y milagros del santo que daba nombre al lugar. Al parecer había sido un compañero de Domingo de la Calzada en la construcción de los puentes de Logroño, Nájera y Santo Domingo y, conociendo las grandes dificultades con que las que se enfrentaban los peregrinos en estos parajes, no sólo por lo abrupto del terreno, sino por los bandidos que habitaban sus bosques y la dureza de su clima, fundó el monasterio para alivio de los caminantes, que podían así protegerse, al menos durante las largas noches de invierno, tras los muros y al calor de las chimeneas de los hermanos, y llenar la barriga con sus churruscantes hogazas y grasientos tocinos en los buenos días. Si acaso las limosnas no habían sido suficientes, siempre habría una sopa de coles, que no alimentaba demasiado, pero calentaba las tripas, engañando el hambre hasta quedar rendidos por el cansancio y el bendito olvido del sueño.

Habían de vadear el arroyo. Al otro lado, Leonor, la reina de Castilla, flanqueada por sus hijas y rodeada de la corte, esperaba a su madre.

Leonor, ayudada por Pedro, desmontó y, manteniendo su espalda recta y su sonrisa de labios plegados, esperó a que su hija se acercara. Lo hizo enseguida esta y dobló la rodilla ante su madre, quien contuvo sus deseos de abrazarla, limitándose a tomarla por los codos para ayudarla a levantarse. Mientras lo hacía y los dos cuerpos casi se rozaban le susurró:

—¡Qué hermosa estás! Realmente pareces una jovencita, a pesar de tus... ¿cuarenta años? —dudó. Sin esperar respuesta continuó rápida—: ¡Qué contenta estoy de haber podido llegar a verte de nuevo!

Luego se separó y destinó su atención, en un profundo estudio, disimulado por la amable sonrisa, a las pequeñas, que, una a una, fueron acercándose a inclinarse ante aquella anciana a quien su madre veneraba y que tan importante y lejana les parecía. Mientras las observaba, calibrando cada uno de sus ademanes, gestos y movimientos, además de sus rasgos físicos, les hablaba con una distante cortesía, midiendo hasta sus respuestas emocionales que, por el candor de su juventud, aún se reflejaban en sus ojos.

Después fue presentada a los señores castellanos presentes en la recepción. Ella a su vez hizo lo propio con sus acompañantes y se apresuró a silbar al oído de Mercadier su deseo de entrar cuanto antes en el monasterio, pues sus pies comenzaban a helarse, ya que, aunque al final no había nevado y el día acabó despejado y limpio de nubes, en las tierras aún quedaban rastros de la nieve de la noche anterior. El mercenario se adelantó a uno de los importantes señores del cortejo y, en el latín vulgar en el que todos los pueblos se entendían, le suplicó que se

abreviara el protocolo pues la reina deseaba descansar. El hombre a su vez hizo un par de advertencias e inmediatamente el cortejo pasó al interior del edificio.

Se distribuyeron las estancias y Leonor, precedida de su hija y sus nietas, se dirigió a la suya, manteniendo sus elegantes andares y su aspecto regio.

Cuando las puertas se hubieron cerrado por fin a espaldas del último señor, madre e hija se miraron intensamente. La reina abrió los brazos y la joven corrió a esconderse en ellos como cuando, de muy pequeña, huía de miedos inventados o de los estallidos de ira de su padre. Las niñas, quienes creían haber entendido cuál iba a ser la forma de trato que iban a mantener con su abuela, quedaron un instante descolocadas; luego, cuando su madre se apartó, después de precipitadas palabras entre las dos mujeres que apenas entendieron, se fueron acercando a la imponente dama, que ahora también les abría los brazos para besarlas con cariño.

Después del largo rato en que permanecieron sentadas juntas, con las manos enlazadas y los ojos prendidos unas en otras, recordando y proyectando, olvidadas de sus respectivos deberes, una de las muchachas de Leonor se acercó para recordarles que la hora de la cena estaba próxima y era preciso prepararse.

—Leni, querida —su hija volvió a oír el diminutivo cariñoso que casi había olvidado y las lágrimas acudieron a sus ojos, recordando los días de la niñez, cuando todo parecía posible—, he de vestirme y te aseguro que ahora no puedo hacerlo demasiado deprisa, o alguno de mis débiles huesos podría romperse —quiso bromear la madre, a la vista del dolor que reflejaba la bella mirada que la contemplaba con tanto cariño—. Sabes que hemos de cumplir con los barones que nos aguardan y de los que de alguna manera dependemos; luego, cuando la cena termine, volveremos a reunirnos aquí; tengo tantas cosas que contarte...

Efectivamente, el ágape transcurrió, como era de esperar, entre politiqueos disfrazados de cortesías, veladas promesas que ofrecían prebendas y palabras que, según interesaran o no para los fines de cada cual, se captaban y comentaban a conveniencia o se dejaban pasar como si no hubieran sido oídas. Tras una cortina transparente, unos bardos cantaban las hazañas de algún héroe, castellano por supuesto, que a nadie interesaban y que tampoco escuchaban, porque las negociaciones eran intensas e importantes. Cuando la pesada reunión terminó, sus protagonistas, entre sonrisas y halagos, fueron retirándose a sus aposentos en cuanto la reina lo hizo, seguida de Blédhri, junto con Leni y sus hijas.

—Menos mal que se ha terminado la prueba —suspiró Leonor, desprendiéndose de sus tocas, que las joyas que las adornaban hacían pesadas—. De todas maneras —siguió, mientras se sentaba en un alto sitial, elegido expresamente para ella por su hija—, ¿acaso ha sido una impresión mía o la situación no está tan clara como debería? ¿Has visto lo mismo que yo, Bléd?

—Sí, señora —asintió el anciano, que ya se había situado a espaldas de la reina—. Los barones parecen un tanto renuentes.

—¿Hay algo que yo deba saber, querida? —interrogó la reina a su hija.

—No creí que fuera tan importante como para preocuparos por ello. —Bajó la mirada Leni, apretando la mano de su hija pequeña, que descansaba en su regazo—. Anteayer hubo un pequeño temblor de tierra y a continuación una gran mancha negra se extendió por todo el valle, hasta el punto de parecer noche sin luna.

—Bueno —quiso contemporizar la reina—, no creo que un simple terremoto, que además no ha ocasionado ninguna víctima, sea un problema que pueda interponerse en nuestros planes.

—No ha sido sólo eso, señora —continuó explicándose la reina de Castilla—. Cuando la sombra se alejó, de un cielo sin nubes cayó un intenso chaparrón en una pequeña área delimitada por dos viejos árboles...

—Tampoco la lluvia me parece razón suficiente para...

—Señora —intervino Blédhri—, ¿me permitís? —preguntó, señalando a Leni.

—Desde luego, amigo.

—¿Y vos, señora? —interrogó a la joven, quien lo miraba con el mismo cariño que siempre había visto en sus ojos desde que la sostuvo en sus brazos, tantas tardes de lluvia, entreteniéndola su inquieta mente con sus historias.

—¡Claro, querido Bléd! —se apresuró Leni a responder, recordando la paciencia del hombre, en la que se habían apoyado, no sólo ella, también alguno de sus hermanos, cuando sus padres viajaban o recibían mensajeros o... Miró de soslayo a la vieja Ágata a la que también había querido mucho, pero ella sólo sabía mecerlos con canciones de cuna y, cuando crecieron lo suficiente para dejar de mamar, todos habían preferido la compañía de Blédhri, quien los arrastraba con sus leyendas y sucesos a países remotos, mucho más hermosos que el que pisaran en aquel momento, fuera cual fuese, poblados de seres malvados o angélicos, siempre atractivos y heroicos.

—¿La lluvia que cayó era sólo agua?

La pregunta del anciano sorprendió a Leonor, quien lo miró como si, de repente, hubiera captado que chocheaba. No obstante, la respuesta de su hija la descolocó por completo.

—No era agua —afirmó Leni, convencida—. Yo misma la toqué —aclaró al ver la mirada confundida de Leonor—. Se trataba de una sustancia un tanto untuosa y... de color rojo oscuro —lanzó la reina, bajando los ojos, porque su madre no viera en ellos el miedo—. Y, además —continuó con un cierto trabajo—, desde el día del terremoto ha caído ya dos veces, a la misma hora y en el mismo lugar. Las gentes aseguran que es sangre y que el fenómeno se debe a vuestra llegada, porque el matrimonio de mi hija Urraca con Luis de Francia no es conveniente para estas tierras —lanzó con un cierto empacho, que llegó a llenarle los ojos de lágrimas.

Leonor bajó la cabeza, tratando de asimilar aquel estúpido inconveniente que venía a sumarse a todos los que había tenido que ir sorteando para conseguir que su nieta se convirtiera en reina de los francos. En ningún momento pensó que el asunto pudiera ser algo que tener en cuenta, a no ser desde el punto de vista de su misión. No

fue así la reacción de Blédhri, quien paseaba, con la mirada perdida en las piedras del suelo, alrededor de la estancia.

Durante un momento nadie habló, ni siquiera las niñas, quienes habían estado parlotando entre ellas durante la conversación de los mayores. Cuando Leonor alzó la frente, se encontró con los ojos de Brianda prendidos en los suyos. Le pareció que su mensaje era tranquilizador, así que se olvidó del anciano, quien seguía con sus paseos y sonrió a su hija.

—Verás, pequeña, ahí arriba —y señaló con su largo dedo huesudo al techo de la estancia, queriendo ver en él el cielo inalcanzable— suceden cosas que ignoramos. El conocimiento de los hechos nos ayudaría a sublimar el miedo. Eso que ha ocurrido, seguramente, tendrá una explicación muy racional y real, sólo que no tenemos datos para dilucidarlo. No podemos dejar que un pequeño temblor de tierra, porque estoy segura de que los dos fenómenos están relacionados, decida nuestros proyectos vitales.

—Decís bien, majestad —intervino Blédhri—, pero el asunto no es cuál sea la causa del fenómeno, que estoy seguro de que tiene una explicación completamente racional, como vos habéis dicho. El problema es que las gentes, llevadas de un fanatismo que no es otra cosa que la expresión de sus dudas, lo crean y se dejen influenciar por él hasta el extremo de cambiar sus vidas o hacer que los demás cambien las suyas. ¿Los rumores se propagan entre los villanos o también entre los señores? —interrogó a Leni, quien lo miró consternada.

—También los barones andan preocupados por el tema y en corrillos apartados, en la misma corte, nos han avisado de que no se habla de otra cosa.

—Hemos de preterir esa historia cuanto antes —decidió Leonor, dejando de lado el asunto, que no le importaba en absoluto, ya que, si algo tenía de bueno su vejez, era que le había enseñado a no temer a casi nada, pues sabía que los hechos se sucedían e incluso se repetían, pero siempre se olvidaban si había otros nuevos que los sustituyeran en el imaginario de los hombres—. ¿Se te ocurre algo, Bléd?

—Desde luego que sí, señora; ya sabéis que una de mis facultades ha sido convocar tormentas, así que creo que, con tiempo, sería también capaz de desconvocarlas, aunque este tipo de lluvias no parecen regirse por los procedimientos habituales y necesitaría estudiar su mecanismo...

—¿Quieres decir que no es la primera vez que oyes hablar de algo así? —interrogó Leni con una cierta esperanza en la voz.

—Desde luego que no, señora. En las tierras de Eire e incluso a orillas del viejo río de los astures, junto a las montañas del norte de León, que vos conoceréis, se dieron algunas veces este tipo de fenómenos y mi abuelo me habló de ellos. Lo que ocurrió fue que, al no ser frecuentes y tener tantísimas cosas que enseñarme, nunca me dijo por qué se producían ni la forma de controlarlos.

La reina de Castilla suspiró con una cierta relajación al saber que el asunto parecía un fenómeno natural y no un aviso que el cielo le enviaba.

—Vamos, pequeña —intervino su madre con un punto de enfado que la joven recordaba muy bien—. No me digas que tú también piensas que la lluvia tiene algo que ver en el delicado asunto que tratamos...

—No, señora —se apresuró ella, negando con la cabeza e incluso con los hombros—. Yo estoy feliz con que mi pequeña... —Y al nombrar a la jovencita extendió la mano y acarició sus largos cabellos, sujetos en la frente con una pequeña diadema de oro— pueda llegar a ser reina de Francia. Vos sabéis muy bien que yo misma propicié el enlace de Berenguela con Alfonso de León. Así, en su dote le cedimos los castillos del infantazgo que antes le habíamos ocupado, con lo que no pareció una derrota por nuestra parte, ni una victoria por la suya. Además, estando mi hija en su corte, espero que nuestros desencuentros desaparezcan. Por eso, cuando me llegó vuestra propuesta, la acepté con agrado pues de ese modo aumentan nuestras alianzas, ya que las fronteras están constantemente amenazadas, sobre todo después de la derrota de Alarcos... —Leni calló un instante, reflejando en sus ojos todas las preocupaciones que la inestabilidad de su reino le producían—. Sí —afirmó como para sí misma—, fue una gran derrota. Mi esposo había pactado con el rey de León que debía acudir con sus ejércitos, pero todavía no he podido, ni he querido, saber si el problema fue que el leonés se retrasó, o que Alfonso, huérfano desde muy niño, acostumbrado a defenderse solo, no quiso esperarlo; el hecho fue que se enfrentó en solitario a los moros y sufrió una tremenda derrota. —El dolor de la muerte y la hambruna que trajo consigo la batalla se reflejaron en el gesto de la reina, luego, alzando la vista, se forzó a sonreír—. Deseo esa boda, señora, pero si nuestros barones se opusieran...

—Sí —se movió la reina intranquila en su sillón—. Eso sin duda sería un gran problema. ¿Qué puedes hacer al respecto, Bléd?

—Puedo intentar evitar que el fenómeno se repita, pero no creo que lo consiga para mañana mismo y me temo que estas rarezas suelen ser periódicas y mostrarse en dos, tres o cuatro ocasiones, hasta que por sí mismas desaparecen sin producir ningún tipo de daño.

—No me importan en absoluto los daños en este momento —replicó adusta Leonor—. Lo que me interesa es que no vuelva a repetirse y que las gentes lo olviden cuanto antes. Tendremos que repartir algunas prebendas más entre los clérigos y llenar la barriga a los indigentes y a los peregrinos que transiten el Camino; eso hará que estén mucho más propicios a hacer lo que deseo, sin ocuparse de la lluvia de sangre o de lo que demonios sea. Por cierto, creo recordar que has dicho que cae a la misma hora y en el mismo lugar —casi afirmó, dirigiéndose a su hija.

—Así es, señora; suele ocurrir alrededor de mediodía —aseveró Leni, volviendo a encogerse sobre sí misma al recordar la desagradable experiencia.

—Bien, Bléd —concretó Leonor, pragmática—, ponte ahora mismo a estudiar el asunto y ver qué puedes hacer. Sería importante evitar que volviera a repetirse. Ahora, vosotras dejadme. Estoy agotada y debo pensar en los pasos a dar para borrar

esa sensación que me dices se ha extendido entre vuestras gentes. Mañana temprano venid a verme. Quizá tengamos resuelto el problema, ¿verdad, amigo? —preguntó a Blédhri, quien paseaba de nuevo alrededor de la estancia con la cabeza baja.

—Desde luego lo intentaremos, señora —respondió, deteniéndose un momento para despedir a la reina de Castilla y a sus hijas, que salieron de la estancia. A continuación, cuando las puertas se hubieron cerrado a sus espaldas, se acercó a Leonor para decir—: Señora, no he querido mencionarlo ante vuestra hija porque me ha parecido realmente asustada, pero desconozco completamente la forma de parar esa rareza y, lo que es peor, no tengo ni idea de qué la produce; además, apenas he traído conmigo pergaminos que pudieran aportarme información y...

—Ponte a ello inmediatamente, Bléd —cortó la reina, seca—. Ve a hablar con el prior, tal vez los monjes tengan algún escrito o conocimiento que pueda servirte. Necesito evitar que mañana ese estúpido inconveniente interfiera en mis planes. Quiero que mi nieta reine en Francia; así, casi todo Occidente nos pertenecerá y mi existencia habrá estado justificada.

—Señora, vuestra misión ha sido más que cumplida. Habéis gobernado y...

—Quiero este último logro, Bléd, así que consigue lo que te pido. Vete ya.

—Sí, señora —asintió el anciano, inclinándose ante la reina, para retroceder hasta las puertas y desaparecer tras ellas.

—Voy a acostarme —decidió, desabrida, Leonor. Las mujeres acudieron inmediatamente a su alrededor. En algún momento, mientras la despojaban de sus vestidos, le pareció ver que los ojos de Brianda la buscaban, pero su malhumor era tal que no se detuvo a analizar la sensación. Bebió su tisana de amapola y melisa y se dejó arropar, sin volver a hablar una sola palabra. Después de moverse con trabajo a uno y otro lado durante largo tiempo, las hierbas comenzaron a hacerse con su excitado cerebro y se quedó dormida.

Soñó que subía por una larga escalera, cuyos peldaños se afanaba en barrer. La porquería que amontonaba cuidadosamente en uno de los lados del escalón caía, sin que ella pudiera impedirlo, en el que estaba debajo y que acababa de limpiar. Se sentía muy cansada, pero barría y barría, queriendo por encima de todo, incluso de la fatiga que notaba aumentar por momentos, dejarlos limpios y hacerlo deprisa porque tenía que acabar de subir y la escalera cada vez le parecía más larga. Entonces, a su lado apareció Brianda y, tomando la escoba, inclinó la espalda y comenzó a barrer.

—Señora —sintió el susurro de su dulce voz y levantó los párpados, sabiendo dónde iba a encontrarla. Allí, junto a su lecho, sin haber despertado a Ágata, la joven la miraba con sus desconcertantes ojos que chispeaban a veces dulces a veces diabólicos—. Mañana caerá sólo agua y lo hará sobre Blanca, no sobre Urraca. Quizá deberíais aprovechar la circunstancia...

Leonor quiso centrar su mirada y hacer preguntas, pero cuando se despertó del todo, Brianda no se encontraba junto a ella y en el cuarto reinaba el silencio, sólo alterado por las rítmicas respiraciones de las mujeres y el débil resplandor del fuego

de la chimenea que empezaba a apagarse. Apoyándose en un codo y en ambas manos, se volvió del otro lado y, analizando su sueño, trató de tornar a dormirse. Le pareció sentir, ya medio dormida, la puerta de la estancia que se abría y luego se cerraba con sigilo.

Cuando comenzó a amanecer, hacía rato que la reina estaba despierta. Contra su costumbre, había permanecido en el lecho, recordando con una cierta confusión su sueño de la noche, que por supuesto tendría mucho que ver con el asunto que se llevaba entre manos y que le preocupaba resolver. Pero no alcanzaba a dilucidar la solución que, estaba segura, le había ofrecido su mente al estar libre del control de la vigilia.

Las mujeres se fueron despertando. Ella sentía sus movimientos y suspiros, pero ninguna se atrevía a levantarse, por si la reina dormía. Cuando supo que sus razonamientos no iban a aportarle nada nuevo, llamó a Ágata, quien se apresuró a poner los pies en el suelo y, tras ella, todas las jóvenes. Algunas, siguiendo a la vieja niñera, rodearon su lecho, temerosas de que la demora se debiera a una indisposición.

—No estoy enferma —bufó—. Dejad de preocuparos por mi salud y pensad todas qué demonios podemos hacer con esa porquería que cae del cielo y que, como no logremos que cese, va a impedirnos realizar la misión que nos ha traído hasta estas tierras.

Las mujeres callaron, aparentando estar muy atareadas con sus pequeñas obligaciones alrededor de la soberana, quien se dejaba hacer con los ojos perdidos en su problema. En cuanto estuvo vestida y peinada ordenó, seca:

—Traedme a Blédhri.

En tanto llegaba el anciano, tomó el cuenco de leche caliente con miel que le tendía Ágata y se sentó junto a una ventana observando el cielo sin nubes, por el que ya comenzaba a desplazarse un pálido sol, al que observó interrogante. Desde luego todo parecía normal. La luz, perezosa, exploraba la frialdad de la tierra cuarteada, que imaginaba crujiente bajo los pies de los campesinos y los criados, los cuales, seguidos de perros o críos, se desplazaban apresurados por los campos o por los patios del monasterio. Álamos desnudos parecían buscar protección en sus vecinos, los abrigados pinos, revestidos de todo su verdor, aún guardaban, en rincones escondidos del sol, pequeños rimeros de nieve. Unos pocos jinetes se perdían en la distancia, camino de Burgos, seguidos de sus capas ondeantes; sus figuras se recortaban en el resplandor naciente, tomando, según el viento, distintas formas, todas armónicas y hermosas...

—Señora —el saludo de Blédhri interrumpió su comunión con la belleza del instante. Se volvió con trabajo y trató de centrar sus ojos, haciéndoles perder su expresión soñadora.

—¿Has conseguido algo? —preguntó enseguida, pragmática.

—No, señora; lo siento mucho. No he podido saber qué produce semejante fenómeno. No obstante, sí que puedo formar una gran tormenta de nieve que...

—Que haría destacar aún más la lluvia roja si llegara a producirse —concluyó la reina, adelantándose a la conclusión del anciano, quien bajó la cabeza un tanto confundido.

—Señora —se adelantó unos pasos Brianda, separándose de las demás mujeres, quienes recogían la estancia amontonando los catres tras un tapiz—. ¿Me permitís hablar?

—Desde luego —casi se apuró Leonor, recordando entre brumas su sueño de la noche anterior—. Pero —se creyó en la necesidad de mostrar autoridad; de ningún modo deseaba que la joven pudiera notar la dependencia que sentía de ella en aquel momento— espero que no quieras entretenerme con alguna tontería; sabes que el asunto que nos ocupa es importante y... —Calló, vencida por los sabios ojos que la contemplaban. Quizá, discurrió, con lo dicho ya habría salvado su posición—. Vamos, di —ordenó, alzando la barbilla, a falta de otro signo de autoridad más significativo de jerarquía.

—Señora —repitió la joven—. No busco entreteneros —se demoró, con una cierta perversidad, conociendo muy bien su posición de poder, lo que hizo que Leonor bufara casi de forma imperceptible—. Sólo deseo tranquilizaros. Hoy no lloverá sangre.

—¿Cómo te atreves a afirmar algo que es imposible saber? —interrogó Blédhri, completamente alterado, sin pedir siquiera licencia a la reina.

—Simplemente lo sé —contestó la muchacha, bajando los ojos, realmente confundida e indecisa.

—Pero... —dudó Leonor— comprenderás que una afirmación no es suficiente para que te crea. Deberías darnos otros datos y...

—No puedo daros ningún dato y mi afirmación es lo único que tenéis —soltó Brianda, mirando de frente a la reina, que en aquel momento deseó tener suficiente valor para azotar a aquella muchacha y poder borrar así su retadora mirada. En vez de eso, bajó sus ojos y claudicó, recordando su aviso de no hacía mucho, cuando les informó de que la vieja niñera y el monje regresarían sin daño.

—Está bien. Confíemos en que sea como tú dices. En cuanto a ti, Bléd, prepara todo lo que necesites para provocar una gran tormenta de nieve en el caso de que comenzara la lluvia. No podríamos hacerla desaparecer, pero las gentes buscarían cobijo y los copos acabarían por cubrir el rojo.

—Bien, señora —aceptó el hombre, mirando con desconfianza y un cierto temor a la jovencita, quien le devolvió la mirada, ahora limpia, pura e inocente.

La mañana transcurrió entre audiencias, concesiones, enfrentamientos y decisiones. Lo normal en la vida de una reina que no estaba dispuesta a permitir que un fenómeno atmosférico pudiera interponerse en sus planes. En los momentos en que las entrevistas lo permitían, conversó con sus dos nietas, tratando de hacerles perder su prevención, para penetrar en su temperamento, educación y convicciones. Estaba segura de que su hija habría supervisado, como ella misma lo había hecho, las

enseñanzas y las compañías de sus hijas, pero también sabía que las tareas de gobierno dejaban muy poco tiempo libre. Además, eran más absorbentes y estimulantes que unos mocosos llorones. Su nieta Blanca, con ser la más pequeña, contando apenas doce años, le pareció, con mucho, la más bonita, prudente y culta. Por otra parte, hubo algo que la fascinó casi instantáneamente: conocía de memoria cantares, poemas e historias de trovadores, de los muchos que habitaban la corte de sus padres, y además en varias lenguas. Se expresaba con soltura en inglés, latín, francés, leonés, y en la propia lengua de oc, que hablaba constantemente con su madre; asunto nada raro por otra parte, en unos momentos en que los soberanos reinantes sabían que, sobre todo sus hijas, tendrían que partir para hacer su vida en otros países, dependiendo de las alianzas que en el momento fueran convenientes o necesarias. En cambio, no consiguió que le mostrara ningún bordado. Cuando se lo pidió, entornó los ojos y se disculpó diciendo que los había dejado en Burgos.

—Los «olvida» muy a menudo —intermedió su madre, presente en aquel momento—. Sólo se sienta a bordar cuando sus ayos la obligan. Desde luego, pienso que, si llega a reinar en algún lugar, a no ser que su esposo sea un déspota y no le permita intervenir en los asuntos de Estado, no tendrá demasiados momentos para aburrirse, y vos conocéis tan bien como yo que eso del bordado sólo sirve para matar el tiempo. En cambio —quiso dar valor a la pequeña—, lee constantemente y sus maestros aseguran que nunca se cansa de preguntar. Y, como vos misma sabéis porque lo seguís haciendo —apuntó Leni, con una media sonrisa—, es lo mejor para entender a las gentes, que en ocasiones guardan en sí abismos de maldad, difíciles de controlar porque son desconocidos incluso para ellos mismos. Así también se pueden comprender sus motivaciones, la evolución lógica de unos hechos y las formas de gobernar, pues nada es nuevo; todo se ha vivido ya en la historia.

Leonor asintió distraídamente, mientras acariciaba los rubios cabellos de su nieta.

—¿Queréis que montemos un ratito? —preguntó de pronto la reina—. Así podréis mostrarme los alrededores del monasterio mientras llega la hora de comer.

—Señora —se apresuró a advertir Leni—, falta muy poco para el mediodía y puede que vuelva a caer esa sangre y no sería conveniente que nos vieran regresar mojadas y enrojecidas.

—No te preocupes —cortó serena la reina, mirando a Brianda, quien le sonreía tranquilizadora—. No lloverá, y si lo hace será para bien. Abrigaos porque, aunque está el sol claro, debe de hacer un frío tremendo. Traedme una capa de piel —ordenó, volviéndose a sus mujeres—. Id a prepararos; yo os esperaré en el patio.

Leni y sus hijas salieron con la cabeza gacha, obedientes, pero no convencidas de que aquella excursión fuera lo más conveniente en aquel momento. Blanca tomó la mano de su madre y quiso tranquilizarla.

—No temáis, la abuela ha dicho que no volverá a caer la sangre y deberíais creerla. Es vieja y sabia. Ha tenido mucho tiempo para aprender y seguro que sabe lo que va a ocurrir en el futuro. Tal vez —quiso deducir de sus propias palabras— los

ancianos conozcan muchas más cosas que nosotros... ¿Recordáis a la bruja de las montañas a la que a veces visitamos? Es igual de vieja y sabe tantas cosas... Puede que no caiga más sangre, si la abuela lo dice —concluyó, completamente tranquila. Su madre la miró con una cierta envidia, mientras se dejaba abrigar y, seguida de las niñas, salió al patio para montar su caballo.

Mercadier y alguno de sus hombres, junto con varios caballeros castellanos, rodearon a las mujeres y salieron de los muros del monasterio. Dejando a los caballos que tomaran un paso cómodo, marcharon por un sendero, subiendo a un monte desde el que se divisaba el valle. Leonor tendió su cegata mirada con absoluta limpidez, como si realmente pudiera analizar cada detalle del paisaje que la rodeaba. De repente, oyó a Brianda junto a su oído. Le aconsejaba visitar el paraje donde le habían anunciado que llovería sangre. En voz alta, con una cierta travesura, propuso:

—¿Qué tal si fuéramos a ver el lugar donde decís que llueve sangre? No me gustaría irme de aquí sin estudiarlo de cerca. Creo que la naturaleza nos habla y que nuestro deber es escuchar.

—Señora —casi murmuró su hija para evitar ser oída por los señores que las rodeaban—. Es casi mediodía. Si el fenómeno se produce, no tardará en hacerlo.

—No temas, muchacha —trivializó, sonriendo con un cierto desenfado casi juvenil y un tanto juguetón—. Vamos hasta los árboles que me has dicho y puedes estar segura de que el cielo, a pesar de esas pequeñas nubes, no se atreverá a fastidiarnos con la lluvia sucia. No te permitas temer —aconsejó luego, bajando el tono— o el miedo te impedirá actuar y nadie te respetará. Muestra siempre seguridad. Los demás piensan que tú sabes y puedes más que ellos, por eso eres su reina y por eso te obedecen. Alza la cabeza y sonríe, aunque estés derritiéndote por dentro. Pareces haber olvidado mis enseñanzas y eso no me gusta. Pon a trabajar tu imaginación, tal vez así podamos entender esta rareza, si es que trata de mostrarnos una realidad superior. Aunque, como ya te dije, probablemente sea un fenómeno natural que tenga una prosaica explicación, la cual simplemente desconocemos. Y ahora —continuó ya en voz alta—, mostradme esos dos árboles que, para que no nos molesten, igual habríamos de cortarlos —bromeó, mirando a sus acompañantes con absoluta tranquilidad—. Vamos a verlos y más les vale no fastidiarnos con tonterías, porque necesitamos a alguien o a algo a quien echar la culpa y si se portan mal, esta noche nos calentaremos con sus ramas.

La comitiva, encabezada por algunos señores castellanos, se dirigió hacia un prado tendido al sur, donde destacaban dos viejos robles de anchísimos troncos. Aún conservaban hojas secas en sus brazos. Los guías se detuvieron fuera de la cerca de piedra que delimitaba el terreno.

—¿Es que no hay una portillera? —preguntó Leonor, alzando la voz.

—Parece que sí, señora —contestó Blédhri, haciendo avanzar su montura hasta estar a su lado—, pero dada la hora, quizá sería más conveniente que nos retiráramos.

La reina se volvió un tanto, para susurrar, mordiendo las palabras.

—¿Acaso te has hecho viejo de repente? ¿Desde cuándo renuncias a experimentar algo diferente e inexplicable?

—No es eso, señora, de hecho, pienso quedarme cuando todos os hayáis ido, pero tengo la experiencia de que tras algunos acontecimientos enigmáticos se mueven fuerzas que persiguen objetivos que van mucho más allá de nuestros cicateros intereses. Por tanto, creo que las conveniencias aconsejan que...

—Conducidme hasta el portillo —ordenó, ignorando los consejos de su amigo— y vosotros quedaos aquí —dijo mirando alrededor—. Entraré sola.

—Señora —llamó tímidamente la pequeña Blanca—, ¿puedo acompañaros?

Los ojos de Leonor se adelantaron a las palabras de su hija que había abierto la boca dispuesta a negar. Leni calló, bajando la mirada y la abuela sonrió a la nieta, compartiendo un mismo sentimiento. Ambas deseaban saber y desafiar. Y su actitud, marchando erguidas en sus monturas hacia la entrada y luego hasta el punto medio entre los dos árboles, dejó sin habla a los presentes que, aunque estuvieron a punto de comentarios o protestas, callaron mudos de asombro, ante un reto que no entendían y que los amedrentaba.

Abuela y nieta se movieron alrededor de los dos gigantes, que las empequeñecían, taloneando sus monturas, las cuales parecían reacias a obedecer. Enseguida, unas gotas de lluvia comenzaron a caer y la reina miró a la niña temiendo que se asustara y saliera de allí, dejando su imagen tocada ante los ojos que la contemplaban, pero la pequeña extendió su mano, ofreciéndola a las gotas que enseguida mojaron su palma.

—¡Es agua, abuela! —Casi gritó, olvidando el tratamiento al que estaba obligada por el protocolo.

—Sí, mi niña —respondió Leonor, sonriéndole con dulzura—. Es agua porque probablemente nunca ha sido otra cosa aunque lo haya parecido. Pero tú debes pensar y, si puedes, llegar a creértelo, que tú lo has propiciado con tu voluntad y deseo de saber. Nunca temas nada. Procura limitarte a actuar según te dicte tu conciencia, sin que nada ni nadie te limite. Y ahora vamos a reunirnos con los demás o acabaremos empapadas y con un buen catarro, y eso haría que nuestra imagen perdiera mucho a los ojos de los que nos contemplan. Sonríe siempre y endereza la espalda. Hoy has aprendido tu primera lección de reina.

Antes de entrar en el refectorio para el gran banquete organizado por la reina de Castilla, al que también acudiría el rey Alfonso junto con su hijo Fernando, Leonor envió a buscar a Leni. Cuando se presentó ante ella, le indicó un sillón, sentándose a su vez.

—Te he mandado llamar porque deseo que nos pongamos de acuerdo en las decisiones a tomar.

—¿Decisiones? —se despistó la reina—. Creí que ya las habíamos tomado. Habíamos determinado que mi hija Urraca se fuera con vos para casarse con Luis de Francia.

—Básicamente ese es el asunto: la boda con Luis. Pero como no deseo que haya

ninguna clase de renuencia al respecto, quiero utilizar la escena de hace unos momentos, junto a los robles, como una decisión divina.

—Madre... —Se alteró un tanto la mujer, olvidando el tratamiento debido.

—Leni, las cosas no ocurren porque sí. Tienen siempre una causa. La diferencia entre los señores y los villanos es que nosotros sabemos utilizar los acontecimientos a nuestra conveniencia y ellos no. Por eso nosotros dirigimos y ellos sirven.

—Pero en este caso están también involucrados los barones y a ellos no será fácil convencerlos y mucho menos engañarlos.

—Todos tenemos un punto flaco, querida, y es nuestro pavor al más allá. Los clérigos se aprovechan de él para imponer su voluntad incluso a los reyes. En este caso debemos utilizarlo para borrar la mala impresión que la lluvia de sangre produjo en tus gentes. Algunos de ellos vieron el milagro de hace unos momentos. Tendremos unos testigos entusiastas.

—¿Qué milagro? —se interesó inmediatamente Leni, redondeando los ojos.

—El que acaba de darse bajo los robles.

—Pero eso sólo fue lluvia...

—Eso es lo que tú quisiste ver y, seguramente, sin nuestra debida orientación, vieron los señores que te acompañaban. Pero ¿acaso no eran esos mismos los que hace poco aseguraban que la lluvia de sangre indicaba que Urraca no debería casarse con Luis? ¿No manejaban entonces la idea del milagro? Pues bien, vamos a darles otro para que olviden el anterior y además se encuentren satisfechos, porque han obedecido al Señor, que ha de juzgarlos en un futuro más próximo del que todos desearían.

—¿Y a Alfonso? ¿Hemos de mentirle también? —Se dolió, por adelantado Leni, comprendiendo en toda su extensión el plan de su madre.

—Eso depende exclusivamente de ti. Yo no conozco a tu esposo. Pero sí que he tratado muy en profundidad a otros hombres y puedo decirte que a veces es preferible que ignoren nuestras motivaciones o puntos flacos. El misterio hace que nos respeten e incluso que nos amen mucho más. Y ahora, ve a ponerte hermosa. Yo, con las debidas diferencias, voy a intentar lo mismo. También resulta más sencillo convencer a los hombres desde la belleza. Y no te asombres de mis palabras; límitate a asentir porque, recuerda, todos, incluso los que no lo han visto y ni siquiera lo saben, han de sentirlo y aceptarlo.

Cuando Leonor llegó ante las puertas de refectorio, el rey Alfonso de Castilla la esperaba rodeado de su corte. Al verla aparecer, se adelantó y, junto con su hijo, dobló la rodilla ante ella, seguido de todos sus acompañantes.

—Señora —dijo, sin levantar los ojos—, bienvenida a nuestras tierras. Vuestra fama os ha precedido y, en nuestro caso, también el amor que vuestra hija os profesa y que ya hemos hecho nuestro.

—Alzaos, señor. Veo que vuestra gentileza va pareja de vuestra gloria. Conozco los detalles de vuestra victoriosa campaña en Navarra. —Se detuvo un momento la

reina, como para tomar aire y para hacer que sus palabras quedaran remarcadas e hicieran olvidar las huidas del rey ante Abu Yusuf y sus peticiones reiteradas de tregua, que sólo había logrado cuando el leonés se convirtió en su yerno—. También nos —continuó luego, tomando las manos de Alfonso— hemos llegado a amaros a través del amor que Leonor os dedica y que, según sus palabras, es correspondido. En este mismo momento quiero agradeceréoslo, pues, como vos conocéis muy bien ya que sois padre, uno de los mayores deseos de cualquier progenitor es poder llegar a ver felices a sus retoños.

A la reina le pareció ver en el jovencísimo príncipe Fernando a su hijo Ricardo, tal era su apostura y continente, y le dedicó al muchacho palabras de cariño, que enmascararon su dolor al recordar su reciente pérdida. Dedicó luego su atención a los señores que le fueron presentados, para los que tuvo, en su breve plática, un detalle particular sobre su vida o hazañas que los encantó, y que ella se había molestado en documentar en el curso de la mañana. Cuando terminó sus saludos, casi ninguno recordaba sus renuencias de días anteriores, embelesados por la gran dama que «a pesar de sus muchos años, parece joven». Ninguno, excepto los que como Blédhri la conocían muy bien, supo ver el dolor que le martirizaba la espalda y que sólo era visible en un pliegue de su frente, la cual mostraba su esfuerzo de voluntad por mantenerse erguida y sonriente. Cuando dieron por terminados los saludos, Alfonso ofreció su brazo a Leonor, quien lo tomó, ligera y graciosa, y, seguidos de Leni, la cual se apoyaba en Elías de Malemort, sus hijos y el resto de la corte penetraron en el refectorio. Allí, los platos se sucedieron sin que la reina fuera consciente de lo que portaban. Su interés estaba concentrado en relatar con unción y convencimiento el milagro del que hacía poco habían sido protagonistas. El rey la escuchó en silencio, y Leni, que fingía comer, mientras hacía lo mismo que su madre, convenciendo al señor que tenía a su derecha, evitaba que sus ojos se encontraran con los de su esposo. Pronto se extendió por la mesa el asunto y los caballeros que habían estado presentes en el momento de la lluvia a su vez narraban con muchos más detalles el instante en que la reina y su nieta, debajo de los dos robles y rodeadas de un halo de luz, que todos habían percibido sin ninguna duda, fueron bendecidas por las gotas de lluvia de agua completamente limpia, borrando así el maleficio de los días previos. Enseguida surgió por sí misma la conclusión. Todos la aceptaron con cabezazos de asentimiento. Estaba claro que el cielo no deseaba que Urraca fuera reina de Francia. Como había sido pensado en un principio, debería ser entregada al rey de Portugal, y en cuanto a Blanca, en quien nadie había reparado hasta ese momento por ser la más pequeña de las hermanas, no había ninguna duda, ella debería ser la elegida para reinar sobre los francos.

Por la noche, Leonor no llamó a su hija a su lado. Sabía que era preferible que estuviera dispuesta para su esposo. Quizá el monarca tuviera alguna duda y a Leni correspondía quitársela. En cambio, sí que ordenó a Blédhri que la acompañara. El éxito de su misión le había dado ánimos para encarar uno de los momentos más

difíciles de su vida. Quería aprovechar el momento de euforia para recordarlo.

CAPÍTULO 16

Aquel otoño de mil ciento noventa y dos, Leonor se empleaba a fondo en preparar la Navidad. Quería hacer una gran fiesta para recibir a su hijo.

—Supimos que el rey se había hecho a la mar el día nueve de octubre, pero que debido al mal tiempo había tenido que detenerse en Corfú —apuntó Blédhri, cuando tomaron asiento—. Y, asimismo, nos enteramos de que Juana y Berenguela habían llegado a Roma en noviembre.

—Alguno de los cruzados que regresaban nos contó que se habían visto las naves de mi hijo buscando puerto donde recalar cerca de Brindisi y luego, nada... Ordené preces en todas las iglesias y catedrales, y hasta los campesinos, cuando pasaban cerca del mar, se ponían de pie en sus carros, tratando de ver las velas de las naves en el horizonte. Pronto dejé los preparativos porque Juan no me daba cuartel. Es un absoluto irresponsable, pero cuando se fija una meta, es tenaz y posee una gran voluntad que no se detiene ante nada. Andaba ya empeñado en divorciarse de su mujer para unirse a Adelaida de Francia, contentando así al franco. Además, sobornando a sus castellanos, se había hecho con los castillos de Wallingford y Windsor.

—Fue poco después de Navidad cuando el arzobispo de Rouen logró una copia de la carta que el emperador de Alemania había dirigido a Felipe de Francia.

—Desde luego los informadores del arzobispo se habían empleado a fondo porque no es nada sencillo conseguir un documento tan importante de los aposentos de un rey, por grandes que estos sean. Pero lo lograron; penetraron en las estancias en la noche, sobornando a un alto precio a sus guardias. Sabían ya dónde se escondía la carta, la tomaron y, sin un ruido, la copiaron íntegramente. Luego, tornaron a dejarla en su lugar y salieron sin que el monarca se enterara de su visita. Hemos de decir que, aquella noche, Felipe y los caballeros que lo acompañaban habían ingerido, sin

saberlo, una pócima que los hizo dormir profundamente hasta el amanecer siguiente. Si acaso hubiéramos tenido dudas respecto a sus intenciones, leyendo aquellas letras estuvimos seguros de que el franco buscaba nuestra perdición.

—Creo recordar que el emperador le decía claramente que Ricardo era enemigo de ambos.

—Todo —admitió la reina, asintiendo—, incluso la organización de Cruzada, había tenido por objeto separar a Ricardo de su reino para acabar con él y poner en su lugar al títere de Juan, quien prometía y prometía todo lo que el francés quería, con tal de ver desaparecer a su hermano. Entonces no sabía Felipe que la palabra de Juan no tiene ninguna validez. No le importa, ni nunca le importó si veía que el asunto servía a sus planes, jurar o prometer lo que no pensaba cumplir.

—Cuando llegó Anselmo, el capellán de Ricardo, al que habían puesto en libertad inmediatamente y que se apresuró para informaros, supimos los detalles de su captura.

—Su galera, la *Franche-Nef* había sido sacudida por la tempestad durante varias semanas hasta quedar frente a Marsella. Los caballeros que lo acompañaban, algunos templarios, Balduino de Béthune y Guillermo de l'Étang, además de su secretario Felipe y el propio Anselmo, su capellán, aconsejaban desembarcar, pero Ricardo sabía que habían de atravesar tierras del traidor Raimundo de Tolosa y decidió regresar a Corfú. Su nave fue tan castigada por los elementos que hubieron de comprar a unos piratas para que los llevaran a Italia. Los vientos los dejaron frente a las costas de Venecia.

—Supieron entonces que el lugar pertenecía a un vasallo de Leopoldo de Austria, quien había tenido un duro enfrentamiento con vuestro hijo, el cual llegó a arrojar su pendón a un foso, por lo que ante todos los presentes el duque había jurado vengarse.

—Las cóleras de Ricardo eran tremendamente violentas y Leopoldo, con una arrogancia fuera de lugar, llegó a impacientarlo de tal forma que, tomando su enseña, la tiró lejos de sí, por no abofetear al propio duque.

—A merced del conde Mainard de Görtz, el vasallo del duque, vuestro hijo urdió un plan, que no le salió bien por su excesiva generosidad.

—Envió a Balduino, con dos templarios, a pedir un salvoconducto para ellos y para otros compañeros, unos mercaderes que los acompañaban, debían decir. En pago, y para propiciar al conde, les dio un valiosísimo anillo de oro con un bello rubí para que se lo entregaran. Nunca he conseguido explicarme qué intuición tuvo Mainard al tomar entre sus dedos el obsequio. Al decir de los enviados, le dio vueltas y más vueltas durante un largo rato y luego, con absoluta seguridad, les dijo que sabía quién los enviaba y que había decidido no negar el paso por sus tierras a ningún cruzado, así que les devolvía el anillo, dándoles libertad de paso.

—Compraron entonces caballos y, desconfiando de la generosidad de Mainard, partieron inmediatamente hacia Corintia, aunque ya los emisarios del conde se les habían adelantado, advirtiéndolo a Federico de Betesov, señor de las tierras por donde

habían de pasar, que los detuviera. Tres días después, en Freisach, se albergaron en una casa campesina. Vuestro hijo, disfrazado de escudero, trataba de pasar desapercibido. Al poco llamaron a la puerta y el rey fingió ocuparse en avivar el fuego.

—Era inútil su intención, pues destacaba de todos sus acompañantes por su estatura y sus movimientos elegantes, además de por aquellos cabellos que eran conocidos y comentados en toda la cristiandad. No obstante, el asombro de los presentes no tuvo límites cuando penetró en la estancia un caballero, quien dejó fuera a su escolta y fue a postrarse ante el rey. Se trataba de Roger d'Argenton, un normando que vivía en el lugar desde hacía muchos años y que estaba casado con una sobrina del conde. Cuando recibió la orden de apresar a Ricardo, supo que no podría ir en contra de sus raíces y le suplicaba que huyera inmediatamente, para lo cual le ofrecía alguno de sus más veloces caballos. Mi hijo, acompañado solamente de Guillermo de l'Étang y un secretario que hablaba alemán, se puso en marcha y cabalgó durante tres días. Sus otros acompañantes fueron detenidos, verificando así la versión de Roger, quien había declarado que el rey no se encontraba con los hombres que estaban en el hogar de los campesinos.

—Y ahí se dio la fatal coincidencia de que, al llegar a Ginana, donde sin remedio hubieron de hacer alto por el cansancio y las fiebres que aquejaban al rey, se encontrara en el lugar el mismísimo Leopoldo de Austria.

—No fue sólo esa coincidencia. Se dieron una serie de dislates que, por mucho que los estudiáramos, veríamos que no tienen ninguna explicación, a no ser que...

—Pensáis en la Santa Espina, ¿verdad? —preguntó Blédhri, casi en un susurro.

—Sabes, amigo, que aunque constantemente estoy buscando no soy muy dada a creer mucho más allá de lo que veo y palpo, pero a veces no queda otro remedio y lo inexplicable aparece para hacer tambalear los sistemas creados y nuestras más arraigadas convicciones. —Se calló, mirando con detenimiento sus manos, como si viera en ellas algo lejano y extraño. Susurró apenas unas palabras de San Jerónimo que siempre le habían cuestionado por su profundidad—. «Encontrarás muchas cosas increíbles y más allá de los límites de lo probable, y que no obstante son ciertas». —Tornó a callarse y luego, constatando unos hechos, continuó—: En cuanto mi hijo dejó en manos de su hermana la reliquia, su suerte cambió, y no sólo eso, sino que los acontecimientos se concatenaron para propiciar su secuestro. —La reina reflexionó en silencio durante unos momentos, para luego, mirando a Blédhri con un cierto asombro, concluir—: Los hechos que se sucedieron parecían estar pensados expresamente para derribarlo.

—Por supuesto que las peripecias parecían un tanto infantiles y desde luego inexplicables en unos hombres duchos en solventar todo tipo de situaciones. El error de enviar al mercado al muchacho que hablaba alemán con una moneda de oro parece de principiantes.

—Pues ya ves. Mi hijo, si se hubiera parado a pensar, cosa que me temo no estaba

en condiciones de hacer, por las fiebres que sufría, habría de saber que los campesinos de un mercado no ven en toda su vida una moneda de oro, y luego, cuando al fin el chico consigue quitarse de encima a los mercaderes con disculpas y mentiras, vuelven a enviarle a comprar. Pero ahora no es la moneda la que llama la atención, son los guantes que el mostrenco del crío se pone. No sé si por el frío reinante o por presunción estúpida, toma los guantes de Ricardo, con dos leopardos bordados en oro, y se los pone para regresar a la plaza. Inmediatamente las gentes lo rodearon y los guardias del duque lo detuvieron y, bajo amenazas y golpes, hubo de conducirlos, seguidos del enardecido populacho, el cual aventaba alguna desgracia o ejecución que podía sacarles de su tediosa rutina, al refugio donde se encontraba mi hijo, quien, al ver que no era posible la huida, se levantó del lecho y, olvidándose de la fiebre y el malestar, desafió a toda aquella patulea con su dignidad característica, retándolos a tocarlo si se atrevían. «Yo soy el rey de Inglaterra, les dijo, y sólo a vuestro señor rendiré mi espada^[5]». Y hasta allí hubo de desplazarse Leopoldo para hacerlo prisionero. Eso ocurrió poco antes de Navidad. En cuanto lo supe, me apresuré a enviar mensajeros a Roma, a mi hija Juana, a la que ordené permanecer en Italia hasta que el asunto de su hermano estuviera resuelto. No deseaba que alguien fuera a hacerse también con las dos mujeres, enmarañando aún más la situación; además, dos reinas no caben en un trono. No quería a Berenguela a mi lado para entorpecer mis actos y decisiones —añadió con un cierto enfado, como si conociera lo suficiente a su nuera para saber que no estaría a la altura de las difíciles circunstancias que se avecinaban.

—Enviasteis también a Alemania a los abades de Boxley y de Pontrobert, para informarse de la situación; y el obispo de Bath se dirigió a entrevistarse con el emperador Enrique de Hohenstaufen.

—Sí, y también mandé al obispo de Salisbury, Huberto Gautier, que en ese preciso momento viajaba hacia Inglaterra, que se desviara hacia el Sacro Imperio. Del mismo modo, Guillermo Longchamp, quien seguía en el exilio por miedo a los abusos de Juan, se encaminó también hacia Alemania.

—Toda la cristiandad se conmovió con la noticia y a este momento era al que yo me refería cuando dudaba de la acomodaticia potestad de la Iglesia —quiso explicar Blédhri—. Poco o nada hizo porque recuperarais a vuestro hijo. Sus intereses estaban por encima de lo conveniente. Ellos eran garantes de los bienes y la persona de un cruzado, pero en este caso al papa no le interesaba indisponerse con el emperador, ni con Felipe de Francia, y dio largas al asunto o intentó disimular excomulgando a Leopoldo y amenazando al franco con el entredicho... Pasatiempos —despreció Blédhri, plegando los labios desdeñosamente— para no realizar nada efectivo que pudiera irritar a Enrique.

—Mi hijo fue trasladado —siguió la reina, sin detenerse en las consideraciones del anciano— de una prisión a otra, hasta ser entregado al emperador, quien lo retuvo en Spira. Las conversaciones mantenidas con Felipe de Francia se mostraban ahora

en toda su magnitud. Enrique acusaba a Ricardo de no sé qué historias...

—Sí, aseguraba que había defendido los derechos de Tancredo, en Sicilia, en contra de su mujer Constanza, y también afirmaba que estaba incitando las rebeliones de vuestro yerno, Enrique de Sajonia.

—Eso es; esas majaderías y algunas otras que no recuerdo utilizaba para justificar su despropósito, pero a mí no me engañó. Detrás de todo eso estaba Felipe, buscando la desaparición de Ricardo. Y ya ves que, enseguida que estuvo seguro de que el rey se encontraba en manos del emperador, se presentó de nuevo ante Gisors, y esta vez, el cobarde de Vascoeuil, convencido de que mi hijo estaba acabado, se la entregó. Lo que no ocurrió con Roberto de Leicester, a quien yo había devuelto hacía poco sus posesiones y que me estaba agradecido. Cuando el franco se llegó ante Rouen, exigiendo su entrega y también la de su hermana, a quien allí se custodiaba, mi senescal se negó, asegurándole educadamente que si deseaba ver a Adelaida le consentiría la entrada sin hombres ni armas. Desde luego Felipe no lo aceptó, porque su hermana no le interesaba más que como baza política; además, cabía la posibilidad de que Roberto le dejara entrar pero no salir, para canjearlo por Ricardo. Así que, rumiando su fiasco, volvió grupas y se alejó de Rouen.

—No fueron precisamente días tranquilos. Hubisteis de frenar a Felipe y a Juan, al propio tiempo que buscabais la liberación de Ricardo.

—Puse en estado de defensa la costa de Inglaterra, pues Juan intentaba conseguir para su causa al rey de Escocia y al propio Roberto de Leicester. Ambos se mantuvieron fieles y le negaron su ayuda, pero eso me obligó a redactar cartas, una tras otra, tanto a los señores como al papa de Roma, al que llegué a amenazar. Apenas recuerdo con qué palabras, puesto que era Pedro de Blois el encargado de escribir las misivas.

—Así mismo, el encabezamiento de las cartas era no sólo dramático, también desafiante, decíais: «Leonor, reina de Inglaterra, por la cólera de Dios^[6]». Aunque, hemos de reconocer que gracias a su amenaza de entredicho el papa consiguió que en las iglesias de Inglaterra se recaudaran impuestos para reunir el rescate del rey. Los pagos eran onerosos, pero no era la primera vez que se hacían y todos sabían que estaban obligados a recuperar a su señor. Los monasterios del Císter cedieron la lana de sus ovejas durante un año; las iglesias habían de entregar sus tesoros; los hombres libres un cuarto de sus ganancias...

—Con ser muy problemático el asunto, para mí fue una tranquilidad saber, por medio de Guillermo Longchamp, quien había visitado al emperador, consiguiendo de este la promesa de que, reunida la cantidad, por otra parte exorbitante, de ciento cincuenta mil marcos de plata, los cuales habríamos de pagar en dos veces, podría recuperar a mi hijo. Así que me puse a ello con todas mis fuerzas.

—Nombrasteis apoderados que os ayudaran a reunir la suma. Designasteis a Huberto Gautier, quien acaba de ser nombrado arzobispo de Canterbury; a Ricardo, obispo de Londres; a Guillermo, conde de Arundel; a Amelin, conde de Warenne y,

vuestra elección magistral, al recién instaurado alcalde de Londres, un simple burgués, quien había sido elegido cuando, dos años antes, Juan había depuesto a Guillermo Longchamp. Supisteis entender muy bien que la burguesía de las ciudades estaba adquiriendo protagonismo y que no sólo habríais de aceptarlo sino servirlo de ello.

—He de decir que no me defraudó en absoluto. A pesar de no ser ni descender de señores, se comportó como tal. A partir de ese momento, los tesoros se fueron amontonando en la cripta de la catedral de San Pablo. En poco menos de cuatro meses, ya estaban los enviados del emperador verificando la cantidad y calidad de la plata reunida para el rescate.

—Entonces, vuestro hijo, olvidando él también vuestros setenta y dos años, insiste en que seáis vos la encargada de llevar, en persona, el tesoro al emperador.

—Probablemente no se fiaba de que la codicia no llegara a cegar a cualquier responsable que se eligiera; además del peligro de los múltiples barcos piratas que rondaban a los viajeros que se hacían a la mar. Tampoco podíamos olvidar al traidor Felipe de Francia, cuyas tierras deberíamos costear y que, dado el grado de fricción al que se había llegado, no era descabellado pensar que intentara hacerse con el tesoro. Montamos pues la flota y, de nuevo en invierno, concretamente en diciembre, nos hicimos a la mar, con una imponente escolta de señores, que elegí para dejar asombrado a Enrique cuando llegáramos a su corte.

—En las fiestas de la Epifanía estábamos ya en Colonia, pero no os permitieron ver a vuestro hijo, cuya libertad estaba fijada para el día diecisiete de enero de mil ciento noventa y cuatro. Todo eran disculpas. Entonces supimos que Felipe y Juan querían ofrecer un rescate mucho mayor del que nosotros habíamos aportado y, para hacer tiempo, el franco convenció a Enrique de que las llamativas capacidades y el encanto de vuestro hijo, quien a pesar de estar encarcelado contra su voluntad había conseguido hacerse con la estima de todos los señores que le habían tratado, se debían a la Santa Espina, la cual obraba en poder de su familia, protegiéndolo, a pesar de los intentos de todos sus enemigos de hacerlo desaparecer. Para acabar con él, sólo tendría que exigirla como parte del rescate.

—Nos enteramos de toda esa historia por nuestros hábiles espías en la corte del emperador y, sin esperar a que la pidiera, envié al fiel Balduino de Béthune a buscarla a Roma.

—Su viaje debió de ser agotador. Pues no se detenían más que lo imprescindible para dormir algunas horas, pues hasta las comidas las hacían sin bajar del caballo. Cambiaban de animales cada pocas millas para así sacarles el máximo provecho. Cuando Enrique, el emperador, aseguró que sólo os entregaría a Ricardo si la Santa Espina formaba parte del rescate, fiado de que ibais a necesitar mucho tiempo para hacerlos con ella, debió de quedar sorprendido al ser aceptada inmediatamente su petición, a pesar de que Balduino aún no estaba de vuelta, pero sabíamos por sus enviados que ya la había recuperado y que estaba en camino.

—Yo confiaba absolutamente en él, pues casi se había arruinado por contribuir al pago del rescate con mucho más de lo que debía entregar por obligación. Amaba a mi hijo y yo sabía que haría lo imposible por llegar a tiempo. Así que la asamblea, fijada para el día dos de febrero, se convocó, sin que mi mensajero hubiera estado de vuelta. Sí que recé entonces y ofrecí donaciones y votos si conseguía llegar antes del día elegido, que de ninguna manera quería posponer. No deseaba dar tiempo a Juan y a Felipe para hacerse con los posibles que habían prometido para llevarse a mi hijo.

—Vos rezabais como nunca os he visto hacerlo y yo ponía en marcha toda suerte de sortilegios y hechicerías para proteger a Balduino y dar velocidad a las patas de sus caballos. Cuando llegó la noche anterior al día elegido, ambos llegamos a pensar que ni vuestros rezos ni mis encantamientos servían para nada. Acababais de elegir vuestros vestidos para el día siguiente y, después de que todo estuvo previsto, a falta de la Santa Espina, en vuestros aposentos formamos un gran corro con algunos señores y vuestras mujeres. Cogidos de la mano imploramos cada uno a su manera y a sus santos, ángeles o dioses, la vuelta a tiempo de Balduino. Cuando las velas se consumieron, cerca de medianoche, vuestro enviado penetraba en el salón, agotado, sucio y demacrado, pero feliz, con su misión cumplida.

—Por fin, el día de la Candelaria, pude abrazar a mi hijo.

—Sí, la Iglesia había santificado el tiempo de la llegada de la luz que mis antepasados celebraban desde hacía siglos.

—En Maguncia nos lo entregaron —siguió Leonor, sin haber oído casi las palabras de Blédhri, pues ahora evocaba el esplendor de los salones cedidos por el arzobispo de la ciudad, Conrado de Wittelsbach, y su propia alegría, que debió controlar por no perder su continente y majestad—. Pero aún hubimos de pagar un alto precio.

—Al que vuestro hijo se negaba —apuntó Blédhri, evocando él también aquellos tensos momentos.

—Me costó hacerle entender que las palabras, e incluso algunos hechos, tienen, según las circunstancias, poco valor. El emperador, llevado de su megalomanía, pretendía gobernar el Occidente. No fue capaz de ver que nuestra familia, poco a poco, iba instalándose por todas partes, y mucho menos aceptar, como le vaticinaban algunos de sus hechiceros, que incluso su trono llegaría a estar en nuestras manos. Pidió a Ricardo que le rindiera homenaje.

—Recuerdo que hubimos de retirarnos del salón para que pudierais convencer a vuestro hijo.

—Platiqué con él durante un largo rato que me alteró los nervios, pues sabía que estábamos a capricho de Enrique y no deseaba, por nada del mundo, encolerizarlo. Mi intención era salir cuanto antes de sus tierras, para hacer luego lo que nos viniera en gana. Conseguí que se plegara a sus exigencias y tornamos a entrar en el aposento.

—Ricardo entregó su gorra al emperador y él la aceptó en signo de vasallaje, pero antes de devolvérsela, exigió el pago de un tributo de cinco mil libras al año. Todos

pudimos sentir el bufido airado de Ricardo, quien volvió los ojos hacia vos, que le sonreísteis confiada y que hicisteis un pequeño gesto de asentimiento, el cual no pasó desapercibido para Enrique, quien ya estaba más que informado, por Felipe de Francia, de vuestro poder en el reino.

—El hecho fue que, dos días después, abandonamos Maguncia y, para despecho del emperador, con el respeto y acatamiento de todos los señores y clérigos que habían tratado a mi hijo o de alguna manera intervenido cerca de él, en cualquiera de los asuntos que se desarrollaron.

—Él sabía que el rey inglés era el mayor escollo que iba a encontrar en su camino hacia el dominio de todo Occidente. En el tiempo que estuvo junto a él, le dio señales inequívocas de su capacidad y elocuencia. Consiguió que su cuñado, Enrique de Sajonia, siempre enfrentado al emperador, abandonara sus querellas, y además disolvió una coalición que una serie de señores y prelados, hartos de los delirios de Enrique, habían formado en su contra. Y, en tanto manejaba los hilos de la política, componía versos y canciones, que hacían las delicias de las damas, las cuales lo adoraban, y llegaban a enternecer a los señores, quienes habían ya abrazado su causa y que sin duda se habrían enfrentado al emperador si no hubiera consentido su partida. Sus barones fueron los que inmediatamente aceptaron, e hicieron aceptar a su señor, la boda de un hijo de Enrique de Sajonia, vuestro nieto, con una prima del emperador, y el enlace de Leonor, la hija de Godofredo, otra de vuestras nietas, con un descendiente del propio duque de Austria.

—Mi hijo tenía grandes cualidades —afirmó con voz soñadora la reina—, pero la fatalidad lo esperaba, para truncar sus aspiraciones y las mías.

—Desembarcamos en Sandwich a mediados de marzo. La alegría desbordaba a las gentes, que hasta vieron signos especiales en el cielo.

—Nos dirigimos inmediatamente a Canterbury, a rezar ante la tumba de Thomas. Bueno... —quiso aclarar la reina— Ricardo lo hizo, yo preferí descansar esa mañana. Luego, cuando llegamos a Londres, la ciudad entera nos recibió, con su alcalde a la cabeza. Nos dirigimos a Westminster, donde se celebró un espectacular acto religioso. Y mientras rezábamos hacíamos planes.

—Juan, al conocer la vuelta de su hermano, dio orden a sus castellanos de que resistieran.

—No le sirvió de nada. De nuevo la Iglesia anatematizó a cualquiera que se enfrentara a Ricardo. Todos los senescales se apresuraron a ceder ante mi hijo.

—Hubo alguno que incluso murió de miedo —apuntó Blédhri con una media sonrisa.

—Eso nos contaron de Hugo de Pommeraye, castellano de Mont Saint-Michel. De todas formas ya sabes que la gente, cuando quiere propiciar a alguien, puesta a imaginar... Probablemente al hombre se le habían cumplido sus días y... Bueno, en fin, que en apenas un par de semanas desaparecieron las conspiraciones. Llegaba el momento de hacer justicia.

—Pero antes, vos os dedicabais a preparar otra gran coronación que hiciera desaparecer las intenciones de preeminencia de Enrique, el emperador.

—Quise que fuera aun más solemne que la anterior. Para ello no reparé en gastos y desde luego conseguí un brillo que dejó descolocados a señores y clérigos, incluidos algunos de los recién conocidos en Alemania, a los que con toda intención invité al acto.

—Se criticó, por buscar algún punto flaco, que no hubiera mujeres presentes, cosa que nos llamó la atención, pues a nadie interesaba semejante asunto.

—Esa mandanga ya se dijo en la primera coronación, pero tú mejor que nadie sabes que no fue cierto, puesto que estabas entre mis gentes y junto a mí. En ese momento, por expreso deseo de mi hijo, yo tomé el lugar de la reina ausente, frente a él en el coro. Y, efectivamente, ninguna otra mujer ocupaba un puesto en el altar, pero eso era lo habitual, ya que eran hombres, concretamente los más altos representantes de la nobleza y el clero, los encargados de realizar los ritos en toda la ceremonia. Esa fue una estupidez que ninguna dama se planteó ni se planteará nunca. Los varones son los que siempre dan la cara, a nosotras nos basta con mandar tras los velos...

—Después de la gran ceremonia nos embarcamos para Barfleur, donde las muestras de fidelidad se repitieron.

—Sí, todo el mundo quería ahora dejar bien claro a qué bando pertenecía. Nos dirigimos hacia Lisieux y allí apareció Juan, tembloroso y casi descompuesto.

—Había venido porque vos lo habíais buscado y prometido que sería respetado, si se presentaba voluntariamente.

—Sí. Previamente había conseguido que Ricardo entendiera que él no había sido responsable. Le hice ver que Juan era un pequeño incompetente, que se había convertido en un muñeco en manos de Felipe.

—Efectivamente, esas fueron sus palabras al recibirlo. Incluso recuerdo que alguien llegó con el regalo de un salmón y Ricardo ordenó que se lo prepararan para su hermano.

—Fue un momento de tensión, pero cuando pasó, respiré tranquila. Ahora había que empezar a ajustar cuentas con Felipe. Pero ahí poco o nada podía yo hacer, así que me separé de mis hijos y me dirigí a Fontevraud a descansar.

—No obstante, pedíais noticias constantemente de la situación. Así supimos que Felipe había sitiado Verneuil.

—Mi hijo, que, aunque tenía más que sobrados motivos para atacar al franco, quería una justificación evidente para que nadie pudiera reprochárselo más tarde, ante el claro desafío se puso en marcha y, en unas pocas semanas, se hizo con Évreux, Beaumont-le-Roger, Pont de l'Arche y Elbeuf.

—Y, por último, en Fréteval aplastó definitivamente al francés, quien hubo de pedir una tregua.

—Sí. —Palmoteó la reina, regocijada, recordando entonces jugosos detalles que su hijo le había descrito en una misiva—. Felipe hubo de huir de su campo,

abandonando todas sus posesiones, incluidos archivos y, para su vergüenza, su sello personal, además de sus vajillas de plata, vestidos y estandartes... En fin, todo. La suerte estaba de nuevo junto a mi hijo. No había acabado el año cuando supimos de la muerte de Leopoldo de Austria en un estúpido accidente.

—Desde luego que fue algo casi incompresible. Jugaba con alguno de sus caballeros a asaltar un castillo de nieve construido por sus pajes, cuando, inexplicablemente, su caballo lo desmontó. Sus médicos hubieron de amputarle una pierna, pero no pudieron parar la putrefacción y murió sin que se le hubiera levantado la excomunión, así que no pudo ser sepultado en terreno sagrado. Su hijo hubo de devolver los rehenes que estaban en su poder como garantes de la parte del rescate que aún les adeudábamos. Y quiero recordaros que en esos momentos de gloria la Santa Espina estaba en manos del Emperador —apuntó Blédhri con toda intención.

—Es cierto —asintió la reina—. Pero no parecía que se encontrara muy a gusto entre gentes desconocidas —quiso bromear. Pero luego bajó la frente y admitió, con una cierta pena—: Quizá, después de todo, la realidad sea que nunca dependieron de ella las circunstancias. Aunque siempre me he negado a creer eso, porque pienso que la pérdida completa de creencias espirituales puede sumir a los hombres en la más absoluta desolación.

—Además —apuntó, compresivo Blédhri—, si recapitáis en los hechos, se diría que la reliquia os buscara. De hecho, estuvo en manos de extraños muy poco tiempo, ya que, apenas transcurridos tres años, el emperador murió en Messina y...

—Sí —aceptó la reina—, sus señores se apresuraron a llegarse a Ricardo para ofrecerle la corona, empujados por los buenos recuerdos que había dejado en su forzada estancia en Alemania. Pero mi hijo declinó la oferta.

—Pero en cambio les sugirió a vuestro nieto, Otto de Brunswick, el hijo de Matilde y Enrique de Sajonia, el cual acababa de fallecer.

—Mi hijo amaba a Otto, quien se había educado con nosotros. Ya le había puesto al frente del condado de Poitou y del ducado de Aquitania. El joven no tenía ningún deseo de abandonar sus tierras para ir a gobernar otras, extrañas y frías, pero Ricardo lo convenció, recordándole las responsabilidades familiares, y el muchacho aceptó.

—En Aquisgrán, en julio de mil ciento noventa y ocho, se unió a María, hija del conde de Lorena, y dos días más tarde fue coronado emperador. De ese modo se había conseguido también la alianza con Flandes y Boulogne. Vuestra stirpe comenzaba a dominar el Occidente, porque también Juana, por el bien de la familia, se había desposado con el hijo del conde de Toulouse, cuyo traicionero padre había muerto hacía poco. Todos esperábamos y deseábamos que el nuevo conde no se pareciera a su progenitor y que sus tierras dejaran de ser un foco constante de problemas. Además, de alguna manera, aquellas posesiones que vos habíais deseado siempre pasaban ahora a perteneceros, a través de vuestra hija y vuestros posibles nietos.

—Desde luego, Ricardo había superado con creces sus pocos deseos de hacer

política. Se mostró sagaz e inteligente para ir aislando a Felipe, quien no atravesaba precisamente uno de sus más gloriosos momentos. Veía amenazadas sus fronteras y, además, por las extrañas razones que jamás explicó de su comportamiento con su nueva esposa, Isambour, hija del rey de Dinamarca, a la que repudió al día siguiente de su boda, su reino, en poco tiempo, pasaría a estar en entredicho. Hubo de pedir una nueva tregua. Ambos reyes se entrevistaron cerca de Château-Gaillard, fortaleza que mi hijo acababa de construir y que, según nos dijeron, era inexpugnable. Allí, a la vista de nuestro poder, Felipe firmó la paz por cinco años.

Aún estaba Leonor bebiendo su cuenco de leche cuando su hija pidió audiencia. Preocupada, la reina abandonó su desayuno y recibió a Leni.

—Buenos días, querida —saludó a la mujer con una sonrisa y con movimientos deliberadamente lentos, evitando preguntar de entrada a qué se debía su visita tan temprano. Temía que su elaborado plan del día anterior hubiera fallado—. Has madrugado mucho, pues ya te veo vestida para viajar.

—Siempre lo hago, señora —se inclinó ante ella la reina de Castilla—. Pero, además, esta mañana he querido llegar pronto a preveniros, puesto que ayer el asunto que nos llevábamos entre manos me hizo olvidar los planes que tenía para hoy.

—¡Ah! —suspiró Leonor, descansada—. Era eso...

—Sí, deseo que, si estáis en condiciones de hacerlo, nos desplazemos cuanto antes a mi monasterio, el que ya las gentes llaman de Las Huelgas. Lo he hecho remozar y añadí algunos salones y estancias para convertirlo en un cómodo palacio. Es allí donde quiero que permanezcáis el tiempo que paséis entre nosotros. Por eso he venido a advertiros pronto; sólo en el caso de que hayáis descansado en estos dos días y os apetezca continuar viaje un poco más allá. Si así fuera, hoy llegaríamos a Burgos, donde podemos pasar la noche si lo deseáis y mañana temprano, porque los días son aún muy cortos, entrar en Las Huelgas, que es el lugar más apropiado para vos.

—Me parece muy bien, y desde luego podemos viajar ahora mismo. Pero dime, querida —preguntó Leonor, como de pasada, aunque en aquel momento su mayor deseo era conocer la respuesta a la pregunta que iba a hacer—, ¿tu esposo está de acuerdo con que me lleve a Blanca a Francia?

—¡Oh, sí! —respondió Leni, con una cierta ligereza, como si el asunto fuera completamente obvio—. Está encantado con la solución que le habéis dado al asunto, ya que su primera intención había sido casar a Urraca con el portugués. Pospuso el asunto porque yo se lo pedí cuando me llegaron vuestras misivas anunciando que queríais que mi hija fuera reina de Francia. Así que de este modo todos hemos quedado contentos.

—¡Ah! Pues qué bien —lanzó le reina con un suspiro de alivio, pues durante toda la noche había temido los silencios de su yerno en el transcurso de la comida—. ¡Vamos, muchachas! —urgió a sus mujeres—. Ya habéis oído a la reina, preparad un nuevo viaje para hoy y llamad a Elías y a Mercadier. Y no temas por mí, querida —se

dirigió ahora a su hija, acariciándole la mejilla—; no estoy en absoluto fatigada. Es más, yo diría que acabo de hacer desaparecer unos cuantos de mis muchos años con tus palabras.

Llegaron muy pronto a Burgos y, como Leonor se encontraba descansada y eufórica, propuso continuar hasta el monasterio de Las Huelgas, de forma que aquel ocaso pudieron ver caer el sol desde su claustro rectangular, con doce arcos en su parte más larga, en el que algunas de sus columnas, pese al deseo del cister de evitar adornos, se habían tallado plantas e incluso, en algunas, torres y castillos. En el suelo se había hecho un hermoso trabajo, combinando piedrecitas de colores para formar distintos dibujos, preferentemente geométricos. Leni quería transformar Las Huelgas en un nuevo Fontevraud, pero aún quedaba muchísimo trabajo por delante. Por todas partes se encontraban obreros que, dirigidos por maestros traídos desde Angers por la reina, se afanaban en sus ocupaciones. Ya estaba dispuesto el lugar donde habían de ser instalados los futuros sepulcros, ya que Alfonso deseaba convertirlo en panteón real. Leni había comenzado la obra partiendo de un pequeño pabellón de caza que su esposo visitaba en algunas de sus correrías alrededor del Arlanzón. Las monjas, traídas desde el monasterio de Santa María de la Caridad, en Navarra, estaban ya instaladas y dirigidas por la abadesa Misol, a la que la reina de Castilla quería dar amplios poderes para gobernar las tierras que se les había donado, e incluso señorío jurídico, con su propio fuero, cuyas leyes en el tema civil y criminal dictara la superiora.

—Quiero que este monasterio se convierta en el centro de Castilla —aseguraba Leni, al tiempo que mostraba a su madre las estancias concluidas—. Aquí se arman ya caballeros y deseo que lleguen a coronarse reyes. La iglesia está casi terminada —decía, al tiempo que, a la luz de las velas, le mostraba el avanzado estado de las obras—. Mañana podréis apreciar mejor su estilo, que desde luego es obra de los arquitectos que me traje de nuestras tierras. Pero, perdonadme, señora —se percató de repente Leni de que su entusiasmo estaba arrastrando a su madre a través de todo el monasterio—, os estoy fatigando. Mañana, cuando hayáis descansado, seguiré mostrándoos el edificio. Aún no habéis visto las murallas ni el salón del trono ni... —Se calló un momento, mirando a Leonor con los ojos brillantes, esperando, como cuando niña, su aprobación.

—Has hecho un gran trabajo aquí, querida —le sonrió su madre, realmente satisfecha—. Y dices bien; mañana seguiremos visitando el resto porque ahora apenas vemos y no me gustaría perderme ni un detalle.

Blédhri admiró una vez más a aquella mujer, que no estaba dispuesta a ceder ante los achaques de su vejez, que él sabía presentes en su cuerpo. Sonrió apenas al escuchar su frase. No debían seguir visitando el palacio porque «apenas vemos», no porque «estoy a punto de caerme, pues apenas puedo mantenerme en pie». Siguió a las mujeres hasta el aposento de Leonor, donde su hija se despidió «para que podáis descansar».

—Bueno, señores —suspiró ella, con un soplo de voz, al sentarse en un alto sitio. Hubo de realizar algún movimiento de acoplamiento a los cojines para tratar de descansar su castigada espalda—. Creo que estamos a punto de dar fin con éxito a la misión que nos ha traído hasta Castilla. Espero que el viaje de vuelta sea tranquilo y en poco tiempo veamos a otra de mis nietas gobernando un lugar más del Occidente. Supongo que estaréis fatigados —aceptó, dirigiéndose a Elías, Mercadier y Blédhri, quienes la contemplaban asombrados de su energía—. Podéis retiraros si lo deseáis, para descansar un rato antes de la cena.

—Señora —los tres hombres se inclinaron ante la reina y retrocedieron hasta la puerta para salir. Leonor los despidió con un movimiento de cabeza y, cuando los batientes se cerraron tras ellos, buscó con los ojos a Brianda entre sus mujeres. Se sorprendió al encontrar los ojos de la chica fijos en ella. No obstante, le hizo una seña y la muchachita, dejando los vestidos que trataba de alisar extendiéndolos sobre el lecho, se acercó.

—Brianda —casi susurró la reina, para alejar en lo posible sus palabras del oído de sus mujeres—, no he querido hablarle a mi hija de tu boda hasta no hacerlo contigo. ¿Sigues queriendo unirte a Pedro?

—Desde luego, señora —afirmó la joven—, pero me temo que va ser algo muy difícil de conseguir.

—¿Insinúas que no voy a poder hacerlo? —Casi se enfadó Leonor.

—Las circunstancias serán arduas y en algunos momentos he llegado a pensar que insalvables —concluyó Brianda, bajando los ojos al ruedo del vestido que acariciaba las piedras del suelo.

—¿Por qué piensas eso? —Se preocupó Leonor, pues si había hechos conflictivos también podían afectar a sus planes.

—No temáis, señora —adivinó la joven sus pensamientos—. Vuestra misión no se verá afectada, pero sí mi futuro.

—¿En qué sentido?

—No puedo saberlo, pero no me veo siendo la esposa de Pedro. Algo va a ocurrir, aunque no puedo saber de qué se trata, porque, probablemente, ni siquiera esté pensado.

—¿Pensado? ¿Por quién? ¿Dónde?

—No puedo contestaros, señora. No obstante, lo único que alcanzo a deciros con toda seguridad es que tanto Pedro como yo misma seguimos enamorados y esperamos con ilusión la boda que nos habéis prometido.

A pocos pasos de los aposentos de la reina, Elías de Malemort y Mercadier hablaban después de despedir a Blédhri.

La mañana siguiente amaneció con una gruesa capa de nieve desdibujando los caminos, los árboles y las construcciones de los hombres. Leonor convirtió sus salones, durante las primeras horas, en el centro de reunión, no sólo de sus gentes sino también de muchos de los señores castellanos que, acompañados por trovadores,

hicieron casi una fiesta del aislamiento obligado.

—Tengo que organizar una boda —decía la reina a su hija, casi entre dientes, por no cubrir la voz del bardo que narraba las hazañas de algún guerrero «de los de antes», siempre mucho más valientes, fuertes y hermosos que los actuales—. Lo prometí durante el viaje y al fin he conseguido la concesión de su divorcio, porque la joven era casada. Se trata del sobrino de Malemort y una de mis damas. Es una larga historia que te contaré en otro momento.

—¡Estupendo! —Se entusiasmó enseguida Leni—. Haremos una gran celebración. Tenía pensado organizar algunos torneos si el tiempo nos lo permite, así que podríamos aprovechar las fechas alrededor de la boda —apenas acabó de hablar, hizo una seña a uno de sus señores, quien se acercó solícito—. Diego, encárgate de los preparativos para un enlace. Ha de ser hermoso y en un tiempo más bien próximo. ¿Tal vez podríamos esperar a que pasasen las Navidades, para no deslucir ninguna de las dos celebraciones? —interrogó, volviéndose hacia su madre.

—Me parece bien, querida. Podríamos fijar la fecha para los días posteriores a la Epifanía. De todos modos, aún he de hablar con Malemort, porque estoy segura de que los inconvenientes que han debido sortear los clérigos a los que encargué de la separación han sido puestos por el arzobispo, ya que la muchacha no parece ser de su agrado y, aunque puso unas condiciones que creo han sido ya cumplidas, no lo veo muy convencido.

Al mediodía la corte se trasladó al refectorio, donde estaba dispuesto el banquete. La comida discurrió alegremente entre las conversaciones de los señores, que aprovechaban para cerrar algunos tratos, y las canciones y bromas de los trovadores, quienes parodiaban con delicadeza y gracejo las situaciones vividas en los días previos o incluso las de pocos momentos antes. Leonor sintió que los años no habían pasado y su corte de Poitiers regresó de la mano de su hija y su yerno. Los reyes de Castilla, y preferentemente Leni, habían convertido su reino en un lugar en que las frecuentes batallas con los moros o los enfrentamientos con los vecinos reinos cristianos, así como sus propios problemas personales, se olvidaban a las horas de las comidas o las diversiones. Los nativos, marcados por sus duras tierras, otrora serios y acartonados, vivían ahora una época de alegría vital que, sin duda, Leni había propiciado. Las cortes de amor de su madre eran recreadas en la seca Castilla, haciendo que sus gentes se olvidaran de mirar al cielo, no sólo esperando que cayeran las gotas necesarias para sus pobres sembrados, sino temiendo ver el dedo acusador que los señalara al no estar rezando o llorando por sus pecados, que era como les habían enseñado a estar. Leonor disfrutó viendo como, tras la comida, los jóvenes, dirigidos a veces por Guiraut de Calanson, danzaban, cantaban o hacían juegos de amor que rayaban la procacidad y el libertinaje, disfrazándolo de tal forma que dejaban abiertas muchas posibilidades, las cuales daban pie a multitud de interpretaciones, para poder satisfacer a un posible quisquilloso. Participaban también en la corte otros poetas importantes, como Perdigan o Peire Vidal, los cuales

competían entre ellos por conseguir la mejor canción o el más bello poema. Todo eran risas, canciones y diversión. Se disfrutaba de la vida por encima de preocupaciones o trabajos, que en determinados momentos parecían desaparecer.

En ningún momento echó de menos a Mercadier ni a Brianda. El mercenario, quien a pesar del tiempo transcurrido no había olvidado su aversión a la muchacha, aprovechaba ahora el encargo recibido, para imponerse de muy malos modos. Se había hecho el contradizo cuando ella salía de la capilla, después de encender una vela y recogerse, sin poder rezar, pero deseando hacerlo, ante una imagen de la Madre, que, creyó, la miraba con lástima.

—He de hablar contigo —le había dicho el militar, empujándola hacia el interior de la iglesia. La joven miró alrededor y sólo el silencio de la nieve en el patio ocupó sus sentidos. Retrocedió ante la fuerza del hombre y lo encaró.

—¿Qué deseáis, señor? —Alzó la barbilla con decisión.

—Pues, verás, bonita —jugueteó él con los cordones de su capa—. Desear, lo que se dice desear, deseo muchas cosas, pero ahora mismo sólo una.

—Decid y dejadme partir; la reina me espera para ir al refectorio.

—La reina ni siquiera sabe que no estás entre sus mujeres y en cuanto a lo de ir al refectorio, debo decirte que te has retrasado un poco. Todo el mundo está ya allí.

—Bien —hizo ademán Brianda de esquivar al mercenario—, entonces permitid que...

—¿Por qué te empeñas en casarte con Pedro? —Lanzó Mercadier, frenando con su cuerpo el movimiento de la muchacha—. ¿Acaso no sabes que su tío no desea ese enlace y que en cuanto el chico se canse de ti, acabarás, con suerte, en un convento? ¿Por qué no tienes un poco de buen juicio y te largas sin más?

La violencia y la excitación se iban instalando en el hombre en tanto hablaba y la obligaba a retroceder con empujones de su propio cuerpo. Brianda reculó hasta que su espalda topó con uno de los muros de la capilla, donde un artista había pintado los horrores del infierno. Unos perversos demonios, de largos cuernos, rabo y ojos saltones, probablemente de pura malignidad, disfrutaban pinchando con largos tridentes, dentro de altas y rojas llamaradas, a unos condenados; inexplicablemente sólo mujeres de largos cabellos, las cuales, en un momento como aquel, tenían como prioridad absoluta utilizar sus manos para tapar sus vergüenzas. El mercenario colocó el brazo izquierdo a la altura de su hombro, cerrando la salida por aquel lado, en tanto acariciaba, como sin darse cuenta, el mango del puñal que colgaba de su cinturón.

—Creo que si persistes en tu empeño, me forzarás a matarte y no es que me importe demasiado una muerte más o menos, pero me molestaría acabar con algo tan bello como tú y que puede ser usado —bajó el tono hasta hacerlo confidencial e insinuante— para otras cosas, algunas, supongo, muy agradables; aunque, si me obligas, no me quedará más remedio —a medida que hablaba, su agresividad iba en aumento, al tiempo que el calor se hacía con sus facciones y su cuerpo se hinchaba ante la debilidad dominada.

—¿Qué queréis que haga? —Cludicó Brianda, desarmada.

—Hasta hace un momento sólo quería que te largaras, ahora...

—Ahora, ¿qué? —desafió, para evitar suplicar.

—Ahora, creo que antes deberías hacerme un trabajito, porque ya que no pertenecerás a Pedro, pues...

—Eso no lo conseguiréis nunca —gritó la joven, tratando de concitar sus desconocidos poderes, que ahora, ante su agitación, parecían haber desaparecido.

—Sabes que no podrás huir de mí, pequeña —dulcificó la voz el mercenario, al tiempo que apretaba su vientre contra el de la mujer, quien sintió una especie de asfixia unida al pánico de los malos recuerdos de anteriores experiencias. Su cerebro se cerró ante el terror y sólo sus sensaciones físicas se hicieron con él.

Sintió cómo era arrastrada al suelo por el peso y la corpulencia del hombre, que hacían inútiles sus manoteos. En un momento, sus faldas le taparon la cabeza y la brutalidad de una penetración indeseada le desgarró las entrañas. El desvalimiento, la impotencia, el asco y una intensa sensación de negación de sí misma le impedían pensar; sólo sentía dolor y derrota. Cuando el hombre salió dejándola tirada en las piedras —que de pronto le parecieron hospitalarias— Brianda, volviéndose de lado, lloró a gritos en una iglesia vacía, que indiferente a sus dolores parecía jugar a repetir sus gemidos. Poco a poco fue enderezándose y, con movimientos maquinales, se alisó las faldas y puso orden en sus tocas. Miró con rencor hacia la imagen de la Virgen, que, rodeada de velas, sintió que la contemplaba ahora con la frialdad vacía de sus ojos de piedra. Luego, dolorida, anulada y vencida, se volvió despacio hacia las puertas abiertas y se dirigió a los aposentos de la reina. Deseaba lavarse y cambiarse de ropas; no podía soportar el olor que emanaba de su cuerpo mancillado, una vez más, por la brutalidad de un hombre. Se preguntó qué habría ocurrido con sus poderes. Mientras estaba pegada a aquel muro, sin escapatoria posible, deseó desaparecer, hacer morir al mercenario, gritar tan alto que su llamada fuera oída en el refectorio, que alguna monja entrara a rezar, que... Nada, los elementos habían dejado de obedecerla. Su terror tal vez los había arrinconado, pensaba, en tanto entraba en los salones, ahora vacíos. Sabía que no podría acusar a Mercadier de lo ocurrido. Su fama la precedía borrando sus derechos. Nadie creería que el hombre la había violado; muy al contrario, sólo bastaría que él asegurara que lo había provocado para que todos lo creyeran. Debía callar y esperar el momento oportuno para vengarse. Nadie debía saber lo ocurrido; fingiría estar enferma, para no tener que hablar o relacionarse, porque en estos momentos le resultaba imposible hacerlo sin gritar su rabia y su despecho. El odio la mantendría y, cuando sus poderes regresaran... Daba igual; no los necesitaría para vengarse, pero ahora debía tranquilizarse y pensar. Tomar decisiones en el presente sólo la llevaría a equivocaciones, pues su mente no estaba en condiciones de discurrir con frialdad. Dejaría que los acontecimientos siguieran su curso y, desde luego, no iba a marcharse; eso ya lo había hecho otras veces y nunca había salido bien. Ahora más

que nunca deseaba la boda con Pedro. Cuando se convirtiera en su esposa, todos la considerarían y si antes no había conseguido vengarse, lo haría luego, desde su lugar de dama respetada, a quien nadie iba a poner en cuestión. Después de lavada y vestida, tomó su bastidor, donde bordaba un cuello de seda blanca para su vestido de novia, y, tratando de controlar su pulso alterado, con lentitud y paciencia, siguió perfilando lunas de plata con los hilos que le había regalado la reina. Cuando Leonor llegó a descansar la vio, después de saber que se hallaba indispuesta y que por eso no había asistido a la comida. El asunto del atropello cometido por Mercadier pasó a engrosar sus resentimientos en el lugar que, desde hacía mucho tiempo, reservaba para las actuaciones de los hombres.

Las fiestas del nacimiento de Cristo se conmemoraron con unción y alegría. Los banquetes, los juegos y los bailes se sucedieron en la corte, siempre después de las largas celebraciones religiosas que parecían justificar a los clérigos, quienes, una vez cumplidos los ritos, se entregaban, ellos también, al placer de los sentidos. Las nieves se amontonaron día tras día en los patios y las cercas. Al amanecer, los siervos hacían caminitos para unir las dependencias que debían ser usadas, pero cada vez las paredes de nieve eran más altas y los suelos más resbaladizos. No obstante, la noche de fin de año no nevó y al día siguiente amaneció con un cielo de un azul casi molesto, por los brillos que arrancaba el sol a los cristales helados. Los jóvenes y los niños salieron a los patios y claustros y construyeron artísticos personajes o inexpugnables castillos que, apenas abandonados, el sol acariciaba, consciente de sus deberes de dador de vida y muerte, suavizando los rebordes, que iban cayendo en gotas alrededor de las efímeras obras.

Los preparativos de la boda se hacían ya con prisa. En cuanto pasara la Epifanía se celebraría el acto que convertiría a Brianda en la esposa de Pedro. El joven andaba como en una nube y apenas se mostraba, como si deseara tener para sí sus sensaciones, o tal vez para huir de la reprobadora mirada de su tío, quien no era capaz de creerse que aquel enlace llegara a realizarse. Brianda, rodeada constantemente de mujeres que cosían su vestido y apuntaban detalles que deberían añadirse para hacer brillar lo más posible el momento, se negaba a tomar conciencia de que después del día del atropello sus reglas habían desaparecido.

La nieve se fue licuando poco a poco, buscando el río, empujada por los rayos del sol, que cada día salieron puntualmente. Hacía mucho frío, pero los hombres corrían ya los montejos al amanecer, tras las piezas de caza. Los largos días encerrados los habían vuelto hoscos y casi agresivos. Las mujeres los veían partir con un cierto descanso. En su ausencia todo era paz en los patios y en los salones, y a su vuelta andaban tan distraídos recreando y ampliando sus proezas en los montes que hasta la noche, en que regresaban al lecho sorprendentemente descansados y activos, las mujeres podían hacer sus vidas con tranquilidad y sosiego.

Aquella mañana nadie esperaba tan pronto el regreso de los cazadores, pero el alboroto en el patio de entrada puso sobre aviso a las damas, quienes, abandonando

sus quehaceres, se asomaron a las ventanas, preocupadas de que algún accidente hubiera traído la desgracia. Efectivamente, enseguida vieron un improvisado lecho, construido con ramas y las capas de algunos hombres. Sin pararse a buscar pellizas o defensas contra el frío, bajaron corriendo a rodear al herido, pues todas supusieron que alguien había sido atacado por algún animal, cosa nada improbable y que solía darse a menudo cuando se perseguía a jabalíes. Su sorpresa no tuvo límites cuando les informaron de que había sido una riña y que la herida no era de un colmillo sino de una espada. Al parecer Mercadier y Pedro se habían retrasado hablando. Cuando se lo hicieron notar al arzobispo, se limitó a asentir, asegurando que sabía de qué se trataba y que los dejaran en paz. Luego nadie sabía lo que había sucedido hasta que los gritos de Mercadier los alertaron. Pedro, muy pálido, se desangraba, empapando las improvisadas vendas que los hombres le habían hecho. El corro desorientado que le rodeaba sin saber qué hacer se abrió para dejar paso a Blédhri seguido de los médicos, quienes se apresuraban, apartando impacientes a los mirones. Cuando el anciano llegó al lado del herido, palpó el corte y se limitó a pedir que alguien llamara a Brianda y a la reina. Ambas estaban descendiendo ya los escalones que conducían al patio desde sus aposentos. Cuando llegaron junto al lecho, que unos hombres mantenían elevado, se arrodillaron sin sentir el barro ni la humedad. La reina acarició los rizos rubios que caían sobre una frente fría y sudorosa. Con trabajo el joven abrió un momento los ojos.

—Señora... —balbuceó, como si la lengua le pesara terriblemente—, Brianda...

—Estoy aquí, mi amor —gimió la aludida, besando los labios que ya no pudieron devolverle la caricia—. Te quiero y te querré siempre —casi gritó entre lágrimas, viendo que los ojos que la contemplaban perdían luz. El herido, en un supremo esfuerzo, gimió de nuevo.

—Señora... Brianda.

—Sí, Pedro —entendió la reina su ruego—. No te preocupes por ella. Yo la protegeré. Ahora te curaremos y...

Los párpados se fueron cerrando lentamente y la cabeza, que por una inexplicable fuerza de voluntad se había vuelto hacia la reina, cayó ahora sobre el brazo de Brianda, quien la aferró, llorando con desgarradores gritos que encogieron el alma de los desorientados espectadores. Leonor, sucia de sangre y lodo se apoyó en alguno de los presentes para alzarse. Buscó con los ojos a Malemort quien, a los pies del improvisado lecho, lloraba en silencio.

—¿Qué ha ocurrido, Elías? —preguntó, con trabajo, la reina. Un nudo en la garganta que deseaba romperse en lágrimas le impedía casi hablar. Tragó, imponiéndose serenidad, e insistió—: ¿Quién ha hecho esto?

—He sido yo, señora —se adelantó Mercadier, hasta quedar junto a Leonor, con la rodilla hincada en el fango.

—Pero... —Quiso ella tener tiempo de integrar aquel despropósito—. ¿Por qué?

—Señora —intervino el de Malemort, tragándose el dolor—, creo que

deberíamos hablar.

Leonor se acercó de nuevo al difunto, quien permanecía abrazado por Brianda y cuya sangre se mezclaba ya con el lógamo. Acarició de nuevo su frente y, haciendo lo propio con las manos de Brianda que se aferraban al cuerpo rendido, susurró:

—Vamos pequeña, permite que lo entren para lavarlo y vestirlo.

—¡No! —grito, desesperada la muchacha—. ¡Es mío y no dejaré que nadie lo toque! —Y al decirlo miró con intenso odio a Mercadier y a Elías, que permanecían juntos, esperando, un poco más allá del grupo principal.

—Está bien, querida —quiso conciliar la reina—. Se hará como tú quieras, pero deja que Pedro entre en la iglesia. Ese es el lugar que él preferiría ocupar en estos momentos. Obedeced a Brianda —ordenó a las mujeres presentes—. Ella será quien dicte lo que hay que hacer con el cadáver. Yo desearía que se le vistiera con las mejores ropas y que su espada de caballero descansara sobre su cuerpo. Luego quiero los más solemnes funerales. ¿Estás de acuerdo, hija? —preguntó a Brianda, quien, escuchándola, había dejado de gritar; aceptó con un leve cabezazo y se enderezó para permitir el traslado. La reina de Castilla, presente y tan aturdida como todos los demás, asintió a una seña de su madre y se aproximó a Brianda para tomarla por los hombros, mientras los hombres introducían a Pedro en el interior del palacio, para dejar luego al difunto en manos de las mujeres, comendadoras, desde el principio de los tiempos, de la vida y la muerte.

Leonor echó a andar hacia la escalera que conducía a sus aposentos, seguida de Elías y Mercadier, quien se apresuró a tender su brazo para ayudar a su señora. Esta ignoró su gesto y se aferró a la barandilla de piedra para subir los peldaños. Una vez en los salones, un movimiento enérgico de su mano derecha puso en fuga a las mujeres que aún permanecían en la estancia. Se llegó a su sitial y encaró a los dos hombres, sin permitirles tomar asiento.

—Espero que las razones que me deis sobre este asunto sean lo suficientemente claras y exculpatorias para justificar un acto tan deleznable y absurdo.

—Señora —se adelantó Elías apenas un paso al ver el mal gesto de la reina—. La culpa de lo sucedido a mí habéis de cargarla, pues yo he sido el responsable del encuentro de Mercadier con Pedro. El capitán sólo cumplía mis órdenes. Yo había investigado el pasado de Brianda y quise hacérselo saber al chico. Como estaba seguro de que a mí no iba a escucharme, pedí a Mercadier que lo hiciera y, en vez de aceptar las pruebas que se le mostraban, sacó su espada y atacó a mi enviado, quien hubo de defenderse, ya que ni amagos ni palabras fueron capaces de frenar las ansias de matar de mi sobrino.

—¿Qué le dijisteis vos para que deseara mataros? —Se dirigió ella al mercenario, quien no había levantado los ojos del suelo.

—Señora —respondió él después de una rápida ojeada al rostro regio, que le hizo bajar de nuevo la cabeza—. Yo sólo le conté los datos que el arzobispo había recopilado —mintió, temiendo, como nunca lo había hecho, la mirada de alguien.

—¿Era algo que no supiéramos ya? —La pregunta de Leonor dejó algo descolocados a los dos hombres.

Mercadier se mantuvo callado, observando las tranquilizadoras juntas de las piedras del suelo, que habían sido talladas para formar dibujos perfectamente geométricos. Elías titubeó un momento, luego admitió:

—Bueno, en realidad sólo tratamos de hacérselo entender porque no parecía querer darse cuenta de que la joven es un engendro del diablo, que para servir a sus fines convierte a los varones en sus juguetes. Todos sabíamos y admitíamos, menos él mismo, que los hombres a los que se había propuesto utilizar se habían convertido en sus marionetas, y ese no era el destino que yo quería para el heredero de mi nombre. Y... —dudó al afirmar— solamente eso fue lo que quiso hacerle entender Mercadier.

—¿Y por eso os atacó a muerte? —Se encaró Leonor con Mercadier, quien levantó los ojos, ya más tranquilo, para decir:

—Señora, le recordé sus obligaciones para con su casa y le dije que no tenía derecho a poner a una ramera al frente de ella.

—Pero —alzó la reina un tanto el tono, en el que se apreciaba claramente la ira— vos sabíais que eso no era cierto.

—El arzobispo me dijo esas palabras y yo me limité a transmitir las.

—¿Es cierto eso, Malemort?

—Sí, señora, lo es. Yo deseaba sobre todo abrir los ojos a mi sobrino y, sí, es cierto, emplee esas palabras para hacerlo despertar.

—Sabéis que ambos habéis cometido una gran felonía, digna de una pena ejemplar.

—No fue esa nuestra intención, señora —aseguró Mercadier—, al menos la mía. Yo me limité a cumplir una orden.

—Entonces, arzobispo...

—Sí, señora. Si deseáis castigar a alguien, sobre mí debería recaer la sanción. Puesto que yo fui el instigador de todo, aunque debo decir en mi descargo que nunca imaginé que algo que yo había pensado para bien tuviera un final tan amargo. Os pido perdón por alterar vuestra vida y me pongo a vuestra disposición para cumplir la condena que deseéis imponerme.

La reina bajó los ojos, abrumada. El asunto parecía claro. Elías, llevado por el deseo de conseguir lo mejor para su familia, había querido desengañar a su sobrino. Mercadier se limitó a obedecer al arzobispo y luego a defenderse de la ira de Pedro. Estudió las repercusiones que podría tener una pena, del tipo que fuera, en la persona de un eclesiástico que, además, siempre había ido fiel a su causa. Tampoco podía cargar sobre Mercadier la represalia porque, según el propio arzobispo, no había hecho más que cumplir sus órdenes; además, sus hombres jamás consentirían que su jefe fuera juzgado...

—Dejadme —pidió, fatigada— y permitid al menos que Brianda se ocupe de las honras fúnebres. Si lo desea, ella presidirá los actos, puesto que estaba a punto de ser

su esposa y Pedro murió por defender su honor. Y vos, Malemort, en persona, deberéis explicar a vuestro hermano, y sobre todo a la madre del muchacho, por qué murió. Y en cuanto a vos, Mercadier, de ahora en adelante, y si Brianda lo permite, estaréis a sus órdenes tanto como a las mías, al menos durante el tiempo que os reste de permanecer junto a mí en esta misión. Idos ahora —pidió en un susurro cansado.

Horas más tarde, las mujeres, dirigidas por Brianda, quien había dejado de llorar, convirtiendo sus labios en una línea cerrada y firme, habían lavado el cuerpo de Pedro, cosido su herida y buscado los mejores atavíos que pudieron encontrar, facilitados por la reina de Castilla, para vestir el cadáver. Un catafalco forrado con una espesa tela de terciopelo granate bordado en oro lo soportaba en el centro de la iglesia, rodeado de anchos velones que iban a arder hasta el momento de su entierro. El joven había perdido el rictus doloroso de los momentos que siguieron a la muerte y ahora, relajado y tranquilo, bajo el birrete de seda bordado en oro, parecía sonreír con una expresión alegre y casi infantil, que encantaba, lo mismo que hizo en vida, a las damas que se acercaban a mirarlo. Cuando todo estuvo dispuesto, monjas y novicias lo rodearon, desgranando sus rezos con la serenidad del que se cree seguro y protegido aun ante la muerte. El ocaso alargaba las sombras en el patio y las campanas, con su tétrico tañido, recordaban a todos la tragedia. Poco a poco, las mujeres, silenciosas y leves, fatigada la mirada por el dolor, se fueron marchando. Sólo las religiosas, sosegadas y remotas, con la mente perdida en sus certezas, quedaron rodeando al difunto. Leni arrastró a Brianda hasta sus propios aposentos, donde ordenó para ella un baño caliente y, después de hacerle beber algunos sorbos de un caldo, en el que había puesto las hierbas prescritas por Blédhri, la hizo acostar, sentándose a su lado hasta que el brebaje hizo efecto y la muchacha se quedó dormida, dejando que, de vez en cuando, y a pesar del pesado sueño inducido por los narcóticos, algunas lágrimas se deslizaran por su rostro.

El amanecer, oscuro y tristón, era percibido por las gentes —que miraban, sin querer, a su espalda, cuando caminaban por los tenebrosos pasillos— cargado de inconcebibles y enigmáticos presagios. El cielo, denso, pesado, de un gris casi negro, dejaba de vez en cuando oír lejanos y broncos truenos, que parecían amenazar aún más a la acobardada caterva de personas y animales, quienes, sin ser conscientes, evitaban otros ruidos y hasta caminaban de puntillas, para no molestar o, simplemente, para no hacerse notar, en un momento en que sentían la muerte tan cercana. Se empeñaban en buscar en la compañía el alivio a su desamparo, formando corrillos en que, con susurros vanos, que eran otra forma de silencio, intentaban llenar los huecos sin respuesta, que hoy, ante una muerte absurda, si es que había alguna que no lo fuera, saturaban sus atormentados pensamientos.

Cuando Brianda despertó, las mujeres de Leni se encargaron de ella. Se dejó lavar y vestir con uno de los atuendos de la propia reina, elegido para la ocasión. Se negó en cambio a tragar nada de lo que le ofrecieron y hasta estuvo vomitando, con las atenciones y la mirada compasiva de las muchachas, que sabían, o creían saber, lo

que sentía.

—No quiero que Mercadier esté presente en los funerales —pidió Brianda con voz y ojos ausentes, cuando Leonor se acercó hasta los aposentos de su hija para verla.

La reina asintió y a una leve señal suya, una de sus mujeres fue a hacerlo saber. Cuando al capitán le llegó la orden, se limitó a encogerse de hombros y, pidiendo su montura, salió a cabalgar, seguido de algunos de sus hombres.

Todo estuvo dispuesto y los clérigos que la noche antes habían estado programando la ceremonia con Leonor, quien deseaba algo íntimo y personal, se dispusieron a representar su papel, realizando los ritos con lejanía y majestad, imponiendo, con el misterio, respeto y distancia a los fieles, los cuales los miraban como si realmente fueran los únicos poseedores de la llave de la felicidad, no sabían si presente o futura —más bien lo segundo, porque las evidencias de cada día así lo aseveraban—. Pero, a falta de otra solución, se aferraban a eso como una salida que les permitiera respirar en días como el actual, demasiado frecuentes por desgracia. Los cantos de hermosas voces masculinas recordaban, en un latín culto y cerrado que pocos de los presentes comprendían, la evanescente existencia y los terrores ciertos de un averno siempre expectante.

Elías de Malemort celebró, junto con una docena de clérigos, el acto que seguramente más le iba a costar realizar en su vida. Estaba preparando para la inmortalidad a su sobrino, el heredero de su casa, al que él había criado para tal fin con dureza no exenta de amor y sobre todo de confianza en el futuro. El chico era su único y legítimo camino hacia la eternidad; él sería el encargado de continuar su nombre y su estirpe. Ahora veía un sendero cerrado, donde, al final, le esperaban su hermano y su cuñada con los brazos extendidos y vacíos. Había pasado la noche tratando de encontrar algún motivo que justificara lo injustificable. No había encontrado palabras y mucho menos exculpación o motivos. A no ser que realmente consiguiera demostrar que Brianda era un engendro del diablo y que era la única culpable, porque envenenaba a los hombres hasta el extremo de matarse por ella. Cuando la vio en la iglesia, flanqueada por las dos reinas, se permitió una mirada de desprecio que sólo fue captada por Leonor, la cual deseó en aquel momento poder castigar al clérigo con todo su poder, pero también ella estaba condicionada por los intereses de su casa, y el de Malemort poseía un gran ejército que podía necesitar en cualquier momento, así que bajó los ojos para que nadie pudiera ver en ellos su frustración y se dejó llevar por la magia del rito, que en poco tiempo consiguió tranquilizar su espíritu, llegando a pensar que el muchacho estaba mucho mejor en el lugar donde ahora se encontraba y que su muerte sólo le había ahorrado los problemas, disgustos y dolores que toda vida lleva consigo.

Cuando salió del templo al frío y desapacible exterior, dándose cuenta de sus deducciones anteriores, casi se despreció por ellas, pero al mirar alrededor se apercibió de que los que la rodeaban parecían también mucho más tranquilos y, en el

fondo, agradeció el consuelo que los actos religiosos eran capaces de ofrecer a casi todos.

Por expreso deseo de la reina de Castilla el muchacho pasó a ocupar una de las tumbas laterales que esperaban a un gran señor de los habituales del rey, cuya compañía este deseara para la eternidad. Cuando la piedra, con un chirrido rasposo, quedó colocada sobre el cadáver, cesó el tañido de las campanas y todos, un poco más ligeros de pesares, comenzaron a salir del templo, siguiendo a las reinas y a Brianda. Afuera, un sol tímido comenzaba a filtrarse por entre las nubes y los aterradores truenos no volvieron a oírse. Los niños comenzaron a jugar en el patio y los siervos y criados, con un suspiro de alivio, sin evitar ya los ruidos y las voces destempladas, se dedicaron a sus labores, que hasta encontraron liberadoras. Ellos al menos, pensaron, podían realizarlas.

Leonor, acompañando a Brianda, se retiró a sus aposentos. Leni había de cumplir algunos deberes que la ausencia de días de su esposo le había cargado, así que sólo la reina y sus mujeres ampararon la soledad de la joven.

A la hora del almuerzo, cuando alguien recordó que había que llegarse al refectorio, la muchacha dijo preferir quedarse en el salón, pues aseguró no encontrarse bien. Ágata y alguna otra de las jóvenes decidieron quedarse también, así que Leonor ordenó llevar algunas bandejas con alimentos para que las mujeres pudieran comer.

Esa costumbre se instauró a partir de ese día. Brianda no volvió más a participar en los actos en que la vida se imponía. Nadie la vio llorar ni quejarse. Se limitaba a cumplir perfectamente con sus obligaciones y a veces también con las de otras. Hablaba poco, pero con serena amabilidad. Había sugerido una peregrinación a Santiago, pero la reina le recordó que había prometido a Pedro ocuparse de ella.

—Si te vas, no podré cumplir mi promesa —le había dicho, evitando poner en palabras la idea que rondaba su cabeza. Sabía que la belleza de la muchacha pronto atraería a alguno de los señores de la corte y ella volvería a organizar su boda—. No obstante, si deseas peregrinar, puedes hacerlo durante el tiempo que yo permanezca en Castilla. Mercadier, que, como ya te he dicho, ahora está a tus órdenes, junto con algunos de sus hombres que ahora no nos son necesarios, te acompañarán. De todas formas, querida, yo te pediría que aguardaras un tiempo para tomar decisiones. Serena tu espíritu y piensa que Pedro sólo querría que fueras feliz.

—Sí, señora —aceptó Brianda, apretando los dientes al ser consciente de que no podría, a no ser que huyera sin explicaciones, librarse de la presencia de Mercadier. Esperaría, aún quedaba mucho tiempo antes de que aquello...

Tras unos cuantos días en que la corte respetó el luto de Malemort, todo volvió a ser igual. Sobre todo, cuando el arzobispo, sabiendo a Leonor a salvo, pidió permiso para viajar hasta sus tierras para informar a su hermano de la muerte de Pedro, asegurando que estaría de vuelta antes de que la reina decidiera ponerse de nuevo en camino. Brianda lo vio partir desde una ventana, en tanto hacía esfuerzos por

contener las náuseas que le amargaban cada amanecer. Viendo a Elías caracolear su montura en el patio, dibujando una bella estampa que el caballo y el viento se encargaban de componer, sonrió ladinamente, al ir pergeñando la idea que acababa de surgir en su mente. Debería discurrir con calma sobre ello y aquilatar detalles. Tal vez, lo que acababa de ocurrírsele fuera mucho más efectivo en su venganza que la decisión que había tomado hacía días de dar muerte al hijo de Mercadier en cuanto saliera de su vientre...

Los banquetes y las fiestas se sucedían. Se había montado un palenque que se aprovechaba en cuanto el clima concedía una tregua. Algunos señores, venidos de lejos por la noticia de los festejos, se demoraban en la corte, con la disculpa de estar presentes en los torneos, pero también para disfrutar de la prodigalidad de los reyes de Castilla y de la alegría de su corte. Leonor vivía olvidada de su insensato hijo y de sus propios terrores ante su inevitable, y seguramente próxima, desaparición. Pasaba el día disfrutando de sus nietos y su hija, de las ocurrencias, los cuentos y los cantares de trovadores y bardos; de la visión, en fin, de la vida, representada por la belleza y la inconsciente alegría de los jóvenes que la rodeaban. Aquella noche, tras la velada en que alguien cantó la desgraciada vida de un héroe castellano, tan noble y leal él que aunque su rey lo desterrara siguió amándolo y sirviéndolo, Leonor, con una sonrisa escéptica ante las virtudes del susodicho, apreció en cambio la creatividad del artista y disfrutó con sus cantos. Luego, cuando los jóvenes empezaron sus bailes, se levantó para retirarse, haciendo una seña a Blédhri para que la siguiera.

—Estamos dejando de lado nuestra labor, amigo —casi riñó, cuando las puertas de sus aposentos se cerraron tras ellos.

—Señora —se justificó el anciano—, yo he seguido trabajando en ello, en algunos de los momentos en que vos os distraías con vuestros nietos o...

—Vale, vale —rio la reina—. Confieso que la vaga he sido yo. Pero, querido, deberías haber disimulado un poco...

—Lo siento, señora —se aturulló Blédhri, sin tener muy claro qué quería decir Leonor.

CAPÍTULO 17

— Bueno —cortó ella sus cavilaciones—. Habíamos quedado en un momento de efímera gloria, que el traidor Felipe se encargó de empañar y esta vez para siempre. Prometió prebendas y libertades al conde de Limoges para que se alzara contra mi hijo.

—La situación se mantenía en una tensa espera que nadie, debido al tratado, quería romper. Hasta que apareció aquella antigüedad en las tierras de Aymar de Limoges. Al parecer era un gran retablo de oro en que estaban talladas algunas figuras con gran maestría.

—Sí, aunque esa sólo fue la disculpa para el enfrentamiento. Mi hijo, enterado del hallazgo, pidió su cuota de vasallaje. Aymar, aconsejado por el franco, se resistió a obedecer y Ricardo, harto de sus desacatos, encontró que aquella era una buena disculpa para acabar, de una vez por todas, con el díscolo conde. Además, sus mercenarios, mandados por Mercadier, costaban buenos dineros que era necesario pagar. De modo que, en cuanto el tiempo se suavizó un poco, puso sitio a la fortaleza de Châlus.

—Fue recién plantadas las tiendas ante el castillo, poco después de cenar, cuando el rey quiso inspeccionar los logros de sus zapadores, quienes habían comenzado a excavar junto a los cimientos para derribar los muros que iban a permitir la entrada a los atacantes. —Blédhri calló, esperando que Leonor continuara con sus recuerdos, pero la reina se mantenía muda, con los ojos perdidos en sus olvidados sueños—. Una flecha lanzada desde las almenas alcanzó al rey en un hombro —siguió el anciano, removiendo con dolor, él también, los recientes recuerdos—. Dicen que no le hizo demasiado caso, a pesar de que el cirujano le advirtió, después de hurgar en la herida para extraer la punta, de que no había conseguido limpiarla completamente.

—Muy propio de Ricardo —intervino ahora Leonor, alzando la barbilla, como si

el desprecio de su hijo por la muerte fuera sentido también por ella—. No podía perder ni un segundo de vida. Continuó comiendo, bebiendo, entrenándose y divirtiéndose con todas las muchachas que aparecían cerca de él, como si aquel dolor lacerante que sentía en la espalda no existiera. Pocos días después apareció la fiebre y enseguida sus médicos supieron que la podredumbre se extendía por la sangre; entonces me mandó llamar. —La reina detuvo la relación de aquellos terribles momentos, miró sus dedos entrelazados sobre el regazo y suspiró ruidosamente—. Sabía que sólo yo podía hacerme cargo del reino cuando él no estuviera. Confiaba en que, una vez más, encontraría solución al arduo problema que iba a crearse; no quería entender que ya no me quedaban bazas que jugar.

—Partimos inmediatamente, remontando el Vienne para acelerar en lo posible el desplazamiento, y el día seis de abril llegamos junto al lecho del rey.

—Me habían dicho que su estado era muy grave, pero hasta que vi su rostro ceniciento me había negado a creerlo. Me parecía imposible que aquel hombre que yo había dejado en plenitud de fuerzas, salud y belleza, estuviera a punto de morir. Ya había enterrado a otros hijos; algunos muy pequeños, otros jóvenes y hermosos. Alix, o Aélis, como la nombraban algunos, y María habían muerto hacía un año... Pero nunca pensé tener que enterrar a Ricardo. Él había sido mi preferido y siempre creí que a él correspondería cerrar mis ojos. —Entornó la reina los párpados, evocando el difícil momento en que, mientras rezaba con las monjas en la capilla, llegaron los mensajeros. Antes de saber qué traían, sus entrañas se contrajeron en un doloroso espasmo. Los recibió serena y altiva como sabía que debía hacer. Sólo Blédhri fue más tarde testigo de sus gritos y desesperación. A pesar de su dolor, envió inmediatamente noticias a la reina Berenguela y a su hijo Juan.

—Cuando llegamos, el rey había ya recibido el consuelo del perdón y estaba sereno; casi dormido por la fiebre y las pócimas que constantemente le administraban sus médicos para suavizar sus dolores. En cuanto me reconoció —recordó el anciano, sin poder evitar que las lágrimas le inundaran los ojos— me miró con esperanza. Hube de negar con un movimiento de cabeza y él, sin una palabra, me sonrió tranquilo. Cuando lo abrazasteis, os pidió que su corazón fuera depositado en la catedral de Rouen, y su cuerpo junto a vos, en Fontevraud. Permanecimos a su lado, sin comer ni descansar, hasta que, en la tarde, falleció. —Blédhri esperó unos momentos para dar ocasión a la reina a hablar, pero esta permaneció callada, apretando sus manos sobre el regazo. Ante su silencio, él mismo continuó—: Enviasteis, en ese mismo momento, mientras las mujeres preparaban el cadáver de vuestro hijo, emisarios a todos los señores que deseabais tener junto a vos en esa difícil ocasión. Entre ellos a Maréchal y a Huberto, el arzobispo de Canterbury, que por entonces estaba en Notre-Dame-du-Pré. Vuestra orden, sin ninguna duda, era conseguir que se proclamara rey a Juan.

—Sí —casi susurró Leonor, sintiendo despertar a la reina ante los manejos políticos de aquella noche—. Estudié también la posibilidad de hacer rey a mi nieto

Arturo, el hijo de Godofredo, pero el odio que Constanza, su madre, le había inculcado hacia nosotros, unido a la educación que había recibido junto a Felipe de Francia, me obligaron a dejarlo de lado a favor de Juan, que al menos era mi hijo y a quien, además, sabía que sólo interesaban sus propios logros; por tanto, por muy inútil que fuera, no iba a vender nuestras tierras al franco. Ya en aquel momento pensé en colocar junto a él a determinados hombres que lo aconsejaran y orientaran; no quise ver que mi hijo pequeño era incontrolable.

—Maréchal nos contó luego que, en cuanto le llegaron vuestros mensajeros, a pesar de que ya era muy tarde, se puso en camino para entrevistarse con Huberto Gautier. Ya estaba enterado el arzobispo, y cuando Guillermo le expuso vuestros deseos dudó, ya que él conocía muy bien a Juan, pero Maréchal, siempre fiel a vos, insistió y al final Huberto, aun advirtiéndole que habrían de arrepentirse de esa decisión, cedió y comenzó a reunir a grandes señores para informarles de la determinación y recabar sus apoyos. Luego, ambos se dirigieron a Inglaterra para concitar el favor de los barones ingleses y preparar la coronación, que vos deseabais se hiciera inmediatamente; cosa que consiguieron realizar apenas un mes después de la muerte del rey.

—El día siguiente del Domingo de Ramos estábamos ya de vuelta en Fontevraud, para las honras fúnebres que quería hacer a mi hijo —mascó Leonor, sin detenerse en la celebración de aquella coronación a la que no asistió, porque sus intereses, en aquel momento, estaban sobre todo en conseguir que el simbólico momento no fuera sólo un acto, sino la aceptación de todos y la confirmación de que su hijo pequeño había, por fin, crecido. Además, tampoco habría podido integrarse, como lo había hecho con Ricardo, porque en su mente sólo había dudas y temores ante el poder que estaba dando al veleidoso Juan.

—Fue la más triste celebración a la que me ha tocado asistir a lo largo de mi vida —reflexionó Blédhri, evocando la abadía de Fontevraud aquella lluviosa mañana—. Recuerdo que las gentes rezaban por las calles, plañían y cantaban entre lágrimas los versos que alababan al rey o lloraban su muerte.

—El dolor nos ahogaba a todos, pero yo hube de rehacerme y además ocuparme de cumplir las voluntades de mi hijo, quien había hecho donaciones y regalos, no sólo a los monasterios y señores, también a sus gentes de confianza, como a su cocinero, al sumiller e incluso a la vieja y querida Ágata, que tantas veces lo soportó en sus brazos. Les regaló casa, hornos, o pueblos enteros. Recibí también a todos los grandes personajes que se llegaron ante la tumba de mi hijo para rendirle honores y aproveché su estancia para conseguir su adhesión a mi voluntad de coronar a Juan, el cual —sonrió tristemente Leonor—, en cuanto se enteró de la muerte de su hermano, se dirigió inmediatamente a Chinon, donde sabía se encontraba nuestro tesoro del continente. Roberto de Thornham, el senescal de la fortaleza, tenía ya órdenes más de entregárselo si se presentaba, pero casi fue más rápido en llegar él que en ordenar yo. No obstante, enseguida comprendió que no todo iba a ser un camino de rosas. Al

pasar por delante de Beaufort-la-Vallée, supo que su señor, Guillermo des Roches, se había adherido a Constanza de Bretaña y a su hijo, mi nieto Arturo.

—Inmediatamente ordenasteis a Mercadier que fuera a tomar la ciudad y el castillo, en tanto Juan se dirigía a Normandía para ceñir la espada y la corona de rosas de los duques de aquellas tierras. Fueron días en que las dificultades parecían acumularse sobre vuestras espaldas de mujer de setenta y siete años.

—De anciana, Blédhri, de anciana de setenta y siete años; no quieras suavizar un hecho. No obstante, supe enseguida que no podía pararme o mis señores no iban a aceptar a Juan, a quien todos conocían ya por sus veleidades y falta de palabra. Una vez más, con el corazón deshecho, pensé en ponerme en viaje.

—Visitamos vuestras tierras durante toda aquella primavera y parte del verano. Fue laborioso y lo hicisteis con el dolor de la mayor pérdida que habíais tenido que soportar. No obstante, también tuvisteis la satisfacción de contemplar cómo habían cambiado vuestras posesiones durante los años de vuestro mandato.

—Recuerdo con placer cómo veíamos crecer edificaciones y ciudades por doquier. La fuerza del agua ahora se aprovechaba para mover no sólo las ruedas que molían cereales, sino también para las fraguas, tornos, sierras, batanes... Nuestras donaciones habían hecho crecer monasterios, que a su vez habían construido bellas iglesias, donde la luz se enseñoreaba del recinto como si de la propia mirada divina se tratara. Habíamos conseguido multiplicar los mercados, lo que hacía que los trueques e incluso compras con moneda se redoblaran, logrando que se aprovecharan al máximo los excedentes de las cosechas. La población, bien alimentada, se reproducía como nunca hasta entonces, lo que hacía que el mayor número de bocas que alimentar obligara a agudizar el ingenio para conseguir una mejor utilización de sembrados, bosques o animales.

—También vuestra familia había hecho grandes construcciones de defensa, como las de Angers o la de Château-Gaillard; importantes infraestructuras, como el puente de Chinon; hospitales, catedrales como la de Poitiers, o incluso ciudades enteras, como la que Ricardo construyó sobre el Creuse... —Blédhri calló, dejando que la reina disfrutara de sus logros.

—Las ciudades... —reflexionó Leonor—. Cómo hube de cambiar y adaptarme a ellas y a sus distintas formas de gobierno. Recuerdo mi reacción en contra de los burgueses de Poitiers cuando, siendo reina de Francia, quisieron tomarse unas pocas libertades... Ahora era yo quien lo proponía y ellos, encantados, lo aceptaban, sin darse cuenta de que, una vez más, servían a mis intereses. Ciertamente es que los liberaba de sus impuestos, pero les imponía la obligación de pagar su defensa.

—Desde luego fue una jugada maestra por vuestra parte —admitió el anciano, nuevamente deslumbrado por los actos de aquella mujer, a la que había acompañado y servido durante toda su vida, pero que nunca dejó de sorprenderlo—. Los gastos de una posible defensa excedían, con mucho, los impuestos que pagaban. Hasta creo que Felipe de Francia lo está copiando en sus dominios. Administrasteis justicia e

hicisteis donaciones que propiciaron a vuestras gentes a aceptar lo que les propusisteis.

—«... Y para defender sus derechos y los nuestros y los de nuestros herederos, que ejerzan y empleen la fuerza y el poder de su municipio cuando sea preciso contra todo hombre, guardándonos siempre fidelidad^[7]...». —citó Leonor, cerrando los ojos, uno de los párrafos de las cédulas concedidas a sus ciudades y que, durante aquellos días, repetiría varias veces a Roger, su capellán, o a sus amanuenses, para que escribieran sus voluntades, consiguiendo así que los burgueses, cada vez más poderosos, aceptaran a Juan. Aunque ella nunca se hizo ilusiones. Sabía que el vínculo vasallático era sobre todo personal, y que su hijo, con su inestabilidad de temperamento, jamás sería capaz de conseguir el amor de sus señores.

—Y entonces —recordó Blédhri, nuevamente admirado—, vuestra jugada maestra.

—Desde luego lo fue, pero te aseguro, amigo, que pocas cosas en mi vida me costaron tanto esfuerzo como aquella mañana en Tours en que, sin la ayuda que alguno quiso prestarme, doblé la rodilla ante Felipe de Francia para ofrecerle vasallaje. Aún me escuece la mano donde él puso sus labios.

—Fue duro, pero de esa manera recordabais al franco que sus querellas con el rey de Inglaterra nada tenían que ver con vuestras posesiones, que en aquel momento eran todo el oeste, impidiendo así que el francés encontrara una disculpa para tomarlas para sí. Cuando, pocos días más tarde, os encontrasteis con Juan, estabais segura de haber hecho todo lo que estaba en vuestras manos para asegurarle el trono. El mismo rey lo entendió así.

—¡Oh! Sí, desde luego. En aquel momento me amó intensamente porque acababa de ponerle en las manos un juguete nuevo; es más, en el documento que firmamos, creo recordar que escribió algo así como... «que tenga el Poitou por todos los días de su vida... y no sólo queremos que sea la dama de estas tierras, que son nuestras, sino así mismo de nos y de nuestras tierras y posesiones^[8]...». Enternecedor... —se burló Leonor— pero te aseguro, Bléd, que en aquel momento mis sentimientos estaban tan a la deriva que quise creer que me amaba y que me había amado, a pesar de haber sentido siempre lo contrario.

—Y aún os quedaba una nueva prueba dolorosa...

—Sí, mi bella hija Juana, a través de la cual nuestra familia iba también a gobernar Tolosa, pues ya había dado un hijo a Raimundo, quien, por desgracia, era igual que su padre. Había tenido ya tres esposas, de las que se había deshecho enseguida. No obstante, yo confiaba en que la belleza y la sagacidad de Juana consiguieran hacerse con él, pero nadie cambia; si acaso para peor, a medida que pasan los años y las malas experiencias se acumulan —reflexionó la reina, con tristeza—. Hacía poco más de tres años que estaban casados; ya había nacido el heredero y Juana estaba nuevamente encinta. Raimundo andaba constantemente enfrentado con sus barones, a los que prometía, o incluso juraba algo, y después se

retractaba sin ningún recato. En una de sus frecuentes correrías, mi hija se encontraba sola en Saint-Félix y allí fueron algunos señores a hacerse con la plaza. Ella les hizo entrar en razón, pero luego los desórdenes crecieron y se vio obligada a poner sitio al castillo de Cassès. Sus propias gentes la traicionaron y quemaron su campamento. Logró huir y, sin poder contar con su esposo, decidió ir al encuentro de Ricardo para pedirle ayuda.

—En el camino, después de una tremenda cabalgada, se enteró de su muerte, y entonces, sabiendo de vuestro viaje y empezando a encontrarse enferma, fue a buscar vuestra protección.

—Cuando llegó a mí, estaba realmente agotada. Vi que sería imposible que pudiera seguir mi marcha, así que la envié a Fontevraud para que se repusiera. Efectivamente, allí pareció mejorar pero, sabiendo que yo iba a encontrarme en Rouen con Juan, tornó a ponerse en viaje para reunirse con nosotros. Llegó agotada y enferma; hubo de acostarse inmediatamente y su estado no hizo más que empeorar a medida que avanzaba su embarazo. Debió de encontrarse tan mal que entendió que su muerte estaba próxima y, dejando de lado cualquier interés, quiso tomar el velo de las religiosas de Fontevraud. Todos quisimos hacerle entender que debía esperar. Su hijo nacería y sin duda mejoraría enseguida y luego...

—Pero ella sabía, porque yo mismo se lo había dicho, que no podría recuperarse —recapacitó Blédhri con tristeza—. No quise engañarla porque vi que la toma del velo sería lo único que podría ofrecerle un poco de consuelo en el estado crítico en que se encontraba. Incluso Huberto Gautier, quien había llegado acompañando a Juan, intentó disuadirla, hasta que vos, comprendiendo también que su salud se deterioraba por momentos, llamasteis a la abadesa de Fontevraud, quien autorizó su entrada en el monasterio, a pesar de los inconvenientes de tener un esposo vivo.

—Pocos días después moría aferrada a mí, pidiéndome que me ocupara de su hijo. Ella también pensaba que yo podía con todo...

—Pero lo hicisteis. Apenas le cerrasteis los ojos, palpasteis su vientre y, notando moverse a la criatura, ordenasteis a los médicos que la abrieran para sacar al niño.

—Logré tenerlo en brazos, oírlo llorar y aún tuvimos tiempo de bautizarlo y durante algunos días pensé que podríamos salvarlo, pero pronto su boquita dejó de buscar los pezones que se le ofrecían y sus ojitos se cerraron para siempre. Lo hice enterrar junto a su madre. Era el mes de septiembre. Aquel año parecía que no acabaría nunca.

—Y de hecho, no os dejaron descansar porque enseguida Juan os habló de la posibilidad de retomar el asunto del enlace de Urraca, la hija de Leonor de Castilla, con el delfín de Francia. Y vos, rendida por los dolores y los intensos manejos políticos, recogéis al vuelo la idea y os ponéis en viaje a Castilla.

—Comprendí que la unión entre los Capetos y nuestra familia era la única posibilidad de impedir el desmoronamiento del entramado que con tanto esfuerzo había montado. Pensé que tal vez así el trono de mi hijo estaría más seguro y, además,

otra rama de mi árbol reinaría en Occidente.

—Aprovechamos la debilidad de Felipe, amenazado por el conde de Flandes en el Artois; también Guillermo des Roches había tomado partido por Juan y sobre todo estaba el problema de sus enfrentamientos con la Iglesia, por aquel incompresible asunto con su esposa Isambour de Dinamarca, a quien había querido repudiar al día siguiente de su boda.

—Sí, nadie supimos qué había ocurrido aquella noche en los aposentos del rey, cuando fue a consumir su matrimonio, pero el hecho es que se negó a volver a ver a su esposa y, además, enseguida se unió a Inés de Méranie, que creo que está embarazada, si es que no ha dado ya a luz.

—Pero Isambour no se resignó. Acudió al papa para que fuera valedor de su causa.

—Inocencio lanzó el entredicho sobre las tierras de Felipe, lo que consiguió asustarle aún más. En ese momento se decidió la boda de mi nieta con su heredero. Tampoco se resignó mi nuera Berenguela —recordó Leonor de pronto, relacionando mujeres luchadoras por sus derechos—. Acosó a Juan hasta conseguir su dote de viudedad. Y lo hizo muy bien, porque logró mil marcos de plata, que el rey debe pagarle anualmente, y dos castillos en Anjou y otro en Bayeux. No consiguió Berenguela dominar, como yo habría querido, a su esposo, pero tampoco era nada tonta, como me demostró después, sabiendo defenderse y exigir el cumplimiento de lo firmado ante el inconstante Juan.

—Deberíamos acostarnos, señora —sugirió Blédhri, observando cómo la reina se pasaba la mano por la frente y se frotaba los ojos—. Pasaremos unos cuantos días más en Castilla, tendremos mucho tiempo para terminar nuestro trabajo.

—Dices bien, amigo. Además, poco hay ya que contar. En realidad, lo más importante ahora será conseguir que mi nieta Blanca se despose con Luis. Espero que ningún acontecimiento imprevisto se interponga ante mi último deseo. Pienso que ella va a ser la garantía de paz que nuestros reinos necesitan.

Los días en la corte castellana volaban. Ya estaba Malemort de regreso y la nieve había dado paso a las lluvias. La temperatura se había suavizado hasta el extremo de que algunos días de sol las damas salían a pasear por los alrededores, envueltas en sus capas, buscando secretos entre los raquíuticos árboles y queriendo hallar rastros de las leyendas que habían escuchado la noche antes. Lo más que encontraban eran algunas setas, que se apresuraban a recoger en las cestas que todas portaban, y también algún amorío apresurado en un rincón umbrío.

Brianda se había separado del grupo principal porque la compañía y los juegos le resultaban insoportables. Debió ceder a la orden de Leonor, que hizo oídos sordos a sus disculpas para evitar salir del monasterio.

—No quiero ni escuchar los motivos que te inventes para justificar tu deseo de quedarte aquí sola y encerrada. Fuera hace un día precioso. Ya está bien de invierno; hay que empezar a salir al sol y permitir que nos acaricie la piel y se meta en nuestros

huesos. Tú aún no lo aprecias, pero te aseguro que no hay mejor medicina para todos los males; y si no pregúntale a Blédhri. Te veo ojerosa y demacrada y no es así como le gustaría a Pedro que estuvieses. ¡Vamos! ¡Toma una capa y sígueme!

No hubo más palabras y la reina partió con sus mujeres. Brianda hizo lo propio, pero, al salir al claustro, hasta el resplandor del sol la molestó. Cerró los ojos durante unos instantes, rechazando la luz y el calor. Era un recordatorio de vida y ella ya no veía el motivo de vivir más que por su deseo de venganza. Poco a poco, entre canciones, risas, carreritas y bromas, las mujeres se habían ido alejando del monasterio. Brianda las dejó que se adelantaran y pronto se encontró sola entre unos entecos robles, cuyas ramas aparecían forradas por un hongo que les daba un engañoso color verde. En uno de los laterales, un escuálido reguerito discurría flanqueado por esbeltos chopos. Los espinos, en los que ya querían empezar a brotar puntos de vida, y algunas matas de brezo, casi impedían el paso al claro central, en el que le pareció distinguir algunas setas pegadas a los bordes. Decidió entrar en él para recoger hongos que justificaran su ausencia. Había cortado apenas una docena cuando sintió a sus espaldas una presencia. Se volvió asustada y allí, mirándola, serio y concentrado vio a Malemort. Se extrañó de que se encontrara solo, sin montura, ni perros. Durante unos momentos temió que su vida corriera peligro, impidiendo así su venganza.

—He venido siguiéndote —le aclaró Elías, al notar su confusión—. Una de las mujeres de la reina, a la que llevo pagando mucho tiempo para vigilarte, me ha confiado que cree que estás preñada. Dice que te ha visto vomitar cada mañana, a pesar de que procuras esconderte para hacerlo. Quiero saber si es así y quién es el padre.

—¿Para tener la tranquilidad de matarme sin pensar que tal vez el hijo que espero es de vuestra sangre? —le espetó Brianda, habiendo ya perdido su miedo—. Pues lo siento, señor, habréis de esperar a que nazca para, vos mismo, contar los tiempos y llegar a la conclusión de si su padre es o no Pedro. Pero, de todas formas, desengañaos, el crío no os pertenece. Es mío y por tanto yo tomaré las decisiones. Un inconveniente, ¿no? Ante la duda no podréis matarme ni siquiera acusarme de brujería, como adivino que estabais deseando hacer, pues sabéis que si el niño es de vuestra familia, sería vuestro único consuelo, el de los padres de Pedro y el futuro de vuestra casa. De todas formas, no caviléis innecesariamente, de momento no podréis saberlo. Y en cuanto a si deseáis matarme, pronto podréis hacerlo; aunque, si lo pensáis bien, no estaría bien visto que dierais muerte a la madre del heredero de vuestra estirpe. Ni siquiera en absoluto secreto porque, ya sabéis, siempre hay alguien que se va de la lengua... Pero, en fin. Os aseguro que en cuanto cumpla un objetivo que tengo en mente yo misma os daré resuelto el problema. Y por el niño no os hagáis ilusiones; me lo llevaré conmigo allá donde decida ir.

—¿No estarás pensado...?

—Desde luego que sí, señor —asintió ella convencida—. Pero os aseguro que de

momento será imposible. Cuando consiga mi propósito, entonces... lo haré.

—Desde luego sois, sin duda, un engendro del diablo. Ningún hombre puede, ni podrá nunca tener paz a vuestro lado.

—Depende de a qué paz os refiráis —se burló Brianda, dueña ya de la situación.

—Os prohíbo...

—¿Me prohibís? ¿Vos? ¿Ahora? Me habéis quitado todo aquello por lo que podría haber seguido viviendo. Ya no tenéis ningún poder sobre mí. Ni vos ni vuestro sicario, al que enviáis a aterrorizar a mujeres y a matar niños, pues vuestro sobrino no era más que eso, un niño lleno de esperanzas y voluntad de hacer el bien. —La mujer calló un momento, ahogada por el recuerdo de las palabras de futuro que Pedro le había desgranado al oído, con precipitación, pero con convencimiento. En cuanto se casaran, le había dicho, regresaría a sus posesiones y tomaría el relevo de su padre. Allí, ella sería señora y sus hijos estirpe y su casa se convertiría en una corte feliz, donde cantarían trovadores y compondrían bardos...—: Ya no podéis hacerme más daño —aseguró, tragándose el dolor—; y a mi hijo tampoco, porque me lo llevaré conmigo en cuanto consume mi venganza.

—¿Qué pretendéis hacer? —interrogó Malemort, desarmado.

—Lo sabréis pronto; o... quizá no —jugueteó con él, componiendo una perversa sonrisa que heló la sangre de Elías, quien, a su pesar, retrocedió un paso—. Tal vez no lo sepáis nunca. Así viviréis siempre con la duda. Y ahora, lo siento, señor, pero he de seguir recogiendo setas, porque eso fue lo que me encomendó hacer mi señora. ¡Ah! —Se volvió cuando ya se alejaba—. Y yo que vos no informaría a la reina de la novedad. Estoy segura de que nunca os perdonaría el que hubierais introducido una espía entre nosotras. Cuando sea el momento, yo misma se lo haré saber, para que esté informada, no porque ella pueda impedir o acelerar mis proyectos, pero creo que, siendo mi valedora, tengo un deber para con ella, aunque sólo sea por que conozca la situación. ¿No lo creéis así? —interrogó con una dulzura e indefensión en la voz que desarmaron totalmente a Malemort, quien, temeroso de los recursos de aquella mujer, con un violento giro de su capa, desapareció entre los espinos.

A pesar de los fangos de los caminos, era ya preciso emprender el regreso. Blanca había de desposar a Luis de Francia en mayo. Llegó el difícil momento de las despedidas. Leonor pidió a su hija que se llegara a sus aposentos y allí, lejos de las miradas que enjuiciaban, se abrazó a Leni, sabiendo que aquella ocasión sería la última. La reina de Castilla lloró sobre su hombro, sin palabras, conociendo también que no vería más a su madre. Se sorprendió a sí misma pues, durante todos aquellos años pasados sin su compañía, apenas la había echado de menos. Pero ahora, una vez recuperada, supo que iba a costarle mucho prescindir de ella. Inexplicablemente, después de haber hecho su vida y tomado decisiones, cruciales a veces, ahora pensaba que sería difícil renunciar a la eterna seguridad de Leonor, quien parecía saber en todo momento lo que había que hacer para conseguir resolver el más espinoso asunto.

—No llores, mi niña —decía la reina, tratando de consolar a su hija, quien al oírse

nombrar con el tierno apelativo duplicó sus lágrimas, haciendo que la madre se las secara con su propio pañuelo, como cuando era pequeña y acudía a ella por algún descalabro sin importancia—. Siempre estaré contigo. Mis pensamientos te acompañarán y sólo con desearlo sentirás mi presencia. Al menos eso es lo que asegura Blédhri —quiso bromear la reina, quitando dramatismo al momento—. Cuando te enfrentes a un problema, escucha a tu yo interior, allí estaré yo y todos nuestros antepasados. Tu problema ya ha sido vivido antes, por lo tanto, ya tiene solución. Tranquilízate, todo irá bien en tu vida. Tu esposo te ama y tus hijos están sanos. Disfruta de ello ahora que lo tienes, deja que el tiempo de las lágrimas quede para el final. Y no te preocupes por Blanca; es fuerte y decidida como nosotras; será una buena reina. La has preparado muy bien y en estos días, en el viaje de vuelta, recompondré para ella mi pasado; eso la ayudará a diseñar su futuro. Y ahora vamos fuera, Alfonso y nuestras gentes nos esperan.

El protocolo se cumplió a la perfección. Todo fueron parabienes y sonrisas. Ni siquiera la pequeña Blanca dejó escapar una lágrima. Se inclinó ante sus padres, quienes también sonreían con una cierta lejanía, y, sin más, se dejó ayudar a montar su caballo, volviendo grupas hacia los portones abiertos, en pos de su abuela, quien ya salía bajo el arco de la entrada. Los días y las noches que aún restaban de viaje no se perderían y, aunque se detuvieran en algunos lugares que Leonor deseaba, no sólo para descansar, también para recoger su manuscrito en Saint-Sever, visitar a Teresa o comprobar que los enfrentamientos de los pamploneses, una vez cubierto el cupo de sangre, se habían detenido por el momento, el viaje iba a desarrollarse sin ningún evento digno de mención. A mediados de abril, Leonor y su séquito descansaban en Burdeos.

Brianda había tomado la costumbre de unirse, vestida de hombre, a los soldados de Mercadier, cuando en las noches salían en las ciudades donde se detenían a emborracharse y a buscar mujerzuelas en los prostíbulos. Estudiaba concienzudamente sus hábitos, confundida entre sus mercenarios, que ya la habían aceptado creyéndola uno más. Tenía incluso un nombre: Pedro, un muchachito un poco endeble y algo afeminado, que nunca se quitaba el birrete, casi limpio y sin roturas, y siempre desaparecía cuando acababan en los lechos de las prostitutas. La muchacha los acompañaba sólo de vez en cuando; quería evitar que la familiaridad que todos le mostraban llegara a gastarles alguna broma de mal gusto, porque ya se hacían chanzas respecto a su supuesta virginidad, o tal vez homosexualidad, y los hombres habían asegurado que sería conveniente «encerrarlo en un cuarto junto a una jovencita» porque no era apropiado que hubiera entre ellos alguien que no se hubiera acostado aún con una mujer o, si acaso sus inclinaciones fueran otras, «deberían aprovecharlas en caso de necesidad».

Aquella noche, en Burdeos, Brianda, en cuanto las mujeres de la reina estuvieron dormidas, tomó sus ropas masculinas en el hatillo en que las guardaba y salió al pasillo «con un mensaje de la reina», aseguró como solía a los guardianes. Se separó

prestamente de ellos y, en cuanto halló un rincón oscuro, se despojó allí de sus vestidos para enfundarse en los de un soldado. Guardó sus ropas y las arrinconó en la parte más sombría del recodo; luego, con paso firme, se acercó a las dependencias de los hombres. Sus voces se oían mucho antes de llegar al cuarto. Acababan de cenar y ya habían trasegado buenas cantidades de vino y cerveza. Ahora su prepotencia y excesos destilaban en sus conversaciones, cantos o discusiones. Se interrumpían, se empujaban, se golpeaban las espaldas y los hombros en desmañados compadreos o rivalidades. Se introdujo en el aposento, buscando los rincones más discretos. El olor, tan diferente de las estancias femeninas, le revolvió el estómago, al recordarle sus desgraciadas experiencias con el sexo masculino. Tomó un vaso que alguien había dejado abandonado sobre el tablero y se sentó a hacer que bebía, participando, con voz gruesa y bromas patosas, en la conversación que mantenían sus vecinos, quienes, sin mirarla, aceptaron sus intervenciones con risotadas y cabezazos de asentimiento. De pronto, alguien sugirió lo que Brianda esperaba, salir a buscar burdeles. Enseguida fue aplaudida la proposición y todos se levantaron para enfilear las puertas del palacio de l'Ombrière, donde estaban acuartelados. Pedro miró alrededor buscando a Mercadier, pero el capitán no se encontraba entre sus soldados.

—¿Habéis pedido permiso para salir? —preguntó a un viejo, de lo menos cuarenta y cinco o cincuenta años que marchaba a su lado, con cabellos y barbas ya blanqueados.

—Pues ni lo sé ni me importa —contestó con una risotada el hombre—. El jefe ya anda por las tabernas, así que supongo que sabrá que íbamos a salir. No te preocupes —rio de nuevo, golpeando los hombros de Pedro, quien estuvo a punto de estamparse contra el suelo—. Seguro que ya se lo han dicho, sino nadie se atrevería a insinuarlo. Y, por cierto, ¿desde cuándo estás enrolado? No hace demasiado, ¿verdad? —se contestó a sí mismo.

—Pues, no. Llegué por el Camino.

—¡Ah! Eso está bien —enseguida cambió la actitud del soldado—. Yo hice una vez el Camino, cuando era joven; hará... —dudó— lo menos veinte años. Me pagaron por formar un pequeño destacamento que acompañaba a una gran señora a la tumba del apóstol. Ya sabes, caprichos de damas, porque te aseguro que era tan beata que no necesitaba ni rezar. Seguro que ya estará en el cielo, porque era bastante mayor entonces. Creo que tendría lo menos veintiocho o treinta años... Pero —calló el hombre como si quisiera buscar palabras para expresarse—, verás, allí se nota algo. Mundos distintos, que desde cualquier otro lugar son imposibles de sentir. No sé si son las estrellas las que laten al ritmo del corazón o este toma su cadencia. Pero entras en una armonía que... —se contuvo porque pensó que si alguien le oía perdería su hombría por emplear palabras que había oído a trovadores y que le habían parecido hermosas, pero que desde luego no podía usar si pretendía ser respetado por sus compañeros—. Es como si de repente quisieras ser bueno para siempre —resumió, dejando de lado aquella «maldita parte creativa» que lo impulsaba fuera del

mundo real, haciendo peligrar su prestigio—. Luego se te olvida y además tienes que sobrevivir, pero allí... De todas maneras, si estás de vuelta sabrás de lo que te hablo.

—Sí, desde luego —se apresuró a asentir Pedro—. Cuando escuchas los cantos en la catedral piensas que tú también podrás ser bondadoso e incluso tener un lugar en el cielo... Pero después —negó, plegando los labios—, cuando sales de allí, sabes que tienes que comer y sólo conoces un modo de conseguirlo.

—Eso es —cabeceó el viejo—. Pero te aseguro que a veces me acuerdo de aquello y desearía poder vivir de otra forma. En fin —rio de nuevo de forma estentórea—. Como sabemos que eso no es posible, vamos a disfrutar de lo que tenemos aquí porque, desde luego, el infierno nos espera.

Se habían ido internando por las callejuelas que corrían paralelas al río. La humedad enfangaba las calles y escurría por las paredes de las casuchas que las flanqueaban. Los hombres se iban deteniendo en las tabernas con las que se topaban y que, por una u otra causa, eran de su agrado. Pedro, mientras daba conversación al soldado, evitando así que otros interactuaran con él, observaba atentamente los garitos, por ver si en alguno de ellos se encontraba el capitán. El grupo que aún caminaba había menguado mucho; apenas quedaban ocho o diez varones, que cantaban, apoyándose unos en otros, en un precario equilibrio. Y entonces lo vio. Mercadier, sentado en el banco de una tasca, acariciaba los pechos de una muchacha, casi una niña, que apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—Te invito a un trago —dijo Pedro al hombre, señalando la leonera.

—¿Tienes monedas para tirar? —se asombró el viejo, mirándolo con ojos redondos de admiración.

—No, apenas unas pocas, pero sé que tal vez mañana, o quizá esta misma noche, un puñal me buscará las entrañas, así que no quiero tener nada que perder. Venga, acompáñame —decidió, entrando ya en el local. Los sudores, el vino derramado, la cerveza agria y las coles que cocían en la gran chimenea que ocupaba aproximadamente la mitad de uno de los muros, conseguían que el ambiente fuera casi irrespirable. Golpes de viento hacían retroceder el humo a causa del mal orientado tiro, espesando la atmósfera y ennegreciendo los contornos de objetos y personas, que aparecían difuminados. Colgados de pesadas pregancias, grandes potes de hierro se dejaban lamer por el fuego, a la espera de que alguno de los parroquianos pidiera un plato de estofado de cerdo, o un caldo de nabos y berzas con tocino. Las pasiones desatadas podían olerse también en el ambiente. Las manos de los hombres buscaban constantemente; sus dientes, casi fuera de la boca, junto con sus ojos brillando con una luz extraña y un toque de imposición, convertían sus gestos en algo animal o casi luciferino. Pedro contuvo las arcadas que sintió subir desde su maltratado estómago y, buscando el rincón más umbrío, fue a sentarse, seguido del soldado, quien había comenzado a respetarlo y que pensaba que no estaría mal conseguir emborracharlo para desahogarse sin tener que pagar a una de aquellas sucias mujerzuelas, las cuales, en cuanto se daban cuenta de sus tensiones, lo

esquilaban sin compasión.

Bebieron en silencio, o al menos eso creyó el viejo. Pedro apenas se llevaba a los labios, de vez en cuando, el vino agrio, cuyos efluvios hacían peligrar la precaria estabilidad de su vientre. Cuando el vaso de madera de su acompañante estuvo vacío, en un descuido de este, lo cambió por el suyo propio. El hombre, despistado, en un movimiento maquinal se lo llevó a los labios y, para su alegría se encontró que aún quedaba mucho más vino de lo que él pensaba, así que, sin hacerse preguntas, trasegó un buen buche y luego otro y otro. Pedro esperaba, como cada noche de las que había salido. No sabía muy bien cuáles eran sus intenciones ni cómo llevarlas a cabo; se limitaba a aguardar la ocasión propicia, pero, hasta el momento, no sólo no se había presentado, sino que ya sabía que un número determinado de hombres, tres o cuatro, según las ocasiones, acompañaban a su jefe en todos y cada uno de sus movimientos. Incluso cuando los líquidos ingeridos encontraban su camino y había de salir a orinar, alguno de estos hombres lo hacía con él, de manera que el capitán nunca se encontraba solo. Desde el nefasto día de su violación, había intentado en diferentes ocasiones echar mano de aquellos extraños poderes que surgieron en su mente, pero ahora no respondían. Parecían estar arrinconados por la violencia sufrida. Quizá, discurría, esa violencia los había hecho manifestarse y también los había vuelto a borrar. Por eso sabía que podía contar, exclusivamente, con sus propias armas, y esas no eran nada frente a tres o cuatro soldados. Aquella noche andaba algo angustiada; se sentía presionada por el tiempo. El viaje estaba prácticamente acabado, pues la reina no acompañaría a su nieta más que hasta las proximidades de Fontevraud, a donde se dirigiría con sus mujeres. Después, la princesa sería confiada a Malemort, quien sería el encargado de conducirla hasta Normandía donde se celebraría la boda, por encontrarse las tierras de Felipe de Francia en entredicho, debido a sus veleidades con su esposa legítima. Pedro sabía que esta noche podía ser la última en que podría realizar su venganza para que los acontecimientos se desarrollaran como había pensado. Si hoy no se presentaba la ocasión, habría de buscarla por su cuenta, marchándose sin explicaciones. Y esa no sería buena solución para encajar sus planes posteriores.

Mientras rumiaba sus preocupaciones, no dejaba de observar al capitán, quien ya había pasado a sentar a la jovencita sobre sus muslos, alzándole las faldas hasta casi desaparecer debajo de ellas. Nadie, excepto él, le prestaba atención; todos estaban muy ocupados con el vino, que trasegaban sin cesar, o con las rameras de turno, quienes simulaban reír sus gracias con los dientes apretados, y que fingían acariciarlos con desmañados toqueteos, buscando provocar una culminación que las liberara cuanto antes de los babosos arrumacos. Sólo algunos, aún desasistidos, como el viejo que tenía al lado, se movían inquietos. La atmósfera de lujuria que los rodeaba excitaba sus sentidos y empezaban a mirar alrededor, buscando un vientre o un intestino —tampoco eran demasiado exigentes a la hora de vaciar sus tensiones— donde poder descargarse de aquel desasosiego que los inquietaba hasta el extremo de

volverlos mucho más agresivos de lo habitual.

Pedro había pedido más vino para retener a su acompañante, al que, por su edad, suponía algo más equilibrado que el resto; esperaba que su presencia iba a librarlo de otras relaciones indeseadas, pero, de pronto, una manaza del hombre cayó sobre uno de sus muslos y, comenzando una rápida ascensión, llegó hasta el lugar del abultamiento que debería encontrarse entre sus piernas. Al no hallarlo, la boca del hombre se abrió en una perplejidad que le hizo retirarse aturdido, sin saber si lo que había tentado era real o sólo una alucinación de incipiente borrachera. Pero no, se dijo a sí mismo, apenas había bebido ocho o diez vasos, contando con los que había consumido en la cena... Lo que acababa de palpar no se parecía en absoluto a los genitales de un muchacho. Pensó, en escasos segundos, que lo mejor era insistir para dejar claro el asunto. Su mano volvió a deslizarse sobre el muslo, que ahora percibió mucho más redondo y cálido, pero, apenas sus dedos se aferraron a la carne, la punta de un puñal se clavó en su mano, haciéndolo berrear de dolor. Pedro se apresuró a separarse, pero el hombre, acostumbrado y entrenado para defenderse, se levantó, ignorando la sangre, que goteaba manchando a todos los que lo rodeaban y enfangando aún más el suelo. Sacó su espada y se puso a perseguir al muchachito, quien trataba de llegar a la salida del garito. En poco tiempo todos los presentes se habían levantado y, sin conocer cuál era el problema, habían echado mano de sus armas, para enfrentarse no sabían muy bien a qué o a quién.

—¡Quiere sodomizarme! —gritaba Pedro, mientras se escurría por entre los grupos, tratando de hallar aliados que lo defendieran de las iras del herido.

—¡Deja al chico, Guy! —gritó alguien, queriendo poner paz, pues no le habían dejado alcanzar el placer que estaba a punto de estallar en su vientre.

—¡Olvídame, cabrón! —le contestó el viejo, lleno de ira, sorteando él también a los presentes.

—Deberías buscarte una muchacha; no sabíamos que te gustaran los niñitos —dijo otro con sorna, haciendo que todos rieran.

Guy se volvió al que acababa de hablar y, sin más, enterró su espada en el vientre que aún se convulsionaba por la risa. Su víctima, llena de asombro, lo miró, preguntándose mientras caía por qué no había entendido su broma. La pelea se generalizó. Todos se olvidaron de Pedro y se enfrentaron, defendiendo o atacando a Guy. El muchacho, debido a su pequeño tamaño, casi desapareció en cuanto todos los hombres, empujando a las jóvenes, que huyeron hacia las paredes, se pusieron en pie. Él siguió a las chicas y, escondido entre ellas, buscó con los ojos la puerta de entrada. Y entonces vio a Mercadier tratando de ajustarse las ropas, que andaban sueltas por servir a sus instintos. Se encontraba a pocos pasos de él. Algunos hombres lo rodeaban, pero prestaban atención a los que peleaban, olvidados por completo de las mujeres que se apiñaban a sus espaldas. Pedro se aproximó al capitán y, sacando de nuevo su puñal, lo hundió entre los omóplatos de Mercadier. El hombre se volvió, aturdido por el dolor y la sorpresa. Entonces, Brianda se arrancó el birrete y los

cabellos se desparramaron sobre sus hombros. Mercadier abrió la boca. Nadie que lo hubiera visto habría llegado a saber si por sorpresa, miedo o intención de avisar a sus hombres, los cuales le protegían con sus cuerpos, dándole la espalda, pensando que ninguna amenaza podría venir de las aterrorizadas mujeres que se apiñaban junto al muro, mirando, ellas también, la reyerta. Sólo un leve ronquido salió de sus labios, en tanto su corpachón se deslizaba lentamente al suelo. Sus ojos quedaron asombrados, fijos en los cabellos de Brianda. Pedro volvió a colocarse el birrete, mientras se colaba entre la confusión, siempre mezclado con las mujeres. Se apresuró hacia la puerta, que traspasó enseguida, emprendiendo una loca carrera por las callejuelas más apartadas hacia el palacio de l'Ombrière, donde, al llegar, se acercó trastabillando como si una gran borrachera dominara su cuerpo. Oyó algunos chascarrillos de los guardias de la puerta y, una vez dentro, tornó a correr por los tenebrosos pasillos hasta el rincón donde había dejado sus ropas. Una vez cambiada, entró en las cocinas, donde aún ardían, como ella había previsto, las grandes chimeneas. Arrojó a una de ellas su hatillo y, de prisa, se fue acercando a las habitaciones de la reina. Al estar próxima dejó de apresurarse, tomó aspecto de dignidad y se acercó a los portones donde uno de los guardias dormía. El otro, al verla, le pateó, pero Brianda se detuvo, mirando levantarse al durmiente, para que quedara muy claro que lo había visto. Les sonrió dulcemente, encogiéndose levemente de hombros. Los hombres bajaron la cabeza y no osaron hacer ningún comentario y ella, con lentitud y sigilo, abrió las puertas y se coló dentro.

Al poco oyó el ajeteo que se produjo en todos los rincones del palacio. Se mantuvo callada y muy quieta en su lecho hasta que, al amanecer, alguien entró a avisar a la reina.

Leonor preguntó qué había sucedido y cuando le informaron de que Mercadier había caído en el curso de una riña de taberna, se limitó a plegar los labios y a cabecear asintiendo.

En los días siguientes todos los hombres del mercenario se dispersaron por la ciudad, buscando al responsable de la muerte de su jefe. Interrogaron, golpearon, maltrataron, e incluso sobornaron a cualquiera que hubiera estado en la taberna o cerca de ella aquella noche, pero nadie sabía nada. Sólo un soldado, después de cobrar buenos cuartos, había recordado que Guy, el abuelo, como todos le llamaban, había sacado su espada y había atacado a uno de los suyos, pero no era capaz de saber por qué lo había hecho y sería imposible interrogar a Guy, porque fue uno de los primeros en caer, destripado por el mejor amigo del mercenario al que él había dado muerte.

Leonor ordenó unas honras fúnebres discretas pero llenas de rezos especiales por Mercadier. Todos eran conscientes de que había muerto sin el perdón y también sabían de su vida y milagros, así que, por agradecimiento a sus servicios, compró algunas oraciones y mandó celebrar varias misas en todas las iglesias de la ciudad, a pesar de que Malemort meneara la cabeza dubitativamente cada vez que le hablaba de

rezar por el soldado.

Elías se acercó, en uno de los momentos en que se hallaba en los aposentos reales, hasta Brianda que, al verlo venir, le sonrió dulcemente, acariciándose con ternura el vientre, que ya comenzaba a notarse al tensar sobre él las pesadas faldas.

—¿Por qué murió Mercadier? —Casi susurró el arzobispo, con un cierto temblor en el tono.

—Porque había llegado su hora, señor —contestó la muchacha, abandonando su bastidor para acercarse al arzobispo—. No debéis mostrar curiosidad; el misterio debe contemplarse con precaución, pues puede deslumbrarnos y empujarnos, incluso, a buscar el lugar del que no se vuelve. Dejad de contemplar la muerte o adelantaráis la vuestra y os aseguro que uno puede anticipar su momento dependiendo de sus obras. Pero eso vos lo sabéis mucho mejor que yo. Sólo el ignorante se siente libre. Vos estáis en contacto con el más allá y vuestra voz se escucha en Lo Alto y conocéis que nuestros actos condicionan no sólo nuestra vida, sino también nuestra muerte. ¿Habéis hecho algo que os haga temer? No lo creo —se contestó a sí misma enseguida, impidiendo que Elías lo hiciera—. Vos sois un hombre de Dios y, aunque en algún momento mantuvierais tratos con Mercadier, ignorabais los métodos de que se valía el capitán para cumplir vuestras órdenes. ¿No es así, señor? Pero, mirad, la reina nos observa. Sería conveniente que os alejarais de mí; no es normal que vos y yo mantengamos una conversación, ¿verdad, arzobispo?

Malemort, sin mirar hacia Leonor, se separó de la joven, acercándose al resto de los cortesanos que rodeaban a la reina. Estaba preocupado; asustado, más bien. Sabía, aunque no podía probarlo, que la muerte de Mercadier a Brianda había sido debida. Desde luego la mujer debió de pagar a alguien para que lo realizara, pues ella nunca habría podido salir del palacio sin que la viera la guardia. Además, después del ocaso los aposentos de la reina eran un lugar de descanso y nadie se atrevía a hacer otra cosa que dormir, por no molestarla. Había interrogado incluso a los guardianes de sus puertas y ambos aseguraron que se habían mantenido despiertos toda la noche y que no habían visto nada sospechoso. Seguramente los tratos de aquella perversa mujer con el Maligno habían logrado la desaparición del capitán y ahora temía por su propia vida. Pero no podía comentar sus sospechas con nadie y mucho menos con Leonor. Se había limitado a pagar generosamente a la muchacha que espiaba a Brianda y a doblar su guardia personal, pero se despertaba en las noches empapado en sudor y lleno de terrores, esperando de un momento a otro la venganza de aquella maldita mujer, que la reina se empeñaba en mantener a su lado por cumplir, decía, la palabra que había dado a un moribundo. Él le había asegurado en más de una ocasión que podía liberarla del juramento, pero Leonor se empeñaba, afirmando que la muchacha era un encanto y que siempre estaba a su lado cuando la necesitaba. El arzobispo pensaba en seguir insistiendo y, si conseguía convencer a la reina, él se haría cargo de Brianda hasta que pariera, encerrándola en alguno de sus muchos castillos. Entonces calcularía los tiempos para ver si el niño podría ser hijo de su

sobrino y, después de que el pequeño llegara al mundo, se lo arrebataría a la madre y se desharía de ella. Aún no sabía cómo, pero seguro que encontraba un método para no dejar ni testigos ni huellas. Tal vez simplemente un veneno administrado después del parto. Eran tantas las mujeres que morían al parir... Ahora partiría con la princesa Blanca hacia París, pero ni aun lejos de Brianda se encontraba seguro. Si el niño era su sobrino habría de nacer, como mucho, en septiembre. Para entonces, aprovechando cualquier noticia o sucedido, acudiría a Fontevraud y, una vez allí... —Sin sentirlo, sacudió su cabeza, negando—. No quería pensar en los meses futuros; le parecía que si él no tenía en la mente ningún proyecto claro, ni el mismísimo diablo podría actuar en su contra. Sabía que sus poderes eran tremendos y que podrían alcanzarle en cualquier lugar donde se encontrara. No debía proyectar, y mucho menos imaginar, sus pasos futuros. Dejaría que el tiempo discurriera e iría decidiendo a medida que los acontecimientos se fueran presentando. Ahora no tenía más defensa que la oración, a la que cada vez dedicaba más tiempo, e incluso el cilicio y los azotes que él mismo se propinaba. Nunca habían sido métodos que empleara, por sentir que, al no poder hacerlos públicos, no conducían a nada. Recordaba a Thomas Becket. Nadie sabía que martirizaba sus carnes, hasta el momento de su muerte, cuando, al ir a lavar su cadáver se encontraron con un cilicio que arañaba constantemente su piel. Bueno, al canciller le había servido como un aditivo más a su aureola de santo, pero como él no tenía, al menos de momento, ningún interés en dejar la tierra, el torturar su cuerpo sin ningún provecho inmediato siempre le había parecido idiota. No obstante, ahora había decidido hacerlo a mayor gloria de Dios y, sobre todo, porque Él depositase en su humilde figura sus ojos y lo protegiera del Maligno que, estaba seguro, moraba en Brianda.

El veintitrés de mayo, en Port-Mort, se celebran las bodas de Blanca y Luis. La ceremonia revistió toda la pompa que era posible en las difíciles circunstancias que atravesaba el reino, debido a los caprichos de Felipe de Francia. Los dos jovencitos —Blanca contaba doce años y Luis unos pocos meses más— eran hermosos, rubios, de ojos claros y mirada ingenua. La princesa, a pesar de haberse traído consigo algunos acompañantes castellanos, apenas sonrió cuando le presentaron a su prometido, ni siquiera cuando vistió su costoso atuendo de novia ni al pronunciar sus votos de desposada. Si al menos su abuela estuviera allí, pensaba mientras se dejaba conducir de un lugar a otro, sin resistencia, pero sin entusiasmo. Alguien le informó que viajarían hacia París y que, una vez allí, continuaría sus estudios junto con algunos jóvenes de importantes familias que ya moraban en la corte. Además de Mincia, Rodríguez y García, acompañantes de Blanca, estudiarán con ellos y compartirán también sus diversiones Teodobaldo de Champaña, Juana y Margarita, hijas de la condesa de Flandes, Arturo, el conde de Bretaña y su hermana Leonor, los hijos de su tío Godofredo... Por contestar algo, Blanca se interesó por los temas que estudiarán: Gramática, Música, Geometría, Astronomía, Latín, las Sagradas Escrituras... además de montar y cazar en los grandes bosques de Fontainebleau o de

Vincennes. «Y —pregunta con timidez— ¿podremos escuchar a bardos o trovadores y tal vez bailar o cantar o recitar poemas?». «Estoy seguro de que sí, señora, si vos lo deseáis. Alguna velada podréis hacerlo», le contestan, sin mirarla a los ojos, como queriendo escapar sin molestarla demasiado.

La llegada al sombrío palacio de la Cité, en un día lluvioso y oscuro, en que la niebla del Sena se pegaba a los velos y a los vestidos, haciéndolos pesados e incómodos, hizo que la princesa se envolviera en su capa hasta casi tapar sus ojos, por no ver el lúgubre entorno que, a partir de ese día, iba a convertirse en su hogar.

Aceptó, echando mano de su adiestramiento, los parabienes de los presentes, incluido su suegro, un caballero de cara alargada y enrojecida, que hacía juego con sus cabellos, hirsutos y mal peinados le parecieron a Blanca. En ella, muy dentro, vivían las costumbres y formas de ser de sus padres, sobre todo de su madre. Recordó, al ver al rey francés, la figura siempre atildada e impecable de su padre, su cordial sonrisa y sus elegantes maneras. El franco no respondía en absoluto a la imagen que la joven tenía de un rey. Y luego, aquellos personajes casi tétricos que se inclinaban ante ella, vestidos con ropas en las que se podía adivinar el excesivo uso de colores tristes y aburridos adornos; los salones, destemplados, grandes y destartados, con escasos muebles, en los que las velas apenas conseguían iluminar un pequeño cerco alrededor, le infundieron temor. Alguien explicó, respondiendo a sus preguntas, que las chimeneas no estaban encendidas porque ya estaban en primavera y el frío apenas se sentía...

Aquella noche, Blanca lloró, recordando el límpido cielo de sus lejanas tierras, la alegría de la corte de su padre, la cual su madre se encargaba de mantener, invitando a cualquier persona que pudiera ser interesante o que tuviera algo que enseñar o compartir. Contempló los escasos leños que, por petición expresa suya, alguien había hecho arder en la chimenea. Se encogió friolera en la cama porque si estiraba las piernas podía sentir la humedad de las ropas. La noche le pareció larga y lúgubre. Notaba los movimientos impacientes de las muchachas que la acompañaban; ellas tampoco dormían. Les susurró sus temores y lloraron juntas por la vida perdida y por esta que, sin remedio, todas habían de aceptar.

Leonor se había despedido de su nieta con dolor impropio de ella. Conocía, porque durante su viaje apenas se habían separado, los valores de la jovencita, pero había vivido en una corte cálida, alegre y divertida, como habían sido las suyas propias, y recordaba con precisión sus años junto a Luis, aburridos y oscuros, negando la vida y sus placeres, incluso los más pequeños. La austeridad rayaba la miseria y Blanca sólo era una niña. Y, al fin y al cabo, ella había llegado a París como reina; la pequeña sólo era la esposa del delfín, ambos bajo el control del maléfico Felipe, quien, además de tener el soporífero temperamento de su padre, poseía una suerte de tenebrismo que lo hacía temible, no sólo para sus enemigos, también para los que consideraba sus compañeros y adláteres. La reina sabía que pocas cosas de las que ella había conseguido introducir en aquella tediosa corte habían conseguido

pervivir. En cuanto se había ido, Luis se apresuró a borrar sus huellas, convenciendo a todos los cortesanos de que aquellos divertimentos eran cosa del maligno y que sus únicas obligaciones eran trabajar por el bien de los pobres y las iglesias. Es indudable que los deseos de un gobernante se convierten en leyes y, lo que es peor, acaban por ser una verdadera moda, que todos defienden como una seña de identidad. Por eso, cuando abrazó a Blanca para dejarla partir hacia su destino, le susurró al oído:

—No será fácil al principio, pero ten paciencia, ya llegará tu momento.

No obstante, los ojos llenos de lágrimas de la niña le contaron que el futuro era algo demasiado lejano para ella y que lo que realmente le importaba era el presente, el cual, hasta ese momento, no había sido una realidad, entretenida con las historias de Blédhri, los cantos de los trovadores y los consejos de la dama, quien, a pesar de su edad, achaques y dolores existenciales, aún sabía reír. Ahora debía enfrentarse a lo desconocido, pasar a manos de personas extrañas, de extrañas maneras y, lo que era más difícil, convertirse en la esposa de otro niño que, según le habían dicho, rezaba demasiado y jugaba poco. Pero su destino estaba ya trazado y ella se dejó llevar, volviendo de vez en cuando los ojos hacia la abuela, que la despedía con la mano.

CAPÍTULO 18

Leonor tomó inmediatamente la dirección de Fontevraud. Mientras marchaba por el serpenteante camino que llevaba a la abadía, saludando condescendiente a los campesinos que trabajaban sus tierras o conducían sus ganados, pensaba en cuánto le gustaría poder cambiarse por su nieta y comenzar de nuevo. Ahora, viendo las torres a los lejos, deseó llegar, pero sólo para descansar del largo viaje; luego, aunque fuera desde allí, continuaría llamando y recibiendo a alguno de sus señores para tratar de suavizar los desmanes que, estaba segura, iba a cometer Juan. Se preguntó por qué uno, por el simple hecho de ser viejo, si la cabeza, como era su caso, seguía funcionando bien, había de hacer dejación de sus poderes o costumbres o formas de vida. En realidad, pensaba mientras se acercaba a los imponentes edificios, en cuanto traspasara aquellos portones estaría dejando fuera la existencia porque, a partir de ese momento, por mucho que se empeñara y su alma, e incluso sus decisiones, fueran las de una reina, aunque la respetaran, nadie la reconocería como tal; sería sólo un comparsa, ya nunca la soberana. De todas formas, no iba a ser fácil terminar con ella. Mandaría sus espías a todos los lugares donde la vida se desarrollara. Así, incluso podría adelantarse a muchos problemas de los que, estaba segura, habría de sacar a Juan.

Pasó bajo los arcos de entrada a la abadía y se dejó desmontar de su yegua, a la que palmeó el cuello, agradecida de los muchos momentos en que la había soportado durante aquel largo viaje.

—Ahora podrás descansar —le susurró junto a la oreja, como si el animal pudiera entenderla—. Pero no te preocupes, tú aún eres muy joven, no te aburrirás en los establos, yo haré que te saquen a pasear cada mañana. Podrás olisquear las margaritas, mordisquear las hierbas y calentarte al sol. Déjate llevar, pero espérame, quizá algún amanecer aún pueda montarte.

Seguida de sus fieles mastines, sus mujeres y las monjas que habían acudido a recibirla, se internó en las estancias a ella dedicadas, las cuales, a pesar del sol primaveral, se caldeaban con alegres fuegos, que parecían aportar vida a los salones.

Enseguida, después de reposar unas pocas horas, llamó junto a sí a Blédhri, a sus amanuenses Josselin y Raoul y a Roger, el capellán. Quería comenzar a dictar cartas y a tomar decisiones respecto a las personas que, siguiendo sus instrucciones, deberían moverse por las cortes que le interesaba controlar.

La calidez y los largos días se hicieron con el tiempo. Leonor se levantaba muy temprano y recibía entonces a sus mensajeros o espías, que llegaban para hacerle saber el estado de sus tierras y el talante, siempre levantisco, de sus señores. Sabía que había que tratarlos con mucha consideración, incluso con delicadeza. Ella había tenido, allá en su juventud, ocasiones en que, llevada por su orgullo de casta, quiso imponerse sin explicaciones o por la fuerza de las armas; nunca pudo con ellos así. Luego aprendió enseguida que su aparente fragilidad femenina y sus maneras educadas y corteses podían manejarlos con mayor eficacia. Esa fue una de las razones de sus «cortes de amor». Los caballeros, además de su juramento vasallático al señor, hacían otro a su esposa, «la dama», que los ligaba a ella, facilitando así el poderío de su casa ante los turbulentos e incluso agresivos jóvenes. Dominaba a sus caballeros por «cortesía» y amor platónico, aunque en algunos casos tuviera que ir más allá, premiando a quien lo hubiera merecido, con graduales concesiones de sí misma, de las que indudablemente también disfrutaba, aportando su colaboración a las necesidades de sus dominios. Daba y conseguía placer, evitando siempre un coito que pudiera contaminar el cuerpo femenino y los próximos hijos del marido legítimo. De ahí que la mayoría de los esposos no parecieran celosos. En realidad, pocos lo estaban; se limitaban a utilizar de una forma nueva a las mujeres, quienes, a su vez, cubrían con aquel juego su necesidad de lograr una identidad propia en un mundo de hombres.

Leonor había advertido a Juan. Los señores debían mandar, más por convencimiento o afecto de los súbditos que por su propio poder o cantidad de posesiones, las cuales, en muchos casos, eran menores que las de aquellos que les rendían vasallaje. Sabía que los arrebatos y caprichos de su hijo lo llevarían a enfrentamientos con sus barones. Temía por lo conseguido hasta entonces con tanto esfuerzo. La paz y la unidad eran determinantes para que los hombres se dedicaran a incrementar sus cosechas y sus ganados, pero sobre todo para el comercio, que a tantos burgueses estaba enriqueciendo y, por ende, a los nobles a los que debían pagar tasas e impuestos. Juan sería incapaz de hablar el idioma que sus señores entendían. A ella también le había costado trabajo, pero es que nadie la había aconsejado. Había tenido que equivocarse muchas veces hasta aprender. En cambio, Juan estaba muy bien advertido. Le dejaba las tierras pacificadas y a los barones, si no convencidos, al menos en suspenso, concediendo una tregua para comprobar las nuevas dotes que ella les había asegurado haber encontrado en la mayoría de edad de su hijo. Si no era

capaz de gobernarlos, no sería por falta de información. No obstante, la reina no quería ofuscarse; conocía muy bien a Juan; nunca sería un buen político. Era agresivo e intolerante y el poder con el que había sido investido, que en ningún caso, a pesar de sus insidias, había soñado conseguir, le había vuelto aún más mezquino y prepotente.

Hoy le informaban de que Hugo le Brun, el señor de Lousignan, había invitado a Juan a sus esponsales. Quizá para hacerle olvidar la afrenta hecha a su madre, cuando le negó el paso por sus tierras si no le concedía el condado de La Marche. Hugo está exultante porque su jovencísima esposa, Isabel, de catorce años, va a aportar al matrimonio el condado de Angulema. Por eso ha decidido cerrar enfrentamientos y conseguir apoyos; quiere que el rey acuda para celebrar con él su triunfo. Pero Juan, ya que ha tenido que prescindir de Mercadier, quien había jurado vengarse de Hugo, no olvida. Acude a la firma de los compromisos, con la idea de hacer suyo el deseo del mercenario muerto.

Cuando Leonor conoce sus intenciones le envía enseguida mensajeros. No es momento para venganzas, le advierte. La posición del rey, después de repudiar a su esposa Havise, no es demasiado estable. La familia de la mujer está resentida y la Iglesia no muy convencida de las razones argüidas para conseguir el divorcio. Juan tranquiliza a su madre. Puede estar segura de que no hará nada que ponga en peligro su estabilidad. Muy pronto el asunto de su separación se olvidará porque ya ha enviado una embajada al rey de Portugal para pedirle la mano de su hija. En cuanto haya una nueva reina, las gentes se tranquilizarán y nadie volverá a acordarse de la anterior.

Apenas un par de meses después, Leonor se entera de que Juan, después de un extraño intercambio de mensajeros con Felipe de Francia, viaja a las tierras del de Lousignan. Hugo, un hombre en plenitud de fuerzas con sus cuarenta años, parte de noche y con una pequeña escolta hacia la costa. Nadie sabe cuál es su misión; de hecho, nadie conoce siquiera su marcha. La reina quiere noticias, pero su hijo no contesta a sus apremiantes misivas. Sus espías le dicen que Juan anda por tierras de Aymar de Angulema, el padre de Isabel, la prometida de Hugo. Y enseguida conoce la sorprendente noticia. El rey, con el consentimiento del padre de Isabel, ha desposado a la bella joven, a la que no ha podido olvidar desde que asistió a la firma de su compromiso con el de Lousignan.

Leonor deduce entonces los motivos de los manejos de Juan. Encaprichado por la muchacha, se ha propiciado primero al rey de Francia, alejando después al prometido para que no esté cerca antes del enlace.

—Pero —la duda surge inmediatamente— ¿qué habrá ofrecido a Felipe para conseguir atraérselo?

—Señora —contesta Blédhri, quien ayuda a Josselin a ordenar los últimos mensajes recibidos—, lo sabremos muy pronto. No creo que los barones del Poitou dejen de aprovechar la circunstancia para conseguir prebendas a cambio de su

silencio. O por el contrario, buscarán con más ahínco sus libertades, apoyándose en la felonía del rey, que, con su acto, ha roto el vínculo de honor en que se basa el vasallaje.

—Me temo que después de esto no voy a poder convencerlos de nuevo de que mi hijo ha cambiado y de que puede ser el digno sucesor de su hermano.

—Además, hay otra pregunta que surge de inmediato —añadió el anciano a sus elucubraciones—. ¿Cuál sería la misión que vuestro hijo encargó a Hugo para hacerle dejar sus tierras? Obviamente hubo de convencerlo de que era algo necesario y de que iba a reportarle algún beneficio...

—Juan ha vuelto a embrollarlo todo. Mis trabajos por conseguir la paz se han esfumado y me temo que mis esfuerzos por estabilizar nuestras tierras han saltado por los aires en unos pocos días. De todas formas, no nos queda más que esperar a ver el desarrollo de los hechos y pedir que tengamos tiempo de interceder y, si es posible, arreglar los problemas que se deriven de este nuevo capricho. ¿Habéis abierto ya las cartas de mi nieta Blanca? —interrogó la reina, queriendo dejar de lado, en lo posible, el nuevo problema que tendría que intentar arreglar.

—Sí, señora —asintió Josselin—. La princesa se queja del palacio de la Cité; dice que es umbrío y tristón. Asegura que no puede dejar de llorar.

—Eso no es conveniente. Una reina llorona no puede mandar. Además, su salud se quebrará y necesita un hijo enseguida para consolidar su posición. Así no va a atraer a su esposo a su lecho. Los hombres huyen de los problemas; necesitan una esposa alegre y si es posible estúpida. Como ella no lo es, deberá al menos parecerlo en algunas circunstancias. Vamos a escribirle; intentaré espabilarla.

—Se me ocurre otra solución, señora —apuntó Blédhri—. ¿No sería este el momento de hacernos de nuevo con la Santa Espina?

Brianda, sentada entre el grupo de damas, no perdía detalle de la conversación. Le gustaba estar informada, para saber si sus planes podrían llevarse a cabo tal y como los había programado. Su voluminoso vientre había advertido a Leonor de su estado. Cuando la reina la interrogó sobre el padre de la criatura se había limitado a bajar los ojos. No fue necesario ninguna mentira; todos, incluida Leonor, calculando el tiempo de la muerte de Pedro, pensaron que el bebé era suyo.

—Probablemente tengas razón, Blédhri. Mi nieta es muy religiosa, una reliquia así le daría seguridad. Brianda —llamó, mirando al grupo de jóvenes que bordaban y reían bajo las ramas de una frondosa higuera.

La joven se levantó inmediatamente, llevándose la mano a la zona lumbar, que se había vuelto pesada y dolorosa. Se acercó al tablero que hacía de mesa improvisada cuando la reina despachaba en los jardines.

—Me dijiste que no habías vuelto a sentir aquellos extraños poderes que tuviste hace tiempo. Dime. ¿Sigues igual? Porque ahora sí que necesitaría que adivinaras algo.

—Lo siento mucho, señora —se disculpó la joven, bajando los ojos al césped

verde y espeso que pisaban—. Probablemente por el embarazo o no sé si por otra causa que ignoro, lo mismo que aparecieron se han esfumado —mientras hablaba negaba con la cabeza y el movimiento de sus cabellos parecía esparcir el aroma dulce y pegajoso de las hojas de la higuera—. Pero os prometí que os ayudaría a recuperar la Espina y lo haré. Si lo deseáis me pondré en viaje hasta el Sacro Imperio y se la pediré a vuestro nieto.

—No, pequeña. Tu situación no es precisamente la idónea para viajar. Enviaré a algunos hombres. Además, no creo que tenga ningún problema para recuperarla. Seguramente mi nieto ni siquiera sabe que está entre las posesiones del antiguo emperador. Si no se ha perdido, tendrá que empezar a buscarla para devolvérmela. Vamos —urgió con un gesto impaciente de su mano derecha—, ve a sentarte y no te preocupes. Llamaré a Malemort; él la conseguirá.

Brianda se inclinó ante la reina y tornó a su lugar bajo la higuera, con una media sonrisa que dulcificaba aún más los rasgos dilatados por el embarazo.

Pocos días más tarde, el arzobispo de Burdeos, con un apresuramiento que hasta a Leonor sorprendió, se presentó ante la reina.

—Elías —le dijo apenas llegado, mientras le ofrecía con su propia mano una copa de vino—. Me han llegado noticias de que mi nieta Blanca no es feliz en París.

—También a mí, señora —cabeceó Malemort—. Al parecer, y aunque ella no dice nada, echa de menos la corte de sus padres. El cielo, frecuentemente nuboso, y las sombrías estancias del palacio de la Cité, no ayudan precisamente a que se habitúe a su nueva vida. Por otra parte, parece que sus estudios se desarrollan con gran aprovechamiento y cumple siempre con sus deberes, aunque pasa las noches llorando y apenas come.

—Hemos de parar ese proceso, Elías. Cuando alguien se deja llevar por la melancolía parece encontrar un extraño placer en ella, lo cual hace que cada día que pase dentro de ese estado consiga hacer más difícil su recuperación. Necesitaríamos algún revulsivo para empujarla hacia la vida. He pensado que tal vez, ya que ella parece ser muy religiosa, si consiguiéramos entregarle la Santa Espina, se sentiría protegida y saldría de esa peligrosa actitud, que está haciendo peligrar su salud y su vida futura.

—Señora —informó Malemort, bajando los ojos—. Vuestro hijo se la ofreció a Felipe a cambio de su apoyo para conseguir casarse con Isabel de Angulema. Y, en el colmo de la perversión, envió en su busca a Hugo, el prometido de la joven, con la promesa de grandes logros en la corte de Francia y en la suya propia.

—¡Este chico es el mismísimo diablo! —se encolerizó Leonor, levantándose con trabajo, a falta de poder tomar medidas más belicosas y efectivas—. ¿Consiguió la Espina el de Lousignan?

—Sí, señora. Vuestro nieto se apresuró a entregársela cuando Hugo le aseguró que se trataba de un asunto de Estado que podría costar el trono a su tío Juan.

—Entonces —dedujo la reina—, ahora está en manos de Felipe de Francia.

—Así es —confirmó el arzobispo— y me temo que no será sencillo hacérsela soltar. Ya sabéis que estaba convencido de que el poder de seducción de vuestro hijo Ricardo a ella era debido. Además, después del asunto de las cartas del emperador que llegaron a vuestras manos, ha montado una guardia especial en sus habitaciones que no lo deja ni de día ni de noche.

—Pero... —Quiso convencerse Leonor, a sabiendas de que Elías decía verdad— si sabe que se trata de la salud de su nuera...

—Su nuera, una vez cumplido el tratado con vuestro hijo, ha dejado de interesarle; es más si la joven desapareciera de forma natural, podría intentar nuevas alianzas en otra parte. Desengañaos, señora, vuestra nieta no le importa en absoluto, y en cuanto a su hijo poco más, ya que, aunque parece muy interesado en ella, no deja de ser un crío al que le encantan las novedades. Sois vos, una vez más, quien debéis arreglar el asunto antes de que sea tarde.

—Hemos de pensar algo que nos lleve a conseguir la Espina sin enfrentamientos con Felipe.

—¿Robarla, quizá? —sugirió Blédhri, quien ya había informado a la reina, con sus estudios del fuego, de que la Santa Espina se encontraba muy cerca de Blanca, aunque fue incapaz de saber los detalles que aportaba Malemort.

Todos los presentes, incluidas las mujeres que, aunque apartadas del grupo principal, escuchaban la relación del arzobispo, miraron al anciano.

—Sabéis, amigo, que en estos momentos no tenemos ningún modo de acceso a la corte de Francia —explicó la reina, con un cierto cansancio.

—No os hablé de acceso diplomático, os hablo de robo y eso nunca es permitido. No obstante, en ningún momento debería parecerlo porque, de descubrirse, enturbiaría las relaciones con Felipe, siempre tan complicadas, y vuestra nieta pagaría sus cóleras, cosa que no contribuiría precisamente a su recuperación.

—Tienes razón, Blédhri, debemos pensar en ello. En primer lugar, hemos de saber con cuánta frecuencia Felipe recurre a la reliquia para rezar, o si la tiene a la vista o guardada o... Yo me encargaré, Elías —cortó la reina sus pensamientos en voz alta, con la frase que más le gustaba emplear—, y en cuanto lo consiga, os llamaré de nuevo para que le hagáis llegar el regalo a mi nieta.

—No son buenas mis relaciones con la corte del francés, señora. No sé qué disculpa habría de inventarme para llegar hasta Blanca. Pero se me ocurre que mi amigo el obispo Hugo de Lincoln tiene prevista una visita a la corte de Francia. Si para entonces hubierais conseguido la reliquia, él mismo podría hacérsela llegar a vuestra nieta.

—Conozco a Hugo —asintió Leonor, de nuevo pensativa—. Es un buen hombre; para muchos un santo. En cuanto le dijéramos que se trataba de salvar a alguien lo haría gustoso. Bien, Elías, entonces sólo nos resta trazar un plan para entrar en la corte y llevarnos el objeto sagrado. Ahora, vos debéis iros. No desearía que alguien relacionara vuestra visita con el asunto que vamos a resolver.

—Si me lo permitís, señora —pidió el arzobispo, observando de reojo la abultada tripa de Brianda—, me gustaría descansar unos días, esta maldita pierna me duele cada vez más y las largas horas a caballo hacen que se cargue de humores que la empeoran.

—Desde luego podéis permanecer con nosotros el tiempo que necesitéis. Lo más importante es la salud —concedió la reina sin mirar a Elías, quien se había vuelto francamente para ojear a la muchacha, fijándose en el detalle que le había dado su espía, quien le aseguró que el vientre estaba ya «muy bajo»—. Si alguien hace algún comentario al respecto ya lo recusaremos en su momento; ese ahora es el menor de nuestros problemas —concluyó la reina, levantándose.

Aquella noche Brianda la pasó apretando los dientes para no molestar con sus gemidos a las mujeres durmientes. Al amanecer, cuando ya Leonor había llamado a Ágata, se atrevió a comentar su malestar a alguna de las jóvenes que se movían cerca.

—¡Señora, señora! —voceó la chiquilla, asustada de las ojeras y los sudores de Brianda—. ¡El niño está naciendo!

La soberana, interrumpiendo el trabajo de la mujer que la peinaba, se acercó al lecho de la joven.

—Pero, hija, ¿cómo no nos has avisado antes? Ágata —llamó, recordando las suaves manos de la mujer en sus propios partos—. Prepara lo necesario, creo que tendremos un día agitado, pues se trata del primer hijo y eso siempre es terriblemente largo y complicado. Pero no te asustes, pequeña —dulcificó la voz, al tiempo que acariciaba la frente húmeda de la muchacha—. Es doloroso, molesto y sucio, pero pasa, y luego, cuando veas la carita de tu hijo y sientas su boquita buscando tus pezones, serás más feliz que en cualquier otro momento de tu vida.

Brianda asintió, al tiempo que agarrotaba los labios por evitar el berrido que pugnaba por salir, cerrando al tiempo los ojos por que la reina no contemplara en ellos el odio que sentía por aquella criatura a la que, si las cosas salían como pensaba, nunca vería.

El día, como la soberana había predicho, fue muy largo. Ágata no se separó ni un momento del lado de la parturienta, junto con algunas de las otras mujeres. Leonor, que había trasladado al huerto sus entrevistas y trabajos, a pesar de que ya soplaba un cierto fresquillo que hubiera preferido evitar, la visitó en distintos momentos. A última hora de la tarde nació el niño. Era hermoso y, contrariamente a lo que todos esperaban, muy moreno, pero después de la primera sorpresa y sobre todo escuchando el comentario de Leonor refiriéndose a Juan, a nadie le extrañó que se pareciera tan poco a Pedro.

—Todos mis hijos fueron altos como mi padre y rubios como el suyo, en cambio el más pequeño, más bien parecía hijo del cocinero, por lo moreno y canijo que nació. Este al menos es un muchachote, no hay más que ver sus largos brazos y piernas. Enseguida se convertirá en un hombre —dijo, mirando a Brianda, quien se dejaba lavar sin dirigir sus ojos al crío—. Y, ya verás. Aunque ahora apenas tengas ganas de

verlo por lo que has pasado, enseguida será para ti lo más importante. He mandado que te traigan un caldo de gallina para que entonces el estómago y laves las tripas. Más tarde, si deseas comer algo más pídeselo a Ágata, que ha decidido quedarse junto a ti. Después, pasarás al cuarto contiguo para la noche, porque el crío llorará y ya sabes qué escaso es mi sueño... Pero no temas, Ágata no te dejará sola y si quieres que alguna mujer más te acompañe...

—No, señora —negó enseguida Brianda, conociendo la pesada modorra de la vieja niñera, cuando descansaba—. Me encuentro ya casi bien, no necesito otros cuidados.

—Bien. Pues ya sabes, si precisas algo, pídeselo. Ella sabe más que nadie de estas cosas.

—Sí, señora.

En cuanto las mujeres dejaron de manipularla y a pesar de los consejos en contra de Ágata, Brianda se dejó llevar por el sopor que el agotamiento le producía. Despertó cuando se sintió trasportada. Unos hombres cargaban su lecho hasta el cuarto contiguo. Una de las mujeres acunaba al bebé, que lloraba. Cuando, al ver despierta a Brianda, hizo intención de ponerlo en sus brazos, la muchacha, sin mirarlo, negó con la cabeza.

—No me encuentro bien —aseguró por justificarse—. Me duele mucho el vientre.

—Pues —cabeceó, dudosa Ágata—, no es normal que en el primer parto haya entuertos, suelen producirse en los siguientes. Traedle una infusión de salvia y rusco —ordenó, mirando a su espalda—. De todas formas, no te preocupes —quiso tranquilizar a la joven—. Todo ha ido bien y creo que esos dolores no tardarán en pasar.

Al poco, unas bandejas que traían la tisana pedida, junto con la cena de Ágata, quedaron sobre una mesa. La vieja niñera acercó el líquido a los labios de Brianda, quien simulaba dormir. La joven bebió sin resistencias y, mientras la anciana cenaba, continuó con su fingido sopor. Cuando la mujer terminó su ágape, tomó al niño de los brazos que lo acunaban y lo introdujo en su propio lecho por no molestar a la madre. Se acostó enseguida, despidiendo a las muchachas que aún rondaban alrededor de la parturienta y, después de asegurar que en cuanto pasaran unas horas debería poner el pequeño al pecho de su madre para que «chupara los calostros», se dejó llevar por el cansancio del atareado día y por su pesado sueño. Brianda, sin moverse, aguardaba. Estaba segura de cuál iba a ser el siguiente paso que culminaría completamente su venganza.

Cerca de la medianoche, la puerta del cuarto que daba al pasillo se abrió con sigilo. Una sombra apenas visible con los escasos resplandores del fuego y de movimientos felinos, por lo que Brianda dedujo que era muy joven, probablemente la misma persona que la había vigilado en los últimos tiempos, se acercó al catre de Ágata. Muy despacio, tomó al pequeño, esperando a que la vieja se acomodara en su sueño, hasta quedar de nuevo quieta. Miró entonces a Brianda, quien se apresuró a

clausurar por completo sus pestañas, que hasta entonces había tenido entreabiertas, permitiéndose incluso un hondo suspiro que tranquilizara a la mujer, haciéndole ver que dormía profundamente. La figura introdujo al pequeño bajo su capa y, sin más, se dirigió hacia la puerta, que cerró suavemente a su espalda. Al fin, pensó Brianda, se había cumplido su venganza. Pero lejos de sentir la feroz alegría que siempre había acompañado ese momento cuando lo había imaginado tantas veces en los últimos meses, tuvo un profundo sentimiento de pérdida que no fue capaz de explicarse y que le hizo derramar silenciosas lágrimas. Se abandonó a aquella melancolía y su desahogo le trajo un sueño inquieto en el que vio a su hijo convertido en un hombre, cabalgando por extrañas tierras.

Cuando la luz comenzó a entrar en la estancia, Brianda despertó de aquel placentero duermevela. Enseguida recordó lo sucedido y, sin quererlo, volvió a llorar. Se limpió las lágrimas con un gesto brusco y fingió dormir, al darse cuenta de que Ágata intentaba, con movimientos torpes, levantarse.

—¡El niño! —gritó la anciana, buscando entre las pieles de su lecho y volviéndose enseguida hacia la madre, pensando, tal vez, que ella lo hubiera tomado en la noche. Al ver que la muchacha se encontraba sola en su camastro, gritó ya francamente desesperada—: ¡Nos han robado al pequeño! ¡Alguien se lo ha llevado en la noche!

Las mujeres entraron, empujándose y tropezando unas con otras, desde la estancia próxima; algunas vestían sólo sus enaguas, otras iban envueltas en las pieles de los camastros, la más ataban cintas y ajustaban corpiños, pero todas miraban con ojos desorbitados por el dolor del hijo perdido que, aunque la mayoría no hubiera parido, todas comprendían. Se apartaron para dar paso a la reina, quien se había levantado al oír el alboroto; alguien le colocaba una capa sobre los débiles hombros, que ella aceptaba y ajustaba con movimientos instintivos, al sentir el frescor del amanecer.

—¿Qué ha ocurrido, Ágata? —interrogó ceñuda.

—No lo sé, señora —se aturullaba la anciana—. Cuando me desperté, el niño no estaba...

—¿Que no estaba? —repitió la reina, con un aturdimiento impropio de ella, al tiempo que miraba compasiva a la madre, quien lloraba sin necesidad de ningún fingimiento, rodeada por algunas muchachas que trataban de consolarla—. Llamad a Elías —ordenó, reaccionando enseguida—. No te preocupes, Brianda, el niño aparecerá. Nadie puede tener interés por un crío del que no depende nada importante.

La joven que había salido a cumplir su mandato regresó enseguida, acompañada de la abadesa y algunas monjas.

—El arzobispo ha partido antes de amanecer —informó una de las religiosas de las que habían pasado la noche orando en la capilla—. Sentimos sus gentes en el patio cuando aún estaba muy oscuro. Cuando pregunté a un hombre de su escolta el motivo de su marcha, me aseguró que el señor de Malemort había dormido muy bien y quería cumplir vuestra orden de alejarse cuanto antes, para no despertar sospechas.

Leonor bajó la cabeza, ahora tendría que encargarse personalmente de buscar al crío porque sin duda estaría en el monasterio. Alguna vez había oído que las mujeres que no podían o no querían ser madres, como era el caso de las monjas, carecían de unos determinados humores que proporcionaba la maternidad y a veces enloquecían, llegando a raptar a bebés, por la necesidad de acunarlos entre sus brazos vacíos o sentirlos en sus regazos estériles. Coordinó una búsqueda exhaustiva por todas las dependencias y construcciones anexas, así como por las tierras circundantes. Envió hombres a los poblados vecinos, con la orden de rastrear cualquier pista o escudriñar en el último escondrijo. El día transcurrió rápido y atareado, pero la noche los alcanzó y nadie sabía nada del pequeño desaparecido.

Envió entonces mensajeros a las tierras vecinas por si alguien hubiera visto algo sospechoso, pero pocos días después todos regresaron con las manos vacías y sin ningún dato que les hubiera hecho sospechar de nada ni de nadie.

—Seguiremos buscando —aseguraba Leonor a Brianda, quien, ya levantada, sufría los dolores de los pechos hinchidos. En aquel momento, Ágata se los fajaba fuertemente apretados, para evitar que la leche siguiera subiendo hasta unos pezones inútiles. La muchacha, con los ojos cerrados y los dientes apretados por no chillar, cabeceaba aceptando los proyectos que, en forma de consuelo, la reina le ofrecía. Sabía que el niño no aparecería jamás y, una vez pasado aquel absurdo dolor de las primeras horas, estaba completamente tranquila, pues todo había salido como ella había previsto. Su venganza estaba cumplida.

Cuando quedó sola con el calor que le quemaba el pecho, se preguntó si sus poderes habrían regresado ahora que aquella dolorosa etapa había quedado cerrada. Hacía mucho que no intentaba siquiera probar si respondían a sus deseos. Pensó que era el momento y que debería hacerlo, recordando su promesa de recuperar la Santa Espina para Leonor. Miró una cesta con frutas que estaba sobre la mesa y deseó moverla. Nada cambió. Bien, decididamente aquellas extrañas capacidades habían desaparecido de su voluntad. De todas formas, había dado su palabra. Leonor la había protegido y se consideraba en deuda con ella. Tendría que ofrecerse para desplazarse a París e intentar recuperar la reliquia.

Debían viajar sin escolta, por tanto, serían un viejo y su nieto, acompañados de algunos familiares que se dirigían a la capital para tratar de instalarse en ella. Una extraña epidemia había terminado con algunos de sus animales y como un integrante de la familia era un buen cocinero, con los pocos cuartos que habían conseguido con la venta de sus posesiones, habían decidido trasladarse a la ciudad para montar un mesón. Esa era la historia que habían de contar a cualquiera que les interrogara o a los muchos que podían encontrarse por los caminos. Viajarían: Brianda, vestida de hombre para evitar problemas, Blédhri y tres o cuatro soldados de la reina, convertidos en campesinos y en nietos del anciano, quien dirigiría toda la operación. Realmente, cuando salieron del patio de la abadía, el grupo, ataviado con ropas conseguidas en los poblados circundantes, era, como habían pretendido, una cuadrilla

de campesinos, cuya única propiedad era la carreta de la que tiraban dos escuálidos mulos. En ella, disimuladas entre los trastos que se suponía debían trasportar, ya que abandonaban su casa para instalarse en otra parte, viajaban las espadas de los jóvenes soldados, que iban a ser toda su defensa y que también guardaban entre sus pobres ropajes, bien escondidos, puñales que podían defenderlos en caso de ataque o intento de robo.

—No quiero que os arriesguéis temerariamente —decía la reina la noche antes de la partida—. Sería bueno que consiguierais la reliquia para hacérsela llegar a Blanca, pero de ninguna manera desearía que os ocurriera algo. Indudablemente es muy importante lograr que mi nieta se instale en el trono de Francia, para que mi trabajo no se pierda completamente, ya que mi proyecto de ampliar y consolidar mi imperio en la persona de Ricardo, junto con otros muchos sueños, me han ido siendo arrebatados. —Leonor cabeceó con una tristeza impropia de ella que sorprendió a todos los presentes, pues dejaba adivinar en su tono un cierto cansancio que, a su edad, podía ser un peligroso indicio de claudicación y, en consecuencia, de acabamiento—. Empiezo a aceptar que el agua se escurra de entre mis dedos. Este sería sólo un caso más —concluyó, sin añadir, como era su costumbre ante las adversidades, un proyecto que cambiara o mitigara el dolor de los hechos inesperados y no queridos.

—Señora —se inclinó Brianda ante la reina—. No temáis por Blédhri; lo protegeré con mi vida.

—¡Eh, eh, eh, muchacha! —Quiso quitar dramatismo al momento el anciano—. ¡Que no soy tan viejo! Aún puedo manejar una espada. Además, tú sólo eres mi nieto, un niño apenas, así que, si hay problemas deberás limitarte a meterte detrás de mí y dejar que los soldados hagan su trabajo.

Brianda miró al anciano con una cierta compasión. Ahora, a diferencia de los primeros tiempos en que vio en él a un posible enemigo, había llegado a comprender su bondad innata y sus inagotables conocimientos, los cuales constantemente ampliaba y completaba. Se encerraba cada noche en el escriptorium de la abadía, que Leonor y él mismo se encargaban de abastecer pidiendo prestados manuscritos a otros cenobios, algunos muy lejanos, para hacerlos copiar antes de devolverlos a sus dueños.

—Partiremos al amanecer —había seguido Blédhri informando a la reina—. Habéis de tener paciencia, pues antes de lograr entrar en el palacio, daremos los pasos lógicos que deberíamos cumplir si realmente deseáramos encontrar un lugar para instalarnos en la ciudad. Me temo que pasaré los últimos días de mi vida sirviendo vino aguado a una pandilla de borrachos sucios y malolientes —había querido bromear para tratar de hacer reír a la reina, quien lo miraba con los ojos tristes y los párpados pesados. Apenas consiguió una media sonrisa y un cabeceo cansado.

Antes de que la luz, enfangada en pesadas nubes, hiciera su aparición, el carro, renqueando a cada movimiento de los animales, los esperaba en el patio. Iba cargado

de útiles viejos y gastados. Brianda y el anciano viajarían en él; los cuatro hombres, entre los cuales se había elegido a un cocinero, constituían la escolta y lo harían a pie. Salieron por los grandes portones, envueltos en gastadas pieles, tratando de defenderse de la humedad que amenazaba con dejarse caer sobre la tierra, ahíta ya de lluvias de las jornadas anteriores. Sabían que el viaje no iba a ser precisamente agradable; aunque acababa de comenzar el otoño, los días claros y las temperaturas suaves habían desaparecido hacía semanas, por lo que esperaban marchar por difíciles y embarrados caminos. Habían designado a sus guardianes, además de por su probada fidelidad, por su corpulencia. Ahora, mientras salían al sendero, Brianda los miraba caminar junto al carro y, percibiendo la fuerza contenida de su juventud, se sintió un poco más segura. Sin querer, comparó sus manos recias y anchas con las del anciano que tenía al lado y que sujetaban, aún con firmeza, pero sin armonía ni belleza, las riendas. No tenía un plan preconcebido en la cabeza porque ignoraba cómo iba a desarrollarse la vida en la capital y eso la inquietaba. Si hubiera sabido qué hacer, el viaje y hasta el riesgo que iban a correr le habrían parecido mucho más pequeños. De todas formas, su vida ya no tenía ningún interés, después de haber pasado los meses anteriores a su violación tratando de imaginar cómo sería convertirse en esposa de Pedro. Y en este momento, con una cierta turbación, se dio cuenta de que nunca se había visto señora de la casa de su amado. Luego, cuando la muerte se lo arrebató, el tiempo que duró su embarazo lo entretuvo en la fabulación del momento en que Malemort, pensando que el niño era de su sangre, se lo arrebataría para integrarlo en su clan. Y eso sí que lo había visto claramente, hasta presintió que la encargada de robar el pequeño sería la mujer que la había vigilado en los últimos tiempos por mandato del arzobispo. Y así se habían desarrollado los hechos, como calcados de sus elucubraciones.

Ahora no tenía en su cabeza los datos que le permitieran reconstruir los pasos a dar y eso la alteraba. No había vuelto a experimentar aquellos poderes extraños que la acompañaron durante un tiempo, pero le parecía intuir, como así lo confirmaba el hecho de no haber sido capaz de fabular su vida con Pedro, que cuando no era posible imaginar determinados sucesos estos no ocurrían luego en la vida real. No obstante, no había solución, al menos de momento, así que decidió aprovechar el viaje para aprender del anciano que la acompañaba y que, después de conocer sus sufrimientos, parecía haber perdido la prevención que en algún tiempo había tenido contra ella. Y aquellos pocos días llegaron a hacérsele muy cortos, por la facundia desorbitada de conocimientos de Blédhri, que ella absorbía como si de agua en tierra seca se tratara. Ni siquiera en las noches, cuando descansaban en alguna posada, se separaba de él hasta que los ojos se le cerraban sin ninguna clase de disculpa. Entonces, el anciano, sonriendo beatíficamente, le aconsejaba acostarse porque «los jóvenes necesitáis dormir muchas horas». Cuando ella cedía, rendida al sueño, le parecía sentirlo salir de la estancia que compartían, sin ser capaz de saber nunca adónde iba a aquellas horas, en aldeas perdidas, al pie de grandes ríos o espesos bosques.

Cuando entraron en París, buscaron una taberna cercana al palacio real. Allí les informaron de que el rey andaba mohíno con el entredicho, y sus gentes, enfadadas por no poder celebrar ningún tipo de acto religioso, no le perdonaban tener que enterrar a sus muertos sin una oración y andar siempre mirando al cielo, buscando al huidizo sol para saber en qué hora del día se encontraban, ya que no habían vuelto a oír el sonido de las campanas, que no sólo marcaban sus rezos, también sus costumbres y sus días. Y en cuanto a lo de montar un mesón o una posada, sería una buena idea, «siempre que lo hicierais un poco más lejos, porque aquí ya hay demasiadas». Les aseguraron que los estudiantes, a los que el viejo abad Suger había protegido y multiplicado, traían cuartos que, en vez de emplear en sus estudios y mantenimiento, usaban en diversiones y borracheras, por lo que tanto los mesoneros como los taberneros y posaderos andaban encantados con la juventud que alborotaba sus calles y hacía imposibles sus noches. No obstante, el barrigudo cantinero insistió, «más abajo, más abajo».

—Bien —dijo Blédhri cuando salieron del tugurio—. Ya sabemos que nuestra idea de montar una tasca no es descabellada; a nadie extrañará por tanto. Así que, a pesar de la advertencia de nuestro informante, quien lo único que desea es no tener competencia cerca, vamos a intentar enterarnos de algún local próximo, que pudiera servirnos para instalar la taberna, mientras estudiamos nuestra verdadera misión.

A la tarde siguiente ya tenían apalabrado un bajo, muy cerca del palacio, que había utilizado un panadero, quien hacía poco tiempo había muerto de repente. Al principio, su esposa había querido continuar con el negocio, pero los parroquianos empezaron a decir que la tahona no era la misma y que probablemente ella echaba mucha más agua que su difunto esposo a la hora de amasar. El gran problema fue que la muchacha era demasiado joven y guapa. Los hombres habían envidiado al difunto cuando se unió a ella, luego de haberla traído de su villorrio; con el agravante de que, además, era su segunda esposa. La primera había muerto de un mal parto y también era hermosa. Y las mujeres no podían soportar su alegre risa que «entontecía a los varones», los cuales llegaban a «pagar más del peso de la hogaza que compraban, por estar mirando los dientes de la panadera». Al fin, las hembras habían vencido y poco a poco se dejó de ir a comprar, por lo que la chica, derrotada, había decidido cerrar el negocio y regresar a su aldea natal. Blédhri regateó el precio que la mujer le pedía, hasta conseguir una rebaja de más de la mitad de la demanda inicial, haciendo así las delicias de algunas de las mujeres, gordas y lustrosas, que se acercaron hasta la calle al oír que «la panadera tiene suerte para todo. Resulta que ha aparecido un anciano que quiere comprarle el negocio». A todas les pareció más que justo que la pobre muchacha sacara una miseria por su tienda. Era demasiado bella para ser buena y no se merecía más. Brianda las miró con odio, pensando que el mayor enemigo de las mujeres eran las propias féminas. Cuando cerraron el trato, Blédhri quiso invitar a la dueña a una comida en alguno de los mesones próximos. Allí le pagaría, le dijo. La mujer aceptó; cerró su local y dirigió a la pequeña comitiva a una taberna próxima

donde, aseguró, había siempre «un buen asado de cerdo». Se alejaron así de las malignas mujeres y cuando, después de las tajadas grasientas y recalentadas de carne, la muchacha recibió los cuartos, al contarlos se dio cuenta de que había la cantidad inicial que ella había pedido. Levantó los ojos para mirar asombrada al anciano, pero este se llevó un dedo a los labios y ella, sin una palabra, sepultó el dinero en su faltriquera y se limpió las lágrimas que durante toda la comida habían escapado de sus ojos, mientras mordía los pringosos pedazos, escasos de chicha y sobrados de tocino.

Y llegó el momento de acondicionar el local y hubieron de hacerlo personalmente porque no hubiera comentarios, ya que si eran campesinos como tal habrían de comportarse. Trabajaron sin descanso durante un par de días y después de hacer los arreglos precisos, se encontraron con tres espacios, suficientes para hacer de almacén, dormitorio y un local bastante grande en el que colocaron bancos pegados a las paredes y unos tableros que hicieran las veces de mesas. En el centro, un hogar rodeado de piedras que acarrearón desde la orilla del río, sería el encargado de caldear el ambiente, al propio tiempo que cocería los alimentos. Muy temprano, al amanecer del cuarto día, el cocinero, acompañado de uno de los soldados y de la propia Brianda, se dirigió al mercado, donde adquirió variados productos que iba a necesitar para el ejercicio de la profesión que siempre había sido su vocación y que había tenido que arrinconar, al necesitar los cuartos que la pertenencia a los soldados de la reina le aportaban. El joven, de nombre Román, andaba encantado por entre los puestos de animales de movimientos espasmódicos y gritos lastimeros, oliendo y manoseando las frutas y verduras que los campesinos traían desde sus aldeas para vender en las ciudades el día de mercado. Brianda, aburrída, le veía regatear con los vendedores hasta conseguir precios muy por debajo de la petición inicial. Poco a poco fueron cargando viandas hasta carecer de manos y fuerzas para continuar. Entonces, con respiración agitada y marcas en los dedos, volvieron a su mesón para comenzar a organizar toda aquella provisión que, durante el camino, Román iba explicando para qué serviría. La muchacha, embutida en sus ropas masculinas, se sentía aún más hombre y toda aquella verborrea de pitanzas, aliños y sabores la desbordaban hasta desear gritar que se callara y que hiciera lo que le diera la gana, pero sin contarlo.

—No sólo cocinaremos estofados y sopas —aseguraba el experto, con voz engolada—. En mi casa, cuando era la fiesta del pueblo, mi abuela, en un pote cerrado, metía las carnes embadurnadas con grasa de cerdo junto con las verduras y luego las sepultaba entre las cenizas del hogar. Allí, lentamente, se asaban con los jugos de las grasas y los de las hortalizas. Es lo mismo que colocar los animales en un espetón, pero sin que pierdan jugos, con lo cual quedan mucho más sabrosas y... bueno, en realidad nosotros no teníamos espetones y lo hacíamos así por pura necesidad, pero os aseguro que el resultado es mucho más satisfactorio. También se puede hacer para cocer pasteles. Recuerdo uno con huevos, mantequilla, leche y

harina que, después de cocido, se rellenaba con higos conservados en miel. ¡Hummm! —Se relamió el muchacho—. Era un bocado exquisito. Además, aquí contamos con el horno de la panadera y...

—Bien, bien, Román —cortó Brianda, evitando morderle el lustroso moflete que se hinchaba y deshinchaba según los sonidos emitidos—. Sabes que ni Blédhri ni yo vamos a decirte cómo tienes que hacer tu trabajo, así que puedes cocinar lo que desees y del modo que se te antoje. Y mira, ya estamos llegando —boqueó por el esfuerzo de su carga y del control que había tenido que hacer para no acabar con el entusiasmo del chico, al que llegó a desear cortar la lengua.

—Será necesario —decía Blédhri aquella noche, después de colocar las provisiones que habían ido adquiriendo durante el día, no sólo en el mercado, también en algunos almacenes que guardaban legumbres, harinas y piezas de cerdo saladas y ahumadas— enterarnos de las tarifas habituales de los otros mesones. No quiero poner precios muy bajos que llamen excesivamente la atención, pero sí lo suficiente para que la voz se corra enseguida entre los clientes y lo más pronto posible consigamos estar en boca de todos. Y en cuanto a ti —dijo mirando al feliz cocinero, que, aunque estaba ante él, perdía sus ojos en los platos que pensaba cocinar al día siguiente—, deberás emplearte a fondo y conseguir cocinar algo a lo que no estén acostumbrados. Serviremos entonces platos sabrosos, abundantes y más baratos que el resto.

El muchacho, al verse aludido, se apresuró a aclarar sus proyectos, pero no con el fin de tranquilizar a su jefe, sino por el placer de poner en palabras sus pensamientos y la felicidad que sentía al poder realizar su sueño de años, aunque fuera durante poco tiempo; no obstante... si el negocio marchara bien, quién sabe si los nobles, una vez cumplidos sus extraños deseos de buscar algo en el palacio del rey, quizá le cedieran el mesón y, una vez en marcha, él podría...

—Señor —se embolsó—, tengo pensado hacer mañana unos lechones con miel que, al partirlos, chascan como si de hielo se tratara, además de una sopa de coles en la que machacaré los riñones y los hígados de...

—Vale, vale —se apresuró Brianda—. Ya vemos que ideas no te faltan, así que haz lo que te parezca, pero procura que esté bueno.

Se acostaron tarde y hubieron de levantarse temprano para que los alimentos estuvieran preparados para el mediodía. En tanto Román cocinaba, los otros soldados hacían de marmitones y pulían el local hasta dejarlo casi brillante. Aunque cuando Blédhri, después de dibujar en un tablón todos los platos que el cocinero le fue describiendo y que colgó a la entrada del mesón, vio la extremada limpieza del lugar, aconsejó derramar algunos churretes de vino sobre las mesas para que dejaran alguna mancha; «no es bueno que las gentes vean el lugar tan limpio, o no se atreverán a entrar», aseguró.

Ese día sólo consiguieron cuatro comensales. Los atendieron con mimo y los muchachos, pues eran jóvenes estudiantes que compartieron dos raciones, se fueron

ahitos y muy contentos con el «sitio nuevo en que, por unos pocos cuartos, llenas la tripa y además está todo buenísimo». Esa fue la consigna que se extendió aquella tarde por la ciudad. Por la noche, consiguieron terminar casi con todo lo que habían preparado, de modo que tuvieron que añadir algún pedazo de queso para que los soldados no quedaran a medio cenar. Así que al día siguiente Román duplicó las cantidades y también se vendieron, y al otro y al otro. En menos de un mes se encontraron dando de comer y cenar a muchos de los forasteros de la ciudad y por todas partes se hablaba de lo bien y lo barato que se comía en el nuevo mesón.

Entre tanto, Blédhri y Brianda trataban de conseguir información de los soldados y criados de palacio, que también empezaron a acudir a la taberna. Poco nuevo les aportaron a lo que ya sabían. El rey andaba irascible por el asunto de su mujer y el entredicho al que le había sometido la Iglesia. Apenas salía del palacio, abandonando sus viajes por las tierras próximas. Y en cuanto a la esposa castellana del delfín, se decía que había perdido peso porque apenas comía y se pasaba los días llorando. Felipe evitaba verla pues, según decían sus hombres, aseguraba constantemente que lo que necesitaba la cría eran unos «buenos azotes» y que esa sería la solución a todos sus caprichos. El problema era que su hijo era «demasiado bueno y eso nunca da resultado con las mujeres».

Aquel mediodía uno de los hombres que se acercó al mesón resultó pertenecer a la guardia personal de Blanca. Brianda lo agasajó e incluso mimó, hasta el extremo de conseguir, en una sola comida, ganarse un nuevo cliente. El hombre, apodado Michel, era un muchacho joven y algo delicado, que enseguida hizo buenas migas con aquel otro chico de maneras casi femeninas y que tan bien lo trataba. Todos los días, bien fuera a mediodía o por la noche, dependiendo de sus turnos de guardia, acudía al mesón y se dejaba regalar por Pedro, que le escogía las mejores tajadas y que luego, a espaldas del anciano dueño del garito, le cobraba mucho menos que al resto de clientes, poniéndole unos morritos que le prometían delicias superiores a las de la ingesta de alimentos.

Aquella mañana llegó Michel, más que buscando su comida, tras los mimos de Pedro quien, en cuanto lo vio, se le acercó diciendo:

—He pensado mucho en tu pobre señora. Creo que es demasiado joven para vivir el brutal cambio que la han obligado a soportar. Además, por lo que me has dicho, su suegro no es precisamente cariñoso con ella. Yo tuve un pariente castellano que me ayudó mucho en la vida, así que, en agradecimiento a él, he pedido a Román que cocine unos dulces que sé son comunes en las tierras de las que viene tu señora. He pensado que tal vez, si se los llevas, ella se alegre y tú consigas su favor. Porque pienso que eres un chico magnífico que se merece lo mejor —y al concluir su perorata, acarició la mano del joven que descansaba sobre la mesa. El soldado sonrió, casi enternecido por el interés que Pedro le mostraba, y se apresuró a acceder.

—Tienes razón asegurando que, quizá, eso me haga merecer el favor de mi señora, pero aunque así no fuera, si tú me lo pides lo haré encantado.

—Lo sabía, querido —sonrió con ternura Pedro a su nueva conquista. Le sirvió como siempre lo mejor y, cuando hubo de aceptar su dinero, hasta puso morritos de desagrado—. Te cobro porque no tengo más remedio o si no mi abuelo me mataría. Es un déspota que me gustaría abandonar, pero no tengo adónde ir... En fin —se rehízo enseguida, sonriendo a su cliente con todo su encanto masculino desviado—. Voy a buscar el fardel con los dulces para tu señora. Te aconsejo que se los ofrezcas cuando nadie te observe, así conseguirás su favor y evitarás la envidia de los que estuvieran presentes.

—¡Oh, Pedro, qué listo eres! —Aduló el soldado, dando golpecitos en el brazo del mesonero.

Brianda lo vio alejarse calle arriba, con los ojos entrecerrados y una mueca de asco en el rostro. Está visto que las grandes cosas habían de conseguirse siempre por idénticos caminos. Entendió entonces las famosas cortes de amor que tanto había fomentado Leonor, sobre todo en Poitiers. El deseo de su señora había sido buscar su sitio en una agresiva sociedad de hombres, controlando su violencia por el único medio que estaba a su alcance. Hubo de emplear el sexo como acicate del cambio, haciendo que la fuerza bruta no fuera el exclusivo fundamento de la lealtad. La dama sublimó el erotismo, haciéndolo lejano e inalcanzable, para lograr empujar a los hombres y hacerlos correr tras sus propias empresas. Leonor gobernó a sus señores desde la debilidad, la poesía y la belleza, utilizando la sensualidad como poder y se convirtió, y quiso convertir a las subyugadas mujeres de su entorno, en señoras. Y los caballeros prestaron sus juramentos por voluntad propia y las damas se convirtieron en sus verdaderas amas —al menos en teoría—, con el señuelo de sus promesas encubiertas y que, a veces por placer y en otras ocasiones por necesidad, hubieron de cumplir, siempre negando, obstaculizando, confundiendo... Mantuvieron así el poder sobre los levantiscos jóvenes que poblaban sus cortes y facilitaron su propia vida y la de sus esposos, que ganaban fieles a través de las sonrisas de sus mujeres. Había sido un intento de cambio brillante y hasta la Iglesia llegó a admitirlo, haciéndolo suyo y colocando a María por encima de todas las damas, sacralizando así la corriente imparable de moderación de los pendencieros varones, que la familia de Leonor, y sobre todo la propia reina, había fomentado. Brianda meneó la cabeza, al tiempo que plegaba los labios con un cierto desdén. Era repugnante pero no había otro camino.

Esperó el día siguiente, asqueada y al propio tiempo confiada. Sabía que Michel volvería al mesón y quería saber si su plan de la tarde anterior había surtido efecto. Cuando vio entrar por las puertas al soldado, quien en los últimos días había dejado fuera su aspecto marcial para tomar otro delicado y suave, le sonrió con ternura y enseguida se acercó a él con movimientos felinos.

—Has tardado más que otros días —lo riñó con un hociquito enfadado—. Llegué a pensar que no vendrías.

—¿Y eso te disgustaba? —demandó su conquista, deseando encontrar su imagen que tanto había tenido que negar en los ojos, las palabras y los gestos de aquel

jovencito, quien aparentaba estar tan reprimido y anulado como él mismo.

—Sabes que sí, tonto —sonrió un poco de lado Pedro, manoteando el aire ante el rostro del recién llegado.

—Me entretuve porque estuve con la princesa. Me mandó llamar —aquí se detuvo un instante para dar tiempo al mesonero a tomar conciencia de su importancia — para darme las gracias por los dulces. Al parecer, desde anoche, que se los hice llegar, se los había comido todos. Sus damas estaban encantadas y hasta creo que también su esposo.

—Sabía que le gustarían —cabeceó Pedro—. Esta mañana ya le había mandado al cocinero cocer algunos más para que pudieras llevárselos. Eso hará, sin duda, que te aprecie, y conseguirás ventajas que de otra forma nunca alcanzarías.

—Ya las he conseguido —se empinó Michel sobre la punta de sus botas.

—¡Qué listo eres! —Adoró Pedro, mirándolo con arrobó—. Pero he de admitir que estoy impresionado. Sabía que conseguirías llegar lejos; sólo hay que verte. Pero desde luego nunca pensé que lo lograras tan pronto.

—No he pedido nada para mí —aclaró el soldado, con mirada entregada—. Lo he hecho para ti.

—¿Para mí? —preguntó Pedro, realmente asombrado.

—Sí; le he suplicado a la princesa que te admita en su guardia. Me habías dicho que estabas harto de soportar a tu abuelo, así que ahora ya puedes, si lo deseas, dejarlo.

—¡Oh, Michel! —Se dio tiempo Brianda para evaluar las posibilidades que estar dentro del palacio y poder moverse por él sin obstáculos podrían reportarle. Bajó los ojos al suelo y parpadeó varias veces para que el muchacho pudiera apreciar el largo de sus pestañas. Luego, dando un paso que casi pegó su cuerpo al del chico, susurró, mimoso—: ¿Querrás tenerme a tu lado siempre? ¿No te cansarás de soportarme cada día?

—Sabes que no. El deseo de tenerte cerca me ha dado fuerzas para hacer algo que en otra circunstancia no habría sido capaz de conseguir, porque nunca me he atrevido a hablar ante la princesa y, como puedes deducir, mucho menos pedirle un favor. Pero hoy lo he hecho y ella, casi sonriente, me lo ha concedido, aunque me ha pedido a cambio que nunca le falten los dulces.

—Pero —dudó un instante Brianda—. ¿No pretenderá mantenerse a base de dulces solamente?

—Pues eso no lo sé —contestó enseguida el joven—, pero te aseguro que no me importa en absoluto, si va a servir para que tú y yo podamos estar juntos. Puedes decírselo a tu abuelo, porque, eso sí, le he prometido que no carecerá de las golosinas.

—Desde luego que se merecería que me largara sin más, pero, como muy bien dices, está el asunto de los dulces que habremos de conseguir hasta que la princesa se harte de ellos. Entonces haremos lo siguiente —concretó Pedro, consiguiendo que el otro bebiera sus palabras—. Esta noche le informaré de mis proyectos.

Probablemente me grite y hasta me golpeé —abundó en su desgraciada vida, para enternecer aún más, si eso fuera posible, a su nuevo amigo—, pero acabará dándose cuenta de que es bueno para mí y desde luego también para él, que así se verá libre de mi presencia, la cual, al parecer, lo avergüenza.

—Entiendo muy bien tus sentimientos —cabeceó el muchacho, con una cierta tristeza en la voz—. Eso es lo que he experimentado siempre en presencia de mi padre. Primero acabó con mi madre, quien fue la única que me quiso, y ahora pretende hacerlo conmigo.

—No nos dejemos arrastrar por los dolorosos hechos que hemos vivido —interrumpió enseguida Pedro, viendo el sufrimiento real del chico—. Vamos a intentar cambiar las cosas a partir de hoy. Siéntate ahora y te serviré la cena. Cuando te vayas, se lo diré y, si es posible, si tú no tienes órdenes en contra, mañana podremos estar en palacio.

—Pensé que te vendrías conmigo esta misma noche —casi imploró Michel.

—Podría haberlo hecho si no estuviera por medio el asunto de los dulces. ¿Cómo crees que los tendríamos si me fuera sin el consentimiento de mi abuelo? Ten un poco de paciencia, querido; muy pronto estaremos juntos para siempre. Y ahora siéntate, te traeré un capón de los que ha asado Román, que huelen deliciosamente.

Brianda se separó de Michel con varios sentimientos encontrados. Por una parte, estaba eufórica. Si se movía por el palacio, en unos pocos días se haría con la reliquia. Por otra parte, ¿cómo conseguiría mantener a raya a su nuevo amor? No era precisamente una mujer lo que esperaba encontrar bajo las ropas de hombre que ocultaban su cuerpo. Se sentiría engañado y podría reaccionar violentamente... «Bueno —se dijo mientras le llenaba el cuenco—. Cada cosa a su tiempo».

Aquella noche puso en conocimiento de Blédhri el asunto y los dos hicieron planes. Desde luego, conseguir moverse con libertad por el palacio era un gran logro. No obstante, la dedicación, a todas luces excesiva de Michel, se convertiría en un problema que, al menos de momento, no sabían cómo encarar.

—Debes conseguir entretenerlo algunos días —vacilaba el anciano, sin saber qué consejo dar a Brianda ante la tesitura complicada a la que se enfrentaban—. Puedes simular que es tu primera relación y que necesitas un tiempo para sentirte libre de mi autoridad, que hasta ahora siempre ha impedido que tu verdadera personalidad se muestre. Es más, podrías decirle que yo, para dejarte ir, te he hecho jurar que esperarás al menos una luna para comenzar el amorío, con el único fin de saber si te encuentras a gusto o no con tu nueva ocupación y en la compañía de Michel.

—Sí —admitió la joven—. No va a ser fácil, pero creo que algunos días me concederá y en ellos espero completar los pasos que dar para conseguir penetrar en los aposentos del rey y hacerme con la Espina.

—Estamos partiendo de la base de que es allí donde se encuentra, pero lo cierto es que lo ignoramos. Tal vez sea el capellán el encargado de su custodia, o algún lugar de su capilla o tal vez el altar de una iglesia... Debo consultar al fuego y tratar

de propiciar los acontecimientos para facilitarte la tarea —murmuró el hombre casi para sí. Luego, en un tono un poco más alto, aconsejó—: Procura enterarte por tu cuenta de su ubicación, de ese modo estaremos más seguros, si los dos coincidimos. Después, si queda tiempo, trazaremos un plan. He elegido ya los objetos para hacer el conjuro. En principio no parece demasiado difícil, pero con las energías que rigen el futuro nunca se sabe. A veces son dóciles y obedientes y otras son ingobernables. De todas formas, debo pedirte que no te expongas demasiado —dijo el anciano, bajando la mirada, al tiempo que acariciaba la mejilla de la chica—. Es importante sacar a la princesa de su estado, pero piensa que tal vez no sea la posesión de la Espina la solución. Sólo es una posible salida, así que, si para conseguirla has de arriesgarte, abandona.

—Voy a lograrlo —afirmó Brianda, buscando los fatigados ojos del viejo—. Y vos deberíais, tal vez, hablar personalmente con Michel y tener dispuesta la partida por si hubiéramos de hacerla de forma precipitada.

—Sí. Es necesario que, como tu tutor, me implique en este espinoso asunto. En cuanto a lo otro, no te preocupes. Todo estará esperando tu regreso.

Al mediodía siguiente, con una cierta reticencia, Michel se presentó en el mesón. Cerró las puertas a su espalda y permaneció en el zaguán, buscando con los ojos a Pedro. Pero no fue este quien acudió a recibirlo. El abuelo del muchacho, el cual no solía estar presente en el comedor, se volvió hacia la puerta y se quedó encarándolo con gesto adusto.

—Vamos, entra de una vez —urgió el anciano, fastidiado al parecer por su indecisión.

—Os saludo, señor —se inclinó el joven levemente ante Blédhri, tartamudeando de pura alteración.

—Ven —ordenó el anciano, mostrándole un banco donde él mismo tomó asiento. Michel, obediente, instaló sus posaderas junto a la alta y frágil figura. Pedro no se parecía demasiado a aquel hombre, que en su juventud debió de ser corpulento y de elevada estatura, todo lo contrario del nieto, de figura delgada y delicadas facciones—. Pedro me ha dicho que le has conseguido un trabajo en el palacio —soltó el abuelo sin más preámbulos, mirando con una mirada inquisitiva e insondable.

—Sí, señor —se apresuró a contestar el recién llegado, tranquilizado inexplicablemente por el tono profundo y acariciador—. A partir de hoy, si vos lo consentís, pasará a ser guardia personal de la princesa.

—Ya... —Se mesó las blancas barbas Blédhri, sin apartar sus ojos, dando tiempo a que al chico comenzaran a temblarle de nuevo las manos de puro aturdimiento—. Pero no es eso sólo lo que pretendes, ¿verdad?

—Yo, señor...

—Tú quieres que mi nieto renuncie a su condición masculina para convertirse en el hazmerreír del palacio.

—No, señor. Yo no deseo ningún mal a vuestro nieto; en todo caso, si eso

ocurriera, no sería él sólo el afectado; los dos estaríamos en idénticas condiciones. Pero no sucederá nada porque si nuestra relación llegara a término la mantendríamos en secreto, pues de lo contrario perderíamos nuestros puestos, ya que, aunque muchos, incluso dicen que el propio rey, se toman o se han tomado ese tipo de libertades, no está bien visto de forma oficial —el muchacho lanzó su perorata, retorciendo las manos y sepultando en ellas su mirada para escapar a los ojos de halcón que buscaban los suyos. No obstante, se asombró de hablar con aquella libertad ante alguien al que acababa de conocer. Nunca había admitido en voz alta su inclinación y mucho menos se había permitido hacer proyectos al respecto.

—Deseo pedirte algo —dijo el anciano, bajando la cabeza y hundiendo la espalda—. Quiero mucho a mi nieto, aunque no esté de acuerdo con su forma de ver el mundo. Sé que no es culpa suya y probablemente de nadie, aunque ahí habría mucho que decir. No estaría de más que ambos estudiarais vuestras vidas hasta llegar al momento en que la desviación se ha producido, si es que así ha sido y no nacisteis ya con esa predisposición... En fin, te pido que antes de tomar una decisión de la que no habría vuelta atrás, esperéis algún tiempo. Primero para comprobar si mi nieto encaja en la nueva labor y segundo por ver si vuestros temperamentos se acoplan. Deseo que me des tu palabra de que aguardaréis dos o tres lunas antes de entregaros a vuestra querencia. Sólo en ese caso permitiré que mi nieto te siga.

—Os doy mi palabra, señor —asintió Michel con una voz pesada de tristeza.

—Bien —se levantó Blédhri—. Entonces podéis iros. Aunque, si no es mucho pedir, me gustaría que siguierais viniendo siempre que pudierais. Ni que decir tiene que invita la casa —quiso bromear, notando los apenados hombros del chico.

—Vendremos, señor, claro que sí. Así podréis comprobar por vos mismo que vuestro nieto es feliz —consintió el joven, asombrado de que aquel anciano, que estaba poniendo frenos a sus deseos, le cayera tan bien.

—Llamad a Pedro —ordenó Blédhri, dirigiéndose a uno de los marmitones que zascandileaban alrededor del fuego.

Al poco, el nuevo soldado hizo su aparición, portando un hatillo y moviéndose con una cierta indecisión, que ya había desaparecido de los gestos de Michel, quien se encontraba tan a gusto como si siempre hubiera vivido en aquel mesón y el anciano con quien había estado hablando fuera su propio padre. Su padre... Lo recordó con la aflicción inexplicable que siempre le producía evocarlo y, por un instante, sus ojos claros se enturbiaron. A pesar de todo el dolor que había producido a su madre e incluso a él mismo, se dio cuenta de que aún lo amaba, al sentir que podía amar también al anciano, quien, supuestamente, había maltratado a Pedro. Se inclinó ante Blédhri y salió a la calle para permitir que nieto y abuelo se despidieran en la intimidad. Al poco, Pedro le sonreía tímidamente al sol de mediodía.

El primer día en palacio fue difícil, ya que todos fueron aprietos y obstáculos para una mujer en un mundo de hombres. Pero Brianda era inteligente y decidida, de modo que, con astucia, consiguió salir airoso de algunos breves comprometidos, como

el momento de vestir su uniforme en una larga estancia donde se cambiaban los otros jóvenes, haciendo ostentación de sus atributos la mayoría de ellos, y los demás mostrando una absoluta indiferencia ante el hecho de pasear sus vergüenzas por el recinto. Enseguida comenzó su guardia junto a Michel, por expreso deseo de este, quien había cambiado su puesto con otro compañero para estar al lado del bisoño, tratando de evitar así algunas bromas pesadas que los veteranos proyectaban. Aunque no tenía la seguridad de llegar a impedir las, sí, al menos, retrasarlas, para que Pedro, una vez habituado al nuevo ambiente, no fuera sorprendido desagradablemente en su primer día. En un momento en que una de las damas de la princesa salió de sus aposentos, el joven le confió el fardel que guardaba los dulces, con el expreso deseo de que fueran entregados a la señora y «sólo a ella». La muchacha tornó a entrar inmediatamente en las habitaciones con el presente en las manos. Apareció al poco de nuevo para cumplir con su interrumpida tarea y antes de irse ordenó, haciéndose a un lado para dejar libre la entrada:

—La señora quiere que os presentéis ante ella, ahora.

Michel obedeció raudo, sosteniendo las puertas para que la muchacha pudiera irse. Cuando lo hizo, se dirigió a Pedro:

—Entra conmigo.

—Pero... ella te espera a ti, no a...

—Lo sé, pero si nos lo reprochan haremos como que no entendimos bien la orden. ¡Venga, entra!

Pedro, queriendo tomar un aire marcial, siguió a Michel al interior de la larga estancia. Allí, cerca de un ventanal, Blanca, toda ojeras negras que destacaban sobre su lechosa piel, aparecía rodeada de muchachas y jóvenes apuestos, peor vestidos de lo que Brianda habría esperado. Sostenía apenas sobre sus rodillas el fardel con los dulces. Hizo un desmayado gesto y los jóvenes se separaron cediendo su lugar a los recién llegados, que se arrodillaron ante ella.

—Señora —saludó Michel, sin atreverse a mirarla. En cambio, Pedro sí que lo hizo, recordando los alegres rasgos que había conocido en Castilla, ahora apagados y casi envejecidos.

—Quiero agradecerte que no hayas olvidado mi capricho. Desde que vivo aquí no estoy muy acostumbrada a que se me tenga en cuenta —confió, bajando los ojos a su falda, con una gran tristeza.

—Señora —no pudo contenerse Brianda, sintiendo el dolor de la joven y olvidándose de su situación de subordinación—, esta etapa pasará y vos, como vuestra abuela, seréis la señora de Francia y entonces todos los que ahora aparentan no prestaros atención os adorarán.

—¿Quién eres tú? —demandó la princesa, escudriñando los rasgos de la joven.

—Pues un soldado de vuestra guardia que habéis tenido a bien reclutar ayer. Soy amigo de Michel y es en el mesón de mi abuelo donde se cuecen los dulces que os gustan. Os pido perdón por atreverme a hablar sin pedirlos permiso, pero me duele

veros así cuando os conocí tan alegre.

—¿Me conocías ya? —se asombró Blanca, entrecerrando sus ojos claros, apagados ahora por la morriña y el recuerdo de sus seres queridos. Estudió sus recuerdos para lograr situar aquellos rasgos, demasiado hermosos para un muchacho.

—¡Oh, sí, señora! —Reaccionó rápida Brianda, al sentirse observada no sólo por la princesa, también por el asombro de Michel—. Durante vuestro viaje desde Castilla, mi abuelo y yo nos unimos a vuestra caravana, para ampararnos en vuestra guardia. Allí os vi varias veces cabalgando con vuestra abuela y me parecisteis muy feliz. Por eso me duele encontraros ahora tan triste; me gustaría hacer algo para evitarlo.

—Ya has hecho lo que has podido. Me has traído los dulces que en la corte de mi padre se sirven cada tarde, después de los juegos de guerra o mientras las damas mandan en sus tribunales de amor. Nada parecido se puede hacer aquí. Los días son largos y aburridos, sin historias ni canciones.

—Señora, si me lo permitís yo puedo buscaros trovadores o bardos que os entretengan y...

—Mi esposo dice que lo que cuentan son mentiras, que si me aburro debería escuchar más a los clérigos, que dicen verdades. Pero yo pienso que la alegría no tiene por qué anular la fe... En fin, idos ya. Dentro de poco vendrá a informarse de cómo me encuentro esta mañana y seguramente no entenderá que platique con la guardia.

—Señora —intervino Michel, que, hasta entonces había estado mudo; Pedro ignoraba si de estupor o de preocupación—, yo cantaba mucho en el tiempo de vida de mi madre. Ella me enseñó también a tocar el arpa; si lo deseáis, en cualquier momento puedo hacerlo para vos.

Ahora fueron los ojos de Pedro los que se asombraron. Su nuevo amigo no le había comentado nunca una capacidad tan escasa y preciada.

—De nuevo os agradezco a los dos vuestra preocupación por mí. Y desde luego no lo olvidaré. Tal vez, en algún momento en que me encuentre sola os mandaré llamar para que me hagáis compañía, si mi esposo lo permite.

—También mi abuelo, además de controlar el mesón —se apresuró Brianda, sin pararse a pensar las complicaciones—, sabe contar bellas historias...

—Quizá lo llame también alguna vez. Y ahora idos ya.

—Sí, señora —aceptaron los dos, retrocediendo hacia la puerta. Allí, hubieron de apartarse para dejar paso a Luis, que llegaba acompañado de algunos señores y un par de soldados. Uno de ellos se volvió a Michel, interrogándolo con los ojos.

—La princesa me llamó —explicó el joven entre dientes al mayor, quien se apresuró a cerrar las puertas, dejándolos fuera.

—Es mi padre —aclaró el joven, viendo el despiste de Pedro—. Él consiguió que entrara en la guardia de la princesa en cuanto llegó, puesto que tiene muchos conocidos en la corte. Lleva toda su vida al servicio del rey. Aunque me consiguió el

puesto, no está nada seguro de que sea digno de él. Teme que lo deje en ridículo — concluyó Michel, bajando los ojos al suelo de baldosas de barro cocido que pisaban.

Los dos jóvenes tomaron sus puestos a ambos lados de la puerta de los aposentos de la princesa y, durante casi media mañana, apenas hablaron. Cuando Luis, acompañado de su pequeña corte, salió, el padre de Michel lo miró con una cierta sonrisa y pudiera ser que con orgullo. Luis se volvió hacia él y, señalándolo con el dedo, lo que hizo que las piernas del chico comenzaran a temblar, comentó:

—¿Así que eres tú quien ha conseguido que la princesa coma?

—No, señor —dobló enseguida la rodilla el joven ante el delfín—. Ha sido Pedro, el nuevo soldado. Él junto con su abuelo tienen un mesón un poco más allá de la Cuesta y ellos, al saber que yo era guardia de la princesa, me encomendaron el encargo de traerle los dulces.

Luis se volvió a mirar a Pedro y ahora fue este al que le temblaron las piernas, al tiempo que el padre de Michel torcía la boca en un gesto despreciativo, contemplando la cabeza inclinada de su hijo.

—¿Quién eres tú? —interrogó el príncipe.

—Pedro, señor, y desde ayer guardia de la princesa Blanca.

—Me ha dicho que tu abuelo conoce historias que podrían entretenerla.

—Sí, sire. Él vino de lejanas tierras y sabe todas las leyendas de Eire y de Bretaña... Bueno, creo que de todas partes —resumió Pedro, al advertir un gesto de impaciencia en Luis.

—¿Es cristiano?

—Desde luego, sire —afirmó Brianda sin saberlo realmente—. Y puede recitar pasajes de la Biblia de memoria, sólo de oírlos a los clérigos —se apresuró a aclarar.

—Y de ti me ha dicho —dijo, volviéndose hacia Michel, quien no se había atrevido a moverse— que sabes canciones. ¿Qué clase de canciones?

—Pues... —dudó el chico, sintiendo empaparse su coronilla en un sudor frío que se le deslizaba en gotas por la espalda.

—Las que le enseñó su madre —intervino el padre del joven.

—Deduzco, Hugo, que es tu hijo.

—Sí, sire, y os pido perdón por su audacia.

—Creo que el muchacho sólo ha pretendido ayudar a su señora.

—Estoy seguro de que así ha sido, señor —aceptó el hombre—. Pero es como su madre, un poco fantasioso y no quisiera que...

—Si conseguís entretener a mi esposa me parecería bien. Prefiero que las gentes que se acerquen a ella sean conocidas. No quiero traer trovadores o bardos que pueden influir negativamente en su tierno espíritu. En cuanto a ti —dijo, señalando a Pedro—, no dejes de traer los dulces hasta que Blanca se canse de ellos. Por supuesto, se te pagarán.

—¡Oh, no señor! Mi abuelo está muy contento de hacerlos para la princesa y...

—Se te pagarán —afirmó el príncipe, al tiempo que se volvía para seguir su

camino—. Y en cuanto a la visita de tu abuelo —dijo, deteniéndose un instante—, adviértele que esté preparado, puedo mandarlo a buscar en cualquier momento si mi esposa persiste en su tristeza, aunque preferiría que un clérigo la consolara, pero si no hay más remedio...

—Sí, señor —se apresuró Pedro—. Desde luego, señor.

El padre de Michel palmeó los hombros de su hijo, que aún permanecía arrodillado. El muchacho lo miró y los ojos de ambos se encontraron. Los del chico esperanzados, los del hombre doloridos.

Cuando el cortejo se alejó por el pasillo, Pedro, preocupado por las libertades que se había tomado e ignorando si serían del agrado de Michel, le encaró:

—Creo que debo pedirte perdón por lo mucho que he hablado hoy. No era mi intención restarte protagonismo, pero las cosas rodaron y...

—No me has quitado nada. Muy al contrario, hoy ha sido el primer día en que he visto a mi padre interesado en mí.

—Bueno —quiso terciar Pedro—, no creo que sea la primera vez, ya que se preocupó de buscarte una ocupación y...

—Nunca me había mirado a los ojos —murmuró el joven con la voz quebrada—. Mientras fui pequeño, él anduvo siempre en guerras, lejos de casa, y cuando volvió y entró en la guardia del rey, cuando yo empezaba a ser un adolescente, nos despreció a mí y a mi madre, a la que culpó de que yo no fuera...

—¿Tan hombre como él?

—Sí, eso creo. Apenas aparecía por casa y, cuando lo hacía, acababan siempre discutiendo, porque deseaba llevarme con él y mi madre se negaba. Seguramente pensaba que viviendo en un mundo de hombres pues...

—Tal vez habría sido así —apuntó Pedro con una cierta timidez—. El amor excesivo de tu madre, que se encontraba sola, sin el apoyo de tu padre, pudieron influir en tu forma de ser. Te digo esto —se apresuró a mentir al ver la mirada de ira que el otro le dirigió— porque a mí me pasó y...

—¡Mi madre me amó y me protegió siempre!

—Eso no lo pongo en duda, pero quizá actuó con un cierto egoísmo, que desvió tu interés de tu padre y, con él, de todos los hombres. Quieres ser una mujer porque crees que ellas son más humanas y cariñosas. Ves a los varones como animales y puedo asegurarte que no todos son iguales, aunque haya muchos como tú piensas. Tal vez Hugo, cuando regresó, se dio cuenta del problema y por eso quiso alejarte de tu madre. No lo juzgues sin saber. Si algún día tienes valor, pregúntale.

Michel miró al suelo y calló durante un largo rato. Pedro respetó su silencio, que quiso imaginar creativo. Sufrió un sobresalto cuando otra pareja apareció a su lado.

—¡Vaya! —dijo uno de ellos riendo—. Tenemos gente nueva. Eso merecería un festejo.

—¡Déjate de historias, Víctor! —cortó Michel con una voz ronca y fuerte que Pedro jamás le había oído—. Y me gustaría que os anduvierais con cuidado; Pedro es

mi amigo y tiene mi protección.

—¡Vale, vale! —aceptó el recién llegado con una media sonrisa, poniendo sus manos de parapeto—. Lo hemos oído y no se nos ocurrirá olvidarlo. Pero ¿no te parece que tu amiguito hará que quien no te conozca recele?

—¿Qué demonios quieres decir? —Mascó Michel, tomando a Víctor por la pechera de su uniforme—. ¿Acaso estás poniendo en duda algo que yo debería saber? Si es así, más vale que lo digas ahora para que pueda partirme la boca y no vuelvas a repetirlo.

—¡Vamos, chicos! —intervino el otro muchacho—. Dejadlo ya. Sólo era una broma. ¿No es verdad, Víctor?

—Sí —se apresuró el aludido, deseando relajar la incómoda postura a que la fuerza de Michel lo estaba sometiendo—. No entiendo por qué te lo has tomado tan a pecho —quiso justificar enseguida, una vez que recuperó el resuello.

—Porque es mi amigo y no estoy dispuesto a permitir que os metáis con él por ser nuevo. Así que adviértelo por ahí. De ese modo me evitarás trabajo. —Y, dándoles la espalda, enfiló el camino de la entrada del palacio, al tiempo que animaba a Pedro—. Vamos, tu abuelo nos invitará a comer.

Brianda siguió a Michel hasta la salida. El olor que llegaba de las cocinas dedicadas a los soldados no invitaba precisamente a sentarse a la mesa. Sin duda, el aroma del hogar del mesón era mucho más apetitoso. Se fijó en los andares rítmicos y viriles de su amigo y trató de imitarlos. Nunca le había visto caminar así, «será por el lugar», pensó. Pero cuando alcanzaron la calle, el muchacho continuó con su aspecto recio y ya no lo abandonó en todo el tiempo que permanecieron juntos.

Informaron a Blédhri de sus andanzas en el primer día de trabajo en común. El anciano asentía satisfecho hasta que llegó el momento en que le comunicaron que quizá Luis le llamara para que entretuviera a Blanca. Entonces miró a Brianda y esta entendió enseguida que el viejo no podía presentarse en la corte. Cualquiera podría reconocerlo, y desde luego Blanca lo haría, pues había pasado muchas noches junto a él, escuchando sus historias. Esa imprudencia hacía que el asunto de la Espina hubiera de resolverse con más premura aún, si eso fuera posible, para poder partir de París.

—¿Es muy religioso el rey? —preguntó Blédhri como por pura curiosidad.

—Mi padre dice que no suele rezar mucho, aunque lleva consigo siempre una pequeña capilla en la que guarda algunas imágenes y reliquias que custodia su capellán y donde celebra misa cuando están en viaje.

—Pues si tiene consigo una capilla será porque realmente le gusta rezar a cualquier hora y en cualquier momento —apuntó Pedro, mientras mordisqueaba una pata de pato que chascaba deliciosamente.

—No. La capilla está en uno de los cuartos en que se encuentran sus documentos importantes, no en su propio aposento; así está más cerca de los guardias y puede ser controlado mejor. Según me dijo alguna vez mi padre, guarda allí valiosas reliquias y,

en arcones cerrados con varios resortes que sólo él y su capellán conocen, joyas de muchísimo valor e incluso monedas de oro y plata.

—Un tesoro, vaya —concretó Pedro—. Pues qué bien —habló como sin darle importancia, con la boca llena de sabroso asado, captando al propio tiempo un ligero signo de asentimiento de Blédhri, el cual le hizo pensar que precisamente en esa capilla estaba la Santa Espina—. Pero —se interesó de pronto— ¿nosotros no tendremos que hacer guardia en un sitio tan peligroso, verdad?

—No —quiso tranquilizarle Michel—. Ahí sólo están hombres de su confianza, que le han servido durante años.

—Como tu padre —casi afirmó, más que preguntar Pedro.

—Sí, como mi padre y algunos otros.

—Ya. Y, hablando de otra cosa —quiso hacer olvidar su interés de hacía poco—. ¿Sabéis, abuelo, que el padre de Michel se preocupó de conseguirle el puesto en la guardia de la princesa? Seguramente conoce la capacidad de su hijo y espera que consiga ascender dentro del palacio.

Por vez primera desde que lo conocía, al nombrar a su padre Michel no reaccionó en contra, sino que bajó los ojos a su media hogaza, donde descansaba su sabrosa tajada de pato, sin hacer comentarios tristes, decepcionados o vejatorios.

—Eso demuestra que es un buen padre —aseguró Blédhri, bebiendo un largo trago de la copa que tenía ante sí—. Es una suerte, chico; no todos los progenitores se ocupan de sus retoños. Deberás estarle muy agradecido, lo mismo que yo te agradezco que consiguieras un puesto para mi nieto. No me gustaría que tuviera que pasarse toda su vida como un vulgar posadero. Ambos sois listos —añadió después de un momento de silencio en que disfrutó del sabor de su vino. Luego continuó—: Si os molestáis un poquito, no dudo de que conseguiréis abriros camino. Y ahora os dejo. Terminad la carne y no dejéis de pedir el pastel de higos. Os aseguro que olía deliciosamente cuando se cocía.

Los muchachos continuaron comiendo en silencio, hasta que Pedro, preocupado por la extraña concentración de Michel, preguntó:

—¿Qué te ocurre? Pareces preocupado. No me gustaría haber hecho algo que te disgustara.

—No. Muy al contrario. Has puesto en movimiento algo que yo mismo estaba deseando hacer pero que un estúpido orgullo me impedía realizar. Bueno... —dudó, mirando las sombras que se dibujaban en la pared de las gentes que circulaban por la calle—, no sé si llamarle orgullo o simplemente sentimiento de culpa. Pensaba que si me reconciliaba con mi padre, de alguna manera estaba traicionando el recuerdo de mi madre.

—Por lo que me has contado, tus padres no llegaron a entenderse, pero estoy seguro de que ambos te amaron a su manera. Tu madre ya no está aquí. Cuando vivió le diste tu cariño y ella, ahora, si te está viendo desde algún lugar, desearía que fueras feliz; y, créeme, por lo poco que te conozco, viéndote reaccionar ante tu padre, dudo

de que lo consigas si no te pones a bien con él, diciéndole lo mucho que le agradeces que se preocupe por ti. No sé si tengo derecho a decirte esto, pero ya quisiera yo poder hablar con mi padre y pedirle disculpas por todos los malos ratos que le he hecho pasar. Aprovecha que él está aún aquí. No permitas que llegue su hora sin arreglar los asuntos pendientes.

—¿Vendrás conmigo? —interrogó anhelante Michel.

—Desde luego, si así lo deseas, pero no creo que sea lo más oportuno. Esa conversación habrás de hacerla en privado. Puedo, si quieres, acompañarte hasta el lugar donde esté y apartarme después para que podáis dialogar.

—Está bien, pero mantente próximo, por favor.

—Lo haré. Pero créeme, después de que comiences a hablar, te sobraré todo el mundo.

—Podríamos acercarnos esta misma tarde —se entusiasmó el joven.

—De acuerdo, si tú quieres —aceptó Pedro.

—Estará de guardia, como siempre. Apenas sale del palacio. Eso era lo que mi madre le reprochaba, que prefería estar lejos de nosotros.

—A veces las obligaciones desbordan, y si él custodia algo importante...

—Sí, el cuarto del que antes os hablé.

—Entonces no le gustará dejarlo solo —arrastró Pedro las palabras, mientras su mente trabajaba de por libre—. Pero —se le ocurrió de pronto— si es un lugar tan especial, no podremos ir a verle. Deberás esperar a encontrarlo en otro sitio.

—Eso sería imposible, a no ser que se diera una casualidad como la de hoy. Pues te aseguro que en el tiempo que llevo en palacio apenas lo he visto un par de veces. Desearía dejar este asunto resuelto cuanto antes. Además, he comprendido que desde cualquier punto de vista mi reconciliación sería provechosa, incluso para nosotros...

—Michel se calló, por vez primera desde que se conocían, dejando la frase en el aire, como si él mismo no supiera qué decir. Contempló a Pedro con aquella extraña mirada y el gesto que había surgido aquella mañana por vez primera, y continuó, un tanto embarazado—: Quizá deberíamos plantearnos de nuevo algunas cosas y...

—Habla con tu padre y luego estudiaremos la situación sin prejuicios.

Tomaron, apresurados ya, el delicioso pastel de higos y, despidiéndose de Blédhri, quien miró preocupado a Brianda, salieron hacia el palacio. Pedro siguió a Michel por el laberinto de pasillos hasta llegar a una zona visiblemente más amplia, cuyos suelos estaban barridos, sin la molesta paja que se pegaba a las botas y a los vestidos de las damas. Al final de un largo corredor que desembocaba en una zona más amplia, varios soldados charlaban, interrumpiéndose unos a otros con grandes risotadas. Michel se detuvo un instante para susurrar a su acompañante.

—¿Ves? Eso era lo que enfadaba a mi madre. Sabía que mi padre se divertía más entre sus compañeros que con nosotros.

—Eso es normal. Los varones solos no necesitan disimular su condición y se encuentran mucho más a gusto que en compañía de mujeres o niños. Es posible que

con sus hombres se divirtiera, pero a vosotros os amaba. ¡Venga, no te detengas! Estamos aquí para algo, ¿recuerdas?

—Sí, claro, pero —dudó el joven, haciendo ademán de retroceder— no sé si...

—¡Venga, chico! Piensa que peor de lo que están las relaciones no se van a poner. Y yo estoy seguro de que este paso te reconciliará, no sólo con tu padre, creo también que contigo mismo.

—¡Vale, vamos! Pero no te separes de mí o no conseguiré hacerlo —aceptó Michel, tornando a caminar hacia el grupo que hacía chacotas en el vestíbulo al que se abrían varias puertas. Cuando los vieron acercarse, los hombres dejaron su conversación para formar una barrera que los encaró.

—Es mi hijo —informó Hugo, separándose del grupo para aproximarse a los recién llegados—. ¿Qué buscas aquí? Sabes que esta zona está restringida para extraños.

—Necesitaba hablar con vos, padre —casi murmuró el joven, con los ojos fijos en las baldosas del suelo.

—Está bien —aceptó enseguida el hombre, volviéndose hacia sus compañeros para advertir—. Será sólo un momento. Estaré aquí al lado —dio unos pasos, alejándose del grupo, que enseguida perdió interés por ellos, reuniéndose de nuevo para continuar con su interrumpida charla.

—¿Qué quieres? —preguntó enseguida a su hijo—. ¿Y tú por qué estás aquí? —Se encaró el soldado con el pequeño guardia que se encogía en un rincón.

—Se lo he pedido yo, padre. Puesto que ha sido él quien me ha aconsejado platicar con vos.

—¿Qué estás buscando? ¿Acaso no estás a gusto junto a la princesa? Esta mañana me pareció que no sólo habías conseguido su confianza, sino que además también la del príncipe.

—Sí, padre —volvió a emplear el término, que ya en la primera ocasión había descolocado a Hugo, quien ahora lo miró francamente alarmado, al oír de sus labios aquel vocablo que jamás le había oído pronunciar—. Me encuentro muy a gusto junto a la esposa del delfín y ella ha tenido a bien tratarme con condescendencia. Estoy aquí para daros las gracias precisamente por eso, por las molestias que os habéis tomado para encarrilar mi vida. Y, además —continuó, interrumpiendo con un gesto la contestación de su padre, que ya había abierto la boca para hablar— para deciros que siempre os he querido y que también mi madre lo hizo. Sus enfados eran debidos a lo mucho que os echaba de menos. Y yo... —Se detuvo de repente, agobiado por el caudal de sentimientos que se le anudaban en la garganta, empujándose por salir, presionando su pecho y embalsándose en sus ojos, que amenazaban con desbordarse, dejándolo, otra vez, en una situación poco viril, algo que le molestaba desde que aquella mañana había descubierto una nueva actitud en la que se encontraba muy a gusto. Entonces vio deslizarse algunas lágrimas por el curtido rostro de su padre. Por lo visto, dedujo enseguida, no era tan extraño ver llorar a un hombre. Al darse cuenta,

Brianda retrocedió hasta la próxima esquina, dejando a padre e hijo a solas con sus emociones reprimidas durante años. Entonces vio aproximarse por el largo pasillo a un clérigo que luchaba con varios pergaminos que pugnaban por deslizarse de sus brazos, demasiado cargados. Sin pensarlo, Pedro se apresuró a acercarse para recoger alguno de los legajos que acabaron por caer al suelo.

—Ten cuidado, muchacho —exhortó el anciano, con la voz autoritaria de los clérigos importantes—. Son valiosos escritos.

—Estoy seguro, buen padre. Los trataré con cariño. Sólo deseo ayudar.

—Gracias, muchacho, y ya me extraña, ya. Los jóvenes de hoy sólo piensan en francachelas. Si de ellos dependiera el reino estaríamos perdidos.

—Estoy de acuerdo con vos, buen padre —aceptó Pedro con los brazos llenos de pergaminos—. La mayoría cree que está en este mundo para la diversión; no entienden que todos tenemos una misión y que nuestro deber es cumplirla lo mejor posible.

—Me asombra tu madurez, muchacho. En los años que tengo, jamás, ni siquiera entre los nobles, he oído hablar así a un chico. ¿Podrías acompañarme hasta el cuarto donde debo dejar estos escritos? Si no, me temo que acabaré perdiendo alguno.

—Desde luego que sí, señor. Lo haré gustoso. Al pasar debería informar a mi amigo y a su padre que están aquí al lado.

—Por cierto, y ahora que lo dices, ¿qué hace un guardia de la princesa en esta zona restringida? Porque ese uniforme lleva las armas de Blanca.

—Sí, señor, así es. He venido acompañando a mi amigo que debía hablar con su padre.

—¡Ah, ya veo! —se tranquilizó el clérigo al avistar a Hugo y a Michel, que se abrazaban en aquel instante—. Una reconciliación de las muchas que serían necesarias en el mundo para evitar los enfrentamientos absurdos que no conducen más que a malos entendidos. Con lo sencillo que sería dejar de lado el orgullo y amar, simplemente... ¡Buenas tardes, Hugo! —saludó, satisfecho el sacerdote, colocando los pocos documentos que ahora portaba en manos de Pedro, quien hubo de hacer un esfuerzo de control para evitar que algunos volvieran a rodar por el suelo—. ¿Así que este chico es tu hijo? No sabía que tuvieras un vástago tan guapo. Pues ya me alegro, ya. La vejez en solitario no es aconsejable. Ámalo para que te ame. Voy a entrar en la cámara con estos documentos. Pero no es necesario que vengas. Déjame la llave. Este muchacho, que al parecer es amigo de tu hijo, me acompañará. Cuando termine te la devolveré, porque yo he olvidado la mía.

—Podemos dejar la conversación para otro momento —se apresuró Hugo—. Ahora ya cualquier instante será bueno.

—No te preocupes —insistió el clérigo—. Ya lo haremos nosotros. Además, estarán cerca tus hombres, supongo.

—Desde luego, pero ya sabéis que cuando hay que entrar dentro, prefiero hacerlo personalmente.

—Lo sé, pero, créeme, no es necesario. No permaneceré en el interior mucho tiempo; lo imprescindible para clasificar estos legajos. Enseguida estaré de vuelta. Aprovecha para entenderte con tu hijo. Algún día me lo agradecerás.

—Está bien, padre. Aquí la tenéis —accedió el padre de Michel, desprendiéndola de su cinturón.

Brianda vio al hombre tomar la enorme llave y por unos momentos se preguntó si sus endeble muñecas serían capaces de sostener aquel pesado pedazo de hierro. Tal vez por su gran tamaño y no por un olvido, como había dicho, no la había traído consigo. El clérigo y su improvisado ayudante siguieron pasillo adelante hasta llegar al ensanchamiento donde los hombres de Hugo seguían de charla. Saludaron al recién llegado e hicieron intención de seguirlo.

—Montad guardia en la puerta —les ordenó él—. Vuestro capitán vendrá enseguida. Y tú entra —ordenó a Pedro, haciéndose a un lado para que el chico pudiera pasar con su carga.

Cuando estuvieron en la penumbra interior, Brianda, por entre el paquete de pergaminos que llevaba, ojeó los rincones de una gran sala, alumbrada apenas por un par de velas, que mostraba en una de sus paredes anchas estanterías donde se amontonaban rollos de pergamino. Al otro lado, grandes arcas vestían la parte baja de la pared y en la cabecera, lugar donde ardían las velas, un altar con una virgen que portaba en su rodilla izquierda a un niño de mirada adulta y distante presidía de alguna manera la larga estancia.

—Ven —ordenaba cada poco el clérigo, moviéndose por ella para colocar en su lugar cada uno de los rollos que hasta allí había llevado—. Te gusta la Virgen, ¿verdad? —preguntó al observar la mirada que constantemente dirigía Pedro al altar.

—Desde luego, señor. Es muy bella. Ya quisiera yo tener una así junto a mi camastro para poder rezarle cada noche.

—En cuanto acabemos de ordenar esto podrás hacerlo. De hecho, yo siempre que entro aquí lo hago. Me parece que si no, Ella no está satisfecha y me marcho a disgusto.

Pedro siguió al clérigo a lo largo y ancho de la sala hasta que los legajos estuvieron en sus lugares, después, el padre lo tomó por el brazo y se acercó con él hasta el pequeño altar. Brianda observó ávida los objetos que estaban sobre él. Había libros de piel de becerro con letras de oro, vasos de metales brillantes y deslumbrantes piedras, que parecían tomar para sí toda la luz de las mezquinas velas, a las que el clérigo añadió la que había llevado en la mano durante el tiempo que había necesitado ver las letras de los escritos y sus lugares apropiados de archivo.

—Acércate —invitó a Pedro, quien dio un paso hacia delante, situándose al pie mismo del altar. Brianda buscaba, mientras Pedro asentía y hablaba con el sacerdote. Vio varias cajas, algunas muy valiosas en esmaltes o marfil, pero sobre todo una, muy pequeña, completamente de oro, colocada en un extremo, le llamó la atención brillando de una forma que le pareció casi mágica. Pedro se arrodilló y siguió los

rezos del clérigo, en tanto Brianda observaba. Cuando la salmodia terminó y mientras ayudaba con una mano a levantarse al viejo, fingiendo que su peso le vencía, se dejó acercar al altar y tomó, sin pensarlo, la cajita de oro, que sepultó inmediatamente en una de sus mangas. Asíó entonces con las dos manos el cuerpo del anciano, para lograr enderezarlo por completo.

—Esto ya no es lo que era, muchacho —se quejó el viejo—. Por eso mismo le decía a Hugo que tiene una bendición al lado y que no debe dejarla pasar. La vejez llega para todos y uno necesita apoyarse en el amor para poder continuar. Bien. Vámonos ya.

Cuando ya enfilaban la salida, la puerta se abrió para dar paso a Hugo.

—¿Está todo resuelto, padre? —interrogó el soldado sin dejar de mirar a Pedro, quien se encogió, aterrado.

—¿Y tú? —le contestó el sacerdote con otra pregunta—. ¿Ya lo has arreglado todo?

—Sí, padre —se emocionó el hombre—. Creo que acabo de recuperar a mi hijo.

—Eso está bien —le palmeó los hombros el anciano—. Y no permitas que se aleje de ti. Amaos, porque os necesitaréis mutuamente. La existencia sin amor es muy difícil de llevar; y ahora os dejo, aún tengo mucho trabajo que hacer. Por cierto, muchacho, ¿sabes leer y escribir? —interrogó, dirigiéndose a Pedro.

—Sí, padre, mi abuelo me enseñó.

—Bien, en ese caso, si en algún momento decides cambiar de puesto, ven a verme.

—Sí, señor, gracias, señor —se aturulló Pedro, apretando su brazo contra el pecho, al inclinarse ante el anciano que se iba. Luego miró a Hugo y se inclinó también ante él para alejarse con las piernas temblonas y la boca seca.

Aquella fue una noche interminable para Brianda. En el largo dormitorio de los soldados, permaneció en su camastro, insomne, apretando la cajita en su puño cerrado durante el tiempo que tardó en aparecer la débil luz que anunciaba el amanecer. Luego, cuando llegaron a despertar a los soldados, la sepultó en su pecho, vistiéndose con rapidez, sin levantarse del todo, medio cubierta por la manta.

—¡Vaya friolero que estás hecho, chico! —gritó uno de sus compañeros.

—Pareces del sur, donde todos son afeminados —puntualizó otro, mirándolo con interés.

—¡Dejadle! —intervino enseguida Michel—. Os advertí ayer que es mi amigo y no voy a permitir que se convierta en vuestro juguete.

—¡Vale, vale, chico! —se alejó el otro, poniendo sus manos como barricada—. Te lo dejaremos para ti solito.

Michel, en una zancada, alcanzó al que se iba y en un momento la pelea se generalizó. Brianda, pegada a la pared, se fue acercando a la puerta y, precipitadamente, salió por ella, buscando la entrada del palacio. A grandes pasos se dirigió al mesón, donde ya su cocinero había empezado los preparativos diarios.

Blédhri, que desayunaba unas sopas de pan con un huevo escalfado en ellas, se volvió, preocupado, al verla entrar.

—Creo que ya lo tengo —susurró ella, dirigiéndose al cuarto del fondo, que hacía las veces de dormitorio y que ahora estaba desierto ya que los hombres trabajaban fuera.

—¿Cómo que crees? ¿La tienes o no?

—Pues lo cierto es que no he podido abrir la caja. Por el tamaño me pareció la más apropiada para contener la reliquia, pero no tuve tiempo de comprobarlo. Simplemente la tomé.

—Bien —aceptó el anciano, cachazudo—. Veámosla, pues.

Con infinitos cuidados abrió el delicado cierre. Levanto la liviana tapa y allí, sobre un minúsculo cojín de terciopelo negro, vieron la Espina. Brianda sintió un extraño nudo en la garganta, pero Blédhri se limitó a cerrarla y envolverla en un paño, que ató fuertemente con una cuerda. Llamó a uno de los soldados, que se acercó desprendiéndose del mandil que le defendía de las grasas de las comidas, y se la entregó, ordenando:

—Parte ahora mismo junto con Aymar. Armaos hasta los dientes y buscad el camino de Burdeos. El arzobispo ya viene hacia aquí, así que no tendréis que alejaros mucho. Entregadle el paquete y decidle que me he enterado de que su amigo Hugo, el obispo de Lincoln, se acerca también a París. Es importante que se reúna con él antes de que entre en la ciudad.

—¿Para qué debe hacerlo? —preguntó el joven, pensando que debía darle instrucciones sobre algo.

—Él conoce ya qué debe hacer; vosotros limitaos a encontrarlo lo más pronto posible; luego regresad aquí. Si acaso hubiéramos partido, nos encontraréis camino de Fontevraud. ¡Vamos! ¡Informa a tu compañero y partid inmediatamente!

—Sí, señor —aceptó el soldado, saliendo ya del cuarto.

—Bueno —sonrió apenas Blédhri a Brianda—, creo que deberías informarme del asunto. Me he pasado la tarde y la noche de ayer propiciando una solución. Por la rapidez con la que lo has conseguido quiero pensar que no he perdido facultades. Pero, aunque me guste imaginar que he sido yo quien lo ha logrado, debo admitir que, a veces, inexplicablemente, con sólo desearlo, los sucesos más poco probables ocurren por sí mismos.

En pocas palabras la muchacha le puso al corriente de la serie de hechos que, providencialmente, se habían dado el día anterior y que habían favorecido el cumplimiento de su misión.

—¿De modo que has huido del palacio? —Se preocupó el anciano—. Eso les hará tomarte por sospechoso en cuanto descubran la desaparición de la caja.

—Puedo justificar eso. Y en cuanto a la caja, no creo que alguien se preocupe demasiado de ella. Estaba en un rincón del altar, entre otras mucho más grandes e incluso valiosas. No parece que se la utilice demasiado para rezar.

Unas voces destempladas les llegaron desde el local de las comidas. Ambos se precipitaron fuera. Michel forcejeaba con uno de los soldados que quería impedirle la entrada al cuarto interior.

—¡Déjalo, Aimar! —ordenó Blédhri—. Y ve a cumplir con el cometido que os encargué.

El joven se quedó en medio del salón, derrotado, mirando a Pedro que, detrás de su abuelo, fingía desamparo.

—¿Qué he hecho para que te fueras? —preguntó el recién llegado con voz ronca.

—Nada, amigo, tú no has hecho nada —se adelantó Pedro hasta poner su mano en el hombro del otro—. Pero esta mañana he comprendido que aquel lugar no es para mí. Yo no soy como tú; o mejor, tú no eres como yo. Constantemente estaría creándote problemas porque yo no sé defenderme. Hoy fui consciente de la situación. Te agradezco mucho la posibilidad que me has ofrecido. Cuando puedas, despídeme de la princesa y de tu padre. Diles que he entendido que esa vida no es para un... bueno, uno como yo. Mi abuelo tenía razón. Se lo he contado y hemos decidido regresar a nuestra aldea. Tú estarás bien. Estarás mucho mejor que conmigo, pues creo que has encontrado tu camino y yo sólo sería para ti una carga. Partiremos en unos días. Si en algún momento volvemos a París me acercaré a visitarte. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Y ahora regresa a tu puesto de guardia y justifícame con el capitán y, cuando puedas, con la princesa. —Pedro, empujándose sobre la punta de los pies besó la mejilla de Michel, quien, sin darse cuenta, se limpió con el dorso de la mano.

Apenas quedaron solos, Blédhri ordenó aparejar los animales que habían ido adquiriendo en los últimos días y, para satisfacción del cocinero y por que la ruptura no fuera tan brusca y pudiera despertar sospechas, le ofreció la posibilidad de regentar el local para siempre, si era su deseo, o por unas semanas, mientras encontrara a quien traspasárselo.

—Señor —se aturulló el soldado—. Si vos lo consentís, mi deseo sería quedarme aquí, pero sabéis que no puedo pagaros y...

—Podrás hacerlo, amigo; tan sólo deberás mantener los ojos bien abiertos y estar siempre informado de lo que ocurra en la ciudad y la corte. Cuando te enteres de algo que realmente nos interese, envía a un hombre a informarnos. Ese será el precio que debas pagar por este local.

—¡Oh, gracias señor! ¡Desde luego que lo haré! Pero —enseguida su rostro cambió— ese no es un precio justo, pues yo cumpliría esa misión sin necesidad de que me cedierais el local...

—Lo sé, amigo —sonrió Blédhri—. Pero así estarás mucho más sujeto, porque sabes que me lo debes y que en cualquier momento puedo regresar a quitártelo —rio francamente, observando el aturdimiento del hombre—. En fin, a cualquiera que pregunte por nosotros, has de decirle que hemos regresado a nuestra aldea y que no volveremos a la ciudad, al menos de momento. Si alguien quiere saber dónde se

encuentra el lugar, diles que en las montañas que nos separan de Hispania.

—Sí, señor, así lo haré.

CAPÍTULO 19

—He recibido noticias de Malemort —anunciaba Leonor a Blédhri, acercando friolera sus manos al fuego de la gran chimenea que ardía día y noche en sus aposentos de Fontevraud—. Todo ha salido como programamos. Es más, creo que el propio Luis se acercó al obispo de Lincoln para pedirle que visitara a Blanca. Su fama de santo le precedió y Hugo no tuvo más que plegarse a los deseos del delfín para entrar en las habitaciones privadas de la princesa. Nadie sabe qué ocurrió, ni cuáles fueron los consejos o exhortaciones del obispo, el hecho es que Blanca ha dejado de lado su tristeza y ya disfruta de sus nuevos compañeros y de su vida en palacio.

—Ha recuperado su espíritu, que andaba perdido en un ambiente que no era capaz de reconocer. La fe le ha devuelto el equilibrio y la armonía y la ha reconciliado con la vida. En poco tiempo olvidará lo aprendido en Castilla y sentará las bases en las que apoyar los nuevos principios y normas que ahora la envuelven, rigiendo sus días. Es lista, no le llevará demasiado —cabeceó el anciano, convencido.

—Han llegado noticias de Juan —cambió de tema la reina, convencida, ella también, de la capacidad de adaptación de Blanca—. Ha coronado a Isabel de Angulema en Westminster. Este capricho nos va a traer muchos problemas. Juan no respeta los derechos y las libertades de sus señores; ni siquiera lo finge, lo cual en muchos casos es suficiente. Muy al contrario, los desafía constantemente y de formas muy graves. Ni que decir tiene que se ha creado un enemigo mortal en Hugo le Brun, quien no tardará en aliarse con los señores de Thouars.

—Sí —asintió Blédhri acercando él también las manos al fuego—. Vuestra nuera Constanza ha sabido por fin situarse en una posición de poder, después de aquella boda con un señor inglés que tan mal le salió. Ahora se ha unido a Guy de Thouars, buscando su apoyo para hacer que su hijo Arturo se haga con la sucesión que ahora se

le ha negado.

—Si ella no hubiera mostrado tanta inquina por nuestra familia, tal vez yo misma habría elegido a mi nieto Arturo como rey, pero, en su resentimiento contra nosotros, envió a su vástago a educarse con Felipe de Francia, quien lo ha convertido en un juguete al servicio de sus deseos de hacerse con Normandía. Indudablemente Constanza se ha equivocado en la forma de tratar a nuestra casa, pero ahora ha sabido colocarse en una posición de fuerza que, como Juan continúe, que lo hará, con sus caprichos y faltas de respeto con sus señores, no tardará en crearnos problemas.

—Tal vez deberíamos acercarnos a los Thouars para tratar de paliar en lo posible la influencia negativa de Constanza.

—Es mal momento, Bléd; apenas hace un año que mi nuera se acuesta con Guy de Thouars. Es hermosa y muy lista —se interrumpió Leonor para tomar de manos de Brianda un cuenco de leche que esta le ofrecía—. Seguramente —continuó, después de beber un traguito del líquido— en estos momentos Guy es una marioneta en sus manos.

—Señora —se inclinó de nuevo ante ella la joven—, yo podría, si vos lo permitís, acercarme a sus tierras. No despertaré sospechas y además de enterarme de la situación real creada por Constanza, actuar de alguna forma que nos fuera provechosa.

—¿Cómo podrías llegar a los señores y con qué disculpa? —interrogó la reina, interesada inmediatamente.

—Pues... —dudó la chica, sólo un instante—, podría acompañar a algún trovador o bardo, formando parte de su comparsa. Sabéis que los cómicos, cantantes y cuentistas son recibidos en todas las cortes.

—Buena idea, muchacha —aceptó enseguida Leonor—. Pero, aparte de conseguir información sobre los planes de mi nuera, no sé qué otra cosa podrías hacer para ayudar.

—Las leyes naturales están programadas con gran sutileza, de forma que pueden pasarnos desapercibidas. Realmente yo ignoro también adónde podría conducirnos esa visita, pero opino que la casualidad no existe. El hecho de que se nos haya ocurrido la posibilidad me hace presuponer que al menos deberíamos plantearnos la eventualidad.

—¿Acaso seremos ahora una *troupe* de cómicos, para entretenimiento de nobles aburridos?

—Deduzco de tu pregunta que deseas apuntarte a la posible aventura —casi rio Leonor, encarando al anciano—. Esto de ser viejo es tedioso. Creo que echas de menos nuestras correrías constantes de un lugar y de un problema a otro. Pero, lo siento mucho, amigo; te quedarás conmigo, aunque decidamos aceptar la propuesta de Brianda, que me parece bastante acertada como indagación; dudo de que sirva para mucho más, a no ser que podamos hacer magia y quitarnos de en medio a Constanza... —rio ahora francamente la reina, manoteando ante sus ojos como para

apartar una mosca insistente, queriendo borrar así la idea que buscaba hacerse espacio en su mente—. Por otra parte, ¿acaso ignoras que mi nuera te conoce muy bien? ¿Cómo podrías explicar tu presencia entre unos cómicos ambulantes? Lo siento, pero seguirás aquí, paseando por el claustro entre aburridos clérigos y monjas sibilinas y, como mucho, cabalgando muy de vez en cuando al amanecer, o leyendo esos interminables legajos que te encantan.

Blédhri bajó la cabeza. Seguramente la reina hablaba por ella misma. Parecía que él debería echar de menos sus andanzas anteriores, incluso las múltiples batallas en las que había participado, pero no era así, apenas las recordaba y mucho menos las añoraba y eso era lo que más le preocupaba. Empezaba a encontrarse a gusto dentro de los muros del monasterio. Hacía mucho que no participaba en una cacería y ni siquiera, como decía Leonor, salía a cabalgar al amanecer. Sólo algunas noches lo hacía, para buscar en los bosques sus respuestas. Esa propuesta de viaje en realidad había sido una llamada a sí mismo para despertar del peligroso letargo que empezaba a envolverlo. Pero no deseaba realmente acompañar a Brianda, si es que se decidían a enviarla; prefería, con mucho, permanecer junto a la chimenea o entre los legajos que constantemente manoseaba en el escritorio. Suspiró con tristeza, mirando las arrugas en el rostro de Leonor, que ya eran muy difíciles de disimular, y sus manos cansadas, que apoyaba con desmayo sobre el regazo.

—Pelayo, quien no ha encontrado, y me temo que ya no lo hará, el momento de dejarnos, conoce muchas historias —dijo en voz alta Blédhri, deseando olvidarse de sus claudicaciones—, casi tantas como yo mismo. Desde que se vino con nosotros, dejando su cenobio, procura acercarse a mí en cuanto me ve o estoy desocupado. Muchas veces he aceptado su ayuda con pergaminos o ensayos de poderes. Se ha olvidado de sus deseos de volver junto a sus hermanos; prefiere indagar y conocer por su cuenta, sin las trabas de un prior artrítico, que todo lo ve a través de su rigidez. Pienso que tal vez podríais enviarlo a las tierras de Thouars, junto con Brianda y algunos otros.

—Sí, podría ser —aceptó la reina, recordando el buen humor recobrado por Pelayo desde que logró olvidarse de su mala experiencia en el cenobio. En las largas tardes, cuando la nieve o la lluvia impedían el paseo al aire libre, el fraile la había acompañado, contando por enésima vez las historias aprendidas de Blédhri, pero con aditamentos de su cosecha, que casi siempre tenían alguna connotación burlesca, que conseguía la risa y el regocijo de sus oyentes—. Bléd —ordenó después de unos instantes de reflexión—, encárgate de buscar algunos bardos o trovadores, junto con bailarinas y acróbatas hasta formar un completo conjunto de diversión que no pueda ser rechazado en ningún castillo. Habéis de conseguir varios números distintos, todos divertidos y alegres, de forma que sea necesario pasar varios días dentro de la mansión de los Thouars. Allí, como tú dices, Brianda, buscaréis la información y, si llega el caso, la oportunidad que pueda servir a nuestros fines.

En menos de una semana, después de ensayos apresurados pero efectivos, la

pequeña compañía consiguió algunos entretenimientos que ocuparían a sus posibles espectadores al menos durante siete días. Decidieron, para poder justificar el número de artistas que viajarían, escenificar las historias, al tiempo que eran narradas o cantadas. Se buscó en viejos arcones ropas de todas clases, que se cosieron o adornaron para hacerlas vistosas y llamativas. Se recogieron afeites y colores para los rostros de los participantes, preferentemente de las mujeres, de forma que sus gestos expresaran mejor las pasiones o sentimientos que representaran, imitando las máscaras de los antiguos teatros, además de hacerlas pasar, en lo posible, desapercibidas, pues su participación en representaciones no era muy del gusto de las gentes que, aunque disfrutaran de lo lindo viendo los cuerpos femeninos en movimiento, se sentían obligadas a repudiarlo por no ser conveniente para la buenas maneras. Pintaron pedazos de maderas que, ensambladas, aparentaran ricos salones, sucias covachas, frondosos bosques o lóbregas cuevas, dependiendo de la narración que se contara en cada momento. Con un intenso trabajo consiguieron meterse dentro de sus respectivos papeles y encarnar a sus personajes con una cierta gracia que, en los últimos ensayos, consiguió convencer a la propia reina, quien los despidió con pena cuando llegó el día de partida.

Una de las fortalezas de Thouars se encontraba muy próxima, así que hacia ella se dirigieron con la esperanza de hallar en ella a los señores y, en su defecto, enterarse de en cuál de sus posesiones se encontraban.

Cuando llegaron ante las murallas con sus carros renqueantes, parecían realmente un conjunto de titiriteros dispuestos a entretener a los nobles por unos pocos cuartos, además de la comida y el alojamiento. Enseguida apareció un capitán acompañado de cuatro soldados, que inspeccionaron a las personas y el interior de los carros. Pelayo, vestido con unas calzas verdes y un jubón rojo, hacía girar sus pupilas, consiguiendo la risa de los hombres, aunque Brianda, dentro de su papel de cómica joven y hermosa, protagonista de todos los cantares, no supo si aquellos giros eran voluntarios, por conseguir congraciarse con los inspectores, o de puro miedo. Tal vez los ojos en blanco, o quizá la sonrisa hermosa y juguetona de la joven, convencieron pronto a los guardias, que, precediéndolos, les abrieron los portones para que entraran sus carros hasta el patio de armas.

—Mi señora recibirá enseguida a los responsables —les dijo el capitán en cuanto estuvieron dentro y el puente alzado—. Quiere saber qué divertimentos sois capaces de ofrecer.

Pelayo, a una seña de Brianda, se adelantó, intentando con movimientos superfluos introducir sus manos dentro de las mangas del inexistente hábito. La joven intensificó sus señas hasta que el fraile captó su mensaje y, dejando caer sus extremidades a los largo del cuerpo, rio, mostrando todos sus dientes junto con los huecos negros que algún día estuvieron también ocupados.

—Vamos a ver a vuestra señora cuando deseéis, je, je —desde luego que no tenía ninguna gana de reír pero consideró que esa era su obligación y se obligó incluso a

palmotear; no supo muy claramente con qué fin, pero le pareció que algo tenía que hacer con sus manos y ya que no podía sepultarlas en las mangas, pues... Además, la gente aplaudía cuando estaba contenta o aprobaba algo, así que seguramente ese gesto sería bueno para hacerse querer. Los soldados lo miraron con una cierta compasión que el fraile no entendió, pero como ya caminaban delante de él se apresuró a dejar sus intentos de parecer un buen cómico y los siguió hasta una escalera que subía a la torre.

Enseguida lo introdujeron en una estancia donde algunas mujeres, sentadas cerca del fuego, bordaban parloteando sin cesar, y varios hombres, en corrillos separados, charlaban también, pero serios y circunspectos. Pelayo sospechó enseguida que trataban algún asunto importante.

—Acércate, trovador —dijo enseguida la señora al verlo. Era hermosa, concedió el fraile, recordando los comentarios de Leonor. Indudablemente, si hacía poco que era la esposa del señor, tendría, como la reina había predicho, mucho poder sobre él.

—Señora —saludó Pelayo, exagerando su reverencia como había visto hacer a los muchos trovadores que se aproximaban a Leonor.

—¿Qué me traes, buen hombre?

—Diversión, señora. Canciones, historias y algo muy nuevo que no creo que nadie haya hecho hasta ahora.

—¿Nuevo, dices? ¿De qué se trata?

—Mi hermosa señora, ya quisiera yo poder informaros, pero entonces la sorpresa perdería su interés. Permitidme que guarde el secreto hasta que decidáis darnos la oportunidad de actuar ante vos y vuestros acompañantes.

—Está bien, trovador; podéis instalaros. El capitán os asignará algún cuarto. En las cocinas os darán de cenar o comer antes de que nosotros lo hagamos, así estaréis confortados a la hora de hacer vuestros juegos. Espero que realmente vuestra visita merezca la pena; de lo contrario, mañana mismo estaréis de nuevo en el camino.

—Os aseguro que quedaréis satisfecha. —Se inclinó Pelayo, retrocediendo sin darle la espalda, como si de una reina se tratara, algo que pareció no disgustar a la dama, quien sonrió al verlo desaparecer por las puertas.

Pasaron la tarde montando sus tramoyas en el salón, a la espera de la cena. Cuando todo estuvo preparado y cubierto por telas para que nadie pudiera verlo antes de tiempo, se dirigieron a la cocina para que les dieran algún alimento. En la gran estancia se habían colocado ya tableros pegados a una de las paredes para acoger a los huéspedes. Les sirvieron una sopa de legumbres con pedazos de tocino y algún que otro de carne. Les dieron también media hogaza —no muy grande, eso sí— y un pequeño jarro de vino. Cuando ya se iban para ocupar sus puestos, a la espera de que los comensales terminaran los platos principales, Brianda se quedó un tanto rezagada para agradecer a la cocinera su cena. La mujer la miró con un cierto asombro. En los muchos años que llevaba dirigiendo los guisos de la casa nadie le había dicho jamás si le habían gustado o no.

—¡Vaya! —aceptó complacida los parabienes de la hermosa joven—. Menos mal que hay alguien que se entera de lo que come en esta casa —dijo en voz muy alta para que todos los marmitones y el resto de mujeres oyeran las felicitaciones que acababa de recibir. Enseguida tomó uno de los bollos dorados y crujientes que esperaban en una bandeja a ser servidos y lo puso en las manos de Brianda, quien se lo agradeció con una sonrisa y una inclinación de cabeza. La cocinera se sintió casi tan importante como su señora, la cual cada vez estaba más irascible y caprichosa. Vio partir a la muchacha y pensó en la hija que tuvo hacía ya muchos años y que la madre de su señor actual había hecho desaparecer en cuanto se enteró de que su hijo era el padre de la criatura.

Cuando uno de los criados se acercó a advertir a los cómicos de que la señora deseaba que comenzaran, todos se colocaron en sus puestos y las telas que habían colgado de una vara sujeta al techo y a las paredes se corrieron hacia los lados, permitiendo a los comensales contemplar la escena antes de que la voz de Pelayo iniciara la narración. El cuadro representaba un claro del bosque en que una hermosa joven, tal vez una diosa o un hada —pensaron los espectadores—, fingía recoger flores. Durante unos instantes, se permitió que todos hicieran deducciones y comentarios. Cada cual imaginó una explicación para la escena, lo que hizo que casi todos participaran de alguna forma en la representación. Luego, la voz profunda y hermosa del fraile cantó el comienzo de la historia. A su compás, los improvisados actores se movían por el escenario, simbolizando con sus movimientos los hechos narrados. En un momento dado en que el decorado debería ser distinto, alguien corrió los improvisados cortinajes y todo el elenco se apresuró a cambiar los maderos del fondo, que ahora iban a representar las altas columnas de un elegante salón. Durante casi todo el tiempo que les llevó el cambio, los aplausos de los espectadores les llenaron de alegría y fuerzas para continuar. La acción siguió desarrollándose y Brianda se sorprendió a sí misma tan dentro de su papel que cuando, al final, cayó al suelo, herida de muerte por la espada de su amado, que sin conocerla la confunde con un genio maligno, le pareció sentir el dolor del arma penetrando en su pecho. Quedó inmóvil en el suelo, experimentando la muerte, mientras los comensales aplaudían e incluso abandonaban su puesto en las mesas para acercarse a felicitarlos.

Entonces, mientras alguien la ayudaba a levantarse, sintió de nuevo dentro de sí la extraña fuerza que la había acompañado durante algún tiempo y que creía perdida. Se alzó y, tras las pinturas de su rostro, dirigió los ojos hacia la señora de la casa, quien la miraba embobada. «Estás enferma —pensó—, muy enferma, y no tardarás en morir». Luego, cuando el momento pasó, libre ya de su atuendo y maquillaje, mientras bebía de la copa con que los señores les habían obsequiado y comía los dulces bollos, trataba de saber si lo que le había parecido ver en la dama era una premonición o simplemente su deseo, el cual había salido de aquella parte oscura suya para envolver en un maleficio a Constanza. Hubo de interrumpir sus pensamientos porque el primo de Guy de Thouars, Amaury, se le acercaba sonriente.

Al darse cuenta, sus ojos tomaron las luces de las velas y sus labios la sonrisa del hada que acababa de representar. El joven, fascinado ya por el personaje, se acercó a ella, tratando de encontrarlo en la mujer. Brianda lo supo y encarnó de nuevo a la hermosa hada que, enamorada de un hombre, accede a casarse con él con la condición de que nunca la observe las noches de luna llena cuando se vaya al bosque. Ni que decir tiene que su amante accede a todos sus caprichos al principio de la relación, pero cuando su cuerpo se ha descargado de sus tensiones las veces suficientes para dejar libre su cabeza, empieza a cuestionar hasta qué punto debe permitir las misteriosas salidas de su esposa. Sus patosas deducciones llevan a la muerte a su amada, quien deja solos a sus hijos y abandonadas las tierras. Los cultivos, desde entonces, se agostan o se hielan, los alimentos escasean, los pobladores se ven obligados a emigrar, las casas quedan vacías de gritos y risas; sólo el sol y la lluvia, empeñados en su destrucción, las habitan. En las llanuras, hasta donde la vista alcanza, se ve un agrietado desierto, que en invierno chasca bajo los pies cansados del esposo, que, por no saber hacer otra cosa, llora y pide perdón. En verano, el sequero hasta la expresión le arrebatara, ahogando en polvo y arena sus lamentos.

—Una triste historia —dijo Amaury al llegar junto a Brianda.

—Sí, señor —lo saludó ella inclinándose, permitiendo al hacerlo que el escote de su vestido se deslizara peligrosamente sobre sus hombros. Se apresuró él a tender la mano para, tomándola del codo, ayudarla a incorporarse.

—Gracias, señor —sonrió ella, envolviéndolo en la luz destellante de su mirada.

—Yo no soy el señor —advirtió él, con una nota de rencor en la voz—. Es mi primo, o mejor, desde hace unos cuantos meses, su esposa.

—Para mí sois el señor, o mejor, mi señor —Brianda repitió la palabra, mordiéndose un poco los labios, que resurgieron de entre sus dientes más jugosos, dulces y frutales de lo que Amaury hubiera visto nunca.

—Y vos sois mi señora desde este momento y para siempre.

—No os precipitéis, señor, y no digáis cosas de las que mañana tengáis que arrepentiros —advirtió la joven, con un morrito de disgusto—. Estáis viendo en mí al hada del cuento y sólo soy una pobre campesina.

—Si de algo me precio es de conocer a las personas muy pronto y vos no sois una campesina. Si no os hubiera visto en compañía de estos comediantes, habría pensado que erais la dama de un importante castillo.

—Sois un trovador, señor —rio ella, dejando que sus dientes se mostraran en toda su belleza—. Acabáis de inventaros una bella historia. No soy una señora porque jamás me he topado con el caballero que haya deseado convertirme en tal.

—Yo lo haré —se apasionó él, tratando de acercarse a ella. Pero Brianda, con sus poderes recobrados, se escabulló por entre los grupos de asistentes, dejando a su nueva conquista desorientada y confusa. Después de buscarla inútilmente por el salón y por los pasillos próximos, tornó a la estancia y, tomando por el brazo a una de las

muchachas, que portaba una bandeja de dulces que rodó por el suelo, la sacó fuera y, cerca, en un rincón oscuro, la tomó rabioso y violento.

Constanza se apresuró a la mañana siguiente a llamar a Pelayo y «a la hermosa hada», para saber si podían representar alguna otra historia, porque no le interesaban «ni cabriolas, ni juegos de manos»; eso ya lo había contemplado demasiadas veces. Lo que realmente le había encantado y jamás había visto era la «bella representación» de la historia.

—Desde luego que tenemos otras narraciones —afirmó Pelayo, hinchándose de orgullo—. Una para cada cuento que contemos.

—¡Ah, qué bien! —Palmoteó la señora, realmente satisfecha—. Entonces quedaréis junto a nosotros mientras tengáis fábulas que narrar. Aquí la vida es muy aburrida. Los hombres andan preocupados por los asuntos del reino y, cosa que me parece rara y casi imposible, no son capaces de olvidarse de ellos a la hora de disfrutar.

—Si los motivos son importantes —intervino Brianda, con la cabeza baja para que la otra no viera sus ojos—, no es raro que sea difícil olvidarlos.

—Sus problemas son los míos —dijo ella con rabia— y sin embargo yo soy capaz de dejarlos fuera en cuanto he tomado una decisión.

—Tal vez a ellos les cueste más hacerlo porque aún no la hayan tomado —apuntó de nuevo la joven.

—En eso tienes razón, muchacha. No se atreven a decidirse. En el fondo son cobardes y timoratos.

—Quizá es que no alcanzan a ver los resultados —abundó ahora Pelayo, comprendiendo la intención de Brianda.

—No —negó decidida la dama—. No es que no los vean, es que los temen.

—¿Tan terribles serían las consecuencias? —preguntó Brianda, con un tinte de indiferencia en la voz, como si realmente se limitara a entretener a la señora.

—Cuando uno desea un reino no deben importarle las consecuencias porque, por serias que sean, el poder de una corona está por encima de todo. Pero, en fin, decidme —cambió su tono rabioso por otro festivo—, ¿con qué cuento nos entretendréis esta noche?

—Señora —contestó, cachazudo, Pelayo—, os dije ayer que...

—Sí —le cortó Constanza con un enérgico movimiento de su mano derecha—, ya sé, no debes estropear la sorpresa. Bien. No me lo contéis, pero hacedme compañía y relatadme las incidencias del camino. ¿Habéis visto algo que os llamara la atención?

—¿Como qué? —preguntó el monje, mirando a la dama con su expresión más infantil.

—Pues no sé... —dudó ella—. Tal vez movimientos de tropas, caballeros, mensajeros...

—No, señora —negó categórico el hombre, satisfecho de poder hablar con verdad—. No hemos visto nada de eso. ¿Acaso esperáis que haya guerra?

—La habrá —cabeceó ella, asintiendo enérgica—, ya lo creo que la habrá, y muy pronto además.

—¿El inglés tal vez? —intervino Brianda—. ¿Volverá a molestarnos con sus caprichos?

Constanza la miró un momento. No esperaba que una joven, campesina seguramente, supiera y hablara de «los caprichos del inglés».

—Se lo oí decir a unos hombres que se nos unieron en el camino —justificó enseguida la otra—. Hablaban entre ellos, por supuesto, de modo que no puedo daros muchos detalles. Sólo oí que decían que no debería haberse dado la corona a un crío caprichoso.

—¿Quiénes eran esos hombres? —se interesó Constanza enseguida.

—Eso no puedo decíroslo, señora. Permanecieron con nosotros una tarde y una noche. Luego se fueron camino de Fontevraud y ya no volvimos a verlos.

—¿De Fontevraud, dices? Entonces la vieja reina tiene problemas. Mi hijo acabará ciñendo la corona —dijo la dama como para sí, sonriendo encantada y al parecer olvidada de sus visitantes. En aquel momento, su esposo Guy y su primo Amaury aparecieron en las puertas—. Os lo he dicho —casi gritó ella al verlos—. Tenemos muchos más adeptos de los que conocemos e incluso viajan a Fontevraud para convencer a Leonor de su gran error. Ellos —señaló a la pareja de cómicos, que empezaban a estar intranquilos y un tanto nerviosos— los han visto. Un batallón se dirigía al monasterio a platicar con la reina sobre las veleidades de su hijo. Deberíamos pasar a la acción ya.

Pelayo y Brianda se retiraron a un lado, acercándose a la puerta, deseosos de poder salir por ella. Desde luego no aclararon que ellos nunca habían dicho que fuera un batallón, considerando que ni siquiera eran dos hombres, como Brianda habría jurado que se acababa de inventar. Permanecieron apartados, con los ojos bajos, mientras Amaury devoraba con la vista a la joven y Guy se acercaba a acariciar y tranquilizar a su esposa, asegurándole con voz pausada:

—Lo haremos, querida; te lo he prometido. Pero hemos de esperar el momento oportuno. Felipe no desea crearse más problemas con la Iglesia. En cuanto él dé la orden nos pondremos a ello.

—¡Oh, Dios! —Se desprendió ella bruscamente de las manos que la buscaban—. Me haré vieja y para entonces ya será igual que mi hijo sea rey.

—Ten paciencia, querida —tornó a oírse la voz pausada de Guy, seguida de un impaciente bufido de Amaury—. Te lo aseguro. Sólo la muerte podrá impedir que te conviertas en reina madre.

En ese momento los ojos de Brianda volvieron a fijarse en Constanza. La brusquedad con que se había separado de su esposo había hecho que la manga de su vestido se deslizara de sus hombros. Allí, sobre la parte baja del cuello, la joven creyó ver una extraña mancha, ligeramente abultada, que imaginó extendiéndose por todo el cuerpo de la dama. Esta, con un movimiento violento, tornó a colocarse el

escote en su lugar y el eritema desapareció de la vista. «Sólo la muerte...».

Por la noche, tras la representación, Amaury se acercó a Brianda para felicitarla por su personaje. En esa historia había sido una amante despechada por los desaires de su elegido. Al no conseguir sus favores, decide drogarlo con un bebedizo que una bruja le vende. El compuesto resulta ser un potente veneno que logra que el hombre se enamore perdidamente de ella, pero también lo lleva a la muerte. Entonces, desesperada, promueve una guerra contra un enemigo de su padre y, encabezando la batalla con el fin de morir en ella, consigue una gran victoria y una pequeña herida que se cura enseguida. Busca después el aniquilamiento arrojándose a un caudaloso río, pero un enorme salmón la saca del agua. Comprende entonces que no debe morir, sino servir, y se aleja hacia la comunidad de mujeres que, muy lejos, en una tierra que nadie ha visto, dirige la Reina de las Hadas.

—Hoy vuestro personaje ha sido inquietante —decía Amaury, muy cerca de ella, sin perder un instante sus ojos, como tratando de evitar que desapareciera como la noche anterior.

—Sólo es un cuento, mi señor —quiso justificar ella, un tanto mimosa.

—Pero también vos sois inquietante.

—¡Oh, no! —Se volvió de pronto casi infantil—. Yo sólo represento lo que mi primo me pide.

—¿No es vuestro esposo ni vuestro hermano ni...?

—No tengo familia, señor. Estoy sola y cumplo con este trabajo para sobrevivir.

—¿Me estáis diciendo que nadie os espera en ninguna parte? —se asombró él, sin entender cómo era posible que tal belleza no tuviera amo.

—Eso es exactamente. No tengo a dónde ir y mi primo me tolera porque, al parecer, encarno bien a algunos personajes.

—No volveréis al camino —decidió él, bajando por vez primera los ojos al suelo, al tiempo que plegaba los labios en una línea dura.

Entonces, Brianda se fijó en el hombre que acababa de decidir, o al menos así lo creía él, su futuro. Desde luego era apuesto; alto y corpulento, con el cuerpo duro y trabajado en múltiples batallas, torneos o juegos de guerra. Tenía el cabello un poco largo en la nuca y los ojos claros y dulces, que constantemente se escondían tras unas largas pestañas, como si no quisieran restar fiereza a la actitud de su dueño. Era un buen ejemplar humano y, además —sintió la mujer con sus extraños poderes— no tan brutal como sería de esperar en el mundo en que vivía. Inmediatamente le recordó a Pedro y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Lloráis, señora? —Se preocupó él, limpiando con su mano una lágrima que, indiscreta, se había deslizado por la mejilla rosada.

—No debéis llamarme señora porque no lo soy y vuestro primo podría molestarse —advirtió, limpiándose ella también los ojos con una cierta rabia—. Y sí, estoy llorando porque esta escena se repite en casi todos los castillos que visitamos. Siempre hay alguien que quiere arreglarme la vida, pero en cuanto me niego a

servirle de diversión pierde todo interés por mí.

—Eso no ocurrirá ahora. Comunicaré a mi primo que deseo casarme y...

—Os negará su permiso y también su protección.

—No la necesito —se creció él—. He conseguido ya mucho patrimonio con mis participaciones en los torneos. Aunque me excluyera de su vida podría tener un buen pasar. Pero, además, no lo hará porque me necesita.

—¿Os necesita? ¿Para qué? He visto que tiene casi un ejército en su fortaleza.

—Así es, pero la mayoría de esos hombres me obedecen a mí, que soy el encargado de conducirlos a las batallas.

—¿Me habláis quizá de una guerra próxima?

—Desgraciadamente así será. Mi cuñada ha convencido a mi hermano de que debemos apoyar a Felipe cuando este decida atacar a Juan. De momento esperamos porque el franco no desea enfadar más a la Iglesia, pero en cuanto encuentre un motivo, y estamos seguros de que Juan se los dará, nos enfrentaremos al inglés. Felipe busca hacerse con Normandía y mi prima acabar con Juan para que su hijo Arturo lo sustituya en el trono.

—¿Y vos estáis de acuerdo?

—Ahora mi primo no tiene en cuenta mis opiniones. Sólo es su esposa la que dirige nuestras vidas. Y ya que lo preguntáis, no, no estoy en absoluto de acuerdo porque sus ambiciones llevarán a nuestras tierras a un baño de sangre y si Constanza consiguiera sus fines inmediatamente apartaría a mi familia de su lado. Veo claramente que no somos más que un medio que utiliza para conseguir sus propósitos. Ella no es mujer de amores, sólo de ambición. Pero su esposo no ve nada más allá de su cuerpo. Deberán pasar meses antes de que consiga razonar y comprender claramente el juego de Constanza.

—Os indispondréis con la vieja reina y ella sí que tiene poder.

—Esa, además de la ruina de mis gentes, es mi gran preocupación —aceptó Amaury entrecerrando los ojos, para observar desconcertado a Brianda.

—Podríais, si quisierais, entrevistaros con ella y tratar de frenar a Constanza...

—Sabéis demasiadas cosas —dudó él, dando un paso atrás.

—Creo que deberíamos hablar en otro lugar —apuntó ella, mirándolo intensamente.

—Sí —aceptó él enseguida—. Creo que eso sería lo más prudente.

Los días en el castillo de Thouars se sucedían en una gran fiesta. Constanza, encantada con sus nuevos juguetes, había invitado a algunos de los señores que vivían en las proximidades y cada noche se juntaba un buen número de espectadores para contemplar las representaciones de las historias, después de grandes comilonas en las que el vino corría generoso, haciendo a las gentes tolerantes y divertidas. Cuando la narración acababa, Constanza se empeñaba en bailar, a veces hasta el amanecer, bebiendo una copa tras otra hasta caer rendida.

La sexta noche, cuando ya las primeras luces se insinuaban por entre las rendijas

que permitían los tapices, la dama, de repente, interrumpió su baile y, como un fardo, se derrumbó. Su esposo acababa de retirarse, así que Amaury se apresuró a acercarse y a cargar con ella para conducirla a sus aposentos. Sin que nadie la invitara, Brianda lo siguió junto con las mujeres que habitualmente acompañaban a la señora, mostrando gran preocupación por su estado. A nadie, y mucho menos a Amaury, pareció sorprender su presencia y, cuando el hombre se retiró, discretamente, ella ayudó a las jóvenes a desprender de sus ropas a Constanza. Entonces pudo ver claramente las lesiones que ocultaban sus vestidos y que no estaban solamente en su espalda. Por unos instantes deseo fervientemente que Blédhri estuviera para hacer un diagnóstico de aquello. Pero incluso ella, que apenas entendía de enfermedades, supo que lo que veía era algo muy grave. En aquel momento, Constanza abrió los ojos y la miró desorientada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz pastosa.

—Nada, señora —mintió ella—. Sólo un pequeño desmayo. Tal vez estéis embarazada —apuntó, por desviar la atención de la dama de su presencia junto a su lecho.

—Sí —aceptó la otra inmediatamente—. Eso justificaría que no me encuentre muy bien...

—Ahora deberíais dormir. Mañana nos iremos; así podréis descansar.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? ¿Acaso habéis terminado vuestro repertorio?

—Así es, señora. Ya os hemos contado todas las historias que traíamos preparadas. Ahora pararemos en algún lugar para planificar otras nuevas y puede que dentro de unos meses, si vos lo deseáis, podamos pasar de nuevo a contaros más leyendas.

—No dejéis de hacerlo —pidió la dama con los ojos ya cerrados—. Vuestro trabajo me ha divertido mucho, tanto que casi me ha hecho olvidar mis problemas y mi delicada salud. Mi capellán tiene ya preparado vuestros emolumentos, pedídselos antes de partir.

—Lo haremos. Gracias, señora.

Cuando Brianda salió de los aposentos, Amaury la esperaba pateando el espacio frente a la puerta. Se acercó hasta casi tocarla con su cuerpo, conteniendo a todas luces sus deseos.

—¿Qué habéis visto?

—Lo que ya sospechaba. Vuestra cuñada está muy enferma, tanto que no creo que tarde mucho en morir.

—¿Qué os hace sospechar eso? Estas noches ha estado muy feliz e incluso distraída de su obsesión por la guerra.

—¿Os habéis fijado que bebe constantemente?

—Desde luego y cada vez más.

—Creo que eso es lo que la mantiene. Yo no soy curandera ni mucho menos médico pero lo que he visto me ha hecho sospechar un gran mal. Para confirmarlo,

cuando Constanza despertó, le acerqué a una de sus manchas el calentador de la cama y no notó su calor...

—¿Me estáis hablando de... —Amaury dudó un instante antes de atreverse a pronunciar la fatídica palabra— lepra?

—No soy médico, como acabo de deciros, pero me temo que sí, que ese sea su mal. Deberíais informar a vuestro primo para que busque algún remedio que haga más llevadera su enfermedad.

El hombre se separó unos pasos, completamente aturdido. Odiaba a su prima, quien no se había privado de despreciarlo en más de una ocasión al notar su oposición a sus deseos, pero no quería su muerte y mucho menos de aquella horrible manera.

—Mañana o... bueno, hoy mismo —se corrigió Brianda, viendo la luz penetrar en bandas manchadas de polvo por las rendijas— partiremos.

—¿Adónde iréis? En cuanto este asunto esté en manos de mi hermano os seguiré. Iré a buscaros y os desposaré.

—Viajaremos hasta Fontevraud. ¿Debo decir a Leonor que estáis de su parte? —quiso saber Brianda, dejando de lado la promesa del hombre.

—¿Sólo vuestra misión os interesa? —interrogó él, a su vez, malhumorado—. Pues sí, decidle que en cuanto pueda iré a verla y que, en lo que de mi dependa, no habrá guerra. —Con un revoloteo furioso de su capa le dio la espalda y taconeó con sus botas la tierra apisonada, con tal fuerza que la planta de sus pies quedó marcada en ella.

Brianda le vio partir con una cierta pena que la molestó. No entendió muy bien qué le ocurría con aquel hombre, cuando hacía tiempo que había decidido olvidarse del amor.

La pequeña compañía de cómicos emprendió su regreso aquella misma mañana. Todos estaban deseando verse libres de la caprichosa señora de la que dependía el castillo. Su llegada a Fontevraud fue muy celebrada, pero, más que a nadie, a ellos mismos satisfizo; aunque a los pocos días de descansar en la monotonía de la abadía, hasta Pelayo echaba de menos los aplausos y los parabienes y, sobre todo, aquella extraña relajación que los invadía cuando tomaban el papel de otros, viviendo unas vidas de las que ya conocían el final.

En la primavera llegó Amaury, como había prometido. Leonor lo recibió con honores y, a pesar de encontrarse enferma, dejó de lado sus achaques para festejar en lo posible a su invitado.

Cuando el de Thouars entró en los aposentos de la reina, su primera mirada se dirigió a las mujeres que la acompañaban. Se detuvo, fascinado por los ojos que le sonreían desde el grupo. Tal fue su aturdimiento que las jóvenes soltaron risitas cómplices, que hicieron reaccionar al caballero que lo escoltaba, quien lo empujó hacia el sillón de la reina, también sonriente.

—Bienvenido, amigo —aceptó su saludo Leonor, pidiéndole enseguida que se alzara—. Sé que estáis aquí movido por los mismos motivos que a mí me preocupan,

además de algunos otros de los que, si me lo permitís, preferiría no hablar ahora.

—Desde luego, señora —se apresuró él a arrancar con trabajo la mirada de aquellos ojos que le habían quitado el sueño en todo el tiempo que había permanecido sin verlos.

Prometió todo lo que la reina quiso. Dijo que se ocuparía de mantener la obediencia y la armonía entre los barones del Poitou y que, en cuanto su primo estuviera libre de los lazos que ahora lo atenazaban, dejaría de lado a Felipe de Francia y volvería a su fidelidad, interrumpida sólo por la pasión desmedida de su esposa.

Aquella noche, después de la cena y los cantos y narraciones, que Leonor soportó sin dejar de sonreír a pesar de la fiebre que la hacía tiritar, cuando, completamente agotada, se retiró a sus habitaciones, hizo un gesto a Brianda, quien se le acercó rápida.

—No voy a necesitarte en toda la noche y, si me apuras, mañana tampoco. Encárgate de que nuestro invitado se encuentre a gusto y busca diversiones para él. Tú sabes muy bien las costumbres de su casa. Haz que no las eche de menos.

—Ya. Gracias, señora.

Los juegos y las danzas se alargaron en la noche. Amaury no se apartó de Brianda en ningún momento. Cuando llegó el momento de retirarse a descansar, sus ojos imploraban, pero la mujer se inclinó ante él y, con una sonrisa llena de imprecisas promesas, se despidió «hasta mañana». Hubo de tirar de su mano para desprenderla de las de él y, dejándole en medio del salón, se acercó al grupo de jóvenes que se retiraba. Al llegar a la puerta, se volvió a mirarlo con un cierto arrobamiento, que hizo dar un paso adelante al hombre. Se apresuró ella a salir, dejándolo confuso y anhelante.

A la mañana siguiente se corrieron los montes en busca de la diversión de la caza. Brianda se separó de su grupo y cabalgó hacia un claro del bosque donde había una vieja capilla junto a una fuente. La mañana era fría, pero el sol lucía espléndido. No obstante, un resto de neblina se agarraba aún al campanario y al gigantesco roble que lo sombreaba, envolviendo el edificio en misterio. Empujó los viejos portones de la iglesita y permitió que los rayos de luz espantaran las tinieblas. Bañada en el cálido resplandor, avanzó por la nave central hasta llegar al altar. Allí, el rayo de sol se partía para trepar hasta el ara. Colocó sus manos sobre ella y alzó los ojos a la pequeña virgen negra que presidía el lugar de culto. «Madre —rezó—, estos poderes que parecen salir de mi interior ¿debo aceptarlos? ¿Sois vos quien los envía o por el contrario son tan malignos que me harán arder en los infiernos? Sé que a veces los he utilizado de formas poco ortodoxas, pero vos sabéis que los fines eran justos. En realidad, no he ido más allá de lo que hacen reyes y señores para lograr sus objetivos. Ignoro si esto es correcto o no; en su momento lo hice porque creí alcanzar un bien. No me arrepiento de ellos, señora. Si eso es malo, mostrádmelo para que pueda buscar la absolución a mis pecados. Si no, dadme una señal y...».

—Es difícil encontrarlos, pero he corrido tanto estas tierras que conozco cada

rincón y, no sé por qué, os imaginé a los pies de la Virgen Negra.

—¿Tal vez porque ella no es muy ortodoxa?

—Tal vez... Decidme, ¿puedo saber qué le pedíais?

—Conocimiento, señor.

—Muy altas son vuestras aspiraciones. No sé de nadie en estas tierras, aparte de los clérigos, que parecen muy seguros de sus creencias, que sepa nada del mundo que lo rodea.

—La certidumbre es limitación. Creo que hay que buscar respuestas en lo marginal, incluso en lo maldito. Los clérigos hacen bien su trabajo; nos dan dogmas que, aun retardando nuestro crecimiento, palían nuestros dolores, los cuales, de dejarnos llevar por ellos, nos invalidarían y, con nosotros, a la vida.

—No sois una mujer corriente, Brianda —casi mascó él, acercándose hasta rozarla—. Aquí, ante la Virgen Santísima, os pido que seáis mi esposa.

—¿Y vuestro primo? ¿Y vuestro nombre? ¿Y vuestra casa?

—Le he informado de mis deseos. Aún no he recibido su consentimiento. Me imagino que tendrá que someterlo a la licencia de su esposa. De todas formas, ya le advertí que si se lo comunicaba era por pura cortesía, porque mi decisión estaba tomada. Aceptadme o no podré seguir viviendo. Estas semanas, desde que partisteis de nuestras tierras, he vagado por el castillo como un ánima desorientada y confusa que aún no sabe que ha muerto. Contestad ante María y sellemos nuestro compromiso —le urgió, tomándole las manos.

—No sabéis nada de mí —quiso evadirse ella de su contacto, que le hacía arder los dedos.

—Nada quiero saber. Tampoco vos conocéis mi vida. Ninguna de las dos tiene ahora importancia. Lo único que interesa es un futuro común. Mi castillo, que ahora apenas visito, nos está esperando. Vos seréis la señora y yo os serviré. Si amáis las narraciones, los trovadores o los bardos, convertiremos nuestra corte en el centro al que todos los poetas deseen arribar. Haremos sólo aquello que os haga feliz.

Brianda bajó sus ojos. Sabía lo que duraban las promesas de los hombres, pero Amaury aparentaba ser distinto, aunque, ¿no parecían todos distintos cuando sus deseos estaban insatisfechos?

—Señor. —Uno de los caballeros de Amaury apareció en la puerta—. Estábamos preocupados por vos.

—Pues ya ves que estoy perfectamente, así que dejadme en paz.

—Sí, señor —se inclinó el hombre, volviéndose para salir.

Cuando Amaury retornó la mirada a su amada, Brianda ya no estaba en el lugar que ocupaba segundos antes. Bramando, iracundo, salió de la capilla, empujando a su hombre de confianza, que se quejó al trastabillar entre unas zarzas. Vio a su señor buscar desesperado alrededor de la capilla, pero ni la dama, ni su caballo estaban ya en los alrededores.

—Es una rara muchacha —justificaba más tarde Blédhri al caballero, que lo

interrogaba—, pero os aseguro que ha sufrido mucho. Si la amáis, debéis tener paciencia con ella y nunca le recordéis su pasado; limitaos a hacerla feliz. Creo que, si alguna culpa tuvo, la ha pagado con creces. Partid ahora tranquilo y resolved los asuntos de la reina y los que os cree vuestro primo. Haced que vuestro castillo sea un hogar y regresad luego a buscar a Brianda; ella, entonces, os seguirá.

—¿Qué os hace estar tan seguro?

—Esa pregunta es un tanto compleja. Mis respuestas nunca son desde la certidumbre, porque, por no saber, ignoro lo que significa exactamente esa palabra. Imaginad vuestra vida con Brianda, saboreando cada detalle, porque no hay aspiración o propósito sin emoción. Hay un lugar escondido en nosotros que guarda experiencias que nunca hemos vivido; buscad entre ellas y planead el futuro. Seguro que lo encontraréis.

El verano transcurría tranquilo, con largas y pesadas tardes de calor. Las buenas temperaturas trajeron una mejoría a los achaques de la reina, quien se pasaba horas con la cabeza debajo de las sombras de los árboles y todo el cuerpo calentándose al sol. Allí recibía a sus mensajeros y enviaba las respuestas. Después de la visita de Amaury, se había precipitado a comunicárselo a Juan, deseando controlar sus salidas de tono, manteniéndole informado de las promesas de los señores del Poitou. «El placer de su visita me ha hecho bien», le decía, como si de un encuentro protocolario se hubiera tratado y como si la determinación del viaje a sus barones fuera debida y no a sus propios deseos. Leonor disfrutaba de una calma tensa y, puesto que la primavera y el estío estaban pasando sin algaradas, tenía la esperanza de que, al menos en un año, la paz consiguiera que las tierras produjeran y los campesinos hicieran acopio de reservas.

Aquel atardecer, con el sol casi escondido ya, llegó un mensajero desde París. Lo enviaba su soldado-cocinero, que continuaba en la capital llenando las panzas de sus comensales y haciéndose eco de todos los cotilleos de la corte. La reina se apresuró a recibirlo, sin querer perder tiempo en entrar en el monasterio, según le aconsejaban sus mujeres, pues ya comenzaba a refrescar. El hombre, cansado y polvoriento, se arrodilló ante ella, resoplando como un caballo.

—Señora, me envía...

—Sí, lo sé —lo interrumpió ella—. Decid vuestro mensaje.

—Señora. Aunque todavía no es oficial, sabemos con seguridad que la esposa que tomó el rey después de repudiar sin explicaciones claras a Isambour acaba de morir.

—¿Te has enterado de alguna otra nueva? —demandó Leonor, con los ojos perdidos ya en el sol decadente.

—También hemos sabido que Felipe proyecta aceptar de nuevo a Isambour, con lo que se reconciliaría con la Iglesia que, una vez muerta Inés de Méranie, no tardará en levantar el entredicho.

—¿Algo más, amigo? —Tornó a preguntar con voz átona la reina.

—No, señora. Eso es todo lo que me ha sido confiado.

—Bien. En ese caso, ve dentro para que te asees, cenes y descanses. Mañana, si te encuentras reconfortado, has de regresar a París.

—Sí, señora —aceptó el hombre, retrocediendo ya, acompañado por una de las mujeres de Leonor que iba a ordenar su acomodo.

—Josselin —llamó Leonor a su amanuense, quien charlaba cerca con Roger, el capellán, y el propio Blédhri—, acerca recado de escribir.

Aquella misma noche, hombres de la reina salían para advertir a Amaury y al rey Juan de que el franco no tardaría en buscar la guerra. Poco tiempo después recibiría la contestación de su hijo, quien le aseguraba que «esos no son más que consejas de viejas. Felipe nos ha recibido hace poco en París con honores. Desea congraciarse conmigo y con mi esposa Isabel; sabe que ya detento el poder...». Cuando terminó de leer la misiva, Leonor perdió los ojos en la lejana línea del horizonte. Sintió lástima por «aquel chico» y supo que debía continuar trabajando por mantener sus tierras y el imperio que tanto le había costado formar.

—Brianda —le decía la reina a la joven, dejándose peinar por ella antes de acostarse—. Se me ocurre que tal vez deberías viajar hasta la fortaleza de Thouars. Si Amaury continúa encaprichado contigo sería el momento de hacer valer tu poder sobre él.

—Lo haré si así lo deseáis, señora.

—No me gustaría obligarte o que lo consideres una misión. Preferiría que el encargo fuera placentero para ti. Dime. ¿Amas al de Thouars?

—Yo... —dudó Brianda— no lo sé.

—¿No lo sabes? Eso es imposible, niña. Además, no necesito que me digas nada, he visto cómo lo miras. Pero también he visto algo más. Creo que la sombra de Pedro se interpone en tu camino.

—Pienso mucho en él, sí —asintió la joven, desenredando con sumo cuidado un rizo rebelde.

—Los que hemos amado y se han ido nunca desaparecen de nuestra memoria y, por mucho tiempo que transcurra, ahí estarán. Uno puede, e incluso debe, aferrarse a esos fantasmas para continuar amando al mundo cuando es un viejo, porque, de lo contrario, no encontraría motivos para seguir, pero cuando se es joven, ha de permitir que la vida discurra por su cauce normal. —La reina calló un momento, mirando un punto situado mucho más allá de la superficie pulida que devolvía su imagen, luego contempló sus manos abiertas, delgadas, delicadas, casi quebradizas—. Se va tan deprisa... como agua entre los dedos —susurró, apretando los puños en un deseo inconsciente de sujetarla—. No quieras negarla o pretendas estancarla. Con el tiempo te arrepentirás de cada minuto que hayas perdido voluntariamente, porque comprenderás que no has cumplido lo que se te había encomendado al nacer. Escucha lejos del mundo la voz que habla dentro de ti y comprenderás lo que digo. —Leonor calló un instante para permitir que sus palabras fueran interpretadas, luego continuó, apoyándose en una autoridad más alta para tratar de convencer a aquella joven, que

sabía completamente libre e incluso independiente de sus mandatos—: Recuerda la parábola de los talentos. ¿Qué piensas hacer con la belleza y los dones que te han sido dados? ¿Crees que puedes pasarte la vida llorando a un muerto o acompañando a una vieja? Eso no es lo que se espera de ti en el lugar que ninguna de las dos conocemos, pero que intuimos o queremos pensar que existe. Deja que Pedro se vaya; él también debe completar su camino. Y no creas que por el hecho de amar a otro hombre traicionas su memoria. Ahora, si es que aún es algo, sólo es una sombra sin querencias. Vive lo que se te pone delante. Alguien sabe mucho más que tú lo que conviene.

—Sí, señora.

—Mañana, si así lo decides, elige algunos hombres que te acompañen y ve a buscar a Amaury. Cásate con él y defiende nuestra causa.

CAPÍTULO 20

Brianda volvió a convertirse en Pedro, tomando las ropas masculinas para hacer el viaje con una mayor seguridad. Ciertamente era que la fortaleza no estaba muy lejos, pero la protección de los caminos era muy precaria, excepto en las zonas próximas a monasterios o castillos. Salió al amanecer, disfrutando sin quererlo de los olores frescos y limpios de la hierba moteada aún de rocío, las discretas, pero bellísimas florecitas que crecían por doquier y los retorcidos y resistentes arbustos que flanqueaban el sendero. Su cuerpo joven se abría, sin pensar, a la vida que lo rodeaba. Escuchó, como si pudiera comprender su lenguaje, los distintos trinos de las aves, que huían atemorizadas ante su proximidad. Desde su incomprensible espacio de poder les envió paz y seguridad y los pájaros dejaron de asustarse a su paso, lo que la hizo tontamente feliz. Uno de los hombres comenzó a cantar un bello poema de los muchos que surgieron cuando las gentes lloraban el cautiverio de su querido rey Ricardo.

Sin darse cuenta, Brianda se encontró coreando al muchacho, sintiendo el placer de la música, que creía olvidado. Su mente se enfrascó en el ritmo y olvidó la trocha y su misión, y sus poderes aumentaron, sin que ella fuera consciente, al liberar su mente de la dura realidad que la rodeaba. Enseguida, casi por arte de magia le pareció, se encontró ante las altas murallas de Thouars. Al ver llegar a su grupo, nadie se molestó en preguntar o salir a inspeccionar; el puente, con sus chirriantes lamentos, comenzó a bajar enseguida, de forma que, cuando llegaron ante el foso, ya se tendía, hospitalario, a sus pies.

—¡Vamos! —ordenó un capitán, viendo su indecisión—. ¡Entrad de una vez! El señor os espera hace días, su esposa se muere.

Brianda y sus cuatro hombres penetraron, marcando con los cascos de sus monturas el ritmo apresurado al que eran urgentes. En cuanto llegaron al patio,

descabalgaron, dejando en manos de unos activos críos las riendas de sus monturas. Amaury apareció en la alta escalera de la torre y acució:

—Daos prisa o cuando lleguéis ya no os necesitaremos.

Pedro, seguido de sus hombres, corrió escaleras arriba sin entender la premura. Nadie les había informado de cuál era su esperado cometido, pero no hizo preguntas. Entrar en la fortaleza había sido mucho más sencillo de lo que habían imaginado cuando planificaron el viaje, así que no quería pedir explicaciones que retrasaran su encuentro con Amaury.

Cuando llegaron al piso superior, el señor los saludó con una ligera inclinación y les invitó a seguirle.

—Veo que no habéis traído útiles para realizar vuestro trabajo —indicó, mirando las manos vacías de los hombres que lo seguían.

—Creo que... será conveniente antes evaluar la situación para saber qué debemos usar.

—¿Debemos? ¿Acaso sois todos médicos?

—¡Oh, no, señor! —se apresuró Pedro, entendiendo por fin la urgencia—. Ellos son mis ayudantes. En realidad, están aprendiendo conmigo.

—Pero vos... —Se detuvo un instante Amaury, para mirar un tanto desconfiado primero y confuso después, al rostro, medio tapado por el birrete, del galeno— parecéis muy joven...

—No os equivoquéis, señor —se empinó Pedro sobre las puntas de sus pies—. La juventud en este caso no tiene nada que ver con los conocimientos. Mi padre es médico y yo crecí entre redomas. Desde los cinco años he viajado con él, visitando enfermos. Conozco todo lo necesario, puesto que me ha transmitido todos sus saberes.

—Ya —siguió caminando apresurado Amaury, seguido de algunos de sus hombres—. Pero yo habría preferido que fuera vuestro padre quien viera a mi prima.

—No ha podido ser, él es demasiado mayor; ha cumplido ya cincuenta años y los viajes largos lo agotan, por lo que después trata a sus pacientes con mucho más trabajo que yo. Por eso me ha enviado a mí, porque estoy en mejores condiciones de las que él se encontraría.

—Está bien. Espero que nos lo demostréis —aceptó lo inevitable el señor, empujando unas anchas puertas que ocupaban todo el frente al final del pasillo.

El olor nauseabundo que salía de la estancia los envolvió como una seda húmeda. Los hombres que acompañaban a Brianda dieron un paso atrás y ella, notándolo, les ordenó:

—Esperad aquí; os llamaré si os necesito y también os pediré los útiles que deba emplear.

Siguiendo a Amaury se acercó al lecho que rodeaban algunas mujeres. Las ventanas estaban cerradas con pesados tapices y las luces de la estancia llegaban de un par de velas situadas cerca de la cabecera. Antes de llegarse a la enferma, Pedro

ordenó:

—Separad los tapices y dejad que entre el sol.

—La señora lo tiene prohibido —se adelantó una mujer entrada en carnes y años, que parecía ser la gobernanta.

—La señora no está en condiciones de prohibir nada —contestó enérgico el improvisado galeno—. ¡Abrid, os digo!

La mujer miró a Amaury, quien asintió imperceptiblemente, así que todas las presentes se pusieron a la tarea de apartar tapices hasta que el sol decadente de la tarde se introdujo de lado, alargándose por las losas de barro. Entonces Brianda se acercó a la enferma. A punto estuvo de gritar ante el espectáculo que ofrecía la dama. Nada en aquella masa informe recordaba a la impositiva Constanza. Sus rasgos estaban desdibujados e incluso desaparecidos en algunos lugares donde faltaban trozos de carne. Se agitaba enfebrecida entre unas pieles mugrientas y húmedas, que despedían un olor putrefacto, como si hubieran recogido todos los humores que ya escapaban de aquel martirizado cuerpo.

—Bajadla al suelo —ordenó con un hilo de voz, Pedro—. Poned frazadas limpias y traed un recipiente de agua templada, con paños para lavarla. Antes poned al fuego una infusión de amapola, brezo y espino albar. Cargadla mucho y traedla enseguida.

En realidad, todas las órdenes que daba eran para despistar a las personas que la rodeaban con una ocupación que les hiciera creer que estaban haciendo algo positivo por la enferma, pero Brianda supo enseguida que a Constanza apenas le quedaban algunas horas de vida. Una vez que todas sus órdenes estuvieron completadas, quiso que las ropas que habían estado en contacto con la enferma fueran quemadas, pues lo que sí conocía cualquiera, aunque no presumiera de médico como ella, era que la lepra se contagiaba y, si en vez de tratarse de la señora de la casa, hubiera sido cualquier otra persona, arrastraría sus miserias en el cementerio más próximo, donde alguien caritativo podía acercarse de vez en cuando con un cuenco de sopa o un pedazo de pan. Cuando la enferma estuvo de nuevo en el lecho, Brianda ordenó salir a todos los presentes. Aseguró que debía saber hasta qué punto la enfermedad había penetrado en la mujer y para eso necesitaba concentración. Amaury, inmediatamente, con un gesto, acató su orden, dirigiéndose, el primero, fuera del cuarto, seguido de las otras mujeres. Brianda acercó su boca a la enferma y le susurró con dulzura.

—Deja de luchar, Constanza; ya es tarde. Déjate ir, será placentero. Olvida y descansa.

La enferma detuvo casi instantáneamente su agitación y entró en un aparente y profundo sueño, que al menos le devolvió la calma y le trajo el olvido. Salió la muchacha de la estancia y, dirigiéndose a Amaury, pidió hablar con el esposo de la dama.

—Tendréis que hacerlo conmigo —cabeceó un tanto embarazado el hombre—. Mi primo es incapaz de acercarse por aquí.

—Bien —aceptó sin preguntas Brianda—. Entonces vayamos a algún lugar

tranquilo —sugirió, mirando los rostros de las mujeres que los rodeaban fijos en ella.

Amaury la condujo a un pequeño cuarto anexo. Allí, Brianda se despojó de su birrete y sus cabellos se desbordaron sobre los hombros. El hombre, sorprendido, cambió enseguida su expresión por otra de enfado.

—¿Habéis suplantado al médico? ¿Ahora os permitís jugar con la vida de una persona? —Iracundo, hizo ademán de volverse, pero la mano de la mujer en su guante lo detuvo.

—Señor —casi imploró la muchacha, haciendo que la agresividad se disolviera instantáneamente—. Es cierto que aproveché la circunstancia para introducirme en la fortaleza, pero os aseguro, aunque no soy médico, que lo hecho por Constanza es todo lo que se puede hacer. No obstante, si estáis aguardando un galeno, no tardará en llegar y estoy convencida de que os dirá lo mismo que yo debo deciros. La señora se muere y será muy pronto, quizá esta misma noche. Nadie podrá decir otra cosa. Sólo hay que intentar evitarle sufrimientos.

—¿Por qué estáis entonces aquí? —preguntó él en un torturado susurro.

—Para advertiros de una serie de hechos que la reina está segura van a ocurrir en breve, y...

—¿Y...? —urgió el hombre, casi olvidado de la primera información.

—Porque deseaba veros de nuevo.

—¿Verme? ¿Para qué? —Apretó él ahora, crecido por la situación.

—Señor... —Bajó los ojos Brianda, tomando su más infantil y abandonada expresión—. Os necesito porque creo que...

Amaury no la dejó terminar, dio un paso adelante y la tomó en sus brazos, haciéndola desaparecer en su ancho pecho.

—¿Os casaréis ahora conmigo? —demandó ansioso, besando su cuello con tal intensidad que parecía querer absorber la piel cálida y elástica que se le ofrecía.

—Si ese sigue siendo vuestro deseo, lo haré gustosa.

—¿Me amáis? —preguntó él de pronto, separándose para mirarla.

—Creo que... sí; os amo tanto como puedo amar.

—En ese caso, nuestra boda se celebrará en cuanto...

—Antes de pensar en celebraciones —cortó Brianda, pragmática—, creo que deberíais escuchar las nuevas que os traigo y que son de máxima urgencia.

—Decid —aceptó el hombre, soltándola con trabajo.

En poco tiempo, Brianda le puso al corriente de la situación.

—Recordad lo prometido a Leonor. Deberéis encargaros de los barones del Poitou, incluido vuestro primo, de forma que no se adhieran a la causa de Felipe. Creo que ahora os resultará más sencillo. La muerte de Constanza facilitará mucho las cosas.

—No tengo demasiado claro que eso suceda. He visto a mi primo muy afectado por la enfermedad de su esposa. Me temo que pueda tener más poder sobre él una vez muerta que el que tenía estando viva.

Algunos ruidos atareados en el exterior los advirtieron de cambios. Pedro volvió a colocarse el birrete y, juntos, salieron de la estancia. El verdadero médico acababa de llegar. Amaury, una vez informado y después de unas pocas palabras con el galeno, le presentó a Pedro que, según él, estaba allí para ayudar en la difícil tarea de salvar a su prima. El médico aceptó al intruso con un pliegue desdeñoso y, siguiendo a las mujeres, entró en la estancia de la enferma. Pedro fue tras él, muy dentro de su nuevo papel. El recién llegado se acercó a la mujer, aparentemente dormida, olisqueó una de sus manos y estudió sus rasgos.

—Convendréis conmigo que esa nariz afilada, los ojos y las sienes hundidas, la frente dura, tirante y seca y esas orejas frías —opinó después de un ligero toque—, con los lóbulos hacia fuera, indican claramente, como nuestro maestro Hipócrates nos enseñó, que esta mujer está en los últimos instantes de su vida. O ¿acaso vos opináis de otra forma? —Lanzó un tanto huraño y como enfadado por alguna ofensa imaginaria, que quizá no se había producido, pero que ya temía.

—¡Oh, no, señor! —se apresuró Pedro a borrar la idea que intuyó en el galeno—. Justo lo que vos acabáis de decir es lo que yo había transmitido a su primo. No obstante, como veo que sois mucho más experto que yo mismo, os dejo que dictéis algún remedio o quizá un diagnóstico que a mí se me hubiera escapado.

—No hay nada que decir —aceptó el hombre, ya más calmado—. Se muere y no tardando mucho. Tanto yo como vos mismo hemos hecho un viaje en balde. Espero que nos paguen sin tener en cuenta lo poco que hemos podido hacer —compadreó, casi amable.

—De eso podéis estar seguro, señor. Me ha parecido observar que no son precisamente cuartos los que faltan en esta casa.

Como los médicos habían predicho, aquella madrugada, la ambición de Constanza y sus proyectos de futuro se apagaron. La casa se llenó de deudos y señores que acudieron a presentar sus respetos al desconsolado esposo. Con ellos, Brianda, en su papel de prometida de Amaury y como única dama de la casa en aquel momento, recibió al hijo de la difunta, aquel que ella había soñado que la llevaría al poder. Se trataba de un bello joven, quien, con ínfulas de futuro rey, hablaba con falsa energía y se movía con gestos impositivos y desdeñosos.

El señor de la casa quiso que se organizara un ceremonial funerario digno de una reina, para ensalzar y hacer compartir a otros su propio dolor. Fueron, a todas luces, unos actos absolutamente desproporcionados, que mermaron sensiblemente los posibles de la casa. Pero no faltaron arzobispos, obispos y clérigos, a los que se vistió de sedas bordadas para la ocasión, ni señores que en sus habitaciones encontraron capas forradas de piel, botas y alhajas con las que vestirse el día del entierro. Las damas fueron obligadas a cubrir sus rostros con velos negros, como iba a hacerse con el de la propia Constanza; algo que las molestó bastante, pero a lo que se plegaron, encandiladas por los vestidos que las esperaban en sus estancias.

Fue necesario envolver en apretadas vendas el cadáver, para poder vestirlo luego

sin que los humores que su cuerpo rezumaba empaparan las ropas. Cuando quedó en la capilla del castillo, a los pies del altar, aderezada con sus costosos vestidos y joyas, con el rostro cubierto y las manos escondidas dentro de las mangas, su esposo se acercó al catafalco y, arrodillándose a los pies, lloró, sin importarle la patética imagen que presentaba. Amaury, quien había tenido que tomar las riendas de la casa desde hacía meses y que ahora se encargaba también del bienestar de sus invitados ayudado por Brianda, se acercó a coger a su primo por un codo, queriendo apartarlo del hediondo cadáver que, a pesar de los múltiples pebeteros donde se quemaban hierbas aromáticas, empapaba, infiltrándose insidioso, los vestidos, no sólo de la difunta, también de todos los presentes, y se diría que hasta las piedras de las paredes, que parecían absorberlo como si de un gran sepulcro se tratara. Todos se movían nerviosos, deseando salir al cálido sol de septiembre, que les hiciera olvidar lo más pronto posible aquella muerte que les erizaba los cabellos, pues tenía todos los ingredientes para convertirse en un cuento de horror, narrado junto al fuego en las noches de noviembre.

Cuando todo acabó y las gentes hubieron partido, llevándose con ellos sólo los regalos del señor y el deseo de olvidar rápidamente, como Amaury había predicho, su primo se negó a escuchar otra opinión que no fuera la que se había grabado a fuego en su mente. Él haría lo que Constanza había deseado siempre. Si Felipe buscaba la guerra, lo seguiría. El hijo de su amada era el legítimo rey y ya que no pudo darle a ella esa satisfacción en vida, intentaría hacerlo después de fallecida para que, desde el cielo, pudiera comprobar su amor, que ni siquiera la muerte podría borrar. Y, en cuanto a la boda de Amaury, desde luego que podría casarse con quien deseara; de todas formas, debería entender que su periodo de luto iba a impedirle asistir, e incluso él mismo debería, por el honor de su casa, respetarlo y dejar la celebración para más adelante. Además, tal vez sería lo correcto buscarse otro lugar para los festejos, «la capilla del castillo aún guarda el olor de Constanza y no deseo que se limpie o se encale».

Amaury salió de la entrevista con su primo, huraño y encolerizado. Se dirigió a grandes zancadas a la huerta donde Brianda, con las mujeres de Constanza, que la habían adoptado como la nueva señora, disfrutaba del dulce ocaso de septiembre. El cuadro de las jóvenes bajo los frutales, cargados de peras, manzanas y ciruelas, con la luz rojiza a sus espaldas, hizo que el hombre detuviera sus furiosos pateos, que iban dejando nítidas huellas sobre los caminos de tierra. Contempló, sin ser visto, sus bromas y juegos y la belleza presentida en los movimientos, que dejaban entrever un pecho, un tobillo o una espalda detrás de un lazo suelto, un revoloteo indiscreto o una porfía juguetona. Sus cuerpos jóvenes correteaban o se empujaban o se acicalaban, riendo, encantados de vivir y olvidados ya de la tragedia que acaban de presenciar. Durante unos instantes, algo superior a su raciocinio lo retuvo tras unos macizos de crisantemos que empezaban a llenarse de diminutos capullos, sin poder apartar sus ojos de la bandada de muchachas que bailaban, cantaban o reían.

Brianda adivinó su mirada y, alejándose del grupo, lo buscó entre las espesas plantas, de tacto oleoso y olor desagradable. El hombre la tomó en sus brazos y la besó, anhelante e impositivo. Cada hora de aquellos días había sido una tortura para él, sintiéndola tan cerca y al propio tiempo tan lejana. Apreció la soltura y elegancia con que la mujer había cumplido un papel que aún no le correspondía, dejando encantados a sus invitados, incluso a las damas, lo cual era lo más difícil de la representación, en la delicada situación que vivía.

—Mi primo no quiere una boda en estos momentos —explicó, separándose apenas del cuerpo que lo subyugaba—. He decidido que mañana mismo viajaremos a mi castillo y allí...

Brianda, con esfuerzo, se desprendió y, serena, lo miró, adelantándose a sus palabras.

—Allí tendréis que dedicaros a preparar la guerra, porque tanto vos como yo misma sabemos que la habrá. No nos dejarán estar juntos y yo no seré más que una pieza de cambio que pueden emplear vuestros enemigos contra vos. Creo, por el bien de los dos, que sería mucho más juicioso esperar al desarrollo de los acontecimientos que no tardarán en producirse. Vos estaréis más libre para actuar y yo más segura junto a Leonor. En cuanto las posturas se definan y los disturbios se acaben podremos casarnos. Lo haremos en Fontevraud —quiso ilusionar al hombre, que con las manos en un puño cerrado a la espalda, daba cortos paseos alrededor, apretando los labios y mirando obstinadamente al suelo—. La reina nos organizará un festejo digno de príncipes y vos estaréis a su lado y, por lo tanto, con todos los poderes en la corte.

—Parecís ignorar que Leonor es una anciana que debería estar muerta hace muchos años —lanzó él, casi agresivo, deteniéndose ante ella, traspasándola con los ojos.

—La reina no descuida ni un favor ni un agravio —le contestó con voz calma, pero amenazante—. No olvidéis eso vos. Y en este momento es la única que puede tener algún poder sobre su hijo. De todas formas, ya veo que dudáis de las promesas que en su día le hicisteis. En ese caso debo partir para estar junto a ella en el momento en que sus señores decidan traicionarla.

—Estáis poniendo en cuestión mi palabra.

—Yo no, señor —se encaró con él, fingiendo un enfado que le permitiera alejarse sin dolor, pues sabía que su marcha era inevitable, para conseguir que Amaury se esforzara por convencer a los barones del Poitou, quienes, descontentos del trato de Juan, sólo esperaban la ocasión para ir contra él—. Sois vos el que habéis dudado del liderazgo de la reina, quien, puedo aseguraros, será una anciana, pero no le faltan arrestos para mandar un ejército, si necesario fuera.

—No es eso lo que he querido decir, yo...

—He de irme junto a mi señora —cortó sus disculpas, realmente enfadada—. Espero que lo entendáis y que si algún día deseáis verme, lo hagáis en su presencia.

—Perdonadme —se inclinó él, deseoso de poseerla, pero sin atreverse a tocarla

—. Tenéis toda la razón —admitió, enfurruñado pero magnánimo—. Mi pasión por vos no me deja pensar con claridad. Mi libertad siempre ha sido mi mejor baza a la hora de actuar, pero ahora, aunque los demás lo crean, yo sé que no es así. —Tornó a acercársele y ahora ella le permitió tomarla una vez más y se entregó a su abrazo casi con sometimiento, lo que la enfureció, pues había decidido hacía mucho no volver a permitir que un hombre llegara a tocar sus oscuros instintos, que sabía indomeñables una vez desatados.

—Pero nadie conoce ese punto y nadie podrá usarlo en vuestra contra —habló, casi ahogada por la vehemencia del hombre y sus propios deseos, que trataba de mantener a raya—. Ahora he de irme —se dominó.

—Está bien, idos de una vez. Pero os advierto —quiso desafiar, al fallar todos sus esfuerzos—. Quizá, cuando vos encontréis que el momento es el ideal, yo no lo vea así.

—Es posible, señor —admitió ella, sintiendo quemar en sus labios el último beso, al tiempo que se volvía para irse por miedo de sí misma—. Ninguno podemos saber qué vamos a desear o a realizar mañana. Nuestro destino no se halla nunca en nuestras manos; somos juguetes viejos en manos de niños díscolos.

—Esperad —suplicó Amaury, temiendo haber herido sus sentimientos—. No he querido decir eso, sabéis que os amo... —Tendió la mano para agarrar la seda de sus vestidos, que se escurrió entre sus dedos. Vencido, concluyó, bajando la cabeza y dejando caer los brazos—: Y que os amaré siempre.

—Si lo queréis —incitó ella, sonriendo dulcemente desde lejos—, puedo esperaros en Fontevraud. No obstante, si cambiáis de idea, por favor, hacédmelo saber para que pueda proyectar un futuro distinto.

Cuando, al amanecer, Amaury salió de sus aposentos huraño y casi agresivo, le informaron de que «la señora había partido en la noche». Bufó, iracundo, y pateó a uno de los perros que se interpuso en su camino, haciéndole frenar sus largas zancadas.

En la primavera siguiente, apenas cesaron los fríos, Felipe se alió con los Lusignan, que consiguieron unificar todas las protestas de los barones del Poitou, incluido el primo de Amaury, que parecía levitar por los salones de sus castillos, convencido de que si conseguían colocar en el trono a su hijastro Arturo, su amada Constanza iba a volver en persona para agradecersele. Inmediatamente, Amaury mandó mensajeros a Leonor para advertirle de lo que se fraguaba. La reina quiso a su vez apercibir a Juan para que tratara de mover sus hilos y abortara la conspiración, pero, una vez más, el rey contestó diciendo que «esas habladurías os confunden. Dejad de preocuparos y dadme más valor, ya que soy el rey más poderoso de la cristiandad. Felipe me ha invitado a presentarme en su corte y remediar los desencuentros con el Poitou, pero seguramente ha sido obligado por esos estúpidos ignorantes. Desde luego, no pienso acudir...».

La reina quiso exhortarle para que no se negara a una llamada de su soberano.

Felipe actuaba como señor y él estaba obligado a comparecer. Si no lo hacía, el franco podía condenarlo y permitir, o incluso liderar, una guerra contra él. No hubo tiempo para recibir respuesta; Amaury avisó de que la contienda estaba en marcha y de que él se retiraba con sus hombres a su castillo, para no intervenir en ella, pero que, desde luego, sus mediaciones y promesas a los barones se habían venido abajo con la negativa de Juan a presentarse para escuchar al menos las quejas. El joven aconsejaba a Leonor que viajara hasta Poitiers, pues no la creía segura en Fontevraud.

Enseguida se declaró oficialmente la guerra y Felipe montó una gran fiesta para armar caballero a Arturo de Bretaña, al tiempo que el joven le rendía homenaje, no sólo por sus tierras bretonas, también por Anjou, Maine, Turena, y Poitou, este último dominio personal de Leonor, con lo que su nieto se permitía ignorarla, como si ya estuviera muerta. En el acto no se mencionó para nada, como Amaury se apresuró a comunicar, las tierras de Normandía, ambición personal de Felipe y que serían el pago de su intento por destronar a Juan y colocar al joven en el trono.

Casi inmediatamente, el franco envió a Arturo a tomar posesión del Poitou, lo que decidió a Leonor —que hasta entonces se había resistido al desplazamiento— a viajar hasta Poitiers, urgida ahora por Amaury. Cuando salía por los portones de la abadía, aún no daba crédito a lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible que Juan, quien había visto que ella misma, por facilitar las cosas, había rendido homenaje a Felipe, se comportara de forma tan necia? Todo era cuestión de política, de palabras... Sus señores del Poitou, al menos mientras ella viviera, no se habrían atrevido a enfrentarse con su hijo, si este no les hubiera dado un motivo de peso, como era el de no querer escuchar sus quejas, aunque nunca las hubiera solucionado, pero al menos debería haberse presentado a su llamada, del mismo modo que iba a cobrar sus impuestos o a disfrutar de sus casas en sus viajes. La vieja reina cabeceaba. Los que la acompañaban pensaban que dormitaba, pero sólo eran sus pensamientos girando, asombrados e iracundos, los que hacían que casi todo su cuerpo vibrara con el despropósito.

Apenas habían dejado atrás Loudun cuando mensajeros de Amaury le avisan de que Arturo había partido de Tours y está llegando a la ciudad que ella acaba de abandonar. Él —explica— se dirige hacia el norte para unirse a Juan, quien ha sabido que se encuentra en Le Mans.

—No tendremos tiempo de llegar a Poitiers —concluye la reina después de escuchar a los enviados—. Debemos apresurarnos para alcanzar la fortaleza de Mirebeau. La ciudad es pequeña y no dispone de grandes defensas, pero al menos nos dará mayor abrigo que una lucha en campo abierto. Decid a vuestro señor —informó a los hombres de Amaury— que esperamos llegar allá antes de que mi nieto nos alcance. No obstante, mi intención sigue siendo ganar Poitiers. Si Arturo se entretiene en su camino, nos concederá un tiempo precioso que nos permitirá entrar en ella. En su momento me preocupé de fortificarla y protegerla para todo tipo de ataques.

Los hombres se fueron y Leonor, con su pequeño séquito, cabalgó hacia la

querida ciudad en que tan feliz había sido, cuando aún soñaba imaginando que todo era posible.

En un descanso, obligados ya por la fatiga de la reina, les alcanzaron sus propios hombres, que en los caminos observaban el avance de Arturo. Leonor, agotada, hubo de plegarse a la realidad; su nieto se apresuraba, informado ya de su huida. Quería hacerse con ella antes de que se amparara tras los muros de Poitiers. La reina sabía que en manos del aspirante a rey sería una baza que se usaría contra Juan. No podía dejarse atrapar, así que, montando de nuevo, ordenó cubrir la pequeña distancia que aún quedaba hasta Mirebeau, para detenerse allí, olvidando su empeño en alcanzar otra protección, lo cual podía costarle la libertad y a Juan el trono. Aunque, dudó, hasta era posible que su hijo la dejara pudrirse en un encierro el tiempo que le quedara de vida, antes de renunciar a sus privilegios.

Apenas tuvieron tiempo de entrar en la ciudad e instalarse en la fortaleza cuando las tropas de Arturo cercaban la plaza. Sin ningún descanso, Leonor, ayudada por Blédhri y el señor del castillo, dispuso y organizó las escasas defensas con las que contaba la pequeña urbe. Reforzaron puertas y colocaron a los pocos arqueros de que disponían en las almenas, para frenar en lo posible la entrada, que después defendería la infantería. La ciudad resistió el empuje, pero acabó cayendo. Sólo la torre, donde Leonor se encontraba con sus mujeres y algunos caballeros, rechazó el ataque.

—Es preciso negociar, señora —aconsejaba el castellano, sabedor de que su situación no podría mantenerse durante demasiado tiempo.

—Desde luego, señor —admitió la reina, sorprendiendo agradablemente al caballero, que conocía muy bien su tenacidad y obstinación—. Enviad mensajeros a comunicar a mi nieto que deseo pactar una solución. Pero antes traédmelos; quiero hablarles.

—Sí, señora —cabeceó él, saliendo ya de la estancia completamente desorientado, ya que las instrucciones a transmitir a sus gentes eran claras y no era necesaria, en absoluto, la intervención de Leonor. No obstante, se limitó a cumplir órdenes y escogió a cuatro de sus mejores caballeros para que acudieran a ver a la reina.

—Señores —saludó Leonor cuando los hombres doblaron la rodilla ante ella—. Sabéis que quiero que hagáis de mediadores con Arturo —interrumpió un instante su discurso, para continuar luego en voz ligeramente más baja—, pero deseo algo más. Es casi imposible abandonar la torre sin ser visto, por eso debemos aprovechar el momento del parlamento para hacerlo. Dos de vosotros habréis de encontrar la ocasión y, una vez que os hayáis entrevistado con mi nieto, en vez de regresar al interior, salir de la ciudad. Uno debéis dirigiros a todo galope hasta Chinon, donde se encuentra Guillermo de Roches, en quien confío plenamente. El otro debe buscar a mi hijo. Las últimas noticias que me llegaron de él eran de los alrededores de Le Mans. Ignoro dónde se encuentra exactamente, así que a vuestro buen sentido lo dejo. Sé que os estoy pidiendo algo muy arriesgado, pero sabed que el reino está en

vuestras manos. No puedo deciros más.

Los jóvenes asintieron, dispuestos a entregar la vida por su señora, aunque con un nudo de angustia que casi les impedía hablar. En primer lugar, asistirían a la entrevista con Arturo, tranquilos y decididos, como si la conversación sobre las capitulaciones fuera su único cometido. Y luego deberían encontrar el momento en que, al menos dos de ellos, pudieran salir de la ciudad para cumplir la que era, según intuían, su verdadera misión. Sabían que si sus intenciones eran descubiertas no regresarían a la torre.

—Bueno —quiso tranquilizar uno de ellos a sus compañeros cuando abandonaban el aposento de Leonor—, al menos nosotros tendremos la oportunidad de lograr algo si cumplimos lo encomendado. En cambio, si nos quedamos en la torre, sabemos que, antes o después, conseguirán invadirnos o hacer que nos entreguemos, y entonces no sabemos lo que harán con nosotros.

—Tienes razón —asintió otro, afirmando con energía innecesaria, lo que puso en movimiento sus largos rizos—. Creo que esta es la oportunidad que siempre hemos estado esperando. Nos va en ello la vida, pero ¿acaso no la exponemos en los juegos de guerra, en los torneos o en las batallas en que hemos participado? Creo que lo único que debemos hacer es elegir aquellos de entre nosotros que van a salir. De ese modo, los otros se limitarán a protegerlos, si necesario fuera. Y como si nos descubren nos jugamos la vida los cuatro, el hecho de llevar los mensajes es un honor y por tanto será mejor pagado que la simple conversación, de modo que, si otro no desea el puesto, yo me comprometo a buscar a Juan.

—No seas idiota —habló el primero—. La misión será de los cuatro. No importa demasiado quién salga o quién se quede. A todos deberán premiar si la empresa sale bien. Lo echaremos a suertes. —Y, sin más, se agachó al suelo a tomar cuatro pajas que, de espaldas a sus compañeros, colocó para que eligieran—. Los que saquen las dos más largas saldrán y los otros se limitarán a protegerlos.

Cuando supieron quién haría una u otra misión, se dirigieron a conocer los puntos de las capitulaciones y esperar el momento de bajar de la torre a pedir el parlamento.

Entre tanto, Leonor pateaba furiosa las losas del salón, empujando con el ruedo de sus vestidos las pajas del suelo.

—Temo que no lleguen a tiempo, Blédhri. Con el cuento de la rendición, podremos entretenerlos unos pocos días, pero, en cuanto vean que dilatamos las conversaciones, vendrán a por nosotros y no resistiremos demasiado. Sería necesario volar, para que mi hijo o el de Roches no llegaran tarde.

—Los entretendremos, señora —quería tranquilizar el anciano—. Además, estoy intentado un conjuro que los ayudará a salir y...

—No están las mentes para conjuros, amigo —cortó desabrida la reina—. Necesitamos decisiones prácticas, no encantamientos. Y ahora dejadme; quiero descansar.

Cuando todos excepto las mujeres salieron de la estancia, Leonor, malhumorada,

se negó a su aseo nocturno y apenas permitió que la desprendieran de sus ropas. Se acostó sin contestar a las preguntas de Ágata, quien se empeñaba en hacerle beber una copa en la que había vertido leche caliente y que, al no ser aceptada, quería saber qué otro alimento deseaba la reina. Cuando la vieja niñera comprendió que no se trataba de variedad sino de apetito, calló y, junto con las demás mujeres, se acostó. Al poco todas dormían, excepto Brianda, quien, a pesar de descansar aparentemente en su lecho, observaba a Leonor junto a la cabecera, en el espacio imposible que quedaba entre el catre de Ágata y la cama de la reina.

—¿Qué quieres, Brianda? —le preguntó la reina, abriendo sus cansados ojos para mirarla, asombrada una vez más.

—Tranquilizaos, señora. Si no he equivocado mis cálculos, Amaury debe de andar ya cerca de Le Mans. Seguramente no podré entrar en la mente de vuestro hijo, porque su prepotencia cierra todas las puertas al exterior, pero sí podré hacerlo en la de Amaury. Él debe saber nuestra situación y urgir a Juan para que venga a liberaros.

La reina desvió su mirada hasta el lecho de Brianda. El fuego que, a pesar del buen tiempo, ardía siempre en los aposentos de la reina, iluminaba el cuerpo de la muchacha, que aparentaba dormir. Con asombro, Leonor volvió su vista a la mujer que le hablaba y que habría jurado era de carne y hueso. Con una cierta torpeza y miedo adelantó una mano para tocar el brazo que tenía junto a sí y que, para su pasmo, también dormía en el catre.

—Soy yo, señora, no lo dudéis —aseguró con un cierto fastidio la joven, dejándose toquetear por aquella delicada extremidad, que amenazaba con romperse de un momento a otro y que, sin embargo, tan dura podía llegar a ser—. Os estoy informando de mis intenciones para que estéis sosegada. Yo me ocuparé.

Leonor parpadeó un instante y, cuando quiso fijar su vista de nuevo, Brianda, o al menos la Brianda que le hablaba, había desaparecido de su lado. En cambio, la otra, la durmiente, continuaba en su lecho, respirando plácidamente.

Amaury dormía, apoyando su cabeza en la silla de su caballo. No había querido perder tiempo en montar las tiendas, porque su intención era descansar unas horas para continuar la marcha, hasta encontrar a Juan. Sabía que se jugaba su futuro al tomar partido, pero las promesas que en su día había hecho a la vieja reina lo ligaban a su hijo. Además, estaba Brianda; por ella había dejado sus tierras y sus gentes, para conseguir la victoria del rey inglés, seguro de que le traería no sólo el agradecimiento y las prebendas del propio rey y de su madre, sino, y sobre todo, el amor de la joven que atormentaba sus sueños y condicionaba su vida.

De pronto la vio. Estaba muy cerca, entre las sombras de la noche, vistiendo una delicada y absurda camisa para el frío nocturno. Una ligera brisa pegaba la tela a su cuerpo, dibujándolo como nunca él había sido capaz de verlo fuera de sus más exigentes sueños.

Amaury se incorporó sin una palabra. El aturdimiento le impedía hablar. Brianda, sorteando los cuerpos dormidos de sus hombres, se acercaba a él, sonriendo, con las

manos tendidas y los ojos cargados de promesas. Se arrodilló a su lado y él apenas tuvo que moverse para tomarla en sus brazos. Olvidado de su entorno, de los durmientes, de la guerra, de la prisa, del cansancio... recorrió con sus labios el cabello, el cuello y los pechos que se le abrieron al soltar el lazo que mantenía cerrado el escote de la camisa. Ansioso por tomar lo que tantas veces se le había negado, desgarró la liviana tela y el cuerpo albo y delicado, de extraño sabor, ora dulce, ora salado, se le entregó. No supo si realmente había sido señor o vasallo, pero tampoco le importó, y mucho menos en el momento en que, ardiente y obnubilado, se deslizó en las carnes cálidas, buscando el placer.

Se despertó bruscamente, sucio de amor, pero solo. Se puso en pie, arrojando la manta que lo protegía lejos. Miró en derredor, pero las pálidas luces del amanecer no le permitieron ver más que a sus hombres y a sus caballos, tal y como los había dejado al dormirse, horas antes.

—¡Vamos, holgazanes! —gritó tan alto y con tan agresivo tono que al poco todos estaban en pie, recogiendo sus improvisados lechos y montando sus caballos—. No vamos a detenernos hasta llegar junto al rey —tornó a berrear desde la silla de su montura—. Leonor está en Mirebeau, asediada por Arturo. Hemos de conseguir llevar a Juan de vuelta para salvar a la reina. ¡Vamos! ¡Al galope!

Cuando el mensajero enviado por la reina llegó a la vista del ejército de Juan, el día treinta de julio, el rey, flanqueado por Amaury y Huberto Bourgh, se dirigía ya hacia Mirebeau. Al amanecer del uno de agosto, la fiesta del dios celta Lug, como Blédhri había previsto en su imprecación, llegaban junto a las murallas de la ciudad.

La toma del sitio fue tan rápida que Arturo, quien, en su soberbia, con la seguridad de la plaza tomada, había hecho tapiar todas las puertas, excepto una, quedó, junto con todos los suyos, en una ratonera de la que fue imposible salir y por lo que hubo de rendirse sin condiciones.

Juan, en presencia de los derrotados, hizo narrar, una y otra vez a los cuatro caballeros elegidos por el castellano para llevar el aviso del sitio, cómo habían conseguido cruzar las puertas que en aquel momento estaban siendo tapiadas por orden de Arturo, para evitar precisamente lo que estaba sucediendo ante sus propias narices, la salida de mensajeros. Ninguna humillación les fue ahorrada a los sitiadores. Algunos fueron paseados ante sus vasallos, arrastrando una carreta como si de mulas de carga se tratara, otros, desnudos y apaleados, hubieron de recibir a sus esposas y deudos, muchos llevando durante días una cuerda al cuello de la que tiraba un niño... Arturo fue encerrado inmediatamente y Juan encargó a Huberto Bourgh que lo cegara y lo castrara. El caballero, ante la inexperta juventud del muchacho y su derrotado continente, fue incapaz de cumplir su macabra tarea y, volviendo la espalda, se alejó del cautivo, sin saber, o quizá adivinando ya, cuál iba a ser su destino.

Leonor, después de agradecer a su hijo su liberación y soportar durante algunos días sus patosas bromas, pidió recompensas para los cuatro caballeros —que pasaron

a integrar la guardia personal del rey—, para el castellano de Mirebeau —el cual vio incrementadas sus arcas y títulos— y en general para todos los que en aquellos difíciles momentos le habían prestado su apoyo. Una vez pagadas lo que ella consideró sus deudas personales, sin querer visitar a su nieto, que suplicaba su presencia, emprendió el regreso a Fontevraud. En su cortejo, Amaury de Thouars y Brianda, a los que había prometido una boda principesca en la abadía y la concesión de tierras y vasallos para que sus vidas estuvieran tan protegidas y cubiertas como la de cualquiera de sus barones.

Aquel septiembre fue cálido y soleado. Cuando la mañana del día de su boda, Brianda, inexplicablemente nerviosa, miró hacia las tierras que circundaban la abadía y que muy pronto iba a abandonar, sintió ya la cálida luz solar, que acariciaba, arrastrándose por entre los árboles, los campos y las casitas que rodeaban los edificios principales. En estos, las piedras brillaban doradas, engañando la vista, queriendo parecer imponentes joyas. La joven parpadeó, deslumbrada. Ese era el día de su boda. Debería sentirse feliz porque creía amar a Amaury, pero una inexplicable angustia le ponía lágrimas en la garganta. Alzando la cabeza, les impidió el paso hasta sus ojos y sonrió al nuevo día que iba a ser el comienzo de otra vida, en la que, al fin, ella sería la señora de un hombre enamorado y de todas sus tierras y gentes. Se volvió, al sentir la mirada de Leonor fija en ella. La reina le sonrió, alzando la cabeza, y Brianda entendió su mudo mensaje. Sonrió a su vez y asintió, inclinándose, para acatar la silenciosa orden que acababa de recibir. Enseguida las mujeres la rodearon y ella, sin resistencia, se dejó hacer, hasta que el bello vestido que Leonor había dibujado en la tierra de la huerta, estuvo encajado en su cuerpo, destacando la delicada curva de sus hombros, el desafío de sus pechos y la fragilidad de sus muñecas.

—¡Estás tan hermosa como te imaginé! —le dijo Leonor, tomándole el rostro en una larga caricia. Luego colocó innecesariamente las interminables y anchas mangas, en las que iban embutidas otras, que se ajustaban a los delicados huesos de los brazos, marcando su grácil esbeltez.

Un sutil velo, sujeto en la diadema que la propia reina había elegido entre sus muchas joyas, jugaba a cubrir los hermosos cabellos, los cuales, la noche anterior, las mujeres habían lavado y cepillado, rizo a rizo, hasta hacerlos brillar y enroscarse graciosamente sobre la espalda de su dueña.

—Vive tu momento con intensidad —aconsejo Leonor tornando a su caricia—. No permitas que nada ni nadie dirija tu vida y haz sólo aquello que sepas en tu interior que es tu destino. Las limitaciones que nos ponemos en nuestras realizaciones no son más que lecciones aprendidas; sigue la fuerza que te impulsará siempre adelante. Tu mayor poder está dentro de ti; nadie puede arrebatártelo; crea tu mundo con él y tu imaginación. —La reina besó la frente suave con sus resacos labios y, con un movimiento de cabeza, ordenó la puesta en marcha del cortejo hacia la capilla de la abadía.

Las celebraciones se alargaron por varios días. Banquetes, cacerías, torneos, bailes, poemas y narraciones, y algo que hacía mucho que no se celebraba en la corte de la reina: volvieron los tribunales de amor, en que las damas juzgaban, condenaban o absolvían a los caballeros que acudían a ellas con sus cuitas de pasión. Por unos días, Leonor jugó a ser de nuevo señora de los deseos, imposiciones y agresividad de los hombres y ellos, anuentes, amables, con una mendaz blandura, acataban el veredicto y cumplían las penitencias establecidas, sin rebeldía o resabio.

Cuando llegó el momento de la partida, Brianda se acercó hasta el sillón de la reina y se arrodilló a sus pies, sin palabras que pudieran explicar cuánto era su agradecimiento y cuánto también su temor de partir hacia lo desconocido. Sus relaciones con Amaury, que en algún momento había temido, se habían desarrollado con gran ternura, sin imposiciones ni agresividad, hasta conseguir que las caricias borraran sus anteriores experiencias con los hombres, pero ella sabía que llegaría el tiempo en que la pasión cedería paso a la rutina y entonces...

—Entonces siempre puedes volver si lo deseas —habló la reina, captando sin ser consciente los poderosos pensamientos de la joven—. Porque yo —rio, olvidando que no debía mostrar su boca— no pienso morirme muy pronto. Aún me quedan cosas que hacer para tratar de guiar a Juan. Si yo falto, será capaz de acabar con todo el trabajo que hicimos su padre y yo. Puedes regresar si así lo deseas y, si yo no estoy para entonces, no me olvidaré de ti en mi testamento. Siempre tendrás un lugar en Fontevraud y una dote para formar parte de la comunidad al nivel de la nobleza. Es cierto que los hombres son inconstantes, pero si te apresuras a darle un heredero, tu hijo te mantendrá siempre en el lugar de señora de la casa, incluso cuando tengas que casarlo para que continúe su nombre. Ve tranquila. Tu vida, en lo posible, está resuelta.

Leonor prosiguió con sus movimientos de mensajeros, para estar informada en todo momento de las andanzas de Juan. Con dolor, hubo de conocer la entrega por parte del propio Guillermo de Roches, de la Turena y Anjou al rey francés. Cuando el barón, hundido y lloroso, acudió a postrarse a sus pies para darle en persona la noticia, las lágrimas de ambos se mezclaron durante unos instantes; luego, la reina alzó la cabeza y aseguró:

—Las tierras se ganan y se pierden, nada es definitivo. Recordad sólo que son nuestras, no del franco.

Pero no fue sólo Guillermo quien hubo de capitular ante el francés. Lentamente, sin ninguna prisa, pero sin detenerse, Felipe tomó Sées, Conches, Falaise, Domfront, Bayeux, Caen, Avranches... Leonor, desesperada por su propia incapacidad, enviaba constantemente mensajeros que ni siquiera eran recibidos por su hijo, quien, pasivamente, dejaba perder su imperio mientras jugaba al ajedrez.

Sólo allá por la primavera le había llegado un extraño mensaje, que había hecho fruncir el entrecejo a Blédhri, quien se había retirado inmediatamente al escritorio, donde permaneció toda la noche. El mensaje decía algo así como «Gracias a Dios, las

cosas van mejor de lo que este hombre pueda deciros^[9]...».

—¿Qué has visto, Bléd? —preguntaba impositiva la reina a la mañana siguiente, paseando por el claustro, buscando el descolorido sol de abril.

—Señora —dudó el anciano, arrebujiándose él también en las pieles, pues la luz era tan desvaída que apenas producía un débil calorcillo—. Preferiría que no me obligarais a contestar, ya que lo que he visto en el fuego es terrible, pero desde luego no tengo ninguna seguridad de que sea cierto y además sería deseable que no lo fuera.

—¡Déjate de monsergas y trabalenguas! —Se enfadó Leonor, que en los últimos tiempos parecía tener cada vez más prisa por alcanzar resultados, fueran del tipo que fuesen—. Habla de una vez; yo te diré si estás o no acertado.

—Señora, he visto la muerte de Arturo de Bretaña.

—Estás equivocado, amigo. Arturo es un chico fuerte como su padre y todos mis hijos. No ha podido morir, puesto que no le dejan participar en torneos o... —La reina calló, deteniéndose para mirar a su compañero—. Lo han asesinado, ¿verdad?

—Eso es lo que he visto, señora. Pero os aseguro que fue tan borroso que... Un cuchillo, una barca, un lago, o tal vez un río...

—Ha sido mi hijo —aseveró Leonor, bajando los ojos al suelo—. Él ha matado a su sobrino; una rama de su árbol familiar, que quizá fuera el único que podría sucederle y, como hizo Ricardo, recuperar a expensas del francés todo nuestro territorio. Y se ha permitido troncharlo, sin pensar en el futuro, sin consultármelo... ¿Cuándo ha ocurrido?

—No podría asegurarlo —tornó a dudar Blédhri—, pero cuando sentí el agua rodear el cuerpo herido, oí, muy lejanas, un volteo constante de campanas, con el triste tañido de la tarde del Jueves Santo.

Leonor quedó en silencio. En un primer momento pensó en enviar un mensaje a su hijo llamándole estúpido e inútil. No era ese el paso que dar para evitar que el francés se hiciera con las tierras de los Plantagenet. Arturo, en ese momento, sólo era un prisionero bien custodiado. De hecho, Felipe estaba haciéndose con las plazas, sin necesidad de blandirlo como banderín o símbolo justificativo. Luego, después de reflexionar, pensó que si su mensaje llegaba a otras manos que no fueran las de Juan, sería abrir un abismo bajo sus pies. No era necesario que ella lo hiciera, su hijo se bastaba para hacer que la tierra que pisaba se abriera y se lo tragara sin necesidad de la ayuda de su madre. Calló y nadie conoció el terrible secreto hasta muchos años después.

Durante los siguientes meses, Leonor continuó con sus contactos, tratando de conseguir aliados, que Juan, en un ataque de ira o de completa apatía, se encargaba de perder, si es que se molestaba en algo. No obstante, la reina, con su delicada salud, buscó apoyos, envió mensajeros, prometió prebendas y pagó altas sumas para lograr la estabilidad y la paz en sus tierras. Sus cartas llegaban periódicamente hasta su nieta Blanca, quien era ahora su única esperanza. Sabía que la jovencita era inteligente y responsable. Ella sería la encargada de hacer realidad su sueño de unir ambos reinos.

Constantemente hacía planes, con la aquiescencia paciente de Blédhri, el cual, cabeceando a ratos, asentía siempre, sabedor de que aquellos proyectos sólo eran ya sueños de una mente que se negaba a hundirse en la nada que comenzaba a abrirse a sus pies.

A primeros de marzo del año del señor de mil doscientos cuatro, Leonor escuchaba la lectura de su vida que había encargado a Blédhri, corrigiendo constantemente hechos o pasajes con los que no estaba totalmente de acuerdo.

—Creo que hemos conseguido —decía en un receso hecho para mordisquear unas manzanas— llevar la contraria a todos los que me han criticado, presentado una imagen de mí poco menos que diabólica. Nadie supo entender mis motivaciones, que podríamos resumir en unas pocas frases, si tú no te hubieras dado el trabajo de narrar los hechos. En mi juventud creí que, por el hecho de ser quien era, tenía derecho a todo. Luego, poco a poco, la vida fue enseñándome que los inconvenientes y los duelos son patrimonio de toda existencia, sea de señores o villanos. Entonces supe cuál era mi misión y fui tras ella, sin permitir que las muchas cargas, dificultades o dolores que fueron marcando mi camino me distrajeran. —La reina calló un instante, perdiendo los ojos en cualquiera de los acontecimientos de su larga y ajetreada existencia. Luego, con la media sonrisa que ya se había hecho habitual en su rostro, continuó—: Espero que mi hijo pueda dedicar algunos de sus muchos posibles a arreglar mi tumba, como ya he hecho yo con la de su padre y su hermano. Si es así, me gustaría que me representaran con un libro abierto en las manos, puesto que los momentos que dediqué a la fantasía y al conocimiento fueron los más tranquilos y satisfactorios de toda mi vida, la cual, sin casi darme lugar a sentirla, ya ha pasado. Tendré así un cuerpo al que regresar cuando haya asuntos que requieran mi decisión, o alguien, tal vez aún no nacido, después de leer tus escritos, vuelva a concederme importancia y se acerque a visitarme.

—Nunca os habéis dado por vencida, ni siquiera ahora que nuestros huesos ya no responden como deseáramos —quiso ignorar Blédhri la petición de Leonor. Evitando poner en palabras el final que intuía próximo. Tal vez así consiguiera alejarlo... No obstante, no dejó de anotarlo en sus apuntes.

—Sí, he de reconocer que si algo bueno ha habido en mí ha sido la tenacidad. Incluso en estos momentos en que la edad, los achaques, pero sobre todo el empuje atolondrado de los jóvenes, me han vuelto casi invisible, sigo tratando de conseguir los fines que están escritos en mí y que una extraña vocecita se encarga de recordarme, desde algún lugar desconocido de mi ser, cada noche.

La entrada de una de las novicias interrumpió el tranquilo diálogo de los dos ancianos.

—Señora —se inclinó la jovencita, con una gracia inconsciente que Leonor envidió—, ha llegado un mensajero.

—¿Quién lo envía?

—Creo que viene de Château-Gaillard.

—Hazlo entrar —ordenó la reina con voz sorda, al tiempo que sus ojos intentaban distraerse, siguiendo los juegos del fuego sobre un ancho leño—. Lo ha dejado perder —musitó en cuanto la muchacha salió, sin mirar a Blédhri, quien bajó la cabeza, abrumado por el enorme desastre. Si realmente eso había ocurrido, sería el derrumbe definitivo de las ficticias luchas en que se empecinaba Leonor y que la mantenían con vida. La fortaleza había sido construida por Ricardo, quien personalmente supervisó todas y cada una de las bellezas pensadas para que fuera la expresión del capricho de un artista.

—Señora —saludó el mensajero, hincando la rodilla ante la reina.

—Levantaos, amigo —concedió ella, con un deje de cansancio en la voz—. ¿Deseáis beber o comer algo antes de hablar? —preguntó, un tanto ansiosa, queriendo alargar el instante de enterrar sus sueños.

—No, gracias, señora; lo que tengo que deciros no admite demora.

—Bien —aceptó ella, derrotada—. Hablad pues.

—Señora —anunció el hombre, bajando los ojos al suelo que pisaba—, Château-Gaillard cayó el día 6 de marzo.

—Gracias por vuestra información —logró articular unas palabras en que apenas se traslucía un ligero temblor—. Ahora, os ruego que sigáis a la hermana, quien os dará alojamiento y comida. Podéis permanecer entre nosotros el tiempo que deseéis. —Aguardó a que el mensajero desapareciera por las puertas, siguiendo a la monja, y luego, dirigiéndose a Blédhri pidió—: Amigo, déjame sola; creo que voy a acostarme un rato. Los hechos de cada día empiezan a agotarme. Tal vez, a través del sueño, encuentre la escalera del arco iris.

—Señora —quiso suavizar el golpe el anciano—, como vos misma decís siempre, las tierras y las fortalezas pasan de unas manos a otras. Estoy seguro de que Juan, en cuanto se entere, lo recuperará y...

—Tienes razón, Bléd —asintió, sin mirarle—. Así ocurría antes; las posesiones iban de unos a otros; pero eso era antes... ahora... sólo queda Blanca.

Las semanas que siguieron fueron extrañas y casi imposibles de entender para las gentes que habían vivido junto a la reina. Esta se negaba a levantarse, apenas bebía unos sorbos de agua o leche y, cuando llegaba el momento del aseo, se dejaba hacer, sin indicar cómo debía realizarse, ni qué camisa podía elegirse, o qué cepillos o peines usarse. La entrada de la primavera pasó desapercibida, no sólo para la reina, también para todos los que moraban a su sombra. Josselin y Ranoul, sus amanuenses, junto con Roger, su capellán, temiéndose lo peor, comenzaron a enviar mensajes a sus barones y a todas las personas que en vida la sirvieron o amaron. En pocos días la abadía se llenó de señores, que cruzaban apresurados los patios, bajo una desagradable lluvia, fina, silenciosa y persistente como el llanto de un anciano. Inmediatamente comenzaron las reuniones para tomar decisiones frente a la apatía de Juan quien, a pesar de haber sido avisado el primero, aún no se había presentado.

Brianda y Amaury llegaron muy pronto y, mientras el hombre platicaba con sus

iguales, tratando de llegar a acuerdos que salvaran lo poco que quedaba, la joven, con su enorme vientre, que por su posición anunciaba la llegada de una vida para dentro de pocos días, se afanaba junto con Blédhri y las mujeres en atender a Leonor, haciéndole tragar los brebajes que el anciano preparaba, empeñado en conseguir fortalecer el débil organismo que se negaba a vivir.

Los últimos días transcurrieron lentos y pesados. Los aposentos de Leonor, iluminados con velas tanto de día como de noche, por la escasa luz que entraba del exterior, encogían el alma a sus deudos. Pero, sobre todo, echaban de menos la voz autoritaria que dirigía cada uno de sus actos. Era mucho más cómodo dejar que otro tomara las decisiones. Ahora cada uno debía responsabilizarse de sus tareas e incluso de sí mismo, porque la reina apenas abría los ojos o contestaba a sus demandas.

—Señora... —llamaba Brianda, deseosa de establecer diálogo con ella, o simplemente para consultarle si ya deseaba cenar o cambiar de postura o... Pero, con visible esfuerzo al sentirse requerida, emitía un ¿sí? desalentado y lejano, que no iba seguido de ninguna otra palabra, sin importar el asunto que le propusieran.

Aquella noche la joven reconoció en su cuerpo los síntomas del parto próximo. Soportó, hasta donde le fue posible los dolores, sin informar a nadie de su estado, por no tener que separarse del lecho de la enferma. En un momento en que ayudaba a Blédhri, incorporando a la reina para hacerle beber una de sus asquerosas pócimas, el anciano vio sus rasgos deformados. Los labios hinchados y la profundidad de sus ojeras le dijeron todo lo que estaba ocurriendo a su lado sin ser notado por nadie.

—Por favor —pidió Brianda—, no deseo irme.

—No será necesario, muchacha. ¡Ágata! —llamó a la vieja niñera, quien, al parecer muy ocupada, retorcía con denuedo sus manos en un rincón del salón—. Prepara un catre y trae paños y agua caliente. El niño está llegando. ¡Ah! Y no digas nada a nadie cuando salgas, la madre desea parir aquí.

La mujer se acercó a Brianda y le acarició la cara, fijándose en las dilatadas facciones.

—Sí —admitió, apresurándose hacia la puerta—, ya está aquí. Colocad un catre ahí —señaló un espacio cerca del lecho de la reina— para que la madre se acueste si lo desea. Voy a ver si hay por algún lugar, cosa que dudo, una silla de partos. Ahora mismo vuelvo.

Inexplicablemente, alguien había previsto, o quizá necesitado, un sillón de los que las madres usaban para, sentadas en él, dejando un amplio hueco entre sus piernas, dar a luz sin tener que sostenerse durante horas en cuclillas.

El alumbramiento fue rápido y sencillo. El niño era el segundo hijo de Brianda y eso se notó a la hora de dilatar y expulsar. Todo fue mucho más simple que la vez anterior y la joven se sorprendió cuando Ágata le colocó en los brazos a su hijo, limpio ya, y envuelto en paños que habían improvisado un vestido infantil.

—Es un hermoso varón —decidió Blédhri, quien lo había tomado de brazos de su madre, para tornar a desvestirlo, bajo la mirada iracunda de Ágata, quien no pudo

contenerse y apenas le dejó palparlo y emitir su veredicto, porque enseguida se lo arrebató, casi con rabia y lo envolvió rápida, porque «puede resfriarse», dijo, a pesar de que el fuego permanente del salón mantenía la temperatura muy por encima de lo que sería deseable.

Habían sido unos pocos momentos en los que todos habían permanecido pendientes del nacimiento y casi habían olvidado a la regia enferma. Cuando el niño estuvo en brazos de su madre de nuevo y alguien había salido para notificar al padre la noticia, lentamente, casi con trabajo, todos retornaron junto al lecho de la moribunda y Blédhri, quien se había acercado el primero, fue el encargado de poner en palabras el acontecimiento. Casi sin voz, pero con obligada decisión, informó:

—La reina ha muerto —dijo, al tiempo que pasaba sus dedos fríos por la frente de la difunta. Todo alrededor, incluso el llanto del niño, se detuvo. Nadie sabía qué hacer, ni cuál debería ser el próximo paso a dar. Inconscientemente, todos esperaban oír la voz autoritaria y decidida que hasta aquel momento había marcado sus vidas, para que dispusiera y ordenara qué debía hacerse ante tamaña alteración del orden establecido.

Brianda, abandonando a su hijo en el catre, se levantó y, acercándose, sugirió:

—Deberíamos llamar al capellán y enviar mensajeros a su hijo. Ágata —llamó, sin dejar de mirar el sereno rostro de Leonor, donde parecía apuntar una débil sonrisa —, manda traer agua perfumada y paños para lavar a la reina y pide a las mujeres que escojan el mejor de sus vestidos para amortajarla. Blédhri —hubo de alzar el tono para hacerse oír por el hombre, quien parecía completamente asombrado, contemplando la inmovilidad de Leonor—, ¿vas a preparar alguna poción o unguento para alargar el momento de la descomposición? Si es así —continuó, al no obtener respuesta—, deberías ponerte a ello ya.

—Está dispuesto desde hace días —musitó el hombre, haciendo un ligero gesto a una de las jóvenes que estaba a su lado. Se apresuró ella a llegarse hasta una pequeña mesita próxima, donde había una panzuda redoma, tapada con una tela gruesa y otros artilugios colocados sobre un cojín—. La untura deberá extenderse por todo el cuerpo una vez lavado, y estos tapones, empapados en propóleos y otras sustancias purificadoras, se introducirán por todos los orificios de su cuerpo. Sus productos, al igual que lo hacían ya en tiempos de los egipcios, detendrán la degradación y además impedirán que salgan humores indeseables. Yo... —se calló indeciso. Luego, dirigiéndose al catre, tomó al niño y, queriendo hacer algo útil, decidió—: Mientras hacéis vuestro trabajo, llevaré al pequeño junto a su padre para que lo conozca, si a ti te parece bien.

—Desde luego, Blédhri —aceptó la madre en un susurro que a todos les salía casi inconscientemente, como si la reina durmiese y no quisieran despertarla—. Nadie podría hacerlo mejor que tú.

Los funerales, pagados por sus señores, quienes portaron sus restos hasta la capilla, fueron los más brillantes que se recordaban. Ni siquiera los de Ricardo, el

hijo amado, al que su madre quiso honrar sin reparar en gastos, pudieron asemejarse. Sus barones, una vez terminado el acto religioso, quisieron, uno a uno, rendirle homenaje. Y ella, con su media sonrisa, parecía aceptarlos con la gracia y elegancia que siempre la caracterizaron. Los actos religiosos se alargaron durante ocho días y al fin, sin remedio, y como si de una nueva muerte se tratara, sus deudos hubieron de permitir que la piedra se deslizara sobre el sepulcro, cubriendo la serena faz para siempre. La reina se había ido, pero quedaba su eterna leyenda.



ARA ANTÓN nació en León (España). En 1965 ingresó en la Universidad de León donde se diplomó en Magisterio.

Vivió durante un tiempo en La Costa Azul (Francia) y en Nueva York. Al regresar a su ciudad natal, ejerció la enseñanza durante más de una década.

El reconocimiento le llegó con su primera novela, *El velo*, por la que obtuvo el «Premio de narrativa Camilo José Cela» en 1997. En 2004 recibió el «Premio de novela Ciudad de Majadahonda» por *Las fuentes de la salud*. En 2002 fue finalista del «Premio Ciudad de Peñíscola» por *Que la tierra te sea leve*, relato publicado en el libro titulado *La Porfía del laberinto*.

Notas

[1] DE MONMOUTH, Geoffrey. *Historia de los reyes de Britania*. Madrid: Alianza Editorial, 2003. <<

[2] PERNOD, Régine. *Leonor de Aquitania*. Madrid: Espasa-Calpe, 1969. <<

[3] BLOCH, Marc. *La sociedad feudal*. Madrid: Ediciones Akal, 1988. <<

[4] PernoUD, Régine, *op. cit.* <<

[5] PernoUD, Régine, *op. cit.* <<

[6] PIQUER OTERO, Andrés. *Leonor de Aquitania*. Madrid: Alderabán Ediciones, 1999.

<<

[7] PernoUD, Régine, *op. cit.* <<

[8] PernoUD, Régine, *op. cit.* <<

[9] PernoUD, Régine, *op. cit.* <<